# Antes de que hiele

Henning Mankell

Prólogo

Jonestown, noviembre de 1978

Las ideas se precipitaban en su mente como si de una lluvia de agujas candentes se tratase. El dolor era casi insoportable. Con el fin de conservar la calma, intentaba por todos los medios pensar con claridad. ¿Qué era lo que más lo atormentaba? En realidad, no necesitaba buscar la respuesta, pues la conocía. Era el miedo. El miedo a que Jim liberase a sus perros y los enviase en su busca, como si él fuese una presa temerosa que se hubiese dado a la fuga, lo cual, por otro lado, era cierto. Los perros de Jim eran lo que más le aterraba. Toda aquella larga noche del 18 al 19 de noviembre, cuando ya no le quedaban fuerzas para seguir corriendo, y fue a esconderse entre los restos medio podridos de un árbol abatido por el vendaval, la pasó creyendo oír cómo se aproximaban los perros.

«Jim nunca permite que nadie se escape», se dijo. «El hombre al que yo opté por seguir un día, porque parecía lleno de un amor divino e infinito, ha resultado ser muy distinto. De un modo del todo imperceptible, ha cambiado su apariencia por la de su sombra, o por la de ese diablo sobre el que predicaba y del que solía prevenimos, ese demonio egocéntrico que nos impide servir a Dios con veneración y obediencia. Así, lo que yo creía que era amor se ha transformado ahora en odio. Debería haberlo comprendido mucho antes. El propio Jim lo dejó muy claro, una y otra vez. Él nos reveló la verdad, pero no toda la verdad de una vez, sino poco a poco, sinuosamente. Y, sin embargo, ni yo ni los demás queríamos escuchar lo que oíamos, lo que se ocultaba bajo sus palabras. Es decir, que yo soy el único culpable, puesto que me negué a comprender. Cuando nos convocaba a sus prédicas o nos enviaba sus mensajes, no sólo nos hablaba de prepararnos espiritualmente antes de que llegase el Día del juicio… También nos advertía que debíamos estar dispuestos a morir en cualquier instante.»

Interrumpió sus reflexiones y, en la oscuridad, prestó atención a los ruidos. ¿No era el ladrido de los perros lo que se oía a lo lejos? No, los perros sólo existían en su interior, eran fruto de su propio miedo. En su cerebro desquiciado por el terror, regresó a lo sucedido en Jonestown. Tenía que comprenderlo. Jim había sido su guía, su pastor. Ellos lo habían seguido durante el éxodo desde California, cuando ya no podían hacer frente a la persecución a que las instituciones y los medios de comunicación los sometían constantemente. En Guyana podrían hacer realidad su sueño de una vida en libertad, en unión con Dios, con la comunidad y con la naturaleza. Y, de hecho, al principio, todo fue saliendo como Jim había predicho. Se decían que, en verdad, habían hallado su paraíso. Sin embargo, algo les atemorizaba. ¿Y si no podían ver realizado su sueño en Guyana? ¿No estarían expuestos allí a las mismas amenazas que en California? Cabía la posibilidad de que se viesen obligados a dejar no sólo un país, sino la vida misma para que, en comunión con Dios, gozasen de la existencia que se habían prometido los unos a los otros. «He visto a través de mis propios pensamientos», dijo Jim un día. «He visto más lejos de lo que nunca vi. El Día del juicio está próximo. Si no queremos ser arrastrados por la horrenda corriente devastadora, tal vez debamos morir. Tan sólo si morimos podremos sobrevivir.»

Iban a suicidarse. La primera vez que Jim les habló de ello desde su lugar de oración, no hubo nada aterrador en sus palabras. En primer lugar, los padres administrarían a sus hijos una dosis de la solución de cianuro que él guardaba en una cámara, cerrada bajo llave, en la parte posterior de su casa. Después, ellos mismos ingerirían el veneno y, aquel que vacilase, aquel que, en el último instante, el decisivo, traicionase su fe, podría contar con la ayuda de Jim y de sus colaboradores más cercanos. Si no había suficiente veneno, tenían armas. Jim se encargaría personalmente de que todos hubiesen muerto antes de dirigir el arma contra su propia sien.

Estaba tendido bajo el árbol, jadeando y sumido en el sopor del calor tropical. Constantemente aguzaba el oído, atento a los ladridos de los perros de Jim. Aquellos monstruos enormes, de ojos inyectados en sangre, que a todos hacían estremecer. Jim les había advertido que, para quienes una vez eligieron vivir en su comunidad y participaron después en la gran peregrinación desde California hasta Guyana, no había otro camino que el señalado por Dios. El camino que Jim Warren Jones había elegido y consideraba el verdadero.

«Aquello sonaba tan reconfortante…», pensó. «Nadie como Jim para convertir palabras amenazantes y pavorosas como “muerte”, “suicidio», «cianuro” y “armas de fuego” en algo hermoso y deseable.»

Se le puso la carne de gallina. «Sin duda Jim ha ido mirando a todos los muertos, uno por uno», pensó. «Y ha visto que yo no estoy entre ellos y soltará a los perros para que me busquen.» No podía quitarse esa idea de su mente. Todos los muertos. Y las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Hasta aquel momento no había comprendido en todo su alcance lo que había sucedido. Maria y la niña, todos estaban muertos, y también ellas. Pero él no quería creerlo. María y él habían hablado al respecto entre susurros, por las noches. Jim estaba perdiendo el juicio. No era el mismo hombre que los había atraído con una promesa de salvación, asegurándoles que sus vidas tendrían sentido si se entregaban en cuerpo y alma al Templo del Pueblo, como él llamaba a su obra. Sí, en su día, habían acogido como una bendición esas palabras de Jim acerca de que la única felicidad posible sólo se alcanzaba si confiaban en Dios, en Cristo, si creían en todo cuanto los aguardaba más allá de aquella vida terrenal que no tardaría en ser un recuerdo. Maria había sido quien lo había expresado con mayor claridad: «Los ojos de Jim han empezado a llamear. Ya no nos ve, sino que mira por encima de nosotros con ojos fríos, como si ya no deseara nuestro bien».

Así, por la noche se susurraban al oído si no valdría la pena marcharse. Sin embargo, por la mañana, se decían que no podían abandonar la vida que habían elegido. Jim volvería a ser el mismo muy pronto. Estaría atravesando una crisis, ese momento de debilidad no tardaría en pasar. Jim era el más fuerte de todos ellos. Sin él, no habrían logrado vivir en algo que, después de todo, era como una imagen del paraíso.

De un manotazo, apartó un insecto que correteaba por su rostro sudoroso. El calor en la jungla era sofocante, húmedo. Los insectos surgían desde todos los rincones, arrastrándose y trepando. De repente, al moverse, una rama se le enredó, apretándole la pierna, y dio un salto, pues creyó que era una serpiente. En Guyana había muchas serpientes venenosas. Tan sólo en los tres últimos meses, dos de los miembros de la colonia habían sido víctimas de sendas picaduras; las piernas se les hincharon antes de adquirir un color negruzco y cubrirse de pústulas purulentas y malolientes que se abrían. Uno de ellos, una mujer de Arkansas, falleció a causa de ello. La enterraron en el pequeño cementerio de la colonia y Jim los obsequió con uno de los grandes sermones que solía pronunciar al principio, cuando llegó a San Francisco con su iglesia y su Templo del Pueblo y no tardó en darse a conocer como un extraordinario predicador de la revelación.

Un recuerdo permanecía en su memoria más nítido que ningún otro. Durante un tiempo había vivido destrozado por el alcohol y las drogas y el cargo de conciencia por haber abandonado a aquella niña, tanto que creyó que ya no lo soportaba más. Quería morir, arrojarse ante un camión o un tren; después, todo habría pasado y nadie lo echaría en falta, y menos aún él mismo. Entonces, durante uno de esos últimos vagabundeos por la ciudad, en el que parecía hacer la ronda para despedirse de unas personas a las que, en realidad, no les importaba lo más mínimo si él vivía o moría, el azar lo llevó a pasar ante la puerta del edificio en el que se celebraban las reuniones del Templo del Pueblo. «Fue la providencia divina», le diría Jim más tarde. «Fue Dios mismo quien, al verte, decidió que serías uno de los elegidos, uno de los destinados a experimentar la gracia de vivir a través de Él.» Aún ignoraba qué lo había movido a entrar en aquella casa que no tenía el aspecto de una iglesia. Ni siquiera ahora que todo había quedado atrás y que, escondido bajo un árbol, sólo esperaba que los perros de Jim le diesen alcance y lo despedazasen.

Se dijo que debía marcharse de allí y proseguir la huida. Pero no podía salir de su escondite. Además, no podía abandonar a Maria y a la niña. Ya había abandonado a una niña en su vida. Y no podía permitir que sucediese una segunda vez.

Pensándolo bien, ¿qué era lo que había ocurrido? Por la mañana, todos se habían levantado como de costumbre, y se habían congregado en torno al lugar de oración, ante la casa de Jim, dispuestos a esperar. Pero la puerta permaneció cerrada, como era habitual últimamente. Así, rezaron sus oraciones ellos solos, los novecientos doce adultos y los trescientos veinte niños que componían la colonia. Después, cada uno se marchó a sus quehaceres. Él no habría sobrevivido de no ser porque, aquel día, junto con otros dos hermanos, dejó la colonia para buscar dos vacas que se habían extraviado. Cuando se despidió de Maria y de su hija, lo hizo sin la menor sospecha del peligro que se cernía sobre todos ellos. Y hasta que no hubo ganado el otro lado del barranco, que constituía la frontera que separaba la colonia del bosque circundante, no comprendió que sucedía algo.

Se pararon en seco al oír disparos procedentes de la colonia, e incluso les pareció distinguir algún grito humano entre el bullicioso gorjeo de los pájaros que poblaban los alrededores. Se miraron y, sin decir nada, se precipitaron barranco abajo, de vuelta a la colonia. Él había adelantado a los otros dos, aunque ni siquiera estaba seguro de que, en el último instante, no hubiesen decidido huir en lugar de acompañarlo. Cuando salió de la sombra que le procuraban los árboles y saltó la valla que cercaba la gran plantación de árboles frutales, una de las zonas del Templo del Pueblo, todo estaba silencioso. Demasiado silencioso. No había nadie ocupado en recoger fruta. No había nadie en absoluto. A la carrera, se dirigió hacia las casas y comprendió enseguida que algo terrible había sucedido. Jim había vuelto a salir. Por fin había abierto la puerta que mantenía cerrada, pero, en lugar de presentarse ante ellos con amor, lo hizo con odio, aquel odio que su mirada dejaba traslucir cada vez con mayor frecuencia.

Notó que estaba entumeciéndose y se estiró, con gran cautela, siempre atento a los ladridos de los perros. Pero lo único que se oía era el chirrido de los saltamontes y el canto de las aves nocturnas que revoloteaban sobre su cabeza. ¿A qué conclusión había llegado? Mientras corría por la plantación desierta, se esforzó por hacer lo que Jim solía recomendarles, lo único que brindaba al ser humano la posibilidad de hallar la gracia: poner su vida en manos de Dios. Había puesto su vida y su ruego en manos de Dios: Sea lo que sea lo que haya ocurrido, no permitas que Maria y la niña sufran ningún daño. Pero Dios no había escuchado su súplica. Recordaba que, en su desesperación, se le ocurrió que tal vez hubiesen sido Jim y Dios quienes hubiesen disparado el uno contra el otro, quienes hubiesen efectuado aquellos disparos cuya detonación había oído desde lo alto del barranco. Así, se precipitó en medio de la calle polvorienta de Jonestown, donde Dios y el pastor Jim Warren Jones se enfrentaban ya el uno al otro para disparar los últimos proyectiles.

Pero él no había visto a Dios. Jim Jones, en cambio, sí estaba allí, y sus perros ladraban como enloquecidos en las jaulas, y había gente echada por todas partes en el suelo, y él se dio cuenta al instante de que estaban muertos. Como si los hubiese abatido un puño airado surgido del cielo. Jim Jones y sus colaboradores más próximos, los seis hermanos que siempre lo seguían y que cumplían las funciones de sirvientes y guardaespaldas, se habían dedicado a disparar a los niños que intentaban apartarse a rastras de sus padres muertos. Él se apresuró a buscar a Maria y a la niña entre todos aquellos cadáveres, pero fue inútil.

Cuando gritó el nombre de Maria, Jim Jones lo llamó a él, también a gritos. Se dio la vuelta y vio a su pastor apuntándole con una pistola. No los separaban más de veinte metros; entre ellos, sobre el suelo árido, yacían los muertos, sus amigos, encogidos y rígidos, inmovilizados en los estertores de su agonía. Jim alzó el arma, le apuntó, agarrando la culata con las dos manos, y disparó. Pero falló. Antes de que Jim tuviese tiempo de volver a disparar, él ya había echado a correr. Oyó varios disparos a su espalda y los alaridos coléricos de Jim, pero ningún proyectil lo alcanzó mientras él, tropezando por entre los cadáveres, se alejaba a todo correr. Sólo se detuvo al anochecer, y entonces se aovilló para ocultarse bajo los restos del árbol. Seguía sin saber si era el único superviviente. ¿Dónde estarían Maria y la niña? ¿Por qué se había salvado sólo él? ¿Acaso podía sobrevivir alguien al juicio Final? No comprendía nada. Pero sabía que aquello no era un sueño.

Rayó el alba. El calor descendía, como una nube de vapor, de las copas de los árboles. Entonces comprendió que Jim no tenía intención de soltar los perros. Se arrastró con cuidado fuera del cobijo del árbol, estiró sus piernas adormecidas y se puso en pie. Después echó a andar en dilección a la colonia. Estaba muy cansado, caminaba con paso vacilante y tenía una sed terrible. Todo continuaba en silencio. «Los perros también están muertos», se dijo. «Jim aseguró que nadie podría escapar. Ni siquiera los perros.» Saltó la valla y comenzó a correr. Descubrió a los primeros muertos, tendidos en el suelo. Aquellos que intentaron huir. Y vio que les había disparado por la espalda.

Se detuvo. Tenía ante sí a un hombre que yacía boca abajo. Con extrema precaución, se inclinó sobre sus piernas temblorosas y puso el cuerpo boca arriba. Los ojos de Jim se clavaron en los suyos. «Su mirada ha dejado de vagar», constató, «Jim vuelve a mirarme fijamente a los ojos. Ni siquiera pestañea.» Una idea absurda cruzó su mente. Los muertos no pestañean. Sintió el impulso de golpearlo, de darle a Jim una patada en la cara. Pero no lo hizo. Se incorporó, único superviviente entre todos aquellos muertos, y siguió buscando hasta que halló a Maria y a la niña.

Maria había intentado escapar. Había caído de bruces cuando el proyectil le alcanzó la espalda, con la niña en brazos. Él se arrodilló, llorando. «Ya no queda nada», se dijo, «Jim ha convertido nuestro paraíso en un infierno.»

Permaneció junto a Maria y la niña hasta que un helicóptero empezó a sobrevolar la zona. Entonces se levantó y se alejó de allí. Recordaba lo que Jim les decía a veces, en los buenos tiempos, muy poco después de su llegada a Guyana. «La verdad acerca de una persona puede captarse con la nariz, tanto como con los ojos o el oído. El diablo puede ocultarse en cualquier ser humano, y el diablo huele a azufre. Cuando notes el olor a azufre, alza la cruz.»

No tenía la menor idea de qué lo aguardaba. Pero ya lo temía. Y se preguntaba cómo llenaría el gran vacío que Dios y Jim Jones habían dejado en su alma.

PRIMERA PARTE

«Las tinieblas de la anguila»

1

Poco después de las nueve de la noche del 21 de agosto de 2001, el viento empezó a soplar. Las olas encrespaban la superficie del lago de Marebosjön, que se extendía en una hondonada del valle al sur de Romeleåsen. El hombre que aguardaba al abrigo de las sombras, junto a la orilla, alzó la mano para comprobar de dónde venía el viento. Soplaba casi directamente del sur, se dijo satisfecho, de modo que había elegido el lugar adecuado para echar el alimento que atraería a los animales a los que tenía pensado sacrificar en breve.

Se sentó en una piedra sobre la que había extendido un jersey para no enfriarse. La luna estaba en cuarto menguante. La capa de nubes que cubría el cielo no dejaba pasar la menor claridad. «“Las tinieblas de la anguila”», recordó, «así lo llamaba mi amigo sueco de la niñez. En la oscuridad del mes de agosto, las anguilas comienzan a vagar de un lugar a otro. Y entonces chocan contra las estacas y van cayendo en la red. La trampa se cierra.»

Prestó atención a los ruidos que poblaban la oscuridad. Su fino oído percibió un coche que pasaba a lo lejos. Por lo demás, todo estaba en silencio. Sacó la linterna y la enfocó sobre la orilla y sobre la superficie del agua. Comprobó que ya empezaban a acercarse. Entrevió dos manchas blanquecinas sobre la negrura de las aguas, unas manchas que no tardarían en multiplicarse y crecer.

Apagó la linterna y apeló a su mente, a la que había entrenado hasta convertirla en un colaborador fiel y sumiso, para averiguar qué hora sería. «Las nueve y tres minutos», se respondió. Después levantó el brazo. Las manecillas relucían en la noche. Las nueve y tres minutos. Había calculado bien. Claro que había calculado bien. Dentro de media hora, todo estaría listo y no tendría que esperar más. Había aprendido que la puntualidad no sólo movía a las personas. También los animales podían aprender a ser puntuales. Le había llevado tres meses preparar lo que estaba a punto de ocurrir aquella noche. Poco a poco y de manera metódica, había conseguido que aquellos a los que iba a sacrificar se acostumbrasen a su presencia. Se había convertido en su amigo.

Aquél era su mayor recurso. Su facilidad para trabar amistad. Se hacía rápidamente amigo no sólo de las personas, sino también de los animales. Y era un buen amigo, al menos hasta que el otro averiguaba lo que él pensaba u opinaba. Volvió a encender la linterna. Las manchas blancuzcas eran más y de mayor tamaño. Se aproximaban a la orilla. Dentro de muy poco, la espera llegaría a su fin. Iluminó la orilla con la linterna. Allí estaban los dos sprays llenos de gasolina y los trozos de pan que había esparcido. Apagó la linterna y siguió esperando.

Sabía que actuaría con la tranquilidad y el orden previstos. Los cisnes habían salido del agua y habían subido a la orilla. Ya empezaban a picotear los trozos de pan y no parecían percatarse de que hubiese alguien muy cerca. O tal vez no les preocupaba, puesto que se habían acostumbrado a que su presencia no constituyera peligro alguno. En lugar de encender la linterna, se ajustó las gafas de visión nocturna. Había seis cisnes en la orilla, tres parejas. Dos de ellos se habían tumbado, en tanto que los demás se limpiaban las plumas o seguían buscando pan con sus picos.

Había llegado el momento. Se levantó, tomó los sprays, cada uno en una mano, y roció a las aves y, antes de que éstas hubiesen podido alzar el vuelo, dejó en el suelo uno de los sprays y prendió fuego al otro. La gasolina ardiendo alcanzó de inmediato las alas de los cisnes. Como bolas de fuego, éstos intentaban escapar de su tortura aleteando para elevarse sobre el lago. Él se esforzaba por retener en su mente cuanto veía y oía de aquel espectáculo: las aves ardiendo, chillando y aleteando sobre el lago antes de precipitarse en el agua y morir con un chisporroteo de sus humeantes alas. «Como trompetas chirriantes», constató, «así recordaré sus últimos gritos»

Todo había sucedido muy rápido. En menos de un minuto había prendido fuego a los cisnes, los había visto alzar el vuelo y, después, estrellarse contra el agua antes de que todo volviese a quedar en sombras. Estaba satisfecho. Aquella noche todo había salido según tenía pensado, un tímido comienzo.

Arrojó al lago los dos sprays, guardó en la mochila el jersey sobre el que se había sentado y enfocó la linterna a su alrededor para comprobar que no había olvidado nada. Una vez que se cercioró de que no había dejado huellas, sacó un móvil del bolsillo de la cazadora. Lo había comprado en Copenhague hacía unos días; no podrían localizarlo a través de él. Marcó el número y aguardó.

Cuando respondieron, pidió que lo pusieran con algún agente de policía. La conversación fue muy breve. Después dejó caer el móvil en el lago, se colgó la mochila y se perdió en la noche.

Había empezado a soplar un viento del este, cada vez más racheado.

2

Aquel día de finales de agosto, Linda Caroline Wallander se preguntaba si no habría entre su padre y ella algunas semejanzas en las que aún no habría reparado, pese a que pronto iba a cumplir treinta años y, por tanto, tenía ya la obligación de saber quién era. En alguna ocasión, Linda le había preguntado a su padre sobre ese particular, e incluso había intentado sonsacarle una respuesta, pero él fingía no saber qué decir y, evasivo, le contestaba que, a su entender, la joven se parecía más bien a su abuelo. La «conversación de los parecidos», como ella la llamaba, desembocaba a veces en un acalorado enfrentamiento. Lo cierto es que se peleaban a menudo, y no sólo por eso. Por lo general, ambos se encendían tan pronto como volvían a calmarse. Linda olvidaba pronto aquellas escaramuzas, y suponía que tampoco su padre le daba mayor importancia.

Sin embargo, de todas las discusiones en que se habían enzarzado durante aquel verano, había una que no podía olvidar. Todo empezó por una nadería. Aun así, fue como si, más allá del propio recuerdo, aquello le hubiese hecho redescubrir ciertas etapas de su infancia y su adolescencia que creía haber borrado de su mente. El mismo día en que, a principios de julio, llegó a Ystad desde Estocolmo, empezaron a discutir, precisamente a propósito de un recuerdo. Cuando ella tenía seis años, tal vez siete, hizo un viaje a Bornholm con sus padres. El motivo de aquella absurda discusión fue si, durante ese viaje, había soplado o no un fuerte viento. En efecto, Linda y su padre habían terminado de cenar y se habían sentado sobre la barandilla aún templada del estrecho balcón cuando surgió en la conversación el viaje a Bornholm. Su padre aseguraba que, debido al fuerte viento que zarandeaba el barco, Linda se había mareado y había vomitado en su cazadora. Linda, por su parte, creía recordar con total claridad haber surcado un mar de color azul intenso que se extendía ante ella como un espejo. Aquél era el único viaje que habían emprendido a Bornholm, así que no podían confundirlo con ningún otro. A su madre no le gustaba viajar en barco, y su padre recordaba que se sorprendió al oír que su mujer aceptaba la propuesta de ir a la isla.

Aquella noche, tras la sorprendente disputa que se desencadenó como surgida de la nada, a Linda le costó conciliar el sueño. Dos meses más tarde empezaría a trabajar como policía en prácticas en la comisaría de Ystad. Ya había finalizado sus estudios en Estocolmo y habría preferido comenzar de inmediato, en lugar de pasar todo el verano ociosa y, además, sin la compañía de su padre, que se había tomado casi todas las vacaciones en el mes de mayo; su padre, o al menos eso creía él, se había comprado una casa y necesitaba sus vacaciones en mayo para hacer la mudanza. Y, de hecho, había comprado una casa, que estaba en Svarte, al sur de la carretera nacional y junto al mar. Pero, en el último minuto, cuando ya había entregado el dinero de la paga y señal, la propietaria de la casa, una maestra retirada ya mayor y que vivía sola, cayó presa de la desesperación ante la sola idea de dejar sus rosales y sus rododendros en manos de un hombre que no parecía especialmente interesado por las flores y que sólo hablaba de dónde construiría la caseta en la que viviría el perro que tal vez se comprase un día. De modo que la mujer se arrepintió y se echó atrás. El agente inmobiliario le propuso a su padre que insistiese en que la compraventa debía realizarse o, al menos, que exigiese una compensación, pero Wallander, en su fuero interno, ya había renunciado a aquella casa a la que jamás se mudó.

Durante el resto de su mes de vacaciones, en que el tiempo se presentó frío y con fuertes vientos, Wallander intentó encontrar otra casa, pero, o eran demasiado caras, o no se parecían en nada a aquello con lo que él había soñado año tras año en su apartamento de la calle de Mariagatan, en el centro de Ystad. Así pues, seguía en el apartamento, y se preguntaba si alguna vez lograría salir de allí. Cuando Linda terminó el segundo semestre de sus estudios en la Escuela Superior de Policía, su padre invirtió un fin de semana en ir a la capital para recogerla y cargar su coche con parte de las cosas que ella quería llevarse a Ystad. Tendría su propio apartamento en septiembre; hasta entonces ocuparía la que solía ser su habitación en el apartamento de su padre.

Enseguida empezaron los roces entre padre e hija. Linda, que estaba impaciente, consideraba que su padre podría echar mano de algún contacto para conseguir que ella entrase de servicio un poco antes. Y, de hecho, él llegó a hablar con su jefe, Lisa Holgersson, pero ésta nada pudo hacer. Cierto que necesitaban que los nuevos policías en prácticas se incorporasen cuanto antes, puesto que andaban muy escasos de personal, pero no había dinero para pagar los salarios. Linda no podría empezar hasta el 10 de septiembre, por más que necesitaran agentes.

Durante el verano, Linda reanudó dos viejas amistades de la adolescencia. La casualidad quiso que, un día, se topase en una plaza con Zeba, o «Zebran», «la cebra», como solían llamarla. En un primer momento, Linda no la reconoció. En efecto, su amiga de la infancia llevaba el cabello teñido de rojo y muy corto. Zebran era iraní, y Linda y ella habían sido compañeras de clase hasta el último curso de secundaria. Aquel día de julio en que se encontraron por la calle, Zebran llevaba un cochecito de bebé y las dos jóvenes decidieron ir a tomarse un café a algún sitio.

Zebran había estudiado hostelería, pero desistió de sus planes de trabajar cuando se quedó embarazada. Linda también conocía a Marcus, su pareja, al que le encantaban las frutas exóticas y que, ya a la edad de diecinueve años, había montado su propia escuela de horticultura cerca de la entrada este de Ystad. Aquella relación se rompió, pero allí estaba el bebé, un niño. Hablaron un buen rato, hasta que el pequeño empezó a gritar tanto y tan alto que tuvieron que salir a la calle. Tras aquel encuentro casual, mantuvieron el contacto, y Linda notó que su impaciencia menguaba a medida que lograba restablecer puentes con aquellos tiempos en que Ystad constituía todo su horizonte.

De camino al apartamento de la calle de Mariagatan, después del encuentro con Zebran, rompió a llover de forma tan intensa que tuvo que cobijarse en una tienda de ropa situada en una de las calles peatonales y, mientras esperaba a que escampase, pidió que le dejaran una guía telefónica con la idea de buscar el teléfono de Anna Westin. Cuando lo encontró, se le encogió el corazón. Anna y ella llevaban casi diez años sin verse. La estrecha amistad que las había unido desde niñas se vio brutalmente interrumpida cuando, a los diecisiete años, ambas se enamoraron del mismo chico. Después, cuando los amores ya habían pasado y estaban olvidados, las dos muchachas intentaron reanudar la vieja amistad. Pero pronto comprendieron que se había alzado entre ellas una barrera y, al cabo de un tiempo, desistieron de su empeño. En los últimos años, Linda apenas si había pensado en Anna, pero su encuentro con Zebran había reavivado los recuerdos, de modo que se alegró al saber que Anna seguía viviendo en Ystad, en una calle no muy alejada de Mariagatan, junto a la salida hacia Österlen.

Linda la llamó esa misma noche y quedaron para verse unos días después. A partir de entonces, empezaron a salir juntas varias veces por semana, en ocasiones las tres, pero casi siempre sólo ella y Anna. Ésta vivía sola, y recibía una beca de estudios tan exigua que a duras penas podía costearse la carrera de medicina.

A Linda le daba la impresión de que Anna se había vuelto más reservada, si cabe, que cuando era adolescente. Su padre las había abandonado a su madre y a ella cuando Anna no tenía más de cinco o seis años. Después, nunca más supieron de él. La madre de Anna vivía en el campo, cerca de Löderup, a poca distancia del lugar donde el abuelo de Linda había vivido durante tantos años, pintando aquellos cuadros suyos, siempre con el mismo motivo. Anna pareció alegrarse de que Linda la hubiese llamado y de que hubiese vuelto a Ystad. Pero Linda comprendió que debía ser muy cauta con su amiga. Había en ella una fragilidad que acentuaba su timidez, lo que disuadía a Linda de intimar demasiado con ella. En cualquier caso, gracias a aquel círculo constituido por Zebran, su hijo y Anna, logró soportar el verano, a la espera de poder acudir por fin a la comisaría, hablar con la rolliza señora Lundberg, la encargada del almacén, y retirar su uniforme y el resto del equipo.

Su padre se había pasado el verano trabajando, firmemente aunque sin resultado, en la investigación de una serie de violentos atracos perpetrados en bancos y en oficinas de Correos de Ystad y sus inmediaciones. De vez en cuando, Linda lo oía hablar también de robos de grandes cantidades de dinamita en lo que parecía una operación bien planificada. Alguna noche, cuando su padre se había dormido, Linda echaba un vistazo a su bloc de notas y al archivador que contenía el material de la investigación, que solía llevarse a casa. Pero cuando la futura agente intentaba sonsacarle detalles sobre los casos de los que se ocupaba, él respondía siempre con evasivas. Linda no era aún policía y debía guardarse las preguntas hasta septiembre.

Quedaron atrás los calores del verano y, un día de agosto, su padre llegó a casa a primera hora de la tarde y le dijo que lo habían llamado de una inmobiliaria. Según le contó, el comercial estaba convencido de haber encontrado la casa que le convenía. Se hallaba cerca de la playa de Mossby, en una pendiente que desembocaba en el mar. Le preguntó a Linda si le apetecía acompañarlo a ver la casa; la joven llamó a Zebran, con la que había quedado, y aplazó su cita para el día siguiente.

Así, subieron al Peugeot de su padre y partieron en dirección oeste. El mar se presentaba gris aquel día, como un presagio del otoño que no tardaría en llegar.

3

Se encontraron la casa vacía y cerrada a cal y canto. Algunas tejas habían volado, uno de los canalones estaba medio caído. La vivienda se alzaba sobre una colina con amplias vistas al mar, pero, a los ojos de Linda, tenía un aspecto desolado y solitario. «En esta casa mi padre no podrá hallar sosiego», vaticinó. «Aquí lo perseguirán sus demonios, que, ahora que lo pienso, no sé cuáles son.» La joven empezó a reflexionar sobre qué podía causarle a su padre más tormento, e intentó ordenar, según el grado de importancia, sus motivos de inquietud: el primer lugar lo ocupaba, sin duda, la soledad; después, el sobrepeso incipiente y la rigidez de las articulaciones. Pero ¿qué más? Abandonó la confección de aquella lista y observó a su padre, que trataba de ver el interior de la casa desde el jardín. El viento soplaba suave, casi podía decirse que meditabundo, entre las copas de las altas hayas. Bastante más abajo, a sus pies, se extendía el mar. Linda entornó los ojos para divisar mejor un buque que se deslizaba por el horizonte. Kurt Wallander se quedó mirándola.

—Cuando entornas los ojos, te pareces a mí.

—¿Sólo entonces?

Se encaminaron hacia la parte posterior de la casa, donde yacían los restos medio podridos de un sofá de piel. Un ratón, asustado, saltó de entre los muelles y echó a correr. El padre miró a su alrededor y movió la cabeza.

—Me pregunto por qué querré irme a vivir al campo…

—¿Quieres que te lo pregunte yo? Bien, pues te lo pregunto: ¿por qué quieres irte a vivir al campo?

—Siempre he soñado con poder levantarme por la mañana y salir a orinar en el jardín.

Ella lo miró divertida.

—¿Sólo por eso?

—¿Se te ocurre un motivo mejor?… En fin, ¿nos vamos?

—De acuerdo, pero antes echemos otra ojeada.

Linda examinó la casa con más atención, como si ella fuese la compradora y su padre el agente de la inmobiliaria. Husmeaba el aire a su alrededor como si fuese un perro de caza.

—¿Cuánto vale?

—Cuatrocientas mil.

Ella lo miró inquisitiva y perpleja a un tiempo.

—¿Y tienes todo ese dinero?

—No, pero el banco me dará facilidades. Soy una persona de fiar, un policía que ha cumplido con sus pagos toda su vida, ya sabes. En realidad, me pone triste el hecho de que no me guste este lugar. Una casa vacía es tan deprimente como una persona abandonada.

Dicho esto, se marcharon de allí. Linda vio al pasar un indicador en el que se leía «Playa de Mossby». Él la miró de reojo.

—¿Quieres que vayamos?

—Sí, si tienes tiempo.

El quiosco de refrescos estaba cerrado y en el aparcamiento de la playa había una caravana solitaria. Ante su puerta, un hombre y una mujer que hablaban alemán jugaban a las cartas sentados en viejas sillas de plástico. Entre ellos había una mesa y parecían muy concentrados. Linda y Kurt Wallander bajaron hasta la orilla.

Hacía algunos años, ella le había revelado, en aquel mismo lugar, sus planes para el futuro. No se convertiría en tapicera de muebles, y tampoco confiaba demasiado en aquel vago sueño de llegar a ser actriz de teatro. Había dejado de emprender aquellos inquietantes viajes por todo el mundo. Hacía tiempo que había roto su relación con un joven de Kenia que estudiaba medicina en Lund y que había sido su gran amor, por más que su recuerdo hubiera palidecido con los años; el joven había regresado a su país, pero ella no lo había acompañado. Volvió entonces los ojos hacia su madre, Mona, tratando de encontrar en ella una guía. Sin embargo, descubrió que su madre siempre dejaba las cosas a medio hacer. Hubiera deseado dos hijos, pero sólo tuvo uno. Pensaba que Kurt Wallander sería el único y gran amor de su vida, pero se separó de él y ahora vivía, casada en segundas nupcias, con un empleado de banca de Malmö retirado que se dedicaba a jugar al golf.

Después, con renovada curiosidad, se aplicó a observar a su padre, el inspector de policía, el que siempre olvidaba ir a recogerla al aeropuerto cuando iba a visitarlo. Había llegado incluso a llamarlo así, el-hombre-que-siempre-olvida-que-existo. El que nunca tenía tiempo. Y comprendió que, ahora que su abuelo había muerto, él era la persona a la que más lazos la unían. Fue como si le hubiese dado la vuelta a los prismáticos y hubiese desplazado a su padre a un lugar en el que seguía teniéndolo cerca, pero no demasiado cerca. Una mañana, al despertar, aún sin haberse levantado de la cama, supo que, en realidad, deseaba ser como él, policía. Durante todo un año se guardó mucho de desvelar sus ideas, de las que sólo habló con su novio de entonces, pero, una vez que estuvo convencida, rompió con el chico y viajó a Escania, se llevó a su padre a aquella playa y le confesó sus planes. Aún recordaba su sorpresa al oírla. Él le pidió que le concediese un minuto para sopesar lo que, a todas luces, parecía una firme decisión. Y, de repente, ella se sintió insegura. Hasta entonces siempre había creído que él se alegraría. Mientras su padre reflexionaba, Linda, observando su ancha espalda y su ya algo escaso cabello azotado por el viento, se preparó para una nueva discusión. Pero cuando él se dio la vuelta con una sonrisa en los labios, sus dudas se disiparon.

Bajaron hasta la misma orilla. Linda removió con el pie las huellas de los cascos de un caballo. Kurt Wallander contempló una gaviota que parecía suspendida en el aire sobre su cabeza.

—¿Qué piensas ahora? — quiso saber Linda.

—¿Sobre qué? ¿Sobre la casa?

—No, sobre el hecho de que pronto me verás vestida de uniforme.

—Pues la verdad es que me cuesta imaginarlo. Y trato de hacerme a la idea de que, muy probablemente, me indignaré al verte.

—¿Por qué tienes que indignarte?

—Tal vez porque sé cómo te sentirás. No es difícil ponerse un uniforme, pero aparecer con él en público ya es otra cosa. Te darás cuenta de que todo el mundo te ve. Serás el «agente de policía», alguien que ha de estar preparado para, por ejemplo, separar a dos personas que se enfrentan llenas de odio. Sé lo que te espera, simplemente.

—No tengo miedo.

—No estoy hablando de miedo. Te hablo de que, una vez te pongas el uniforme, ya no podrás quitártelo nunca.

Ella presentía que su padre tenía razón.

—¿Cómo crees que me irá?

—Te fue bien en la Escuela…, también aquí te irá bien. En último término, dependerá de ti.

Siguieron deambulando por la orilla y ella le contó que pensaba ir a Estocolmo dentro de unos días. Sus compañeros de promoción iban a celebrar una fiesta de fin de carrera antes de que todos se dispersasen, destinados a los diversos distritos policiales del país.

—Nosotros no celebramos ninguna fiesta —recordó su padre—. Yo casi ni estudié cuando ingresé en el Cuerpo. En realidad, aún me pregunto cómo evaluaban entonces la aptitud de los que iban a entrar en la Policía o en el Gobierno Civil. Me figuro que el criterio sería la fuerza bruta. Y que miraban que la gente no fuese demasiado imbécil, claro. Lo que sí recuerdo es que, cuando me dieron el uniforme, lo celebré con una cerveza. No en la calle, claro, sino en casa de un compañero que vivía en Malmö, en la calle de Södra Förstadsgatan.

Movió lentamente la cabeza. Linda no habría sabido decir si el recuerdo lo divertía o lo atormentaba.

—Aún vivía en casa, con los abuelos. Cuando mi padre me vio con el uniforme, creí que se volvía loco de ira.

—¿Por qué le desagradaba tanto la idea de que fueses policía?

—A decir verdad, no lo comprendí hasta después de su muerte. Me había engañado.

Linda se paró en seco.

—¿Cómo que te había engañado?

Su padre la miró sonriente.

—Verás, en realidad, sí le gustaba que fuese policía, pero, en lugar de admitirlo, le gustaba mantenerme en la incertidumbre. Cosa que, como sabes, logró con éxito.

—Pero… eso no puede ser verdad.

—Nadie conocía a mi padre mejor que yo. Sé que tengo razón. Era un sinvergüenza. Un padre sinvergüenza y maravilloso. El único que tuve.

Regresaron al coche. La capa de nubes se había rasgado. Cuando asomó el sol, la temperatura se volvió enseguida más agradable. Los dos alemanes que jugaban a las cartas no levantaron la vista cuando pasaron por delante de ellos. Ya junto al coche, su padre miró el reloj.

—¿Tienes prisa por llegar a casa? — preguntó.

—Estoy impaciente por empezar a trabajar, eso es todo. ¿Por qué me lo preguntas?

—Tengo que comprobar una cosa. Te lo contaré por el camino.

Giraron para salir a la carretera de Trelleborgsvägen y tomaron la salida que conducía al castillo de Charlottenlund.

—No forma parte de ninguna de las investigaciones que llevo entre manos, pero, ya que estamos cerca, puedo pasarme.

—¿Pasarte, por dónde?

—Por el castillo de Marebo. O, mejor dicho, por el lago de Marebosjön.

La carretera era angosta y sinuosa, y él le fue contando lo que sabía con la misma lentitud y brusquedad con que conducía. Linda se preguntó si sus informes escritos serían tan torpes como la exposición oral que ahora estaba escuchando.

Fuera como fuese, la cuestión era muy sencilla. Dos noches atrás, la policía de Ystad había recibido una llamada telefónica. Un hombre que se negaba a identificarse y a decir desde dónde llamaba, y que hablaba en un dialecto no identificado, les comunicó que había visto caer al lago de Marebosjön unos cisnes ardiendo. No pudo, o no quiso, ofrecer más detalles. Cuando el agente de guardia empezó a hacer preguntas, el hombre cortó la comunicación y no volvió a llamar. La llamada quedó grabada en los registros, pero nadie le prestó atención, pues precisamente aquélla fue una noche inesperadamente movida, con una agresión grave en Svarte y dos casos de robo en sendos comercios del centro de Ystad. Consideraron que el hombre había visto visiones o que se trataba de una broma. Wallander fue el único que, al oírselo contar a Martinson, pensó que era lo bastante inverosímil como para haber sucedido de verdad.

—¿Cisnes ardiendo? ¿Quién iba a hacer algo así?

—Un sádico. Un torturador de animales.

—Pero ¿tú te lo crees de verdad?

Se detuvo junto a la carretera principal y sólo contestó cuando hubo cruzado para tomar el desvío en dirección a Marebo.

—¿Y eso no lo has aprendido en la Escuela? Los policías, por lo general, no «creen». Quieren saber, y siempre están preparados para que suceda cualquier cosa. Incluso que alguien llame para decir que ha visto cisnes ardiendo. Y que resulte ser verdad.

Linda no hizo más preguntas. Dejaron el coche en un aparcamiento y siguieron la pendiente hacia el lago. Linda seguía a su padre a muy pocos pasos, mientras pensaba que, en el fondo, ya llevaba puesto el uniforme, aunque por fuera aún no se le notase.

Rodearon el lago sin hallar ningún cisne muerto. Ninguno de los dos se percató de que alguien seguía su pequeño paseo a través de unos prismáticos.

4

Un par de días más tarde, una mañana clara y tranquila, Linda voló a Estocolmo. Zebran le había ayudado a hacerse un vestido de fiesta de color azul claro, muy escotado tanto por delante como por la espalda. Sus compañeros habían alquilado un viejo local de celebraciones situado en la calle de Hornsgatan. Todos estaban allí, incluso la oveja negra de la promoción. En efecto, de los sesenta y ocho alumnos que comenzaron con Linda, uno se había visto obligado a abandonar la Escuela a mitad de curso, cuando comprobaron que tenía graves problemas con el alcohol, que no podía ocultar ni superar. Nadie sabía quién había ido con el cuento a la dirección de la Escuela. Pero sus compañeros, como por un acuerdo tácito, decidieron compartir la responsabilidad de haber sacado todo aquello a la luz. Linda lo consideraba el fantasma de la promoción. Siempre permanecería allá, en la oscuridad otoñal, eternamente deseoso de que le concediesen la gracia de readmitirlo en la comunidad.

Aquella noche, cuando se reunieron por última vez junto con sus profesores, Linda bebió demasiado vino. Ya se había emborrachado en ocasiones anteriores, pero siempre creía saber cuándo había alcanzado su límite. Esa noche, sin embargo, tal vez se debió a que la impaciencia que la devoraba aumentó al ver a tantos compañeros incorporados ya al servicio. Su mejor amigo durante los años en la Escuela, Mattias Olsson, había optado por no regresar a Sundsvall, de donde procedía, y había comenzado a prestar servicio en el grupo de seguridad ciudadana de Norrköping. A aquellas alturas, ya había conseguido destacar al lograr reducir a un chalado aficionado al levantamiento de pesas que sufrió un ataque de locura bajo los efectos de una alta dosis de anabolizantes. Linda se contaba entre la minoría que aún esperaba incorporarse.

Estuvieron bailando, el vestido de fiesta que había confeccionado con la ayuda de Zebran fue muy celebrado, uno de sus compañeros pronunció un discurso, otros cantaron una canción —por otro lado, no demasiado burlona- sobre los profesores y, en definitiva, la noche habría resultado un éxito rotundo si los cocineros no hubiesen tenido un televisor en la cocina.

En efecto, la última emisión de noticias culminó con un suceso escalofriante: en las proximidades de Enköping, un policía había muerto de un disparo. El rumor no tardó en difundirse entre los nuevos agentes y sus profesores, pese a los bailes y la embriaguez. Cesó la música, sacaron el televisor de la cocina y, como Linda pensó después, aquello fue como si les hubiesen dado a todos una patada en el estómago. De repente, la fiesta se aguó y ellos, entre lentejuelas y corbatas, contemplaban las imágenes del policía al que habían matado, como en una fría ejecución, cuando, con un colega, intentaba detener un vehículo robado. Dos individuos salieron del coche empuñando armas automáticas con la intención de matar. Allí acabó la fiesta: la realidad se había abierto camino hasta ellos a paso seguro.

A altas horas de la noche, cuando ya se habían despedido y Linda se dirigía a casa de su tía Kristina, donde iba a pasar la noche, se detuvo en la plaza de Mariatorget y llamó por teléfono a su padre. Eran las tres de la mañana y, por su voz, dedujo que lo había despertado. Pero ella se enojó: ¿cómo podía dormir su padre cuando, hacía apenas unas horas, habían asesinado a un colega? Y así se lo dijo.

—En nada mejorarán las cosas por el hecho de que yo no duerma. Pero ¿tú dónde estás?

—De camino a casa de la tía Kristina.

—¿Habéis estado de fiesta hasta ahora? ¿Qué hora es exactamente?

—Las tres. Todo se acabó cuando nos enteramos de la noticia.

Linda oía la pesada respiración de su padre y tuvo la sensación de que aún no se había despabilado del todo.

—¿Qué es ese ruido de fondo?

—El tráfico. Estoy buscando un taxi.

—¿Quién está contigo?

—Nadie.

—¡No puedes andar sola de noche en Estocolmo!

—No me pasará nada. Ya soy mayorcita. Perdona que te haya despertado.

Dicho esto, cortó la comunicación con gesto airado. «Ocurre con demasiada frecuencia», se dijo. «Me pone histérica y él ni se entera.»

Le hizo una seña a un taxi que pasaba. Partió rumbo a Gärdet, hacia la casa donde vivía Kristina con su marido y su hijo de dieciocho años, que aún no se había emancipado. Kristina le había preparado la cama en el sofá de la sala de estar. La luz de la calle inundaba la habitación. En una estantería había una fotografía donde se veía a su padre, a su madre y a ella, tomada hacía ya mucho tiempo. Linda tenía entonces catorce años y recordaba la ocasión en que tomaron la instantánea. Fue un domingo de primavera, si no le fallaba la memoria. Habían ido a Löderup, a casa del abuelo. Su padre había ganado la cámara en alguna competición organizada por la comisaría y, cuando iban a hacer la foto, su abuelo se negó de pronto a figurar en el retrato familiar y se marchó al taller a encerrarse entre sus cuadros. Su padre se enfadó. Mona se molestó, pero se mantuvo al margen. Linda fue al taller dispuesta a convencer a su abuelo para que posase con ellos para la foto.

—No quiero salir en una foto en la que dos personas que no tardarán en separarse aparecen sonrientes —sentenció.

Aún recordaba el daño que le hicieron aquellas palabras. Ella conocía la falta de tacto de que podía hacer gala su abuelo, y aun así el comentario le sentó como una bofetada. Después, logró reponerse y preguntarle si aquello era cierto y si él sabía algo que ella ignoraba.

—Que te ciegues a la evidencia no facilitará las cosas —le recriminó—. Vete fuera, anda. Tú sí debes estar en la foto. Es posible que yo esté equivocado.

Ahora, mientras recordaba el episodio, sentada en el borde del sofá, pensó que su abuelo casi nunca tenía razón. Sin embargo, aquella vez sabía de qué estaba hablando. Se negó a salir en la fotografía, que tomaron con el disparador automático. Durante los años que siguieron al incidente, los últimos que sus padres pasaron juntos, las tensiones no hicieron más que crecer.

También por aquella época, ella intentó suicidarse, en dos ocasiones. La primera, cuando trató de cortarse las venas de las muñecas, fue su padre quien la halló. Aún se acordaba de la expresión de pánico de su padre. Los médicos, sin embargo, informaron a éste de que la vida de su hija no había corrido peligro en ningún momento. Los reproches de su padre, que no fueron muchos, no le llegaron con palabras, sino en forma de silencios y miradas reprobatorias. No obstante, aquel suceso desencadenó la última discusión violenta, como la erupción de un volcán, que llevó a su madre, un buen día, a hacer su maleta y marcharse de allí.

Linda pensó que, dadas las circunstancias, era bien extraño que, al marcharse su madre, no se hubiese culpado a sí misma de la separación de sus padres. En cambio, recordaba que consideró que, en el fondo, les había hecho un favor; en efecto, había contribuido a disolver un matrimonio que ya estaba acabado desde hacía mucho tiempo. Además, solía pensar que, pese a tener un sueño tan ligero, nunca se había despertado, en aquel apartamento de paredes tan delgadas, por ruidos nocturnos que indicasen que sus padres estaban haciendo el amor. Ella había introducido en el matrimonio de sus padres una cuña, una especie de palanca que lo hizo saltar por los aires y que, al final, terminó por liberarlos a los dos.

Del segundo intento, su padre no tenía la más remota idea. Aquél era, de hecho, el mayor secreto que le había ocultado jamás. A veces se le ocurría que tal vez, de algún modo que a ella se le escapaba, sí se hubiese enterado. Pero enseguida pensaba que su padre difícilmente sospecharía que había intentado quitarse la vida en una segunda ocasión. Linda lo recordaba perfectamente.

Tenía dieciséis años y había ido a Malmö, a casa de su madre. Era una época de grandes fracasos, tan grandes como sólo pueden sentirse durante la adolescencia. Estaba insatisfecha con su propio aspecto y odiaba la imagen que le devolvía el espejo al tiempo que la amaba; pensaba que todo en ella y en su cuerpo estaba mal hecho. La depresión le sobrevino sin avisar, como una enfermedad de síntomas vagos y poco claros al principio, apenas dignos de tomarse en cuenta. Pero, de repente, ya era demasiado tarde y una desesperación insuperable la abatió al ver que su madre no intentaba siquiera comprenderla. Lo que más le dolió fue que Mona respondiese con un no rotundo cuando ella le rogó que la dejase mudarse a Malmö. No se quejaba de su padre; sólo deseaba perder de vista aquella ciudad tan pequeña. Pero Mona, implacable, no dio su brazo a torcer.

Exasperada, Linda abandonó el apartamento. Era a principios de la primavera, aún había nieve en los setos y en los arcenes, un viento gélido soplaba desde el estrecho, y ella echó a andar por Malmö, al principio por la interminable calle de Regementsgatan, luego ya sin rumbo. Tenía la costumbre de caminar con la mirada clavada en el suelo, igual que su padre, y en alguna ocasión, también como le había ocurrido a su padre, había chocado contra una farola o contra un coche estacionado. Cuando alzó los ojos, se halló en un puente sobre la autovía. Sin saber muy bien por qué, se subió a la barandilla, se sentó y se dejó mecer por el viento. Contempló los coches que pasaban raudos, los haces de luz de los faros, que cortaban la oscuridad. Ignoraba cuánto tiempo estuvo allí. Aquello era como un último estadio que culminaba todo un proceso de preparación. No sentía miedo ni se compadecía de sí misma. Tan sólo esperaba que aquel pesado cansancio, aquel frío que la atenazaba, la llevasen a arrojarse al vacío.

De improviso, apareció alguien detrás de ella, o tal vez a su lado, alguien que le hablaba con mucha calma. Era una joven de aspecto casi infantil que, con toda probabilidad, no tenía muchos más años que Linda. Pero la muchacha llevaba uniforme; era policía. Y algo más allá, al final del puente, vio dos coches de policía con las luces giratorias encendidas. Pero la única que se le acercó fue esa mujer policía de rostro aniñado. Linda intuía al fondo las sombras de otras personas que aguardaban y que habían dejado la responsabilidad de que aquella chiflada bajase de la barandilla en una muchacha casi de su misma edad. La chica le habló, le dijo que se llamaba Annika y que sólo quería que ella bajase de allí, y que, cualquiera que fuese el problema, saltar al vacío no era una buena solución. Linda no quería ceder, sentía que debía defender lo que estaba haciendo. ¿Cómo podía saber Annika de qué deseaba liberarse? Pero la joven policía, con una paciencia infinita, no se rindió ni perdió los nervios. Cuando Linda bajó por fin de la barandilla y rompió a llorar, a causa de una decepción que no era, en el fondo, sino un alivio, Annika también se deshizo en llanto. Y así estuvieron un rato, abrazadas. Linda le dijo que no quería que su padre, que también era policía, se enterase de lo sucedido. Tampoco su madre, pero, sobre todo, que no lo supiese su padre. Annika le prometió que su padre no se enteraría. Y cumplió su promesa. En muchas ocasiones, Linda pensó que podría ponerse en contacto con ella. Sin embargo, cuando tenía ya la mano en el auricular, a punto de llamar a la comisaría de Malmö, siempre terminaba por arrepentirse.

Devolvió la fotografía al estante mientras recordaba al policía que había sido asesinado. Pensó que ya era hora de acostarse. Desde la calle se oía el vocerío de algunas personas que discutían. Y se dijo que, muy pronto, ella se vería intentando poner paz entre gente como aquélla. Pero ¿de verdad deseaba ella eso? Precisamente en aquellos momentos en que la realidad se había abierto camino para dejarles a un policía muerto en una carretera en algún lugar al sur de Enköping…

Aquella noche apenas si pudo dormir. Por la mañana la despertó Kristina, que tenía prisa, pues quería llegar puntual a su trabajo, y que era, en casi todos los aspectos, la cara opuesta de su hermano. Era alta y delgada, tenía el rostro anguloso, y hablaba siempre con una voz chillona que sonaba forzada y de la que su padre se burlaba a menudo. Pero a Linda le gustaba su tía. Era una persona sencilla; a su parecer, nada tenía por qué ser complicado. También en eso era todo lo contrario de su hermano, quien, en lo relacionado con la vida privada, veía siempre problemas irresolubles y, en lo relacionado con el trabajo, problemas sobre los que se lanzaba como un león furibundo.

Poco antes de las nueve de la mañana, Linda salió en dirección al aeropuerto de Arlanda con el fin de tomar un avión a Malmö. Las primeras planas anunciaban la noticia del policía asesinado. Consiguió un vuelo para las doce y llamó a su padre desde Sturup. Él fue a buscarla.

—¿Lo pasaste bien? — le preguntó al verla.

—¿Tú qué crees?

—Pues no lo sé. No estuve allí.

—Ya hablamos de ello anoche, ¿lo recuerdas?

—Claro que lo recuerdo. Fuiste bastante impertinente.

—Estaba cansada y enfadada. Han asesinado a un policía. Como comprenderás, la fiesta se fue al garete. Después de la noticia, todo el mundo tenía el ánimo por los suelos.

El padre asintió, pero no dijo nada. La dejó en la calle de Mariagatan.

—¿Qué ha pasado con el sádico?

Al principio, él no comprendió de qué le hablaba.

—Lo del torturador de animales, los cisnes ardiendo…

—¡Ah!… Seguro que no era más que alguien que quería llamar la atención. En las proximidades del lago vive mucha gente. Si hubiera sucedido algo extraño, más de uno lo habría visto.

Kurt Wallander regresó a la comisaría. Cuando Linda llegó al apartamento, vio junto al teléfono una nota que su padre había escrito. Era de parte de Anna, de la noche anterior: que la llamara, que era importante. Después, su padre había añadido un comentario que no logró descifrar. Linda lo llamó al despacho y él respondió enseguida.

—¿Por qué no me has dicho que Anna me había llamado?

—¡Ah!, lo olvidé.

—¿Y qué es lo que has escrito en la nota?

—Me dio la impresión de que estaba preocupada.

—¿Qué quieres decir?

—Pues eso, que parecía preocupada. Será mejor que la llames.

Linda marcó el número de Anna, pero la línea estaba ocupada. Cuando lo intentó por segunda vez, nadie descolgó. Probó de nuevo, algo más tarde, pero sin éxito. Hacia las siete de la tarde, cuando ella y su padre habían terminado de cenar, se puso la chaqueta y fue a casa de Anna. Llamó al timbre y, tan pronto como su amiga le abrió la puerta, comprendió el comentario de su padre. Anna tenía el rostro demudado. Sus ojos vagaban inquietos. La joven tomó a Linda del brazo para que entrase y cerró la puerta.

Como si tuviese prisa por dejar fuera al resto del mundo.

5

De pronto, Linda recordó a Henrietta, la madre de Anna.

Era una mujer muy delgada, de movimientos bruscos y nerviosos. A Linda siempre le había inspirado cierto temor. Siempre había tenido la idea de que era como un frágil jarrón que se haría añicos tan pronto como alguien hablase demasiado alto, hiciese un movimiento inesperado o quebrantase esa calma que parecía esencial en su vida. Linda recordaba la primera vez que había ido a casa de Anna. Tenía ocho o nueve años; Anna era compañera de curso, aunque no de clase, así que ninguna de las dos supo nunca explicar por qué trabaron amistad. «Simplemente, nos hicimos amigas», se decía Linda, «eso fue todo. Tal vez haya alguien que se dedique a echar redes y lazos invisibles entre las personas para unirlas. Así nos ocurrió a nosotras. Fuimos inseparables hasta que aquel chico con la cara llena de acné se interpuso entre nosotras y nos enamoró a las dos a la vez.»

El padre desaparecido nunca fue otra cosa que una serie de fotografías de colores desvaídos. Pero, en la casa, ninguna estaba a la vista. Henrietta había ocultado todo rastro, como si quisiera hacer ver a su hija que era impensable que su padre regresase. Anna guardaba las fotografías en una cómoda, escondidas bajo su ropa interior. Linda recordaba a aquel hombre de cabello largo, con gafas y una mirada de impaciencia, como si hubiesen tomado la foto en contra de su voluntad. Anna le había mostrado las fotografías como el mayor de los secretos y en un gesto de confianza. Cuando se hicieron amigas, el padre llevaba ya dos años desaparecido. Anna oponía una resistencia silenciosa contra el empecinamiento con que su madre borraba cualquier huella que el padre pudiese haber dejado en sus vidas. En una ocasión en que había metido toda su ropa en una bolsa de basura que dejó en el sótano, Anna bajó allí por la noche para recuperar un par de zapatos y una camisa que después escondió bajo el colchón de su cama. Para Linda, la historia del padre desaparecido tenía sabor a aventura. Y a menudo deseaba que hubiese sido al contrario, que sus propios padres, siempre entregados a incesantes discusiones, hubiesen desaparecido un buen día, de repente, como las estelas grises del humo se desvanecen en un cielo azul.

Se sentaron en el sofá. Anna se apoyó contra el respaldo de modo que su rostro quedaba a media luz.

—¿Qué tal fue la fiesta?

—Un policía muerto se apuntó al baile. Y ahí terminó todo. Pero el vestido era muy bonito.

«Lo recuerdo bien», reflexionó Linda, «Anna nunca va al grano. Cuando tiene algo importante que decir, se toma su tiempo.»

—¿Y cómo está tu madre? — le preguntó a su amiga.

—Está bien. — Anna se sobresaltó al oír sus propias palabras-… ¿Bien? ¿Por qué digo que está «bien», cuando se encuentra peor que nunca? Lleva dos años escribiendo un réquiem sobre su vida. «La misa sin nombre», la llama. Dos veces ha arrojado las partituras al fuego y dos veces se ha lanzado sobre las llamas para recuperarlas en el último momento. Tiene tanta confianza en sí misma como la que puede tener una persona a la que sólo le queda un diente en la boca…

—¿Qué clase de música compone?

—Apenas lo sé. Alguna vez ha intentado mostrármela, tarareando algunos compases, y sólo cuando creía que lo que estaba haciendo merecía la pena. Pero te aseguro que nunca he sido capaz de distinguir ninguna melodía. ¿Acaso hay música sin melodía? La suya parecen gritos, como los de alguien al que le clavaran un cuchillo o lo golpearan. Te juro que no sé a quién puede gustarle semejante música. Al mismo tiempo, la admiro, porque no se rinde. Más de una vez he intentado animarla a que dé otro rumbo a su vida, a que se dedique a otra cosa. Bien mirado, aún no ha cumplido los cincuenta. Pero cada vez se me ha echado encima, arañándome, clavándome las uñas, escupiéndome… Creo que está volviéndose loca.

Anna se interrumpió, como si temiese haber hablado demasiado. Linda permaneció a la espera, mientras recordaba que, ya en otra ocasión, se había sentado como ahora, cuando descubrieron que las dos estaban enamoradas del mismo chico: ninguna quería decir nada, y ambas sentían el terror infinito que les producía el hecho de que algo amenazase su amistad. Aquella vez, su silencio duró desde por la tarde hasta bien entrada la noche. Estaban en la calle de Mariagatan. La madre de Linda ya se había marchado con sus maletas, y su padre andaba por los bosques de Kadesjö, buscando a un psicópata que había agredido a un taxista. Linda recordaba incluso que, aquella vez, Anna olía ligeramente a vainilla. ¿Acaso existía algún perfume o algún jabón con olor a vainilla? No lo preguntó entonces y tampoco pensaba preguntarlo ahora.

Anna se enderezó en el sofá y salió de la penumbra.

—¿Has tenido alguna vez la sensación de que estás perdiendo el juicio?

—A diario.

Enfadada, Anna movió la cabeza.

—No lo digo en broma. Hablo en serio.

Linda se arrepintió enseguida de su respuesta.

—Sí, me ha ocurrido. Y tú sabes cuándo.

—Sí, cuando te abriste las venas. Y luego, cuando quisiste tirarte desde el puente. Pero eso es desesperación. No es lo mismo. Todo el mundo se siente desesperado alguna vez. Es como un rito de iniciación a la vida adulta. Si uno no se pone a gritarle al mar, o a la luna, o a sus padres, no tiene la menor oportunidad de convertirse en adulto. El príncipe y la princesa Sinpenas[[1]](#footnote-1) son, en cierta manera, seres malditos. Les han anestesiado el alma. Pero nosotros, los vivos, hemos de conocer el dolor.

Linda envidiaba el modo de expresarse de Anna. «Su lenguaje expresa su pensamiento», constató. «Yo, para poder formularlo tan bien, tendría que escribirlo.»

—En ese caso, creo que no he sentido nunca que estaba volviéndome loca —repuso Linda.

Anna se levantó, se acercó a la ventana y enseguida regresó al sofá. «Uno se parece a sus padres», recapacitó Linda. «Eso mismo solía hacer su madre, siempre el mismo movimiento para dominar su inquietud. Se levantaba, se colocaba junto a la ventana y, al cabo de unos instantes, volvía. Mi padre cruza los brazos sobre el pecho y mi madre se rasca la nariz. A ver, ¿qué hacía mi abuela paterna? Claro, murió cuando yo era tan pequeña que no lo recuerdo. ¿Y mi abuelo paterno? Él no apretaba el puño ni se tranquilizaba mirando por la ventana, sino que lo mandaba todo al infierno y seguía pintando aquellos cuadros suyos tan espantosos.»

—Ayer me pareció ver a mi padre en Malmö, por la calle —reveló Anna de pronto.

Linda frunció el ceño mientras aguardaba una continuación que no se produjo.

—¿Dices que creíste ver a tu padre ayer en Malmö?

—Exacto.

Linda reflexionó un instante.

—¡Pero si no lo has visto nunca!… En realidad, sí lo viste, pero cuando se marchó eras tan pequeña que no es posible que lo recuerdes.

—Ya, bueno, pero tengo las fotografías.

Linda hizo un cálculo mental.

—Sí, aunque hace veinticinco años que se marchó.

—Veinticuatro.

—Vale, veinticuatro. ¿Y qué aspecto crees que tiene una persona después de veinticuatro años? Es imposible saberlo. Lo único de lo que puedes estar segura es de que su aspecto es muy distinto.

—De todos modos, era él. Mi madre me ha hablado de su mirada. Estoy segura de que era él. Tiene que ser él.

—Yo ni siquiera sabía que hubieses estado en Malmö. Pensé que, cuando te marchabas de aquí, siempre ibas a Lund, para tus exámenes y esas cosas.

Anna la miró meditabunda.

—No me crees.

—No te lo crees ni tú.

—Te digo que el hombre al que vi por la calle era mi padre. — Tomó aliento para referirle lo ocurrido—. Tienes razón. En realidad, estuve en Lund. Cuando llegué a Malmö para cambiar de tren, resultó que se había producido una avería a las afueras de Skurup y se canceló la salida de uno de los trenes. Así que, de pronto, tenía dos horas de espera ante mí. Me enfadé bastante, detesto esperar. Nunca he aprendido a tener paciencia. De modo que me fui al centro así, sin ningún plan, sólo para matar el tiempo. Entré en una tienda, no sé cuál, y me compré un par de calcetines que, en realidad, no necesitaba. Ante las puertas del hotel St. Jörgen, una mujer se desvaneció y cayó al suelo, pero procuré no pasar cerca, pues siempre me siento mal cuando alguien enferma de pronto o se desmaya. Se le había levantado la falda y me indignó el hecho de que nadie se la colocase bien. Tuve el convencimiento de que la mujer estaba muerta. La gente que la rodeaba la miraba impasible, como si fuese un animal muerto que la marea hubiese arrastrado a la orilla. Entonces me fui hacia el centro comercial Triangeln y entré en el hotel que hay allí para tomar el ascensor de cristal que lleva a la terraza. Suelo hacerlo cuando estoy en Malmö, me siento como si subiese al cielo en un globo de cristal. Pero ya no se puede, han cambiado las normas y, para acceder al ascensor, se necesita la llave de la habitación del hotel. Me sentí decepcionada, como si alguien me hubiese arrebatado un juguete. Así que me senté en uno de los sillones que hay junto a un ventanal que da a la calle, decidida a quedarme en el hotel hasta que llegase el momento de regresar a la estación.

»Y entonces lo vi. Estaba allí, en medio de la calle. Soplaban ráfagas de viento que hacían vibrar los cristales del ventanal. Alcé la vista: él estaba en la acera, mirándome. Nuestras miradas se cruzaron y las mantuvimos fijas el uno en el otro durante unos cinco segundos. Después bajó los ojos y se marchó. Quedé tan conmocionada que no se me ocurrió ir tras él. Además, en aquel momento, tampoco yo creí que fuese él. Pensé que habría sido un espejismo, una alucinación, suele ocurrir: uno cree reconocer a alguien del pasado en un completo desconocido al que ve casualmente por la calle. Cuando por fin salí del hotel, él ya había desaparecido, claro está. Volví a la estación avanzando como un depredador, olfateando su rastro, pero todo fue en vano. Estaba tan excitada, o tan afectada, que dejé marchar el tren sin subir a él y, una vez más, me puse a buscarlo por las calles del centro. Pero había desaparecido. De todos modos, no lo dudé: el hombre al que había visto en la calle a través del ventanal era mi padre. Se lo veía más viejo que en las fotografías, pero era como si hubiese encontrado en mi memoria otra caja con viejas fotografías que jamás había visto con anterioridad. Era él. Estaba segura. Mi madre me habló de su mirada en una ocasión y me dijo que solía describir con los ojos un movimiento envolvente, y que miraba al cielo antes de hablar. Y eso fue precisamente lo que hizo al otro lado del ventanal. No llevaba el pelo tan largo como cuando se marchó, y las gafas también eran distintas, no aquellas de montura gruesa y negra, sino unas sin montura. Era él, lo sé. Te llamé porque tenía que hablar con alguien si no quería volverme loca. Era mi padre. Y no fue sólo que yo lo reconociese a él: él me vio primero y se detuvo porque me había reconocido.

Linda comprendió que Anna estaba, en verdad, convencida de que el hombre al que había visto ante el ventanal del hotel junto al Triangeln era su padre. Linda se esforzó por recordar lo que le habían enseñado sobre la memoria, sobre los recuerdos de los testigos, sus reconstrucciones y sus invenciones. Pensó en lo que sabía acerca de las descripciones y los ejercicios que, en la Escuela Superior de Policía, habían realizado con el ordenador para aprender a reconstruir un rostro. Cada uno de los alumnos había tenido que manipular una imagen de sí mismo para conseguir el aspecto que tendría veinte años después. Ella vio cómo, de mayor, se parecería más a su padre y quizás incluso a su abuelo. «Vamos recorriendo los caminos de nuestros padres y antepasados», pensó entonces. «En nuestro rostro asoman, a lo largo de nuestra existencia, todos nuestros mayores. Uno puede parecerse a su madre de pequeño y, de mayor, terminar siendo igual que su padre. Cuando ya no reconocemos nuestro propio rostro es porque los antepasados, ya olvidados hace muchos años, se dejan ver en él.» A Linda le costaba creer que aquel hombre fuese el padre de Anna. Era poco probable que hubiese reconocido a su hija en aquella mujer adulta que no era más que una niña cuando la vio por última vez. A menos que, en secreto, hubiese estado siempre a su lado sin que ella lo supiese.

Linda rememoró rápidamente lo que sabía acerca del misterioso Erik Westin. Los padres de Anna eran muy jóvenes cuando ella nació. Los dos procedían de una gran ciudad y se habían incorporado a la ola de inocencia rural que desembocó en comunas que se instalaban a vivir en el campo, en los pequeños núcleos rurales despoblados de Escania. Linda conservaba un vago recuerdo de Erik Westin como un artesano excelente que confeccionaba unas originales sandalias ergonómicas. Sin embargo, también acudían a su memoria los comentarios de la madre de Anna, que lo describía como un dejado y un irresponsable, un fumador de hachís que había hecho de la pasividad un estilo de vida y que ignoraba qué implicaba la responsabilidad de un hijo. Sin embargo, ¿por qué se había marchado? De hecho, no había dejado ninguna carta en la que explicase sus motivos, como tampoco había anunciado, siquiera con alusiones, su marcha. La policía anduvo buscándolo, pese a que no hubo jamás el menor indicio de que hubiese cometido delito alguno.

Erik Westin debió de planear bien su huida. Se llevó el pasaporte y el dinero que tenía, que, por otro lado, no podía ser mucho, pues sus ingresos eran escasos. La mayor parte debió de obtenerla con la venta del coche de la familia, propiedad de la madre de Anna, pues fue ella quien, gracias a sus guardias nocturnas en el hospital, había ahorrado el dinero para comprarlo. Y, un buen día, Erik Westin desapareció. Ya en ocasiones anteriores el hombre se había marchado sin avisar. De ahí que la madre de Anna esperase durante dos semanas antes de empezar a preocuparse y denunciar su desaparición a la policía.

Linda recordaba que su padre participó en aquella investigación. Pero, puesto que no existía sospecha de delito como motivo de su fuga, se convirtió en un caso más de los que se archivan como pendientes. No tenía ninguna deuda con la justicia, ningún antecedente penal, ninguna sentencia. Tampoco nada apuntaba a que hubiese sufrido algún trastorno mental, pues hacía tan sólo unos meses que se había sometido a un reconocimiento médico del que se desprendía que estaba completamente sano, a no ser por una anemia leve.

Linda sabía que, según las estadísticas, la mayor parte de los desaparecidos solían volver por sí mismos. Una buena proporción de aquellos que no lo hacían, se suicidaban y, del resto, los más, se mantenían ocultos por propia voluntad. Tan sólo un reducido número de ellos desaparecían tras haber sido víctimas de un crimen y sus cuerpos yacían enterrados en lugares desconocidos o, atados a objetos muy pesados, en el fondo del mar o de algún lago.

—¿Has hablado ya con tu madre?

—Todavía no.

—Y eso, ¿por qué?

—No lo sé. Aún estoy bajo los efectos de la conmoción.

—En el fondo, no estás convencida de que fuese él el hombre que estaba al otro lado de la ventana, ¿no es así?

Anna la miró suplicante.

—Sé que era él. Si no lo era, es que se me cruzaron los cables. Por eso te he preguntado antes si alguna vez habías temido estar volviéndote loca.

—¿Y por qué crees que iba a reaparecer ahora, veinticuatro años después? ¿Por qué iba a ponerse a mirarte a través de un ventanal? ¿Y cómo sabía que estarías allí?

—No tengo ni idea.

Anna volvió a levantarse, se acercó de nuevo a la ventana y se sentó una vez más.

—¿Sabes?, he llegado a pensar que, en el fondo, nunca desapareció; simplemente, decidió hacerse invisible.

—Pero ¿por qué iba a hacer tal cosa?

—Creo que se veía como incapaz, como sin fuerzas ante la vida que llevaba. No se trataba de mí o de mi madre. Probablemente, deseaba algo más. La vida tenía que ser algo más. Al final, aquello lo llevó lejos de nosotras. Tal vez intentaba huir de sí mismo. Hay personas que sueñan con mudar la piel, como las serpientes. Y es posible que él haya estado siempre conmigo, muy cerca, sin que yo lo supiese.

—En fin, me pediste que viniera para que te escuchase y te dijese lo que pienso. Pues verás, aunque tú estés segura de que el hombre al que viste por el ventanal era él, yo no puedo creer que sea cierto. Eso es lo que tú deseas, que regrese, que vuelva a hacerse visible. Veinticuatro años es mucho tiempo.

—Sé que era él, Linda. Aquel hombre era mi padre. Después de todos estos años, ha decidido dejar que yo lo vea. No lo confundí con otra persona, te lo aseguro.

Habían llegado al final de la conversación. Linda intuía que Anna deseaba estar sola tanto como, hacía unas horas, había necesitado su compañía.

—Habla con tu madre —le recomendó Linda—. Tal vez lo has visto de verdad, o tal vez sólo has visto lo que querías ver.

—O sea, que no me crees, ¿no es eso?

—No se trata de lo que yo crea o deje de creer. Sólo tú sabes qué viste por aquel ventanal. Pero has de comprender que me cuesta aceptar que sea verdad. Por supuesto, no quiero decir que estés mintiendo. ¿Por qué ibas a hacerlo? Pero comprende que no es muy habitual que una persona que ha estado fuera durante veinticuatro años regrese un buen día, así como así. Piénsalo bien, descansa esta noche y, si quieres, volvemos a hablar de ello mañana. Puedo estar aquí a las cinco, si te viene bien.

—Sé que lo vi.

Linda frunció el entrecejo. Percibió una gran tensión en el tono de voz de Anna, además de que parecía hablar de manera mecánica. «Tal vez esté mintiendo, pese a todo», se dijo. «Hay algo en toda esta historia que no es verdad. Pero ¿por qué me miente a mí? Quizá no quiera que descubra sus intenciones.»

Linda regresó a casa atravesando la ciudad, desierta a aquellas horas de la noche. A la puerta del cine de la calle de Stora Östergatan, unos jóvenes observaban, en completo silencio, el cartel de una película. La joven se preguntó si se habrían dado cuenta del uniforme invisible que ella llevaba puesto.

6

Al día siguiente, Anna desapareció de su casa sin dejar huella. Linda supuso enseguida que algo había sucedido cuando, a las cinco de la tarde, llamó al timbre y su amiga no abrió la puerta. Volvió a llamar, y luego gritó su nombre por la ranura para el correo. Pero Anna no estaba allí. Esperó durante media hora y, aunque dudaba, terminó por sacar del bolsillo las ganzúas. Uno de sus compañeros de la Escuela había comprado varios juegos en Estados Unidos y los había regalado a algunos de su clase, entre los que se contaba Linda. Después, en secreto, para practicar, se dedicaron a forzar todas las puertas con que se topaban. A Linda había pocas cerraduras estándar que se le resistiesen.

Forzó la puerta con rapidez y, una vez dentro, la cerró tras ella. Después recorrió las habitaciones vacías. Todo estaba ordenado, igual que el día anterior. El fregadero vacío, los paños de cocina doblados. Anna era puntual. Habían acordado verse a una hora determinada y no estaba allí. Sin duda, había sucedido algo. La cuestión era qué. Linda se sentó en el sofá, como la noche anterior. «Anna cree que ha visto en la calle a su padre, que lleva años desaparecido», recapituló. «Y ahora es ella la que desaparece. Es obvio que lo uno está relacionado con lo otro. Pero ¿cómo? Y ese regreso, con toda probabilidad, no son más que figuraciones suyas. ¿No será su desaparición también una invención?» Permaneció sentada un buen rato, pensando qué podía haber ocurrido. Pero, en realidad, esperaba a Anna, con la esperanza de que se hubiese retrasado por algún motivo sin importancia o, tal vez, que hubiese olvidado la cita.

La extraña ausencia de Anna fue el broche de un día muy largo para Linda. A las siete y media de la mañana se había dirigido a la comisaría para verse con Martinson, uno de los más antiguos colegas de Kurt Wallander y que había sido designado tutor de Linda. Aquello no significaba que fuesen a trabajar juntos, dado que Linda, como el resto de los policías en prácticas, empezaría en el grupo de seguridad ciudadana, patrullando las calles con otros colegas. Pero Martinson era el agente con el que debía ponerse en contacto para cualquier eventualidad. Linda lo recordaba de su niñez. En aquella época, el propio Martinson era como un niño grande, el más joven de los colaboradores de su padre. Y por éste había sabido que, además, solía desalentarse y a menudo decidía dejar la Policía. Su padre, personalmente, lo había persuadido como mínimo en tres ocasiones durante los diez últimos años para que no solicitase el cese inmediato.

Linda le había preguntado a su padre si él, de alguna manera, había intervenido cuando la jefatura, con Lisa Holgersson a la cabeza, optó por nombrar a Martinson su tutor. Pero él le había respondido que no. En todo lo concerniente a ella, él había decidido mantenerse al margen. Linda lo oyó porfiar, incrédula: si algo la preocupaba de verdad, era precisamente que su padre se inmiscuyese en su trabajo. Aquélla había sido, además, la razón por la que tanto dudó sobre si pedir Ystad como primera plaza o solicitar un puesto en algún otro lugar del país. En sus impresos de solicitud para futuros destinos, había marcado como alternativas, después de Ystad, Kiruna y Luleå, es decir, lo más alejado de Escania como fuera posible. Pero, al final, resolvió quedarse en Ystad: no podía concebir la idea de trabajar en cualquier otro lugar. Después, con el tiempo, tal vez pudiese pensar en trasladarse a otra zona de Suecia. Eso, si llegaba a permanecer en el seno del Cuerpo toda su vida, algo que, desde luego, no había motivos para dar por supuesto. Tal vez hubiese sido así en el caso de generaciones anteriores, pero, durante sus años de formación, ella y sus compañeros hablaban a menudo de ese tema: uno no tenía por qué ser policía toda su vida. La experiencia policial los cualificaba para trabajar en otras profesiones, desde guardaespaldas a responsable de seguridad de una empresa.

Martinson acudió a recibirla a recepción. Se sentaron en su despacho. Sobre el escritorio había unas fotografías de sus dos hijos y de su sonriente esposa. Linda se preguntó fugazmente a quién, llegado el momento, pondría ella sobre su escritorio. Revisaron una serie de etapas rutinarias por las que tendría que pasar. En un principio, acompañaría a dos policías que llevaban ya mucho tiempo patrullando las calles de Ystad en la brigada de seguridad ciudadana.

—Los dos son buenos —aseguró Martinson—. Ekman puede parecer algo hastiado y apático, pero, a la hora de la verdad, nadie como él es capaz de diagnosticar una situación y de demostrar más iniciativa. Sundin es su opuesto. Quizá malgaste su energía en asuntos sin importancia, y es de los que detienen a los peatones si los ve cruzando con el semáforo en rojo, pero sabe lo que significa ser policía. Además, tendrás ocasión de compartir tu jornada laboral con dos agentes que llevan aquí mucho tiempo y saben lo que hacen.

—¿Qué opinan sobre el hecho de que yo sea una mujer?

—Si haces bien tu trabajo, no se preocuparán lo más mínimo por eso. Hace diez años, habría sido distinto.

—¿Y mi padre?

—¿Qué pasa con él?

—Pues que soy su hija.

Martinson reflexionó un instante, antes de contestar.

—Bueno, tal vez alguien desee que metas la pata. Pero me figuro que eso ya lo sabías cuando solicitaste este puesto.

Tras aquellos preliminares, conversaron durante casi una hora acerca de «la situación» en el distrito policial de Ystad. Linda había oído esa expresión desde que tenía conciencia, desde que, siendo niña, se sentaba a jugar junto a la mesa de la sala de estar y oía cómo su padre hacía tintinear el vaso mientras discutía con algún colega sobre «la situación», que siempre era compleja. Siempre había complicaciones. Por otro lado, éstas tenían su origen en los motivos más dispares: los nuevos uniformes, que daban lástima, el cambio de los coches del parque móvil o del sistema de radio, la falta de personal, las consignas de la Dirección General de Policía, las variaciones que a veces sufrían las estadísticas de ciertos delitos… Todo aquello formaba parte de «la situación», fuente constante de irritación e inquietud. Ser policía, se decía Linda, significaba verse obligado, junto con los colegas, en su lucha contra la criminalidad y el desorden, a revisar y determinar cómo había cambiado la situación con respecto al día anterior y cómo se esperaba que fuese al día siguiente. «Pero sobre eso no nos enseñaron nada durante la carrera. Sobre cómo peinar las calles y las plazas sí sé bastante, al menos en teoría, pero sobre cómo considerar y calificar la situación, mis conocimientos son prácticamente nulos.»

Después se fueron al comedor y se tomaron un café. Martinson resumía en muy pocas palabras su propia visión de la situación: cada vez había menos policías que realizasen el trabajo de campo en las investigaciones.

—¿Sabes?, últimamente he estado estudiando algo de historia. Y tengo la sensación de que, en este país, el crimen jamás ha sido tan rentable como hoy. Para encontrar algo parecido hemos de retrotraernos a un tiempo remoto, anterior incluso a la época en que Gustav Vasa[[2]](#footnote-2) nos unificó y nos convirtió en un reino. Entonces, en los tiempos de los pequeños reinos, antes de que Suecia fuese Suecia, imperaban un desorden y una anarquía devastadores. En mi opinión, ahora ya no protegemos la legalidad, sino que, más bien, nos dedicamos a mantener la anarquía dentro de unos límites más o menos soportables. — Luego la acompañó hasta la recepción—. No es mi intención desanimarte. No hay nada peor que un policía desanimado. En este Cuerpo, uno sólo es útil si, entre otras cosas, nunca pierde el ánimo y conserva el buen humor.

—¿Como mi padre?

Martinson la miró con curiosidad.

—Kurt Wallander es un buen policía —afirmó-, ya lo sabes. Pero no creo que se le pueda calificar como el miembro más chistoso de esta familia. Cosa que, por supuesto, también sabes.

Permanecieron unos segundos en silencio junto a la recepción, mientras un hombre airado se quejaba ante una de las recepcionistas de que le hubiesen retirado el permiso de conducir.

—En cuanto al policía asesinado…, ¿cuál fue tu reacción? — preguntó Martinson.

Linda le refirió lo sucedido en la fiesta y cómo, tras haber visto la noticia en el televisor de los cocineros, todo terminó.

—Sí, es un golpe duro —admitió Martinson—. Todos los policías sentimos un escalofrío. Y todos sabemos que el arma puede estar apuntando a cualquiera de nosotros. Cuando un colega muere en acto de servicio, muchos sopesan la posibilidad de abandonar. Pero muy pocos lo hacen. La mayoría se queda. Yo soy uno de ellos.

Linda dejó la comisaría y se dirigió, bajo un fuerte viento, a los edificios de pisos de alquiler del barrio de Öster donde vivía Zebran. Por el camino pensó en lo que le había dicho Martinson. Y en lo que no le había dicho. Su padre le había enseñado aquello: siempre debía prestar atención a lo que no se decía, que, de hecho, podía ser la parte más importante del mensaje. Sin embargo, cuando repasó su conversación con Martinson, no halló ningún mensaje oculto. «Él es del tipo honrado, sencillo», resolvió, «no le van los mensajes ocultos.»

No estuvo en casa de Zebran más que un rato, porque el pequeño tenía gastroenteritis y no paraba de llorar. Acordaron que se verían el fin de semana siguiente. Entonces, Linda le contaría con detenimiento cómo había ido la fiesta y cómo todos habían admirado su vestido. Pero aquel día, el 27 de agosto, no quedó en la vida de Linda como el día de su encuentro con Martinson, sino como el día en que Anna Westin desapareció sin dejar rastro. Cuando Linda entró en su casa con la ganzúa y se sentó en la sala de estar de su amiga, intentó recordar la voz de Anna mientras ésta le contaba que había visto, desde el ventanal de aquel hotel, a un hombre que se parecía a su padre. «La gente tiene dobles», razonó Linda. «No es sólo una creencia popular eso de que, en algún lugar de la Tierra, todos tenemos un doble, una persona que nace y muere al mismo tiempo que uno. Existen en la realidad. Yo misma he visto a mi madre en el metro de Estocolmo. Incluso estuve a punto de acercarme a ella, pero me detuve cuando vi que sacaba un periódico finlandés y se ponía a leerlo.»

En el fondo, ¿qué era lo que le había contado Anna? ¿Le habló de un padre resucitado o de su doble? La joven había insistido tanto en que aquel hombre era, en verdad, su padre… Su amiga podía afirmar cosas que no eran ciertas, o que eran inventadas o imaginadas. Pero no era capaz de llegar tarde a una cita o de olvidar que había quedado con alguien en su casa.

Linda echó otro vistazo al apartamento. Se detuvo junto a la estantería que había en el rincón del comedor donde Anna estudiaba. Leyó los títulos en los lomos de los libros. Eran, en su mayoría, novelas. Algún que otro relato de viajes, pero ningún libro de texto. A Linda le extrañó. Ni un solo libro de medicina. Fue a mirar en las otras estanterías del apartamento, pero lo único que halló fue un ejemplar de un diccionario enciclopédico sobre las enfermedades más comunes. «Aquí hay una grieta. ¿No debería tener montones de libros sobre medicina?», advirtió.

Abrió el frigorífico, donde no encontró nada que le llamase la atención ni nada que faltase. El futuro se hacía presente bajo la forma de un cartón de leche sin abrir con fecha de caducidad del 2 de septiembre. Linda volvió a sentarse en la sala de estar e intentó profundizar en esa grieta que se había abierto. ¿Cómo era posible que una persona que estudiaba medicina no tuviese en casa un solo libro sobre la materia? ¿Los guardaría en otro lugar? No podía ser. Anna vivía en Ystad y, según aseguraba, allí estudiaba y preparaba los exámenes.

Seguía esperando. Dieron las siete y llamó a su casa. Su padre contestó con la boca llena de comida.

—¿No íbamos a cenar juntos hoy?

Linda vaciló un instante antes de responder. Sentía que quería contarle a su padre lo sucedido con Anna, al tiempo que se resistía a hacerlo.

—Estoy ocupada.

—¿Con qué?

—Con mi propia vida.

El padre masculló algo ininteligible.

—Hoy he visto a Martinson —le dijo ella.

—Lo sé.

—¿Y qué sabes?

—Me lo ha dicho él, y sólo me ha dicho que os habíais visto, nada más. No tienes que andar preocupándote por todo.

Concluida la conversación, Linda siguió esperando. Cuando dieron las ocho, llamó a Zebran para preguntarle si tenía alguna idea de dónde podía estar Anna. Pero Zebran llevaba varios días sin saber de ella. Finalmente, a las nueve de la noche y después de comer lo que pudo encontrar en la despensa y en el frigorífico de Anna, buscó el número de teléfono de Henrietta. La mujer tardó en contestar y Linda aludió con tacto al motivo de su llamada, pues no quería que la madre de su amiga, de salud tan delicada, se asustase. ¿Había ido Anna a Lund? ¿Tal vez a Copenhague o a Malmö? Linda formulaba las preguntas menos comprometidas que se le ocurrían.

—Pues no sé. No he hablado con ella desde el jueves.

«Hace cuatro días», calculó Linda. «Entonces, Anna tampoco le habrá contado a ella nada acerca del hombre al que vio en Malmö por el ventanal del hotel. No ha querido compartir una información tan importante con su madre, pese a que la relación que mantienen es muy estrecha.»

—¿Por qué quieres saber dónde está Anna?

—No, por nada. La he llamado, pero no me contesta.

Una vaga inquietud transitaba entre los auriculares de ambos aparatos.

—Ya, pero tú no me llamas cada vez que Anna no contesta al teléfono, ¿verdad?

Linda se había preparado para aquella pregunta. Una mentira insignificante, una mentira piadosa.

—Ya, es que hoy me apetecía mucho preparar una buena cena e invitarla. Fue por eso. — Linda desvió el tema de la conversación hacia su propia persona—. ¿Sabes que voy a empezar a trabajar aquí en Ystad?

—Sí, me lo dijo Anna. Aunque ni ella ni yo comprendemos por qué se te ha ocurrido hacerte policía.

—Bueno, si me hubiese dedicado al tapizado de muebles, me habría pasado el día con una tachuela en la boca. Lo de ser policía parecía un trabajo más variado.

En algún lugar, un reloj dio la hora y Linda se apresuró a concluir la conversación. «Anna no le ha contado a su madre lo que cree haber visto», concluyó. «Después queda conmigo para vernos en su casa, pero no está. Y no me ha avisado.»

Linda intentaba convencerse a sí misma de que todo eran figuraciones suyas. ¿Qué podía haber sucedido? Anna no era de las que se exponían a ningún riesgo. Al contrario que Zebran y que ella misma,

Anna era la más difícil de convencer para que se subiera a la montaña rusa. Desconfiaba de los extraños, nunca entraba en un taxi sin antes haberle visto la cara al taxista… Linda se quedó con la explicación más sencilla: Anna estaba muy alterada. ¿Habría viajado a Malmö para buscar al hombre que tal vez fuese su padre? Era la primera vez que su amiga no acudía a una cita, se decía. Pero también era la primera vez que había creído ver a su padre por la calle.

Se quedó en el apartamento hasta medianoche.

Para entonces, ya estaba segura. No existía ninguna explicación natural para que Anna no hubiese regresado a casa. Algo había sucedido. Y ella no sabía qué.

7

Cuando, poco después de las doce de la noche, Linda llegó a casa, su padre ya se había dormido, pero despertó al oír el chirrido de la puerta al cerrarse y se levantó. Linda observó con desagrado su obesidad.

—Estás hinchándote —observó—. Vas a estallar un día de éstos, no como un trol al sol, sino como un globo demasiado lleno de aire.

Él se apretó el cinturón de la bata con gesto ostentoso.

—Hago lo que puedo.

—Eso no es verdad.

Su padre se dejó caer pesadamente en el sofá.

—Estaba soñando con algo hermoso —aseguró—. Así que, en estos momentos, no tengo fuerzas para pensar en mi peso. La puerta que acabas de abrir se abrió también en mi sueño. ¿Te acuerdas de Baiba?[[3]](#footnote-3)

—Sí, aquella mujer de Letonia. ¿Aún seguís en contacto?

—Bueno, una vez al año, como mucho. Ha encontrado un hombre, un ingeniero alemán que trabaja en Riga con las mejoras del sistema de suministro de agua. Cuando habla del buen Hermann, de Lübeck, parece muy enamorada. Me sorprende que no me ponga celoso.

—¿Y estabas soñando con ella?

Kurt Wallander sonrió.

—Pues sí. Teníamos un hijo —contó-, un niño que jugaba, en silencio y solo, en una gran extensión de arena. En la distancia, se oían las notas de una orquesta de instrumentos de viento. Baiba y yo estábamos allí, mirándolo, y yo, en el sueño, me decía que, en realidad, no era un sueño, sino una realidad. Y soñé que me sentía muy feliz.

—¡Vaya! Con lo que sueles quejarte de tus pesadillas…

Él no la escuchaba, no quería interrumpir su ensoñación.

—Se abrió la puerta. La puerta que tú has abierto era, en el sueño, la de un coche. Era verano y el sol caía a plomo, sin piedad. Toda la existencia estaba expuesta a sus rayos, el rostro de Baiba, el mío y el del niño estaban muy blancos, sin sombras. Era un sueño hermoso. Cuando desperté, estábamos a punto de marchamos.

—Lo siento.

Él se encogió de hombros.

—¿Qué significará ese sueño?

Linda quería hablar de Anna. Pero su padre se arrastró hasta la cocina, donde bebió agua directamente del grifo. Linda lo siguió. Él se alisó el pelo de la nuca mientras la observaba.

—¿Por qué has llegado tan tarde? Ya sé que no es asunto mío, pero tengo la sensación de que estás deseando que te lo pregunte.

Y Linda se lo contó. Él permaneció apoyado contra el frigorífico con las manos cruzadas sobre el pecho. «Siempre adopta esa postura cuando escucha», observó linda en silencio, «y así lo recuerdo de cuando era niña: un gigante de brazos cruzados que me miraba desde lo alto. De hecho, solía pensar que tenía un padre que era una montaña. Papá Montaña.»

Cuando ella hubo concluido, él negó con un gesto, antes de asegurar:

—No, no. No es así como sucede.

—¿El qué?

—La desaparición de una persona.

—No es normal en ella. La conozco desde que teníamos siete años. Jamás llegó tarde a una cita ni olvidó si habíamos quedado en vemos.

—Es un poco absurdo decir que alguna vez ha de ser la primera, pero es lo que pienso. Debe de estar muy afectada, dado que cree que ha visto a su padre… Sí, tal vez sea lo que tú has supuesto, que se ha marchado para buscarlo.

Linda asintió. Era obvio que su padre tenía razón. También ella lo creía así: no era lógico pensar que le hubiese sucedido algo.

El padre se sentó en el banco de madera que había ante la ventana.

—Uno aprende, con el tiempo, que siempre existe una buena dosis de verosimilitud en lo que sucede. La gente se mata entre sí, miente, comete atracos y robos o desaparece. Si uno profundiza lo suficiente en el pozo que es cada investigación, encuentra, en casi todos los casos, una explicación plausible. Al final, resulta bastante verosímil que esa persona desapareciese o que aquella otra asaltase un banco. No estoy diciendo que jamás se produzcan sucesos inesperados, pero casi nunca es acertado decir «jamás creí que tal o cual persona pudiese hacer semejante cosa». Si uno reflexiona y raspa la capa más superficial, siempre encuentra otras capas y otras respuestas. — Dicho esto, bostezó y dejó caer las manos sobre la mesa con gesto cansado—. Bien, es hora de que nos vayamos a dormir.

—Espera unos minutos más, ¿vale?

Él la miró con curiosidad.

—O sea, que no te he convencido, ¿no es eso? Sigues creyendo que a Anna le ha ocurrido algo.

—No, seguro que tienes razón.

Permanecieron sentados en silencio. Una ráfaga de viento agitó unas ramas, que golpearon el cristal de la ventana.

—¿Sabes?, últimamente tengo muchos sueños —confesó el padre—. Tal vez porque suelo despertarme cuando llegas a casa. O sea, que no es que sueñe más que antes, sino que ahora recuerdo lo que he soñado. Ayer noche tuve una experiencia extraordinaria. Iba, en mis sueños, por un cementerio. De repente me vi ante unas lápidas y yo reconocía todos los nombres que tenían grabados. El nombre de Stefan Fredman[[4]](#footnote-4) se encontraba entre ellos.

Linda se estremeció.

—Sí, lo recuerdo. ¿De verdad llegó a entrar en este apartamento?

—Creo que sí. Pero jamás conseguimos aclararlo del todo. Cuando le preguntamos por el asunto, siempre respondió con evasivas.

—Recuerdo que fuiste a su entierro… ¿Qué le pasó, en realidad?

—Lo mantenían encerrado en un hospital. Un buen día se pintó la cara con trazos de guerra, ya sabes, trepó hasta un tejado y se arrojó desde allí.

—¿Cuántos años tenía?

—Dieciocho o diecinueve.

Arreció el viento y la ventana golpeteó.

—¿Quiénes eran los demás que estaban en las lápidas?

—Pues, entre otros, una mujer llamada Yvonne Ander[[5]](#footnote-5). Estoy por creer que hasta era correcta la fecha de su fallecimiento, aunque hace ya bastantes años de aquello.

—¿Qué fue lo que hizo?

—¿No recuerdas que, en el curso de aquella investigación, Ann-Britt Höglund recibió un disparo?

—¿Cómo iba a olvidarlo? Tú te refugiaste en Dinamarca y por poco te mata la bebida.

—Bueno, no fue para tanto.

—No, claro, fue aun peor. De todos modos, no sé quién era Yvonne Ander.

—Se dedicó a vengarse de hombres que ella sabía que habían torturado y maltratado a mujeres.

—¡Ah, sí! Algo recuerdo.

—Al final logramos atraparla. Todos creían que estaba loca. O que era un monstruo. Pero yo opino que era una de las personas más sensatas que he conocido jamás.

—Sí, quizá te ocurriese como a los médicos con sus pacientes.

—¿A qué te refieres?

—Pues que los policías se enamoran de las mujeres delincuentes a las que consiguen atrapar.

Él emitió un gruñido cariñoso a modo de protesta.

—Eso no son más que tonterías. Hablé largo y tendido con ella, además de interrogarla. Antes de suicidarse, me escribió una carta en la que me explicaba que la justicia es como una red demasiado poco tupida. Que no llegamos a atrapar, o que optamos por no atrapar, a muchos criminales que deberían constituir nuestro objetivo.

—¿Quién decide a qué criminal hay que atrapar?

Él negó con un gesto.

—No tengo ni idea. Todos, imagino. Se supone que las leyes que tratamos de cumplir proceden de un pueblo en el que todos tienen voz. Pero Yvonne Ander me enseñó algo muy distinto. Por eso no puedo olvidarla.

—¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Cinco o seis años.

En ese momento sonó el teléfono.

Kurt se sobresaltó y ambos se miraron. Faltaban cuatro minutos para la una de la mañana. Él alargó el brazo para alcanzar el teléfono, que estaba en la pared. Linda, preocupada, se preguntó si se trataría de alguno de sus amigos, que no supiese que vivía en la casa de su padre y que aún no se había mudado a un apartamento propio. El padre atendió la llamada. Linda se esforzaba por interpretar los monosílabos con que preguntaba. Comprendió que quien llamaba era un colega de su padre. Pero no sabía quién. Tal vez Martinson, o incluso Ann-Britt Höglund. Algo había sucedido en las proximidades de Rydsgård. Wallander le hizo una seña para que le acercase un lápiz y un bloc de notas que tenía sobre el alféizar de la ventana. Anotó mientras sujetaba el auricular con la barbilla. Ella fue leyendo por encima de su hombro. «Rydsgård, cruce con Charlottenlund, finca de Vik.» De inmediato, Linda recordó que los dos habían ido allí para ver la casa situada sobre la colina, cerca de la playa, la que su padre no quiso comprar. Su padre volvió a escribir: «Terneros quemados. kerblom». Después, un número de teléfono. Concluyó la conversación y colgó el auricular. Linda volvió a sentarse frente a él.

—¿«Terneros quemados»? ¿Qué es eso?

—Sí, es una buena pregunta. — Se levantó—. Tengo que salir.

—¿No vas a decirme qué ha pasado?

Él se detuvo junto a la puerta, vacilante. Tras unos segundos, tomó una decisión.

—De acuerdo, acompáñame.

—Estuviste conmigo desde el principio —aseguró ya en el coche-, así que también puedes estar en lo que parece una continuación.

—¿El principio de qué?

—Lo de los cisnes ardiendo.

—¿Ha vuelto a ocurrir?

—Pues sí y no. En esta ocasión no se trata de aves. Al parecer, algún loco ha sacado un ternero de un establo, lo ha rociado con gasolina y le ha prendido fuego. El dueño del ternero ha llamado a la policía. Una patrulla de seguridad ciudadana ya ha acudido al lugar. Y yo les había pedido que me llamasen si volvía a suceder. Un sádico, un torturador de animales… No me gusta lo más mínimo.

Linda sabía cuándo su padre le ocultaba algo.

—No estás diciéndome todo lo que piensas, ¿verdad?

—No.

Él dio por terminada la conversación y Linda se preguntó por qué habría querido que ella lo acompañase.

Se desviaron de la carretera principal, atravesaron las calles desiertas de Rydsgård y se dirigieron al sur, hacia el mar. En una de las salidas los aguardaba un coche de policía. Ellos se pegaron al otro vehículo y, cuando éste se puso en marcha, lo siguieron hasta el camino empedrado que conducía a la finca llamada Vik.

—¿Quién se supone que soy yo?

—Mi hija —contestó él—. Nadie reparará siquiera en que estás conmigo. A menos que pretendas ser otra cosa que mi hija. Por ejemplo, policía.

Salieron del coche. El viento soplaba fuerte y azotaba la fachada de los edificios de la finca. Los dos agentes de seguridad ciudadana los saludaron. Uno de ellos se llamaba Wahlberg; el otro, Ekman. Wahlberg estaba muy resfriado, y Linda, que temía contagiarse, se tapó rápidamente la boca con la mano. Ekman, cuyos ojos miopes parpadearon, se inclinó hacia ella con una sonrisa.

—Pensé que no empezarías hasta dentro de dos semanas.

—No, ha venido sólo para acompañarme —aclaró expeditivo Kurt Wallander—. ¿Qué ha ocurrido aquí?

Se dirigieron a la parte posterior de la casa, donde no hacía mucho que habían construido un establo. El granjero, que estaba arrodillado junto al animal muerto, muy cerca del enorme comedero, era un joven de la misma edad que Linda. «Los campesinos suelen ser viejos», razonó ella. «En mi mente no hay lugar para granjeros de mi edad.»

Kurt Wallander alargó la mano y se la estrechó.

—Tomas kerblom —se presentó el joven.

—Ésta es mi hija. Estaba conmigo cuando llamaron y me ha acompañado.

Cuando Tomas kerblom dirigió la vista hacia ella, la luz del establo bañó el rostro del joven. Linda vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Quién es capaz de hacer algo así? — preguntó con voz trémula—. ¿Qué clase de persona hace algo así?

El joven se hizo a un lado, como para descorrer un telón invisible tras el que dejar al descubierto una instalación macabra. Linda ya había percibido el olor a carne chamuscada. Ahora veía, además, al ternero, tendido de costado ante ella. El ojo que quedaba hacia arriba había desaparecido bajo las llamas y la piel aún humeaba. El olor a gasolina le provocaba náuseas y dio un paso atrás. Kurt Wallander la observaba con suma atención. Ella negó con un gesto: no, no iba a desmayarse. Él asintió y echó un vistazo a los alrededores.

—Cuéntame, ¿qué ha pasado?

Tomas kerblom obedeció.

—Pues acababa de echarme en la cama y me había dormido ya —contó, a punto de prorrumpir en llanto—. Me despertó una especie de alarido. Al principio creí que había sido yo mismo, suele ocurrirme cuando sueño. Y me levanté de la cama. Pero después comprendí que procedía del establo. Los animales mugían y oí que uno de ellos estaba en un apuro. Descorrí la cortina de la ventana y vi el fuego. Åpplet[[6]](#footnote-6) estaba ardiendo, aunque entonces no sabía que era él, sino sólo uno de los terneros. El pobre animal corría y se estrellaba contra la pared exterior del establo, con todo el cuerpo y la cabeza en llamas. En realidad, no comprendía lo que estaba viendo. Corrí escaleras abajo, me calcé unas botas y, cuando salí, el ternero ya había caído al suelo y yacía entre convulsiones. Eché mano a una lona e intenté apagar el fuego pero, para entonces, ya estaba muerto. Fue horrible. Recuerdo que pensaba: «Esto no está sucediendo, esto no es verdad, nadie prende fuego a un animal».

Tomas kerblom guardó silencio.

—¿Viste algo? — quiso saber Wallander.

—Te he contado lo que vi.

—Pero has dicho «nadie prende fuego a un animal», ¿no? ¿Por qué lo has dicho? Pudo haber sido un accidente, ¿no crees?

—¿Cómo iba un ternero a rociarse a sí mismo con gasolina y prenderse fuego? Y, además, ¿por qué? Jamás he oído decir que los animales se suiciden.

—En otras palabras, que alguien ha tenido que hacerlo. Y a eso me refiero. ¿Viste a alguien cuando descorriste la cortina?

Tomas kerblom reflexionó un instante antes de responder. Linda procuraba seguir el razonamiento de su padre y adelantarse a su siguiente pregunta.

—Sólo vi al animal ardiendo.

—¿Se te ocurre quién puede haberlo hecho?

—Un chiflado. Sólo un desequilibrado es capaz de hacer algo semejante.

Kurt Wallander asintió.

—Bien, por ahora no avanzaremos más. Deja al animal donde está. Volveremos más tarde, cuando haya amanecido, para echar un vistazo.

Regresaron a los coches.

—Sólo un desequilibrado podría hacer algo así —insistió Tomas kerblom.

Kurt Wallander no respondió. Linda vio que estaba cansado, llevaba el ceño fruncido y, de repente, se le antojó un hombre mayor. «Mi padre está preocupado», concluyó. «Primero, parece. que alguien ve unos cisnes ardiendo, después un ternero llamado Åpplet arde de verdad.»

Como si le hubiese leído el pensamiento, su padre se volvió hacia Tomas kerblom y observó, ya a punto de abrir la puerta del coche:

—Åpplet es un nombre muy curioso para un animal.

—De adolescente, yo jugaba al tenis de mesa. Y a algunos de los animales más jóvenes les he dado el nombre de los grandes jugadores de este deporte. Por ejemplo, tengo un buey que se llama Waldner.

Kurt Wallander asintió de nuevo. Linda vio que sonreía. Sabía que su padre apreciaba a las personas originales.

Regresaron a Ystad.

—¿Qué crees que hay detrás de todo esto? — preguntó Linda.

—En el mejor de los casos, se nos ha presentado un sádico que disfruta torturando animales.

—¿En el mejor de los casos?

Él tardó en contestar.

—En el peor de los casos, es un perturbado que no se contentará con matar animales —reveló al fin.

Linda lo entendió perfectamente. Y sabía que lo mejor que podía hacer en aquel momento era no preguntar nada más.

8

Cuando Linda despertó, a la mañana siguiente, se encontró sola en el apartamento. Habían dado las siete y media. Se levantó, se estiró un poco y pensó que la habría despertado el ruido de la puerta al marcharse su padre. «Cierra de un portazo a propósito», se dijo. «Quiere ser estricto y que no me quede holgazaneando en la cama sin necesidad.»

Se levantó y abrió la ventana. El día estaba despejado, seguía haciendo calor. Los sucesos de la víspera acudieron a su mente. El cadáver humeante del animal y su padre, que, de pronto, le pareció un anciano agotado por el trabajo. «La preocupación se hace patente en su aspecto», pensó. «Puede ocultármelo casi todo, menos cuando está preocupado.»

Desayunó y se vistió con la misma ropa del día anterior, pero se arrepintió enseguida y se cambió dos veces, hasta que estuvo satisfecha. Después llamó a Anna. Tras cinco señales de llamada, saltó el contestador. Linda habló como si Anna la estuviera escuchando y le pidió que descolgase el auricular. Pero no parecía haber nadie. Se puso ante el espejo del vestíbulo y se preguntó si seguía preocupada por que la resuelta Anna se hubiese marchado sin decir palabra. «No», se dijo, «no estoy preocupada. Anna tiene una explicación. Simplemente, está buscando al hombre que vio en la calle y que tuvo la desfachatez de parecerse a su padre.»

Linda bajó al puerto deportivo y deambuló por los muelles. El mar brillaba como un espejo. Una mujer medio desnuda, tumbada en la proa de un barco, roncaba a pierna suelta. «Trece días aún», calculó. «¿De quién habré heredado esta impaciencia? De mi padre no creo, pero tampoco de mi madre.»

Volvió sobre sus pasos. Alguien había dejado un periódico sobre un noray, y hojeó las páginas de anuncios buscando entre los de coches usados. Un Saab por diecinueve mil. Su padre había prometido ayudarle regalándole diez mil coronas. Quería un coche, pero ¿un Saab por tan sólo diecinueve mil? ¿Cuánto tiempo le duraría?

Se guardó el periódico en el bolsillo y se dirigió a casa de Anna. Nadie respondió. Forzó de nuevo la cerradura con la ganzúa y, ya en el recibidor, tuvo la repentina sensación de que alguien había estado allí después de abandonar ella el apartamento la noche anterior. Permaneció inmóvil y paseó la mirada por las paredes del recibidor, por la ropa que colgaba del perchero, los zapatos bien colocados en fila… ¿Había cambiado algo? No vio nada que confirmase aquella sensación.

Continuó hasta el interior del apartamento y se sentó en el sofá. «Una habitación vacía», se dijo. «Mi padre intentaría encontrar rastros de lo sucedido, recrear el perfil de las personas, reconstruir hechos dramáticos. Pero yo no veo nada, salvo que Anna no está aquí.»

Se puso de pie y recorrió despacio el apartamento, dos veces. Estaba convencida de que Anna no había estado allí durante la noche. Pero tampoco otra persona. Lo único que detectó fue el rastro invisible que ella misma había dejado.

Entró en el dormitorio de Anna y se sentó ante su escritorio. Dudó un instante, pero la curiosidad la venció. Sabía que su amiga escribía un diario. Desde siempre. Linda recordaba, en el último año de secundaria, cómo Anna se retiraba a algún rincón apartado para escribir en su diario. Un chico que, en una ocasión, se lo arrebató fue víctima de tal acceso de ira, acompañado de un mordisco en el hombro, que a nadie volvió a ocurrírsele la idea de echarle mano a sus notas.

Abrió uno de los cajones del escritorio, que estaba lleno de viejos diarios manoseados y escritos desde la primera hasta la última página. Linda abrió los demás cajones, que contenían lo mismo, diarios. En las tapas figuraba la fecha de cada uno. Hasta que Anna cumplió los dieciséis, las tapas de los diarios eran todas de color rojo. En ese momento se rebeló contra aquel color y, en adelante, sólo escribió en diarios de tapas negras.

Linda cerró los cajones y levantó algunos papeles que había sobre el escritorio. Allí estaba el diario que estaba escribiendo entonces. «Miraré sólo la última página», decidió. Se excusó a sí misma diciéndose que lo hacía porque, después de todo, estaba preocupada por ella. Abrió, pues, la última página en la que Anna había escrito. Tenía fecha del día anterior, el mismo día en que Linda tenía que haberse visto con ella. Linda se inclinó sobre el texto. Anna tenía una letra muy pequeña, como si tratase de esconder las palabras. Leyó el texto dos veces. La primera, sin entender nada; la segunda, con creciente curiosidad. Lo que Anna había escrito no tenía sentido: «.,. las bombas, los peligros, las bombas, los peligros…». ¿Estaba ante algún código, o sería una lengua secreta sólo comprensible para iniciados?

Linda rompió su promesa de no leer más que la última página del diario. Y pasó la hoja hacia atrás. Allí el texto era muy distinto. Anna había anotado: «El libro de texto de Saxhusen sobre los principios clínicos no es más que un fracaso pedagógico; imposible de leer y de comprender. ¿Cómo pueden hacer libros de texto como ése? Los futuros médicos se apartarán aterrados de su carrera y se decantarán por la investigación, que, además, es más rentable». Después, la joven había escrito: «Por la mañana tuve algo de fiebre, hace viento» —Linda recordó que así era- y que no sabía dónde habría «guardado las llaves de repuesto del coche». Linda volvió a las últimas anotaciones y releyó el texto muy despacio, intentando ponerse en el lugar de Anna mientras ésta escribía aquellas palabras. No había tachaduras, cambios ni titubeos. El estilo era uniforme, en absoluto vacilante, siempre decidido. «Las bombas, los peligros, las bombas, los peligros. Veo que, en lo que va de año, me he anotado diecinueve veces para la lavandería. Si tengo algún sueño, es el de convertirme en un médico desconocido en alguna zona rural. Tal vez en el norte. Pero ¿hay algún pueblo en el norte del país?»

Ahí terminaba el texto. «No dice ni una palabra sobre el hombre al que había visto en la calle de Malmö al otro lado del ventanal del hotel», observó Linda. «Ni una palabra, ni una alusión, nada. ¿No son esas cosas las que la gente escribe en los diarios?»

Con el fin de obtener una confirmación de esto último, pasó las páginas hacia atrás. De vez en cuando, Anna había escrito sobre ella. «Linda es una amiga», había señalado, por ejemplo, el 20 de julio, entre el relato de una visita de su madre, donde afirmaba que «discutieron sobre nada en particular», y la anotación relativa a su plan de «ir esta noche a Malmö para ver una película rusa».

Durante casi una hora, Linda estuvo debatiéndose entre el remordimiento y el deseo de hallar más comentarios sobre ella. «Linda puede ser muy exigente», había escrito Anna el 4 de agosto. «¿Qué hicimos ese día?», se preguntó Linda, sin poder recordarlo. El 4 de agosto fue uno más de los interminables días de aquel verano. Linda no tenía siquiera una agenda, pues organizaba sus días con la ayuda de notas sueltas y solía apuntarse los números de teléfono en las muñecas.

Cerró el diario. Allí no había nada. Tan sólo aquella extraña frase con la que se cerraba el diario. «Aquí no parece ella misma», reflexionó Linda. «El resto de las anotaciones son fruto de una persona equilibrada cuyos problemas no son más graves que los de la mayoría. Pero el último día, el día en que cree haber visto a su padre, desaparecido desde hace veinticuatro años, escribe con insistencia sobre bombas y peligros… Es absurdo. ¿Por qué no escribe sobre su padre? ¿Por qué escribe algo incomprensible?»

Linda sentía que la preocupación volvía a invadirla. ¿Estaría justificado el temor expresado por Anna ante la posibilidad de estar volviéndose loca? Linda se colocó junto a la misma ventana a la que Anna se había dirigido durante su conversación con ella. El sol brillaba con intensidad y los reflejos de sus rayos sobre una ventana del otro lado de la calle la obligaron a entornar los ojos. «¿Habrá sufrido un trastorno mental? Ella cree que ha visto a su padre. Y eso puede haberla alterado, incluso perturbado, hasta el punto de perder el control sobre sí misma y lanzarse a hacer algo que, más adelante, llegue a lamentar. Pero ¿el qué?»

Se estremeció. El coche. El coche de Anna, el pequeño Golf rojo. Si se hubiese marchado, el coche tampoco estaría. Linda se apresuró, escaleras abajo, hasta el patio donde se encontraban las plazas de aparcamiento de los vecinos. Y allí estaba el coche. Tanteó las puertas, que estaban cerradas. Parecía recién lavado, cosa que le sorprendió. «El coche de Anna suele estar sucio», recordó. «Todas y cada una de las veces que ha venido a recogerme, el coche estaba sucio. Pero ahora está reluciente. Hasta las llantas brillan.»

Subió de nuevo al apartamento y se sentó en la cocina, donde intentó hallar una explicación lógica. Pero ¿qué pretendía explicar? El único hecho irrefutable era que Anna no estaba en casa cuando ella acudió a la cita. Y aquello no podía deberse a ningún malentendido. Anna tampoco podía haberlo olvidado. Su amiga optó, pues, por no estar en casa. Sin duda tenía que hacer algo que fuese más importante. Algo para lo que no necesitaba el coche. Puso en marcha el contestador automático, pero sólo oyó su propia voz. Dejó vagar la mirada hasta la puerta. «Alguien la llama. Alguien que no soy yo, ni Zebran, ni la madre de Anna. ¿Qué otros amigos tiene? Según me dijo, no tiene novio desde el mes de abril, cuando despachó a un chico al que yo no llegué a conocer, un tal Måns Persson, que estudiaba electromagnética en Lund y que resultó ser mucho menos fiable de lo que Anna creyó en un principio.» Recordó que a Anna le dolió mucho aquel desengaño, ella misma se lo contó mientras repetía que se lo pensaría dos veces antes de iniciar otra relación.

Linda perdió por un instante el hilo de lo sucedido a Anna y se centró en sí misma. También ella había conocido a su Måns Persson, a quien había dejado a mediados de marzo. Se llamaba Ludwig y, en cierto sentido, parecía nacido para llevar ese nombre, pues era una mezcla de césar altivo y de torpe príncipe de opereta. Linda lo había conocido en un pub una noche en que había salido con algunos compañeros de clase. Se sentaron apretujados, y el chico y sus amigos ocupaban, casualmente, la mesa contigua. Ludwig trabajaba en el servicio de limpieza, conducía el camión de la basura como si se tratase de un deportivo, y le parecía lo más natural del mundo estar orgulloso de su trabajo. Linda se sintió atraída por su risa estentórea, la alegría que transmitía su mirada y el hecho de que no la interrumpiese cuando ella hablaba, sino que, al contrario, se esforzase por escucharla pese a que los rodeaba un ruido ensordecedor.

Empezaron a salir juntos y Linda se atrevió a creer que había encontrado a un hombre de verdad entre todos los que poblaban la Tierra. Pero, de modo fortuito, a través de una persona que conocía a otra persona que, a su vez, había hablado con no se sabía quién, se enteró de que Ludwig dedicaba el tiempo libre que no compartía con Linda a una joven, dueña de una empresa de catering de Vallentuna. La ruptura fue muy brusca, Ludwig le pidió que siguiese con él, pero ella lo largó con viento fresco y se pasó una semana entera llorando. Apartó de su mente el recuerdo de Ludwig, que aún la hacía sufrir. Tal vez le ocurría lo mismo que a Anna, aunque ella no había llegado a confesárselo: aún no estaba preparada para empezar a pensar en otra persona. Sabía que a su padre lo llenaban de preocupación sus constantes cambios de novio, aunque él nunca le preguntaba.

Linda recorrió una vez más el apartamento. De repente, la situación se le antojó cómica, casi vergonzosa. ¿Qué iba a haberle ocurrido a Anna? Pues nada. Su amiga estaba en condiciones de llevar su propia vida mejor que la mayoría. El que no se encontrase en casa, tal y como habían convenido, no tenía por qué significar nada raro. Linda se detuvo junto al poyete de la cocina, donde estaba el duplicado del coche. Anna le había prestado el coche en un par de ocasiones. «Podría tomarlo prestado una vez más», se dijo. «Podría ir a hacerle una visita a su madre, por ejemplo.» Antes de marcharse, le dejó una nota en la que le decía que había tomado prestado el coche y que calculaba que regresaría al cabo de unas horas. Sin embargo, no mencionó lo preocupada que estaba.

Así, Linda se puso en marcha hacia la calle de Mariagatan, en primer lugar, con la idea de cambiarse de ropa y ponerse algo más ligero, pues hacía mucho calor. Después salió de la ciudad, tomó la salida hacia Kåseberga y se detuvo en el puerto. El agua relucía como un cristal y, en las aguas del puerto, un perro nadaba tratando de refrescarse. Junto a la tienda donde vendían pescado ahumado había un hombre de edad sentado en un banco. Cuando vio a Linda, le hizo un gesto a modo de saludo. La joven correspondió, aunque no sabía quién era. ¿Tal vez un colega de su padre ya jubilado?

Cerca de la casa en que la madre de Anna componía su peculiar música, se desvió. Había decidido acercarse a la casa donde su abuelo había vivido hasta su muerte. Aparcó el coche y se acercó al edificio. Desde que Gertrud, la viuda de su abuelo, se fue a vivir con su hermana, la casa había tenido dos propietarios. El primero era un joven que tenía una empresa de informática en Simrishamn. Cuando la empresa se declaró en quiebra, vendió la casa a una pareja de ceramistas de Huskvarna que quería trasladarse a vivir a Escania. Un letrero con la palabra «CERÁMICA» se mecía al viento junto a la verja. La puerta del cobertizo en el que su abuelo había pasado sus días pintando estaba abierta y, aunque dudó unos instantes, terminó por abrir la verja y cruzar el jardín. En un tendedero había colgada ropa de niño que ondeaba al viento.

Linda dio unos golpecitos en la puerta del cobertizo y una voz de mujer le respondió. La joven entró. Le llevó unos minutos habituarse a la poca luz del interior. Finalmente, distinguió a una mujer de unos cuarenta años que, sentada ante un tomo, recortaba con un cuchillo los trozos sobrantes de un rostro de barro. Estaba dando forma a una oreja. Linda le explicó quién era y se disculpó por aquella visita intempestiva. La mujer dejó el cuchillo y se limpió las manos, antes de invitarla a salir a la luz del sol. Estaba pálida y parecía haber dormido poco, pero tenía una mirada dulce.

—Sí, he oído hablar de él. Dicen que solía pintar aquí sus cuadros, todos iguales.

—Bueno, no exactamente iguales. Tenía dos motivos distintos. Uno era un paisaje con un urogallo, y en el otro no había ningún urogallo, sólo el paisaje, un lago, una puesta de sol, algunos árboles. Utilizaba una plantilla para todo, salvo para el sol. El sol lo pintaba él mismo.

—A veces tengo la sensación de que aún sigue ahí dentro. ¿Sabes si solía estar de mal humor?

Linda la miró perpleja.

—Verás, a veces es como si alguien estuviese gruñendo en el cobertizo.

—Pues seguro que es él.

La mujer se presentó, le dijo que se llamaba Barbro e invitó a Linda a un café.

—Gracias, pero tengo que seguir. Me he parado sólo por curiosidad.

—Nosotros nos trasladamos aquí desde Huskvarna —explicó Barbro—. Queríamos alejarnos de la ciudad, aunque no es una ciudad grande. Lars, mi marido, pertenece a la nueva generación de personas polifacéticas, capaz de arreglar una bicicleta o un reloj y de diagnosticar la enfermedad de una vaca enferma o de contar cuentos fantásticos para niños. Tenemos dos, por cierto. — La mujer guardó silencio, como si hubiese caído en la cuenta de que había revelado demasiados detalles personales ante un extraño y reflexionó un instante—. Tal vez sea eso precisamente lo que más echen de menos —prosiguió al fin—. Aquellos cuentos suyos tan maravillosos.

La mujer acompañó a Linda hasta el lugar donde ésta había aparcado el coche.

—¿Quiere decir que ya no está? — preguntó Linda discretamente.

—Pese a lo mucho que sabía, había algo que no dominaba. Esa sabiduría que nos hace conscientes de que los hijos siempre están ahí. Le entró pánico. Tomó la bicicleta y se marchó. Ha vuelto a instalarse en Huskvarna. Pero hablamos a menudo. Y ahora que no siente el peso de la responsabilidad, se ocupa mejor de los niños.

Se despidieron junto al coche.

—El abuelo solía dejar de gruñir si se le pedía con amabilidad. Pero tenía que pedírselo una mujer, de lo contrario no escuchaba. Al menos, mientras estaba vivo, reaccionaba así. Tal vez siga haciéndolo ahora que está muerto.

—¿Era un hombre feliz?

Linda meditó un instante. Aquel adjetivo no se adaptaba bien a la imagen que ella tenía de su abuelo.

—Su mayor felicidad en la vida consistía en sentarse en la penumbra del taller para hacer lo mismo que había hecho el día anterior. Hallaba el sosiego en la repetición. Si eso puede llamarse felicidad, en ese caso, sí era feliz.

Linda abrió el coche.

—Bueno, yo también soy así, de modo que sabré cómo tratarlo —aseguró la mujer con una sonrisa.

Linda se marchó. Entrevió a Barbro por el espejo retrovisor. «Yo no», se prometió, «yo nunca viviré en una vieja casa expuesta a los vientos de Österlen con dos niños. Nunca.»

La sola idea la puso nerviosa y, sin percatarse de ello, aceleró. No redujo la velocidad hasta llegar al cruce que la llevaría de nuevo a la carretera principal.

Henrietta, la madre de Anna, vivía en una casa que parecía encogerse para ocultarse tras espesas arboledas que parecían enormes torres vigía. Linda se vio obligada a buscar y retroceder varias veces hasta encontrar el desvío. Se bajó del coche y el calor le trajo a la memoria algunas escenas del viaje a Grecia que emprendió con Ludwig antes de que su relación se rompiese. Apartó de su mente aquellos pensamientos propinándose a sí misma una palmadita en la nuca y empezó a buscar entre la densa arboleda. Se detuvo un momento y, con la mano sobre los ojos, se protegió del sol. Un ruido había llamado su atención, un repiqueteo, como si alguien martilleara unos clavos de forma enloquecida. Entre el denso follaje, descubrió un pájaro carpintero que, pertinaz, repiqueteaba rítmicamente en el tronco de un árbol. «Tal vez este ritmo forme parte de la música de Henrietta», se dijo. «Si no entendí mal a Anna, su madre utiliza para su música cualquier sonido. El pájaro carpintero puede ser su tambor.»

Dejó al pájaro percusionista y pasó ante un huerto de aspecto abandonado que, con total certeza, llevaba ya muchos años sin cultivar. «¿Qué sé yo de esta mujer?», se preguntó. «Y, bien pensado, ¿qué hago aquí?» Se detuvo de nuevo, con todos sus sentidos alerta. En aquel momento, a la sombra de las altas copas de los árboles, no sentía la menor preocupación. Estaba segura de que habría una explicación lógica a la desaparición de Anna. Así pues, se dio media vuelta y encaminó sus pasos hacia el coche.

Ya no se oía al pájaro carpintero, que sin duda se había marchado. «Todo desaparece», concluyó Linda. «Las personas, los pájaros carpinteros, mis sueños y toda esa cantidad de tiempo que yo creía tener pero que ahora se me escurre entre las manos…» Entonces, como si tirara de sí misma con unas riendas invisibles, volvió a pararse. ¿Por qué se iba? Ya que había emprendido aquella excursión en el coche de Anna, bien podía entrar, saludar a Henrietta y, como quien no quiere la cosa, preguntarle si sabía adónde había ido Anna. Tal vez la joven estuviese en Lund, simplemente. «Y yo no tengo su número de teléfono de Lund», recordó, «así que puedo pedírselo a Henrietta.»

Siguió el sendero por entre los setos y llegó hasta la casa, una construcción de madera encalada y arropada por un sinfín de rosales silvestres sin podar. Un gato que remoloneaba tumbado sobre la escalinata de piedra la observaba con recelo. Linda se acercó a la entrada. Había una ventana abierta y, cuando se inclinó para acariciar al gato, oyó unos sonidos. «La música de Henrietta», concluyó.

Se incorporó con rapidez y contuvo la respiración.

No era música lo que le llegaba por la ventana abierta. Lo que se oía era el llanto de una mujer.

9

En ese instante, un perro empezó a ladrar en el interior de la casa. Linda, que se sintió como si la hubiesen sorprendido espiando, se apresuró a llamar a la puerta. Tardaron en abrir. Mientras sostenía al enfurecido pastor alemán por el lomo, Henrietta le aseguró:

—No es peligroso. Puedes entrar.

Linda, que desconfiaba de los perros que no conocía, dudó un instante antes de entrar en el vestíbulo. Sin embargo, una vez que hubo atravesado el umbral de la puerta, el perro dejó de ladrar. Como si Linda hubiese sobrepasado un límite a partir del cual el perro ya no la detectaba. Henrietta lo soltó. Linda no la recordaba tan menuda y delgada. ¿Qué le había dicho Anna? Henrietta no había cumplido aún los cincuenta. Linda pensó que, por su cuerpo, aparentaba una persona de mayor edad. Su rostro, en cambio, se conservaba joven. El perro, que al parecer se llamaba Pathos, le olisqueó las piernas y se retiró a su cesta, donde se tumbó a sus anchas.

Linda pensó entonces en el llanto que había oído. En el rostro de Henrietta no había ni rastro de que hubiese estado llorando. Echó un vistazo a su alrededor, pero allí no parecía haber nadie más. Henrietta se percató de su mirada.

—¿Estás buscando a Anna?

—No.

Henrietta rompió a reír.

—No, claro, ¡qué idea la mía! Pero, escucha, primero llamas para preguntar por ella y luego te presentas aquí. ¿Qué ha pasado? ¿Sigue sin aparecer?

A Linda le sorprendió que Henrietta fuese tan directa. Sin embargo, pensó que su franqueza le facilitaba las cosas a ella.

—Sí.

Henrietta se encogió de hombros y condujo a Linda a una amplia sala, resultado de haber eliminado varios tabiques, y que le servía tanto de sala de estar como de estudio.

—Seguro que está en Lund. A veces le da por esconderse. Al parecer, para ser médico, además de hacer prácticas, hay que estudiar mucha teoría. Y a Anna eso no le acaba de ir. No sé a quién se parece. A mí no, y a su padre tampoco. En fin, tal vez sólo se parezca a sí misma.

—No tendrás su número de teléfono de Lund, ¿verdad?

—No sé si tiene teléfono. Está realquilada en casa de alguien. Pero ni siquiera tengo la dirección.

—Eso es un poco raro, ¿no?

Henrietta frunció el entrecejo.

—¿Y por qué había de serlo? Anna es una persona muy misteriosa. Si no la dejas en paz, se pone furiosa. ¿No lo sabías?

—Pues no… ¿Y no tiene móvil?

—No, ella pertenece al reducido grupo de los que se oponen —explicó Henrietta—. Yo tengo móvil. Y, desde luego, no comprendo para qué se necesita ya hoy un teléfono fijo. Pero Anna no piensa igual, y no tiene móvil.

La mujer guardó silencio, como si hubiese quedado sumida en alguna reflexión. Linda echó un vistazo a la sala. Alguien había estado llorando. La idea de que Anna pudiese estar allí no se le había ocurrido hasta que la propia Henrietta lo sugirió. «Pero no será Anna», resolvió Linda. «¿Por qué iba a venir a casa de su madre y ponerse a llorar? Anna no es una persona dada al llanto. Una vez, cuando éramos pequeñas, se cayó de un columpio y se lastimó; entonces sí que lloró, pero fue, que yo recuerde, la única vez. Cuando las dos estábamos enamoradas de Tomas, yo era la que lloraba; ella sólo estaba furiosa. Aunque no tanto como asegura Henrietta.»

Linda observó a la madre de Anna, que estaba de pie en el centro de la sala, sobre el parqué reluciente. Un rayo de sol le bañaba el rostro, de perfil muy definido, exactamente igual que Anna.

—Recibo pocas visitas —declaró la mujer de repente, como si hubiese estado pensando en eso—. La gente me rehuye, porque yo también los rehuyo a ellos. Además, suelen pensar que soy un poco rara. No es normal que una quiera estar sola en medio del lodo escaniano componiendo una música que nadie quiere escuchar. Y, desde luego, el que aún siga casada con un hombre que me abandonó hace veinticuatro años no mejora la situación.

Linda detectó un dejo de soledad y amargura en la voz de Henrietta.

—¿En qué estás trabajando ahora? — preguntó solícita.

—No te esfuerces. ¿Por qué has venido? ¿Es porque estás preocupada por Anna?

—He tomado prestado su coche. Mi abuelo vivía cerca de aquí. Fui a ver su antigua casa y después pensé que podía pasar a verte. Una excursión. Los días se me hacen eternos.

—A la espera de poder ponerte el uniforme, ¿no es eso?

—Pues sí.

Henrietta colocó unas tazas y un termo de café sobre la mesa.

—La verdad es que no entiendo cómo a una chica tan joven y tan guapa como tú se le ocurre hacerse policía. Yo me figuro que los policías están en una pelea constante. Como si este país estuviese compuesto por personas enzarzadas en una interminable pelea de rateros, y los policías se vieran obligados a librar una batalla eterna para separarlas. — La mujer sirvió el café—. Claro que tú tal vez trabajes en una oficina —prosiguió.

—Pues no, iré en un coche patrulla y estaré, como tú dices, siempre dispuesta a intervenir.

Henrietta se sentó con la barbilla apoyada en una mano.

—¿Y a eso quieres dedicar tu vida?

De pronto, Linda se sintió atacada, como si Henrietta quisiese arrastrarla a su propia amargura. Y comenzó a defenderse.

—Verás, yo no me considero ni joven ni guapa. Estoy cerca de los treinta y tengo un aspecto de lo más normal. Los hombres suelen pensar que tengo la boca bonita y el pecho también. Y creo que, en eso, tienen razón. Pero en cuanto al resto, soy del montón, y te aseguro que nunca he soñado con convertirme en Miss Suecia. Por otro lado, me pregunto cómo sería este país si no hubiese policías. Mi padre es policía y no me avergüenzo de lo que hace.

Henrietta negó despacio con la cabeza.

—No pretendía ofenderte.

Linda seguía enojada. Sentía la necesidad de vengarse, pero no sabía exactamente de qué.

—Mientras esperaba que abrieras, me ha parecido oír que alguien lloraba aquí dentro.

Henrietta sonrió.

—Es una grabación que tengo en una cinta. Un esbozo de un réquiem en el que mezclo música con sonidos grabados de personas que lloran.

—La verdad, no sé qué es un réquiem.

—Una misa de difuntos. En la actualidad, apenas si compongo otra clase de música.

Henrietta se puso de pie y se dirigió al gran piano de cola situado ante una ventana que daba al campo y a las ondulantes colinas que se alzaban próximas al mar. Junto al piano, sobre una gran mesa, había un reproductor y una mesa de mezclas con varias teclas. Henrietta puso en marcha el reproductor y una mujer empezó a llorar: la misma a la que Linda había oído por la ventana. A partir de ese momento, la extravagante madre de Anna empezó a despertar en ella auténtica curiosidad.

—¿Quieres decir que has grabado a mujeres llorando?

—Bueno, este corte es de una película americana. Utilizo el llanto de películas que veo en vídeo o de programas de radio. Tengo un archivo con el llanto de cuarenta y cuatro personas de todas las edades, desde bebés hasta una anciana a la que grabé a escondidas en la unidad de enfermedades crónicas de un hospital. Si quieres, puedes dejar una prueba de llanto para mi registro.

—No, gracias.

Henrietta se sentó al piano y tocó algunas notas aisladas. Linda se colocó a su lado. La mujer alzó las manos, tocó un acorde y presionó con el pie uno de los pedales. Un poderoso sonido inundó la sala antes de debilitarse hasta desaparecer. Henrietta le indicó a Linda que se sentase, y ésta apartó un montón de partituras que había sobre un taburete mientras la mujer la observaba con mirada inquisitiva.

—¿Puedes explicarme por qué has venido aquí, en realidad? Nunca he tenido la sensación de que yo te cayese especialmente bien.

—De pequeña, cuando iba a tu casa para jugar con Anna, más bien te tenía miedo.

—¿Que me tenías miedo? Pero si yo no doy miedo a nadie…

«Claro que sí», pensó Linda enseguida, «también Anna te temía. Y tenía pesadillas de las que tú eras protagonista.»

—Vine porque me apetecía venir. No lo tenía planeado. Sí me pregunto dónde estará Anna, pero hoy no estoy tan preocupada como ayer. Seguro que tienes razón y que está en Lund. — Linda se interrumpió, dubitativa.

Henrietta descubrió que le ocultaba algo.

—¿Qué es lo que no te atreves a decirme? ¿Acaso hay algo por lo que debería preocuparme?

—Anna me dijo que, hace unos días, le pareció ver a su padre en una calle de Malmö. Pero no debería contártelo yo, sino ella misma.

—¿Eso es todo?

—¿No te parece suficiente?

Henrietta empezó a fingir que tocaba, con gesto ausente, con los dedos a unos centímetros del teclado.

—Anna siempre cree haber visto a su padre por la calle. Le ocurre desde que era una niña.

Al instante, aquello despertó la atención de Linda. Hasta hacía poco, Anna nunca le había comentado que hubiese visto a su padre en ninguna parte. Y, de ser cierto, se lo habría contado. Durante la época en que fueron amigas íntimas, compartieron todo aquello que era importante en sus vidas. Anna era, por ejemplo, una de las pocas personas que sabían que ella había estado a punto de arrojarse desde un puente de la autovía, en Malmö. Y lo que Henrietta acababa de decirle no encajaba en absoluto.

—Anna se agarrará a ese clavo ardiendo, para no perder la confianza en que Erik volverá un día. O en que esté vivo.

Linda aguardó una continuación que, no obstante, no se produjo.

—En verdad, ¿por qué se fue?

La respuesta de Henrietta la desconcertó.

—Se fue porque estaba decepcionado.

—¿Qué lo había decepcionado?

—La vida. De joven, Erik tenía grandes aspiraciones. Y con aquellos sueños de gigante me conquistó. En mi vida he conocido a un hombre igual: su ambición atraía poderosamente. Él aspiraba a descollar en nuestro mundo y nuestro tiempo. Estaba convencido de que había nacido para llevar a cabo grandes empresas. Cuando nos conocimos, él tenía dieciséis años y yo quince. Éramos muy jóvenes, yo no había conocido a nadie como él. Simplemente, irradiaba sueños y fuerza vital. Tenía decidido, desde antes de que nos conociéramos, que buscaría su camino hasta la edad de veinte años. ¿Conmocionaría el mundo del arte, del deporte, de la política…? No lo sabía. La vida era como un laberinto de grutas por descubrir en el que él buscaba una salida. No recuerdo haberlo visto dudar de sí mismo en una sola ocasión, hasta que cumplió los veinte. Entonces, de repente, empezó a inquietarse. A impacientarse. Hasta aquel momento, había contado con todo el tiempo del mundo. Siguió buscando aquello que constituiría el auténtico sentido de su vida. Cuando empecé a exigirle que participase en el mantenimiento de la familia, sobre todo a partir del nacimiento de Anna, perdía los estribos y estallaba en ataques de ira. Jamás había hecho algo así. Fue entonces cuando empezó a confeccionar sandalias para ganar algo de dinero. Era muy habilidoso. Yo creo que decidió hacer lo que él llamaba «las sandalias de la pereza», como una especie de protesta contra el hecho de que tuviese que dedicar su valioso tiempo a realizar un trabajo por el despreciable motivo que, en su opinión, era el que le pagasen a cambio. Y fue, con toda probabilidad, en aquella época cuando empezó a planear su desaparición. O tal vez sería más exacto llamarlo huida. No huyó de mí ni de Anna, sino de sí mismo. Creía que podía huir de su decepción. Y quizá lo lograse, aunque yo jamás llegaré a saberlo. El caso es que, de pronto, se esfumó. Para mí fue una auténtica sorpresa. Yo no había sospechado nada. Y tardé en comprender hasta qué punto lo tenía todo bien planeado. Su desaparición no fue consecuencia de una decisión repentina. Y puedo perdonarle el hecho de que vendiese mi coche. Lo que nunca llegaré a comprender es cómo pudo dejar a Anna. Estaban muy unidos. Erik la adoraba. De hecho, yo nunca signifiqué tanto para él. Quizá los primeros años, cuando le demostré que era capaz de convivir con sus sueños. Pero nunca después de que naciese Anna. Y sigo sin comprender cómo pudo abandonarla. La decepción de una persona que no ha visto realizado un sueño imposible, ¿puede llegar a ser tan grande que la mueva a abandonar al ser más importante de su vida? Y tengo la certeza de que fue eso lo que lo llevó a morir, a no regresar jamás.

—Yo pensé que nadie sabía a ciencia cierta si había muerto o si aún vivía.

—Pues claro que está muerto. Lleva veinticuatro años desaparecido. ¿Dónde crees que podría estar?

—Anna creyó haberlo visto por la calle.

—Ya, bueno, Anna lo ve detrás de cada esquina. He intentado persuadirla de que acepte la verdad. Ninguna de nosotras sabe qué sucedió ni cómo procesó su decepción. Pero está claro que murió. Sus sueños eran demasiado grandes para que él pudiese soportarlos.

Henrietta guardó silencio y el perro suspiró en su cesta.

—Y tú, ¿qué crees que le sucedió? — quiso saber Linda.

—No lo sé. He intentado seguirlo en mi mente, imaginarlo allá donde se encontrase. A veces me parecía verlo por una playa, caminando bajo un sol tan ardiente que tengo que entrecerrar los ojos para distinguirlo bien. Pero, de improviso, él se detiene y se adentra en el mar hasta que sólo se le ve la cabeza. Y, después, desaparece del todo. — La mujer empezó a fingir que tocaba de nuevo, con movimientos estériles de sus dedos que apenas si rozaban las teclas—. Yo creo que capituló cuando comprendió que el sueño no era más que un sueño. Y que Anna, a la que había abandonado, era una persona real. Pero, para entonces, ya era demasiado tarde. A él siempre le remordía la conciencia, aunque hacía grandes esfuerzos por ocultarlo. — Henrietta cerró la tapa del piano de golpe y se puso en pie—. ¿Más café?

—No, gracias, ya me voy.

Henrietta parecía preocupada. Linda la observaba con atención. De repente, la mujer tomó el brazo de Linda y empezó a tararear una melodía que a ésta le resultaba familiar. Su voz subía y bajaba, oscilando entre unos tonos agudos e incontrolados y otros suaves y diáfanos.

—¿Has oído antes esta canción? — preguntó cuando hubo terminado.

—Me suena, pero no sé cuál es.

—Buona sera.

—¿Es española?

—No, italiana. Significa «buenas noches». Fue muy popular en la década de los cincuenta. Hoy es habitual que la gente tome prestadas o, directamente, plagie y destroce piezas de música antigua. Por ejemplo, convierten piezas de Bach en música pop. Yo hago lo contrario. En lugar de transformar las corales de Johann Sebastian Bach en música popular, convierto Buona sera en una pieza de música clásica.

—¿Pero eso es posible?

—Lo que hago es descomponer las notas, las estructuras, cambiar el ritmo y sustituir las guitarras por torrentes de violines. Una canción trivial que dura poco más de tres minutos se transforma en una sinfonía. Sí, la gente terminará por comprender qué he estado intentando llevar a cabo durante todos estos años.

Henrietta la acompañó fuera de la casa. El perro también las siguió. Del gato, en cambio, no había ni rastro.

—Me gustaría que volvieses por aquí.

Linda le prometió que lo haría. Subió al coche y arrancó. Gruesas nubes que presagiaban tormenta se abalanzaban sobre el mar en dirección a Bornholm. Linda se desvió hacia el arcén y, una vez allí, de tuvo el coche y salió: tenía ganas de fumar. Lo había dejado hacía ya tres años. Pero de vez en cuando, aunque cada vez con menos frecuencia, aún sentía la necesidad.

«Hay cosas que las madres siempre ignoran de sus hijas», se dijo. «por ejemplo, ella no sabe lo íntimas que llegamos a ser Anna y yo. De haberlo sabido, no habría dicho que Anna cree ver a su padre por la calle a todas horas. Ella me lo habría contado. Si de algo estoy segura, es precisamente de eso.»

Contempló las nubes que se acercaban, veloces.

Sólo se le ocurría una explicación. Henrietta no le había dicho la verdad, ni sobre Anna ni sobre su padre desaparecido.

10

Poco después de las cinco de la mañana, subió la persiana del dormitorio. El termómetro indicaba que estaban a nueve grados. El cielo aparecía despejado y el banderín del anemómetro, en medio del jardín, colgaba inmóvil. «Un día perfecto para una expedición», se dijo. Lo había preparado todo la noche anterior. Bajó de su apartamento, en un edificio de varias viviendas situado junto a la vieja estación de ferrocarril de Skurup. En el jardín, bajo la funda que le habían confeccionado a medida, estaba su Vespa. Hacía ya cuarenta años que la tenía. Como la había cuidado muy bien, aún se encontraba en perfecto estado. Los rumores sobre la existencia de aquella antigua Vespa se habían extendido hasta alcanzar la fábrica de Italia, desde donde la habían llamado en varias ocasiones para preguntarle si podía considerar la propuesta de que la motocicleta terminase sus días en el museo de la fábrica; a cambio, ella recibiría una nueva Vespa totalmente gratis cada año, mientras viviese. Pero ella siempre rechazaba la oferta, y, a medida que pasaba el tiempo, con más acritud. La Vespa que ella había comprado cuando tenía veintidós años seguiría con ella mientras viviese. No le importaba lo más mínimo lo que ocurriese a su muerte. Tal vez le interesara a alguno de sus cuatro nietos, pero ella no tenía la menor intención de dejar escrito en su testamento cuál debía ser el destino de la motocicleta. Sujetó bien la mochila al portaequipajes, se puso el casco y pisó a fondo el pedal de arranque. La Vespa respondió en el acto.

El pueblo estaba silencioso y desierto a aquella hora tan temprana. El otoño no tardaría en llegar, pensó al dejar a su derecha las líneas férreas y el vivero, junto a la salida hacia la carretera que comunicaba Ystad y Malmö. Miró bien antes de cruzar la carretera y, después, puso rumbo al norte, hacia Rommeleåsen. Su objetivo era alcanzar la zona boscosa entre el lago Ledsjön y el castillo de Rannesholm. Era una de las mayores áreas forestales protegidas en aquella parte de Escania, un bosque en el que jamás se había talado un árbol y, en algunos lugares, prácticamente impenetrable. El propietario del castillo de Rannesholm era un agente de bolsa que había decidido que aquel bosque milenario debía permanecer intacto.

Le llevó poco más de media hora llegar a la reducida zona de aparcamiento que había junto al lago Ledsjön. Hizo rodar la Vespa hasta unos matorrales que crecían detrás de un alto roble. Un coche pasó por la carretera, que quedaba un poco más arriba; después, todo volvió a sumirse en el silencio.

Se ajustó la mochila a la espalda. Ya estaba lista para, con sólo dar unos pasos, experimentar la satisfacción de haberse hecho invisible al mundo entero. ¿Acaso existía una expresión más cabal de la independencia de una persona? Atreverse a dar el paso para cruzar un arcén, adentrarse unos metros en un bosque virgen, dejar de ser visible y, con ello, dejar de existir.

Hacía ya muchos años, se le había ocurrido pensar que aquello a lo que se dedicaba era algo muy distinto de lo que ella pretendía en realidad: no era indicio de fortaleza, sino de debilidad, un sarpullido provocado por una especie de amargura que se ocultaba en su interior sin que ella supiera por qué. Fue su hermano mayor, Håkan, quien le enseñó que había dos tipos de personas: las que elegían el camino recto, el más corto y rápido, y las otras, las que daban rodeos en los que les esperaban sucesos imprevistos, curvas, baches. De niños, jugaban en los bosques de Ålmhult, donde pasaron los primeros años de su vida. Cuando su padre, que era electricista, sufrió un grave accidente al caerse de un poste de teléfono, se mudaron a Escania, pues su madre había encontrado trabajo en el hospital de Ystad. Para ella, que entonces estaba entrando en la adolescencia, lo más importante no eran los arcenes ni los rodeos. De hecho, sólo cuando se vio ante las puertas de la universidad de Lund, y tomó conciencia de que no tenía la menor idea de a qué deseaba dedicarse en la vida, empezó a recuperar los recuerdos de la niñez. Su hermano Håkan había elegido unos caminos muy distintos. Se había enrolado en varios barcos antes de cursar la carrera militar. Sus caminos eran, pues, las vías marítimas y, de vez en cuando, le escribía a su hermana acerca de lo hermoso que era navegar de noche por mares aparentemente infinitos. Ella sentía envidia, pero, al mismo tiempo, aquello la estimulaba.

Un día de otoño, durante aquel complicado primer año en la universidad, donde, a falta de algo mejor, empezó a estudiar Derecho, iba en bicicleta por la carretera que conducía hasta Staffanstorp y eligió al azar un desvío. Tomó después un sendero que conducía hasta los restos de un viejo molino abandonado. Y fue entonces cuando se le ocurrió la idea. Una idea que fulminó su conciencia como un rayo. ¿Qué es, en realidad, un sendero? ¿Por qué discurre por un lado de un árbol o de una piedra, en lugar de extenderse por el otro lado? ¿Quién lo recorrió por primera vez? ¿Y cuándo?

Mientras miraba fijamente el sendero que se extendía ante sus pies, supo que aquélla sería su misión en la vida. Se convertiría en la estudiosa y eminente protectora de los senderos suecos. Ella escribiría la Historia de los senderos suecos. Corrió hacia donde había dejado la bicicleta, interrumpió sus estudios de Derecho al día siguiente y se presentó en el departamento de Historia y Geografía Cultural. Tuvo la suerte de dar con un catedrático comprensivo que supo ver que ella había encontrado un campo de estudio no incluido en el programa. El hombre tomó nota de su gran interés y le prestó todo su apoyo.

Echó a andar por el sendero que serpenteaba suavemente junto a la orilla del Ledsjön. Los inmensos árboles ocultaban el sol. Años atrás, había viajado al Amazonas para recorrer sus húmedas selvas. Fue como acceder a una catedral interminable donde los entramados de las hojas filtraban la luz como vidrieras. Y ahora, al seguir el sendero que discurría junto al lago Ledsjön, experimentó una sensación parecida.

Tenía registrado ese sendero desde hacía mucho tiempo. Era un sendero cuya existencia se remontaba a la década de los años treinta, cuando el castillo de Rannesholm aún era propiedad de la familia Haverman. Uno de los condes, Gustav Haverman, entusiasta de los deportes al aire libre, había mandado arrancar la maleza y los arbustos hasta despejar el terreno, de modo que el sendero rodease el lago. «Pero algo más allá», se dijo, «más hacia el interior de este bosque asombroso en el que nadie ve más que musgo y rocas, me desviaré para seguir ese otro sendero que descubrí hace unos días. Aún ignoro adónde conduce. Pero nada resulta tan sugerente, tan mágico como caminar por un nuevo sendero. No he perdido la esperanza de, alguna vez en mi vida, recorrer un sendero que, al final, resulte ser una obra de arte, un sendero que no conduzca a ningún lado, un sendero creado sólo para existir.»

Se detuvo al final de una cuesta para recobrar el aliento. Entre las copas de los árboles se vislumbraban las espejeantes aguas del lago. Tenía sesenta y tres años. Necesitaba cinco más. En esos cinco años terminaría de escribir su gran obra, la Historia de los senderos suecos. Con ese libro, mostraría al mundo entero que los senderos constituían uno de los instrumentos más importantes para estudiar civilizaciones y culturas del pasado. Pero los senderos no eran sólo vías por las que caminar. Tal y como pensaba demostrar, con pruebas irrefutables y sólidos argumentos, existían además fundamentos filosóficos y religiosos que determinaban cómo y por dónde debían circular los senderos a través de un paisaje. Ya había publicado estudios de menor entidad, a menudo de carácter regional, y mapas de senderos. Sin embargo, aún le quedaba por escribir la mayor de sus obras.

Siguió adelante. Cuando se dirigía a un sendero que pretendía estudiar, daba rienda suelta a sus pensamientos: aflojaba, por así decirlo, las correas de los perros. Después, cuando comenzaba su trabajo, al igual que un perro, avanzaba con mucho sigilo y todos los sentidos alerta, intentando desvelar los secretos del sendero. Bien sabía ella que muchos la tomaban por loca. Sus dos hijos se preguntaban, desde pequeños, a qué se dedicaba en verdad su madre. Su marido, fallecido el año anterior, sí la comprendía. Aunque ella intuía que, en el fondo, el hombre pensaba que se había casado con una mujer muy peculiar. Ahora se había quedado sola, y el único miembro de la familia que la comprendía era Håkan. En efecto, ambos compartían la fascinación por los caminos más pequeños del ser humano, los senderos que se enredaban por la superficie de la Tierra.

Se detuvo. Para el ojo profano, no había en los bordes del sendero más que hierba y musgo. Pero ella lo había visto. Ahí arrancaba otro sendero, cubierto de maleza, que tal vez llevase muchos, muchos años abandonado. Antes de internarse entre los árboles, descendió hasta la orilla. Se sentó sobre una roca y sacó el termo. Una pareja de cisnes se deslizaba sobre la superficie del lago. Se tomó el café con los ojos cerrados y la cara alzada al sol. «Soy una persona feliz», se dijo. «Nunca he hecho otra cosa que lo que siempre soñé. Una vez, cuando era pequeña, tomé prestada de mi hermano Håkan una de sus novelas de indios titulada El descubridor de senderos. Y en eso se convirtió mi vida. Eso he hecho siempre: descubrir e interpretar senderos, al igual que otros intentan comprender el significado de las inscripciones grabadas en las rocas o en las piedras rúnicas.»

Guardó el termo y enjuagó la taza en las oscuras aguas. La pareja de cisnes había desaparecido tras rodear el cabo. Sacó una linterna de la mochila y volvió a subir la pendiente, poniendo mucho cuidado en dónde pisaba. El año anterior se había roto el tobillo al tropezar y caer al sur de Brösarp. Aquel accidente la obligó a un largo reposo que se le hizo insufrible; aunque le permitía concentrarse en la redacción de su libro, la inmovilidad la llenaba de impaciencia y de enojo. Su marido acababa de fallecer cuando se produjo el accidente, y ella, que se había acostumbrado al lujo de que él fuese quien se encargase de las tareas domésticas, vendió la casa, que estaba situada en Rydsgård, y se trasladó a vivir al pequeño apartamento de Skurup.

Apartó unas ramas que colgaban y se adentró en la espesura. En cierta ocasión, había leído algo acerca de un claro del bosque que sólo quien se ha perdido puede encontrar. Y en eso se figuraba ella que consistía el gran secreto de ser persona. Si uno se atreve a perderse, encuentra lo inesperado. Si uno osa tomar el camino más largo, lo aguardan experiencias que jamás sospecharían quienes sólo van por las carreteras. «Los senderos olvidados son lo que yo busco», se decía. «Caminos que esperan que alguien vuelva a despertarlos de su profundo sueño. Las casas deshabitadas terminan por convertirse en ruinas. Y otro tanto sucede con los senderos. Un camino que nadie utiliza, termina muriendo.»

Ya había llegado al corazón del bosque y se detuvo a escuchar. En algún lugar se oyó el crujido de una rama al quebrarse. Después todo volvió a quedar en silencio. Un pájaro alzó el vuelo de repente y desapareció de su vista. Continuó avanzando, agazapada, verdadera descubridora de senderos. Se movía despacio, paso a paso. El sendero era invisible. Pero no para ella. Ella veía los bordes ocultos bajo el musgo, bajo la hierba y las ramas caídas.

No obstante, pronto empezó a verse decepcionada. El sendero que había encontrado no era antiguo. La primera vez que sospechó de su existencia, pensó que tal vez había dado, por fin, con los restos de la antigua vía de peregrinos que, según decían, pasaba por las inmediaciones del Ledsjön. Al norte del río Rommelsåsen aún podía seguirse. Pero alrededor del lago Ledsjön había desaparecido, nadie había encontrado aquel tramo hasta que reaparecía, al noroeste de Skurup. Alguna vez le dio por pensar que tal vez los peregrinos de la antigüedad hubiesen cavado un túnel, en cuyo caso ella tendría que buscar una abertura en la tierra. Pero los peregrinos no cavaban túneles, sino que seguían un sendero. Un sendero que ella no había encontrado. Hasta entonces, creía ella. Pero en menos de cien metros, ya estaba convencida de que el sendero estaba en uso y lo habían habilitado no hacía mucho. Diez años, tal vez veinte. A la pregunta de por qué lo habían abandonado, podría contestar tan pronto como llegase al final del camino. Ya se había adentrado unos trescientos metros en el bosque, donde la espesura era casi impenetrable.

De repente se detuvo. En efecto, había visto algo a sus pies que la desconcertó. Se acuclilló y removió el musgo con el dedo. Lo que había llamado su atención era de color blanco. Lo tomó en su mano. «Una pluma», comprobó, «una pluma blanca. Tal vez una paloma torcaz, pero ¿acaso hay palomas torcaces de color blanco? ¿No suelen ser de color gris azulado? Sólo tienen blanco el cuello.» Se incorporó sin dejar de examinar la pluma. «Una pluma de cisne. ¿Cómo ha podido llegar hasta aquí, en las profundidades del bosque? Los cisnes caminan por tierra, pero no suelen adentrarse por senderos desconocidos.»

Continuó y, tan sólo unos metros más adelante, volvió a detenerse. Lo que ahora veía la sorprendió. La tierra aparecía aplanada. Alguien, dedujo al ver huellas de pisadas, había pasado por allí hacía apenas unos días. Pero ¿de dónde procedían esas huellas? Volvió sobre sus pasos unos metros y rastreó el suelo. Transcurridos unos diez minutos comprendió que alguien había llegado hasta el sendero desde el bosque. Siguió buscando con gran precaución. Ahora no era tanta su curiosidad, puesto que ya sabía que el viejo sendero de peregrinos desaparecido seguía burlándola. Y lo que tenía ante sí era una simple ramificación, tal vez una bifurcación, proyectada en tiempos del deportista conde Haverman, que después cayó en desuso. Las huellas de pisadas que tenía ante sí bien podían pertenecer a un cazador.

Siguió las huellas unos cientos de metros más. Hasta que llegó a un pequeño barranco, una grieta en la tierra cubierta de arbustos y matorrales. El sendero se perdía en el barranco. Dejó la mochila, no sin antes guardar la linterna en el bolsillo de la cazadora, y se deslizó con cuidado hacia la hondonada apoyándose en los arbustos que hallaba en su descenso. Apartó una rama y descubrió que la habían cortado con una sierra. Perpleja, frunció el entrecejo y apartó otra rama, también ésta con un corte limpio. De sierra o de hacha. Comprendió que alguien había querido ocultar su rastro. «Cosas de niños», se dijo. «Håkan y yo también construíamos cabañas en el bosque.» Continuó retirando ramas y, en el fondo de la hondonada, descubrió una cabaña. Sólo que era demasiado grande para que la hubieran construido unos niños. De pronto, recordó algo que Håkan le había enseñado hacía muchos años, probablemente en una revista de fotografías. «Fíjate, una cabaña que perteneció a un ladrón buscado por la policía y que se hacía llamar con el curioso nombre de “Bengtsson el fotogénico”. El individuo había vivido en esta gran cabaña oculta en el bosque. Una cabaña que sólo se descubrió gracias a una persona que se perdió.»

Se acercó un poco más. La cabaña estaba construida con planchas de madera y tenía el tejado de chapa. No había chimenea. La parte posterior se apoyaba sobre una de las escarpadas moles que formaban el barranco. Tanteó la puerta, que no tenía cerradura. Aun sabiendo que era una tontería, llamó con unos golpecitos. Si había alguien en el interior de la cabaña, ¿acaso no la habría oído apartar las ramas y deslizarse hasta llegar a la vivienda? Se sentía cada vez más desconcertada. ¿Quién se escondía en el corazón del bosque de Rannesholm?

En su cabeza empezó a sonar una alarma. Al principio rechazó la idea. No solía asustarse fácilmente. En ocasiones se había topado con tipos desagradables por senderos solitarios y apartados. Si sentía miedo, procuraba ocultarlo bien tras una máscara de osadía. Jamás le había sucedido nada. Tampoco en esta ocasión sufriría ningún percance. Sin embargo, admitió que estaba razonando en contra de su sentido común, pues tan sólo alguien que tuviese muy buenas razones se escondería en una cabaña como ésa. Y pensó que debía marcharse. Al mismo tiempo, era como si no pudiese arrancar sus pies de aquel lugar. El sendero conducía allí, sus ojos expertos lo habían encontrado. Pero la persona que utilizaba la cabaña accedía al sendero desde otro punto. Y eso era lo enigmático. ¿No sería aquel sendero una simple salida de emergencia del barranco, como en la madriguera de un zorro? ¿O habría tenido otra función con anterioridad? La curiosidad pudo con ella.

Abrió la puerta de la cabaña. Los dos ventanucos que había en las paredes laterales apenas si dejaban entrar la luz. Sacó la linterna, la encendió y paseó el haz de luz por las paredes. Contra una de ellas, había una cama, una mesita, una silla, dos lámparas de gasóleo y una cocina de camping. Intentaba comprender. ¿Quién estaría utilizando la cabaña? ¿Cuánto tiempo llevaba deshabitada? Se inclinó y palpó la sábana de la cama, pero no estaba húmeda. «No mucho», concluyo, «la cabaña no lleva vacía muchos días.» De nuevo la asaltó la idea de que debía marcharse de allí. Estaba segura de que la persona que había construido la cabaña no deseaba recibir visitas inesperadas.

Estaba a punto de irse cuando la luz de la linterna iluminó un libro que había en el suelo, junto a la cama. Se agachó para verlo mejor. Era una Biblia, el Viejo y el Nuevo Testamento. Lo abrió y, en el interior de la cubierta, había un nombre escrito, pero estaba tachado. Aquella Biblia había sido objeto de repetidas lecturas, las hojas estaban deterioradas, estropeadas. Había varios versículos subrayados. Con mucho cuidado, volvió a dejar el libro donde lo había encontrado. Apagó la linterna y, en el mismo momento, intuyó que había algo distinto. Era la luz, había más luz. No era sólo la procedente de las ventanas. La puerta que ella había cerrado se había abierto, sin duda. Se dio la vuelta con rapidez. Pero ya era demasiado tarde. Sintió como si un depredador le hubiese dado un zarpazo en la cara. Y la mujer cayó en una sombra cuyo fin jamás llegaría a ver.

11

Tras su visita a Henrietta, Linda estuvo en casa esperando a su padre durante un buen rato. Pero cuando él, con mucho cuidado, abrió la puerta, poco después de las dos de la mañana, se la encontró dormida en el sofá de la sala de estar, tapada con una manta hasta la cabeza. Pocas horas más tarde, Linda se despertó de repente de una pesadilla. Ignoraba qué había soñado, pero sí recordaba que habían estado a punto de ahogarla. Sólo los ronquidos rompían el silencio del apartamento. Se asomó al dormitorio de su padre, que tenía la luz encendida, y lo contempló. Estaba tumbado boca arriba, con las sábanas enrolladas en torno al cuerpo. La joven pensó que parecía una gran morsa descansando a sus anchas sobre una roca. Entre un ronquido y otro, se inclinó sobre su rostro: el aliento le olía claramente a alcohol.

Intentó adivinar quién habría sido su compañero de juerga. El pantalón, tirado en el suelo, estaba sucio, como si su padre se hubiese hundido en el fango hasta las rodillas. «Habrá estado en el campo», concluyó, «en casa de su viejo amigo de borracheras, Sten Widén. Seguro que se han sentado a la puerta de los establos y se han bebido una botella de aguardiente mano a mano.»

Linda salió del dormitorio y pensó que, en realidad, sentía deseos de despertarlo y pedirle cuentas. Pero ¿cuentas, por qué? No lo sabía. Sten Widén era un buen amigo de su padre. Y ahora padecía una enfermedad muy grave. Cuando su padre se ponía serio de verdad, solía hablar de sí mismo en tercera persona. «Cuando Sten Widén muera, Kurt Wallander se quedará muy solo», decía. Sten Widén tenía cáncer de pulmón. Linda conocía bien la curiosa historia del picadero para entrenar caballos de carreras que Sten Widén tenía, en una finca cercana a las ruinas de la fortaleza de Stjärnsund. Hacía ya unos años que Widén, tras cerrar el negocio, había vendido la finca. Sin embargo, cuando el nuevo propietario fue a tomar posesión de ella, Sten Widén se arrepintió. El padre de Linda le habló de una cláusula del contrato que permitía a Widén echarse atrás. Y se compró unos caballos. Después le diagnosticaron su enfermedad. Había pasado un buen año, pero ahora tenía que deshacerse de los caballos y ya se había buscado plaza en un hogar para enfermos terminales situado a las afueras de Malmö. Allí acabaría sus días. Y tenía que volver a vender la finca. Sólo que, en esta ocasión, no habría vuelta atrás.

Se quitó la ropa y se metió en la cama. Según el reloj, faltaban pocos minutos para las cinco. Miró al techo y se dio cuenta de que tenía remordimientos. «¿Quién soy yo para regañar a mi padre porque se emborracha con su mejor amigo, que, además, sufre una enfermedad mortal? ¿Qué sé yo de sus conversaciones o de lo que significan el uno para el otro? Yo siempre he tenido la idea de que mi padre era amigo de sus amigos. Y eso implica que ha de poder pasarse una noche sentado ante un establo haciéndole compañía a un hombre que no tardará en morir.» Sintió entonces deseos de ir a despertarlo para pedirle perdón. «Eso sería lo correcto. Pero lo único que conseguiría es que se enfadase por haberlo despertado. Hoy tiene el día libre, así que tal vez podamos hacer algo juntos.»

Antes de conciliar el sueño, rememoró su encuentro con Henrietta. Aquella mujer no le había dicho la verdad. Ocultaba algo. ¿Sabría dónde estaba su hija Anna? ¿O tal vez encubría alguna otra cosa que no quería que Linda supiese? Se puso de costado y adoptó la posición fetal mientras pensaba, ya adormilada, que no tardaría mucho en echar de menos el tener un chico a su lado, tanto cuando dormía como cuando estaba despierta. «Pero ¿dónde voy a encontrarlo en esta ciudad? He llegado a creerme que alguien que dice que me quiere en el dialecto de Escania hablará en serio.» Desechó aquellos pensamientos, alisó la almohada y se durmió.

A las nueve de la mañana, alguien la arrancó del sueño. Linda se sobresaltó, preparada para oír un reproche por haberse quedado dormida, y se encontró con el rostro de su padre. Desde luego, no parecía tener resaca. Ya estaba vestido y, por una vez en su vida, hasta se había peinado decentemente.

—¡A desayunar! — la animó—. El tiempo pasa, la vida se nos escapa. Linda se dio una ducha y se vistió. Cuando se acercó a la mesa para tomar el desayuno, él estaba haciendo un solitario.

—Sospecho que anoche estuviste en casa de Sten Widén.

—Correcto.

—Y, además, creo que bebisteis bastante.

—Falso. Bebimos una barbaridad.

—¿Cómo llegaste a casa?

—En taxi.

—¿Cómo está?

—Me gustaría tener el mismo valor que él cuando me digan que tengo los días contados. Según él, tenemos una serie limitada de carreras en nuestra vida. Después, se acabó. Lo único que podemos hacer es ganar tantas como sea posible.

—¿Tiene dolores?

—Seguro que sí. Pero no se queja. Es igual que Rydberg.

—¿Quién?

—Evert Rydberg, ¿no te acuerdas? Un policía, ya mayor, que tenía un lunar en la mejilla.

Linda tenía un vago recuerdo.

—Sí, creo que sí.

—Él fue quien hizo de mí un policía cuando yo era joven y no entendía nada de nada. También él tuvo una muerte prematura. Pero jamás soltó una queja. Ni una sola. Él tenía, como Widén, sus carreras contadas y supo aceptar que se le había agotado el tiempo.

—¿Y quién va a explicarme a mí todo lo que no entiendo?

—Pensé que Martinson era tu tutor.

—Sí, pero ¿es bueno?

—Es un policía excepcional.

—La verdad es que no tengo ningún recuerdo concreto de Rydberg. Pero de Martinson sí me acuerdo bien. No sé cuántas veces llegabas a casa colérico por algo que él había hecho o dejado de hacer.

Su padre, resignado, abandonó el solitario y recogió las cartas.

—Rydberg me enseñó. Y yo, en su momento, le enseñé a Martinson cuanto necesitaba saber. Así que es normal que me quejase de él a veces. Además, era bastante lento. Pero, una vez que aprendía algo, ya no lo olvidaba jamás.

—Lo que, en otras palabras, significa que tú eres mi tutor, ¿no?

Él se puso de pie.

—Yo no sé lo que es un tutor. Ponte la cazadora que nos vamos. Ella lo miró perpleja. ¿Habrían acordado hacer algo que ella hubiese olvidado?

—Perdona, pero ¿habíamos quedado en algo?

—No, salvo que íbamos a salir. Y eso haremos. Hoy hace un buen día. En menos que canta un gallo, llega la niebla y se cierne sobre nuestra existencia. Odio la niebla de Escania. Es como si se me metiera en el cerebro. No puedo pensar con claridad cuando todo es bruma y nubarrones. Pero has acertado: tenemos un objetivo. — Volvió a sentarse a la mesa y se sirvió las últimas gotas de café, antes de continuar—. A ver, ¿te acuerdas de Hanson?

Linda negó con un gesto.

—No, creo que él se fue cuando tú aún eras pequeña. Bueno, uno de mis colegas. El año pasado regresó a Ystad. Y he oído que piensa vender la casa de sus padres, que está a las afueras de Tomelilla. Su madre murió hace ya mucho. Pero su padre llegó a cumplir ciento un años. Según el propio Hanson, conservó la lucidez y la mala baba de siempre hasta el último minuto. Pero ahora venden la casa. Y he pensado que podíamos ir a verla. A menos que Hanson haya exagerado, es posible que sea el lugar que estoy buscando.

Bajaron hasta el coche y salieron de la ciudad. Hacía calor, pese a que soplaba el viento. Dejaron atrás una caravana de relucientes coches antiguos y Linda sorprendió a su padre, pues conocía la marca de la mayor parte de ellos.

—¿Dónde has aprendido tanto sobre coches?

—Mi último novio, Magnus.

—Pero ¿no se llamaba Ludwig?

—No estás al día, papá… Por cierto, ¿no queda Tomelilla un poco lejos del mar? Yo creía que querías envejecer sentado en un banco acariciando a tu perro y mirando el mar.

—Las vistas al mar cuestan un dinero que yo no tengo. Así que tendré que contentarme con la siguiente mejor alternativa.

—Pues pídeselo prestado a mamá. La jubilación anticipada de su ex banquero es muy suculenta.

Jamás haré eso.

—Yo puedo prestarte algo.

—Jamás haré eso —repitió.

—Entonces te quedas sin vistas al mar.

Linda lo miró de reojo. ¿Se habría enfadado? No estaba segura, pero se le ocurrió que los dos tenían algo en común: esos arrebatos de ira, esa desafortunada susceptibilidad. «La distancia entre nosotros es variable», se dijo. «Unas veces la relación es muy estrecha; con la misma frecuencia, nos separa un trágico abismo. En esos casos, tenemos que construir puentes, no siempre muy estables, aunque, por lo general, restablecen el vínculo entre nosotros.»

El padre sacó un papel doblado del bolsillo.

—Toma este mapa —le dijo a Linda—. Tú me guiarás. No tardaremos en llegar a esa rotonda de ahí arriba. Después tenemos que girar hacia Kristianstad, y a partir de entonces tendrás que ir diciéndome cómo seguir.

—Pues te engañaré y te llevaré a Småland —dijo desplegando el mapa—. Veamos, Tingsryd suena bien, ¿no te parece? Desde allí, seguro que ni encontramos el camino de vuelta.

La casa de los padres de Hanson estaba muy bien situada, en la cima de una colina y rodeada de bosque; más allá se extendían campos de cultivo y terrenos pantanosos. Un milano planeaba, como suspendido en el aire, por encima del tejado de la casa. En la parte posterior había una huerta medio abandonada. El césped estaba sin cortar, los rosales colgaban, enredados y quebrados aquí y allá, del blanco deslucido de las paredes. En la distancia se oía el ruido creciente y decreciente de un tractor. Linda se sentó sobre un viejo banco de piedra, entre dos groselleros con frutos de un rojo reluciente. Observó a su padre, que miraba hacia el tejado con los ojos entornados y tironeaba de canalones y tuberías para probar su resistencia, al tiempo que intentaba ver el interior de la casa. De pronto, el hombre se dirigió a la fachada principal.

Cuando Linda se quedó sola, Henrietta le vino de nuevo a la memoria. Ahora que podía considerar el encuentro con la mujer con cierta perspectiva, lo que al principio no era más que una intuición se había convertido ya en certeza. Henrietta no le había dicho la verdad. Ocultaba algo que guardaba relación con Anna. Linda sacó el móvil y marcó el número de teléfono de su amiga. El tono de llamada resonó con su regularidad habitual hasta que saltó el contestador. Linda no dejó ningún mensaje, apagó el móvil, se levantó del banco y se acercó ella también a la fachada principal. Allí estaba su padre, manipulando una bomba de agua que rechinaba. Un chorro de agua de color parduzco cayó directamente en una palangana oxidada. El hombre movió la cabeza despacio.

—Si pudiera echarme la casa sobre los hombros y colocarla en algún pueblo próximo al mar, no lo dudaría ni un segundo. Pero aquí hay demasiado bosque.

—Podrías comprarte una autocaravana —propuso Linda—. Eso sí que podrías plantarlo cerca del mar. Todo el mundo te ofrecería un trozo de su terreno.

—¿Y por qué iban a ofrecérmelo?

—Pues porque a todo el mundo le interesa tener un policía gratis cerca de su casa.

Él hizo un mohín equívoco, vació la palangana y se encaminó a la carretera. Linda lo siguió. «No mirará atrás para echar un último vistazo», adivinó. «Esta casa ha quedado ya descartada.»

Se quedaron un rato sentados en el coche. Linda siguió con la mirada al milano, que sobrevoló los campos hasta, finalmente, perderse en el horizonte.

—¿Qué te apetece hacer? — preguntó su padre.

Linda pensaba en Anna, y se dijo que debía contarle a su padre lo que le preocupaba.

—Pues necesito hablar contigo, pero no aquí.

—En ese caso, ya sé adónde podemos ir.

—¿Ah, sí? ¿Adónde?

—Ya lo verás.

Pusieron rumbo al sur, tomaron una salida a la izquierda, en dirección a Malmö, y tomaron el desvío que llevaba a Kadesjö. Por aquella zona se extendía uno de los bosques más hermosos que Linda conocía. La joven ya se había figurado que irían allí. Su padre y ella habían dado muchos paseos por ese bosque, sobre todo hasta que ella cumplió los once años, muy poco antes de entrar en la adolescencia. Además, recordaba vagamente haber ido a ese bosque con su madre, en una única ocasión. Pero no tenía ninguna imagen de toda la familia reunida en aquel lugar.

Dejaron el coche junto a un montón de gruesos troncos de árbol que despedían un suave aroma a madera recién cortada. Echaron a andar por uno de los senderos que conducía a través del bosque, en dirección a la curiosa estatua de bronce erigida allí para conmemorar una visita con la que el rey Karl XII, según se decía, había honrado Kadesjö. Linda ya se disponía a hablar de su amiga Anna cuando su padre alzó una mano. Se hallaban en el centro de un pequeño claro que se abría entre los altos árboles.

—Éste es mi cementerio —anunció el padre de improviso—. Mi auténtico cementerio.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy a punto de revelarte un gran secreto, tal vez uno de los más importantes en mi vida. Lo más probable es que me arrepienta mañana mismo, pero, en fin… Estos árboles que ves aquí pertenecen a cada uno de mis amigos muertos. Hay también uno para mi padre, para mi madre, para todos mis parientes fallecidos. — Señaló un roble de pocos años-: Ése de ahí se lo asigné a Stefan Fredman, el indio desesperado. También él se encuentra entre mis muertos.

—¿Y la mujer de la que me hablabas ayer?

—¿Yvonne Ander? Allá —dijo, y señaló otro roble que desplegaba un poderoso entramado de ramas—. Un día, pocas semanas después de la muerte del abuelo, vine aquí. Me sentía como si hubiese perdido todo aquello a lo que podía aferrarme. Al morir el abuelo, la verdad, tú mostraste mucha más entereza que yo. Ese día, yo estaba en la comisaría, tratando de averiguar la verdad sobre una agresión grave. Curiosamente, se trataba de un joven que casi mató a su padre con un mazo. El chico mentía. De repente, sentí que no podía soportarlo más. Suspendí el interrogatorio y me vine derecho aquí. Tomé prestado un coche de la policía y, para poder salir del centro a toda velocidad, puse la sirena, lo que después me acarreó algún problema. Pero, nada más llegar a este claro, sentí como si los árboles que me rodeaban fuesen las lápidas de mis muertos. Comprendí que, cuando quisiera hablar con ellos, tendría que venir aquí, no al cementerio. En este lugar me embarga una paz difícil de experimentar en ningún otro sitio. Aquí puedo abrazar a mis muertos sin que nadie me vea.

—Guardaré tu secreto, puedes estar seguro —lo tranquilizó Linda—. Y gracias por contármelo.

Se quedaron allí un rato más, entre los árboles. Linda no quiso preguntarle cuál era el árbol del abuelo. Pero supuso que sería un robusto roble que se alzaba algo apartado de los demás.

Los rayos de sol atravesaban el entramado formado por las ramas. Había empezado a soplar el viento y enseguida refrescó. Linda, tras tomar aliento, le habló a su padre de la desaparición de Anna. Después le contó la visita a Henrietta y sus sospechas de que no le decía la verdad, y también su sensación de que algo había ocurrido.

—Y ahora, papá —advirtió-, puedes tener una reacción estúpida: si quieres, descalifícalo todo con un gesto y dime que exagero, que todo son figuraciones mías. Y entonces me enfadaré, ya me conoces. Pero si me dices que crees que estoy equivocada y me explicas por qué, estoy dispuesta a escuchar.

—Verás, yo creo que estás a punto de adquirir una experiencia fundamental como policía —comenzó su padre—. Estás a punto de comprender que sólo en contadísimas ocasiones suceden cosas inexplicables. Incluso las desapariciones suelen tener una explicación lógica, aunque resulte inesperada. Como policía, tendrás que aprender a distinguir entre lo inexplicable y lo inesperado. Lo inesperado puede obedecer a una lógica perfecta, por más que sea difícil de prever antes de haber oído una explicación. Y eso es aplicable, desde luego, a la mayoría de las desapariciones. Tú no sabes qué le ha sucedido a Anna. Estás preocupada, y es normal. Pero la experiencia me dice que, en estos casos, debes servirte de la única virtud de la que un policía puede enorgullecerse.

—¿La paciencia?

—Exacto, la paciencia. — ¿Durante cuánto tiempo?

—Un par de días. Para entonces, seguro que ya ha vuelto o que, al menos, te habrá llamado por teléfono.

—De todos modos, estoy segura de que su madre me mintió.

—Yo no creo poder afirmar que Mona y yo siempre dijéramos la verdad cuando hablábamos de ti.

—Está bien, intentaré tener paciencia. Pero presiento que algo va mal.

Regresaron al coche. Ya era más de la una y Linda propuso que fueran a almorzar a algún sitio. Pusieron rumbo a un restaurante de carretera que tenía el curioso nombre de Fars Hatt[[7]](#footnote-7). Kurt Wallander tenía un recuerdo desvaído de alguna ocasión en que acudió al local para compartir con su padre un almuerzo que culminó en una violenta discusión, aunque no tenía la menor idea de qué la había desencadenado.

—«Restaurantes en los que he discutido con alguien» —sintetizó Linda—. Uno puede ponerle título a casi todo. Seguro que os enfadasteis porque te hiciste policía. Sinceramente, no recuerdo que tuvieseis ninguna otra discrepancia.

—Al contrario, estábamos en desacuerdo por todo. Aunque, en el fondo, éramos como dos niños gruñones que nunca llegaron a crecer y que jugaban a pelearse. Si yo había quedado con él y llegaba cinco minutos tarde, me acusaba de que lo descuidaba y no me ocupaba de él. Tenía tan malas pulgas que, a veces, adelantaba el reloj para poder reñirme por mi retraso.

Acababan de pedir el café cuando sonó un móvil. Linda fue a echar mano del suyo, pero era el de su padre el que sonaba, con la misma melodía. Wallander atendió la llamada y prestó atención a lo que le decían, hizo alguna que otra pregunta breve y, antes de colgar, anotó la información en el reverso de la cuenta que acababan de dejarles sobre la mesa.

—¿Qué ha pasado?

—Una desaparición.

Dejó el dinero sobre la mesa, dobló la cuenta y se la guardó en el bolsillo.

—¿Qué hacemos ahora? — preguntó Linda—. Y dime, ¿quién ha desaparecido?

—Regresamos a Ystad, pero daremos un rodeo por Skurup. Una viuda que vivía sola, Birgitta Medberg, ha desaparecido. Según su hija, le ha ocurrido algo.

—¿Cómo que ha desaparecido?

—Bueno, la hija no estaba segura. Pero al parecer su madre es una especie de estudiosa que realizaba investigaciones de campo sobre viejos senderos forestales. Una actividad bastante peculiar.

—Si se dedica a eso, quizá se haya perdido.

—Justo lo que yo pensaba. Pero no tardaremos en enterarnos.

Padre e hija pusieron rumbo a Skurup. El viento había arreciado. Eran las tres y nueve minutos del miércoles 29 de agosto.

12

La casa tenía dos plantas y estaba construida en ladrillo. «Una típica casa sueca», pensó Linda. «En este país, vayas donde vayas, todas las casas tienen el mismo aspecto. En Suecia todo es intercambiable. Una plaza de Västerås puede sustituirse por otra de Örebro, y una casa de Skurup por otra de Estocolmo.»

—¿Has visto antes una casa igual que ésta? — preguntó la joven cuando se hubieron bajado del coche y mientras su padre forcejeaba con la cerradura.

Él echó una ojeada a la fachada.

—Se parece a la casa donde vivías cuando estuviste en Sollentuna, antes de que te mudases a la residencia de estudiantes de la Escuela Superior de Policía.

—Sí, ya veo que tienes buena memoria. Bueno, ¿qué se supone que debo hacer yo ahora?

—Acompañarme. Puedes considerar este episodio como una especie de práctica policial.

—No estarás contraviniendo ninguna normativa, ¿no? Quiero decir, personas ajenas que están presentes en un interrogatorio y cosas así…

—Esto no será un interrogatorio. Sólo una charla cuyo único fin sea, probablemente, tranquilizar a una persona que se preocupa sin necesidad.

—Ya, pero…

—No hay «peros» que valgan. Yo he estado contraviniendo las normas desde que empecé en la Policía. En una ocasión, Martinson llegó a calcular que debería haber estado en chirona un total de cuatro años por todos los líos que he armado. Pero eso no cuenta, siempre que haga un buen trabajo. Es uno de los pocos aspectos en los que Nyberg y yo estamos de acuerdo.

—¿Nyberg, el técnico criminalista?

—Por lo que yo sé, es el único Nyberg de toda Ystad. No tardará en jubilarse. Y nadie lo echará de menos. O tal vez sea todo lo contrario, que todos echarán de menos su humor de perros.

Cruzaron la calle. El viento, persistente y cada vez más racheado, hacía revolotear restos de basura y de desperdicios que se arremolinaban a sus pies.

Ante la puerta había una bicicleta a la que le faltaba la rueda trasera. El cuadro estaba torcido como si la bicicleta hubiese sufrido el ataque de un sádico. Entraron, y el padre leyó los nombres de los vecinos.

—Birgitta Medberg es la supuesta desaparecida. La hija se llama Vanja. Según me han dicho por teléfono, estaba histérica y hablaba con voz extremadamente chillona.

—Yo no estoy histérica en absoluto —se oyó gritar a una mujer que, desde el piso de arriba, se asomó por la barandilla y los miraba displicente.

—Está claro que hablo demasiado alto en los rellanos de las escaleras —susurró Wallander.

Los dos emprendieron la subida.

—Justo lo que yo pensaba —aseguró Wallander en tono amable al tiempo que estrechaba la mano de aquella mujer suspicaz y, a todas luces, bastante nerviosa—. Los chicos que tenemos en el puesto de alarmas son jóvenes y aún no han aprendido a diferenciar entre la histeria y la preocupación normal y corriente.

La mujer llamada Vanja debía de rondar la cuarentena. Estaba muy obesa, llevaba el cuello y los puños de la blusa sucios y, según observó Linda, parecía que no se hubiese lavado el pelo en muchos días. Entraron en el apartamento y Linda percibió enseguida un olor que le llamó la atención. «El perfume de mi madre», concluyó, «el que solía usar cuando se sentía insatisfecha o enojada. Tenía otro, claro, que se ponía cuando se sentía bien.»

Entraron en la sala de estar. Vanja se dejó caer pesadamente en una silla antes de señalar a Linda, que sólo había dicho su nombre, de pasada, cuando entraron en el vestíbulo.

—¿Quién es?

—Una ayudante —explicó Kurt Wallander con autoridad—. Bien, ¿qué ha sucedido?

Y Vanja les refirió lo que sabía a retazos y presa de gran inquietud. Por otro lado, le costaba encontrar las palabras adecuadas, de lo que dedujeron que no debía de verse a menudo en la necesidad de expresarse en largos discursos. Linda, comprendiendo que su preocupación no era fingida ni exagerada, la comparó con la suya por Anna.

Vanja fue breve. Su madre, Birgitta, era geógrafa cultural y se dedicaba a registrar viejos caminos y senderos del sur de Suecia, principalmente de Escania y de algunas zonas de Småland. Hacía poco más de un año que se había quedado viuda. Tenía cuatro nietos, dos de ellos las hijas de Vanja. Y por ellas dos, precisamente, Vanja se había preocupado hasta el punto de llamar a la policía. En efecto, la mujer había acordado con su madre que le llevaría a sus hijas a las doce, tenían muchas ganas de verla. Antes de esa hora, Birgitta emprendería una de sus pequeñas expediciones «a la caza de senderos», como ella misma solía llamarlas. Pero, cuando Vanja llegó con sus hijas, su madre aún no había vuelto. Aguardó durante dos horas, hasta que llamó a la policía.

Su madre jamás decepcionaría así a sus nietas. Por tanto, tenía que haberle ocurrido algo.

Ahí terminó su relato y guardó silencio. Linda intentaba adivinar cuál sería la primera pregunta que haría su padre: «¿Adónde pensaba ir?».

—¿Sabes adónde pensaba ir esta mañana?[[8]](#footnote-8) —preguntó Wallander.

—No —repuso Vanja.

—Supongo que iba en coche.

—Pues no. Tiene una Vespa de color rojo muy antigua, de hace cuarenta años.

—¿Una Vespa de hace cuarenta años?

—Exacto. Las Vespas eran de muy buena calidad en aquella época. Yo aún no había nacido, pero mi madre me lo dijo. Además, es miembro de una asociación de motos antiguas, en Staffanstorp. La verdad, no la entiendo muy bien, pero le encanta salir con esos locos de las Vespas.

—Dices que se quedó viuda hace un año. ¿Ha manifestado síntomas de depresión a raíz de ello?

—No. Y si lo que estás pensando es que puede haberse suicidado, te equivocas.

—No estoy pensando nada en particular. Pero, a veces, las personas más próximas a nosotros se las arreglan para ocultarnos cómo se sienten en realidad.

Linda clavó la mirada en su padre, que le devolvió una mirada fugaz. «Tenemos que hablar del tema», observó para sí. «Ha sido un error no haberle contado lo de aquel día en que estuve a punto de arrojarme desde el puente. Él cree que mi único intento de suicidio fue el de aquella vez que intenté cortarme las venas.»

—Ella jamás se haría daño a sí misma. Por la sencilla razón de que sería incapaz de exponer a sus nietos a una conmoción como ésa.

—¿No habrá ido a visitar a alguien?

Vanja había encendido un cigarrillo. La ceniza se le cayó en la ropa y en el suelo, y Linda pensó que su figura no encajaba lo más mínimo en el apartamento de su madre.

—Mi madre es una persona anticuada. No le gusta que la visiten sin haberlo acordado previamente.

—Según parece, tampoco ha ingresado en ningún hospital, de lo que se deduce que no debe de haber sufrido ningún accidente. Pero, dime, ¿padece alguna enfermedad? Y, por casualidad, ¿tiene móvil?

—Es una mujer sana que lleva una vida sencilla y saludable, no como yo. Claro que, en mi trabajo de vendedora de huevos, no tengo que moverme mucho.

Vanja alzó los brazos como para poner de manifiesto la repulsa que sentía hacia su propio cuerpo.

—Y del móvil, ¿qué me dices?

—Tiene uno, pero siempre lo lleva apagado. Tanto mi hermana como yo no dejamos de insistirle en que lo encienda.

El silencio que reinaba en la habitación les trajo el rumor de una radio o un televisor del apartamento contiguo.

—Así que no tienes ni idea de adónde ha podido ir. ¿No hay nadie que sepa con exactitud a qué estaba dedicándose ahora? ¿Sabes si escribía algún diario?

—No, creo que no llevaba ningún diario. Y mi madre suele salir siempre sola.

—¿Ha sucedido esto en alguna ocasión anterior?

—¿Que desaparezca? Nunca.

El padre de Linda sacó del bolsillo un bloc de notas y un bolígrafo y le pidió a Vanja su nombre completo, su dirección y su número de teléfono. Linda notó que su padre daba un respingo al oír el apellido de la mujer, Jorner. Se detuvo y quedó observando sus anotaciones, antes de alzar la mirada.

—Tu madre se llama Medberg. ¿Es Jorner tu apellido de casada?

—Así es. Mi marido se llama Hans Jorner. El apellido de soltera de mi madre era Lundgren. Pero ¿qué tiene que ver eso con su desaparición?

—Así que Hans Jorner es tu marido… No será hijo del ex director de la compañía de explotación de grava de Limhamn, ¿verdad?

—Pues sí, es el menor de sus hijos. ¿Por qué?

—Nada, simple curiosidad. Sólo eso.

Kurt Wallander se puso de pie y Linda lo imitó.

—¿Tienes algún inconveniente en que echemos un vistazo al apartamento? ¿Dónde está su despacho?

Vanja señaló una de las habitaciones antes de sufrir un ataque de tos convulsa. Padre e hija entraron en un despacho cuyas paredes estaban cubiertas de mapas. Sobre el escritorio había muchos documentos ordenados, unos en montones y otros en archivadores.

—¿Qué es eso del apellido?, ¿qué pasa? — preguntó Linda en un susurro.

—Luego te lo cuento. Es una historia muy desagradable que me trae viejos recuerdos.

—¿Y qué dijo que es?, ¿vendedora de huevos?

—Sí —respondió él—. Pero su preocupación es sincera.

Linda levantó algunos papeles que había sobre la mesa. Él la reprendió enseguida.

—Puedes estar presente, escuchar y observar. Pero no puedes tocar nada de nada.

—Pero si sólo he tocado un papel…

—Pues es uno de más.

Linda salió airada de la habitación. Su padre tenía razón, por supuesto. Pero a ella no le gustó el tono en que le había hablado. Le hizo una seña a Vanja, que seguía tosiendo, y bajó a la calle. Tan pronto como estuvo fuera y sintió el viento en la cara, lamentó profundamente su inmadura reacción.

Diez minutos más tarde, también su padre atravesó la puerta de la calle.

—¿Qué te ha pasado? ¿He hecho algo que no te ha gustado?

—No, nada. Olvídalo.

Linda hizo un gesto de disculpa mientras él abría el coche. El viento soplaba con fuerza. Ya en el coche, su padre introdujo la llave en el contacto, pero sin poner el coche en marcha.

—Te has dado cuenta de que me sorprendí al oír decir a ese espanto de persona que se apellidaba Jorner, ¿verdad? Y no creas que me sentí mucho mejor al saber que está casada con el menor de los hijos del viejo Jorner. — Lanzó un rugido y se aferró con ambas manos al volante, antes de comenzar a referirle toda la historia—. Cuando Kristina y yo éramos niños, y mi padre se pasaba los días pintando, había temporadas en que ningún vendedor ambulante llegaba en su cochazo para comprar sus cuadros, de modo que andábamos cortos de dinero. Mi madre tuvo que buscar trabajo. Puesto que no tenía estudios, no podía elegir más que entre ponerse a trabajar en alguna fábrica o entrar como asistenta en alguna casa. Ella optó por lo segundo y fue a parar a casa de los Jorner, aunque no se mudó a vivir con ellos, claro. El viejo Jorner, Hugo era su nombre de pila, y Tyra, su mujer, eran tremendamente desagradables. Vivían como si la sociedad no hubiera cambiado lo más mínimo durante los últimos cincuenta años. Para ellos, el mundo se dividía entre la gente de clase alta y la de clase baja, simple y llanamente. El peor de los dos era él.

»Una noche, ya tarde, mi madre llegó a casa con los ojos arrasados de lágrimas. Mi padre, cosa poco frecuente en él, le preguntó qué le pasaba. Yo estaba sentado detrás del sofá, escuchando a hurtadillas, y jamás olvidaré lo que oí. En casa de los Jorner se había celebrado una fiesta, aunque no tenían demasiados invitados, tal vez ocho, para cenar. Mi madre sirvió la mesa. A la hora del café, cuando ya habían bebido unas copas de más, sobre todo Hugo, éste llamó a mi madre y le pidió que fuese a buscar una escalera. Lo recuerdo palabra por palabra, y cómo mi madre lo contaba con la voz quebrada por el llanto. Ella hizo lo que le ordenaban. Los invitados estaban sentados alrededor de la mesa y Hugo, cruelmente, le pidió a mi madre que subiese al último peldaño. Ella volvió a obedecer y, entonces, él le explicó que, desde lo alto de la escalera, ella debería ser capaz de ver que había olvidado ponerle la cucharilla del café a uno de los invitados. Después le dijo que se bajase y se llevase la escalera y, ya fuera, ella oyó cómo todos reían y brindaban.

»Mi madre se echó a llorar otra vez mientras aseguraba que no pensaba volver allí. Y mi padre estaba tan fuera de sí que se encaminó al taller en busca de un hacha con la que partirle la cabeza a Jorner. Pero mi madre lo tranquilizó, claro. Jamás lo olvidaré. Yo tendría diez o doce años. Y ahora resulta que me encuentro a una de las nueras en ese apartamento.

Dicho esto, puso en marcha el motor con un movimiento brusco. Linda comprendía que aquel recuerdo lo hubiese llenado de indignación. Salieron de Skurup. Linda contemplaba el paisaje, las sombras de las nubes que vagaban sobre los campos.

—A menudo me pregunto cómo sería mi abuela, quiero decir, tu madre. Murió mucho antes de que yo naciera. Sobre todo me pregunto cómo pudo casarse con el abuelo.

Él rompió a reír.

—Mi madre solía decir que si le daba unas friegas con sal, terminaba haciendo lo que ella quería. Yo nunca comprendí qué quería decir… Pero tu abuela tenía una paciencia infinita.

De pronto frenó y dio un volantazo hacia el arcén. Un deportivo descapotable acababa de hacerles un adelantamiento muy peligroso. Su padre lanzó una maldición.

—En realidad, debería detenerlo —comentó.

—¿Y por qué no lo haces?

—Porque estoy nervioso.

Linda observó a su padre y notó que parecía tenso.

—Hay algo en la desaparición de esa mujer que no me gusta lo más mínimo —prosiguió—. Creo que todo lo que nos ha contado Vanja Jorner es cierto; su intranquilidad no era fingida. Y, en mi opinión, o Birgitta Medberg ha sido víctima de un trastorno mental imprevisible y se ha marchado, o le ha ocurrido algo grave.

—¿Algo tan grave como un crimen?

—No lo sé. Pero creo que mi día libre acaba de tocar a su fin. Te llevo a casa.

—No, iré contigo a la comisaría. Desde allí puedo ir a casa a pie.

Estacionó el coche en el aparcamiento de la comisaría. Linda salió por la calle de atrás, se encogió para protegerse del fuerte viento y, de pronto, se sintió indecisa: no sabía qué hacer. Eran las cuatro de la tarde. El viento soplaba frío, como si el otoño fuese inminente. Encaminó sus pasos hacia el apartamento de su padre, pero después cambió de idea y giró por la calle de Anna. Llamó a la puerta, aguardó un instante y la abrió.

No le llevó más que unos segundos comprobar que había sucedido algo. Al principio, no supo decir qué. Pero enseguida, sin entender muy bien cómo, dedujo que alguien había estado en el apartamento de su amiga. Después tuvo la sensación de que faltaba algo. Desde el umbral de la puerta de la sala de estar, intentó detectar qué había cambiado. ¿Había desaparecido algo de aquella habitación? Se acercó a la estantería y pasó la mano por los lomos de los libros. Allí no parecía faltar nada.

Luego se sentó en la silla que Anna solía ocupar y miró a su alrededor. Algo había cambiado, estaba segura. Pero ¿el qué? Se puso de pie y se colocó junto a la ventana, para tener otra perspectiva. En ese instante descubrió lo que era. Recordó que, en una de las paredes, entre un póster de arte berlinés y un barómetro antiguo, colgaba antes un cuadro de cristal, bastante pequeño, con una mariposa azul fijada al fondo con un alfiler. El cuadro con la mariposa había desaparecido. Linda movió la cabeza, dubitativa. ¿Serían figuraciones suyas? Pero no cabía duda. Faltaba ese cuadro. Su memoria fotográfica le decía que lo vio allí la última vez que estuvo en el apartamento. ¿Era posible que Henrietta hubiese estado allí y se hubiese llevado el cuadro? No parecía lógico. Se quitó la cazadora e inspeccionó las habitaciones con detenimiento.

Cuando abrió las puertas del armario de Anna, ya no le quedó la menor duda: alguien había estado allí. Faltaban algunas prendas de ropa y quizá también, recordó, una bolsa de viaje. Linda lo sabía, pues Anna no cerraba las puertas de su armario. Pocos días antes de que Anna desapareciese, ella había entrado en su dormitorio para buscar una guía telefónica y se fijó en el armario abierto y en la bolsa de viaje. Pensativa, se sentó en el borde de la cama. Entonces, sobre la mesa, vio el diario. «El diario sigue aquí», observó. «Eso no cuadra. O, mejor dicho, eso significa que no es Anna la que ha estado aquí. Pudo haber venido a recoger algo de ropa, y hasta pudo pensar en llevarse el cuadro con la mariposa. Pero jamás se habría dejado el diario. Jamás.»

13

Linda se preguntó qué podía haber sucedido. Se encontraba en medio de un gran vacío, y cruzar la puerta para salir de él era como cortar el espejo de la superficie del agua y hundirse en un paisaje del todo silencioso y desconocido. Intentaba recordar lo que había aprendido. Siempre quedaban huellas en los lugares en que había tenido lugar algún suceso dramático. Pero ¿acaso había ocurrido allí algo que pudiese calificarse de dramático?

No había rastros de sangre, ningún destrozo, todo estaba tan ordenado como de costumbre. Salvo el pequeño cuadro con la mariposa, desaparecido junto con una bolsa de viaje y algunas prendas de ropa. Pese a todo, tenía que haber huellas; aun en el caso de que Anna hubiera estado allí, ésta debió de comportarse como un huésped no deseado en su propia casa.

Linda recorrió despacio el apartamento, una vez más, sin percatarse de que hubiese desaparecido algo más o cambiado algún otro detalle. Después puso en marcha el contestador automático, cuya luz roja parpadeaba: se habían grabado nuevos mensajes. Había tres llamadas registradas. «Dejamos nuestras voces», se dijo Linda, «las difundimos en cientos de cintas por el mundo entero.» El dentista Sivertsson quería confirmar la cita de la revisión anual y pedía a Anna que llamase a la enfermera; una tal Mirre telefoneaba desde Lund para saber si Anna iría con ella a Båstad. Y, por último, la propia Linda, sus preguntas y el clic al colgar ella el auricular, cuando le dejó el mensaje.

Sobre la mesa del teléfono había una agenda. Linda buscó en ella el teléfono del dentista y marcó el número.

—Clínica dental Sivertsson —respondió una voz.

—Hola, me llamo Linda Wallander. Le había prometido a mi amiga Anna Westin que me ocuparía de sus llamadas. Estará fuera unos días y quería saber cuándo tenía la cita.

La enfermera fue a buscar los datos y volvió al teléfono.

—El 10 de septiembre a las nueve de la mañana.

—Bien, en ese caso, tal vez no tenga que recordárselo.

—No, Anna nunca falta a su cita anual.

Linda concluyó la conversación y se puso a buscar el número de esa persona llamada Mirre. Mientras lo hacía, pensó en su propia agenda, llena de borrones y tachaduras y cuyas pastas se había visto obligada a pegar con cinta adhesiva más de una vez. Por alguna razón que desconocía, no se animaba a comprar una nueva. Era como un álbum de recuerdos. Todos aquellos números de teléfono tachados que ya no pertenecían a ningún usuario conocido, números de teléfono que descansaban en paz en un cementerio de alta privacidad… Durante unos segundos se olvidó por completo de Anna y recordó el rato que había pasado en el bosque con su padre y su cementerio de árboles. Su persona le inspiró de pronto una gran ternura, como si pudiese imaginar cómo había sido de niño: pequeño pero con grandes ideas; a veces, quizá demasiado grandes. «No sé casi nada de él», se recriminó. «Y, lo que creo saber, a menudo no coincide con la realidad. Eso es lo que él suele decir. Y he de darle la razón. Siempre me lo he imaginado como un hombre amable, no demasiado inteligente pero muy tenaz y con una gran intuición. Pero ahora no estoy tan segura. Creo que es un buen policía, pero sospecho que es un hombre demasiado sentimental al que probablemente le encante soñar con encuentros románticos y que, en el fondo, detesta la realidad incomprensible y brutal de la que se ve rodeado a diario.»

Arrastró una silla hasta la ventana y se puso a hojear un libro que Anna parecía haber estado leyendo. Estaba en inglés y trataba sobre Alexander Fleming y la penicilina. Empezó a leer un párrafo y notó que le costaba comprender. Le sorprendió que Anna fuese capaz de leer aquel libro. Hacía ya mucho tiempo, habían comentado que deberían viajar a Inglaterra para mejorar su inglés; tal vez Anna hubiese hecho realidad aquel sueño. Dejó a un lado el libro sobre Fleming y siguió hojeando la agenda, llena de direcciones. Todas las páginas se parecían a una pizarra tras una clase de matemática avanzada. Había tachaduras y flechas por todas partes. Linda sonrió con nostalgia al ver sus viejos números de teléfono, así como los de dos antiguos novios que Linda hacía ya tiempo que había borrado de su mente. «¿Qué estoy buscando?», se preguntó. «Tal vez una pista secreta que me lleve tras los pasos de Anna. Pero ¿por qué iba a estar en su agenda esa pista?»

Siguió hojeándola, a veces con la sensación de estar irrumpiendo, sin justificación ni derecho alguno, en el ámbito más secreto y privado de Anna. «Es como si hubiese invadido su territorio», sentenció para sí. «Lo hago con la mejor intención, pero siento que no es lo correcto.» Entre algunas páginas de la estropeada agenda había papeles doblados. Un recorte de periódico sobre un museo de Medicina de Reims, en Francia; unos billetes de tren de Lund a Ystad.

De repente, se sobresaltó. En una de las páginas, Anna había escrito en color rojo la palabra «papá» y después, un número de teléfono de diecinueve cifras, compuesto, únicamente, por los números uno y tres. «Un número de teléfono que no existe», concluyó Linda. «Quizás un número de una ciudad secreta, con un prefijo igual de secreto, a la que van a reunirse todas las personas desaparecidas.»

Sentía deseos de cerrar la agenda. No tenía derecho a inmiscuirse en la vida de Anna sin que ella lo supiera. Sin embargo, siguió hojeándolo. Muchos de los números de teléfono la sorprendieron. Anna había anotado con sumo cuidado el número del consejo de ministros y el nombre de su secretario, pero ¿para qué querría Anna hablar con él? También estaba el número de teléfono de un hombre llamado Raúl que vivía en Madrid. Junto al número, Anna había dibujado un corazón que, al parecer, había tachado más tarde con trazo decidido. «Vaya, deberían habernos dado clases teóricas y prácticas sobre cómo interpretar las agendas de la gente», pensó.

Pero, cuando hubo terminado de revisar la agenda, aún había un número que seguía interesándole. «Casa en Lund», decía la agenda. Linda vaciló un instante, antes de marcar el número. Una voz masculina respondió enseguida.

—Peter —se oyó al otro lado del hilo telefónico.

—Quería hablar con Anna.

—Iré a ver si está.

Linda se dispuso a esperar. Se oía música de fondo. La conocía, pero no pudo recordar el nombre del cantante.

El hombre llamado Peter volvió al auricular.

—No está.

—¿Sabes cuándo volverá?

—Ni siquiera sé si está en Lund. Llevo ya varios días sin verla. Espera, voy a preguntar.

El hombre volvió a marcharse, pero no tardó en volver.

—Nadie la ha visto últimamente.

El hombre colgó antes de que Linda tuviese tiempo de preguntar por la dirección. Se quedó, pues, con el auricular en la mano. «Ni rastro de Anna», pensó. «Pero no se lo notaba preocupado, sólo ha constatado que no estaba.» Linda empezó a sentirse ridícula. Y comparó la actitud de Anna con su propio comportamiento de antaño. «Yo puedo esfumarme», recapacitó. «Durante toda mi vida, me he esfumado sin dejar dicho adónde iba. De hecho, mi padre estuvo a punto de dar la orden de búsqueda en varias ocasiones. Pero siempre sabía cuándo estaba pasándome de la raya y terminaba llamando. ¿Quién le impediría a Anna hacer otro tanto?»

Linda llamó a Zebran para preguntarle si sabía algo de Anna, pero ella tampoco tenía noticias y le aseguró que Anna llevaba ya tiempo sin dar señales de vida. Las dos amigas quedaron en verse al día siguiente.

Linda se dirigió a la cocina para prepararse un té. Mientras esperaba que hirviese el agua, vio unas llaves que colgaban de la pared. Linda sabía de qué eran. Apagó la placa del fogón y bajó al sótano. El trastero de Anna, rodeado por una reja, estaba al fondo del angosto pasillo. Linda le había ayudado una noche a llevar allá abajo una mesa que, según vio, seguía allí. Abrió el candado y encendió la luz. Enseguida volvió a sentirse ridícula. «Creo que me empeño en que Anna ha desaparecido para tener algo que hacer», se dijo. «En cuanto me ponga el uniforme y empiece a trabajar, Anna aparecerá. Esto no es más que un juego. Y, por supuesto, no ha ocurrido nada grave.» Levantó unas alfombras que había sobre una mesa y halló unos cuantos periódicos llenos de polvo. Volvió a dejar las alfombras como estaban, echó la llave y regresó al apartamento.

Esta vez, aguardó a que el agua empezara a hervir y, tras prepararse el té, se llevó la taza al dormitorio de Anna. Una vez allí, se tumbó en el lado de la cama de matrimonio en el que no dormía Anna. Ella ya había dormido allí en una ocasión, una noche en que ella y Anna se quedaron hablando y bebiendo vino hasta tarde y Linda no se sintió con fuerzas para volver a casa. Durmió allí, pero no demasiado bien, porque Anna daba vueltas y se movía mucho mientras dormía. Dejó la taza en la mesilla y se estiró. No tardó en caer vencida por el sueño.

Al despertar, no sabía muy bien dónde se encontraba. Miró el reloj y comprobó que había estado durmiendo una hora. El té se había enfriado. Aun así, se lo tomó, tenía mucha sed. Después se levantó y alisó la colcha. De repente, notó algo extraño.

Le llevó un instante caer en la cuenta de qué era. Era la colcha. En el lado de Anna. Alguien había estado tumbado allí y aún se veían las huellas, pues no habían alisado la colcha antes de marcharse. Y aquello no encajaba. Anna mantenía un orden y una disciplina férreos. Una mesa con migas de pan o una colcha arrugada era algo impensable en la vida de su amiga.

Como movida por una intuición, levantó la colcha y halló una camiseta de la talla XXL, de color azul marino, con publicidad de la compañía aérea británica Virgin. La olió, pero no estaba impregnada del perfume de Anna, sino de un fuerte olor a detergente o a loción para después del afeitado. Extendió la camiseta sobre la cama. Sabía que Anna solía dormir en camisón. Además, era bastante exigente y no se la imaginaba usando una camiseta con publicidad de una compañía aérea inglesa ni una sola noche.

Se sentó en el borde de la cama y se quedó mirando la camiseta. «En la Escuela de Policía no aprendimos nada acerca de camisetas de otros halladas en la cama de una amiga desaparecida», se dijo. Empezó a cavilar sobre qué habría hecho su padre en su lugar. Durante el tiempo en que ella asistía a las clases en la Escuela, él solía contestar con prolijidad a sus preguntas, cada vez más complejas, cuando se veían durante las vacaciones. Él le había hablado sobre diversos casos de investigación y ahora sabía que solía tener un punto de partida al que siempre retornaba y que solía repetir como un mantra antes de comenzar la investigación del escenario de un crimen. «Siempre hay algo que se nos pasa por alto», solía decirle. «Y hay que intentar dar con el detalle que no detectamos de inmediato» La muchacha echó una ojeada al dormitorio. «¿Qué es lo que no veo? Lo que me preocupa no es lo invisible, sino lo que se ve. Una colcha que no está bien estirada, una camiseta que aparece donde debería haber un camisón…»

De pronto, el teléfono sonó en la sala de estar y la sobresaltó. Se puso de pie, fue a la sala y se quedó mirando el contestador. ¿Debía responder? Alargó el brazo, pero lo retiró enseguida. Después de la quinta señal, saltó el contestador. Era Henrietta. Soy yo. Sólo quería decirte que tu amiga Linda, esa que, curiosamente, ha decidido hacerse policía, ha estado aquí preguntando dónde te metías. Sólo eso. Llámame cuando tengas tiempo. Adiós.

Linda volvió a escuchar el mensaje. La voz de Henrietta, muy tranquila, ningún mensaje entre líneas, ninguna preocupación, nada fuera de lo normal… La crítica, tal vez incluso el desprecio por que su hija tuviese una amiga tan estúpida como para querer ponerse un uniforme… Notó que aquello la irritaba. Tal vez Anna pensaba lo mismo. Quizá le disgustaba e incluso despreciaba la profesión elegida por Linda. «Me da igual», resolvió. «Por mí, Anna puede estar ausente todo el tiempo que quiera.» Fue a la cocina, llenó una jarra con agua del grifo y regó las plantas antes de abandonar el apartamento para ir al de la calle de Mariagatan.

A eso de las siete, cuando su padre cruzó la puerta, Linda ya se había preparado la cena y había terminado de comer. Calentó la comida que le había guardado mientras él se cambiaba. Ella le hizo compañía en la cocina mientras cenaba.

—¿Qué ha pasado? — le preguntó Linda.

—¿Con la mujer desaparecida?

—¿Con qué, si no?

—La tienda de pinturas lleva ese tema.

Linda lo miró perpleja.

—¿La tienda de pinturas?

—Pues sí. Tenemos un policía judicial que se llama Svartman. Y otro que se llama Grönkvist[[9]](#footnote-9). Son relativamente nuevos aquí y suelen trabajar juntos. Negro y Verde forman la Tienda de Pinturas en nuestra jerga. El hecho de que la mujer de Svartman se llame Rosa completa el cuadro. El caso es que ellos dos van a intentar averiguar dónde se ha metido Birgitta Medberg. Nyberg iba a echarle una ojeada a su apartamento. Hemos decidido que hay que tomarse en serio esta desaparición, así que ya veremos.

—¿Y tú qué crees?

Él apartó el plato.

—Hay algo que resulta inquietante. Pero, claro, puedo estar equivocado.

—En concreto, ¿qué es lo que te inquieta?

—Algunas personas, simplemente, no desaparecen. Y si lo hacen, es porque ha ocurrido algo. Lo sé, supongo, por experiencia. — Se levantó para preparar el café—. Hace casi diez años desapareció una comercial de una inmobiliaria. Me figuro que lo recuerdas, ¿no? Lo que quizá no sepas es que era muy creyente, pertenecía a una Iglesia libre, y tenía hijos pequeños. En aquel caso, cuando el marido denunció su desaparición, comprendí enseguida que algo había sucedido. Y acerté. La habían asesinado[[10]](#footnote-10).

—Birgitta Medberg es viuda, no tiene hijos pequeños y tampoco pertenece a ninguna Iglesia. ¿Te imaginas a esa monumental hija suya acudiendo a la iglesia?

—Cualquiera puede ser religioso, creo yo. Incluso tú. Pero no se trata de eso. Estoy hablándote de lo inesperado, de lo intangible.

Linda le contó su segunda visita al apartamento de Anna, con todo lujo de detalles, mientras su padre la observaba cada vez más desabrido.

—No deberías meterte en eso. Si ha sucedido algo, es cosa de la policía y del fiscal.

—Ya, pero yo soy policía, ¿no?

—Tú eres policía en prácticas y vas a trabajar en seguridad ciudadana, procurando que en las calles y plazas de los pueblecitos de Escania haya un poco de paz.

—Pues, la verdad, a mí me extraña mucho que haya desaparecido.

Kurt Wallander dejó el plato y la taza en el fregadero.

—Si de verdad crees que ha pasado algo, te sugiero que pongas una denuncia.

Salió de la cocina. Linda, que se había quedado allí sentada, oyó que encendía el televisor. Su ironía la irritó. Sobre todo porque, en el fondo, sabía que tenía razón.

Permaneció, pues, sentada y enfurruñada en la cocina hasta que se sintió con fuerzas para enfrentarse de nuevo a su padre. Él estaba sentado en la sala de estar y se había quedado dormido en el sillón. Cuando empezó a roncar, Linda lo zarandeó un poco para que se despertara. Él se sobresaltó y alzó las manos, como si lo estuvieran atacando. «Exactamente así habría reaccionado yo», constató Linda. «Otro punto en común.» Él entró en el cuarto de baño antes de irse a la cama. Linda se quedó viendo una película en la que, por más que lo intentó, no pudo concentrarse. Poco antes de la medianoche, también ella se fue a dormir. Soñó con Herman Mboya, el joven que había vuelto a Kenia y había abierto su propia consulta en Nairobi.

De repente, el móvil la despertó. El aparato empezó a vibrar junto a la lámpara de la mesilla de noche. Ella respondió y, al hacerlo, vio que eran las tres y cuarto. Al otro lado de la línea no se oía nada salvo la respiración de alguien. Después interrumpieron la llamada. Linda estaba segura. Quienquiera que hubiese llamado, aquello tenía que ver con Anna. Estaba segura de que acababa de recibir un mensaje sin palabras, tan sólo una respiración, pero un mensaje importante.

Fue incapaz de volver a conciliar el sueño. Su padre se levantó a las seis y cuarto. Ella esperó a que él se duchase y se vistiese tranquilamente. Cuando lo oyó trastear en la cocina, también ella se levantó. Su padre se sorprendió al verla en pie y vestida tan temprano.

—Me voy contigo a la comisaría.

—¿Y eso?

—He estado pensando en lo que dijiste ayer. Eso de que, si estaba preocupada, debía poner una denuncia. Y eso voy a hacer. Así que iré contigo para denunciar la desaparición de Anna Westin. Y para decir que creo que le ha sucedido algo grave.

14

Linda no pudo adivinar que su padre iba a sufrir uno de sus insoportables accesos de furia. Recordaba el miedo que sentía en su niñez, el miedo que sentían tanto ella como su madre, al contrario de lo que hacía su abuelo, que simplemente se encogía de hombros o le respondía con un rugido. Se acordó de cómo, de niña, buscaba desesperada algún indicio que revelase que uno de aquellos ataques estaba a punto de estallar. Una mancha roja en la frente, justo en el entrecejo, solía ser la señal, aunque, por lo general, aparecía cuando el acceso ya había comenzado.

Y aquella mañana en la que Linda decidió transformar la desaparición de Anna en un asunto policial, no se esperaba la reacción de su padre. El caso es que, de pronto, éste arrojó un montón de servilletas de papel contra el suelo. Fue algo cómico, pues su padre esperaba provocar un gran estrépito, pero todo quedó en la caída libre de una montaña de servilletas sobre el suelo de la cocina. Pero Linda volvió a sentir aquel temor de la niñez. Al instante desfilaron por su mente todas las ocasiones en que, de pequeña, se había despertado, empapada en un sudor frío, tras tener pesadillas en las que su padre pasaba de una amabilidad sonriente a un repentino acceso de ira. Recordaba también qué le había dicho Mona, su madre, en alguna ocasión, ya después de separarse. Él no lo entiende. Él no comprende el terror que desencadena el tener que enfrentarse a un ataque de cólera inmotivado e imprevisto. Linda recordaba la continuación: Yo creo que sólo le dan aquí, en casa. Seguro que los demás lo ven como un gigantón sin mala fe, como un buen policía, aunque un tanto extraño. Si se pone furioso en el trabajo, está justificado, pero aquí, en casa, es como si dejase suelto a un salvaje, a un terrorista por el que siento tanto temor como odio.

Linda pensaba en las palabras de Mona sin dejar de observar a su padre, tan alto. Aún estaba indignado y había empezado a desparramar aún más las servilletas.

—¿Por qué no me escuchas cuando te hablo? ¿Cómo piensas llegar a ser una buena policía si crees que se ha cometido un crimen cada vez que una de tus amigas no contesta al teléfono?

—No es eso.

Él tiró al suelo el resto de las servilletas. «Como un niño», sentenció Linda. «Un niño que tira al suelo la comida porque no le gusta.»

—No me interrumpas. ¿Es que no habéis aprendido nada en la Escuela de Policía?

—Yo aprendí a tomarme las cosas en serio. De lo que aprendieron los demás, no sé nada.

—Serás el hazmerreír.

—Bueno, pues seré el hazmerreír. Pero Anna ha desaparecido.

El ataque pasó con la misma rapidez con que había estallado. Sobre una de sus mejillas se veían unas gotas de sudor. «Un acceso de ira breve», consideró Linda. «Extraordinariamente breve, y no tan intenso como los de antes. O no se atreve a emprenderla conmigo o está haciéndose viejo. Y seguro que ahora me pedirá perdón.»

—Espero que me disculpes.

Linda no respondió. En cambio, se puso a recoger las servilletas del suelo. Las arrojó al cubo de la basura y, en ese preciso instante, se dio cuenta de que tenía palpitaciones. «Siempre me asustarán sus ataques», constató.

Su padre, que se había sentado en una silla, parecía abochornado.

—Te aseguro que no sé qué me pasa.

Linda lo miró fijamente y esperó a que sus miradas se encontrasen para decirle lo que pensaba.

—No conozco a nadie que necesite follar tanto como tú.

Él dio un salto en la silla, como si lo hubiesen golpeado, al tiempo que se ruborizaba.

Linda le dio una palmada en la mejilla con toda la amabilidad de que fue capaz.

—Sabes que tengo razón. Pero, para que no tengas que pasar vergüenza, iré a pie a la comisaría. Tú puedes ir solo en el coche.

—Precisamente hoy había pensado ir dando un paseo.

—Pues hazlo mañana. No me gusta que grites. Ahora quiero estar sola.

El padre se marchó con la cabeza gacha. Linda se cambió de blusa, pues había sudado mucho, al tiempo que sopesaba la posibilidad de no denunciar la desaparición de Anna, y salió del apartamento sin haber conseguido decidirse.

Brillaba el sol, el viento soplaba a rachas. Linda permaneció un rato de pie en medio de la calle de Mariagatan, sin saber qué hacer. Ella solía ufanarse de ser capaz de tomar resoluciones con facilidad. Pero, cuando estaba con su padre, aquella capacidad la abandonaba. Pensó indignada que no podían tardar ya más en darle el apartamento que había solicitado en uno de los edificios situados a la espalda de la iglesia de Mariakyrkan. No podía vivir eternamente en casa de su padre.

Dejó de cavilar y puso rumbo a la comisaría. Si algo le hubiese sucedido a Anna, jamás podría perdonarse el no haber reaccionado ante sus sospechas. Y, en tal caso, su carrera como policía habría terminado antes de empezar.

De camino, pasó por Folkparken. En una ocasión, siendo todavía una niña, había ido a ese parque con su padre. Fue un domingo, tal vez a principios del verano, y vieron a un mago que sacaba monedas de oro de detrás de las orejas de los niños que lo rodeaban. Pero el recuerdo quedaba empañado por algo que había sucedido poco antes. Lo recordaba con claridad. Se había despertado en su dormitorio a causa de la discusión que sus padres mantenían en la sala de estar. Las voces se elevaban y bajaban de volumen, pero ella oyó que discutían por algo relacionado con el dinero, con un dinero que no había, o que faltaba, o que se había malgastado. De repente, oyó que su madre lanzaba un grito y se echaba a llorar. Cuando Linda se levantó de puntillas, y entornó la puerta de la sala de estar, vio que su madre sangraba por la nariz. Su padre estaba de pie, junto a la ventana, con el rostro enrojecido. Comprendió enseguida que él había golpeado a su madre. Sólo porque faltaba dinero.

Se detuvo sobre la acera y el sol la obligó a entornar los ojos. Al recordarlo, se le hizo un nudo en la garganta. Volvía a sentirse allí, en la puerta de la sala de estar, mirando a sus padres y pensando que sólo ella podía resolver aquel problema. Pensando que ella no quería que Mona sangrase por la nariz. De modo que regresó a su habitación para buscar su hucha. Después, entró en la sala de estar y la colocó sobre la mesa. Se hizo un silencio absoluto. Sus pasos hasta la mesa fueron como un deambular solitario por el desierto, con una pequeña hucha en la mano.

No pudo contener el llanto. Se frotó los ojos y se dio la vuelta, como si quisiera despistar a su memoria. Torció para tomar la calle de Industrigatan y decidió que esperaría un día más, antes de denunciar la desaparición de Anna; además, en lugar de ir a la comisaría, iría al apartamento de su amiga. «Una vez más», se animó. «Si alguien ha estado allí desde ayer tarde, lo notaré enseguida.» Llamó al timbre de la puerta, pero nadie respondió. Cuando hubo abierto la puerta, volvió a permanecer unos minutos en el vestíbulo, alerta. Dejó que su mirada vagase a su alrededor, con todas sus antenas listas para captar la menor señal. Pero fue inútil.

Siguió hasta la sala de estar. «El correo», pensó de pronto. «Aunque Anna no escriba nunca cartas ni postales, tienen que llegarle cosas por correo: publicidad, comunicados del ayuntamiento, algo. Pero aquí no hay nada.»

Por enésima vez, recorrió el apartamento. La cama estaba tal y como ella la había dejado el día anterior. Se sentó en la sala de estar y trató de recapitular. Anna llevaba tres días desaparecida. Si es que había desaparecido.

Linda negó enfurecida con un gesto y regresó al dormitorio. Abrió el diario que había comenzado a leer, pidió mentalmente perdón por su indiscreción y buscó en el mes de agosto. Nada. Lo más llamativo era que, los días 7 y 8 de ese mes, Anna había tenido dolor de muelas y había acudido a la consulta del doctor Sivertsson. Linda recordó los días y frunció el entrecejo. El día 8 de agosto, Zebran, Anna y ella habían dado un largo paseo por Kåseberga. Fueron hasta allí en el coche de Anna; el hijo de Zebran se portó, por una vez, estupendamente, y las tres se turnaron para llevarlo en brazos cuando el pequeño se cansaba de caminar.

¿Dolor de muelas? Linda no lo recordaba.

De nuevo la invadió la sensación de que en el diario de Anna había cosas de lo más extrañas, como escritas en un código secreto. En primer lugar, ¿por qué? Y después, ¿qué podía significar una anotación sobre un dolor de muelas, sino, simplemente, eso? Siguió leyendo al tiempo que se esforzaba por detectar alguna alteración en el estilo. Anna cambiaba de bolígrafo constantemente, con frecuencia en mitad de un renglón. Linda dejó el diario y fue a la cocina para beber agua. Volvió de nuevo al diario y, de pronto, al pasar una página, contuvo la respiración. Al principio creyó que se había confundido, que no recordaba bien el nombre. Pero después comprendió que no, que era cierto. El día 13 de agosto, Anna había anotado en el diario: «Carta de Birgitta Medberg».

Volvió a leer aquellas líneas junto a la ventana, para ver mejor. El de Birgitta Medberg no era un nombre corriente. Dejó el diario en la repisa de la ventana y fue a buscar en la guía telefónica. No le llevó más que unos minutos comprobar que sólo había una Birgitta Medberg en la zona de Escania que recogía la guía. Llamó al servicio de información telefónica y preguntó por el nombre de Birgitta Medberg en todo el país. Había un puñado de personas llamadas así. Y sólo una geógrafa en Escania.

Linda siguió leyendo, ya excitada e impaciente, hasta la última y enigmática anotación sobre «las bombas, los peligros». Pero no había nada más sobre Birgitta Medberg.

«Una carta», reflexionó. «Anna desaparece. Y un par de semanas antes, recibe una carta de Birgitta Medberg, que también ha desaparecido. Y, en medio de todo esto, Anna cree haber visto a su padre en una calle de Malmö, después de una ausencia de veinticuatro años.»

Linda rebuscó por todo el apartamento. Aquella carta debía de estar en algún lugar. Mientras miraba en todos los cajones de Anna, ya no se sentía culpable. La carta, sin embargo, no estaba allí. Encontró otras cartas. Pero ninguna de Birgitta Medberg.

Cuando Linda salió del apartamento, llevaba consigo las llaves del coche de Anna. Fue en él hasta el café Hamncaféet y se tomó un bocadillo, que acompañó de una taza de té. Cuando salió del local, un joven de su misma edad le dedicó una sonrisa al verla. El tipo llevaba puesto un mono grasiento. A Linda le llevó un rato reconocer en él a uno de sus compañeros de clase de secundaria. Se pararon a charlar mientras Linda rebuscaba en su memoria en un esfuerzo vano por recordar su nombre. Él le tendió la mano, después de limpiársela en un pañuelo.

—Hago vela —explicó el joven—. Un viejo cascarón con un motor que se resiste, por eso estoy lleno de grasa.

—Te he reconocido enseguida —aseguró ella—. He vuelto a la ciudad.

—¿Y qué piensas hacer aquí?

Linda dudó un instante. Se preguntó por qué le vinieron a la mente las historias que solía contar su padre sobre las ocasiones en que, a lo largo de su vida, había decidido presentarse con otra profesión que la de policía. Todos los policías tienen una puerta secreta, aseguraba. En ocasiones, eligen otra identidad en que enfundarse. Martinson suele decir que es agente inmobiliario y Svedberg el que murió, decía que era conductor de grúas en una empresa. Mi otro yo trabaja en una bolera inexistente de Eslöv.

—He estudiado para ser policía —respondió Linda.

Y, en ese momento, recordó el nombre del compañero. Aquel hombre grasiento, que la miró con una sonrisa, se llamaba Torbjörn.

—¡Y yo que creí que querías dedicarte al tapizado de muebles!

—Sí, yo también. Pero cambié de opinión.

Ella ya se disponía a seguir su camino cuando él le tendió la mano.

—Ystad es una ciudad pequeña. Seguro que nos veremos por ahí.

Linda se apresuró a volver al coche, que había aparcado detrás del viejo teatro. «¿Qué pensarán de mí?», se dijo. «¿Se preguntarán por qué vuelvo a la ciudad como poli?» No halló ninguna respuesta. Como tampoco había hallado ninguna carta de Birgitta Medberg.

Ya en el coche, puso rumbo a Skurup, aparcó en la plaza y subió la calle hasta la casa en la que vivía Birgitta Medberg. En el rellano olía a guiso. Llamó a la puerta, pero nadie le abrió. Aplicó el oído y llamó a través de la ranura del correo. Cuando se hubo asegurado de que no había nadie en el apartamento, sacó su juego de ganzúas. «Vaya manera de empezar mi carrera policial, forzando puertas», se dijo al tiempo que notaba que comenzaba a sudar. Finalmente, se escurrió al interior del apartamento. El corazón le latía con fuerza. Registró el apartamento sin hacer ruido. Miró por todas partes, temerosa de que entrase alguien en cualquier momento. Ignoraba qué buscaba en realidad, quizá algo que le confirmase que había habido algún contacto, algún eslabón que uniese a Anna y a Birgitta Medberg.

A punto estaba de darse por vencida cuando halló un papel que había bajo el cartapacio verde del escritorio. No era una carta, sino el fragmento de un mapa. Una fotocopia de un antiguo mapa de agrimensor en la que ni la leyenda ni las cifras se distinguían con claridad.

Linda encendió la lámpara del escritorio. Con gran dificultad, logró descifrar parte de la leyenda: «Fincas de las inmediaciones de Rannesholm». Era un castillo, pero ¿dónde se encontraba exactamente? Había visto un mapa de Escania en la estantería. Lo desplegó y vio que Rannesholm estaba a tan sólo unas decenas de kilómetros al norte de Skurup. Volvió a observar el otro mapa. Pese a que la copia era bastante mala, creyó distinguir en ella algunas anotaciones y unas flechas que indicaban una dirección. Se guardó ambos mapas en el bolsillo de la cazadora, apagó la luz y estuvo escuchando un buen rato por la ranura del correo antes de, con suma precaución, abandonar el apartamento.

Habían dado las cuatro de la tarde cuando entró en la zona de recreo que rodeaba Rannesholm y dos lagos menores que había en la finca. «¿Qué estoy haciendo?», se preguntó. «¿Estoy inventándome una aventura, o un cuento, para que el tiempo pase más rápido?» Cerró el coche y pensó que empezaba a hartarse de aquel uniforme invisible. Bajó hasta la orilla. Una pareja de cisnes nadaba sobre la superficie del agua rizada por el viento. Por el oeste se acercaban nubes que amenazaban lluvia. Se subió la cremallera de la cazadora, aterida de frío. Aún era verano, pero se respiraba ya el otoño, inminente. Echó una ojeada al aparcamiento, que estaba vacío. El único coche que había allí era el de Anna. Al llegar a la orilla, se puso a lanzar piedras al agua. Había una conexión entre Anna y Birgitta Medberg, se decía, pero ignoraba qué era.

Lanzó otra piedra al agua. «Hay otra circunstancia que las une», siguió razonando. «Ambas están desaparecidas. Es posible que en la comisaría se tomen en serio una de las desapariciones; la otra, no.»

Los nubarrones se habían acercado más rápido de lo que ella había imaginado. Empezó a llover, y fue a buscar cobijo bajo un gran roble que se alzaba junto al aparcamiento. De repente, la situación se le antojó absurda. Ya se disponía a echar a correr bajo la lluvia en dirección al coche cuando descubrió algo que brillaba entre los arbustos mojados. Al principio pensó que sería una lata o un objeto de plástico. Apartó las ramas de los arbustos y vio la goma negra de un neumático. Le llevó un instante comprender qué era exactamente lo que veía. Apartó un poco más los arbustos. El corazón le latió acelerado. Echó a correr hasta el coche y marcó un número en el móvil. Por una vez, su padre llevaba su móvil encima, y, además, lo tenía encendido.

—¿Dónde estás? — le preguntó él.

Linda lo notó más cariñoso de lo normal. La explosión de la mañana había surtido efecto.

—Estoy en el castillo de Rannesholm. En el aparcamiento.

—¿Y qué haces ahí?

—Creo que deberías venir.

—No tengo tiempo. Estamos a punto de empezar una reunión en la que vamos a discutir algunas de las nuevas e insensatas consignas de la Dirección General de Policía.

—Pues sáltatela y ven aquí. He encontrado algo interesante.

—¿Qué?

—La Vespa de Birgitta Medberg.

Linda oyó la respiración de su padre.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Y cómo la has encontrado?

—Te lo contaré cuando llegues.

Linda oyó un ruido en la línea telefónica y se interrumpió la comunicación. Pero no volvió a llamar. Sabía que su padre acudiría.

15

La lluvia arreció. Linda aguardaba sentada en el coche. Alguien hablaba por la radio sobre el té chino de rosas. Linda pensó en todas las ocasiones en que había esperado a su padre. Todas las veces que había llegado tarde cuando tenía que ir a recogerla al aeropuerto o a la estación de tren de Malmö. Todas las veces que no llegó a presentarse y en que intentó disculparse con una sarta de excusas, a cual peor. Había intentado explicarle que se sentía humillada porque siempre hubiese algo que era más importante que ella. Su padre siempre decía que la comprendía, que iba a cambiar y que nunca más tendría que esperarlo. Pero, apenas pasaban unos meses, la situación volvía a repetirse.

En una ocasión, sólo en una, se vengó. Tenía veintiún años y era la época alocada y romántica en la que ella creía que tenía talento para el teatro; un sueño irrealizable que no tardó en enfriarse. Pero esa vez elaboró un plan con absoluta premeditación. Acordó con su padre que celebrarían juntos el día de Navidad en Ystad. Los dos solos. Ni siquiera estaría el abuelo, que llevaba poco tiempo viviendo con Gertrud. Hablaron largo rato por teléfono, planearon que comerían pavo para cenar y quién iba a prepararlo, puesto que ella estaba en Estocolmo y no era buena cocinera o, al menos, la cocina no le interesaba lo más mínimo.

Pasarían juntos tres días de aquella Navidad, con el árbol y los regalos y largos paseos por los alrededores, que, esperaban, estarían cubiertos de nieve. Él iría a buscarla al aeropuerto de Skurup la mañana del 24 de diciembre. Pero, el día anterior, Linda se fue a las islas Canarias con Timmy, su novio de entonces, que era hijo de padre argentino y madre sueco-finlandesa. Hasta la mañana del día de Navidad no lo llamó desde una cabina telefónica de Las Palmas para preguntarle si comprendía cómo solía sentirse ella. Su padre estaba fuera de sí, por la preocupación, sobre todo, pero también porque no podía comprender ni aceptar que ella hubiese sido capaz de actuar así. De repente, Linda empezó a llorar al teléfono. Todo su plan, su venganza, se volvía contra ella con toda su fuerza. ¿Qué había conseguido imitando a su padre? Nada. Se reconciliaron. Él estaba destrozado y le pidió perdón y le juró que no volvería a hacerle esperar. Después, cuando ella y Timmy regresaron de Las Palmas, acudió al aeropuerto de Kastrup, con infalible precisión, con dos horas de retraso.

Distinguió una luz al otro lado de la ventanilla. Puso en marcha el limpiaparabrisas para poder ver a través de la lluvia y comprobó que era su padre. Aparcó el coche ante ella y salió corriendo bajo la lluvia, entró en el coche y se sentó a su lado. Tenía prisa.

—Bien, explícate.

Linda le contó lo sucedido. Notó que la impaciencia de su padre la ponía nerviosa.

—¿Tienes aquí el diario? — la interrumpió él.

—¿Para qué iba a traérmelo? Ponía exactamente lo que acabo de decirte.

Él no hizo más preguntas. Linda continuó y, cuando hubo terminado, su padre tenía la mirada clavada en la abundante lluvia.

—Suena muy extraño —opinó él.

—Tú sueles decir que uno debe estar preparado para que se produzca lo inesperado.

Él asintió y la miró, antes de preguntar:

—¿Tienes impermeable?

—No.

—Yo tengo uno de reserva en el maletero.

Abrió la puerta y corrió de nuevo hacia su coche. A Linda no dejaba de sorprenderle el hecho de que la corpulencia de su padre le permitiese ser tan ágil y rápido. Ella lo siguió bajo la lluvia mientras él, ante el maletero, se ponía un impermeable y le tendía a ella otro que le llegaba casi por los tobillos. Después sacó una gorra con visera, con publicidad de un taller de reparación de vehículos, y se la encajó a la joven en la cabeza. Miró al cielo. El agua le corría por la cara.

—Esto debe de ser el Diluvio Universal —comentó—. No recuerdo que lloviese con tanta intensidad cuando yo era niño.

—Pues cuando yo era niña, llovía muchísimo —repuso Linda.

Kurt la animó a encabezar la marcha, y ella lo guió hasta el roble y apartó los arbustos. Su padre llevaba el móvil en el bolsillo del impermeable. Ella oyó cómo llamaba a la comisaría y lanzó un gruñido al ver que Svartman no acudía al teléfono con la diligencia suficiente. Quería comprobar el número de matrícula. Fue diciendo las cifras en voz alta, mientras Linda miraba la matrícula de la Vespa. El número coincidía. Terminada la conversación, volvió a guardar el móvil en el bolsillo.

En ese momento, la lluvia cesó. Sucedió tan rápido que no comprendieron lo que pasaba. Fue como la lluvia de una película, como si, después de una toma, hubiesen cortado el grifo.

—El Diluvio Universal se toma una pausa —observó él—. En efecto, has encontrado la Vespa de Birgitta Medberg. — Miró a su alrededor—. La Vespa de Birgitta Medberg. Pero no a la propietaria.

Tras titubear unos segundos, Linda sacó la fotocopia del mapa que había encontrado en la casa de Birgitta. En aquel preciso momento comprendió que había cometido un error. Pero él ya había visto que llevaba algo en la mano.

—¿Qué es eso?

—Un mapa de la zona.

—¿Dónde lo encontraste?

—Estaba aquí, en el suelo.

Él tomó el papel seco y la miró inquisitivo. «La pregunta que va a hacerme ahora no podré contestarla», se dijo.

Pero él no le preguntó cómo era que el papel estaba seco, cuando el suelo estaba empapado. Estudió el mapa, miró hacia el lago, hacia la carretera, hacia el aparcamiento y hacia los senderos que se adentraban en el bosque.

—Así que vino aquí —observó el padre—. Pero es una zona muy extensa.

Examinó el suelo alrededor del roble y de los arbustos entre los que estaba oculta la Vespa.

Linda lo observaba, intentando seguir su razonamiento. De repente, la miró.

—¿Cuál es la primera pregunta a la que debemos hallar respuesta?

—Si escondió la moto o si la dejó aquí sólo para que no se la robaran —contestó Linda.

Él asintió.

—Hay una tercera posibilidad.

Linda cayó en la cuenta enseguida. En realidad, debió haber pensado en ello desde el principio.

—Que la haya escondido otra persona.

Él volvió a asentir.

Un perro apareció corriendo por uno de los senderos. Era blanco con manchas negras. Linda no lograba recordar el nombre de aquella raza. Poco después, llegó otro perro igual y, después, un tercero, seguido de una mujer que llevaba un chubasquero y avanzaba con paso rápido. La mujer llamó a los perros y les puso la correa tan pronto como vio a Linda y a su padre. Tendría unos cuarenta años de edad, era alta, rubia y atractiva. Linda observó la transformación que solía sufrir su padre cuando una mujer guapa se cruzaba en su camino: ponía la espalda recta, alzaba la cabeza para que no se le notaran las arrugas del cuello y metía el estómago.

—Siento molestarla. Me llamo Wallander, de la comisaría de Ystad.

La mujer lo miró con desconfianza.

—¿Puedo ver la placa?

Él rebuscó hasta dar con su cartera y le mostró la identificación, que la mujer estudió con detenimiento.

—¿Ha ocurrido algo?

—No. ¿Sueles pasear a los perros por aquí?

—Dos veces al día.

—Lo que significa que conoces bien los senderos de la zona, ¿no?

—Pues sí, bastante bien. ¿Por qué?

Él hizo caso omiso de su pregunta.

—¿Sueles ver gente por aquí?

—Cuando se acerca el otoño, no es muy frecuente. En verano y en primavera sí. Pero dentro de poco sólo frecuentarán estos parajes un puñado de personas con sus perros. Es una zona muy agradable, y los perros pueden andar sueltos.

—Se supone que deben ir atados, ¿no? Lo dice el cartel.

Él señaló el indicador y ella lo miró inquisitiva.

—¿Y por eso has venido hasta aquí? ¿Para atrapar a damas solitarias que pasean a perros sin correa?

—No. Quiero que veas algo.

Los perros tironeaban de las correas. Wallander apartó algunos de los arbustos tras los que se ocultaba la Vespa.

—¿La has visto con anterioridad? Es propiedad de una mujer de unos sesenta años llamada Birgitta Medberg.

Los perros querían acercarse a husmear, pero la mujer parecía fuerte y logró sujetarlos. Su respuesta fue decidida.

—Sí —declaró—. He visto tanto la moto como a la mujer. Varias veces.

—¿Cuándo la viste por última vez?

La mujer rebuscó en su memoria.

—Ayer.

Él lanzó una mirada fugaz a Linda, que escuchaba algo apartada.

—¿Estás segura?

—No. Creo que fue ayer.

—¿Cómo es que no estás segura?

—Es que últimamente la he visto a menudo.

—¿Desde cuándo?

De nuevo, la mujer reflexionó unos segundos antes de contestar.

—Desde julio, quizá la última semana de junio. Entonces la vi por primera vez, paseando por un sendero al otro lado del lago. Incluso charlamos un rato. Me contó que estaba descubriendo y cartografiando viejos senderos ya en desuso en los terrenos de Rannesholm. Después de ese día me la encontraba de vez en cuando. La mujer contaba muchas cosas interesantes. Por ejemplo, ni mi marido ni yo sabíamos que por nuestra propiedad cruzaba una antigua vía de peregrinos. Es que nosotros vivimos en el castillo. Mi marido es administrador de fondos. Me llamo Anita Tademan. — La mujer miró la Vespa entre los arbustos. De repente, su rostro adoptó una expresión grave—. ¿Qué ha ocurrido?

—No lo sabemos. Sólo me queda una pregunta importante que hacerte. La última vez que la viste, ¿dónde fue? ¿En qué sendero?

La mujer señaló por encima de su hombro.

—Por el que yo he salido hoy. Es el mejor cuando llueve mucho. Me contó que había encontrado un sendero totalmente oculto bajo la maleza a unos quinientos metros hacia el interior del bosque. Junto a un tronco de haya caído, allí la vi.

—Bien, pues ya no te molesto más —aseguró él—. Anita Tademan, ¿verdad?

—Exacto. Pero ¿qué ha pasado?

—No es seguro, pero cabe la posibilidad de que Birgitta Medberg haya desaparecido.

—¡Qué horror! ¡Una mujer tan amable!

—¿Iba siempre sola? — quiso saber Linda.

No había preparado aquella pregunta; simplemente, se le escapó de los labios antes de que ella pudiera reaccionar. Su padre la miró perplejo, pero no se molestó.

—Yo nunca la vi acompañada —aseguró la mujer-, y la verdad es que eso me sorprende.

—¿Qué quieres decir? — intervino entonces su padre.

—Pues que en estos tiempos las mujeres no van solas por ahí, campo a través o por los bosques. Yo no salgo nunca si no voy con los perros. Hay mucha gente rara vagando por todo el país. El año pasado tuvimos por aquí a un exhibicionista. Y creo que la policía nunca llegó a echarle el guante. En fin, desde luego, me gustaría saber qué le ha pasado a Birgitta Medberg.

La mujer soltó a los perros y tomó un camino que conducía hasta el castillo. Linda y su padre se quedaron mirándola mientras se alejaba.

—Muy guapa —comentó el padre.

—Rica y esnob —observó Linda—. Me temo que no es tu tipo.

—No te creas —replicó él—. Sé comportarme. Tanto Kristina como Mona se dedicaron a educarme. — Miró el reloj y después al cielo—. Quinientos metros… Está bien, iremos hasta allí y veremos qué encontramos.

Enfiló hacia el sendero a buen ritmo. Linda se vio obligada a apretar el paso para no quedarse atrás. Allí, bajo los árboles, olía intensamente a tierra mojada. El sendero serpenteaba entre rocas y raíces. Una paloma torcaz levantó el vuelo desde la copa de un árbol y, al poco, otra más.

Fue Linda quien descubrió el sendero. Su padre iba tan rápido que no se percató de que se bifurcaba. Ella lo llamó y él se detuvo, dio media vuelta y comprendió que su hija tenía razón.

—Fui contando —explicó ella—. Hasta aquí hay algo más de cuatrocientos cincuenta metros.

—Anita Tademan dijo quinientos.

—Si no cuentas cada paso, quinientos metros es lo mismo que cuatrocientos o que seiscientos.

—Te aseguro que sé cómo calcular distancias —replicó su padre, que parecía enojado.

Siguieron el nuevo sendero, no sin dificultades. Pero los dos descubrieron las leves huellas de unas botas. «Un par de botas», precisó Linda para sí. «O sea, una sola persona.»

El sendero los condujo hasta el interior de un bosque virgen que no parecía haber sido limpiado nunca. Después el bosque finalizaba bruscamente, al borde de un barranco, una especie de quebrada que

dividía el bosque en dos. El padre se acuclilló y removió el musgo con un dedo. A Linda se le ocurrió que parecía un obeso y vigoroso indio sueco que había conservado intacta su perspicacia para descubrir senderos. A punto estuvo de echarse a reír.

Bajaron por el barranco con suma precaución. Linda se enredó el pie en unas ramas y cayó al suelo. Una rama, al quebrarse, sonó como un disparo que retumbó en el bosque. Los pájaros, asustados, alzaron el vuelo.

—¿Estás bien?

Linda se sacudió la ropa.

—Sí.

Kurt fue apartando los matorrales. Linda estaba justo detrás de él. Y entonces vieron una cabaña, parecida a la casa de la bruja de los cuentos, con la parte posterior apoyada en un sillar de piedra. Los dos aguzaron el oído. Todo estaba en silencio. Tan sólo unas cuantas gotas de lluvia tardías que caían sobre las hojas.

—Espérame aquí —le dijo Wallander al tiempo que se encaminaba hacia la puerta.

Al principio Linda obedeció, pero, cuando él echó mano del picaporte, se le acercó. Él abrió y se llevó un sobresalto. Resbaló y cayó hacia atrás. Linda se hizo a un lado de un brinco y, desde donde estaba, a través de la puerta abierta, atisbó el interior de la cabaña. En un primer momento, no supo qué era lo que entreveía.

Después, comprendió que habían encontrado a Birgitta Medberg. O, al menos, parte de ella.

SEGUNDA PARTE

El vacío

16

Aquello que vio a través de la puerta, lo que hizo que su padre retrocediese de un salto y cayese boca arriba, era algo que ella ya había visto antes, cuando era niña. Una imagen centelleó en su memoria. La había visto en un libro que Mona había heredado de su madre, la abuela a la que Linda jamás llegó a conocer. Era un volumen grueso y pesado, con caligrafía antigua; un libro con relatos de la Biblia. Recordaba las ilustraciones que había tras las finas páginas sedosas. Una de las imágenes representaba la misma escena que ahora veía, con la única diferencia de que, en el libro, la ilustración mostraba la cabeza de un hombre con barba y los ojos cerrados colocada encima de una bandeja reluciente y, al fondo, una mujer, Salomé, envuelta en velos. Aquella imagen le había causado una honda impresión.

Ahora, cuando la imagen había escapado del libro o de su memoria para encarnarse en la cabeza de una mujer, aquella tremenda experiencia de la niñez desapareció. Linda miraba fijamente la cabeza seccionada de Birgitta Medberg que yacía a un lado, en el suelo. Muy cerca estaban sus manos, entrelazadas. Y eso era todo. Faltaba el resto del cuerpo. Linda oyó gritar a su padre a sus espaldas al tiempo que sentía su mano apartándola de allí.

—¡No mires eso! — exclamó—. Vete a casa ahora mismo. No tienes por qué ver estas cosas.

Dicho esto, cerró la puerta con decisión. Linda estaba tan asustada que no cesaba de temblar. Trepó por el repecho del barranco y, en la subida, se rasgó los pantalones. Su padre la seguía a muy pocos pasos. Corrieron hasta que ganaron el sendero más grande y transitado.

—¿Qué ha pasado? — chilló Linda—. ¿Qué era eso?

Su padre llamó a la comisaría y pidió una intervención masiva. Ella lo oyó pronunciar las palabras del código que utilizaba para, por lo menos, mantener alejados a algunos de los periodistas y curiosos que siempre trataban de sintonizar la emisora de la policía. Luego regresó al aparcamiento, dispuesto a aguardar. Catorce minutos después, se oyeron las primeras sirenas, todavía lejanas. Mientras esperaban, ninguno de los dos pronunció palabra. Linda, conmocionada, quería estar cerca de su padre. Pero él iba y venía, y se apartaba de ella, que seguía sin comprender. Al mismo tiempo, otro miedo empezó a abrirse paso en su conciencia: el miedo por Anna. «Tiene que haber una relación entre los dos casos», se decía. «Y ahora una de las dos está muerta, descuartizada.» Interrumpió su reflexión y se puso en cuclillas; comprendió que no era nada, tan sólo un pequeño mareo que no tardaría en pasar.

Ahora era ella la que le daba la espalda a su padre. Intentaba pensar; pensar con claridad, despacio y con decisión, pero sobre todo con claridad. Aquélla había sido una máxima recurrente en la Escuela Superior de Policía. En cada situación, ya se tratase de separar a unos borrachos enzarzados o de impedir que alguien cometiese un aparatoso suicidio, siempre había que tener presente aquel requisito: pensar con serenidad. Un policía que no piensa con serenidades un mal policía. Aquellas palabras las tenía escritas y fijadas al espejo del cuarto de baño y junto a la cama, en la Escuela. Esa exigencia le imponía su ingreso en el Cuerpo: tratar de pensar con serenidad en todo momento. Pero ¿cómo coño iba a pensar con serenidad cuando lo que más le apetecía hacer era ponerse a llorar? No existía el menor asomo de serenidad en su cabeza, ofuscada por el terrible descubrimiento de aquella cabeza seccionada y aquellas manos entrelazadas. Y, peor aún, también por algo que se le imponía despacio, en silencio, como un río a punto de desbordarse de su lecho: ¿qué le había sucedido a Anna? Nuevas imágenes, que de buen grado habría deseado poder desechar, surgían en su mente. La cabeza de Anna, las manos de Anna, la cabeza de Juan Bautista y las manos de Anna, la cabeza de ésta y las manos de Birgitta Medberg.

Había empezado a llover de nuevo. Echó a correr hasta donde estaba su padre y le tiró de la cazadora.

—¿Comprendes ahora que a Anna ha podido ocurrirle algo?

Él la tomó por los brazos intentando mantenerla apartada.

—Cálmate. La persona que estaba dentro era Birgitta Medberg, no Anna.

—Anna escribió en su diario que conocía a Birgitta Medberg. Y Anna también ha desaparecido. ¿No lo comprendes?

—Tranquilízate. Es lo mejor que puedes hacer.

Linda se quedó tranquila. O, más bien, como paralizada, pero al fin y al cabo, quieta y en silencio. Inmediatamente después, se oyeron más próximos los aullidos de las sirenas, la manada de policías estaba en camino; no tardaron en entrar derrapando en el aparcamiento. Salieron y se situaron alrededor de su padre, no sin antes calzarse las botas de goma y ponerse los chubasqueros, que todos parecían llevar preparados en el maletero de los coches. Linda se mantenía fuera del círculo. Pero nadie opuso objeción alguna cuando se les acercó y se incorporó a él. Martinson fue el único que le hizo una señal de asentimiento. Tampoco él cuestionaba su presencia allí. Y fue allí, en aquel instante, en aquel aparcamiento del castillo de Rannesholm, donde cortó, definitivamente, el cordón umbilical que la unía a la Escuela de Policía. Ella los siguió, en un extremo de la fila que fue avanzando hasta desaparecer en el interior del bosque. Se percató de la autoridad de su padre, pero también de lo desagradable que a éste le resultó ordenar que acordonasen todo el aparcamiento para evitar que se agolpasen allí los curiosos. Empleó justamente aquella palabra, «los curiosos», como si pertenecieran a una clase especial de personas.

Linda los seguía como el último eslabón de la larga cadena. Cuando, al pasar por su lado, a uno de los técnicos criminalistas se le cayó un trípode para los focos, ella lo recogió y lo llevó el resto del camino.

No dejaba de pensar en Anna. El miedo le martilleaba con fuerza la conciencia. Aún no era capaz de pensar con serenidad. Pero sabía que debía mantenerse en aquella larga cadena, aunque ella fuera el último eslabón. Al final, alguien, tal vez incluso su propio padre, comprendería que no se trataba sólo de Birgitta Medberg, sino también, y en la misma medida, de su amiga Anna.

Siguió la operación mientras el día cedía poco a poco al atardecer y, finalmente, a la noche. Los nubarrones iban y venían, la tierra estaba empapada, y los focos que habían instalado proyectaban su juego de luces y sombras sobre el barranco. Los técnicos criminalistas habían trazado un pequeño sendero de acceso a la cabaña. Linda procuraba no estorbar y, a cada paso que daba, se aseguraba de que pisaba sobre la huella de otro agente. A veces su mirada se cruzaba con la de su padre, pero era como si éste no la viera. Ann-Britt Höglund estaba siempre junto a él. Linda la había visto alguna que otra vez desde que regresó a Ystad. No le gustaba, y tenía la sensación de que su padre debería andarse con cuidado con ella. Ese día, Ann-Britt apenas había saludado a Linda, y ésta sospechaba que no sería fácil trabajar con ella. Ann-Britt Höglund era agente de la brigada judicial y ella una simple policía en prácticas que no había empezado siquiera a trabajar y que tendría que vérselas mucho tiempo con el jaleo de las calles y las plazas antes de poder especializarse.

Observaba el trabajo que realizaban: en todo momento, el orden y la disciplina, las rutinas y los procedimientos exhaustivos, parecían rozar el caos. De vez en cuando, alguien alzaba la voz, las más de las veces el irascible Nyberg, que maldecía sin parar porque los policías no vigilaban dónde ponían el pie. Tres horas después de que se hubiese iniciado el trabajo, se llevaron la cabeza y las manos de Birgitta Medberg metidas en bolsas de plástico. Toda actividad cesó al paso de los miembros seccionados. Pese a que el plástico era muy grueso, Linda intuyó la silueta del rostro y las manos de Birgitta Medberg.

Reanudaron la tarea. Nyberg y sus hombres recorrían la zona gateando, alguien aserraba las ramas o limpiaba el terreno de lodo, otros instalaban focos o reparaban generadores que no terminaban de funcionar bien. Todos iban y venían, sonaban los móviles y, en medio de aquel trajín, su padre se mantenía inmóvil, como si unas cuerdas invisibles le mantuviesen las manos atadas a la espalda. Linda sintió lástima, la conmovió su soledad y la exigencia de estar siempre preparado para contestar al incesante fluir de preguntas que le hacían y, por si fuera poco, tomar las decisiones necesarias para que la inspección del lugar del crimen no se detuviese. «Un equilibrista inseguro», concluyó Linda, «así es como lo veo. Un policía en la cuerda floja, que debería perder peso y hacer algo por remediar su soledad.»

Kurt Wallander descubrió su presencia cuando ya era muy tarde. Concluyó una conversación telefónica y se volvió enseguida hacia Nyberg, que sostenía un objeto en sus manos a la luz de una de las linternas contra las que chocaban y quedaban achicharrados los insectos nocturnos. Linda dio un paso adelante para verlo ella también. Nyberg le dio a su padre un par de guantes de goma que él se enfundó con dificultad en las gruesas manos.

—¿Qué es? — lo oyó preguntar.

—A menos que estés totalmente ciego, deberías ver que se trata de una Biblia.

A él no pareció importunarlo aquel hombre airado de cabello escaso y crespo.

—Una Biblia —prosiguió Nyberg—. Estaba en el suelo, junto a las manos. De hecho, hay en ella huellas digitales impresas en sangre. Pero pueden ser de otra persona, claro.

—¿Del asesino?

—Es posible. Todo es posible. En la cabaña hay sangre por todas partes. Debe de haber sido una escena atroz. Quien lo hizo, fuera quien fuese, quedó empapado en sangre.

—¿Hay armas, blancas o de fuego?

—No, nada. Pero esta Biblia es, aparte de por las manchas de sangre, muy extraña.

Linda dio un paso más hacia el grupo, y vio que su padre se ponía las gafas.

—El Libro de las Revelaciones está lleno de tachaduras y de notas —declaró Nyberg.

—Bueno, a ver, yo no me sé la Biblia, así que dime qué tiene de extraño.

Nyberg hizo una mueca, pero no cedió a la tentación de enzarzarse en una pelea.

—¿Y quién conoce la Biblia? Pero el Libro de las Revelaciones es un capítulo, o como quiera que se llame, muy importante. — Lanzó entonces una mirada rápida hacia Linda—. ¿Sabes tú si se llama capítulo?

Linda se estremeció.

—Ni idea.

—Ya lo ves, tampoco la juventud lo sabe. Pero, como quiera que se llame, alguien ha escrito algo entre los renglones de éste, ¿lo ves? — dijo Nyberg, y señaló una página.

Kurt Wallander se acercó el libro a las gafas.

—Veo algo entre los renglones que parecen patitas de color gris.

Nyberg llamó a un agente que se llamaba Rosén. Un hombre, embarrado hasta la cintura, apareció al cabo de un instante agitando una lupa. Kurt Wallander volvió a intentarlo.

—Sí, alguien ha escrito algo entre los renglones. ¿Qué es lo que dice?

—Verás, yo he logrado descifrar dos líneas —adelantó Nyberg—. Y parece que la persona que ha añadido el texto no está satisfecha con lo que dice el original. Vamos, que se ha dedicado a corregir la palabra de Dios.

Kurt Wallander se quitó las gafas.

—¿A qué te refieres con la «palabra de Dios»? ¿Es que no puedes hablar de un modo comprensible?

—Pues yo creía que la Biblia era la palabra de Dios. ¿Cómo quieres que me exprese, a ver? De todos modos, yo creo que el hecho de que alguien se dedique a corregir los textos de la Biblia es muy interesante. ¿Acaso una persona en su sano juicio haría algo así?

—Vamos, un chiflado. ¿Qué es esta cabaña exactamente? ¿Una vivienda o un escondite?

Nyberg negó con un gesto.

—Es demasiado pronto para saberlo. Pero, por otro lado, la vivienda y el escondite suelen ser una sola cosa para la gente que quiere mantenerse apartada, ¿no es cierto? — Hizo un gesto hacia el bosque que se extendía en completa oscuridad detrás de los focos—. Los perros han rastreado todo el terreno. Aún siguen por ahí. Los guías dicen que es un terreno casi impenetrable. Si lo que uno busca es esconderse, nada mejor que esta zona.

—¿Tenéis alguna idea de quién puede ser?

Nyberg negó con un gesto.

—No hay ropa. Ningún objeto personal. Ni siquiera sabríamos decir si quien ha vivido aquí es hombre o mujer.

Un perro ladró en la oscuridad. Empezó a caer una fina lluvia, y Ann-Britt Höglund, Martinson y Svartman acudieron desde distintos puntos y se reunieron en torno a Kurt Wallander. Linda estaba algo apartada, justo en la línea que delimitaba la condición de participante de la del simple espectador.

—A ver —pidió su padre-, ¿qué creéis que ha ocurrido en este lugar? Sabemos que se ha producido un crimen espeluznante. Pero ¿por qué? ¿Quién ha podido hacer tal cosa? ¿Por qué vino hasta aquí Birgitta Medberg? ¿Habría acordado verse aquí con alguien? ¿La mataron aquí? ¿Dónde está el resto del cuerpo? Venga, hacedme un resumen de lo que puede haber sucedido.

La lluvia persistía. Nyberg estornudó. Uno de los focos se apagó y Nyberg, presa de gran enojo, propinó una patada al trípode que lo sujetaba antes de volver a colocarlo en su sitio.

—A ver, decidme —insistió Wallander.

—Yo he visto muchas cosas desagradables —comenzó Martinson-, pero nada que se parezca a esto. Quien lo haya hecho debe de ser un completo chiflado. ¿Y dónde estará el resto del cuerpo? ¿Y quién habrá estado utilizando esta cabaña? No sabemos nada de nada.

—Nyberg ha encontrado una Biblia —recordó Kurt Wallander—. Intentaremos detectar huellas dactilares en todo lo que encontremos. Y alguien se ha entretenido en garabatear añadidos entre los renglones. ¿Qué nos dice eso? Hemos de investigar si la familia Tademan ha venido a este lugar alguna vez. Y tendremos que hacer una ronda de llamadas de puerta en puerta. Una investigación exhaustiva, las veinticuatro horas del día.

Nadie hizo el menor comentario.

—Tenemos que atrapar al que hizo esto —aseguró Wallander—. Y lo antes posible. No tengo ni idea de qué significa, pero tengo miedo.

Linda entró en el haz de luz. Fue como si saliese a un escenario sin haberse preparado con antelación.

—Yo también tengo miedo.

Se vio rodeada de rostros mojados y cansados. Tan sólo su padre parecía tenso. «Se pondrá fuera de sí», barruntó Linda, pero estaba segura de que había dado un paso necesario.

—Yo también tengo miedo —repitió Linda.

Y les habló de Anna. Evitó por todos los medios mirar a su padre mientras se esforzaba por recordar todos los detalles, evitar su temor intuitivo, sólo dar cuenta de lo que sabía y dejar que las conclusiones cayesen por su propio peso.

—Claro que vamos a investigarlo —afirmó su padre con frialdad una vez que ella hubo concluido.

En aquel instante, Linda lamentó haber hablado. «No era mi intención», se dijo. «Lo hago sólo por Anna, no por provocarte.»

—Lo sé —admitió Linda—. Bien, me voy a casa. No tengo nada que hacer aquí.

—Pero fuiste tú quien encontró la Vespa, ¿no es así? — preguntó Martinson.

El padre asintió antes de dirigirse a Nyberg:

—¿Hay alguien que pueda iluminarle a Linda el camino hasta el coche?

—Yo mismo —respondió Nyberg—. Tengo que ir al baño. No puedo ponerme a cagar en medio del bosque y complicarles la tarea a esos perros de olfato tan fino.

Linda trepó por el repecho del barranco. Hasta entonces no había notado lo hambrienta y cansada que estaba. Nyberg iba iluminando el sendero que se extendía ante ella. Se toparon con un policía cuyo perro llevaba el rabo entre las piernas. Por entre las ramas de los árboles se vislumbraba la luz de los focos. «Senderismo nocturno», pensó Linda. «Policías que van a la caza del criminal entre las sombras.» Una vez en el aparcamiento, Nyberg masculló algo inaudible. Después desapareció. El flash de una cámara iluminó la oscuridad. Linda divisó a algunos policías de seguridad ciudadana junto a los cordones policiales. Entró en el coche, lo puso en marcha, alguien alzó las cintas de plástico y ella pudo salir a la carretera. Había algunos curiosos, coches aparcados, gente que esperaba saber qué había ocurrido. Sintió que se enfundaba el uniforme invisible: «Venga, váyanse de aquí; se ha cometido un atroz asesinato y nadie puede entorpecer nuestro trabajo», pensaba, como soñando despierta.

Policías de película, solían llamarse a sí mismos en la Escuela Superior de Policía. Sí, recordaba aquellas largas noches con vino y cerveza, mientras atisbaban un futuro que consistiría, principalmente, en bregar con borrachos y hacer entrar en razón a jóvenes ladronzuelos. Pero todas las profesiones tienen sus sueños, se decía. Es lo normal. Los médicos sueñan con salvarles la vida a los que han sufrido un grave accidente: batas blancas ensangrentadas, héroes portentosos. «Eso mismo nos ocurre a nosotros, la mayoría jóvenes que no tardaremos en vestir el uniforme. Rápidos, duros, fuertes e invencibles.»

Rechazó aquellas ideas con un gesto. Ella no era policía. Aún no. Notó que conducía demasiado deprisa y redujo la velocidad. En ese preciso momento, una liebre saltó a la carretera y la atravesó corriendo. Durante una milésima de segundo, el ojo del animal quedó atrapado por la luz de los faros. Ella frenó en seco. La liebre desapareció y ella prosiguió la marcha. El corazón le latía con fuerza. Respiró hondo. Las luces de los coches de la carretera principal estaban cada vez más cerca. Entró en un aparcamiento y apagó las luces y el motor. A su alrededor no había más que oscuridad. Sacó el móvil pero, antes de que hubiese marcado el número, el aparato empezó a sonar. Era su padre. Estaba enfurecido.

—¿Cómo se te ha ocurrido acusarme de no hacer bien mi trabajo?

—No te he acusado de nada. Simplemente, tengo miedo de que le haya sucedido algo a Anna.

—Es la última vez que lo haces. Nunca más. Si vuelves a hacerlo, me ocuparé personalmente de que tu estancia en Ystad sea lo más corta posible.

Linda aún no había chistado cuando él cortó la comunicación. «Tiene razón», se dijo. «Debería habérmelo pensado dos veces.» Empezó a marcar su número para disculparse o, al menos, darle una explicación. Pero cambió de idea. A buen seguro, su padre seguía enfadado; aún tardaría unas horas en ser capaz de escucharla.

Sintió que necesitaba hablar con alguien y marcó el número de Zebran. Comunicaba. Contó despacio hasta cincuenta y volvió a marcar. Seguía comunicando. Sin saber muy bien por qué, marcó el número de Anna. Comunicaba. Dio un respingo en el asiento. Intentó llamar otra vez, pero seguía ocupado. Sintió una alegría inmensa. ¡Su amiga había vuelto! Puso el motor en marcha, encendió las luces y giró para salir de nuevo a la carretera. «¡Dios santo!», se dijo. «¡Pienso contarle todo lo que ha pasado por el simple hecho de que no acudiese a la cita que teníamos!»

17

Linda salió del coche y miró hacia las ventanas de la casa de Anna, pero las luces estaban apagadas. El miedo volvió a apoderarse de ella. El teléfono comunicaba. Linda marcó el número de Zebran, que contestó enseguida, como si hubiese estado esperando junto al aparato. Linda tenía prisa, hablaba atropelladamente.

—Hola, soy yo. ¿Acabas de hablar con Anna?

—No.

—¿Seguro?

—Pues claro que sí. No creerás que no sé con quién acabo de hablar por teléfono. He estado discutiendo con mi hermano sobre un préstamo que no pienso hacerle. No hace más que malgastar su dinero. Y yo no tengo más que cuatro mil coronas en el banco. Ésa es toda mi fortuna. Y quiere que se lo preste para pagarse un viaje en un camión que va a Bulgaria con piezas de desguace…

—Me importa un bledo tu hermano —la interrumpió Linda—. Anna ha desaparecido. Es la primera vez que no acude a una cita.

—Pues alguna vez ha de ser la primera.

—Sí, eso mismo dice mi padre. Pero yo creo que le ha pasado algo. Anna lleva tres días desaparecida.

—A lo mejor está en Lund, ¿no?

—No. Y no importa dónde esté. No es normal en Anna desaparecer así. ¿A ti te ha pasado alguna vez con ella, cuando habéis quedado?

Zebran reflexionó un instante.

—La verdad es que no.

—Ahí lo tienes.

—¿Por qué estás tan nerviosa?

Linda estuvo a punto de contarle lo que había sucedido, de hablarle sobre la cabeza y las manos cortadas. Pero revelarle algo así a una persona ajena al Cuerpo sería un pecado capital.

—Seguro que tienes razón y que estoy preocupándome sin necesidad.

—Vente a mi casa.

—No puedo.

—Creo que la espera hasta que te incorpores al trabajo está afectándote. Si quieres, puedes venir aquí y resolver un misterio.

—¿Qué te pasa?

—Una cerradura que se ha atascado.

—No puedo, de verdad. Llama al dueño del edificio.

—Estás demasiado estresada. Procura calmarte.

—Sí, lo haré. Hasta luego.

Linda llamó a la puerta con la esperanza de que la falta de luz significase simplemente que Anna se había ido a dormir. Pero el apartamento estaba desierto y la cama impecable. Se acercó al teléfono y se quedó mirándolo. El auricular estaba colgado, como debía estar. Y la lucecita del contestador, apagada. Se sentó y revisó mentalmente todo lo que había sucedido durante los últimos días. Se mareaba cada vez que le venía a la mente la imagen de la cabeza seccionada. ¿O sería peor el recuerdo de las manos? ¿Qué loco era capaz de amputarle las manos a una persona? Si uno le corta a alguien la cabeza, lo mata, pero ¿las manos? Se preguntó si sería posible determinar si habían amputado las manos mientras Birgitta Medberg aún vivía, o si lo hicieron cuando estaba ya muerta. ¿Y dónde estaría el resto del cuerpo? De repente, le sobrevino el mareo, se apoderó de ella y apenas si tuvo tiempo de llegar al baño cuando ya había empezado a vomitar. Después se tumbó en el suelo del cuarto de baño. Junto a la bañera había un gatito de goma amarillo. Lo recordaba; recordaba cuándo lo había conseguido Anna, hacía ya muchos años.

Tenían doce o trece años. Ya no recordaba de quién había sido la idea, pero habían decidido ir a Copenhague. Era primavera. Tanto Anna como Linda estaban a disgusto en la escuela y habían sellado un pacto tras otro para cubrirse mutuamente cuando hacían novillos. Cuando Linda le comentó lo de Copenhague a su madre, ésta le había dado permiso. Pero su padre se lo prohibió sin pensárselo dos veces. Linda recordaba aún que le pintó aquella ciudad como un lugar peligroso para dos chicas de corta edad que apenas si sabían nada de la vida. Linda y Anna se marcharon de todos modos. Linda era consciente de que le montarían una gran bronca cuando volviese a casa. Como para vengarse de antemano, le quitó a su padre un billete de cien coronas de la cartera antes de partir. Tomaron el tren hasta Malmö y, después, el transbordador. Linda recordaba aquel viaje como la primera visita seria que Anna y ella hacían al mundo de los adultos.

Se pasaron el día riendo y tonteando, un día soleado, aunque soplaba el viento, un día que anunciaba la inminencia de la primavera. Anna ganó el pato de goma en una tómbola del parque de atracciones Tivoli.

Al principio, todo fue agradable. Libertad, aventura, muros invisibles que se derrumbaban allá por donde ellas pasaban. Después, la imagen se oscureció. Algo sucedió, el primer ataque contra su amistad. Lograron superarlo en aquella ocasión. Pero, después, cuando las dos se enamoraron del mismo chico, la batalla estaba perdida. La grieta invisible que había resquebrajado su amistad se ensanchó y las apartó a la una de la otra. «Un banco de color verde», rememoró Linda. «Estábamos sentadas allí y Anna me pidió dinero prestado porque ella no tenía nada, me pidió que le cuidase la mochila mientras ella iba a los servicios. En algún lugar del inmenso Tivoli, sonaba la música de una orquesta y el trompetista no paraba de desafinar.»

Tumbada en el cuarto de baño de Anna, Linda recordó todo aquello. Los rayos del sol le calentaban la espalda. El banco de color verde y la mochila. Aún, después de tantos años, seguía sin saber qué la movió a abrir la mochila y sacar el monedero, donde encontró dos billetes de cien coronas. Bien visibles, no doblados ni disimulados en algún bolsillo oculto. Se quedó mirando el dinero y sintiendo cómo la decepción se apoderaba de ella con violencia. Volvió a dejar el monedero en su lugar y decidió no decir nada. Pero, cuando Anna volvió de los servicios y le preguntó si no podía comprar algo de beber, Linda estalló. Se gritaron la una a la otra; no recordaba cuáles habían sido los argumentos de Anna. Pero se separaron allí mismo y se fueron cada una por su lado. En el viaje de vuelta a Malmö, Anna se sentó en otro lugar del barco. Y en la estación, mientras esperaban el tren de Ystad, hicieron lo posible por evitarse. Tardaron mucho tiempo en empezar a hablarse de nuevo. Nunca abordaron el tema de Copenhague, tan sólo intentaron y, de hecho, lograron retomar su amistad herida.

Linda se sentó en el suelo del baño. «Todo esto gira en torno a una mentira», reflexionó. «Henrietta me ocultó algo cuando fui a su casa, estoy segura. También Anna me mintió; Anna miente a veces, lo aprendí cuando fuimos a Copenhague. La sorprendí mintiendo en otras ocasiones posteriores. Pero la conozco, y también sé cuándo dice la verdad. Y lo que sucedió en Malmö, eso de que vio a su padre, no es una invención. Pero ¿qué habrá detrás de todo eso?», caviló. «¿Qué es lo que no me ha contado? Lo que no se dice puede resultar la mayor de las mentiras.»

De pronto, el móvil sonó en su bolsillo y ella supo enseguida que era su padre. Para estar preparada ante el hecho de que él siguiese enfadado, se levantó antes de contestar. Pero su voz no tenía otro eco más que el del cansancio y la tensión. Pensó en las diferentes voces que podía llegar a usar su padre, muchas más que el resto de las personas a las que ella conocía.

—¿Dónde estás?

—En el apartamento de Anna.

Su padre guardó silencio durante un buen rato y ella se percató de que seguían en el bosque. Las voces de fondo, que se acercaban y se alejaban, el carraspeo de los radiotransmisores, el ladrido de un perro…

—¿Qué haces ahí?

—Es que ahora tengo más miedo que antes.

Ante su asombro, él le contestó:

—Lo entiendo. Por eso te llamo. Voy para allá.

—¿Adónde?

—Al apartamento, donde tú estás. Tienes que contármelo todo detalladamente. Claro que no hay motivo para que te alarmes. Pero ahora sí que entiendo la gravedad de lo que dices.

—¿Por qué dices que no hay motivo para que me alarme? No es normal que haya desaparecido. Si no comprendes que me preocupe, no puedes decir que comprendes que tenga miedo. Además, su teléfono daba la señal de ocupado hace un rato, aunque ella no está aquí. Es decir, que aquí había alguien. Estoy segura.

—Bien, quiero que me lo cuentes despacio cuando llegue. ¿Cuál es su dirección?

Linda le dio los datos.

—¿Cómo va la cosa?

—Creo que nunca he visto nada semejante.

—¿Habéis encontrado el resto del cuerpo?

—No, no hemos encontrado nada. Y menos aún una explicación a lo ocurrido. Tocaré el claxon cuando llegue.

Linda se enjuagó la boca con agua y, para eliminar el sabor ácido que experimentaba tras haber vomitado, usó el cepillo de dientes de Anna. Estaba a punto de marcharse cuando tuvo la inspiración de abrir el armarito del cuarto de baño, encima del lavabo. Y allí descubrió algo que la dejó perpleja. «Igual que dejarse el diario», concluyó.

Anna tenía un eccema en el cuello. Hacía tan sólo unas semanas, una noche en que, junto con Zebran, estuvieron soñando despiertas con la idea de un viaje maravilloso, Anna dijo que lo primero que guardaría en su equipaje de mano sería la única pomada que le calmaba el eccema. Linda recordaba muy bien sus palabras. «Cuando voy a la farmacia, sólo me llevo un tubo, para que no me caduque.» Pero allí estaba la pomada, entre otras medicinas y muchos cepillos de dientes. Anna era una maniática de los cepillos de dientes. Linda contó hasta diecinueve, once de ellos nuevos. Pero el tubo de pomada también estaba allí. «Jamás se habría marchado sin su pomada», pensó Linda. «Al menos, no por propia voluntad. No se habría dejado ni la pomada ni el diario.» Cerró la puerta de espejo del armario y salió del cuarto de baño. Claro que, en realidad, ¿qué podría haber pasado? Nada apuntaba a que se hubiesen llevado a Anna a la fuerza. Al menos, no de su apartamento. Cierto que bien podía haberle ocurrido algo por la calle. Podría haberla atropellado un coche o podrían haberla obligado a entrar en uno.

Linda se colocó junto a la ventana, a la espera de que su padre se presentase. Notó que estaba cansada. Aquel uniforme invisible le resultaba incómodo. Le sobrevino la sensación de haber sido engañada. ¿Hasta qué punto los habían preparado para aquellas eventualidades en la Escuela Superior de Policía? ¿Acaso podía preparar alguien a un futuro policía para aquello que lo aguardaba tras la puerta de la realidad? Durante un instante, sintió deseos de deshacerse del uniforme aun antes de habérselo puesto. Ser policía era una decisión que debía lamentar y reemplazar sin tardanza por otro plan de vida. No reunía las cualidades necesarias. No servía para aquello.

¿Quién la había prevenido de que, en cualquier momento, tras abrir una puerta, podría hallarse ante la cabeza canosa y degollada de una mujer y un par de manos entrelazadas? Ahora, con el estómago vacío, ya no sintió mareo.

«Las manos estaban entrelazadas», reiteró para sí. «Dos manos orantes que alguien secciona de un cuerpo» Negó con un gesto. «¿Qué habría ocurrido justo antes, antes del instante dramático en que un par de manos invisibles alzaban un hacha igual de invisible? ¿Qué vio Birgitta Medberg en aquel instante postrero de su vida? ¿Vio el abismo al mirar a los ojos de otra persona? ¿Comprendió lo que iba a ocurrirle? ¿O acaso se le concedió la gracia de no saberlo?» Linda miraba fijamente la farola iluminada, que oscilaba al viento. Entreveía la tragedia que se había desarrollado en la cabaña. Las manos en oración, una plegaria por un perdón que, no obstante, no le concedió el sumo sacerdote que empuñaba un hacha. «Birgitta Medberg lo sabía. Sabía muy bien lo que iba a ocurrirle. Y rogó compasión.»

El haz de unos faros iluminó la fachada en sombras. Su padre frenó ante el edificio. Salió del coche y miró a su alrededor, algo despistado, hasta que vio a Linda que le hacía señas desde la ventana y le arrojó las llaves a la calle. Después, Linda fue a abrir la puerta del apartamento, y oyó los pesados pasos de su padre mientras subía por la escalera. «Despertará a todo el vecindario», presagió Linda. «Mi padre va por la vida dando zapatazos como un soldado de infantería refunfuñón.» Wallander llegó sudoroso y cansado, la mirada apagada, la ropa mojada.

—¿Hay algo de comer aquí? — preguntó en el recibidor mientras se quitaba las botas.

—Algo hay.

—¿No tendrás una toalla?

—Ahí tienes el cuarto de baño. Hay toallas en la estantería de abajo.

Cuando salió del cuarto de baño, su padre, en camiseta y calzoncillos, se sentó ante la mesa del comedor. Había dejado la ropa y los calcetines mojados en el radiador del baño. Linda había preparado algo de cenar con lo que encontró en el frigorífico de Anna. Sabía que a su padre no le gustaba que lo molestasen mientras comía, que quería hacerlo en silencio. Recordaba de su niñez que era casi un pecado mortal hablar o armar jaleo durante el desayuno. Mona no soportaba estar sentada frente a un marido mudo, así que solía desayunar cuando él ya se había marchado. Pero Linda sí compartía el desayuno y el silencio con él. A veces su padre bajaba el periódico, por lo general el Ystads Allehanda, y le guiñaba un ojo. El silencio matinal era sagrado.

Dio un mordisco al bocadillo, pero enseguida reaccionó como si se hubiese atragantado.

—Desde luego que no debería haberte llevado conmigo —dijo el padre—. Ha sido imperdonable. No tenías por qué ver lo que había en la cabaña.

—¿Cómo va la cosa?

—No tenemos ni pistas ni explicación alguna para lo sucedido.

—Pero, ¿y el resto del cuerpo?

—Tampoco de eso tenemos ninguna pista. Los perros no localizan ningún rastro. Sabemos que Birgitta Medberg cartografiaba los senderos de la zona. No existe razón alguna para pensar que no fuese la casualidad lo que la llevó hasta la cabaña. Pero ¿quién estaba en la cabaña? ¿Por qué un asesinato tan brutal, y por qué descuartizaron el cuerpo, y por qué ha desaparecido la mayor parte de él?

Se comió el bocadillo y se preparó otro, que dejó a medias.

—Bien, cuéntame lo de Anna Westin, tu amiga. ¿A qué se dedica? ¿Qué estudia?

—Estudia medicina, ya lo sabes.

—Sí, es que cada vez confío menos en mi memoria. En fin, el caso es que habíais acordado veros a una hora, ¿aquí, en el apartamento?

—Sí.

—Y, cuando acudiste, no estaba en casa, ¿no es cierto?

—Exacto.

—¿No cabe pensar en un malentendido?

—No.

—Además, ella siempre es puntual, ¿cierto?

—Siempre.

—Veamos, cuéntame lo de su padre otra vez. Lleva veinticuatro años sin aparecer, ¿no ha llamado nunca durante ese tiempo?… Y luego, un día, lo ve en una calle de Malmö, a través del ventanal de un hotel.

Linda le refirió el asunto con todo detalle. Él guardó silencio hasta que ella terminó.

—De modo que una persona desaparecida regresa un buen día —concluyó él al cabo—. Y otra, que acaba de descubrir al desaparecido, desaparece al día siguiente. Una viene y otra se va.

Meneó la cabeza abatido. Linda le habló del diario y del tubo de pomada. Y, finalmente, de su visita a la madre de Anna. Notó que su padre la escuchaba con gran atención.

—¿Por qué crees que mintió?

—Si Anna hubiese creído ver a su padre a menudo, me lo habría contado.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—La conozco bien.

—La gente cambia. Además, nunca se conoce del todo a una persona, sólo algunas facetas.

—¿Eso me incluye a mí?

—A ti, a mí, a tu madre y a Anna. Pero, bueno, estamos hablando de tu amiga. Me han dicho que no has puesto ninguna denuncia.

—No la puse. Hice lo que me dijiste.

—Por una vez en la vida.

—Vale ya, déjalo.

—A ver, enséñame el diario.

Linda fue a buscarlo y lo abrió por la página donde Anna había escrito lo de la carta de Birgitta Medberg.

—¿Recuerdas haberla oído mencionar el nombre de Birgitta Medberg alguna vez?

—Nunca.

—¿Le preguntaste a su madre si tenía alguna relación con Birgitta Medberg?

—Hablé con ella antes de encontrar el nombre de Birgitta Medberg en el diario.

Kurt se levantó de la mesa, fue a buscar un bloc de notas que llevaba en el bolsillo de la cazadora y anotó algo.

—Le pediré a alguien que vaya a hablar con ella mañana mismo.

—Puedo hacerlo yo.

Él volvió a sentarse.

—No, tú no puedes —respondió con acritud-, aún no eres policía. Se lo diré a Svartman o a cualquier otro. Tú no llevarás ninguna investigación por tu cuenta.

—¿Por qué tienes que hablarme como si estuvieses enojado?

—No estoy enojado. Estoy cansado. Y preocupado. No sé qué pasó en la cabaña, pero sí que fue algo horrendo. Y tampoco sé si fue el principio o el fin de algo. — Miró el reloj y se levantó—. Tengo que volver. — De pronto, se quedó de pie, indeciso—. Para serte sincero, me niego a creer que fuese pura casualidad —declaró al fin—. Me refiero a que Birgitta Medberg se topase por azar con una bruja en una cabaña hecha de dulces. Me niego a creer que se cometa un asesinato de esa naturaleza sólo porque alguien tiene la mala suerte de llamar a la puerta equivocada. En los bosques suecos no hay monstruos, ni siquiera trols. Tendría que haberse dedicado a sus mariposas —dijo mientras se encaminaba al cuarto de baño para vestirse.

Linda lo seguía. ¿Qué había dicho su padre? La puerta del cuarto de baño estaba entreabierta.

—¿Qué has dicho?

—Que no hay monstruos en los bosques suecos.

—¿Y qué más?

—No he dicho nada más.

—Sí, después de eso. Después de los monstruos y los trols. Lo último que has dicho sobre Birgitta Medberg.

—¡Ah!, pues que tendría que haberse dedicado a sus mariposas en lugar de ponerse a buscar viejos senderos de peregrinos.

—¿Qué mariposas?

—Ann-Britt ha estado hablando con la hija de Birgitta. Alguien tenía que contarle que su madre había muerto. Y la hija le contó que su madre había poseído una fabulosa colección de mariposas que vendió hace unos años, para ayudarle a ella a comprarse un apartamento. Ahora que su madre estaba muerta, Vanja tenía remordimientos, porque, según creía, su madre echaba mucho de menos sus mariposas. La gente reacciona de la manera más curiosa cuando alguien muere de repente. A mí también me pasó cuando murió mi padre. Incluso podía echarme a llorar cuando pensaba que solía ponerse calcetines de pares distintos.

Linda contuvo la respiración y él lo notó.

—¿Qué ocurre?

—Ven y verás.

Fueron a la sala de estar. Linda encendió la lámpara y señaló la pared vacía.

—Miré por todo el apartamento, fijándome en si había cambiado algo, ya te lo conté. Pero olvidé decirte que aquí faltaba algo.

—¿Qué faltaba?

—Un pequeño cuadro. Más bien, una cajita con tapa de cristal que contenía una mariposa. Estoy completamente segura. Desapareció al día siguiente de la cita a la que Anna no acudió.

Kurt Wallander frunció el entrecejo.

—¿Estás segura?

—Completamente. Es más, puedo asegurarte que la mariposa era azul.

18

Aquella noche, Linda pensó que esa mariposa azul era lo que necesitaba para que su padre empezase a tomarse en serio lo que le decía. Ya no era una niña, no era una mocosa policía en prácticas, sino una persona adulta que tenía juicio y capacidad de observación. Finalmente, había logrado derribar su idea de que ella era aún su hija y nada más.

Todo sucedió muy deprisa. Él le preguntó simplemente si estaba segura, si de verdad ese cuadro con una mariposa azul había desaparecido al día siguiente de la fallida cita con Anna. Linda no vaciló. Tenía buena memoria: lo demostraba en los juegos nocturnos con sus compañeras de la Escuela de Policía, con Lilian, que era de Arvidsjaur y que odiaba Estocolmo porque allí no había motos de nieve, y con Julia, de Lund. Solían jugar a poner a prueba su memoria y su capacidad de observación. Colocaban sobre la mesa una bandeja con una veintena de objetos y luego retiraban algunos para comprobar si quince segundos de observación eran suficientes. Linda ganaba siempre. La mayor hazaña que recordaba fue la de una vez en que, después de tan sólo diez segundos de tiempo de observación, logró detectar que habían retirado un clip de una bandeja de diecinueve objetos cuando volvieron a mostrársela.

Estaba segura. La mariposa azul que había enmarcada había desaparecido al mismo tiempo, o inmediatamente después, de la desaparición de Anna. Aquello resultó decisivo. Su padre llamó a los compañeros que seguían trabajando en el bosque y le pidió a Ann-Britt que acudiese, no sin antes preguntar si había alguna novedad. Linda oyó en primer lugar al irascible Nyberg, después a Martinson, que estornudaba tan fuerte que daba la sensación de que podría salpicar a través del auricular, y finalmente a Lisa Holgersson, la comisario jefe, que ya había llegado al lugar de los hechos. Concluida la conversación, su padre dejó el móvil sobre la mesa.

—Quiero que venga Ann-Britt —explicó—. Estoy tan cansado que no confío en mi propio juicio. ¿Me has contado todo lo importante?

—Creo que sí.

El negó con un gesto de duda.

—Todavía me cuesta creer que sea verdad. Me pregunto si no será una casualidad tan grande que, simplemente, no debiera producirse.

—Hace tan sólo unos días me dijiste que había que estar preparado para lo inesperado, ¿no?

—Sí, no dejo de decir tonterías —confesó pensativo—. ¿Habrá café?

El agua acababa de hervir cuando Ann-Britt Höglund tocó el claxon desde la calle.

—Siempre conduce a demasiada velocidad —rezongó su padre—. Y eso que tiene dos hijos. ¿Qué sucederá si se mata en un accidente? Anda, échale las llaves por la ventana.

Ann-Britt Höglund atrapó el llavero con una mano y subió enseguida. Linda seguía pensando que Ann-Britt la miraba con recelo; observó que tenía un agujero en el calcetín. Pero iba muy maquillada. ¿Cómo tenía tiempo para pintarse? ¿O acaso dormía maquillada?

—¿Quieres café?

—Sí, gracias.

Linda pensaba que su padre se lo contaría todo. Pero, cuando ella volvió de la cocina con la taza de café en la mano y la puso sobre la mesa ante la silla de Ann-Britt, le hizo un gesto para que fuese ella quien empezase a hablar.

—Mejor que sea de primera mano. Y con todo lujo de detalles, que la señora Höglund es buena a la hora de escuchar —aseguró su padre.

Linda procuró no olvidar nada, fue contándolo todo ordenadamente, y mostró el diario y la página en la que aparecía el nombre de Birgitta Medberg. Su padre no se mezcló en el asunto hasta que no llegaron al episodio de la mariposa azul. En ese punto, él tomó el relevo, pues la narración de Linda se transformaba a partir de entonces en algo que bien podría ser los preliminares de una investigación de asesinato. Se levantó del sofá y dio unos toquecitos con los nudillos sobre la porción de la pared en la que había estado colgado el cuadro de la mariposa.

—Y aquí es donde empieza a encajar algo —opinó el padre—. Dos puntos. O, más bien, tres. En primer lugar, el nombre de Birgitta Medberg aparece mencionado en el diario de Anna. Y sabemos que se intercambiaron una carta, como mínimo. Pero no tenemos la carta. Además, las mariposas parecen estar en la vida de ambas, aunque tampoco sepamos qué significa tal circunstancia. Y, finalmente, lo más importante: las dos han desaparecido.

El silencio reinaba en la habitación. Abajo, en la calle, alguien empezó a gritar, un borracho que vociferaba en polaco o en ruso.

—Todo esto es muy extraño —comentó Ann-Britt Höglund—. ¿Quién es la persona que conoce mejor a Anna?

—No lo sé.

—¿No tiene novio?

—Ahora no.

—Pero ¿lo ha tenido?

—Bueno, todo el mundo tiene novio alguna vez, ¿no? Supongo que la que mejor la conoce es su madre.

Ann-Britt Höglund bostezó y se revolvió el cabello.

—¿Qué es eso de que ha creído ver a su padre? ¿Se sabe por qué desapareció? ¿Era culpable de algo?

—Según la madre de Anna, huyó.

—¿De qué?

—De la responsabilidad.

—¿Y ahora su padre vuelve, y entonces ella desaparece y Birgitta Medberg aparece asesinada?

—No, perdona —la interrumpió Kurt Wallander-, asesinada no es la palabra. Ese término no define cabalmente lo sucedido. Fue sacrificada. Dos manos entrelazadas en oración y una cabeza cortada. Ni rastro del cuerpo. Una cabaña, como en un cuento, una casa de caramelo mortal en el fondo de un barranco del bosque de Rannesholm.

»Martinson ha estado hablando con los Tademan, el marido y la mujer. El administrador de fondos estaba muy ebrio, pese a que lo pilló durmiendo, aseguró Martinson. Interesante. Anita Tademan, a la que Linda y yo conocimos cerca del bosque, fue mucho más fácil de entrevistar, siempre según Martinson. Al parecer, no han visto a ningún individuo sospechoso en las proximidades del castillo ni en las carreteras de los alrededores y nadie sabía de la existencia de la cabaña. La mujer llamó por teléfono y despertó a un cazador que suele andar por el bosque. Curiosamente, él no había visto nunca ninguna cabaña ni ningún barranco. Así que, quienquiera que se escondiera en la cabaña, está claro que sabe cómo ocultarse, cómo permanecer invisible, aunque muy cerca de los demás. Y tengo la sensación de que esto último puede ser importante. Invisible, pero cerca.

—¿Cerca de qué?

—No lo sé.

—Bien, empezaremos por la madre —propuso Ann-Britt Höglund—. ¿La despertamos ahora?

—No, dejémoslo para mañana por la mañana —respondió Kurt Wallander tras un instante de vacilación—. Ya tenemos bastante con lo del bosque.

Linda sintió que se encendía por dentro. Se enfadó.

—¿Y si, por dejarlo, le ocurre algo a Anna?

—¿Y si a su madre se le olvida algo porque la hemos sacado de la cama a medianoche? Además, seguro que se asusta. — Su padre, antes de levantarse, añadió-: Se hará como hemos dicho. Será mejor que te vayas a dormir. Pero mañana nos acompañarás a casa de la madre.

Y allí la dejaron, abandonada a su suerte. Los dos se pusieron las botas y las cazadoras. Linda quedó junto a la ventana, viendo cómo se marchaban. El viento había arreciado y seguía soplando racheado, tanto del este como del sur. Fregó las tazas y pensó que, ciertamente, debía irse a dormir. Pero ¿cómo iba a poder dormir ahora? No había ni rastro de Anna, Henrietta mentía, el nombre de Birgitta Medberg se mencionaba en el diario… Una vez más, se puso a rebuscar por el apartamento. ¿Por qué no había encontrado la carta de Birgitta Medberg?

En esta ocasión, lo registró todo más a conciencia, retirando incluso el panel trasero de los cuadros y separando las estanterías de las paredes para ver si había algo fijado en la parte posterior. Anduvo revolviéndolo todo hasta que, de pronto, llamaron a la puerta. Era más de la una de la mañana, ¿quién podía llamar a aquellas horas? Fue a abrir y se encontró con un hombre que llevaba unas gafas de gruesos cristales y vestía una bata de color marrón. Los pies aparecían enfundados en un par de zapatillas de color rosa, bastante estropeadas. El individuo se presentó como August Brogren.

—¡Pero qué escándalo más insoportable a estas horas de la noche! — se quejó el hombre, enfurecido—. ¿No podría la señorita Westin dejar de hacer ruido?

—Lo siento —se disculpó Linda—. A partir de ahora, le aseguro que no haré el menor ruido.

August Brogren dio un paso decidido hacia delante.

—Usted no habla como la señorita Westin —aseguró—. Usted no es la señorita Westin. ¿Quién es usted?

—Su amiga.

—Cuando uno pierde la vista, aprende a reconocer a las personas por la voz —explicó August Brogren con acritud—. La señorita Westin tiene una voz suave, la suya es dura y rasposa. Es una diferencia similar a la que existe entre el pan tierno y el pan duro, no sé si me explico.

August Brogren llegó a tientas hasta la barandilla y desapareció escaleras abajo. Linda recreó en su memoria la voz de Anna y comprendió a la perfección lo que su vecino había querido decir con aquel símil. Cerró la puerta y se preparó para marcharse a casa. De repente, sintió que estaba a punto de llorar. «Anna está muerta… Anna está muerta», se repitió. Sin embargo, desechó aquel presentimiento con un gesto vehemente. No deseaba imaginarse la vida de aquel modo, sin su amiga Anna. Dejó las llaves del coche sobre la mesa de la cocina, cerró la puerta y echó a andar a través de la ciudad desierta. Una vez en el apartamento, se tumbó en la cama y se arropó con una manta.

Linda se incorporó, sobresaltada. El despertador emitía su tictac en la oscuridad. Eran las tres menos cuarto. Había dormido algo más de una hora. ¿Qué la había despertado? Se levantó y fue a mirar en el otro dormitorio, pero la cama estaba vacía. Se sentó en la sala de estar. ¿Por qué se habría despertado? Había soñado con algo, con un peligro que acechaba, que se acercaba en la penumbra, desde arriba, un ave invisible de alas silenciosas que se abalanzaba sobre su cabeza. Un pico afilado como una cuchilla. Aquel pájaro la había despertado.

Pese a haber dormido tan poco, se sentía despejada. Se preguntaba qué estaría ocurriendo en el bosque, veía ante sí los focos, las personas que se movían de un lado a otro del barranco, insectos que revoloteaban en torno a las luces, quemándose las alas. Pensó que se había despertado porque, en realidad, no tenía tiempo de dormir. ¿No sería la voz de Anna, que la llamaba? Aplicó el oído, pero inútilmente. Tal vez la había oído en el sueño del pájaro. Tal vez el ave había descendido cortando el aire, imperceptible, cada vez más veloz, contra una cabeza que no era la suya, sino la de Anna… Miró el reloj. Eran las tres menos tres minutos. «Ha sido Anna quien me ha llamado», se repitió. Y en aquel instante tomó una decisión. Se puso los zapatos, tomó la cazadora y echó a correr escaleras abajo.

Las llaves del coche seguían sobre la mesa de la cocina, donde ella las había dejado. Para no tener que forzar la puerta en lo sucesivo, se llevó un juego de llaves de repuesto que había en un cajón del vestíbulo. Tomó el coche y salió de la ciudad. Habían dado ya las tres y veinte minutos. Giró en dirección norte y aparcó en una vía de servicio que había en una hondonada, invisible desde las ventanas de la casa de Henrietta. Salió del coche y aplicó el oído antes de cerrar la puerta con suma cautela. Hacía una noche fría. Se abrigó bien con la cazadora y se irritó ante el hecho de haber olvidado llevarse una linterna. Avanzó unos pasos y miró a su alrededor. Todo estaba a oscuras, en la distancia se divisaba el reflejo de las luces de Ystad. El cielo estaba cubierto de nubes y el viento no amainaba.

Comenzó a caminar por la vía de servicio, poniendo mucho cuidado en no tropezar. Ignoraba qué había ido a hacer allí; sólo sabía que Anna le había lanzado un grito de socorro. Y uno no abandona a un amigo que reclama su ayuda. De nuevo se detuvo a escuchar. Un ave nocturna dejó escapar un graznido. Continuó hasta que llegó al sendero que conducía a la parte posterior de la casa de Henrietta. Vio luz en tres de las ventanas. «La sala de estar», observó. «Puede que Henrietta esté despierta. Pero también es posible que esté dormida y que se haya dejado la luz encendida.»

Linda frunció el ceño, también ella tenía miedo a la oscuridad. Los años que precedieron a la separación de sus padres, cuando se pasaban las noches discutiendo, no podía dormir en la habitación a oscuras. Necesitaba que hubiera una lámpara encendida, así se sentía protegida. Le llevó muchos años superar aquel miedo a la oscuridad. A veces, cuando estaba preocupada, aún volvía a atacar.

Avanzó hacia la luz, dio un rodeo para evitar un rastrillo oxidado y se aproximó al jardín. Se detuvo a escuchar. ¿No estaría Henrietta despierta, componiendo? Siguió hacia la valla y la saltó. «El perro», recordó entonces, «el perro de Henrietta. ¿Qué voy a hacer si empieza a ladrar? Bien mirado, ¿qué estoy haciendo aquí en medio de tanta oscuridad? Dentro de unas horas, mi padre y quizá también Ann-Britt Höglund y yo tendremos que venir aquí. ¿Qué creo que voy a descubrir yo solita?» Sin embargo, sabía que no se trataba de eso, sino de que había despertado de una pesadilla que le había transmitido un mensaje: Anna la llamaba.

Prosiguió con precaución hasta la fachada de la casa, donde se hallaban las ventanas iluminadas. Oyó voces. Al principio, no pudo determinar de dónde procedían. Después vio que una de las ventanas estaba entreabierta. La voz de Anna era suave, le había dicho el hombre en el rellano de la escalera. Y aquélla no era la voz de Anna, sino la de Henrietta. La suya y la de un hombre. Linda aplicó el oído, intentando estirar al máximo las antenas invisibles de las orejas. Se aproximó hasta que pudo ver el interior por la ventana. Henrietta estaba sentada en una silla, con la cara vuelta a medias hacia la pared. En el sofá, de espaldas a la ventana, estaba el hombre. Linda se acercó un poco más. Era incapaz de entender qué decía el hombre. Henrietta hablaba de una composición, algo sobre doce violines y un violonchelo solitario, una última cena, la música apostólica. Linda no comprendía a qué se refería Henrietta. Procuraba no hacer ruido. En algún lugar, dentro de la casa, estaba el perro. Pensó en quién sería el hombre con el que hablaba Henrietta a esas horas de la noche.

De repente, muy despacio, Henrietta volvió la vista hacia la ventana tras la cual se encontraba Linda, que se sobrecogió. Henrietta la miraba a los ojos. «No puede verme» se dijo Linda, «es imposible.»

Pero algo en la mirada de la mujer la llenó de temor. Se dio la vuelta y echó a correr, pero pisó el borde de la losa que cubría una bomba de agua. La base metálica de la bomba resonó y el perro empezó a ladrar.

A todo correr, Linda volvió sobre sus pasos. Tropezó y cayó, se arañó la cara y siguió corriendo. Oyó que se abría la puerta de la casa, lejos, a su espalda, en el instante en que saltaba precipitadamente la valla para seguir por el sendero en dirección al coche. En algún punto del trayecto, sin embargo, tomó un camino equivocado. De repente, se sintió perdida. Jadeó, desesperada, tratando de recobrar el resuello, y aplicó el oído. Henrietta no había soltado al perro; de otro modo, el animal ya la habría encontrado. Escuchó en la oscuridad, pero no parecía haber nadie por allí cerca. Pese a todo, sentía tal miedo que no cesaba de temblar. Con mucho cuidado, retrocedió para encontrar el punto del sendero en que éste se desviaba hacia el camino en que había dejado el coche. Pero se confundió de nuevo; la asustaba la oscuridad, y las sombras se transformaban en árboles y los árboles en sombras. Tropezó de nuevo; y cayó.

Cuando se levantó, sintió un intenso dolor en la pierna izquierda, como si un montón de cuchillos estuviesen cortándosela. Gritó e intentó liberarse de lo que le producía el dolor. Pero no podía moverse. Tenía la sensación de que un animal le aferrase la pierna con sus dientes. Pero el animal no respiraba, no emitía sonido alguno. Se tanteó la pierna con la mano. Y palpó allí algo frío, hierro, y una cadena. Entonces comprendió de qué se trataba. Un cepo le había apresado la pierna.

La mano quedó empapada de sangre. Siguió gritando. Pero nadie la oyó. Nadie acudió en su ayuda.

19

En cierta ocasión, soñó que moría sola en una fría noche de invierno. En su sueño, patinaba a la luz de la luna sobre un lago helado, en un bosque lejano. De improviso, caía sobre el hielo y se rompía la pierna. Empezaba a gritar, pero nadie la oía. Moría congelada sobre el hielo y, en el instante en que el corazón dejó de latir, se despertó con un sobresalto.

Mientras intentaba liberarse del cepo que le atenazaba la pierna, recordó aquel sueño. En un principio, no quiso llamar a su padre para pedirle ayuda. Pero aquella boca de hierro no cedía. Finalmente, sacó el móvil y marcó el número de su padre. Le contó dónde se encontraba y que necesitaba ayuda.

—¿Qué te ha pasado?

—Pues que he quedado atrapada en una especie de cepo.

—¿Qué quieres decir?

—Que tengo algo así como una garra de hierro alrededor de la pierna.

—Voy ahora mismo.

Linda esperaba. Empezaba a sentir frío y pensó que tardaría una eternidad en ver las luces del coche de su padre. Se detuvieron junto a la casa. Linda gritó. Enseguida oyó que se abría la puerta de la casa; el perro empezó a ladrar. Los vio atravesar la oscuridad. Una linterna que iba iluminando el camino le permitió ver a su padre, a Henrietta y al perro. Había otra persona más en el grupo, pero se había quedado rezagada, en la penumbra.

—Has quedado atrapada en un viejo cepo para zorros. ¿Quién lo habrá puesto ahí?

—Yo no —replicó Henrietta—. Habrá sido el propietario de los terrenos.

—Pues hablaremos con él —amenazó el padre mientras abría el cepo—. Será mejor que te llevemos al hospital.

Linda probó a apoyar el pie en el suelo y, aunque le dolía, logró sostenerse sobre él. El hombre que había permanecido entre las sombras se adelantó.

—Un nuevo colega al que aún no te he presentado —aclaró su padre—. Stefan Lindman. Empezó con nosotros hace unas semanas.

Linda lo miró. Enseguida le gustó su rostro, que vio a la luz de la linterna.

—¿Qué estabas haciendo aquí? — quiso saber Henrietta.

—A esa pregunta puedo contestar yo —aseguró Stefan Lindman.

Linda oyó que hablaba en dialecto. ¿De dónde sería? ¿De Värmland, quizás? Ya en el coche, camino de Ystad, le preguntó a su padre.

—Es de la zona de Västergötland —aclaró Kurt—. Allí hablan así de raro. Con ese dialecto es difícil que lo respeten a uno. Los de Östergötland, Västergötland y Gotland son los que peor lo tienen. Y los que consiguen hacerse respetar con más facilidad son, al parecer, los de Norrland, ignoro por qué.

—¿Y cómo iba él a saber lo que yo estaba haciendo allí?

—Seguro que se ha inventado algo. Pero a mí quizá puedas explicarme qué has ido a buscar a esa casa a estas horas, ¿no?

—Es que soñé con Anna.

—¿Y qué soñaste?

—Que me llamaba. Me desperté y salí corriendo hacia la casa de Henrietta. No sabía qué iba a hacer allí. La vi por la ventana. Estaba con un hombre. Después ella volvió la cabeza y me vio. Entonces yo eché a correr y caí en el cepo.

—Bueno, ahora al menos ya sé que no volverás a lanzarte a investigar por tu cuenta a medianoche —se burló su padre.

—No te lo tomas en serio. ¿No comprendes que es muy grave?, ¿que Anna ha desaparecido de verdad? — estalló Linda.

—Sí, sí. Te tomo en serio a ti. Y me tomo en serio la desaparición de Anna. Y toda mi vida y la tuya también me las tomo en serio. La mariposa ha sido decisiva.

—¿Y qué estáis haciendo?

—Todo lo que hay que hacer. Ponerlo todo patas arriba, buscar información, obtener declaraciones. Nos mantenemos a la expectativa, sin pretender demasiado, y tal vez así logremos algo. Pero hacemos todo lo que tenemos que hacer. Y, a partir de ahora, no hablaremos más del asunto hasta que no te hayan visto la pierna en el hospital.

Les llevó una hora salir de allí con la pierna vendada. Cuando estaban a punto de marcharse, llegó Stefan Lindman. Linda pudo ver ahora con más claridad que llevaba el pelo muy corto y que tenía los ojos azules.

—Le dije que tenías pérdida de visión nocturna —aclaró alegremente—. Y con eso tuvo que contentarse cuando volvió a preguntar qué hacías por allí despistada a esas horas.

—Dentro de la casa había un hombre. Yo lo vi —añadió Linda.

—Henrietta Westin me contó que había recibido la visita de un hombre que deseaba que escribiese la música de un drama en verso. Parece totalmente verosímil, la verdad.

Linda se puso la cazadora. Lamentó haberle gritado a su padre, pues, además, consideraba que era un indicio de debilidad. No debía gritar, sino controlarse siempre. Se había comportado como una tonta, cuando lo que tenía que hacer era dirigir la atención hacia las tonterías de los demás. Pese a todo, el alivio que sentía era lo más importante. En efecto, la desaparición de Anna era ya un hecho admitido y no simples figuraciones suyas. Una mariposa azul había lo había resuelto todo. El precio era aquel dolor intenso en la pierna.

—Stefan te llevará a casa. Yo tengo que irme.

Linda entró en los servicios y se peinó un poco. Stefan la esperaba en el pasillo. Llevaba una cazadora de piel negra y una mejilla mal afeitada. Eso a Linda no le gustó. Los hombres que iban mal afeitados eran lo peor que podía imaginarse. De modo que optó por caminar junto al lado bien afeitado.

—¿Qué tal te sientes?

—¿Tú qué crees?

—Pues supongo que te dolerá. Y yo sé lo que es eso.

—¿El qué?

—El dolor.

—¿Acaso has caído alguna vez en una trampa para osos?

—Era una trampa para zorros. Pero no, nunca he pisado ninguna.

—Entonces tampoco sabes cómo me siento.

Stefan le abrió la puerta del hospital. Linda seguía irritada. Aquella mejilla mal afeitada la había sacado de quicio. De pronto, cesó la conversación. Estaba claro que Stefan no era de esos que hablaban por hablar. «Como en la Escuela Superior de Policía», rememoró Linda. «Estaba el grupo charlatán y el grupo medio mudo, los que no hacían más que reírse de todo y los que todo lo engullían con su inmenso silencio. Sin embargo, la mayoría pertenecían a la tribu más numerosa, la de los charlatanes que no saben lo que es cerrar el pico.»

Llegaron a la parte posterior del hospital. Stefan señaló un Ford oxidado. Cuando le abrió la puerta, el conductor de una de las ambulancias se le acercó y le preguntó cómo se le había ocurrido aparcar allí, bloqueando la entrada de las ambulancias.

—He venido a recoger a una policía herida —se excusó al tiempo que señalaba a Linda.

El hombre de las ambulancias asintió y se marchó sin decir nada. Linda sintió que el uniforme invisible volvía a sentarle bien, mientras, con no poco esfuerzo, se acomodaba en el asiento del acompañante.

—Calle de Mariagatan, dijo tu padre. ¿Dónde está eso?

Linda le fue indicando. El interior del coche despedía un fuerte olor.

—Es pintura —aclaró Stefan—. Es que estoy arreglándome una casa en Knickarp.

Giraron para entrar en la calle de Mariagatan. Linda señaló el portal y él bajó del coche y fue a abrirle la puerta.

—Ya nos veremos —dijo a modo de despedida—. ¿Sabes?, yo he tenido cáncer. Así que sé muy bien lo que es sentir dolor. Ya sea de un tumor o de un cepo para zorros.

Linda lo vio desaparecer en el coche. De pronto, cayó en la cuenta de que ni siquiera recordaba su apellido.

Tan pronto como entró en el apartamento, todo el cansancio se le vino encima. Estaba a punto de echarse en el sofá de la sala de estar cuando sonó el teléfono, que le trajo la voz de su padre.

—Me han dicho que ya estás en casa, ¿no?

—¿Cómo se llama el que me ha traído a casa?

—Stefan.

—Sí, lo sé, pero ¿el apellido?

—Lindman. Es de Borås, creo. O de Skövde, no sé. En fin, ahora tienes que descansar.

—Me gustaría saber qué ha dicho Henrietta. Supongo que ya habrás hablado con ella.

—Sí, pero ahora no tengo tiempo de contártelo.

—Pues si no tienes tiempo, búscalo. Dime sólo lo más importante.

—A ver. Espera un poco.

Su voz desapareció y Linda supuso que estaba en la comisaría, pero a punto de salir. Oyó puertas al cerrarse y sonido de móviles mezclado con el rugir de motores de coche. Finalmente, volvió a oír a su padre. El hombre parecía agobiado.

—¿Estás ahí?

—Sí, sí, aquí estoy.

—Bien, muy brevemente… A veces pienso que me gustaría que alguien hubiese inventado una especie de estenografía pero para hablar… En fin, Henrietta dijo que no sabía dónde estaba Anna. Que no había sabido nada de ella. No me dio la impresión de estar deprimida. Anna no le había dicho nada sobre su padre, pero Henrietta insiste en que es un episodio recurrente en la vida de su hija, que cree verlo de vez en cuando por la calle. Es decir, que es su palabra contra la tuya. No supo darnos ninguna pista. Y tampoco sabía nada de Birgitta Medberg. Así que la entrevista no resultó muy productiva.

—¿Notaste si mentía?

—¿Cómo iba a notarlo?

—Tú sueles decir que, con oler a la gente, ya sabes si miente o no.

—Me pareció que decía la verdad.

—Pues te ha mentido.

—Bueno, tengo que irme. Pero Stefan, el policía que te llevó a casa, está intentando hallar una conexión entre Anna y Birgitta Medberg. Además, hemos dado una orden de búsqueda. Más no podemos hacer.

—¿Cómo va la cosa en el bosque?

—Despacio. Bueno, ahora sí tengo que irme.

La conversación concluyó. Linda no quería estar sola y llamó a Zebran. Tuvo suerte, porque el hijo de Zebran estaba en casa de una prima de ella, Titchka; su amiga se aburría sola en casa y le prometió que iría a verla de inmediato.

—Tráete algo de comer —rogó Linda—. Tengo hambre. El restaurante chino de la plaza Torget está bien. Ya sé que te obliga a dar un rodeo, pero te prometo que haré lo mismo por ti el día en que caigas en una trampa para animales.

Después de comer, Linda le contó a Zebran todo lo ocurrido. Zebran había oído por la radio la noticia del macabro hallazgo. Pero le costaba entender la preocupación de Linda por Anna.

—Si yo fuese un mal tipo y tuviese la intención de atacar a alguien, me andaría con cuidado con Anna. ¿Sabías que hizo un curso de no sé qué clase de lucha? No conozco muy bien las reglas, pero creo que ahí todo está permitido. Salvo, quizá, matar al contrincante. Nadie se mete con Anna sin salir mal parado.

Linda lamentó haber empezado a hablar de Anna con Zebran. La amiga se quedó una hora más, hasta que llegó el momento de ir a buscar a su hijo.

Linda volvió a quedarse sola. El dolor había empezado a remitir. Entró cojeando en el dormitorio. La ventana estaba entreabierta y la cortina se mecía levemente. Repasó todo lo acontecido, sobre todo para comprender qué la había impulsado a lanzarse a merodear por la casa de Henrietta a medianoche. Pero le costaba ordenar sus pensamientos. Estaba demasiado cansada.

El timbre de la puerta la arrancó del duermevela. Al principio, pensó no ir a abrir, pero cambió de idea y salió cojeando hasta el recibidor. Stefan Lindman estaba en la puerta.

—Siento haberte despertado.

—No estaba dormida.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando vio su imagen en el espejo de la entrada: su cabello estaba alborotado.

—Vale, estaba dormida —admitió—. ¿Por qué iba a negarlo? Me duele la pierna.

—Necesito que me prestes las llaves del apartamento de Anna Westin —explicó el policía—. Le dijiste a tu padre que tenías un juego de repuesto.

—En ese caso, voy contigo.

—Creía que te dolía la pierna.

—Y me duele. ¿Qué quieres hacer allí?

—Intento forjarme una idea.

—Si lo que quieres es forjarte una idea sobre Anna, puedes hablar conmigo.

—Bueno, verás, prefiero darme una vuelta por allí yo solo y pensar. Después hablamos, si quieres.

Linda le señaló las llaves que había en la mesita del recibidor, en un llavero con la cabeza de un faraón.

—¿De dónde eres?

—De Kinna.

—Mi padre me dijo que eras de Skövde o de Borås.

—Bueno, estuve trabajando en Borås, pero pensé que había llegado la hora de cambiar de aires.

Linda vaciló un instante.

—¿Qué querías decir con lo del cáncer?

—Pues eso, que tuve cáncer. En la lengua, ¿te imaginas? El pronóstico era poco alentador. Pero no sólo sobreviví, sino que, además, estoy totalmente curado. — Por primera vez desde que se conocían, Stefan la miró directamente a los ojos—. Como verás, he conservado la lengua. Si no, no podría hablar. Lo del pelo es peor, claro. — Con un dedo, se dio un golpecito en la nuca—. En esta parte de la cabeza, no tardará en desaparecer del todo.

Se marchó escaleras abajo y Linda volvió a la cama.

Cáncer en la lengua. La sola idea la hizo estremecerse. El miedo a la muerte iba y venía. En aquel momento, un fuerte apego la unía a la vida. Pero siempre tenía presente cómo se sintió el día en que, subida a la barandilla del puente, estuvo a punto de arrojarse al vacío. «La vida no se nos da porque sí. Hay agujeros negros en los que corremos el riesgo de caer, agujeros cuyo fondo está cubierto de afiladas lanzas que nos atraviesan, como en una trampa ideada por un monstruo.»

Se echó de costado e intentó conciliar el sueño. En aquel momento, no tenía fuerzas para pensar en agujeros negros. De pronto se espabiló, preocupada por algo relacionado con Stefan Lindman. Se sentó en la cama. Por fin dio con la idea que le rondaba la cabeza. Marcó un número de teléfono. Ocupado. Al tercer intento, su padre respondió.

—Hola, soy yo.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor. Verás, quería preguntarte una cosa. El hombre que estaba anoche en casa de Henrietta, el que quería que ella le compusiese algo, ¿llegó a describírtelo Henrietta?

—No sé por qué iba a preguntárselo, la verdad. Lo único que me dijo fue su nombre. Y también anoté su dirección. ¿Por qué?

—Hazme un favor, ¿quieres? Llámala y pregúntale cómo tiene el pelo.

—¿Y eso por qué?

—Porque es lo único que vi de él.

—De acuerdo. Aunque, en realidad, no tengo tiempo. Esta lluvia va a acabar con nosotros.

—¿Me llamas después?

—Si consigo hablar con ella.

Transcurridos diecinueve minutos, su padre le devolvió la llamada.

—El hombre que quiere encargarle a Henrietta una composición para sus versos sobre las cuatro estaciones suecas se llama Peter Stigström, y tiene una melena de color castaño oscuro con algunas canas. ¿Te vale eso?

—Me vale perfectamente.

—¿Vas a explicármelo ahora o cuando llegue a casa?

—Depende de cuándo llegues.

—Muy pronto. Tengo que cambiarme de ropa.

—¿Quieres que prepare algo de comer?

—La verdad es que nos han traído comida al bosque. Hay unos cuantos albaneses de Kosovo, bastante emprendedores, que montan un quiosco de comida en los escenarios de crímenes y de incendios. No tengo la menor idea de cómo se enteran de dónde estamos. Lo más probable es que alguien de la propia policía los llame para contárselo y luego se lleve un porcentaje de las ventas. Llegaré dentro de una hora.

La conversación concluyó y Linda se quedó sentada en el sillón, con el auricular en la mano. El hombre al que ella había visto por la ventana, la nuca que le presentaba, no estaba cubierta por una melena de color castaño, con algunas canas aquí y allá. Aquella nuca llevaba el pelo corto.

20

Kurt Wallander franqueó la puerta. Llevaba la ropa empapada, las botas cubiertas de lodo, pero llegó con la buena noticia de que el mal tiempo se acabaría: Nyberg había llamado a la torre de control del aeropuerto de Skurup y había averiguado que despejaría y que no habría precipitaciones durante las próximas cuarenta y ocho horas. Se cambió de ropa y le agradeció a Linda su preocupación, pero se preparó él mismo una tortilla en la cocina.

Ella aguardaba el momento oportuno para hablarle de las dos nucas que no encajaban. No alcanzaba a comprender por qué esperaba. ¿No sería una rémora del miedo a los cambios de humor de su padre? Lo ignoraba, pero seguía esperando. Y, sin embargo, cuando él terminó de comer y apartó el plato, y ella se dejó caer sobre la silla que había frente a él, dispuesta a hablar, fue él quien tomó la palabra.

—He estado pensando en mi padre —comentó de improviso.

—¿Y qué has pensado?

—Pues en cómo era. Y cómo no era. Yo creo que tú y yo lo conocimos de modos distintos. Como tiene que ser. Yo siempre buscaba en mí rasgos suyos, siempre angustiado por lo que pudiera encontrar. Por otro lado, creo que, cuanto más envejezco, más me parezco a él. Si llego a vivir tanto como él, seguro que acabo sentado en algún cobertizo asqueroso pintando cuadros con urogallos y puestas de sol.

—Lo dudo mucho.

—Pues no estés tan segura. El caso es que empecé a pensar en él en la cabaña ensangrentada. Pensé en mi padre y en algo que me contó, una injusticia de la que fue víctima cuando era joven. Yo siempre le decía que no era normal que todavía le diese vueltas a una historia que había sucedido hacía ya más de medio siglo, un suceso insignificante que tuvo lugar hacía más de cincuenta años. Pero él se negaba a escuchar. ¿Sabes a qué me refiero?

—No.

—A un vaso volcado que se convirtió en una queja eterna sobre las injusticias de la vida. ¿Estás segura de que nunca te lo contó?

—Pues no.

Fue a buscar un vaso de agua, que se bebió de un trago, como para reunir fuerzas.

—Verás. Mi padre fue joven una vez, aunque cueste creerlo. joven y soltero y un salvaje que deseaba ver el mundo. Nació en Vikbolandet, a las afueras de Norrköping. Su padre le pegaba sin cesar, era mozo de cuadra de un tal conde Sigenstam y creo que tenía inquietudes religiosas porque parece que era el pecado mismo lo que quería arrancarle a mi padre con la correa de cuero que había hecho de una vieja silla de montar. Mi abuela, a la que no llegué a conocer, debió de ser una mujer asustadiza que jamás hacía otra cosa que cubrirse el rostro con las dos manos. Ya has visto la fotografía de mis abuelos, ¿no?, la que está en la estantería. Mírala bien. Parece que intenta desaparecer de ella. Mi padre se escapó de casa cuando cumplió los catorce y se hizo a la mar, primero en botes de remos y después en embarcaciones cada vez mayores. Todo ocurrió entonces, cuando tenía veinte años y bajó a tierra en una ocasión en que atracaron en Bristol.

»Por aquella época, él bebía mucho alcohol y lo contaba sin rubor. Mi padre bebía mucho alcohol, lo que, de alguna manera, vestía más que simplemente sentarse a tomar una cerveza. Los que bebían mucho alcohol solían experimentar una clase de borrachera distinta. No solían deambular ebrios por las calles ni verse implicados en burdas peleas. Era una especie de aristocracia marinera que bebía alcohol con sentido común y guardando la compostura. Mi padre no logró nunca explicarme aquello del todo. Cuando él y yo nos sentábamos a tomarnos un chupito, a mí me daba la sensación de que él se emborrachaba como todo hijo de vecino. Se le encendía la cara, tartamudeaba, y tendía a la irritación o al sentimentalismo, o, por lo general, a un revoltijo de todo ello. Admito que echo de menos aquellos ratos, las ocasiones en que nos emborrachábamos en la cocina de su casa y él se ponía a gritar antiguos éxitos italianos, que era lo que más le gustaba. Haber oído a mi padre aullando Volare es una experiencia que no se olvida jamás, te lo aseguro. Si hay cielo, él debe de estar sentado sobre una nube tirando restos de manzana sobre la basílica de San Pedro y entonando a gritos su Volare.

»El caso es que se sentó en un pub del puerto de Bristol y resultó que alguien que había en la barra le dio sin querer a su vaso y lo volcó. Pero aquella persona no se disculpó. Simplemente, miró el vaso y se ofreció a pagarle otro. Y mi padre no superó aquello jamás. Era capaz de ponerse a contar por enésima vez el cuento del vaso en los momentos más inesperados. En una ocasión, fuimos a la Agencia Tributaria para arreglar unos papeles y, de pronto, él se puso a contarle la historia al funcionario que, como comprenderás, lo miraba preguntándose si mi padre se había vuelto loco. Era capaz de parar toda una cola del supermercado si se le antojaba que a la joven cajera le vendría bien escuchar aquella ofensa de cincuenta años atrás. Era como si aquel vaso hubiese marcado dos etapas en su vida: la anterior a la disculpa que no le presentaron, y la posterior. Aquellas dos etapas constituían como dos épocas distintas, como si mi padre hubiese perdido su fe en la bondad humana en el momento en que un desconocido le volcó el vaso y no se excusó por ello. Como si la disculpa que no se produjo hubiese sido una humillación mayor que la que experimentaba cada vez que su propio padre lo azotaba con la correa hasta hacerlo sangrar. Yo intentaba que lo aclarase, tal vez no a mí, sino a sí mismo, que explicase por qué aquel vaso volcado y la falta de disculpa tenían que convertirse en una especie de gran demonio para toda su vida.

»A veces me contaba que se despertaba a medianoche, cubierto de un sudor frío, tras haber soñado que se encontraba junto a aquella barra con el vaso volcado y sin disculpa alguna. Aquello era el pilar fundamental del mundo, la columna sagrada que lo mantenía todo en pie. Yo creo que, de algún modo, aquel episodio hizo de él el hombre que llegó a ser. Un hombre que pintaba el mismo cuadro una y otra vez sentado en un cobertizo. No deseaba tener más relación de la necesaria con un mundo en el que la gente no pedía disculpas por haber volcado un vaso.

»Incluso cuando hicimos aquel viaje a Italia, se puso pesado con su historia. Pasamos una noche de ensueño en un restaurante cercano a Villa Borghese. Una comida excelente, buen vino, él estaba conmovido y algo sentimental, mujeres hermosas en las mesas vecinas, yo creo que incluso les hizo algún que otro gesto insinuante, hasta se había encendido un puro, y de pronto, en medio de aquel ambiente, se le ensombreció el rostro y empezó a contar cómo sintió que el mundo se le había derrumbado en Bristol. Yo intenté hacer que lo olvidase, hasta pedí grappa, pero él no desistió. Un vaso volcado por el que no se piden disculpas… Y esta noche he empezado a pensar en ello, como si me hubiese convertido en portador de la historia de mi padre, como si él me la hubiese legado como parte de una herencia que no me interesa en absoluto. — Kurt Wallander guardó silencio y se sirvió otro vaso de agua—. Así era mi padre —sintetizó—. Claro que tú seguro que lo veías de otro modo.

—Todos somos distintos para los demás —opinó Linda.

Su padre apartó el vaso y la miró. Sus ojos parecían ya menos cansados, como si la historia del vaso volcado hubiese renovado sus energías. «En el fondo, se trata de eso», resolvió Linda. «Las ofensas pueden torturarnos. Pero también fortalecernos.»

Se decidió a comentarle lo de las nucas que no cuadraban. Su padre la escuchó con atención. Cuando ella hubo concluido, no le preguntó si estaba segura de lo que había visto por la ventana, pues comprendió desde el principio que su hija estaba convencida de lo que decía. Se adelantó para descolgar el auricular y marcó un número de memoria; la primera vez se equivocó, pero después marcó el correcto y pudo hablar con Stefan Lindman. Linda lo oyó referir brevemente lo que ella acababa de explicarle. Y la conclusión previsible: tendrían que hacerle otra visita a Henrietta Westin.

—No tenemos tiempo para mentiras —aseguró para terminar—. Ni para mentiras, ni para verdades a medias, ni para lagunas evasivas. — Tras colgar el auricular, se dirigió a Linda-: En realidad, no es necesario. Pero me gustaría pedirte que me acompañaras, si puedes.

Linda se alegró al oírlo.

—Claro que puedo.

—¿Cómo tienes la pierna?

—Bien.

Ella adivinó que no la creía.

—¿Crees que Henrietta sabe por qué estaba yo allí anoche? Dudo mucho que se haya contentado con lo que le dijo Stefan.

—Lo único que queremos saber es quién estuvo allí. Siempre podemos decir que tenemos otro testigo que no eres tú.

Bajaron a esperar a la calle. Los de la torre de control aéreo tenían razón. El tiempo había empezado a cambiar. La lluvia había dado paso a un viento seco procedente del sur.

—¿Cuándo nevará? — preguntó Linda.

Él la miró divertido.

—Mañana no, desde luego. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque no me acuerdo. Después de todo, nací aquí y aquí he pasado la mayor parte de mi vida. Aun así, no recuerdo que hubiese mucha nieve.

—Nevará cuando tenga que nevar.

Stefan Lindman detuvo el coche ante ellos. Subieron, y Linda se acomodó en el asiento trasero. A Kurt Wallander le costó ponerse el cinturón de seguridad, que se había atascado en el asiento.

Y arrancaron en dirección a Malmö. Linda veía el resplandor del mar a su izquierda. «No quiero morir aquí», pensó. La idea surgió de improviso, y no sabía el motivo del abatimiento que la invadió. «Y no quiero vivir solamente aquí, quiero ir a otros lugares. No quiero acabar como Zebran, una madre soltera como tantas otras, para las que la vida se ha reducido a una carrera acelerada por conseguir que el dinero llegue a fin de mes y que las canguros lleguen a su hora. Y tampoco quiero llegar a ser como mi padre, que nunca encuentra la casa, ni el perro, ni a la mujer que necesita.»

—¿Qué decías? — quiso saber su padre.

—Pero si no he dicho nada.

—Murmurabas algo. Sonaba como si estuvieses blasfemando.

—Pues no me he dado cuenta.

—Vaya, tengo una hija muy especial —le dijo a Stefan Lindman—. Blasfema sin darse cuenta.

Tomaron la carretera que conducía a la casa de Henrietta.

A Linda le pareció que el recuerdo del cepo le reavivaba el dolor de la pierna. Preguntó qué le ocurriría al hombre que había puesto los cepos.

—Se puso algo pálido cuando supo que había sido un policía en prácticas quien había caído en uno de ellos. Supongo que le caerá una buena multa.

—Yo tengo un buen amigo en Östersund —intervino Stefan Lindman-, Es de la brigada judicial. Se llama Giuseppe Larsson.

—¿De dónde es?

—De Östersund. Pero su padre soñado era un italiano que se dedicaba a la canción melódica.

—¿Qué significa eso de «su padre soñado»? — preguntó Linda al tiempo que asomaba la cabeza entre los dos asientos delanteros. Entonces, sintió un deseo repentino de tocar el rostro de Stefan.

—Su madre soñaba que su padre no era su padre, sino uno que actuó una vez en el parque municipal. Era italiano. Ya ves, no sólo los hombres tienen una mujer de sus sueños.

—Vaya, me pregunto si Mona también pensaba así —comentó Kurt Wallander—. Claro que, en su caso, habría sido un padre negro, puesto que a ella le gustaba Hosh White.

—No es Hosh, sino Josh —corrigió Stefan.

Linda reflexionó, ausente, sobre lo que habría implicado tener un padre negro.

—Bueno, pues Giuseppe tiene una vieja trampa para osos colgada de la pared —continuó Stefan Lindman—. Tiene el desagradable aspecto de un instrumento de tortura medieval. Me contó que, si una persona cae en una trampa de ese tipo, los dientes le atraviesan la carne por completo. Los osos o los zorros llegan a arrancarse a mordiscos las patas, de pura desesperación.

Una vez en su destino, se detuvieron y salieron del coche. Soplaba un viento racheado mientras avanzaban hacia la casa, que tenía luz en las ventanas. Linda cojeaba a veces al apoyar el pie izquierdo. Cuando entraron en el jardín, los tres se preguntaron casi al mismo tiempo por qué no ladraba el perro. Stefan Lindman dio unos toquecitos en la puerta, pero nadie contestó; tampoco el perro reaccionó. Kurt Wallander miró por una de las ventanas. Stefan Lindman tanteó el picaporte de la puerta y comprobó que no estaba cerrada con llave.

—Bueno, siempre podemos decir que nos pareció oír «pasen» —aventuró.

Abrieron la puerta y entraron. Linda quedó de pie en el angosto recibidor, tras las espaldas de los dos hombres. Intentó ponerse de puntillas para ver algo, pero enseguida sintió un pinchazo de dolor en la pierna.

—¿Hay alguien? — preguntó Kurt Wallander en voz alta.

—No, no hay nadie —contestó Stefan Lindman.

Entraron, pues, en la casa, que tenía exactamente el mismo aspecto que la última vez que Linda estuvo allí. Partituras, papeles, periódicos, tazas de café, los cuencos del perro… Pero, tras la primera impresión superficial de dejadez y desorden, era evidente que en esa casa todo estaba organizado según las necesidades de Henrietta Westin.

—La llave no estaba echada y el perro tampoco está —observó Stefan Lindman—. Es decir, que estará fuera dando un paseo. Le concederemos un cuarto de hora. Si dejamos la puerta entreabierta, comprenderá que hay alguien dentro, ¿no?

—¿Y si llama a la policía? — aventuró Linda—. Puede que crea que somos ladrones.

—Los ladrones no dejan la puerta entreabierta —atajó su padre.

Kurt Wallander fue a sentarse en el sillón más cómodo de la habitación, entrelazó las manos sobre el pecho y cerró los ojos. Stefan Lindman colocó una bota en el claro de la puerta. Linda descubrió un álbum de fotos que Henrietta había dejado sobre el piano. Lo abrió y se puso a hojearlo. Su padre resoplaba en el sillón y Stefan Lindman tarareaba una cancioncilla junto a la puerta. Linda pasaba las hojas. Las primeras fotografías eran de los años setenta. Los colores habían empezado a palidecer, Anna aparecía sentada en el suelo, rodeada de gallinas y con un gato que bostezaba indolente. Linda recordaba lo que Anna le había contado. Los recuerdos de la comuna de las afueras de Markaryd, donde pasó con sus padres los primeros años de su vida. En otra fotografía se veía a Henrietta con Anna en brazos. Llevaba zuecos de madera, pantalones anchos y un pañuelo palestino alrededor del cuello. «¿Quién tomaría la foto?», se preguntó Linda. «Lo más probable es que fuese Erik Westin, antes de desaparecer sin dejar rastro.»

Stefan Lindman se apartó de la puerta y se le acercó. Linda le explicó lo que sabía acerca de la comuna, la oleada ecologista, el fabricante de sandalias desaparecido.

—Vaya, suena como un cuento de Las mil y una noches —bromeó—. «El fabricante de sandalias desaparecido»

Siguieron hojeando juntos el álbum.

—¿Hay alguna foto de él?

—Las únicas fotografías en las que salía él las vi en casa de Anna. Pero ya no están.

Stefan Lindman frunció el entrecejo.

—¿Quieres decir que se llevó las fotografías pero no el diario? ¿Tiene sentido?

—Así es. Pero no tiene sentido, claro.

Siguieron mirando fotos. La comuna, con sus gallinas y su gato perezoso, dio paso a un apartamento de Ystad. Hormigón y un parque helado. Anna, unos años mayor.

—Cuando se tomó esta fotografía, él ya llevaba varios años desaparecido —explicó Linda—. La persona que sostiene la cámara se ha colocado cerca de Anna. En las anteriores, la distancia era mayor —constató.

—Estás insinuando que el padre tomó las otras instantáneas. Y que éstas las hizo Henrietta, ¿verdad?

—Sí.

Siguieron mirando las fotos del álbum. Pero no hallaron una sola fotografía del padre de Anna. Una de las últimas era del día de la graduación de Anna. Al fondo, en una esquina, se distinguía a Zebran. Linda también había acudido a la graduación de Anna, pero no aparecía en la foto.

Estaba a punto de pasar la hoja cuando, de pronto, la luz empezó a parpadear para, finalmente, extinguirse por completo. La casa quedó sumida en una oscuridad total. Su padre se despertó de un respingo.

Todo estaba a oscuras. En el exterior se oyeron los ladridos de un perro. Linda pensó que fuera, en la noche, también debía de haber personas que no avanzaban hacia la luz para dejarse ver, sino que deseaban mantenerse ocultas, inmersas en el mundo de las sombras.

21

Donde más seguro se sentía era en las más densas tinieblas. Jamás había comprendido por qué los sacerdotes aludían en todo momento a la luz que rodeaba la gracia, la eternidad, la imagen misma de Dios. ¿Por qué los milagros no podían producirse en la oscuridad? ¿Acaso no le resultaría más difícil también al diablo y a sus demonios dar con uno en el mundo de las sombras que en un campo iluminado transitado por lentas figuras blancas que avanzan despaciosas como la espuma en la cresta de una ola? A él, en cambio, Dios siempre se le había manifestado dentro de una gran tiniebla tranquilizadora. Y así había sido también en aquel momento, cuando se detuvo ante la casa de las ventanas iluminadas. En su interior vislumbró algunas figuras que se movían. Pero después, cuando todo quedó a oscuras y la última puerta de negrura se cerró, fue como si Dios le hubiese enviado una señal. En la oscuridad había hallado él un reino mayor que el reino de la luz. «Yo soy su siervo en la oscuridad», constató. «De esta oscuridad no nace luz alguna, sino las sombras sagradas que yo envío para llenar con ellas el vacío de los hombres. El hombre no anhela lo que no ve. Les abriré los ojos y les enseñaré que la verdad está compuesta de imágenes que se ocultan en el mundo de las sombras.» Pensó en lo que decía la segunda epístola de Juan, que «muchos seductores han salido al mundo, que no quieren admitir que Jesucristo se ha revelado entre nosotros bajo una apariencia humana. Ése es el Seductor, el Anticristo». Aquélla era su más venerada clave para comprender.

Después de haber conocido a Jim Jones, y tras los terribles sucesos acontecidos en la jungla de Guyana, él sabía perfectamente qué era un traidor: un falso profeta de cabellos oscuros bien peinados que sonreía descubriendo sus cuidados dientes blancos, siempre rodeado de luz. Jim Jones temía la oscuridad. Él se había maldecido a sí mismo en un sinfín de ocasiones por no haber descubierto ya entonces al falso profeta, al que, en lugar de conducirlos por el buen camino, los haría extraviarse en una jungla en la que todos morirían. Todos menos él, que se salvó. Aquélla había sido la primera misión que Dios le había encomendado: sobrevivir para hablarle al mundo del falso profeta. Él debía predicar las enseñanzas de las tinieblas, que serían el prefacio del quinto evangelio, el que él escribiría para completar así las Sagradas Escrituras. Aquello también lo había leído en la segunda epístola de Juan, el saludo final: «Aunque tengo mucho que escribiros, prefiero no hacerlo con papel y tinta, sino que espero ir a veros y hablaros de viva voz, para que nuestro gozo sea completo».

Dios siempre estaba con él en la oscuridad. A la luz del día, en cambio, lo perdía de vista a ratos. Pero en la oscuridad lo tenía cerca en todo momento. Incluso podía sentir en su rostro el aliento de Dios. Cada noche era diferente. Le llegaba como un viento o como un perro jadeante, pero, las más de las veces, se le presentaba simplemente como el olor de una especia desconocida. Dios estaba con él en las tinieblas, y también sus recuerdos surgían en su mente intensos y claros cuando no había luz alguna que estorbase su paz.

Precisamente aquella noche, empezó a pensar en los años que habían transcurrido desde la última vez que estuvo en este lugar. Veinticuatro años, una gran parte de su vida. Cuando se marchó, aún era joven. Ahora la vejez había empezado a apoderarse de su cuerpo; notaba ya leves indicios. Cierto que él cuidaba su cuerpo, seleccionaba cuidadosamente lo que comía y lo que bebía, y siempre estaba en movimiento. Pero la vejez se acercaba implacable. «Dios nos hace envejecer para que comprendamos que estamos por completo en sus manos. Él nos ha otorgado esta vida extraordinaria. Pero la ha conformado como una tragedia para que comprendamos que sólo Él puede concedernos la gracia.»

Allí, en medio de la oscuridad, rememoró el pasado. Hasta el día en que conoció a Jim y lo siguió a la jungla de Guyana, todo había sido como él lo había soñado. Aunque añoraba a aquellos a los que había abandonado, Jim lo había convencido de que Dios consideraba que ser uno de sus seguidores era más importante que permanecer al lado de su mujer y su hija. Él había prestado oídos a las palabras de Jim, y a veces pasaba semanas sin pensar en su mujer y su hija. Pero después de la catástrofe, cuando todos estuvieron muertos y yacían en los campos medio corrompidos, ellas volvieron a su conciencia. Sin embargo, ya era tarde, y su desconcierto tan grande, tan horrendo el vacío que había dejado aquel Dios que Jim le había arrebatado, que no se sentía capaz de soportar ninguna carga salvo la que él constituía para sí mismo.

Recordaba la huida desde Caracas, donde recogió su documentación y el dinero, que un hombre le había guardado. Fue una larga huida que él esperaba que se transformase en una peregrinación, un viaje a través de parajes oscuros o quemados por el sol, en distintos autobuses, con paradas eternas en lugares desiertos cuando se averiaba un motor o se pinchaba una rueda. Recordaba vagamente los nombres de los lugares por los que pasó, las fronteras y los aeropuertos. Desde Caracas llegó a Colombia en autobús, a la ciudad de Barranquilla. Le venía a la mente la larga noche que pasó en la frontera entre Venezuela y Colombia, la ciudad de Puerto Páez, una frontera donde unos hombres armados vigilaban como halcones a cuantos la cruzaban. Precisamente aquella noche, cuando logró convencer a los suspicaces vigilantes de que él era, en verdad, aquel John Lifton que figuraba en los documentos falsos y que, además, no le quedaba ya ningún dinero, pudo dormir profundamente, apoyado en el hombro de una vieja mujer india que llevaba en el regazo una jaula con dos gallinas. No intercambiaron una palabra, tan sólo cruzaron alguna mirada, pero ella atisbó su tormento y su cansancio y le cedió su hombro y su arrugado cuello para que él descansara allí su cabeza. Esa noche, soñó con aquellos a los que había dejado. Despertó bañado en sudor. La mujer india lo miró y él volvió a reposar la cabeza sobre su hombro. Cuando despertó de nuevo, ya por la mañana, la mujer se había marchado. Tanteó con los dedos el interior del calcetín y comprobó que el grueso fajo de dólares seguía allí. Y sintió que echaba de menos a aquella anciana india. Quería volver a su lado, reposar su cabeza sobre su hombro y su cuello para el resto de su vida.

Desde Barranquilla, voló a la ciudad de México. Optó por el billete más. económico, por lo que tuvo que aguardar en el sucio aeropuerto hasta que quedase un asiento libre en algún vuelo. Se lavó la cara mugrienta en unos servicios, se compró una camisa y una Biblia pequeña. Lo mareaba aquel trajín de gente apresurada, aquella vida que él había dejado atrás para seguir a Jim. Al pasar ante el quiosco de prensa, comprobó que lo sucedido en Jonestown se había convertido en una noticia en todo el mundo. Todos estaban muertos, decían los periódicos. No parecía que hubiese supervivientes. Y eso significaba que él también se contaba entre los muertos. Existía, pero no era ya un ser vivo; se suponía que estaba entre los cadáveres que fermentaban al sol de la selva, en Guyana.

La mañana del quinto día, consiguió por fin un asiento en un vuelo para la ciudad de México. Aún no tenía ningún plan. Después de haber pagado el billete de avión, le quedaban aún tres mil dólares. Si llevaba una vida austera, podría vivir con ese dinero durante bastante tiempo. Pero ¿adónde iría? ¿Dónde daría los primeros pasos para que Dios lo encontrase? ¿En qué lugar le sería dado llenar aquel insufrible vacío? Lo ignoraba. Se quedó en la ciudad de México, buscó alojamiento en una pensión y dedicó sus días a visitar iglesias. Evitaba las catedrales y los grandes templos, pues allí no estaba el dios que él buscaba, como tampoco lo hallaría en el neón de los tabernáculos dirigidos por poderosos y avariciosos sacerdotes que vendían la salvación previo pago de una limosna y que, a veces, organizaban días de mercado y de ejercicios espirituales baratos a costa de la palabra de Dios. Él acudía a las pequeñas comunidades donde se cultivaba la fe y donde el amor y la pasión imperaban, donde apenas si era posible distinguir a los sacerdotes de aquellos que acudían a escuchar sus palabras. Aquél era el camino que debía seguir.

Jim había sido un guía misterioso y soberbio que vivía apartado de los demás, el traidor que se ganó la confianza de todos manteniéndose invisible. «Jim había encontrado un escondite en la luz», se dijo. «Lo que yo deseo ahora es hallar a un dios capaz de conducirme hasta el interior de las sagradas tinieblas.» Así, iba de una de aquellas pequeñas iglesias a la siguiente, participando en las plegarias y los cánticos, pero el vacío que llevaba dentro crecía y crecía: tenía la sensación de que, un día, explotaría en mil pedazos. Una mañana despertó con la abrumadora sensación de que debía partir. En la ciudad de México no encontraba el menor rastro de Dios. Como si aún no hubiese dado con el buen camino.

Aquel mismo día abandonó la ciudad y se dirigió al norte. Tomó varios autocares locales para abaratar el viaje. Algunos tramos los hizo en camiones, a los que paraba por el camino. En Laredo, cruzó la frontera hacia Tejas. Pidió habitación en el motel más económico que encontró y pasó casi una semana entera en una biblioteca buscando cuanto se había escrito en los periódicos acerca de la catástrofe. Para su sorpresa, había aún algunos seguidores del Templo del Pueblo que responsabilizaban al FBI, a la CIA o al gobierno estadounidense de haber incitado al suicidio masivo y haber perseguido a Jim y a sus adeptos. Empezó a sudar. ¿Cómo había personas que protegían a ese traidor? ¿Acaso no querían que les desvelaran la mentira sobre la que se asentaba su existencia? Durante sus largas noches de insomnio pensaba que debía dejar escrito todo lo sucedido. Era el único testigo superviviente. Debía contar toda la historia del Templo del Pueblo, la historia de Jim, un traidor que, al final, cuando comprendió que estaba a punto de perder su poder, se arrancó la máscara del amor y mostró su verdadero rostro, esa espantosa calavera con las cuencas vacías. Así, compró un bloc y se dedicó a anotar en él cuanto recordaba. Acababa de empezar cuando le sobrevino una duda. Si tenía intención de contar la verdad de lo ocurrido, no tendría otro remedio que desvelar su identidad. No podría seguir siendo John Lifton, sino un hombre que, un día, tuvo otra nacionalidad y otro nombre. ¿Era eso lo que quería? Aún no estaba seguro.

Y fue durante aquellas semanas, cruzada ya la frontera de Tejas, cuando se planteó en serio la posibilidad de suicidarse. Si el vacío que minaba su interior no podía llenarse con ningún dios, se vería obligado a llenarlo con su propia sangre; el cuerpo era un recipiente, nada más. Él ya había localizado un lugar desde el que podría arrojarse a la vía del tren. Casi estaba decidido a ello cuando hizo una visita más a la biblioteca, para ver si se había escrito algo nuevo acerca del suicidio masivo de Guyana.

Y en uno de los periódicos más leídos de la zona, el Houston Chronicle, descubrió una entrevista a una mujer llamada Sue-Mary Legrande. Una fotografía de la mujer acompañaba el artículo. Tenía unos cuarenta años, el cabello oscuro y un rostro delgado y muy alargado. La mujer hablaba de Jim Jones y aseguraba que ella conocía su secreto. Él leyó la entrevista y comprendió que era una hermana espiritual lejana de Jim. Según contaba la mujer, se habían visto a menudo en la época en que él pretendía haber tenido aquellas revelaciones que acabaron conduciéndolo a fundar su iglesia, el Templo del Pueblo.

«Yo conozco sus secretos», afirmaba Sue-Mary Legrande. Pero ¿a qué secretos se refería? Eso no lo explicaba. Observó atentamente la fotografía. Los ojos de Sue-Mary parecían mirarlo a él. Estaba separada, tenía un hijo ya mayor y poseía una pequeña empresa de ventas por correo en Cleveland, a través de la cual vendía algo que ella llamaba «manuales de autorrealización». Hizo memoria y creyó recordar, de sus años de instituto, que Cleveland era una ciudad de Ohio que se había fundado, principalmente, a raíz de la creación de las primeras grandes líneas ferroviarias norteamericanas. La ciudad, si no estaba equivocado, no sólo constituía un importante nudo ferroviario, sino que también poseía fundiciones, de las que salieron los primeros raíles que empezaron a extenderse por las llanuras del país. Y, además, había allí una mujer que decía conocer el secreto de Jim Jones.

Dobló el periódico y lo devolvió a su casillero. Después se despidió con un ademán de la amable bibliotecaria y salió a la calle. Hacía un día sorprendentemente cálido para ser diciembre, poco antes de Navidad. Se detuvo a la sombra de un árbol. «Si Sue-Mary Legrande me contase cuál es el secreto de Jim Jones, yo podría comprender por qué me dejé engañar por él. Y entonces jamás volveré a caer en un error similar.»

Llegó a Cleveland en tren poco antes de Nochebuena, tras un viaje de más de treinta horas. Una vez allí, buscó un hotel barato en un barrio destartalado cercano a la estación. Cenó hasta saciarse en una tienda de ultramarinos china donde también servían comidas y regresó al hotel. En la recepción había un gran abeto de plástico adornado con luces que parpadeaban. En el televisor se oían villancicos al tiempo que las imágenes publicitarias cruzaban la pantalla. De repente sintió una ira violenta. Jim no había sido sólo un traidor que había traído el vacío a su espíritu. También lo había engañado en otros asuntos. Jim había afirmado siempre que la verdadera fe conllevaba la renuncia. Pero ¿qué dios había pedido al hombre que renunciase a su propio hijo o a su mujer? Él buscaba una fe para regresar junto a aquellos a los que había abandonado. Jim lo había engañado. Y ahora estaba más perdido que nunca.

Se tumbó en la cama de la habitación, en la penumbra. «En este momento no soy más que un ser humano en una habitación de hotel», se dijo. «Si muriese, o simplemente desapareciese, nadie me echaría de menos. En mi calcetín hay dinero suficiente para pagar la habitación y mi entierro; eso, si no viene nadie y me roba el dinero, pues entonces tendrían que arrojarme a una fosa común. Descubrirían que no hay nadie llamado John Lifton. O, al menos, que esa persona no soy yo. Pero tal vez fuese un caso de los que se archivan, como esos papeles que guardamos sin saber por qué. Y ya está. No soy más que un hombre solo en este hotel cuyo nombre ni siquiera me he molestado en memorizar.»

El día de Navidad nevó sobre Cleveland. Comió pasta china, verduras y arroz en la tienda de ultramarinos y después fue a tumbarse a la cama del hotel. Al día siguiente, el 26 de diciembre, dejó de nevar. Sobre calles y aceras se había posado un fino manto de nieve, estaban a tres grados bajo cero y no soplaba la menor brisa. El lago Erie relucía como la superficie de un espejo. Con ayuda de la guía telefónica y de algunos planos de la ciudad, logró localizar a Sue-Mary Legrande en una dirección de los suburbios del sudoeste de Cleveland. Se dijo que, sin duda, Dios quería que él fuese a verla aquel día. Se lavó a conciencia, se afeitó y se vistió con las prendas que había adquirido en una tienda de ropa usada de Tejas, antes de poner rumbo a Ohio. «¿Qué pensará ella cuando, al abrir la puerta, vea mi rostro?», se preguntó. «Lo más probable es que sienta compasión. No creo que le inspire ninguna otra cosa.»

Salió del hotel y tomó en la estación un autobús que bordeaba el lago Erie. Sue-Mary Legrande vivía en el número 1024 de Madison. Le llevó menos de media hora llegar a su destino. Vivía en una casa de piedra rodeada de altos árboles que la ocultaban. Titubeó un instante antes de atravesar la pequeña arboleda y llamar a la puerta. Sue-Mary Legrande era tal y como la había visto en la fotografía del Houston Chronicle, quizás aún más delgada de lo que él se imaginaba. La mujer lo miró con recelo, dispuesta a cerrar la puerta.

—Yo sobreviví —explicó él—. No todos murieron en Guyana. Yo sobreviví. He venido porque deseo conocer el secreto de Jim Jones. Quiero saber por qué nos traicionó.

Ella lo miró largo rato, antes de contestar. No dejaba traslucir la menor sorpresa, la menor emoción.

—Lo sabía —dijo al fin la mujer—. Sabía que alguien vendría.

Abrió un poco más la puerta y se hizo a un lado. Él la siguió y se quedó en su casa durante casi veinte años. Y a través de ella consiguió conocer al Jim Jones que él nunca supo ver. Sue-Mary le contó con su dulce voz cuál había sido el oscuro secreto de Jim Jones. No era un representante de Dios, sino que pretendía ocupar su lugar. Según Sue-Mary, Jim Jones había comprendido que, un buen día, su soberbia lo desbarataría todo. Y, sin embargo, no fue capaz de cambiar el rumbo al que tal soberbia lo había llevado.

—¿Estaba loco? — le preguntó él en cierta ocasión.

Sue-Mary estaba segura de que Jim Jones era cualquier cosa menos un loco. Albergaba buenas intenciones. Deseaba extender la fe cristiana por todo el mundo. Pero su soberbia se lo impidió y transformó su amor en odio. Nunca había sido un loco. Por eso alguien debía seguir sus pasos, tomar el relevo. Tenía que ser alguien capaz de no caer en la soberbia y que, al mismo tiempo, no dudase en mostrarse implacable cuando fuese necesario. Porque el movimiento de fe cristiana debía resurgir con sangre.

Él se quedó y le ayudó a llevar su empresa de venta por correo, a la que Sue-Mary había dado el nombre de Llaves de Dios. Ella misma escribía todos y cada uno de los singulares manuales de autoayuda que la gente podía solicitar por correo. Pero él no tardó en descubrir que Sue-Mary comprendía a Jim Jones porque también era una traidora. Estudió los manuales y halló que todo era un caos de consejos sobre espiritualidad, salpicados de citas de la Biblia, con frecuencia inventadas o modificadas. Y, sin embargo, se quedó junto a Sue-Mary; ella lo había acogido. Él necesitaba tiempo para colmar su vacío. Tiempo para averiguar cuál sería su misión en la vida. Se tomaría el tiempo que precisara para triunfar en aquello en lo que Jim Jones había fracasado. No caería en la soberbia, y nunca olvidaría que el renacimiento de la fe cristiana exigiría víctimas de sangre.

El tiempo pasó y los nefastos recuerdos de la selva de Guyana, cada vez más lejanos, fueron desdibujándose en su memoria. Entre él y Sue-Mary nació un amor que él, durante mucho tiempo, creyó que era la gracia que había estado buscando, aquello con lo que llenaría su vacío. Dios estaba en Sue-Mary. Por fin había alcanzado lo que ansiaba. No obstante, nunca abandonó por completo la idea de poner por escrito su relato sobre el tiempo transcurrido junto a Jim. Alguien debía escribir la historia del traidor y del Anticristo. Pero lo iba posponiendo.

La empresa de venta por correo de Sue-Mary marchaba bien y siempre tenían mucho trabajo. En especial, a partir del momento en que ella ideó lo que llamaba «el Paquete del Punto del Dolor», que vendía por cuarenta y nueve dólares más gastos de envío, y con el que obtuvo un gran éxito. Empezaron a enriquecerse, dejaron el apartamento de Madison y se mudaron al campo, a una gran casa en Middleburg Heights. El hijo de Sue-Mary, Richard, volvió una vez completados sus estudios en Minneapolis y se instaló a vivir en una casa vecina. Era un chico algo solitario, pero siempre amable. Era como si se alegrase de no tener que hacerse cargo de la soledad de su madre él solo.

El fin se produjo de forma precipitada, inesperada. Un día, Sue-Mary fue al centro de Cleveland. Él supuso que tendría algún asunto que resolver allí. Cuando regresó, la mujer se sentó frente a él, en su escritorio, y le reveló que iba a morir. Pronunció aquellas palabras con una facilidad extraña, como si la liberase decir la verdad.

—Tengo cáncer y voy a morir —dijo—. La metástasis se extiende por mi cuerpo sin control alguno. No hay esperanza de salvación. Me quedan unos tres meses de vida.

Sue-Mary murió ochenta días después de su visita al médico, cuando le anunciaron que su vida tocaba a su fin. Fue un día de primavera de 1999. Puesto que nunca se casaron, Richard heredó todos sus bienes. La noche en que la enterraron, ambos fueron al lago Erie y dieron un largo paseo. Richard quería que él se quedase y le ofreció ser socio de la empresa de venta por correo y compartir los beneficios. Pero él ya había tomado una decisión. El vacío tan sólo se había paliado temporalmente durante todos aquellos años vividos junto a Sue-Mary. Y ahora tenía una misión que cumplir. Había madurado sus ideas acerca de su gran plan. Era como si, por fin, hubiese comprendido que Dios le había concedido una visión profética y que su función consistía en realizarla en la Tierra. Él levantaría la espada contra el gran vacío que lo rodeaba, el vacío de un dios cada vez más esquivo. Por supuesto, a Richard no le contó eso. Él sólo quería algún dinero, la cantidad de la que Richard creyese poder deshacerse sin poner en peligro la empresa. Después se marcharía. Sí, tenía una misión que cumplir. Y Richard no hizo preguntas.

Salió de Cleveland el 19 de mayo de 2001 y voló a Copenhague vía Nueva York. Ya entrada la noche del 21 de mayo, llegó a Helsingborg. Cuando, después de tantos años, pisó de nuevo suelo sueco, permaneció unos minutos inmóvil, sobrecogido. Era como si los últimos vestigios del recuerdo de Jim Jones hubiesen desaparecido por fin sin dejar el menor rastro.

22

Kurt Wallander estaba a punto de llamar a la compañía de electricidad cuando volvió la corriente. Tan sólo unos segundos después de que las luces se encendiesen de nuevo, sufrieron los tres un gran sobresalto. En efecto, un perro entró en la casa seguido de Henrietta Westin. El perro, que llevaba las patas llenas de barro, saltó sobre Kurt Wallander y le manchó el jersey. Henrietta lanzó un rugido al animal, que se fue como un rayo a tumbarse en su cesta. Después, la mujer arrojó iracunda la correa del animal y miró a Linda.

—¿Con qué derecho entráis en mi casa cuando yo estoy ausente? No me gusta la gente que se dedica a curiosear.

—Si no se hubiese ido la luz, habríamos salido de inmediato —intervino Kurt Wallander.

Linda notó que su padre estaba a punto de perder los estribos.

—Eso no contesta a mi pregunta —insistió ella—. ¿Por qué entráis en mi casa si yo no os he abierto la puerta?

Linda estaba ya segura: su padre iba a estallar en un ataque de cólera.

—Sólo queríamos saber dónde está Anna —terció Linda.

Henrietta, que no pareció escucharla, dio unos pasos por la habitación observando atentamente a su alrededor.

—Espero que no hayáis tocado nada.

—No hemos tocado nada —aseguró Wallander—. Tenemos algunos detalles que aclarar. Después nos iremos.

Henrietta se detuvo en seco y lo miró fijamente.

—¿Qué es lo que hay que aclarar? A ver, escucho.

—Podríamos sentarnos, ¿no?

—No.

«Ahora es cuando mi padre explota», se dijo Linda al tiempo que cerraba los ojos. Pero su padre se controló, tal vez porque se dio cuenta de su reacción.

—Necesitamos ponernos en contacto con Anna. Y no está en su casa. ¿Sabes tú dónde está?

—No.

—¿Hay alguien que sepa dónde está?

—Linda es una de sus amigas. ¿Le has preguntado a ella? Aunque, claro, tal vez no tenga tiempo de responder a tus preguntas, está muy ocupada espiándome a mí.

Kurt Wallander se encendió de ira. «Henrietta Westin ha sobrepasado el límite», concluyó Linda. Su padre rugió de tal modo que hasta el perro se irguió, alerta, en su cesta. «Yo lo sé todo de esa forma de gritar», siguió reflexionando Linda. «Una forma de gritar que corta mi vida en dos. Dios sabe si su ira no es el primer recuerdo que tengo en la vida.»

—Bien. A partir de ahora, contestarás a mis preguntas sin rodeos y con franqueza. Si no lo conseguimos, te llevaremos a Ystad. Necesitamos ponernos en contacto con Anna, cabe la posibilidad de que ella tenga información sobre Birgitta Medberg. — Hizo una breve pausa, antes de continuar—. Además, queremos asegurarnos de que no le ha ocurrido nada.

—¿Qué iba a sucederle? Anna estudia en Lund, Linda lo sabe. ¿Por qué no habláis con alguno de los compañeros con los que vive?

—Descuida, que lo haremos. ¿No se te ocurre otro lugar al que pueda haber ido?

—No.

—Bien, en ese caso, pasaremos a la cuestión del hombre que vino a verte.

—¿Te refieres a Peter Stigström?

—¿Podrías decirnos cómo va peinado?

—Ya lo he hecho.

—Como es natural, podemos visitar a Peter Stigström. Pero en este momento prefiero que me contestes tú.

—Tiene el pelo largo. Lleva una melena hasta los hombros. Y de color castaño oscuro, con alguna que otra cana. ¿Es suficiente?

—¿Podrías describir su nuca?

—Pero ¡por Dios! A una persona que lleva el pelo por los hombros no se le ve la nuca.

—¿Estás segura de ello?

—Por supuesto que sí.

—Bien, en ese caso, gracias.

Dicho esto, salió de la habitación y dio un fuerte puñetazo en la puerta de entrada. Stefan Lindman se apresuró a ir tras él. Linda estaba desconcertada. ¿Por qué no había puesto a Henrietta contra la espada y la pared diciéndole que ella había visto por la ventana una nuca con el pelo corto? Cuando ya se disponía a marcharse, Henrietta le cerró el paso.

—No quiero que nadie entre en mi casa cuando yo estoy fuera. No quiero tener que cerrar la puerta con llave cuando saque a pasear al perro. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo.

Henrietta le dio la espalda, antes de preguntarle:

—¿Qué tal tienes la pierna?

—Mejor.

—Quizás algún día puedas contarme qué hacías exactamente ahí fuera a medianoche.

Linda salió de la casa. Ahora ya sabía por qué Henrietta no estaba preocupada por su hija, pese a que se había cometido un asesinato brutal. La única razón verosímil era que Henrietta sabía perfectamente dónde se encontraba Anna.

Stefan Lindman y su padre la aguardaban en el coche.

—¿A qué se dedica exactamente esa mujer, con todas esas partituras? ¿Compone canciones de moda?

—Compone música que nadie quiere interpretar —respondió Kurt Wallander, y se volvió hacia Linda-: ¿Verdad?

—Sí, creo que sí.

En ese momento, sonó un móvil. Todos se llevaron la mano a su bolsillo, pero era el de Kurt Wallander el que sonaba. Escuchó con atención lo que le decían al tiempo que miraba el reloj.

—Salgo ahora mismo. — Se guardó el móvil en el bolsillo—. Tendremos que ir a Rannesholm —los informó—. Al parecer, en los últimos días han visto a algunas personas por el bosque. Antes te llevaremos a casa.

Linda le preguntó por qué no había presionado a Henrietta a propósito del pelo de Peter Stigström.

—He preferido dejarlo —repuso—. En ocasiones es conveniente dejar que una pregunta madure.

También comentaron la poca preocupación que Henrietta mostraba por su hija.

—No cabe otra explicación —resolvió Kurt Wallander—. Ella sabe dónde está Anna. Por lo tanto, cabe preguntarse por qué nos miente. Aunque tarde o temprano, si seguimos investigando, lo sabremos. Pero ésa no es, desde luego, una de nuestras prioridades en estos momentos.

En silencio, fueron acercándose a Ystad. Linda sentía curiosidad por saber qué había pasado en Rannesholm, pero intuía que no era el momento más oportuno para preguntar por ello. Al llegar a la calle de Mariagatan se detuvieron.

—Para el motor un momento —rogó su padre a Stefan, y se volvió hacia atrás—. Insisto en lo que acabo de decir. Estoy convencido de que a Anna no le ha sucedido nada. Su madre sabe dónde está y por qué se oculta. Precisamente ahora no podemos desviar hacia ahí nuestros recursos para averiguar su paradero. Pero nada te impide ir a Lund para hablar con sus amigos, siempre y cuando no te comportes como agente de policía.

Ella salió del coche y los vio alejarse. Justo cuando acababa de abrir la puerta del apartamento, se paró en seco. Era algo que Anna le había dicho. Tal vez la última vez que se vieron. Rebuscó en su memoria en un esfuerzo por encontrar el detalle, pero no lo halló.

La mañana siguiente, Linda se levantó temprano. El apartamento estaba desierto y dedujo que su padre no había estado allí en toda la noche. Poco después de las ocho, se puso en camino. El sol brillaba, no soplaba viento y hacía buena temperatura. Puesto que no tenía prisa, fue por la costa hasta Trelleborg y no giró hacia el norte en dirección a Lund hasta que no hubo llegado a Anderslöv. Escuchó las noticias de la radio. Nada sobre Birgitta Medberg. Buscó una emisora danesa de música disco, subió el volumen y aceleró. A las afueras de Staffanstorp, un coche de policía le dio el alto. Lanzó una maldición, apagó la música y bajó la ventanilla.

—Trece kilómetros por encima de la velocidad máxima permitida —anunció el policía encantado, como si acabase de presentarse con un ramo de flores.

—¡Qué va! — replicó Linda—. Si no eran más de diez.

—Te hemos pillado con el radar. Si discutes, yo también discutiré. Y saldré ganando.

Se sentó junto a ella en el asiento del acompañante y comprobó su permiso de conducir.

—¿Cómo es que tienes tanta prisa?

—Soy policía en prácticas —repuso ella y, nada más decirlo, se arrepintió.

Él la observó con atención.

—No te he preguntado cuál es tu profesión, sino por qué tenías tanta prisa —explicó el policía—. Pero, en fin, no tienes por qué contestar. De todos modos, de la multa no te libras.

Acabó de anotar los datos, salió del coche y se despidió de ella saludándola con la mano. Linda, más que estúpida, se sintió indignada por su mala suerte.

Buscó la dirección en el centro de Lund, aparcó el coche y fue a comprarse un helado. Aún estaba irritada porque le hubiesen puesto una multa por exceso de velocidad. Se sentó en un banco, al sol, e intentó olvidar el incidente. «Aún faltan nueve días para que me incorpore», recordó. «Si tenía que pasarme, tal vez haya sido mejor que me haya pasado ahora.»

En ese momento sonó el móvil en su bolsillo. Era su padre.

—¿Dónde estás?

—En Lund.

—¿La has encontrado?

—No, acabo de llegar. Por cierto, me han pillado de camino aquí.

—¿A qué te refieres?

—Exceso de velocidad.

Él se carcajeó satisfecho.

—¿Qué tal te sentó?

—¿Tú qué crees?

—Creo que te sentiste bastante estúpida.

Ella cambió de tema, enojada.

—Bueno, ¿qué querías?

—Llamaba por si te habías dormido y querías que te despertase.

—No tienes que despertarme, ya lo sabes. He visto que no has venido a casa esta noche.

—Me eché un rato en el castillo. Nos han dejado un par de habitaciones allí.

—¿Qué tal va la investigación?

—Ahora no tengo tiempo de explicártelo. Hasta luego.

Ella se guardó el teléfono en el bolsillo. ¿Por qué la habría llamado? «Seguro que quiere controlarme», concluyó al tiempo que se levantaba del banco.

Era una casa de madera de dos plantas rodeada de un pequeño jardín. La verja estaba oxidada y a punto de soltarse del muro. Llamó a la puerta, pero nadie le abrió. Volvió a llamar y prestó atención, pero no oyó ningún timbre, de modo que golpeó la puerta con el puño tan fuerte como pudo durante un buen rato. Una sombra se dejó ver al otro lado del cristal de la ventana. El chico que abrió rondaba los veinte años de edad. Tenía el rostro lleno de acné. Vestía pantalón vaquero, una camiseta y un gran albornoz de color marrón lleno de agujeros. Linda notó que olía a sudor.

—Estoy buscando a Anna Westin —dijo Linda.

—Pues no está.

—Pero vive aquí, ¿no?

El chico se hizo a un lado y la dejó pasar. Ella sintió sus ojos en la nuca.

—Su habitación está detrás de la cocina —le indicó el chico.

Linda le tendió la mano con desgana. Cuando él correspondió con un apretón de manos sudoroso y lánguido, la joven sintió un escalofrío.

—Zacharias —se presentó el muchacho—. No sé si habrá cerrado con llave.

La cocina estaba sucia; el fregadero, atestado de platos, cubiertos y cacerolas grasientas. «¿Cómo puede vivir Anna entre tanta mugre?», se preguntó. Tanteó la puerta, que no estaba cerrada con llave. Sentía un profundo malestar. El chico la miraba con lujuria. Linda abrió la puerta y Zacharias entró en la cocina. Se puso unas gafas, como para tenerla más a mano con la mirada.

—A Anna no le gusta que entren en su habitación.

—Soy una de sus mejores amigas. Si no hubiera querido que entrase, habría cerrado con llave.

—¿Y cómo sé yo que eres su amiga?

Linda experimentaba un deseo creciente de apartar de un empujón al maloliente joven. Pero se contuvo y dejó la habitación.

—¿Cuándo fue la última vez que la viste?

Él dio un paso atrás.

—¿Qué es esto? ¿Un interrogatorio?

—En absoluto. Es que he estado intentando llamarla pero no consigo localizarla.

Él seguía clavándole aquella mirada.

—Podemos sentarnos en la sala de estar —propuso el joven.

Ella lo siguió por el pasillo hasta la sala de estar, donde había muebles de varios estilos y desvencijados. En una pared colgaba un cartel rasgado con el rostro de Che Guevara y, en otra, un tapiz que rezaba: «Hogar, dulce hogar». Zacharias se sentó ante una mesa en la que había un tablero de ajedrez. Linda se sentó al otro lado, tan lejos como pudo.

—¿Y tú qué estudias? — preguntó curiosa.

—Yo no estudio. Juego al ajedrez.

—¿Se puede vivir de eso?

—Pues no lo sé. Lo único que sé es que yo no puedo vivir sin el ajedrez.

—Pues yo ni siquiera sé cómo se mueven las piezas.

—Si quieres, puedo enseñarte.

«No, gracias», rechazó Linda mentalmente. «Lo que yo quiero es irme de aquí cuanto antes.»

—¿Cuántos vivís aquí?

—Pues eso depende. Ahora somos cuatro. Margareta Olsson, estudiante de economía; yo, que juego al ajedrez; Peter Engbom, que quiere ser físico pero que se ha atascado con la asignatura de historia de las religiones, y Anna.

—Que estudia medicina.

El gesto fue imperceptible, pero ella lo advirtió. El joven se había sorprendido. Al mismo tiempo, Linda recordó el detalle con el que no lograba dar el día anterior.

—Entonces, ¿cuándo la viste por última vez?

—Tengo mala memoria. Pudo ser ayer o hace una semana. En estos momentos estoy estudiando el más virtuoso juego final de Capablanca. A veces pienso que, si fuera posible transcribir los movimientos del ajedrez como notas de música, las partidas de Capablanca serían fugas o grandes misas.

«Vaya, otro loco de la música», sentenció Linda.

—Sí, qué interesante —dijo al tiempo que se levantaba—. ¿Hay alguien más en casa?

—No, estoy solo.

Linda volvió a la cocina y él la siguió. Ella se detuvo y lo miró a los ojos con encono.

—Digas lo que digas, pienso entrar en la habitación de Anna.

—No creo que a ella le guste.

—Pues siempre puedes tratar de impedírmelo.

El chico se quedó inmóvil en el umbral de la cocina, mirándola mientras ella abría la puerta. La habitación de Anna parecía una habitación de soltera de otra época, de dimensiones bastante reducidas y muy estrecha. Había una cama, un pequeño escritorio y una estantería. Linda se sentó en la cama y miró a su alrededor. Zacharias apareció en el umbral. Linda experimentó la repentina sensación de que iba a lanzarse sobre ella, de modo que se levantó. Entonces él dio un paso atrás, pero sin dejar de observarla. «Es como tener bichos por dentro de la ropa», se dijo Linda. Quería abrir los cajones pero, mientras él estuviera mirándola, no se atrevería. Y pensó que más le valía darse por vencida.

—¿Cuándo llegarán a casa los demás?

—No lo sé.

Linda fue a la cocina. Él no la perdía de vista. Y sonrió. Y al hacerlo mostró una hilera de dientes amarillos. Linda empezó a sentirse mareada. Necesitaba salir de aquella casa cuanto antes.

—De verdad, si quieres te enseño cómo se mueven las piezas de ajedrez —insistió el joven.

Ella abrió la puerta de entrada. Después, tomó impulso y atacó:

—Si yo estuviera en tu lugar, me metería enseguida debajo de la ducha —recomendó antes de darse la vuelta y dirigir sus pasos hacia la verja.

Oyó cómo se cerraba la puerta a sus espaldas. Su expedición había fracasado, se decía enfurecida. Lo único que había conseguido era demostrarse a sí misma sus puntos flacos. Le dio una patada a la verja, que golpeó el buzón que estaba fijado a la valla. Se dio la vuelta y comprobó que la puerta de la casa estaba cerrada y que no se entreveía ningún rostro por las ventanas. Abrió el buzón, en el que había dos cartas. Las sacó y vio que una era para Margareta Olsson, de una agencia de viajes de Gotemburgo. La otra, con el nombre del remitente escrito a mano, era para Anna. Linda vaciló un instante, pero, finalmente, se llevó la carta al coche. «He leído su diario», se recriminó, «y ahora le abro las cartas. Pero lo hago porque estoy preocupada, eso es todo.» En el sobre había un papel doblado por la mitad. Cuando lo desplegó, se estremeció sobresaltada. En su interior había una araña seca y aplastada.

El texto estaba incompleto, escrito a mano, y sin firma.

«Estamos en la nueva casa de Lestarp, la que está situada detrás de la iglesia, el primer camino a la izquierda, una señal roja sobre el tronco de un viejo roble, allí detrás. No olvidemos que Satanás tiene un gran poder. Pero nosotros vemos cómo otro ángel poderoso desciende de los cielos envuelto en una nube…»

Linda dejó la carta en el asiento. La idea que se había resistido a ascender a su conciencia lo hizo por fin. Y, después de todo, tenía que agradecérselo al jugador de ajedrez mirón. A todos, salvo a Anna, los presentó con una ocupación. Pero Anna era sólo Anna. Y estudiaba medicina porque quería ser médico. Pero ¿qué le había dicho la propia Anna cuando le contó que había visto a su padre por la calle? Anna le refirió que había visto a alguien caer desplomado al suelo, alguien que necesitaba ayuda. Pero ella no soportaba ver sangre ni accidentes, eso era lo que Anna le había dicho. Y Linda pensó que aquello llamaba la atención en una persona que quería ser médico. Miró la carta que había dejado sobre el asiento. ¿Qué significaba? Otro ángel poderoso desciende de los cielos envuelto en una nube.

La luz del sol era cegadora; pese a que estaban a principios de septiembre, era uno de los días más calurosos del verano. Sacó de la guantera un mapa de Escania y comprobó que Lestarp estaba entre Lund y Sjöbo. Bajó el quitasol del coche. «Es una imagen demasiado infantil», afirmó para sí. «Pero en la carta había una araña muerta que cae como cuando se desinfla un globo. Y Anna no está. La imagen infantil aparece junto a la realidad. La casa de dulces de la realidad. La realidad de unas manos entrelazadas y de una cabeza cortada.»

Fue como si, hasta aquel momento, no hubiese comprendido exactamente qué había visto en la cabaña. Y la figura de Anna, sus rasgos, se desvanecían. «Tal vez ni siquiera estudie medicina», aventuró. «Es como si hoy, en el día más cálido del verano, hubiese descubierto que lo ignoro todo acerca de Anna Westin. Su persona se torna una extraña bruma. O tal vez sea ella quien se ha disfrazado de nube.»

Tomó una decisión. Sin pensárselo mucho, puso rumbo a Lestarp. Aquel día, la temperatura ascendió en Escania hasta casi alcanzar los treinta grados.

23

Linda aparcó ante la iglesia de Lestarp.

Se veía que no hacía mucho que la iglesia había sido restaurada. La puerta brillaba con la reciente mano de pintura. Sobre el dintel colgaba un cuadro, con fondo negro y marco dorado, donde se informaba de que el templo había sido construido en el año 1851, bajo el reinado de Oscar I. Linda tenía un vago recuerdo de que, según le había contado su abuelo, su tatarabuelo había fallecido en alta mar ese mismo año. Hizo memoria al tiempo que buscaba unos servicios en el atrio de la iglesia. Su tatarabuelo se había ahogado durante una travesía en un velero cuyo timón se partió en pedazos, de modo que la embarcación fue a parar al fondeadero de Skagen en medio de una fuerte tormenta con viento del noroeste. Todos murieron, y los cadáveres aparecieron cuando la tormenta cedió, días más tarde; su tatarabuelo recibió sepultura en una tumba anónima. Linda bajó la escalera que conducía hasta la cripta, donde encontró por fin los servicios. El eco de sus pasos retumbaba en el recinto, y sentía el frescor de los gruesos muros de piedra. Abrió la puerta de los servicios y se imaginó de pronto que Anna estaría allí esperándola. Pero los servicios estaban desiertos. Recordó lo que, a propósito del naufragio, le dijo su abuelo: «A mí sólo me interesan las fechas verdaderamente importantes. Como la fecha en que alguien se ahoga o en que alguien nace, como en tu caso».

Cuando hubo terminado, se lavó las manos a conciencia, como para eliminar los restos del lánguido apretón de manos de aquel desagradable jugador de ajedrez. Después observó su rostro en el espejo, mientras se alisaba el pelo: no estaba mal. La boca, como de costumbre, con una expresión demasiado severa; la nariz algo prominente; los ojos, eso sí, muy despiertos, y los dientes muy regulares, lo que solía despertar envidia. Se estremeció ante la idea de que el jugador de ajedrez pudiese haberla besado y se apresuró a subir de nuevo la escalera. Entonces apareció un hombre de edad que llevaba una caja de velas. El hombre dejó la caja sobre una mesa y se llevó la mano a la espalda.

—Dios bien podría evitarle el dolor a un fiel creyente —se lamentó el hombre.

Hablaba en voz baja. Linda comprendió la razón. En efecto, no estaban solos en la iglesia. En un banco había una persona sentada. Linda creyó que se trataba de un hombre. Pero se equivocaba.

—Gudrun reza por sus hijos —explicó el hombre en un susurro—. Viene todos los días. Hemos tenido que cambiar las normas y abrir todos los días, para que ella pueda venir a orar. Yo creo que lleva ya diecinueve años haciéndolo.

—¿Qué ocurrió?

—El tren atropelló a sus dos hijos. Fue una tragedia horrible. Uno de los conductores de la ambulancia que estuvo recogiendo los restos perdió la cordura después de aquello. Al menos, eso dicen. Un día salió con la ambulancia para atender una emergencia y, de repente, le pidió al que conducía que se detuviese. Bajó del coche, se adentró en el bosque y desapareció. Encontraron su cuerpo tres años más tarde. Y Gudrun seguirá viniendo aquí hasta el día de su muerte. Yo creo que morirá en el mismo banco donde suele sentarse.

Dicho esto, el hombre tomó de nuevo la caja de velas y se encaminó al altar por el pasillo central. Linda salió a la luz del sol. «La muerte está en todas partes», constató. «Es como si me llamase e intentase engañarme. No me gustan las iglesias. Y no puedo soportar a las mujeres que lloran solas en las iglesias. ¿Cómo encajar eso con mi deseo de ser policía? ¿Encaja tan mal como el hecho de que Anna no soporte ver sangre ni gente que se desmaya, y quiera ser médico? Tal vez la gente se haga médico por la misma razón por la que se hace policía. Para ver si vale… Pero ver si vale, ¿para qué?», siguió razonando mientras entraba en el cementerio. Deambular entre las lápidas se le antojó algo así como curiosear en las estanterías de una biblioteca. Cada lápida era el lomo o la cubierta de un libro. Allí yacía enterrado el hacendado Johan Ludde, desde hacía noventa y siete años, junto con su esposa Linnea. Ésta contaba sólo cuarenta y uno cuando falleció, mientras que Johan Ludde tenía setenta y seis. Así pues, toda una historia se ocultaba en aquella tumba descuidada a cuyo pie yacían los restos parduscos de un ramo de flores. Linda hojeaba entre los títulos y las portadas. Se imaginaba su propia lápida, la de su padre, las de todos sus amigos. Pero no la de Birgitta Medberg. Aquello le resultaba imposible.

En el césped, vio una lápida semioculta por la grama. Linda se acuclilló y retiró el musgo y la tierra. «SOFIA, 1854—1869» Aquella niña no había vivido más de quince años. ¿Se habría balanceado ella también sobre una barandilla sin que nadie acudiese en su ayuda?

Linda continuó su paseo por el cementerio. Pensó en la arboleda que su padre le había mostrado, donde las lápidas habían sido sustituidas por árboles. ¿Qué aspecto tendría su propio cementerio? Se lo imaginaba semejante al paisaje que había visto durante una excursión por el archipiélago de Estocolmo. El último grupo de islotes, más allá de Möja, donde rocas de diversos tamaños apenas asomaban a la superficie del agua. Un archipiélago. Las rocas serían como los árboles de su padre. «Una roca, un islote, un muerto. Las vías marítimas y las luces de los faros muestran el camino.»

Se dio la vuelta de repente y salió del cementerio casi a la carrera. Había que evitar la muerte. Si llamabas, ella acudía. La puerta de la iglesia se abrió de pronto, pero no fue la muerte quien asomó por ella, sino el sacristán, que ahora llevaba cazadora y una gorra con visera.

—¿Quién es Sofía? — quiso saber Linda.

—Tenemos cuatro difuntos con ese nombre. Dos que alcanzaron una edad muy avanzada, una de treinta años que murió al dar a luz y otra de quince años.

—Yo preguntaba por la más joven.

—Pues lo sabía, pero ya no lo recuerdo bien. Creo que murió de tuberculosis. Una familia pobre, el padre era un tullido, creo. En fin, pobres diablos de hospicio. Pero la lápida la pagó uno de los comerciantes de Lestarp. Y corrían rumores, claro está.

—¿Qué rumores?

—Pues que había dejado a la niña embarazada. Y que quería acallar su conciencia pagándole una lápida. Pero eso yo no puedo asegurarlo, claro.

Linda lo acompañó hasta su coche.

—¿Conoces los nombres de todos los difuntos y sus historias?

—No de todos, pero sí de la mayoría. No hay que olvidar que las tumbas se reutilizan. Bajo los muertos recientes yacen otros más antiguos. También entre los muertos existen varias generaciones, distintos pisos en el jardín de los difuntos. Y sus voces susurran.

—¿Cómo?

—Verás, yo nunca he visto fantasmas. Pero te aseguro que oigo sus susurros entre las lápidas. Yo creo que uno debe escoger a quién tener a su lado cuando lo entierren. Porque muertos hemos de estar ahí abajo mucho tiempo, por así decirlo. ¿Y quién quiere caer al lado de una vieja cascarrabias? ¿O de un viejo incapaz de cerrar el pico y que, además, no sepa contar una buena historia? Se oyen las voces, los susurros. Y estoy seguro de que algunos muertos se divierten más que otros. — Abrió la puerta del coche y se protegió los ojos del sol con la mano para poder verla bien—. ¿Quién eres tú?

—Estoy buscando a una amiga.

—Eso está bien, ir en busca de una amiga en un hermoso día en que brilla el sol. Espero que la encuentres. — El hombre sonrió—. Pero ya te digo que nunca he visto fantasmas.

Linda lo vio alejarse.

«Yo sí he visto fantasmas», se dijo, «y, precisamente por eso, sé que no existen.»

No subió al coche, y siguió el camino que conducía a la parte posterior de la iglesia y del cementerio. Descubrió el árbol con la marca roja casi de inmediato. Tomó un camino que descendía hacia una hondonada. La casa era vieja y estaba muy descuidada. Uno de los laterales era de madera pintada de rojo, el resto de piedra encalada. El tejado había sido reparado con lajas de pizarra de distintos colores. Linda se detuvo y echó una ojeada a su alrededor. Reinaba el más absoluto silencio. Un tractor oxidado, prácticamente cubierto de matojos, asomaba junto a unos manzanos. La puerta de la casa se abrió y una mujer vestida de blanco salió y se encaminó directamente hacia Linda. ¿La habrían descubierto? No comprendía cómo. No había visto a nadie por el camino, y ahora se encontraba oculta entre los árboles. Pero la mujer iba hacia ella, no cabía la menor duda. Al acercarse, le sonrió. Parecía de la misma edad que Linda.

—He visto que necesitabas ayuda —aseguró la mujer, ya ante ella, en una mezcla de danés e inglés.

—Estoy buscando a una amiga —aclaró Linda—. Anna Westin.

La mujer volvió a sonreír.

—Aquí ninguno de nosotros tiene nombre. Sígueme al interior de la casa, quizá la encuentres allí.

La suavidad de su voz hizo dudar a Linda. Pese a que sintió que estaba a punto de caer en una trampa, la siguió. La mujer abrió la puerta y entraron en una fresca penumbra. Habían eliminado todos los muros interiores, la sala estaba encalada, las paredes desnudas y grandes planchas de madera, sin alfombras, cubrían el suelo. Tampoco había muebles, pero, en una de las paredes, entre dos ventanas en arco de medio punto con gruesas bisagras de hierro, colgaba una cruz de color negro tallada en madera. Alrededor de las paredes, en el suelo, había personas sentadas. A Linda le llevó un rato conseguir que la vista se habituase a la escasa luz. Aquél era, en efecto, uno de los pocos puntos débiles que había detectado en sí misma durante los años en la Escuela Superior de Policía. Sus ojos necesitaban bastante tiempo para adaptarse a la luz o la oscuridad. Incluso consultó con un médico, que le examinó los ojos. Pero todo estaba bien; simplemente, ella necesitaba más tiempo para adaptarse al pasar de la luz a la oscuridad.

Las personas sentadas en el suelo, la mayoría de ellas rodeándose las rodillas con los brazos, eran de diversas edades. Nada tenían en común, salvo que se hallaban en la misma sala y que estaban sentadas en completo silencio. También vestían de modo distinto unas de otras. Así, un hombre que llevaba el pelo corto vestía traje y corbata y, a su lado, había una mujer de edad que llevaba un vestido muy sencillo. Linda paseó la mirada por la sala. Anna no se encontraba allí. La mujer la miró inquisitiva, y Linda negó con un gesto.

—Hay otra sala —explicó la mujer.

Linda la siguió. Las paredes estaban pintadas de blanco, las ventanas eran rectangulares y no tenían las bisagras de hierro. También allí había gente sentada en el suelo, apoyada contra la pared. Linda observó todos los rostros de la habitación. Anna no estaba. Pero ¿qué sucedía en aquella casa, en realidad? ¿Qué decía la carta que leyó sin permiso? ¿Un ángel envuelto en una nube? «¿Qué está pasando aquí?», se extrañó. Al mismo tiempo, no cesaba de preguntarse cómo habían podido verla desde el interior. ¿Tendrían puestos de vigilancia en los árboles que rodeaban la casa?

—Salgamos —propuso la mujer que la había acompañado.

Salieron al jardín, en la parte posterior de la casa, donde había sillas y mesas de madera dispuestas a la sombra de un haya. Se acomodaron allí. Linda había empezado a sentir una gran curiosidad. Aquellas personas guardaban algún tipo de relación con Anna. Linda resolvió revelar sin más rodeos a qué había ido allí.

—Estoy buscando a Anna Westin. Ha desaparecido. Encontré en su buzón una carta en la que se daban instrucciones de cómo llegar aquí. Comprendo que aquí nadie tenga nombre, pero para mí ella es Anna Westin.

—¿Puedes explicarme qué aspecto tiene?

«Esto no me gusta nada», decidió. «Esa sonrisa, esa paz, son artificiales. La sensación es de lo más desagradable. Como cuando le estreché la mano al jugador de ajedrez.»

Linda describió entonces a su amiga Anna. La mujer no cesaba de sonreír.

—Creo que no la he visto —declaró al fin—. ¿Tienes aquí la carta?

—La dejé en el coche.

—¿Y dónde está el coche?

—Lo he aparcado delante de la iglesia. Es un Golf de color rojo. La carta está en el asiento delantero. Y no cerré el coche con llave. Una imprudencia. — Se hizo el silencio. El malestar de Linda crecía a cada segundo—.¿Qué hacéis aquí?

—Supongo que eso ya te lo habrá contado tu amiga. Todos los miembros deben conducir a otras personas a nuestro templo.

—¿Esto es un templo?

—¿Qué iba a ser, si no?

«Claro, ¿qué iba a ser, si no?», ironizó Linda, «esto es un templo, y no una vieja finca abandonada de Escania, donde pequeños labriegos y campesinos se dejaban la vida para poder subsistir.»

—¿Y cómo os llamáis?

—Ya te he dicho que no utilizamos nombres. Nuestra comunidad nace del interior, del aire que compartimos y respiramos todos.

—Eso suena extraño…

—Lo evidente suele ser lo más misterioso. Una pequeña grieta en una caja de resonancia modifica la acústica. Y si desaparece el fondo de la caja, la música deja de sonar. Lo mismo sucede con las personas. No podemos vivir si no existe un sentido superior.

Linda no comprendía las respuestas que le daba aquella mujer. Y a ella no le gustaba no comprender. Así que dejó de preguntar.

—Bien, creo que debo irme —anunció al tiempo que se ponía de pie.

Se marchó de allí a buen paso, sin volverse a mirar, y sólo se detuvo al llegar al coche. Sin embargo, en lugar de partir de inmediato, permaneció sentada un instante. Los rayos del sol se filtraban a través de las hojas de los árboles y la cegaron. Estaba a punto de poner el motor en marcha cuando vio que un hombre se acercaba caminando por la explanada de gravilla.

Al principio sólo percibió su silueta, pero cuando el hombre quedó bajo la sombra de los altos árboles que bordeaban el muro del cementerio, sintió que el aire se le helaba en los pulmones. En efecto, reconoció su nuca. Pero no sólo la nuca. Durante el breve intervalo en que pudo verlo antes de que desapareciese de nuevo bajo la luz del sol, la voz de Anna se dejó oír en su interior. Una voz clara que le hablaba del hombre que su amiga había visto en Malmö, a través del ventanal de un hotel. «Yo lo veo a través de otra ventana, la de un coche», se dijo Linda, «pero tengo la impresión de que el hombre al que acabo de ver es el padre de Anna. Es absurdo, pero no puedo evitar pensar así.»

24

El hombre desapareció en la calima. «¿Qué historia podía contar una nuca?», cavilaba Linda. Se preguntaba por qué, durante un instante, había estado convencida de algo que de ninguna manera podía saber: es imposible reconocer a una persona a la que uno no ha visto nunca. De nada le servían las fotografías de Anna y la imagen que ésta le describió cuando le contó que creía haberlo visto por la calle, ante el ventanal de un hotel de Malmö.

Negó con la cabeza, como para apartar aquella idea de su mente, y echó una ojeada al retrovisor. La explanada que se extendía ante la iglesia estaba vacía. Aguardó unos minutos, sin saber muy bien qué. Después, puso rumbo de vuelta a Lund. Era a primera hora de la tarde y el sol brillaba aún con intensidad: el calor parecía suspendido en el aire. Aparcó el coche ante la puerta de la casa que había visitado antes y se preparó para un nuevo encuentro con el jugador de ajedrez antes de atravesar la verja. Pero, cuando la puerta se abrió, fue una chica quien apareció tras ella. Era unos años más joven que Linda, llevaba el cabello teñido de color rojo intenso con mechas azules y una cadena le colgaba desde un lado de la nariz hasta la mejilla. Vestía unas prendas de color negro que parecían una combinación de piel y plástico. Calzaba un zapato negro en un pie. El otro era blanco.

—No hay habitaciones libres —explicó la chica en tono irritado—. Si has visto algún cartel en la Asociación Académica, es mentira. ¿Quién te ha dicho que tenemos habitaciones?

—Nadie. Estoy buscando a Anna Westin. Soy amiga suya. Me llamo Linda.

—Creo que no está, pero puedes mirar tú misma.

La joven se apartó y dejó pasar a Linda, que echó un vistazo a la sala de estar. El tablero de ajedrez seguía allí, pero no el jugador.

—Estuve aquí hace unas horas —explicó Linda—. Pero entonces estuve hablando con el que juega al ajedrez.

—Tú puedes hablar con quien quieras, por supuesto —respondió con antipatía.

—¿Tú eres Margareta Olsson?

—Ése es mi nombre artístico.

Linda quedó pasmada. Margareta la miró divertida.

—En realidad, me llamo Johanna von Lööf. Pero prefiero usar un nombre más corriente. De modo que me he rebautizado con el de Margareta Olsson. En este país no existe más que una Johanna von Lööf, pero varios miles de Margareta Olsson. Quiero decir, ¿quién desea estar solo?

—No, claro, ¿quién? Si no recuerdo mal, tú estudiabas derecho, ¿no?

—Error. Economía.

Margareta señaló hacia la cocina.

—¿No quieres mirar a ver si está?

—Tú ya sabes que no está, ¿no es así?

—Pues claro que lo sé. Pero yo no le impido a nadie que compruebe por sí mismo.

—¿Tienes un momento?

—Yo tengo todo el tiempo del mundo. ¿Tú no?

Las dos muchachas se sentaron en la cocina. Margareta estaba tomándose un té, pero ni se molestó en ofrecerle una taza a Linda.

—Economía…, vaya, eso no suena fácil.

—Pues no, es difícil, como todo en la vida. Pero yo tengo un plan. ¿Quieres escucharlo?

—Me encantaría.

—Si te da la sensación de que estoy fanfarroneando o de que me pongo chula, es una sensación correcta. Nadie cree que una chica que lleva una cadena en la nariz pueda tener ojo para los negocios. Ya he engañado a muchos, sólo con eso. Pero verás, éste es mi plan: estudiaré economía durante cinco años. Después trabajaré en prácticas en algunos bancos y con algunos agentes de bolsa extranjeros. Dos años, ni uno más. Durante ese tiempo me quitaré las cadenas, claro. Pero sólo de forma transitoria. Cuando empiece con mi propio negocio, volveré a ponérmelas. Puede que hasta celebre el fin de mis estudios haciéndome algunos agujeros más en el cuerpo, ¿quién sabe? Calculo que eso me llevará unos siete años. Entre tanto, me habré hecho con un capital propio de un par de millones.

—¿Es rica Johanna von Lööf?

—Su padre perdió una serrería que tenía en la costa de Norrland especulando con ella en bolsa el mismo año en que Johanna nació. A partir de entonces, casi todo fue de mal en peor; un asco. Poco dinero, un apartamento de dos dormitorios en Trelleborg, un padre que era una especie de vigilante del puerto… Pero yo tengo mis acciones. Y conozco el mercado, entro y salgo, compro y vendo, y me guardo los beneficios. Basta con escuchar la pantalla del televisor, el teletexto, los movimientos de la bolsa…, y así sabe una cuándo se presentan las oportunidades.

—Vaya, y yo que creía que lo que se hacía era ver la tele…

—Bueno, hay que mirar igual que escuchas. De lo contrario, no encuentras las oportunidades de comprar que vas buscando. Soy como un lucio enlutado y descarado que acecha tras el cañaveral y ataca en cuanto la presa se presenta. Me llevará siete años, más otros tres con mi propio negocio, diez, conseguir una fortuna. Y entonces les habré sacado partido a los estudios. Cuando me retire, tendré treinta y dos años. Y a partir de ahí no pienso trabajar más el resto de mi vida.

—¿Y qué piensas hacer?

—Mudarme a Escocia y contemplar amaneceres y atardeceres.

Linda no estaba muy segura de que Margareta no estuviese tomándole el pelo. La joven pareció leerle el pensamiento.

—No me crees, ¿eh? Bueno, tú verás. Si quieres, nos vemos dentro de diez años y ya veremos si yo tenía o no razón.

—Sí, te creo.

Margareta negó con un gesto de irritación.

—No, no es verdad. En fin, ¿qué querías saber?

—Estoy buscando a Anna. Es amiga mía y me pregunto si le habrá sucedido algo, porque no está localizable en ninguna parte y no llama nunca.

—¿Y qué puedo hacer yo?

—¿Cuándo la viste por última vez? ¿La conoces bien?

La respuesta fue mordaz y muy resuelta.

—No me gusta, así que procuro hablar con ella lo menos posible.

Linda no había oído jamás algo así, que Anna no le cayese bien a alguien. Los recuerdos acudieron veloces a su memoria: ella solía tener problemas con sus compañeros de clase. Pero Anna, jamás.

—¿Por qué?

—Me parece una engreída. Y puesto que yo también lo soy, suelo tener consideración con las personas que se comportan como yo. Pero con ella no. No soporto su engreimiento; no puedo con él. — La chica se levantó y fregó su taza—. Pero, claro, a ti quizá no te guste oír hablar mal de tu amiga, ¿no?

—Bueno, cada uno tiene derecho a opinar como quiera.

Margareta se sentó de nuevo ante la mesa.

—Hay una cosa más —añadió—. O quizá dos. La primera, que es una tacaña; la segunda, que no dice la verdad. No se puede confiar en ella. Ni en lo que dice, ni en lo que promete, ni cuando asegura que va a dejar de tomarse mi leche o de comerse las manzanas de otro.

—Ésa no es la Anna que yo conozco.

—Puede que la que vive aquí sea otra Anna, no tu amiga. A mí no me gusta ella. Y a ella no le gusto yo. Así que estamos en paz. Cada una ha aprendido a conocer las costumbres de la otra. Yo nunca como a la misma hora que ella y, como hay dos cuartos de baño, no tenemos por qué chocar.

En ese momento, sonó el móvil de Margareta. La joven respondió y salió de la cocina. Linda se esforzaba por comprender lo que acababa de oír. Le resultaba cada vez más evidente el hecho de que la Anna que acababan de describirle no era la misma que ella había conocido desde la niñez. Por más que Margareta, o Johanna, diese una impresión curiosamente paradójica, no se le ocultaba que lo que la joven le había dicho sobre Anna era cierto. «Ya no tengo nada que hacer aquí», sentenció para sí. «Anna se mantiene apartada porque quiere. Y existe una explicación para ello, al igual que para la circunstancia de que ella y Birgitta Medberg se conociesen.»

Linda se puso de pie, dispuesta a marcharse, cuando Margareta volvió a entrar en la cocina.

—¿Estás enfadada?

—¿Y por qué iba a estarlo?

—Porque he hablado mal de tu amiga.

—No, no estoy enfadada.

—En ese caso, tal vez seas capaz de escuchar cosas peores, ¿no?

Las dos se sentaron de nuevo y Linda notó que estaba tensa y llena de curiosidad.

—¿Sabes lo que estudia tu amiga? — preguntó Margareta.

—Estudia medicina.

—Sí, eso creía yo. Bueno, eso creíamos todos. Pero después oí rumores de que la habían expulsado de la facultad. Se decía que había copiado. Aunque no sé si es verdad. Quizá lo dejó por otros motivos; no sé, a nosotros no nos contó nada. Y fingió que seguía estudiando medicina. Pero lo cierto es que no. En realidad, se dedica a algo muy distinto.

—¿Sí?

Margareta reflexionó un instante antes de proseguir.

—Se dedica a lo que a mí me parece que es su lado bueno. Su único lado bueno.

—Ajá, ¿y qué es?

—Pues reza.

—¿Que reza?

—Seguro que has oído antes esa palabra, ¿no? «Rezar.» Lo que se hace en las iglesias, ya sabes.

De pronto, Linda perdió la paciencia.

—Pero ¿quién te crees que eres? Claro que sé lo que es rezar. Dices que Anna reza, pero ¿dónde, cómo, cuándo, por qué…?

A Margareta no pareció afectarle su arrebato de ira, y Linda se preguntó con cierta envidia de dónde le vendría aquel autocontrol que ella misma no poseía.

—Yo creo que es sincera. Está buscando algo; no es una mentira ni una manera de hacerse la interesante, ¿sabes? Creo que la entiendo. No me cuesta lo más mínimo entender que haya personas que busquen la riqueza interior, igual que yo busco otra muy distinta.

—¿Y tú cómo sabes todo eso, si no hablas nunca con ella?

Margareta se inclinó hacia ella.

—Porque espío. Escucho a hurtadillas. Yo soy de esas personas que están detrás de todas las cortinas y oyen y ven todo lo que ocurre. Y no estoy bromeando. En realidad, tiene que ver con mi visión de la economía. En la enorme catedral de la economía de mercado, uno tiene que saber tras qué pilares esconderse para poder hacerse con la mejor información.

—Pero ¿hay alguien aquí a quien ella se confíe?

—Curiosa palabra, «confiarse». ¿Qué quiere decir? Yo no tengo ninguna persona a la que me confíe; y Anna Westin tampoco. Si quieres que siga siendo sincera, tu amiga es una persona inusualmente tonta. Cuando la conocí me dije: «Dios me libre de que a mí, algún día, tenga que diagnosticarme y tratarme un médico como ella». Eso fue cuando aún creía que estudiaba medicina, claro. Anna Westin habla en voz alta y clara y sin parar. Y todos los que vivimos en esta casa creemos que las charlas que da aquí en la cocina son sermones inútiles e ingenuos. Siempre moraliza. Y ninguno de nosotros lo resiste, salvo, quizá, nuestro querido jugador de ajedrez. Pero creo que es porque tiene el vano sueño de llevársela a la cama algún día.

—¿Y tú crees que lo conseguirá?

—De ninguna manera.

—¿Qué quieres decir exactamente con que moraliza?

—Pues que siempre está hablando de la pobreza de nuestras vidas, de que no nos preocupa nuestro mundo interior. La verdad, no sé muy bien en qué cree. Cristiana sí es, desde luego. En una ocasión, intenté hablar con ella del Islam. Pero se puso fuera de sí. Es cristiana; conservadora y cristiana, creo. No sé mucho más. Pero tiene algo, hay en ella un fondo de autenticidad cuando expone sus ideas religiosas. A veces se oyen sus rezos al otro lado de la puerta de su dormitorio. Y suena auténtico, honrado. Entonces no miente ni roba. En fin, Anna es la que es, y ya no sé decirte más. — Cuando acabó, Margareta la miraba fijamente—. ¿Ha ocurrido algo?

Linda movió la cabeza.

—No lo sé. Quizá.

—¿Estás preocupada?

—Sí.

Margareta se levantó.

—Anna Westin tiene un dios que la protege. Al menos, eso dice. Siempre anda jactándose de ello. Un dios y, además, un santo protector terrenal al que llama Gabriel. ¿Ése no era un ángel? La verdad es que apenas me acuerdo de esas cosas. Pero, con tanto guardaespaldas supraterrenal, no creo que le pase nada malo. — La joven le tendió la mano—. Bueno, ahora tengo que irme. ¿Eres estudiante?

—Soy policía. Bueno, voy a serlo.

Margareta la miró llena de curiosidad.

—Seguro que llegarás a serlo. Con tantas preguntas como haces…

Linda cayó en la cuenta de que, precisamente, le quedaba aún una pregunta por hacer.

—¿Conoces a una chica llamada Mirre?

—No.

—¿Sabes si Anna conoce a alguien con ese nombre? Dejó un recado en el contestador de Anna.

—Puedo preguntar a los demás.

Linda le dejó su número de teléfono y abandonó la casa. La personalidad de Margareta Olsson, su seguridad en sí misma, suscitaban en Linda una envidia indefinible. ¿Qué tenía aquella muchacha que le faltase a ella? Linda no lo sabía.

Se dirigió a Ystad, a la calle de Mariagatan, aparcó el coche, compró algo de comida y notó que estaba cansada. A las diez de la noche, cayó vencida por el sueño.

La mañana del lunes, Linda despertó al oír cerrarse la puerta del apartamento. Se sentó en la cama aún medio dormida. Eran las seis de la mañana. Volvió a acostarse e intentó conciliar el sueño una vez más. Las gotas de lluvia tamborileaban sobre el alféizar de la ventana. Ese sonido le recordaba los de la niñez. Las gotas de lluvia, el sordo arrastrar de las zapatillas de Mona y los pasos decididos de su padre… Hubo un tiempo en que escuchar los pasos de sus padres al otro lado de la puerta del dormitorio le infundía una gran inseguridad. Desechó los recuerdos con un gesto antes de levantarse. Tiró del estor, que se enrolló de un golpetazo. La llovizna pintaba la calle de gris. En el termómetro de la cocina comprobó que estaban a doce grados. El tiempo había vuelto a cambiar. Su padre había olvidado apagar una de las placas de la cocina. La taza de café estaba a medio terminar. «Está preocupado y se ha marchado a toda prisa», concluyó.

Tomó el periódico y lo hojeó hasta llegar a las páginas en que figuraban los sucesos del bosque de Rannesholm. La noticia incluía una breve entrevista a su padre. Que era demasiado pronto, que no sabían, que carecían de pistas, pero que, tal vez, pese a todo, tuviesen algo, que no podía decir más por el momento. Dejó el diario y empezó a pensar en Anna. Si Margareta Olsson tenía razón, y no había motivo para dudar de ello, durante el último año Anna se había transformado en una persona totalmente distinta a la que ella conocía. Pero ¿por qué se obstinaba en mantenerse oculta? ¿Por qué aseguraba que había visto a su padre? ¿Por qué no decía Henrietta la verdad? Y aquel hombre que había cruzado la explanada ante la iglesia, bajo el sol, ¿por qué creía ella que era el padre de Anna?

Existía, además, otra cuestión decisiva: ¿qué relación había entre Anna y Birgitta Medberg?

Le costaba ordenar las ideas. Se preparó un café y escribió sus reflexiones en el bloc de notas. Pero terminó arrugando la hoja y arrojándola a la papelera. «Tengo que hablar con Zebran», resolvió al fin. «A ella sí puedo decirle lo que pienso. Ella no pierde el contacto con la realidad y me dirá lo que tengo que hacer.» Decidida; se dio una ducha, se vistió y llamó a su amiga. Pero la voz del contestador automático la invitó a dejar un mensaje, de modo que la llamó al móvil, que estaba apagado. Puesto que estaba lloviendo, pensó que no sería lógico que Zebran hubiese salido a dar un paseo con el niño y que probablemente estuviese en casa de su prima.

Linda se sentía impaciente e irritada. Consideró la posibilidad de llamar a su padre e incluso a su madre, sólo por tener con quien hablar. Sin embargo, llegó a la conclusión de que no quería molestar a su padre; por otro lado, con su madre, la conversación podía durar horas, y eso era lo último que deseaba en aquel momento. Así pues, se puso las botas, tomó el chubasquero y bajó al coche. Empezaba a acostumbrarse a disponer de un vehículo, lo que le pareció peligroso. Cuando Anna volviese, ella tendría que volver a ir a pie a todas partes cuando no pudiese tomar prestado el coche de su padre. Salió de la ciudad y se detuvo a repostar en una estación de servicio. El hombre que había en el surtidor de al lado le hizo un gesto a modo de saludo. A Linda le sonaba, pero no sabía quién era, hasta que coincidieron en la caja y cayó en la cuenta de que se trataba de Sten Widén, el amigo de su padre que sufría cáncer y al que le quedaban pocos meses de vida.

—Eres Linda, ¿verdad? — Su voz sonaba ronca y denotaba cansancio.

—Sí, y tú eres Sten, ¿no?

Él se echó a reír con una risa convulsa que pareció costarle gran esfuerzo.

—¡Vaya!, te recuerdo de niña y ahora, de repente, ya eres toda una mujer. ¡Y policía!

—¿Qué tal va el negocio de los caballos?

Sten no respondió hasta que Linda no hubo terminado y ambos pudieron salir de la tienda.

—Seguro que tu padre ya te lo ha contado —contestó Sten Widén—. Te habrá dicho que tengo cáncer y que moriré pronto. Me desharé de los últimos caballos la semana que viene. Así están las cosas. Que tengas suerte en la vida.

Sin aguardar respuesta, el hombre se sentó en el mugriento Volvo y se marchó de allí. Linda lo siguió con la mirada y sólo se le ocurrió pensar que sentía una enorme gratitud por no ser ella la que estaba a punto de vender sus últimos caballos.

Puso rumbo a Lestarp y aparcó junto a la iglesia. «Alguien tiene que saberlo», se empecinó. «Si Anna no está allí, ¿dónde está?» Se puso la capucha del chubasquero de color amarillo y recorrió a buen paso el camino que discurría por la parte posterior de la iglesia. No vio a nadie en los alrededores de la casa, y el agua de la lluvia arrancaba destellos al tractor oxidado. Aporreó la puerta, que se abrió despacio: la habían dejado entornada. Preguntó en voz alta si había alguien en la casa, sin obtener respuesta. Cuando entró, comprendió que estaba vacía, abandonada. Miró la pared, pero la cruz de color negro había desaparecido. Y daba la sensación de que la casa llevase mucho tiempo vacía.

Linda permaneció inmóvil en el centro de la sala. «El hombre de la explanada», se dijo, «el que ayer creí que era el padre de Anna. Cuando llegó él, todos se marcharon.»

Dejó la casa y partió en dirección a Rannesholm. Le dijeron que su padre se encontraba en el castillo, reunido con sus colaboradores. Llegó a pie hasta el edificio bajo la intensa lluvia y se dispuso a aguardar en el gran vestíbulo. Pensó en lo último que le había dicho Margareta Olsson. Que Anna Westin no tenía por qué preocuparse, pues contaba con algunos protectores. Un dios y un ángel llamado Gabriel. Pensó que aquella información era importante, aunque no supo decir por qué.

25

Su padre nunca dejaba de sorprenderla. Mejor dicho, lo que la sorprendía era que, a esas alturas, ella no hubiese comprendido que su padre, siempre inmerso en ese mar de rutinas estrictas por el que navegaba, podía resultar imprevisible y cambiante. Como en aquel momento, cuando lo vio franquear una puerta y salir al gran descansillo de la escalera del castillo de Rannesholm en dirección a ella. «Está cansado», constató, «sí, cansado, enojado y preocupado.» Pero se equivocó: estaba de buen humor. Se sentó junto a ella en un sofá del vestíbulo y le refirió una historia insulsa, sobre una ocasión en que él había olvidado un par de guantes en un restaurante y, como no aparecían, le ofrecieron un paraguas roto para compensarlo por la pérdida. «¿Estará perdiendo el juicio?», se sorprendió Linda. Sin embargo, cuando Martinson se les unió y su padre desapareció para ir a los servicios, el agente le comentó que, por el momento, se lo veía muy contento, probablemente porque su hija había vuelto a la ciudad de su niñez. Martinson se marchó al ver llegar a Kurt Wallander, que se dejó caer pesadamente en el sofá. Ella le contó su encuentro con Sten Widén.

—La verdad, se enfrenta a su destino con una entereza admirable —opinó él una vez que su hija hubo concluido—. Me recuerda a Rydberg, que también mostró la misma serenidad ante lo que lo esperaba. A veces pienso que tal vez sea una gracia deseable el que, llegado el momento, nos mostremos más fuertes de lo que creíamos.

Unos agentes de seguridad ciudadana pasaron haciendo ruido con unas cajas de material de peritaje. Después volvió a reinar el silencio.

—¿Qué tal va la cosa? — preguntó Linda con cautela.

—Mal. O, más bien, despacio. A mayor urgencia, más impaciencia por nuestra parte, precisamente cuando más pacientes hemos de ser. Yo conocía a un policía de Malmö llamado Birch que solía comparar el trabajo de los investigadores policiales con el de los médicos. Ellos contienen toda impaciencia ante una operación quirúrgica compleja; en tales circunstancias, lo que se precisa es tranquilidad, tiempo, paciencia. Algo parecido nos sucede a nosotros. Birch también está muerto, por cierto. Se ahogó en un lago. Salió a dar unas brazadas, le dio un calambre y nadie lo oyó. ¡Quién lo mandaría ir a nadar a aquel lago! Podía habérselo pensado dos veces, digo yo. Pero, en fin, ahora está muerto. No para de morirse gente, y a todas horas… Sí, ya sé que es una idea absurda, la gente nace y muere constantemente. Sólo que uno se vuelve más consciente de ello a medida que avanza en la cola. Cuando mi padre murió, yo pasé a ocupar el primer puesto en la fila. — Dicho esto, guardó silencio y se miró las manos. Después, se volvió hacia ella con una sonrisa-: ¿Qué me has preguntado?

—Que cómo iba la cosa.

—No tenemos la menor pista ni sobre el móvil ni sobre el asesino. Y tampoco sobre quién se cobijaba en aquella cabaña.

—¿Y tú qué crees?

—No debes preguntarme eso jamás, ya lo sabes. No me preguntes qué creo; pregúntame sólo qué sé o qué sospecho.

—Bueno, tenía curiosidad…

Su padre lanzó un suspiro elocuente.

—Bien, te contestaré; por esta vez, haré una excepción. Yo creo que Birgitta Medberg se equivocó de camino y se topó con la cabaña fortuitamente mientras buscaba antiguos senderos de peregrinos. Y resultó que allí había alguien que acabó con ella, bien por miedo, bien en un arrebato de locura. Sin embargo, el hecho de que la descuartizase lo complica todo.

—¿Habéis encontrado el resto del cuerpo?

—No, estamos sondeando el lago. Y los perros están peinando cada palmo del bosque. Pero, hasta el momento, no hay nada. Y nos llevará bastante tiempo. — Enderezó la espalda en el sofá, como si el tiempo estuviese escapándosele de las manos—. Me figuro que deseas contarme algo, ¿no es así?

Linda le refirió las conversaciones que había mantenido con el jugador de ajedrez y con Margareta Olsson. Y le habló, esforzándose por no omitir ningún detalle, de la casa situada detrás de la iglesia de Lestarp.

—Demasiadas palabras —opinó él una vez que ella hubo terminado—. Podrías haber dicho lo mismo, y mucho mejor, con menos palabras.

—Estoy practicando. Bueno, ¿has entendido lo que te he dicho?

—Sí.

—Entonces he debido de contártelo lo suficientemente bien como para que no me suspendas, ¿no?

—¿Una be con interrogación? — aventuró él.

—¿Y qué es eso?

—Pues una de las calificaciones que podían obtenerse cuando yo iba a la Escuela. Por debajo de be?, estabas suspendido.

—Bueno, pero ¿qué me recomiendas que haga?

—Que dejes de preocuparte. No prestas atención a lo que te digo. Birgitta Medberg se vio expuesta a una circunstancia totalmente fortuita, a un error que ella misma cometió, podría decirse que de proporciones casi bíblicas: eligió el camino equivocado. La doctrina cristiana está plagada de caminos rectos y equivocados, angostos y anchos, sinuosos y traicioneros. O mucho me equivoco, o Birgitta Medberg tuvo una mala suerte espantosa. Si fue así, no hay ningún motivo para pensar que Anna haya sufrido ningún daño. Tal y como se desprende del diario, existe algún tipo de relación entre ellas dos, pero dicha relación no arrojará ninguna luz sobre el caso.

En ese momento aparecieron Ann-Britt Höglund y Lisa Holgersson. Parecían tener prisa. Lisa saludó a Linda con un gesto amable, en tanto que Ann-Britt Höglund no pareció notar siquiera su presencia. Kurt Wallander se puso de pie.

—Vete a casa —le aconsejó a Linda.

—La verdad es que necesitaríamos tus servicios ya —admitió Lisa Holgersson—. Pero no llega el dinero. ¿Cuándo empiezas, exactamente?

—El lunes que viene.

—Estupendo.

Linda los vio marcharse, antes de dejar ella misma el castillo. Seguía lloviendo y notó que la temperatura había descendido; el tiempo parecía oscilar como un péndulo, sin acabar de decidirse. De regreso al coche, recordó un juego con el que solían entretenerse Anna y ella: jugaban a adivinar qué temperatura hacía, tanto fuera como dentro de casa. Anna era muy buena, y los grados que sugería eran siempre los más próximos a la realidad. Linda se detuvo junto al coche. Aún emergió, casi a su pesar, un detalle más de ese recuerdo. Linda se preguntaba cómo era posible que Anna tuviese aquella capacidad para adivinar la temperatura, algo, al fin y al cabo, invisible. En alguna ocasión había sospechado que su amiga hacía trampas. Pero ¿qué clase de trampas? ¿Acaso llevaba un termómetro escondido bajo la manga? «Tengo que preguntárselo», resolvió Linda. «El día en que Anna regrese, tendré muchas preguntas que hacerle. Eso significa que, tal vez, este corto periodo de tiempo que hemos invertido en intentar recuperar una vieja amistad quedará en eso y nada más.»

Se sentó en el coche sin dejar de cavilar. ¿Por qué iba a regresar a casa? Lo que le había dicho su padre la había tranquilizado y la había convencido de que, ciertamente, nada malo le había ocurrido a Anna. Pero aquella casa situada detrás de la iglesia la llenaba de curiosidad. ¿Por qué habían desaparecido todos de repente? «Pensándolo bien, nada me impide intentar averiguar quién es el propietario de la casa», se dijo. «Para eso no necesito ni un permiso ni un uniforme» Volvió, pues, a tomar la carretera en dirección a Lestarp y aparcó en el mismo lugar que las otras veces. La verja de la iglesia estaba entornada y, tras vacilar un instante, la abrió. En el atrio halló al hombre con el que había hablado la vez anterior y que la reconoció enseguida.

—¡Vaya! Ya veo que no puedes pasar sin visitar nuestro hermoso templo, ¿eh?

—Bueno, he venido porque tengo una pregunta que hacerle.

—Igual que todos, ¿no crees? Todos entramos en las iglesias porque tenemos preguntas que hacer.

—Ya, pero no es ese tipo de pregunta… En realidad, se trata de la casa que hay en la parte posterior. ¿Quién es el propietario?

—La verdad, ¡ha pasado por tantas manos! Cuando yo era joven la habitaba un agricultor renco llamado Johannes Pålsson. Trabajaba de encargado en la finca de Stiby Gård y dicen que era un as arreglando porcelana. Los últimos años los pasó solo en la casa. Había instalado a los cerdos en la sala principal y a las gallinas las tenía en la cocina. Cuando él se marchó, la ocupó alguien que la utilizó como granero durante un tiempo. Después pasó a manos de un tratante de caballos y luego, más o menos desde los años sesenta, ha ido cambiando de propietarios; si supe alguna vez sus nombres, ya los he olvidado.

—En otras palabras, que no sabes quién es el dueño actual.

—Pues no, no lo sé. Últimamente he estado viendo gente entrar y salir, muy tranquilos y discretos. Hay quien dice que se dedicaban a meditar ahí dentro. Pero a nosotros nunca nos molestaron. En cualquier caso, no he oído nunca el nombre del propietario, aunque supongo que podrán decírtelo en el registro de la propiedad.

Linda reflexionó un instante. ¿Qué habría hecho su padre?

—¿Quién conoce todo lo que se dice en el pueblo?

El hombre la miró inquisitivo.

—Pues… supongo que yo.

—Quiero decir, aparte de ti. Si hay alguien que sepa quién es el dueño de esta casa, ¿quién es esa persona?

—Tal vez Sara Edén, la maestra que vive en la casita que hay junto al taller de mecánica. Está retirada, se pasa el día hablando por teléfono y sabe todo lo que ocurre en el pueblo. Por desgracia, también sabe todo lo que no ocurre. Y, si se le antoja que falta algo, se lo inventa. No sé si me explico. En el fondo es buena persona, aunque tiene una curiosidad mórbida.

—Y, si me presento en su casa, ¿qué puede ocurrir?

—Pues que le darás una alegría a una anciana solitaria.

La verja se abrió y entró la mujer llamada Gudrun, cuya mirada se cruzó con la de Linda. Después, la mujer desapareció en el interior de la iglesia.

—Todos los días —comentó el hombre-, a la misma hora, el mismo dolor, el mismo rostro.

Linda bajó hasta la casa. Se detuvo y miró a su alrededor. Aún parecía abandonada. Volvió a la iglesia, decidió que dejaría el coche allí aparcado y se dirigió, por una pendiente, a un taller de mecánica, donde lucía un letrero en el que se leía: RUNES BIL TRAKTOR. En un lateral del taller se amontonaban piezas de coches desguazados. Al otro lado se alzaba una alta valla de madera. Linda se imaginó que la vieja maestra no deseaba que sus vistas quedasen arruinadas por un montón de coches desguazados. Abrió la verja y entró en un jardín armoniosamente arreglado; la mujer, que se afanaba inclinada sobre un seto, se incorporó al oír los pasos de Linda. La joven comprendió enseguida que tenía ante sí a Sara Edén, la persona a la que ella buscaba.

—¿Y quién eres tú? — barbotó la mujer.

—Me llamo Linda. Quería saber si tiene inconveniente en que le haga algunas preguntas.

Sara Edén se acercó a Linda amenazándola con una pala de jardín. Linda pensó que algunas personas eran como perros rabiosos.

—¿Y por qué has de venir tú aquí a hacer preguntas?

—Estoy buscando a una amiga que ha desaparecido.

Sara Edén le lanzó una mirada llena de desconfianza.

—¿No es la policía la que ha de dedicarse a esos menesteres, a buscar gente desaparecida y cosas así?

—Yo soy policía.

—En ese caso, tal vez puedas mostrarme tu placa. Sé que tengo derecho a pedírtela, me lo dijo mi hermano mayor, que, durante muchos años, fue director de escuela en Estocolmo. Pese a todo lo que penó en escuelas problemáticas llenas de alumnos aún más problemáticos, llegó a vivir hasta los ciento un años.

—Aún no tengo la placa. En realidad, voy a ser policía. Policía en prácticas.

—Ya, bueno, supongo que una no va mintiendo por ahí sobre algo así. ¿Eres fuerte?

—Sí, bastante.

Sara Edén le señaló una carretilla que rebosaba de yerbas y de matojos.

—Tengo un montón de compost en la parte trasera. Pero hoy no estoy muy bien de la espalda. No suele pasarme, quizás anoche dormí en una mala postura.

Linda tomó la carretilla, que pesaba mucho. No obstante, logró arrastrarla hasta el cúmulo de compost. Una vez allí, la vació. Sara Edén empezó entonces a mostrar una cara más amable. En un pequeño cenador había unas cuantas sillas bastante anticuadas y una mesa.

—¿Quieres un café?

—Sí, gracias.

—Pues siento tener que remitirte a la máquina de café que hay en la tienda de muebles, en la carretera camino a Ystad. Porque yo no bebo café. Ni té tampoco, por cierto. — Y añadió-: Pero puedo ofrecerte un agua mineral.

—No, gracias, no es necesario.

Se sentaron en las sillas. A Linda no le costaba imaginarse que Sara Edén hubiese dedicado su vida a ser maestra. Lo más probable era que la viese a ella como a una clase entera de alumnos potencialmente problemáticos.

—Bien, ¿vas a contármelo?

Linda le explicó el motivo de su visita y le contó que la pista de Anna la había llevado hasta la casa situada a espaldas de la iglesia. Linda se esforzó cuanto pudo por no dejar traslucir su preocupación ni su sospecha de que hubiese sucedido algo grave.

—Habíamos quedado en vernos, pero algo se torció.

Sara Edén escuchó la historia de Linda con creciente desencanto.

—¿Y cómo crees que podría ayudarte yo?

—Estoy intentando averiguar quién es el propietario de la casa.

—Verás, hubo un tiempo en que una siempre sabía quién era el propietario de las escrituras de un inmueble. Hoy, en cambio, con los tiempos que corren, ya no es posible saber quién ha comprado o vendido una casa. Y, de buenas a primeras, una descubre que el vecino de al lado es un delincuente buscado por la policía.

—En fin, yo pensé que, tratándose de un pueblo tan pequeño, tal vez sería fácil saberlo.

—Según he oído, últimamente iba y venía mucha gente a esa casa, pero no parece que hayan estado armando escándalo ni molestando. Si no lo entendí mal, los que la ocupaban pertenecían a una especie de movimiento por la salud. Puesto que yo me preocupo por la mía y no pienso permitir que mi hermano, allá en el cielo, se regocije de que yo no haya vivido tantos años como él, me preocupo por lo que como y por lo que hago. Tampoco soy tan conservadora que no me atreva a ceder a la curiosidad de conocer métodos alternativos para cuidar la salud. Así que acudí a aquella casa en una ocasión. Una señora muy amable que hablaba inglés me entregó un folleto informativo. Ya no recuerdo cómo se llamaban, pero sostenían algo así como que la meditación y algunos jugos naturales podían ser fundamentales para la salud.

—¿Y no volviste?

—Pues no, porque me dio la sensación de que todo aquello era un tanto oscuro.

—¿Conservas el folleto?

Sara Edén señaló el montón de compost.

—Dudo mucho que quede algo de él. No sólo las personas se convierten en polvo. También el papel se descompone.

Linda rebuscó en su mente otra pregunta que hacer, pero toda aquella situación le parecía cada vez más absurda. Finalmente, se levantó.

—¿Ya no hay más preguntas?

—No.

Las dos mujeres volvieron a la fachada principal de la casa.

—Le temo al otoño —confesó Sara Edén de pronto—. Tengo miedo de toda esa niebla que se nos acerca a hurtadillas, la lluvia incesante y los cuervos graznando en las copas de los árboles. Lo único que me mantiene el ánimo es la idea de la llegada de la primavera y de todas las flores que estoy plantando ahora.

Linda atravesó la verja.

—Un noruego —prosiguió la mujer—. A veces entro en el taller a regañar a Rune, por tanto ruido como hacen con las herramientas los domingos. Rune me tiene un poco de respeto, creo yo. Es de esas personas que no pueden ocultar el miedo que, de pequeños, tenían a sus maestros. Cuando le regaño, suele cesar el golpeteo. Rune me dijo una vez que un noruego acababa de ir a repostar a su surtidor de gasolina y que le había pagado con un billete de mil. Rune no está acostumbrado a los billetes de mil. Y me comentó que le parecía que aquel noruego era el propietario de la casa.

—En otras palabras, que debería preguntar a Rune.

—Sí, si puedes esperar. Ahora está en Tailandia, de vacaciones. No quiero ni pensar qué es lo que hace allí exactamente.

Linda reflexionó un instante.

—Así que un noruego… ¿No dijo el nombre?

—No.

—¿Y el aspecto que tenía?

—Tampoco. Yo, en tu lugar, preguntaría a los que, con toda probabilidad, habrán vendido la casa. La inmobiliaria más popular de la zona es la de la entidad bancaria Sparbankernas Fastighetsförmedling. Además, tienen una oficina aquí, en Lestarp, de modo que quizás ellos lo sepan.

Cuando se despidieron, Linda pensó que Sara Edén era una persona a la que le gustaría conocer mejor. Cruzó la calle y pasó ante una peluquería de señoras antes de entrar en la pequeña oficina bancaria. El único empleado que había alzó la vista cuando la oyó entrar. Ella le explicó lo que quería y él respondió sin tener que buscar la información ni en su memoria ni en sus archivadores.

—Exacto. Nosotros nos encargamos de la venta de esa casa. El vendedor era un residente en Malmö, un dentista llamado Sved, que la utilizaba como residencia veraniega hasta que, al parecer, se cansó de ella. Anunciamos su venta en Internet y en el diario Ystads Allehanda. Y un día llegó un ciudadano noruego que quería verla. Le pedí a uno de nuestros agentes de Skurup que se ocupase de él. Solemos hacerlo así, puesto que yo soy el único encargado de esta oficina bancaria y no puedo atender los negocios de compraventa de inmuebles. Dos días más tarde, el negocio estaba cerrado. Por lo que yo recuerdo, el noruego pagó al contado. Y es que los noruegos ahora tienen bastante dinero —añadió con cierta insatisfacción, como disgustado por la buena marcha de la economía noruega.

Pero lo que a Linda le interesaba era el nombre del comprador.

—No tengo aquí la documentación, pero puedo llamar a Skurup.

En ese momento entró un cliente, un hombre de edad que caminaba apoyado en dos bastones.

—Disculpa, pero me temo que antes debo atender al señor Alfredsson —le advirtió el hombre desde el otro lado de la ventanilla.

Linda se dispuso a esperar, aunque le costaba disimular su impaciencia. El anciano tardó un siglo en arreglar su asunto y Linda le sujetó la puerta para que saliese. El empleado del banco llamó por teléfono. Tras unos minutos de espera, recibió una respuesta que anotó en un papel. Luego le dio las gracias, se despidió y le pasó la nota a Linda, que pudo leer: «Torgeir Langås».

—Es posible que su apellido se escriba con dos aes, o sea, Langaas.

—¿Cuál es su dirección?

—Sólo me has pedido el nombre, ¿no?

Linda asintió.

—Del resto puedes enterarte en Skurup. ¿Puedo preguntarte a qué viene tanto interés en saber quién es el propietario de la casa?

—Es posible que quiera comprarla —repuso Linda antes de abandonar el banco.

De nuevo en la calle, se apresuró a volver al coche. Ya tenía un nombre y una nacionalidad. Tan pronto como abrió la puerta del coche, notó que había algo distinto. En efecto, un recibo que ella había dejado sobre el salpicadero estaba ahora en el suelo; también habían desplazado una caja de cerillas. No había cerrado el coche con llave, de modo que cualquiera podía haber entrado mientras ella hacía sus pesquisas.

Dedujo que no podía tratarse de un ladrón, porque la radio seguía en su sitio. Entonces, ¿quién había entrado en el coche? ¿Y por qué?

26

El primer pensamiento que le vino a la mente fue un puro despropósito. «Ha sido mi madre la que ha estado aquí. Mona ha estado registrando el coche, igual que hacía con mis cajones.» Se acomodó con cautela en el asiento. Durante una fracción de segundo, la asaltó una duda terrible, y un temblor recorrió todo su cuerpo: una bomba. Algo haría estallar el coche y destrozaría su vida. Pero, naturalmente, no había ninguna bomba. Un pájaro se había cagado en el parabrisas. Eso era todo. Sin embargo, notó también algo raro en el asiento. Lo habían corrido una muesca hacia atrás, de lo que dedujo que la persona que se había sentado en él era más alta que ella. Olfateó el interior del coche, pero no detectó ningún olor extraño, ni a loción para después del afeitado ni a perfume. Miró por todas partes. En la taza de plástico negro que Anna tenía fijada con cinta adhesiva a la parte posterior de la caja de cambios, y en la que solía guardar las monedas para la gasolina, también notó algo raro, aunque no supo decir el qué.

Volvió a pensar en Mona. Todos los años que vivió con ella, se habían dedicado a jugar al gato y al ratón. No recordaba el momento exacto en que descubrió que su madre le registraba sus cosas a todas horas en busca de algún secreto desconocido. Tal vez tenía ocho o nueve años la primera vez que notó que siempre había algo distinto cuando volvía de la escuela. Claro que, al principio, pensó que era ella, que no recordaba bien cómo había dejado las cosas. La manga de la rebeca roja estaba sobre el jersey verde y no al revés. Llegó incluso a preguntárselo directamente a su madre, que se enfadó bastante. Y aquello suscitó en ella su primera sospecha. Después, empezó en serio el juego de policías y ladrones. Linda comenzó a disponer trampas entre su ropa, sus juguetes y sus libros. Pero, al parecer, su madre comprendió enseguida que la habían descubierto. Linda se vio obligada a preparar trampas cada vez más complejas. Aún conservaba un bloc de notas en el que iba escribiendo, y en ocasiones incluso diseñando, las distintas trampas para estar segura de que no olvidaba el modo exacto en que disponía las cosas, una disposición que su madre iba a destrozar, delatándose.

Siguió inspeccionando el interior del coche. «Una madre ha estado husmeando por aquí. Una madre, que puede haber sido hombre o mujer. De hecho, hay madres masculinas y padres femeninos; el que los padres metan las narices en la vida de sus hijos con el fin de averiguar algo de su propia vida es más frecuente de lo que se cree. Entre mis amigos, me parece que no hay ninguno que se salve, todos han padecido a un padre fisgón.» Pensó en su padre. A él jamás se le ocurrió revolver sus cosas. Algunas noches en que estaba despierta en la cama lo había descubierto mirando por la rendija de la puerta para comprobar que estaba en casa. Pero jamás se le había ocurrido emprender expediciones en el terreno de Linda para descubrir sus secretos. Al contrario que Mona.

Linda se agachó junto al volante para mirar bajo el asiento, donde tenia que haber un pequeño cepillo que Anna utilizaba para limpiar la tapicería. Y, en efecto, allí estaba. Sin embargo, Linda se percató enseguida de que alguien lo había tocado. Abrió la guantera y revisó metódicamente el contenido. Pero no faltaba nada. ¿Qué podía significar aquello? Tal vez, después de removerlo todo, no hallaron nada de valor. La radio no les había parecido valiosa. Buscaban otra cosa. Sin embargo, si seguía esa línea de razonamiento, aquello era muy significativo, le permitía conocer mejor cómo era aquella madre que había estado de visita en el coche. Llevarse la radio habría sido una manera fácil de ocultar su intervención, su espionaje. En tal caso, Linda habría pensado que se trataba de un simple robo y se habría enfurecido consigo misma por haber sido tan perezosa como para no cerrar el coche.

«Parece que tengo que vérmelas con una madre que no es especialmente despierta», concluyó.

Pero no avanzó más en su razonamiento. No había ninguna conclusión que extraer. Ninguna respuesta a sus preguntas. Salió del coche y ajustó el asiento a su medida. Miró de nuevo a su alrededor. Un hombre había aparecido caminando bajo la fuerte luz del sol Ella lo había visto por detrás y pensó que era el padre de Anna. Pero ahora negó con un gesto, enojada por aquel absurdo juego. Anna se había obsesionado con la suposición de que el hombre que había visto en la calle era su padre. Y tal vez hubiese quedado tan decepcionada que había decidido marcharse. Ya lo había hecho en otras ocasiones: emprendía viajes repentinos y, cuando regresaba, nadie sabía dónde había estado. Se lo había contado Zebran, que era quien había ido cubriendo las lagunas sobre la vida de Anna durante los años en que ella y Linda perdieron el contacto. Sin embargo Zebran también le había asegurado que siempre había alguien que sabía que Anna se había marchado, pues la joven siempre dejaba alguna pista.

«Pero ¿a quién le dejaba aquella pista?», se preguntaba Linda. «Ése es el problema. Que no doy con la persona a la que suele contárselo.» Volvió a la explanada de gravilla, observó la torre de la iglesia, donde aleteaban unas palomas, y continuó hacia la casa, que seguía desierta y abandonada. «Un noruego llamado Torgeir Langaas compró la casa», repitió para sí. «Y pagó al contado.»

Rodeó el edificio y posó la mirada, meditabunda y ausente a un tiempo, sobre las sillas y mesas de madera. Había arbustos de grosella negra y roja. Arrancó algunos racimos y, mientras comía la fruta recién cortada, volvió a sorprenderse pensando en Mona. ¿Por qué había tenido siempre tanto miedo? Su madre no la espiaba por curiosidad; su acuciante deseo de registrar sus cosas nacía del miedo. Pero ¿miedo a qué? «¿Tal vez a que su hija resultase ser alguien diferente de quien ella creía? Una niña de nueve años puede representar distintos papeles, y puede tener secretos, pero difícilmente podría ser tan hipócrita que sea preciso rebuscar tanto entre sus jerséis y braguitas para saber quién es, en especial cuando se trata de tu propia hija.»

No obstante, hasta que Mona no encontró su diario y se dedicó a leerlo a escondidas, no se desató el verdadero conflicto. Ella tenía entonces trece años y había escondido el diario detrás de un panel suelto de uno de los armarios. Al principio, estaba segura de que allí no había peligro. Hasta el día en que se lo encontró unos centímetros más allá de donde ella lo había dejado. Linda lo supo enseguida. Su cámara secreta había dejado de serlo, Mona se dedicaba a visitarla cuando ella no estaba en casa. Aún recordaba la indignación que sintió cuando tomó conciencia de ello. En aquella ocasión, llegó a experimentar auténtico odio contra su madre. Siguió comiendo grosellas mientras pensaba que, más tarde, a lo largo de su vida, jamás había sentido un odio tan intenso como en esa ocasión en que, a los trece años, descubrió la traición de su madre.

Aquel recuerdo de la adolescencia tenía una continuación y un final. Linda decidió en aquella ocasión dejar que su madre cayese en la trampa de ser sorprendida en flagrante delito. De modo que, en la primera página que estaba en blanco, escribió que sabía que Mona lo había leído y que le registraba los cajones. Después, dejó el diario en su lugar y se fue a la escuela. Pero, a mitad de camino, se dio la vuelta. Decidió hacer novillos, pues sabía que, de todos modos, sería incapaz de concentrarse en el contenido de las clases y pasó el resto del día deambulando por las tiendas de la ciudad. Cuando llegó a casa estaba empapada en un sudor frío. Su madre, en cambio, la miró como si nada hubiese ocurrido. Por la noche, ya tarde, cuando se suponía que dormían, se levantó, fue a buscar el diario y comprobó que su madre había escrito algunas líneas debajo de las suyas. Ahora bien, ni una sola palabra sobre si se sentía o no avergonzada, ni una disculpa; tan sólo una promesa: «Ya no voy a leerlo más, te lo prometo».

Linda arrancó unas cuantas grosellas más. «Nunca más volvimos a hablar del asunto», recordó. «Aunque creo que dejó de husmear en mis cosas, nunca pude estar segura. Tal vez desarrolló una habilidad especial para que sus fisgoneos pasaran desapercibidos; o tal vez a mí dejase de importarme. Pero lo cierto es que nunca hablamos de ello.» Estaba a punto de dejar el jardín cuando, desde detrás de dos altos castaños, algo atrajo su mirada. Se acercó para verlo mejor y dio un respingo. Parecía un cuerpo tendido, un bulto envuelto en ropas, con los brazos y las piernas estiradas. Sintió que se le aceleraba el corazón al tiempo que forzaba la vista, como si sus ojos pudiesen convertirse en una lente de aumento. Ignoraba cuánto tiempo permaneció inmóvil observando el bulto. Finalmente, no le cupo la menor duda: no podía tratarse de una persona. Se acercó un poco más y comprobó que lo que yacía tras los árboles era un espantapájaros. Al otro lado de una colina se alzaba un cerezo. Linda supuso que habían colocado allí el espantapájaros para proteger sus frutos, y que se había caído sin que nadie se hubiese percatado de ello ni se hubiese molestado en volver a ponerlo en pie. «Parece un cadáver», se dijo. «Las ropas podridas y un cuerpo crucificado que nadie inhumó.» El armazón del espantapájaros estaba recortado en corcho, pero iba vestido con gran detalle. Llevaba una chaqueta de traje de caballero, y, curiosamente, la parte de abajo era una falda. El rostro, bajo un ajado sombrero de color marrón, era una bolsa de lino blanco rellena de hierba sobre la que habían pintado ojos, nariz y boca.

Linda se acuclilló y observó la falda. Era de color rojizo y estaba menos estropeada que el resto de la vestimenta. Tuvo una certeza más visceral que racional: Anna tenía una falda como aquélla, pero ¿no la había visto ella en su armario cuando estuvo inspeccionándolo? Ya no estaba segura. Notó un fuerte mareo. ¿Habían utilizado la falda de Anna para vestir al espantapájaros? Si seguía ese razonamiento, sólo le faltaba dar un paso; si, en efecto, esa falda era de Anna, aquello no podía significar más que una cosa: que Anna estaba muerta.

Echó a correr hacia la iglesia, subió al coche y partió hacia Ystad a una velocidad que sobrepasaba todos los límites establecidos. Aparcó mal ante la puerta de la casa de Anna y subió a la carrera hasta el apartamento. «No voy a rezar, porque no creo en Dios», confesó para sí, «pero, Dios mío, haz que la falda de Anna esté en ese armario.» Abrió las puertas de un tirón y revolvió entre la ropa de su amiga, pero la falda no estaba allí y, por más que buscó, no dio con ella. Sintió cómo todo su cuerpo se estremecía de miedo, un miedo frío. Corrió al cuarto de baño para mirar en el cesto de la ropa sucia, pero nada. Después la vio. Estaba en la lavadora, revuelta con otras prendas. La sensación de alivio fue tan abrumadora que se sentó en el suelo del cuarto de baño y lanzó un grito.

Miró su rostro en el espejo del baño y decidió que ya era suficiente. No podía seguir obsesionándose con la idea de que a Anna le hubiese sucedido algo. En vez de andar por ahí conduciendo su coche, debía hablar con Zebran. En algún lugar tenía que haber alguien que conociera el paradero de Anna.

Bajó a la calle. ¿No debería, después de todo, dar por terminada su absurda búsqueda visitando al corredor de fincas de Skurup? Pese a que aún no había tomado ninguna decisión, se sentó en el coche y puso rumbo al oeste.

El corredor de fincas se llamaba Ture Magnusson y estaba vendiéndole una casa en Trunnerup a una pareja de jubilados alemanes. Linda tomó asiento y se puso a hojear un catálogo lleno de casas en venta mientras esperaba. Oyó que el alemán de Ture Magnusson era bastante deficiente. Había visto su nombre fijado a la pared, debajo de su fotografía. Al parecer, en aquella inmobiliaria tenían empleados a dos corredores, pero el único que estaba en la oficina era Ture Magnusson. Mientras pasaba las hojas del catálogo fue quedándose atónita ante los precios y preguntándose qué sería de su viejo sueño de mudarse al campo y tener un par de caballos. En efecto, hasta el final de su adolescencia, aquél había sido uno de sus sueños, uno de los objetivos que se había propuesto en la vida. El sueño se desvaneció, de forma repentina, y en la actualidad le costaba imaginarse a sí misma viviendo en alguna finca de las afueras y hundida en el lodo otoñal y en la nieve, cuando el invierno extendiese su manto por las colinas. «En algún punto del trayecto, y sin que yo me haya percatado de ello, me he convertido en una urbanita», resolvió. «La pequeña Ystad no es más que una etapa en el camino hacia algo distinto, algo más grande. Quizá Malmö o Gotemburgo. O incluso Estocolmo.»

Ture Magnusson se levantó y se le acercó solícito al tiempo que le dedicaba una amable sonrisa.

—Tienen un plan de amortización personalizado y esas cosas suelen llevar más tiempo —le explicó tras haberse presentado—. ¿En qué puedo ayudarte?

Linda le explicó el motivo de su visita, aunque, en esta ocasión, no se presentó como policía. Ture Magnusson empezó a asentir aun antes de que ella hubiese concluido. Parecía recordar aquella venta sin necesidad de consultar sus archivos.

—Así es. La casa que hay detrás de la iglesia de Lestarp la compró un noruego. Un hombre amable y rápido a la hora de tomar decisiones. Vamos, el cliente ideal Pago al contado, ninguna pega, ninguna vacilación.

—¿Cómo podría ponerme en contacto con él? Verá, estoy interesada en la casa.

Ture Magnusson la estudió con la mirada. Cuando echó la silla hacia atrás, en equilibrio sobre dos patas y apoyándola contra la pared, la silla rechinó.

—A decir verdad, el hombre pagó una suma demasiado elevada por aquella casa. Como es natural, yo no debería decir tal cosa, pero lo cierto es que, sin pensar mucho, podría señalar hasta tres casas que se encuentran en mejor estado, mejor situadas y a mejor precio.

—Ya, pero a mí me interesa esa casa en concreto. Supongo que al menos podré preguntarle al noruego si quiere venderla, ¿no?

—Por supuesto que sí. Se llama Torgeir Langaas —canturreó Ture Magnusson imitando el soniquete de la lengua noruega. Linda se percató de que su voz era muy hermosa. El hombre se levantó para ir a otra sala y, cuando volvió, traía en las manos un archivador abierto.

—Torgeir Langaas —leyó en voz alta—. Su apellido se escribe con dos aes. Nacido en un lugar llamado Bærum hace cuarenta años.

—¿Cuál es su dirección en Noruega?

—Ninguna. Vive en Copenhague.

Ture Magnusson le pasó el archivador a Linda para que ella misma pudiese leer la información. «Calle de Nedergade, 12», rezaba la casilla correspondiente.

—¿Cómo es ese hombre?

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, por si crees que no tiene sentido que viaje hasta Copenhague para hablar con él.

Ture Magnusson volvió a apoyar la silla contra la pared.

—Verás, yo siempre intento saber cómo son los clientes —comenzó—. Digamos que es una condición indispensable en este trabajo. Ante todo, hay que seleccionar y eliminar a aquellos que jamás comprarán nada, pero que invierten todo su tiempo en torturar a los corredores de fincas exigiéndoles que les muestren todo tipo de casas. Torgeir Langaas deseaba cerrar un negocio, eso lo vi de inmediato y con toda claridad tan pronto como atravesó la puerta de la inmobiliaria. Muy educado y amable. Y ya había elegido la casa. Así que fuimos hasta allí en coche, echó una ojeada y no hizo ninguna pregunta. Volvimos a la oficina y, una vez aquí, sacó un fajo de billetes de un maletín. No es lo habitual, claro. Hasta entonces, sólo me había sucedido dos veces. Uno de nuestros jóvenes tenistas, muy rico y famoso en el país, apareció un día con una maleta llena de billetes de cien y compró una gran finca en Västra Vemmenhög. Por lo que sé, nunca puso los pies en ella. Y, en otra ocasión, se presentó la excéntrica viuda del Rey de las Botas de Goma. Hasta se trajo con ella a un mayordomo, que fue quien pagó por una casa, pequeña y grotesca, que había camino de Rydsgård, donde, al parecer, había vivido algún antepasado de la señora.

—¿Quién es ese Rey de las Botas de Goma?

—Un hombre muy rico que poseía una fábrica de botas de goma en Höganäs. Aunque ni que decir tiene que nunca superó a Dunkers, de Helsingborg.

Pero Linda no tenía la menor idea de quién era el tal Dunkers de Helsingborg. Anotó la dirección de Copenhague y ya se disponía a marcharse cuando Ture Magnusson alzó la mano para retenerla un instante.

—Verás, ahora, al recordarlo, he caído en la cuenta de que había algo más; algo que noté entonces pero que, en realidad, no quedó registrado en mi memoria, porque la compraventa fue muy rápida.

—¿Y de qué se trata?

Ture Magnusson meneó lentamente la cabeza.

—Pues es difícil de explicar. Resulta que noté que se volvía a mirar atrás con mucha frecuencia. Como si estuviese preocupado porque hubiese a su espalda alguien a quien no deseaba ver. Además, fue al lavabo varias veces mientras estuvimos en la oficina. Y recuerdo que, la última vez que salió, le brillaban los ojos.

—¿Crees que había estado llorando?

—No, más bien que había tomado algo…

—¿Quieres decir que había bebido?

—Pues no olía a alcohol. Aunque, claro está, pudo haber bebido vodka.

Linda pensaba si le quedaba alguna pregunta más que hacer.

—Pero, ante todo, fue amable y educado —intervino Ture Magnusson interrumpiendo sus pensamientos—. Y, quién sabe, siempre es posible que desee vender la casa y que te la venda a ti.

—¿Qué aspecto tenía?

—Una cara bastante corriente. Lo que mejor recuerdo son sus ojos, no sólo porque le brillasen. Había en ellos algo afilado, que se te clavaba. Supongo que la mayoría de las personas dirían que su mirada era amenazante.

—Pero él no lo era, ¿no es así?

—No, no. Él era muy amable. Un cliente ideal. Recuerdo que ese día compré una botella de vino para la cena, sólo por celebrar que había sido una buena jornada, y sin el menor esfuerzo.

Linda salió de la agencia inmobiliaria y, ya en la calle, pensó: «Daré un paso más. Iré a Copenhague y haré una visita a Torgeir Langaas. No tengo ni idea de por qué lo hago. Tal vez para convencerme de que no hay nada anómalo en la desaparición de Anna. Porque no ha desaparecido. Simplemente se marchó y se olvidó de decírmelo. Lo único que sucede es que me subo por las paredes porque aún no puedo empezar a trabajar».

Partió en dirección a Malmö y, poco antes de llegar a la salida hacia Jägersro y el puente de Öresundsbron, decidió hacer un alto en aquella ciudad. Buscó hasta dar con la casa de Limhamn, aparcó y atravesó la verja. Había un coche aparcado a la entrada. Linda supuso que habría alguien de visita. Cuando estaba a punto de llamar al timbre, detuvo la mano a medio camino, sin saber por qué. Rodeó la casa, abrió la portezuela del jardín y se acercó a la terraza acristalada. El jardín se veía muy cuidado y habían pasado el rastrillo por el sendero de gravilla. La puerta de la terraza estaba entreabierta, de modo que penetró en ella y aplicó el oído. Aunque no se oía nada, estaba segura de que había alguien en casa, de lo contrario la puerta habría estado cerrada: las personas a las que había ido a visitar ocupaban gran parte de sus vidas cerrando puertas y controlando alarmas. Finalmente, entró. Reconoció el cuadro que colgaba en la pared, encima del sofá: de niña, había contemplado muchas veces a aquel oso pardo que parecía hendido por una llamarada que lo descomponía en pedazos. Siempre le había desagradado. Recordaba que su padre lo había ganado en un sorteo y se lo había regalado a Mona por su cumpleaños. Oyó un ruido procedente de la cocina, de modo que Linda se encaminó hacia allí.

Estaba a punto de saludar cuando se detuvo en seco. Mona estaba desnuda ante el fregadero y se llevaba a la boca una botella de licor.

27

Más tarde, Linda llegaría a pensar que había estado contemplando la imagen de un recuerdo. No era su madre la persona a la que veía allí desnuda con la botella en la mano; ni siquiera era una persona, sino la encarnación de otra cosa, un recuerdo que sólo podía aprehender después de haber respirado hondo. En una ocasión, ella misma se había visto en una situación parecida. Sólo que ella no estaba completamente desnuda y no sostenía una botella, sino que tenía catorce años, la peor etapa de la adolescencia, cuando nada parece posible ni comprensible y, al mismo tiempo, todo resulta claro, fácil de entender, y el cuerpo entero vibra al ritmo de un hambre nueva. Fue durante un periodo de su vida, bastante corto, por cierto, en el que no sólo su padre se iba al trabajo a las horas más inesperadas e intempestivas, sino también su madre que, hastiada de su desesperante vida como ama de casa, había aceptado un trabajo de auxiliar administrativa en una compañía de transportes. Linda estaba feliz, pues aquello le brindaba unas horas de soledad cuando volvía a casa, al salir de la escuela, o la posibilidad de llevarse a alguna amiga.

Con el tiempo, fue envalentonándose y, de vez en cuando, por las tardes, organizaba alguna pequeña fiesta en casa. De repente se había convertido en una chica muy solicitada, puesto que podía ofrecer un apartamento donde no había padres que los vigilaran. Llamaba todos los días a su padre para comprobar que se quedaría a trabajar hasta tarde, como era su costumbre. Mona, por su parte, solía llegar entre las seis y las seis y media. Fue también durante aquella época cuando Torbjörn, su primer novio de verdad, apareció en su vida. Un novio que, a veces, se parecía a Tomas Ledin[[11]](#footnote-11) y a veces a la imagen que Linda tenía de cómo debía de haber sido Clint Eastwood a los quince años. Torbjörn Rackestad era medio danés y tenía, además, una cuarta parte de genes suecos y otra cuarta parte de genes amerindios, lo que no sólo le proporcionaba un hermoso rostro, sino además un aura de misterio.

A su lado, Linda había empezado a explorar qué se ocultaba tras el concepto de amor. Al menos, se aproximaron juntos al gran momento, por más que ella se resistía. Un día en que los dos yacían medio desnudos en la cama de Linda, la puerta se abrió de repente. Y allí estaba Mona, que después de discutir con su jefe de la firma de transportes se había vuelto a casa antes de lo previsto. Aun hoy, Linda se cubría de un sudor frío al recordar la conmoción que sintió. En aquella ocasión, estalló en una risa histérica. Ignoraba cómo había reaccionado Torbjörn, puesto que ella decidió huir de la situación cerrando los ojos; probablemente, el chico se había vestido y se había marchado a toda prisa del apartamento.

Mona no se había quedado en la puerta, pero, antes de desaparecer, miró a Linda con una expresión que ella nunca logró describir con palabras. En efecto, había en su mirada una mezcla de desesperación y de extraña satisfacción porque acababa de sorprender a su hija en una situación que le demostraba lo que ella siempre había creído: que Linda era una chica imprevisible. No recordaba cuánto tiempo se había quedado encerrada en la habitación. Finalmente, salió a la sala de estar, donde se encontró a Mona fumándose un cigarrillo, en el sofá. Se produjo una acalorada discusión, las dos se gritaron. Linda recordaba aún las palabras que Mona repetía sin cesar: «Me da igual lo que hagas con tal de que no te quedes embarazada». Linda podía rememorar también el eco de sus propios gritos que, no obstante, no eran más que chillidos sin palabras. Recordaba la sensación, la vergüenza, el odio, la humillación.

Y, cuando se hallaban en medio de aquel violento espectáculo, su padre abrió la puerta del apartamento. El hombre se asustó al principio, convencido de que se había producido algún accidente. Después, intentó mediar entre las dos hasta que él mismo se enfureció, tanto que llegó a hacer añicos una fuente de cristal que les habían regalado cuando se casaron.

Y todo aquello le había venido a la mente al ver a la mujer desnuda con la botella en la mano. Pensó, además, que no había visto desnuda a su madre desde que era pequeña; el cuerpo que ahora tenía ante sí era muy distinto al que recordaba. Mona había engordado y le colgaban las carnes. Linda, en un acto reflejo, hizo una mueca de desagrado que a Mona no le pasó inadvertida y que la obligó a salir de la conmoción de verse descubierta por su propia hija. Más tarde, Linda pensó que lo único que las unía en aquel momento era precisamente que la situación las había pillado a las dos igual de desprevenidas. Mona dejó la botella sobre la encimera dando un fuerte golpe y abrió la puerta del frigorífico para ocultar su desnudez. Linda no pudo evitar soltar una risita al ver la cabeza de su madre sobresalir por la puerta del frigorífico.

—¿Qué es eso de entrar sin llamar a la puerta?

—Quería darte una sorpresa.

—¡Pero uno no puede entrar en las casas sin llamar antes!

—Ya, pero si hubiera llamado, ¿cómo iba a enterarme de que tengo una madre que se emborracha en pleno día?

Mona volvió a cerrar la puerta del frigorífico.

—¡Yo no me emborracho! — gritó.

—Pues yo te he visto bebiendo directamente de la botella de vodka.

—Es agua lo que hay en la botella —explicó la madre—. La guardo en el frigorífico para que esté fresca.

Al instante, las dos se lanzaron sobre la botella: Mona, para ocultar la verdad, y Linda para desvelarla. Pero la joven fue más rápida y olfateó la botella antes de que Mona la retirase.

—No es agua. Es vodka puro. Anda, vístete. ¿Has visto el aspecto que tienes? Si sigues así, no tardarás en estar tan gorda como papá. Claro que tú estás obesa y él sólo está gordo.

Mona echó mano de la botella y Linda no se lo impidió, pero sí le volvió la espalda.

—Ve a vestirte.

—Yo ando desnuda por mi casa siempre que quiero.

—Ésta no es tu casa, sino del banquero.

—Se llama Olof y es mi marido, de modo que la casa es de los dos.

—De eso nada. Sé muy bien que estáis casados en régimen de separación de bienes. Si os separáis, él se queda con la casa.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo dijo el abuelo.

—Ese viejo chismoso… ¿Qué sabía él?

Linda se volvió rápidamente y le dio a Mona una bofetada que, no obstante, no hizo más que rozarle la mejilla.

—No hables así de mi abuelo.

Mona dio un paso atrás, tambaleándose, no por el golpe, sino por el alcohol, y la miró encolerizada.

—Eres igual que tu padre. Él me golpeó en una ocasión. Y ahora vienes tú y haces lo mismo que él.

—Anda, ve y ponte algo de ropa.

Linda vio cómo su madre, desnuda, tomaba un largo trago de la botella. «No puede ser verdad», se dijo. «Esto no está pasando. ¿Por qué se me habrá ocurrido venir aquí? ¿Por qué no fui directamente a Copenhague?»

Mona tropezó y cayó al suelo. Linda quiso ayudarle, pero Mona la rechazó y se levantó apoyándose en una silla.

Linda fue al cuarto de baño a buscar un albornoz, pero Mona se negó a ponérselo, y la joven empezó a sentirse mal.

—¿Por qué no te pones algo?

—Toda la ropa me aprieta.

—Bueno, entonces, me voy.

—Al menos podrías tomarte un café, ¿no?

—Sí, si te vistes.

—A Olof le gusta verme desnuda. Nosotros andamos siempre desnudos por la casa.

«Estoy haciendo de madre de mi madre», pensó Linda al tiempo que le ponía el albornoz con gesto resuelto. Mona no opuso resistencia y, cuando extendió el brazo para alcanzar la botella, Linda se la apartó. Después preparó café. Mona seguía sus movimientos con la mirada apagada.

—¿Cómo está Kurt?

—Bien.

—Él no ha estado bien en su vida.

—Pues ahora sí lo está. Mejor que nunca.

—Debe de ser porque se ha librado de ese padre que tanto lo odiaba.

Linda volvió a alzar la mano contra su madre y ella guardó silencio, alzando las dos manos como disculpándose.

—Tú no tienes ni idea de cómo lamenta su muerte, ni idea.

—¿Se ha comprado ya el perro?

—No.

—¿Sigue con la rusa?

—Baiba es de Letonia. Y no, se terminó.

Mona se levantó de la silla, se balanceó un poco pero logró mantenerse en pie y se encaminó al cuarto de baño. Linda aplicó el oído a la puerta; no oyó el tintineo de una botella oculta en algún escondite, sólo el ruido del agua que corría del grifo.

Cuando Mona regresó a la cocina, se había peinado y lavado la cara. Buscó con la mirada la botella, que Linda había vaciado en el fregadero. La joven sirvió el café y, de repente, sintió una profunda compasión por su madre. «Lo último que deseo es llegar a verme como ella. Convertirme en esa mujer fisgona, nerviosa, dependiente, tan insegura que, aunque en el fondo no quería separarse de mi padre, hizo lo que no deseaba hacer.»

—¿Sabes?, no suelo estar así —murmuró la madre.

—Pues, si no te he oído mal, Olof y tú soléis andar desnudos por la casa.

—Quiero decir que no bebo tanto como crees.

—Yo no creo nada. Antes apenas bebías, y ahora llego y te encuentro desnuda bebiendo directamente de la botella en pleno día.

—Es que no estoy bien.

—¿Estás enferma?

Entonces, Mona se echó a llorar. Linda se sintió impotente. ¿Cuándo fue la última vez que vio llorar a su madre? Recordaba su llanto, un llanto nervioso, desasosegado, cuando el plato que se había propuesto cocinar no le salía bien, o cuando se le olvidaba algo. También lloraba, a veces, cuando discutía con su padre. Pero aquel llanto era distinto. Linda decidió dejarla que se desahogase y las lágrimas cesaron con la misma rapidez con que habían aparecido. Mona se sonó la nariz y se tomó el café.

—Discúlpame.

—Más bien deberías contarme lo que te pasa.

—¿Y tú qué crees?

—Yo qué sé. Eso has de decírmelo tú. Pero algo te pasa.

—Creo que Olof ha conocido a otra mujer. Él lo niega, pero si he aprendido algo en esta vida es a distinguir cuándo miente un hombre. Lo aprendí de tu padre.

Linda sintió la repentina necesidad de defenderlo.

—No creo que mienta más que los demás. Por lo menos, no más que yo.

—No te figuras las cosas que podría contarte.

—Y tú no te figuras lo poco que me interesan.

—¿Por qué eres tan mala conmigo?

—Te digo lo que pienso.

—Pues lo que yo necesito en estos momentos es alguien que me trate con un poco de amabilidad.

Los sentimientos de Linda pasaban sin cesar de la compasión a la ira; pero ninguno de esos dos sentimientos era tan intenso como el que experimentó en aquel instante. «No la quiero», sentenció. «Mi madre suplica un amor que yo no puedo darle. Tengo que irme de aquí.» Dejó la taza en el fregadero.

—¿Te marchas ya?

—Voy a Copenhague.

—¿Y qué vas a hacer allí?

—No tengo tiempo de explicártelo.

—Odio a Olof por lo que está haciéndome.

—Puedo volver cuando estés sobria.

—¿Por qué me tratas tan mal?

—No te trato mal. Ya te llamaré.

—No puedo seguir así.

—Pues entonces, déjalo. Ya lo has hecho antes.

—No tienes que contarme lo que he hecho en mi vida.

La mujer empezaba a ponerse nerviosa otra vez. Linda dio media vuelta y se marchó. A su espalda, oyó la voz de Mona que le gritaba: «Quédate un poco más». Y después, segundos antes de que cerrase la puerta: «Bien, pues vete y no vuelvas nunca más».

Cuando se sentó al volante, estaba empapada en sudor. «Vieja estúpida», pensó. Seguía enfadada, pero sabía que antes de llegar siquiera a la mitad del puente de Öresundsbron habría empezado a arrepentirse por no haberse comportado como una buena hija y haberse quedado a escuchar las quejas de su madre.

Linda se dirigió hacia el puente; a la entrada, sacó el ticket de peaje y pasó el control. Conducía despacio. Los remordimientos la atormentaban. De improviso, lamentó ser hija única. «Si hubiera tenido un hermano, todo habría sido distinto. Ahora me veo en una constante situación de desventaja, estoy yo sola con un padre y una madre. Y cuando envejezcan, tendré que hacerme cargo de ellos.» Se estremeció sólo de pensar en eso. Por otro lado, decidió hablar con su padre sobre lo que acababa de presenciar. Le preguntaría si Mona había bebido con anterioridad y si había tenido problemas con el alcohol.

Llegó al final del puente y, nada más ver Dinamarca, desapareció de su mente toda idea sobre Mona. Además, la resolución de hablar con su padre había borrado de su conciencia todo remordimiento. Había hecho bien en dejar a su madre. Sólo habría tenido sentido hablar con ella si hubiera estado sobria. Si se hubiese quedado, habrían seguido gritándose la una a la otra.

Linda entró en un aparcamiento, estacionó y salió del coche. Se sentó en un banco, orientado hacia el estrecho, y miró hacia el puente; más allá, a lo lejos y entre la neblina, estaba Suecia. Y también sus padres, que habían envuelto su infancia y adolescencia en una curiosa bruma. «El peor era mi padre”, concluyó. “Un policía tan sagaz como pesimista, un hombre que tenía muchos motivos para reír pero que, por alguna razón, parecía prohibírselo a sí mismo. Un hombre que no ha conseguido encontrar a una mujer con la que vivir, porque aún sigue amando a Mona. Baiba, la mujer de Riga, lo comprendió e intentó explicárselo. Pero él no quería escucharla. ”Ya he olvidado a Mona”, solía decir, según me contó Baiba. Pero ni la ha olvidado ni la olvidará nunca. Y ahora me la encuentro desnuda en la cocina bebiendo de una botella. También ella vaga en la misma bruma de la que yo aún no he logrado salir pese a estar cerca de cumplir los treinta.»

En un arrebato de furia, dio una patada en la gravilla, tomó una piedra y la lanzó contra una gaviota. «El undécimo mandamiento”, continuó su reflexión. “El que constantemente me ordena: ”No llegarás a ser como ellos”. Más allá de la bruma hay otro mundo, un mundo con el que ellos han perdido el contacto. Mi madre se desespera porque ha decidido pasar su vida con un banquero pusilánime. Mi padre, porque no comprende que ya encontró el amor de su vida y que lo perdió, y ahora intenta adaptarse a eso. Seguirá paseando a esos perros invisibles y comprando casas inexistentes hasta que, un buen día, descubra que ya es demasiado tarde. Pero ¿demasiado tarde para qué?»

Linda se levantó, regresó al coche y, ya con la mano en la manivela de la puerta, rompió a reír. Unas gaviotas alzaron perezosamente el vuelo. «También yo sé alzar el vuelo», constató. «Nadie es capaz de retenerme en la bruma ni de desorientarme hasta el punto de que no encuentre el modo de salir. La bruma puede convertirse en un laberinto muy atractivo. Pero yo saldré de él.» Siguió riendo mientras conducía a través de la ciudad. Cerca de Nyhavn, se detuvo a estudiar un tablón de información turística en el que buscó la calle de Nedergade.

Cuando llegó a la dirección, había empezado a anochecer. La calle de Nedergade se encontraba en un barrio venido a menos formado por largas hileras de altos y uniformes bloques de apartamentos. De pronto se sintió insegura y dudó entre ir en busca de Torgeir Langaas o dejarlo para otro día. Pero el peaje para pasar el puente era caro y decidió que no podía permitírselo. Así, cerró el coche con llave, dio un zapatazo sobre la acera, como para infundirse valor, y trató de leer los nombres que figuraban en las casillas del portero automático a la escasa luz de las farolas. Entonces se abrió la puerta y salió un hombre que lucía una cicatriz en la frente. El hombre se sobresaltó al verla. Antes de que la puerta se hubiese cerrado, ella ya había saltado al interior del portal. En un tablón colgado en la pared figuraban los nombres de los inquilinos, pero no halló ninguno llamado Langaas ni Torgeir. En ese momento apareció una joven que bajaba una bolsa de basura. Tenía aproximadamente la misma edad que Linda y le sonrió a modo de saludo.

—Disculpa —comenzó Linda—. Estoy buscando a un hombre llamado Langaas.

La mujer se detuvo y le preguntó:

—¿Vive en este bloque?

—Bueno, ésta es la dirección que tengo.

—¿Cómo dices que se llama, Torgeir Langaas? ¿Es danés?

—Noruego.

La joven negó con un gesto y Linda vio que deseaba ayudarle de verdad.

—La verdad es que no conozco a ningún noruego que viva aquí. Tenemos algunos suecos. Y gente de otros países. Pero nadie de Noruega.

La puerta de la calle volvió a abrirse y apareció un hombre al que la mujer de la bolsa de basura preguntó si conocía a alguien llamado Torgeir Langaas. Él negó con la cabeza, que llevaba cubierta con la capucha de la sudadera, por lo que Linda no pudo verle el rostro.

—Pues lo siento, no puedo ayudarte. Pero podrías hablar con la señora Andersen, que vive en el segundo. Ella conoce a todos los que viven en el bloque.

Linda le dio las gracias y empezó a subir la escalera, que resonaba como si estuviera hueca. En alguna de las plantas, alguien abrió una puerta y una música latinoamericana a todo volumen inundó la escalera. Junto a la puerta de la señora Andersen había un taburete sobre el que habían colocado una maceta con una orquídea. Linda llamó al timbre y enseguida se oyeron unos ladridos en el recibidor. La señora Andersen era una de las mujeres más pequeñas que Linda jamás había visto. Estaba encorvada, encogida, y, a sus pies, enfundados en un par de desgastadas zapatillas, resoplaba un perro que también podía contarse entre los más pequeños que Linda había visto en su vida. La joven explicó el motivo de su visita, a lo que la señora Andersen respondió señalándose la oreja izquierda.

—Habla más alto. No oigo muy bien, así que has de gritar.

Linda alzó la voz:

—¡Un noruego llamado Torgeir Langaas!… ¿Vive en este bloque?

—El oído me falla, pero la memoria no —respondió la mujer también en voz muy alta—. Aquí no hay nadie llamado así.

—Puede que no viva solo, y que el contrato de alquiler esté a nombre de otra persona, ¿no?

—Yo conozco a todos los que viven aquí, tengan o no contrato de alquiler. Llevo cuarenta y nueve años viviendo en este apartamento, desde que construyeron el edificio. Ahora hay un poco de todo, y una tiene que saber quiénes son sus vecinos. — La mujer se acercó al rostro de Linda y susurró-: Aquí hay quien vende drogas, ¿sabes? Y nadie le pone remedio.

La señora Andersen insistió en invitar a Linda a un café, que ya tenía preparado en un termo y que aguardaba en la angosta cocina. Media hora más tarde, Linda logró salir de su casa, no sin antes haber quedado perfectamente informada del excelente marido que había tenido la señora Andersen y que, por desgracia, había fallecido demasiado pronto.

Linda bajó la escalera. La música latina había cesado; en cambio, se oía el llanto de un niño. Linda salió del edificio y echó un vistazo antes de cruzar la calle. Fugazmente, percibió que alguien surgía de las sombras. Era el hombre de la capucha, que la agarró del pelo. Ella intentó liberarse, pero el dolor era demasiado intenso.

—Torgeir no existe —masculló el hombre a su oído—. No hay nadie llamado Torgeir Langaas, nadie. Así que olvídalo.

—¡Suéltame! — gritó Linda.

Él le soltó el cabello y, después, le golpeó la sien. Un fuerte golpe que la hizo caer en una profunda oscuridad.

28

Nadaba en un último esfuerzo por salvarse. A su espalda, las olas gigantescas estaban cada vez más próximas y casi le daban alcance. Ante ella surgieron de improviso unas rocas, negros picos afilados que sobresalían de la superficie del agua dispuestos a ensartarla. Exhausta, lanzó un grito y abrió los ojos. Sintió entonces un dolor intermitente en la cabeza y se preguntó por qué la luz de su dormitorio habría adquirido una tonalidad diferente. Después vio el rostro de su padre, y ella le preguntó si se había quedado dormida. Pero ¿qué era lo que tenía que hacer hoy? Lo había olvidado…

Entonces recordó. No habían sido las olas las que la habían alcanzado, sino el recuerdo del instante inmediatamente anterior a la oscuridad. La escalera, la calle, el hombre que surgió de la oscuridad, la amenaza y, finalmente, el golpe. Se estremeció. Su padre posó una mano sobre su brazo.

—Todo irá bien… Ya verás, todo saldrá bien.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba en una habitación de hospital, de ahí la luz atenuada, las mamparas, la respiración fatigosa que oía cerca de ella.

—Ya me acuerdo —dijo de pronto—. Pero ¿cómo he llegado hasta aquí? ¿Estoy herida?

Intentó incorporarse en la cama al tiempo que movía brazos y piernas para comprobar que no tenía ningún miembro roto ni paralizado. Él le impidió sentarse.

—Será mejor que te quedes echada. Has estado inconsciente, pero no has sufrido ninguna herida interna, ni siquiera una conmoción cerebral.

—¿Qué haces aquí? — preguntó Linda antes de cerrar los ojos—. Cuéntamelo todo.

—Pues, si lo que me han explicado mis colegas daneses y uno de los médicos de urgencias del hospital Rikshospitalet es cierto, tuviste mucha suerte. Un coche de policía que patrullaba la calle te vio mientras aquel hombre te golpeaba. La ambulancia no tardó más que unos minutos en acudir. Encontraron tu permiso de conducir y el carné de la Escuela Superior de Policía y, media hora más tarde, ya me habían localizado. Me puse en camino de inmediato. Stefan me ha acompañado.

Linda abrió los ojos, pero sólo vio a su padre. Se preguntó, vagamente, si se habría enamorado de Stefan, pese a que apenas lo conocía. «¿Será posible? Me despierto después de que un loco me haya amenazado y atacado en plena calle, y lo primero que pienso es que me he enamorado, aunque demasiado rápido, claro.»

—¿En qué estás pensando?

—¿Dónde está Stefan?

—Ha ido a comer alguna cosa. Le dije que se marchase a casa, pero ha insistido en quedarse.

—Tengo sed.

Kurt le dio agua y Linda empezó a sentirse más despejada; las imágenes del instante anterior a las tinieblas se perfilaron en su mente con creciente nitidez.

—¿Qué ha sido del hombre que me atacó?

—Lo atraparon.

Linda se incorporó y se sentó en la cama con tal rapidez que su padre no tuvo tiempo de impedírselo.

—Vuelve a echarte.

—Él sabe dónde está Anna. Bueno, quizá no lo sepa, pero seguro que puede decirnos algo.

—Cálmate, por favor.

Linda volvió a tumbarse, aunque a regañadientes.

—No sé cómo se llama. Tal vez él fuese Torgeir Langaas. Pero seguro que sabe algo de Anna.

Su padre se sentó en una silla que había junto a la cama y ella miró el reloj que él llevaba en la muñeca: eran las tres y cuarto.

—¿De la tarde o de la madrugada?

—De la madrugada.

—Me amenazó, ¿sabes? Después, me agarró del pelo.

—Lo que no acabo de explicarme es qué hacías tú aquí en Copenhague.

—Me llevaría demasiado tiempo contártelo todo ahora, pero te digo que es muy posible que el hombre que me atacó sepa dónde está Anna. Incluso puede que le haya hecho a ella lo mismo que a mí. Además, cabe la posibilidad de que tenga algo que ver con Birgitta Medberg.

Kurt Wallander negó con la cabeza.

—Estás cansada. El doctor me advirtió que los recuerdos empezarían a surgir de golpe y en desorden.

—¿No oyes lo que te digo?

—Sí, sí, claro. En cuanto te haya visto el médico, podremos irnos a casa. Tú vendrás conmigo y Stefan conducirá tu coche.

De pronto, la verdad se hizo evidente a su razón.

—¡No crees lo que estoy diciéndote! ¡No crees que me amenazó!

—Por supuesto que lo creo. De hecho, lo confesó.

—¿Qué es lo que ha confesado?

—Que te amenazó para que le entregases la droga que él creía que tú habías estado comprando en aquel edificio.

Linda miraba fijamente a su padre al tiempo que se esforzaba por comprender lo que él estaba diciéndole.

—Espera, espera. Me amenazó y me dijo que dejase de preguntar por nadie llamado Torgeir Langaas. No dijo una palabra de drogas.

—Bueno, podemos estar satisfechos de que esto se haya aclarado y de que la policía se presentase en ese momento. Ese hombre será acusado de agresión y de intento de robo.

—Ya, pero no fue un robo. Y es el propietario de la casa que hay detrás de la iglesia de Lestarp.

Su padre frunció el entrecejo.

—¿De qué casa me hablas?

—Es que no he tenido tiempo de contártelo. Fui a Lund, a la casa que Anna comparte con otros estudiantes. Y las pesquisas que hice allí me condujeron a Lestarp y a esa casa. Allí pregunté por Anna, y al poco todos desaparecieron. Lo único que conseguí averiguar fue que el dueño de la casa era un noruego llamado Torgeir Langaas que tenía su domicilio en Copenhague.

Su padre la miró largo rato antes de sacar su bloc de notas del bolsillo y leer lo que tenía anotado en una de las páginas.

—El hombre que te agredió se llama Ulrik Larsen. Si he de dar crédito a lo que me reveló el colega danés con el que estuve hablando, Ulrik Larsen no es el tipo de persona que posee varias casas.

—¡Pero es que no me escuchas!

—Sí, te escucho. Pero tú no pareces comprender que tenemos a un hombre, que ese hombre ha confesado que intentó hacerse con la droga que él creía que tú llevabas y que por eso te golpeó.

Linda movía la cabeza, exasperada; notaba que las sienes le latían violentamente. ¿Por qué no comprendía su padre lo que ella intentaba decirle?

—Tengo la cabeza totalmente despejada y sé lo que digo. También sé que me atacaron, pero acabo de contarte exactamente lo que sucedió.

—Bueno, tú crees que sucedió así. Lo que no comprendo es qué viniste a hacer a Copenhague… después de haber pasado por casa de Mona y de haberla dejado tristísima.

Linda se quedó helada.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque me llamó. He de admitir que fue una conversación terrible. Gimoteaba y farfullaba de tal modo que incluso creí que estaba borracha.

—Es que estaba borracha. ¿Qué te dijo?

—Que la habías abrumado con un montón de acusaciones y que habías hablado mal tanto de ella como de mí. Estaba destrozada. Y, por si fuera poco, el banquero ese con el que se casó estaba de viaje y no podía consolarla.

—Mi madre estaba desnuda con una botella en la mano cuando yo llegué.

—Me dijo que entraste a hurtadillas.

—Pues no, entré por la puerta de la terraza, que estaba abierta. Y no a hurtadillas. Estaba borracha y se cayó al suelo. No sé lo que te ha contado, pero te aseguro que las cosas no ocurrieron así.

—Bien, ya hablaremos de eso más tarde.

—Gracias.

—Ahora dime: ¿qué hacías en Copenhague?

—Ya te lo he dicho.

Kurt Wallander movió la cabeza con disgusto.

—¿Puedes explicarme entonces por qué hay un hombre arrestado por haber intentado robarte? Porque yo no lo comprendo.

—Pues no, no puedo explicártelo. Pero, al menos, ¿no comprendes que estoy diciéndote la verdad?

Él se inclinó sobre su rostro.

—¿Te imaginas cómo me sentí cuando me llamaron para contarme que te habían ingresado en un hospital de Copenhague después de que te agrediera un desconocido?

—Siento haberte preocupado.

—¿Preocupado? No había sentido tanto miedo desde hacía muchos, muchos años.

«Tal vez desde aquella vez que intenté suicidarme», pensó Linda; sabía que el mayor temor de su padre era que le ocurriese algo a ella.

—Lo siento.

—Comprenderás —prosiguió su padre- que me pregunte cómo será cuando empieces a trabajar. No quiero convertirme en un vejete que no pegue ojo cuando tengas turno de noche.

Linda hizo un nuevo intento, y empezó a contárselo todo muy despacio, casi demasiado, pero él seguía sin creerla.

Acababa de terminar cuando Stefan Lindman entró en la habitación. Llevaba en la mano una bolsa de papel con bocadillos y asintió con expresión alegre al ver que ya se había despertado.

—¡Vaya! ¿Qué tal estás?

—Bien.

Stefan Lindman le dio la bolsa a su padre, que empezó a comer enseguida.

—¿En qué coche llegaste aquí? Estaba pensando en ir a buscarlo —dijo Stefan Lindman.

—Es un Golf rojo. Está aparcado enfrente del bloque de la calle de Nedergade. Recuerdo que hay una expendeduría de tabaco.

Y le mostró las llaves, antes de añadir:

—Las saqué del bolsillo de tu cazadora. Has tenido mucha suerte. Un drogadicto loco es de lo peor que uno puede encontrarse.

—No era un drogadicto.

—Veamos, cuéntale a Stefan lo que me has contado a mí —intervino su padre entre bocado y bocado.

Ella comenzó a hablar despacio, de manera ordenada, en tono convincente. Tal y como le habían enseñado. Su padre comía mientras Stefan Lindman, al otro lado de la cama, miraba hacia el suelo.

—Pues esto no encaja con la versión de los colegas daneses —observó Stefan Lindman cuando ella concluyó—. Ni con la confesión del hombre que te atacó.

—Ya, pero es la verdad.

Su padre se limpió las manos con mucho cuidado en una servilleta de papel.

—Considerémoslo desde otro punto de vista —propuso—. Es muy poco frecuente que la gente se confiese culpable de delitos que no ha cometido. En ocasiones ocurre, ciertamente, pero no es lo habitual. Y es especialmente raro entre personas que tienen problemas de drogadicción, porque lo que más los aterra es precisamente que los encierren, ya que entonces no pueden acceder a la droga, su válvula de escape. ¿Me sigues?

Linda no respondió. En ese momento, un médico entró en la habitación y le preguntó cómo se encontraba.

—Puede irse a casa —declaró el doctor—. Pero debe tomárselo con calma durante un par de días. Y acudir a su médico si los dolores de cabeza no remiten.

Linda se sentó en la cama. De repente, se le ocurrió una idea.

—¿Qué aspecto tiene Ulrik Larsen?

Ni su padre ni Stefan habían visto al sujeto.

—Pues no pienso marcharme sin haber oído una descripción de ese hombre.

Su padre perdió la paciencia.

—¿No crees que has armado ya bastante alboroto? Nos vamos a casa ahora mismo.

—No creo que sea tan difícil averiguar cómo es el individuo; al menos no para ti, con tantos colegas daneses como dices que tienes.

Linda se percató de pronto de que había pronunciado aquellas palabras casi a gritos. Una enfermera se asomó a la puerta y les dedicó una mirada displicente.

—Necesitamos esta habitación —les informó.

En efecto, en una camilla que había en el pasillo yacía una mujer que sangraba y golpeaba la pared con el puño, de modo que los tres entraron en una sala de espera que hallaron vacía.

—No —replicó su padre—. Nos vamos a casa ahora mismo.

Linda miró a Stefan Lindman, que asintió discretamente cuando Kurt Wallander les dio la espalda.

Se despidieron ante la puerta del hospital y atravesaron el puente. Stefan Lindman fue en taxi a buscar el Golf rojo. Linda se acurrucó en el asiento trasero, desde donde podía ver a su padre, que, de vez en cuando, miraba el espejo retrovisor. Justo cuando acababan de pasar una de las torres, el coche empezó a temblar. Su padre lanzó una maldición al tiempo que frenaba.

—Quédate donde estás —ordenó antes de salir. Rodeó el coche y se detuvo ante la rueda trasera derecha. Después, volvió a abrir la puerta—. Bueno, mejor será que salgas. Ya veo que esta noche no voy a poder dormir.

A Linda, cuando vio la rueda pinchada, la acometieron vagos remordimientos.

—Esto no es culpa mía —se excusó.

Su padre le dio un triángulo de emergencias para que lo colocase.

—¿Y quién ha dicho que lo sea?

A aquellas horas, no había mucho tráfico en el puente. Linda se puso a contemplar el claro cielo nocturno. Su padre resoplaba y maldecía mientras cambiaba la rueda. Al final, cuando hubo terminado, se enjugó el sudor de la frente y rebuscó en el maletero hasta hallar una botella de agua medio vacía. Después se acercó a Linda y dirigió una mirada hacia el estrecho.

—Si no estuviera tan cansado, seguro que sería maravilloso contemplar este panorama a medianoche —comentó—. Pero tengo que dormir.

—De acuerdo. No volveré a hablar de este asunto, al menos por esta noche —repuso Linda—. Pero quiero que sepas que no me golpeó un drogadicto. Y, desde luego, no intentó robarme mientras estuve consciente. En cambio, sí me amenazó. Me dijo que no siguiese preguntando por Torgeir Langaas. Sólo quiero que lo tengas presente. Y creo que entre ese hombre y Anna existe una conexión. Viajé hasta Copenhague porque estaba preocupada. Y ahora lo estoy más que cuando atravesé este puente en la dirección contraria.

—Bien, pero ahora nos vamos a casa —reiteró el padre—. Lo que me cuentas me resulta extraño. Sin embargo, no puede negarse que a ese hombre lo atraparon en flagrante delito. Y su confesión es verosímil.

Prosiguieron en silencio hacia Ystad, adonde llegaron cerca de las cuatro y media de la madrugada. Las llaves del Golf estaban en el suelo del recibidor, debajo de la ranura para el correo.

—¿Lo viste pasarnos cuando estábamos en el puente? — quiso saber Linda.

—Tal vez lo de cambiar ruedas no sea su especialidad.

—Y la puerta del portal, ¿no está cerrada con llave por las noches?

—Sí, pero la cerradura está estropeada. En cualquier caso, aquí tienes tu coche.

—No es mío. Es de Anna. — Lo siguió a la cocina, adonde su padre había ido por una cerveza, que sacó del frigorífico—. Y a vosotros, ¿cómo os va con la investigación?

—Ni una pregunta más por esta noche —rogó el padre—. Estoy agotado. Tengo que dormir. Y tú también, por cierto.

El timbre de la puerta despertó a Linda. Medio dormida, se sentó en la cama y miró el despertador. Eran las once y cuarto de la mañana. Se levantó y se puso un albornoz. Le dolía la cabeza, pero el molesto latido había remitido. Abrió unos centímetros la puerta y vio que era Stefan Lindman.

—Siento haberte despertado.

Ella lo invitó a pasar.

—Espérame en la sala de estar. No tardaré.

Linda se apresuró a ir al cuarto de baño, donde se lavó la cara, se cepilló los dientes y se peinó. Cuando entró en la sala de estar, lo encontró ante la puerta abierta del balcón.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Bien. ¿Quieres un café?

—No tengo tiempo. Sólo quería ponerte al corriente de una conversación telefónica que he mantenido hace algo así como una hora.

Linda comprendió enseguida de qué se trataba y concluyó que, la víspera, en el hospital, Stefan la había creído.

—¿Qué te dijeron?

—Bueno, me llevó algo de tiempo dar con el policía en cuestión. Desperté a alguien llamado Ole Hedfot, que estaba de servicio anoche y fue uno de los que detuvieron al hombre que te atacó. — Stefan Lindman sacó un papel doblado que llevaba en el bolsillo de la cazadora de piel y la miró—. Descríbeme a Ulrik Larsen.

—Si es que se llama Ulrik Larsen, que no lo sé. El que me amenazó y me golpeó medía uno ochenta, era delgado, llevaba una sudadera negra o azul con capucha, pantalones oscuros y zapatos marrones.

Stefan Lindman asintió y se pasó el pulgar y el índice por la nariz, en gesto reflexivo.

—Bien, pues Ole Hedfot confirmó la descripción… Tal vez tú no entendieras bien su amenaza.

Linda negó con vehemencia.

—Ese hombre, mientras me amenazaba, mencionó el nombre de la persona a la que yo buscaba, Torgeir Langaas.

—En fin, en algún punto debe de haberse producido un malentendido.

—¿Cómo que un malentendido? Sé lo que digo. Y cada día estoy más convencida de que a Anna le ha sucedido algo.

—Pues denúncialo. Habla con su madre. ¿Por qué no va ella a la comisaría y denuncia su desaparición?

—No lo sé.

—Es su madre, debería estar preocupada, ¿no crees?

—Yo no sé qué está pasando. Tampoco sé por qué su madre no se preocupa. Sólo sé que Anna está en peligro.

Stefan Lindman se dirigió al recibidor.

—Presenta una denuncia. Y deja que nosotros nos ocupemos de ello.

—¡Pero si vosotros no hacéis nada!

Stefan Lindman se paró en seco y replicó enfurecido:

—Nosotros trabajamos las veinticuatro horas investigando un asesinato auténtico, además abominable, que no comprendemos en absoluto.

—En ese caso, estamos en la misma situación —repuso ella con calma—. Yo tengo una amiga que se llama Anna y que ni responde al teléfono ni está cuando voy a su casa. Y yo tampoco lo entiendo. — Linda abrió la puerta—. De todos modos, gracias por haber dado algo de crédito a lo que dije.

—Que quede entre nosotros. No hay razón alguna para que tu padre se entere.

Dicho esto, desapareció escaleras abajo. Linda desayunó rápidamente, se vistió y llamó a Zebran, que no respondió. Fue entonces al apartamento de Anna y, a diferencia de la vez anterior, no halló indicios de que alguien hubiese estado allí. «¿Dónde estás?», gritó para sus adentros. «Cuando regreses, tendrás que contarme muchas cosas.»

Abrió una ventana y acercó hasta allí una silla antes de ir a buscar el diario de Anna. «Tiene que haber una pista que explique lo sucedido.» Comenzó a leer lo que había escrito su amiga en los inicios del mes de agosto. De repente se detuvo. Allí, en el margen del diario, había un nombre escrito, anotado con premura, como un recordatorio. Linda frunció el entrecejo. Aquel nombre le resultaba familiar. Lo había visto recientemente. O tal vez lo hubiese oído. Apartó el diario. En algún lugar distante, se oyó un trueno; hacía un calor plúmbeo. Un nombre que había visto u oído… Pero ¿dónde, o de labios de quién? Se preparó un café e intentó distraer su cerebro para que, más relajado, cayera por sí solo en la cuenta de dónde se había topado con aquel nombre con anterioridad. Pero fue inútil.

Sin embargo, cuando ya estaba a punto de rendirse, el recuerdo le vino a la mente.

No hacía ni veinticuatro horas que lo había visto en un bloque de apartamentos danés.

29

«Vigsten». Sabía que no se había confundido. Ese apellido estaba en el tablón del portal, en el edificio de la calle de Nedergade. Ignoraba si lo había visto en el tablón con los inquilinos del bloque que daba a la calle o del que daba al jardín interior, pero estaba segura del apellido. No tenía certeza alguna de si iba precedido de una D o de una O. Pero el apellido era Vigsten. «¿Y qué hago ahora?», se preguntó. «Resulta que consigo, con mi esfuerzo, llegar a la conclusión de que algo encaja en todo esto. Pero soy la única que se lo toma en serio y no logro convencer a nadie de que mis hallazgos nos orientan en un sentido muy concreto. Pero ¿qué sentido es ése?» Volvió a asaltarla una gran desazón. «Anna creyó haber visto a su padre y, después, desapareció. La idea la corroía por dentro. En primer lugar, un padre desaparecido hace muchos años regresa de repente; después desaparece su hija. ¿Dos desapariciones que se solapan, que se suceden, que se complementan? ¿Se trata de la misma desaparición? ¿De una desaparición que desencadena la siguiente?» Sintió la necesidad repentina de compartir sus inquietudes con alguien. Y no había nadie más que Zebran. Bajó a todo correr la escalera del bloque de Anna y se dirigió con el coche a la casa de Zebran, que estaba a punto de salir con su hijo. Linda decidió acompañarlos. Fueron a un parque que había por allí cerca. El niño se marchó enseguida al arenero. Junto al lugar de juegos había un banco, pero estaba cubierto de porquería y de chicles mascados.

Se sentaron en el borde mientras el pequeño esparcía la arena a su alrededor con entusiasmo. Linda miró a Zebran y, al punto, como solía ocurrirle cuando la observaba, la invadió la envidia: Zebran era rematadamente hermosa. Había en ella un punto arrogante y, a la vez, muy atractivo. Linda había abrigado el sueño de llegar a ser un día la mujer en la que Zebran se había convertido. «En cambio, me he convertido en policía», se dijo, «una policía que espera no resultar ser, en el fondo, una liebre asustada.»

—Oye, he estado llamando a Anna, pero no la encuentro en su casa —comentó Zebran—. ¿Sabes algo de ella?

Y Linda estalló:

—¿Pero es que no has comprendido nada? ¿No has entendido que ha desaparecido, que estoy preocupada y que creo que le ha ocurrido algo?

—Bueno, ya sabes cómo es.

—¿Tú crees? Pues parece que no. Dime, ¿cómo es?

Zebran frunció el entrecejo.

—¿Por qué estás tan enfadada?

—Estoy muy preocupada.

—Pero ¿qué crees que ha podido ocurrirle?

Linda decidió contarle la historia con todo detalle. Zebran la escuchaba sin interrumpirla, mientras el niño seguía entregado a su juego.

—Pues eso podría habértelo dicho yo —declaró Zebran cuando Linda hubo concluido—. Me refiero a lo de que Anna es muy religiosa.

Linda la miró inquisitiva.

—¿Que es muy religiosa?

—Eso es.

—Pues a mí nunca me dijo una palabra.

—Ya, pero vosotras os habéis reencontrado hace poco y después de muchos años. Además, Anna es de las que le cuentan a cada uno una cosa distinta. Miente con bastante frecuencia, la verdad.

—¿Ah, sí?

—Sí. Pensaba contártelo, pero llegué a la conclusión de que sería mejor que lo descubrieses por ti misma. Anna es muy mitómana. Y es capaz de inventarse cualquier cosa.

—Pues cuando yo la conocí, no era así.

—La gente cambia, ¿no?

Linda percibió una buena dosis de ironía en aquel comentario.

—La aguanto porque también tiene cosas buenas, claro —prosiguió Zebran—. Suele estar de buen humor y es amable con mi hijo y muy servicial. Pero cuando empieza a contar sus historias, ya no me creo una palabra. ¿Sabías que la Navidad pasada la celebró contigo?

—Si yo estaba aún en Estocolmo…

—Pues me dijo que había ido a visitarte y que, entre otras muchas cosas, habíais hecho un viaje a Helsinki.

—¡Pero si eso es totalmente falso!

—Claro que lo es. Pero ella me lo contó. Me mintió, aunque no sé por qué. Tal vez sea una especie de enfermedad. O tal vez la realidad le resulte tan aburrida que necesita crearse otra existencia.

Linda, que no sabía qué decir, permaneció en silencio un buen rato.

—En otras palabras, tú crees que cuando afirmó haber visto a su padre en Malmö podía estar contando otra de sus mentiras, ¿me equivoco?

—Estoy convencida de que se lo inventó. Aunque no sería extraño que volviera diciendo que ha visto a su padre, aunque el hombre lleve ya muerto mucho tiempo.

—¿Y por qué no me dijiste nada de todo esto?

—Me pareció que lo mejor sería que lo descubrieses por ti misma.

—Es decir, que tú no crees que a Anna le haya ocurrido algo, ¿verdad?

Zebran la miró risueña.

—¿Algo como qué? No es la primera vez que desaparece. Y suele volver cuando le viene en gana. Entonces cuenta una historia fantástica que, por supuesto, es un completo embuste.

—Pero ¿acaso no es cierto nada de lo que dice?

—Para que un mitómano se salga con la suya es indispensable que construya las mentiras a partir de una verdad. Entonces cuela y nos lo creemos. Hasta que comprendemos que el mentiroso vive en un mundo falso basado en mentiras.

Linda movió la cabeza incrédula.

—¿Y lo de la carrera de medicina?

—No me creo ni una palabra.

—¿De dónde saca entonces el dinero? ¿A qué se dedica?

—Sí, también yo me lo he preguntado. A veces me da por pensar que tal vez sea una timadora de esas que le sacan el dinero a la gente. Pero no tengo ni idea.

El pequeño llamó a su madre desde el arenero. Linda siguió a su amiga con la mirada. Un hombre también miró a Zebran al pasar. Linda pensaba en cuanto acababa de saber por su amiga. «Sin embargo, eso no lo explica todo», se dijo. «Explica una parte y atenúa mi inquietud, además de indignarme bastante. Ahora comprendo que Anna me ha engañado. Y no me gusta que la gente vaya por ahí diciendo que ha viajado conmigo a Helsinki.»

—Sí —dijo ya en voz alta—. Eso explica bastantes cosas, pero no todas.

Zebran regresó al banco.

—¿Qué decías?

—No, nada.

—Estabas aquí sentada hablando sola en voz alta. Se te oía desde el arenero.

—Comprenderás que estoy asustada e impresionada.

—¿De verdad que no habías notado nada?

—No. Pero ahora entiendo algunas cosas.

—En mi opinión, deberías decirle a Anna que has estado muy preocupada por ella. Yo creo que llegará un día en que no la aguante más. Y le exigiré que empiece a decir la verdad. Entonces, ella misma se retirará. Su última mentira será ir diciendo por ahí que fui yo quien se portó mal con ella.

El niño se cansó de jugar y dieron un paseo por el parque.

—¿Cuántos días faltan? — quiso saber Zebran.

—Seis —respondió Linda-, seis días para empezar a trabajar.

Cuando se despidieron, Linda bajó al centro para sacar dinero en un cajero. Procuraba ser ahorrativa y la inquietaba imaginarse sin dinero. «Me parezco a mi padre», concluyó, «los dos somos ahorrativos y tacaños.»

Se marchó a casa, limpió el apartamento y llamó a la compañía de la vivienda, donde le habían prometido que le asignarían un apartamento propio. Tras varios intentos, logró hablar con el hombre que se encargaba de su caso. Linda le preguntó si no sería posible mudarse al apartamento antes de lo previsto. Pero la respuesta fue negativa. Se tumbó en la cama de su dormitorio y pensó en todo lo que Zebran le había contado. La angustia por lo que hubiese podido ocurrirle a Anna había desaparecido por completo. Sin embargo, le fastidiaba no haberlo descubierto por sí misma. Pero, en el fondo, ¿qué debía descubrir? ¿Y cómo descubre uno que alguien miente, no acerca de cosas fantásticas, sino simplemente sobre cosas anodinas y cotidianas?

Fue a la cocina y marcó el número de Zebran.

—Hola, es que no terminé de preguntarte sobre lo que dijiste de que Anna era muy religiosa.

—¿Por qué no hablas de eso con Anna cuando regrese? Anna cree en Dios.

—¿En qué Dios?

—En el cristiano. A veces va a la iglesia. Bueno, eso dice. Pero reza, de eso estoy segura. La he sorprendido varias veces. Se arrodilla para rezar.

—¿Sabes si frecuenta alguna parroquia o alguna secta?

—No. ¿Es eso cierto?

—No lo sé. ¿Habéis hablado mucho sobre este asunto?

—Verás, ella lo intentó en varias ocasiones, pero yo le paré los pies. Dios y yo nunca hemos hecho buenas migas. — El auricular le trajo el alarido de un niño—. Vaya, ya se ha caído —le dijo Zebran—. Hasta luego.

Linda volvió a la cama y siguió mirando fijamente el techo. «¿Qué sabemos de las personas?» La imagen de Anna no abandonaba su pensamiento. Pero se le antojaba una persona extraña, desconocida. También estaba Mona, desnuda y con una botella en la mano. Linda se sentó nuevamente en la cama. «Estoy rodeada de chiflados», resolvió. «El único que es totalmente normal es mi padre.»

Salió al balcón y comprobó que aún hacía calor. «A partir de este instante, dejaré de preocuparme por Anna», se dijo, «y me dedicaré a disfrutar del buen tiempo.»

Leyó en el periódico la noticia acerca de la investigación del asesinato de Birgitta Medberg. Había algunas declaraciones de su padre. Pero ella había leído lo mismo en muchas ocasiones anteriores: «Ninguna pista sólida…, trabajo en muchos frentes…, puede llevar bastante tiempo…». Dejó el periódico y volvió a pensar en el nombre que había leído en el diario de Anna. Vigsten. La segunda persona del diario que se había cruzado en la vida de Linda. La primera fue Birgitta Medberg.

«Una vez más», se dijo. «Un viaje al otro lado del puente. Es demasiado caro, pero un día exigiré a Anna que me lo compense, en pago por haberme tenido tan angustiada.»

«Esta vez no pienso aventurarme a deambular por la calle de Nedergade en la penumbra», se animó mientras cruzaba el puente camino de Copenhague. «Buscaré al hombre llamado Vigsten, si es que es un hombre, y le preguntaré si sabe dónde está Anna. Eso es todo. Después volveré a casa y le prepararé la comida a mi padre.»

Aparcó en el mismo lugar que la última vez y, cuando salió del coche, sintió un intenso malestar, como si, hasta aquel momento, no hubiera sido consciente de que precisamente allí la habían atacado el día anterior.

Ya estaba fuera del coche, de modo que volvió a entrar y, sentada ante el volante, cerró los seguros de las puertas. «Calma y tranquilidad», se recomendó. «Saldré del coche y nadie me atacará. Entraré y buscaré al inquilino que se apellida Vigsten.»

Pese a haberse convencido a sí misma de que debía mantener la calma, cruzó la calle a la carrera. Un ciclista que circulaba por allí perdió ligeramente el equilibrio al tratar de evitarla y le gritó algo que ella no logró entender. La puerta del edificio no estaba cerraba. Y enseguida vio el nombre. En la cuarta planta del bloque que daba a la calle, leyó: «F. Vigsten». De modo que se había equivocado en la inicial del nombre. Empezó a subir la escalera mientras intentaba recordar qué tipo de música había oído la vez anterior. Latinoamericana, ¿no? Pero en esta ocasión reinaba allí el silencio más absoluto. «Frederik Vigsten», adivinó. «Frederik, así se escribe en Dinamarca, si lo lleva un hombre. Si fuera una mujer, sería Frederike.» Ya en el cuarto piso se paró un instante para recuperar el aliento. Después, tocó el timbre de la puerta. Desde el interior de la casa, en el vestíbulo, se oyó sonar un carillón. Aguardó mientras contaba despacio hasta diez, y volvió a llamar. En ese momento, le abrió la puerta un hombre de edad con el cabello revuelto y las gafas colgadas sobre el pecho de una cinta de goma. El anciano la observaba con severidad.

—No puedo ir más deprisa —protestó—. ¿Por qué los jóvenes de hoy no tienen ni una pizca de paciencia? — Sin preguntarle su nombre ni el motivo de su visita, el hombre se hizo a un lado y, con una mano, la arrastró hacia el interior del vestíbulo—. Sin duda me he olvidado de que hoy venía una nueva alumna. Pero claro, no siempre llevo mis notas tan al día como debiera. Quítese el abrigo. Estoy en la habitación del fondo.

Dicho esto, desapareció por el largo pasillo a pasos cortos y saltarines. «Una alumna», se dijo Linda. «¿Alumna de qué?» Se quitó la cazadora y enfiló el pasillo, por donde ya había desaparecido el hombre. El apartamento era bastante grande y a Linda le dio la sensación de que le habían añadido otro contiguo. En la habitación del fondo había un gran piano de cola negro. El canoso profesor hojeaba su agenda ante una mesita que había junto a la ventana.

—Pues no encuentro a ninguna alumna nueva aquí —se lamentó—. ¿Cómo se llama usted?

—No soy una alumna. Sólo venía a hacerle unas preguntas.

—Vaya, yo llevo toda mi vida contestando preguntas y explicando el porqué de muchas cosas —replicó el hombre que, según suponía Linda, se apellidaba Vigsten—. He explicado por qué es tan importante sentarse correctamente al piano. He intentado hacerles ver a los jóvenes pianistas por qué no todos pueden llegar a interpretar a Chopin con la combinación exacta de delicadeza y energía que este compositor precisa. Y, sobre todo, he intentado conseguir que impacientes cantantes de ópera adopten la postura adecuada, que no aborden los pasajes más difíciles sin haberse calzado antes los zapatos idóneos. ¿Usted lo tiene claro? Lo más importante para un cantante de ópera es llevar unos zapatos como es debido. Y para un pianista, no sufrir hemorroides. ¿Cómo se llama usted?

—Me llamo Linda y no soy ni pianista ni cantante de ópera. He venido para hacerle unas preguntas que nada tienen que ver con la música.

—En ese caso, ha llegado usted al lugar equivocado. Yo sólo puedo responder a preguntas relacionadas con la música. El resto del mundo me resulta totalmente incomprensible.

Linda quedó algo desconcertada ante la reacción del hombre, que, por otro lado, no parecía estar en sus cabales.

—Usted se llama Frederik Vigsten, ¿no es así?

—No Frederik, sino Frans. Pero sí, ése es mi apellido.

El individuo se había sentado al piano y se puso a hojear unas partituras. Linda tenía la sensación de que, de vez en cuando, el anciano no era consciente de que ella estaba allí, como si percibiese su presencia en la habitación sólo a ratos.

—Encontré su nombre en el diario de Anna Westin —insistió Linda.

Vigsten, que tamborileaba una melodía sobre la partitura, parecía no haberla oído.

—Anna Westin —repitió ella, esta vez con voz más alta.

Él levantó la mirada con rapidez.

—¿Quién?

—Anna Westin. Una chica sueca que se llama Anna Westin.

—Sí. Antes tenía muchos alumnos suecos —recordó Frans Vigsten—. Pero, ahora, se diría que todos se han olvidado de mí.

—Intente recordar. Anna Westin.

—¡Son tantos nombres! — exclamó en tono soñador—. Tantos nombres, tantos momentos maravillosos en que la música verdaderamente empieza a cantar. ¿Lo entiende? Hay que hacer que la música cante. No se crea, mucha gente todavía no ha comprendido eso. Bach, el viejo maestro, él sí lo comprendió. Consiguió que la voz de Dios cantara en su música. Y Mozart, y Verdi… Tal vez incluso el no tan conocido Roman lo consiguió alguna que otra vez… —El hombre se interrumpió y miró a Linda—. ¿Me ha dicho cómo se llama?

—Sí, pero puedo decírselo otra vez: me llamo Linda.

—Ajá. Y usted no es alumna, ni pianista, ni cantante de ópera.

—No.

—Ha venido a preguntar por una joven llamada Anna, ¿cierto?

—Así es. Anna Westin.

—Pues yo no me acuerdo de ninguna Anna Westin… Ah, en cambio, recuerdo tanto a mi esposa… ¿Sabe?, murió hace treinta y nueve años. ¿Se imagina lo que significa llevar viudo casi cuarenta años? — El hombre extendió su mano menuda, surcada por delgadas venas azules, y rozó la muñeca de Linda—. Casi cuarenta años solo. Y no lo llevé mal mientras trabajé como director de ensayos en el teatro Det Kongelige. Después, un buen día, se les ocurrió que ya era demasiado viejo. O tal vez no les gustaba mi estricto método antiguo. Yo no podía tolerar la negligencia.

El hombre volvió a interrumpirse y, entonces, descubrió una mosca e intentó darle caza con la ayuda de un matamoscas que tenía entre las hojas de la partitura. Empezó a dar vueltas por la habitación como si, utilizando el matamoscas a modo de batuta, dirigiese una orquesta o un coro invisibles.

Al poco, se sentó de nuevo. Sin que él se percatase, la mosca fue a posarse sobre su frente.

«Una mosca imperceptible», se dijo Linda. «Así es la vejez.»

—Verá, encontré su nombre en el diario de mi amiga —insistió Linda, y le tomó la mano.

Los dedos del anciano asieron con avidez los de ella, que se sorprendió de su fuerza.

—¿Decías que se llama Anna Westin?

—Sí.

—Nunca he tenido una alumna con ese nombre. Soy viejo y olvidadizo. Pero recuerdo los nombres de mis alumnos, pues ellos dieron cierto sentido a mi vida desde que Mariana se marchó al reino de los dioses.

Linda no sabía ya qué preguntar. En realidad, sólo le quedaba una cuestión.

—Estoy buscando a un hombre llamado Torgeir Langaas.

Pero el anciano, de nuevo sumido en su mundo, empezó a tocar unas notas al piano.

—Torgeir Langaas —repitió Linda—. Un noruego.

—Bueno, he tenido muchos alumnos noruegos. Al que mejor recuerdo es a uno llamado Trond Ørje. Era de Rauland. Un barítono maravilloso. Pero era tan tremendamente tímido que sólo lo hacía bien en las grabaciones. Fue el barítono más excepcional que he conocido jamás. También como persona. Lloraba de terror cuando le dije que tenía talento. Un hombre muy especial. Luego hubo otros… —De repente se levantó—. Vivir es soledad. Y es la música y los maestros que la compusieron y las moscas. Y algún que otro alumno, todavía. Por lo demás, lo único que hago es deambular por este mundo añorando a Mariana. Murió demasiado pronto. Tengo tanto miedo de que se canse de esperarme… En realidad, yo ya he vivido demasiado tiempo.

Linda se puso de pie convencida ya de que no lograría sacarle ninguna información sensata. No obstante, ahora se le antojaba aun más incomprensible que Anna hubiese tenido alguna relación con él.

Salió de la habitación sin decir adiós. De camino hacia el vestíbulo, lo oyó tocar el piano. Echó una ojeada a las otras habitaciones, que estaban desordenadas y olían a cerrado. «Un hombre solo con su música», concluyó. «Como mi abuelo con sus cuadros. ¿Qué me quedará a mí cuando llegue a esa edad? ¿Qué le quedará a mi padre? ¿Y a mi madre?, ¿una botella de alcohol?»

Llegó al vestíbulo y tomó su cazadora. La música del piano llenaba el apartamento. Se quedó allí, sin moverse, observando las prendas que colgaban del perchero. Un viejo solitario. Pero allí había, de hecho, una cazadora y un par de zapatos que no pertenecían a ningún anciano. Miró a su alrededor y no vio a nadie. Y, sin embargo, Frans Vigsten no estaba solo en el apartamento. Allí había alguien más. El miedo la atenazó de forma tan inesperada que se sobresaltó. La música cesó. Ella aguzó el oído. Después, salió rauda del apartamento. Cruzó la calle a la carrera, se sentó al volante y se alejó de allí a toda velocidad. Sólo empezó a tranquilizarse cuando llegó al puente de Öresundsbron.

A la misma hora en que Linda atravesaba el puente, un hombre forzó la puerta de la tienda de animales de Ystad y roció con gasolina las jaulas de pájaros y de otros animales pequeños. Después, arrojó al suelo una cerilla encendida y salió de la tienda mientras las llamas devoraban a los animales y éstos morían poco a poco.

TERCERA PARTE

La soga

30

Él siempre elegía con sumo cuidado los lugares donde desarrollar las ceremonias. Había aprendido eso durante la huida o, más bien, durante lo que debía llamar su solitaria salida de Jonestown. En aquella época se preguntaba constantemente dónde podría descansar, en qué lugar se sentiría más seguro; entonces en su mundo no había ceremonias. Éstas nacieron después, cuando hubo reencontrado a Dios, que, por fin, podía ayudarle a llenar el vacío que amenazaba con devorarlo por dentro.

Fue por aquel entonces, tras llevar muchos años viviendo con Sue-Mary, cuando su constante búsqueda de lugares en que sentirse protegido terminó convirtiéndose en uno de los pilares de la religión que estaba construyendo. Las ceremonias eran sus señas de identidad, una especie de pileta para la purificación diaria en la que él podía refrescar su frente y prepararse para recibir el mensaje que Dios quería enviarle y las instrucciones de la misión que lo aguardaba. Ahora revestía aun mayor importancia el hecho de no cometer el mínimo error a la hora de elegir los lugares en los que adoctrinaría a sus colaboradores y los instruiría acerca de sus cometidos.

Y todo había ido bien hasta aquel momento, hasta el día en que se produjo aquel desafortunado suceso, cuando una mujer que andaba sola encontró uno de sus escondites y Torgeir, uno de sus primeros discípulos, la mutiló.

«Nunca he entrevisto toda la debilidad de Torgeir», se lamentó. «Aquel hijo de armador tan consentido al que recogí de la calle en Cleveland tiene un temperamento que nunca lograré controlar. Le he enseñado tanto a ser dulce como a mostrar una paciencia infinita. Lo he dejado hablar, lo he escuchado. Pero en lo más hondo de su ser se ocultaba una ira contenida que no he sabido detectar.»

Había intentado que Torgeir le explicase por qué lo invadió una cólera tan insensata cuando la mujer llegó caminando por el sendero y abrió la puerta de la cabaña. Ya habían considerado la posibilidad de que aquello ocurriese; un sendero que nunca nadie utilizaba podía empezar a ser transitado de nuevo. Debían estar siempre preparados para lo imprevisible. Pero Torgeir no había podido darle una respuesta satisfactoria. Él le preguntó si un repentino pánico había hecho presa en él. Pero Torgeir no respondía. No había respuestas. Tan sólo la constatación de que Torgeir no había puesto por completo su vida en sus manos. Habían acordado que si algún desconocido irrumpía inesperadamente en sus escondites, se comportarían con amabilidad; después, abandonarían rápidamente el escondite. Pero Torgeir había reaccionado de un modo totalmente opuesto a lo acordado, como si en su cerebro se hubiese producido un cortocircuito. En lugar de mostrarse amable, había recurrido al uso de su hacha y de una violencia desenfrenada. Por si fuera poco, era incapaz de explicar por qué había seccionado el cuerpo de aquella mujer, y qué lo movió a conservar su cabeza y a entrelazar sus manos como si estuviese orando. Después, metió el resto del cuerpo en un saco, le ató una piedra, se quitó la ropa, se sumergió en las aguas del mar y nadó con el saco hasta la poza más próxima, donde lo dejó hundirse.

Torgeir era un hombre fuerte. Eso fue lo primero que notó el día en que se lo encontró arrastrándose por la acera de uno de los peores barrios de Cleveland. Él estaba ya a punto de alejarse cuando creyó oír que el hombre lanzaba una queja. Así que se detuvo y se inclinó sobre él. Le pareció que hablaba en danés, quizás en noruego. Y comprendió que Dios había puesto a aquel hombre en su camino. Torgeir Langaas estaba a punto de morir. El médico que lo examinó más tarde, y que le recomendó el programa de rehabilitación que lo curaría, fue muy explícito. En et cuerpo de Torgeir Langaas no cabían ya más alcohol ni más drogas. Su excelente constitución física lo había salvado, pero sus órganos agotaban ya las últimas reservas. Tal vez su cerebro estuviese irreversiblemente dañado, y no era seguro que se recuperase de su amnesia parcial.

Aún recordaba con claridad aquel instante en la calle de Cleveland, el día en que un vagabundo de nacionalidad noruega llamado Torgeir Langaas lo miró con los ojos tan enrojecidos que las pupilas semejaban las de un perro rabioso. Pero lo decisivo no fue su mirada, sino sus palabras. A la luz del perturbado cerebro de Torgeir Langaas, fue el mismo Dios quien se inclinó sobre él. Torgeir lo agarró entonces por la cazadora con su mano nervuda y dirigió su terrible aliento hacia el rostro de su nuevo salvador.

—¿Tú eres Dios? — le preguntó.

Tras un instante, como si todo lo que, hasta aquel momento, había estado confuso en su vida, sus fracasos, sus sueños y también sus esperanzas, se hubiese reducido a un solo punto, él respondió:

—Así es. Yo soy tu dios.

No obstante, dudó. Su primer discípulo podía, ciertamente, ser uno de los más descarriados. Pero ¿qué clase de persona era? ¿Y cómo había llegado a aquella situación?

Se marchó de allí, pues, y abandonó a Torgeir Langaas cuando no conocía ni su nombre; lo único que sabía de él era que se trataba de un borracho noruego que, por alguna razón, yacía medio inconsciente en una sucia calle de Cleveland. Pero la curiosidad no le dio tregua, de modo que al día siguiente volvió a los barrios bajos. Pensó entonces que la experiencia se asemejaba a un descenso a los infiernos. A su alrededor bullía un hormiguero de almas perdidas sin remedio. Se puso a buscar al hombre y, en varias ocasiones, estuvo a punto de ser atacado y robado, hasta que, finalmente, un anciano, que tenía una hedionda herida llena de pústulas en el lugar en que un día tuviera la oreja derecha, le contó que un noruego de grandes manos solía protegerse de la lluvia y de la nieve en el interior de un viejo tubo oxidado de los que se utilizan en la construcción de puentes. Y allí lo encontró. Torgeir Langaas estaba durmiendo: roncaba, apestaba y tenía el rostro plagado de heridas y de pústulas infectadas. Del bolsillo de su chaqueta sacó una pequeña funda de plástico doblada por la mitad en la que el hombre guardaba su pasaporte noruego: había caducado hacía ya siete años. En el espacio reservado para la profesión se leía «skipsreder», es decir, en noruego, armador de barcos. Aquello le llamó la atención, y su curiosidad se acrecentó cuando, en la misma funda, halló un certificado bancario. Devolvió los documentos a su lugar, no sin antes haber memorizado el número de pasaporte, y abandonó el tubo.

Sue-Mary tenía un hermano, Jack, que llevaba una doble vida muy singular. En efecto, los fines de semana daba clases en una escuela dominical; los días laborables, trabajaba como corredor de fincas en una de las inmobiliarias de mayor renombre de Cleveland, y el resto de su tiempo lo dedicaba a falsificar documentos para la chusma local. De ahí que, al día siguiente, fuera a buscarlo a la escuela dominical para preguntarle si podía ayudarle a obtener cierta información sobre el noruego que se había cruzado en su camino.

—Es por ayudar a un hermano necesitado —explicó.

—La verdad, no es fácil acceder a la información de pasaportes de las embajadas europeas —admitió Jack—. Pero, precisamente por eso, creo que es un reto digno de mí.

—Ni que decir tiene que te pagaré.

Jack sonrió. Sus dientes, muy blancos, casi habían perdido el brillo, de modo que su aspecto recordaba al de la tiza.

—No pienso cobrarle al hombre de Sue-Mary —contestó—. Aunque considero que deberíais casaros. El pecado no aumenta ni disminuye con los años, pero sigue siendo igual de execrable.

Tres semanas después, Jack apareció con datos sorprendentes. Sin embargo, él jamás le preguntó cómo los había obtenido.

—El reto ha merecido la pena. Sobre todo cuando logré descifrar todos los códigos y entrar en la más secreta de las cámaras de Noruega.

Aún recordaba cómo abrió el sobre mientras se dirigía a la butaca que había junto a la chimenea, donde solía entregarse a sus meditaciones y a sus lecturas. Se dejó caer en la butaca y empezó a ojear los documentos. Sin embargo, se detuvo enseguida, encendió la luz, pese a que aún era a primera hora de la tarde, y se aplicó a leer la fragmentaria, pero no por ello menos interesante, biografía de Torgeir Langaas.

Había nacido en Bærum en 1948, y era el heredero de la gran naviera Langaas, compañía especializada en el transporte de petróleo y vehículos. La naviera Langaas procedía de una escisión, fruto de un conflicto, de la célebre naviera Refsvold. Un buen día, Anton Helge Langaas, el padre de Torgeir, bajó a tierra después de haber conocido a fondo el mundo naviero desde distintos puentes de mando. Se ignoraba de dónde procedía su capital y la enorme cartera de acciones gracias a las cuales pudo obligar al reacio consejo de administración de Refsvold a cederle un puesto en su mesa. Durante el conflicto, la familia Refsvold difundió el rumor de que la fortuna de Anton Helge Langaas tenía su origen en escabrosos negocios con los nazis alemanes. Se murmuraba que había habilitado vías de escape ilegales que ayudaron a los criminales de guerra nazis a escapar en submarinos que, por las noches, entraban en el estuario de La Plata, entre Argentina y Uruguay, para dejar su carga de comandantes de campos de concentración y torturadores profesionales. No obstante, nada se pudo demostrar; la familia Refsvold tenía sus muertos bien escondidos en el armario.

Anton Helge Langaas había esperado para casarse hasta que su naviera, que se distinguía por una bandera roja y verde adornada con un pez volador, estuviese bien establecida y gozase de buena salud económica. En un gesto de desprecio por lo que se llamaba la nobleza de las navieras, se buscó una esposa en el punto de Noruega más alejado del mar: un pueblo de montaña situado al este de Røros, en lo más profundo de las desiertas tierras colindantes con Härjedalen. Allí encontró, en efecto, a una mujer llamada Maigrim que, por las desoladas carreteras del bosque, llevaba el correo hasta fincas solitarias. Se hicieron construir una gran casa en Bærum, a las afueras de Oslo, y tuvieron tres hijos en un breve plazo de tiempo: Torgeir fue el primero, y le siguieron dos niñas, Anniken y Hege.

Torgeir Langaas supo desde muy pronto no sólo lo que se exigía de él, sino también que jamás lograría colmar dichas exigencias. Jamás encontró sentido al papel que se le había adjudicado, jamás comprendió cuál era el argumento de la obra ni por qué debía él precisamente desempeñar el papel protagonista. Ya en la adolescencia se resistió a asumir esas expectativas y se rebeló contra ellas. Su padre había emprendido una batalla perdida desde el principio. Resignado, finalmente se convenció de que Torgeir nunca llegaría a ser su sucesor. En cambio, una de las chicas se convirtió en su tabla de salvación. Hege, muy parecida a su padre, no tardó en dar muestras de férrea voluntad para alcanzar su objetivo, hasta el punto de que, cuando cumplió los veintidós años, ya ocupaba un puesto de director ejecutivo en el consorcio familiar. Para entonces, y movido por una especie de conciencia desesperada de cuál era su objetivo —bien distinto, eso sí, del de Hege-, Torgeir había comenzado su largo viaje a la marginalidad. Ya había probado varias clases de drogas y, pese a que Maigrim trató por todos los medios de conseguir que su hijo superase todo aquello, ninguna de las costosas clínicas, ni de los psicólogos o terapeutas, tan costosos como aquéllas, que le pagó logró sacarlo a flote.

Hasta que llegó el gran desastre. Una Nochebuena, Torgeir se dedicó a repartir entre la familia regalos que contenían costillas de cerdo podridas, neumáticos rotos y piedras sucias. Poco después intentó prenderse fuego a sí mismo, a sus hermanas y a sus padres. Al final, huyó del hogar familiar para nunca más volver. Con acceso a varias cuentas bancarias, desapareció en el ancho mundo. Cuando le caducó el pasaporte, no se molestó en renovarlo, de modo que la policía internacional emitió una orden de busca y captura. No obstante, nadie consiguió localizarlo en las calles de Cleveland en las que transcurría su vida. Ocultó el hecho de que poseía una gran cantidad de dinero. Cambió de banco, cambió de todo menos de nombre, y, cuando encontró al hombre que se le apareció como su dios y salvador, le quedaba aún una fortuna de unos cinco millones de coronas noruegas.

La mayoría de estos datos no figuraba entre los documentos que Jack le había conseguido, pero no le llevó más de un par de visitas al tubo para conseguir que Torgeir le refiriese la historia completa. A partir de entonces se dedicó, como el salvador que de hecho era, a sacar del fango a Torgeir Langaas. Ya tenía su primer discípulo.

«Sin embargo, no atisbé su debilidad», se recriminó de nuevo. «La ira que conduce a la violencia incontrolada. La locura se apoderó de él y lo llevó a descuartizar a la mujer.» Sin embargo, vislumbró algo positivo en aquella inesperada reacción de Torgeir. Quemar animales era una cosa; matar a seres humanos, otra muy distinta. Y, llegado el caso, Torgeir no dudaría. Cuando hubiesen sacrificado a todos los animales necesarios, lo elevaría al siguiente nivel, el del sacrificio de seres humanos.

Se encontraron en la estación de ferrocarril de Ystad. Torgeir había acudido en tren desde Copenhague, pues en ocasiones perdía la concentración mientras conducía. Su salvador se había preguntado innumerables veces cómo tanta capacidad lógica, tanta consideración y tanta discreción habrían sobrevivido a todos aquellos años en la cuneta.

Torgeir se dio un baño, paso indispensable en la purificación previa a todos sus ritos de sacrificio. Le había explicado a Torgeir que todos esos ritos estaban escritos en la Biblia. Ésta constituía su mapa, su guía. Era importante estar limpio. Jesús siempre se lavaba los pies. Cierto que en ningún pasaje se relataba que se bañase de cuerpo entero; pero el mensaje era claro e indiscutible: uno tenía que enfrentarse a su cometido con el cuerpo limpio y siempre perfumado.

Torgeir llevaba su pequeño maletín negro. Él sabía bien lo que contenía y no necesitaba preguntar. Torgeir había demostrado desde hacía ya mucho tiempo que era capaz de asumir responsabilidades. El único error fue el de descuartizar a la mujer, pues con eso había levantado un revuelo innecesario. Los periódicos y la televisión no cesaban de hablar de lo acontecido. Y ahora, según el plan establecido, llevaban ya dos días de retraso. Pero él consideró que Torgeir debía aguardar ese tiempo en su escondite de Copenhague.

Subieron a pie hasta el centro, giraron junto a la oficina de Correos y se detuvieron ante la tienda de animales. No había ningún cliente y la dependienta era una chica muy joven que, cuando ellos entraron, estaba colocando las cajas de comida para gatos en una estantería. Había allí jaulas con hámsters, gatitos y pájaros. Torgeir sonrió pero no pronunció palabra: no le convenía que se oyese su acento noruego. Mientras él echaba un vistazo a la tienda y pensaba cómo debía proceder, su salvador compró un paquete de alpiste. Después, ambos salieron de la tienda, dejaron atrás el teatro y llegaron al puerto deportivo. Hacía un día caluroso y, pese a que ya estaban a primeros de septiembre, los barcos salían y entraban del puerto.

Aquélla era la segunda parte de la ceremonia. Tenían que estar cerca del agua. En una ocasión se habían encontrado en el lago Erie. Desde entonces, cuando tenían entre manos algún preparativo importante, siempre buscaban alguna playa.

—Las jaulas están bastante próximas unas a otras —constató Torgeir—. De modo que rociaré con las dos manos hacia todos lados, arrojaré una cerilla encendida sobre ellas y todo arderá en pocos segundos.

—¿Y después?

—He de gritar: Gud krevet[[12]](#footnote-12).

—¿Y después?

—Saldré de la tienda y torceré primero a la derecha, luego a la izquierda, ni demasiado aprisa ni demasiado despacio. Me detendré en la plaza y me aseguraré de que nadie me sigue. Entonces me dirigiré al quiosco que hay frente al hospital, donde tú estarás esperándome.

Interrumpieron la conversación y contemplaron una barcaza de madera que estaba a punto de entrar a puerto. El motor, estrepitoso, se atascaba continuamente.

Torgeir Langaas hizo ademán de arrodillarse allí mismo, en medio del muelle, pero él, con la rapidez del rayo, lo tomó del brazo y lo hizo levantar.

—Nunca si hay gente mirando.

—¡Lo siento!, se me olvidó.

—Pero ¿estás tranquilo?

—Sí, sí.

—¿Quién soy yo?

—Mi padre, mi pastor, mi salvador, mi dios.

—¿Y quién eres tú?

—El primer discípulo, hallado en una calle de Cleveland, redimido y devuelto a la vida. Soy tu primer discípulo.

—¿Y qué más?

—El primer pastor.

«Hubo un tiempo en que yo confeccionaba sandalias», se dijo. «Soñé con algo distinto y opté por huir de la vergüenza, de la sensación de ser un perdedor, de haber malogrado todos mis sueños por mi incapacidad de llevarlos a cabo. Ahora me dedico a formar personas, igual que entonces daba forma a las suelas, a las plantillas y a las correas.»

Habían dado las cuatro. Estuvieron dando vueltas por la ciudad y a veces se sentaban a descansar en un banco, siempre en silencio. Ya no había más que decir. De vez en cuando miraba a Torgeir de reojo. Parecía sosegado, concentrado en su misión.

«Estoy haciendo feliz a un ser humano», se felicitó. «Un hombre que creció como un niño rico y consentido pero también atosigado y desesperado. Y ahora lo hago feliz demostrándole mi confianza.»

Deambularon por entre los bancos del puerto hasta que dieron las siete. La tienda de animales cerraba a las seis. Siguió a Torgeir hasta la esquina de la oficina de Correos. Hacía una tarde agradable, por lo que había mucha gente en la calle. Y eso constituía una ventaja. En el caos que se ocasionaría tras el incendio, nadie recordaría sus caras.

Se separaron. Él se apresuró a subir hasta la plaza y se dio la vuelta. En su cerebro, su plan se ponía en marcha y el cronómetro emitía su tictac.

En aquel momento, Torgeir forzaba la puerta de un fuerte tirón con la palanca. Ya estaba dentro, cerraba la puerta dañada y aplicaba el oído por si había alguien. Dejaba el maletín en el suelo, sacaba los sprays con la gasolina, después la caja de cerillas.

Salió. Oyó el fragor del fuego y le pareció ver reflejadas las llamaradas en los edificios situados frente a la tienda de animales. Después surgió la columna de humo. Se dio media vuelta y se marchó de allí. Apenas si había tenido tiempo de llegar al punto de encuentro cuando ya empezaron a oírse las sirenas.

«Ya está hecho», se dijo. «Ahora daremos nueva vida a la fe cristiana, a la exigencia cristiana de cómo debe vivir un ser humano. El largo periodo en el desierto ha terminado.

»Ahora dejaremos a los animales, porque ellos sólo sienten un dolor que no son capaces de comprender.

”Ha llegado la hora del hombre.»

31

Cuando Linda salió del coche en la calle de Mariagatan, percibió un olor que la hizo pensar en Marruecos. Herman Mboya y ella habían viajado allí, en un vuelo chárter, para pasar una semana. Había elegido la alternativa más económica, el hotel estaba lleno de cucarachas, y precisamente durante aquella semana Linda comenzó a comprender que tal vez el futuro en común no fuese tan evidente como ella había imaginado. Al año siguiente, Herman y ella emprendieron diferentes caminos; en efecto, él empezó a prepararse para volver a África y ella tomó el tortuoso camino que, con el tiempo, la llevó hasta la Escuela Superior de Policía.

El olor suscitó el recuerdo. El olor que despedía el humo de un incendio. Recordó los montones de basura que ardían en las noches marroquíes. «Pero en Ystad nadie se dedica a quemar basura», se dijo.

Después oyó las sirenas de los bomberos y de los coches de policía, y comprendió que se había declarado un incendio en algún lugar del centro de la ciudad, de modo que echó a correr.

Cuando, jadeante, llegó al lugar del incendio, aún no se había extinguido el fuego. ¿Adónde había ido a parar su buena forma física? Se sentía como un vejestorio que hubiese dejado de moverse hacía siglos. Vio que las altas llamas habían alcanzado el tejado y que los bomberos habían evacuado a algunas de las familias que vivían en las plantas superiores. Un cochecito de niño, medio quemado, había quedado abandonado sobre la acera. Los bomberos se afanaban en proteger los edificios colindantes. Linda se acercó a los cordones.

Su padre estaba discutiendo con Svartman sobre un testigo al que no habían interrogado con el suficiente detalle y al que, además, habían dejado ir.

—Jamás lograremos atrapar a este desquiciado si no somos capaces de seguir los procedimientos rutinarios más elementales.

—Era Martinson el responsable.

—Ya, pero él sostiene que te dejó a ti al cargo por dos veces. Así que ya puedes ponerte a localizar a ese testigo.

Svartman se marchó, no menos enojado. «Son como búfalos en estampida», concluyó Linda. «¡Cuánto tiempo malgastan en marcar sus respectivos territorios!»

Un coche de bomberos se acercó marcha atrás hasta el punto de origen del fuego, y de repente una de las mangueras se soltó y salpicó de agua todo y a todos cuantos había por allí. Kurt Wallander se hizo a un lado de un salto y, en ese momento, descubrió la presencia de Linda.

—¿Qué ha pasado?

—Parece que han estallado varios explosivos en el interior de la tienda. Y, una vez más, han rociado con gasolina, igual que en el caso de los cisnes y del ternero.

—¿Alguna pista?

—Pues teníamos un testigo, pero lo han dejado escapar.

Linda notó que su padre temblaba de rabia. «Así es como se morirá», adivinó de pronto. «Agotado, indignado por alguna negligencia cometida en la investigación de algún crimen de consecuencias trágicas.

Así será, si, en efecto, como dice a veces Zebran, todos buscamos la manera más hermosa de dejar esta vida como en una carrera.»

—Tenemos que atrapar a los que están haciendo esto —dijo su padre, interrumpiendo sus pensamientos.

—No sé… A mí me da la sensación de que esto es algo distinto, especial…

—¿Qué quieres decir? — La miró como si ella tuviese la obligación de conocer la respuesta.

—No lo sé. Es como si todo esto tuviese otra finalidad.

En ese momento oyeron que Ann-Britt Höglund llamaba a Wallander.

Linda lo vio marcharse: corpulento, la cabeza hundida entre los hombros, cruzaba con paso atento por entre las mangueras y los restos humeantes de lo que había sido una tienda de animales. Observó a una chica que, con los ojos enrojecidos por el llanto, observaba el comercio incendiado. «Será la propietaria», razonó Linda. «O quizá simplemente una amante de los animales.» Linda recordó una pequeña casa de madera que había ardido en un incendio cuando ella era niña. Fue una mañana de domingo, y en la casa había una relojería. Aún tenía grabado en su memoria el pesar que sintió por todos aquellos relojes cuyo corazón, manecillas y engranaje se habían derretido hasta morir.

Deambuló de un lado a otro de los cordones policiales, junto a los cuales se habían agolpado ya muchas personas que contemplaban el espectáculo en silencio. «Los edificios en llamas siempre despiertan un callado terror», pensó. «Porque cuando vemos arder una casa, recordamos que otro tanto puede sucederle a la que nosotros habitamos.»

—La verdad, no comprendo por qué no me preguntan a mí —oyó que decía alguien.

Cuando se volvió a mirar, vio que se trataba de una joven de unos veinte años que, con una amiga, estaba pegada a una de las fachadas de un edificio. Una nube de humo les pasó por delante y las dos se abrazaron.

—Sólo tienes que acercarte y contarles lo que has visto —la animó la amiga.

—No pienso andar pidiendo audiencia entre los policías.

«El testigo», adivinó Linda, «el testigo que desapareció.» Se acercó hasta la muchacha y le preguntó:

—¿Y qué es lo que viste?

La joven la miró con interés y Linda vio que era bizca.

—¿Quién eres tú?

—Soy policía. Me llamo Linda Wallander.

«Es casi verdad», se consoló. «No es una mentira que pueda arruinarme la carrera.»

—¿Cómo puede nadie matar a esos pobres animales? ¿Es verdad que incluso tenían un caballo ahí dentro?

—No —la tranquilizó Linda—. No está permitido vender caballos en las tiendas de animales que no tengan establos. Los caballos no se guardan en jaulas, sino en caballerizas. Pero ¿qué fue lo que viste?

—A un hombre.

—¿Qué hizo ese hombre?

—Prendió fuego a la tienda para que ardiesen todos los animales. Yo venía caminando desde el teatro para echar unas cartas al correo. Cuando ya estaba a medio camino, más o menos una manzana antes de llegar a la tienda de animales, me llevé un buen susto, porque de repente noté que alguien venía detrás de mí; me volví y era un hombre que caminaba sin hacer el menor ruido. Me aparté y lo dejé pasar. Después, seguí andando tras él. Por alguna extraña razón, intenté caminar tan silenciosa como él. Pero, a los pocos metros, recordé que me había olvidado una de las cartas en el coche, de modo que volví a buscarla. Y después fui directamente a Correos.

Linda alzó la mano para hacer una pregunta.

—¿Cuánto tiempo tardaste en volver al coche a buscar la carta?

—Tres o cuatro minutos. Lo tenía aparcado ante la puerta de carga y descarga del teatro.

—¿Y qué sucedió cuando fuiste a Correos? ¿Volviste a ver al hombre?

—No.

—Y cuando pasaste por la tienda de animales, ¿qué hiciste?

—Tal vez eché una ojeada al escaparate, no sé. La verdad es que las tortugas y los hámsters no me interesan demasiado.

—¿Y qué viste?

—Pues una luz azulada en el interior de la tienda. Siempre la tienen encendida.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque suelo ir a Correos varias veces por semana, y siempre aparco junto al teatro y paso por la tienda de animales y veo la misma luz. Supongo que es una especie de calefacción. Uno de mis mayores placeres en esta vida es pertenecer a la liga antielectrónica que escribe sin cesar cartas a mano, por supuesto.

—Ya. ¿Y qué pasó después?

—Pues que eché las cartas al buzón y regresé al coche. Tardé unos tres minutos más, tal vez.

—¿Y después?

—Después explotó la tienda. Al menos, ésa fue la sensación. Acababa de pasar ante la puerta cuando oí el estallido. Me sobresalté, y me vi rodeada de un intenso resplandor. Me eché al suelo y vi que la tienda estaba en llamas. Allí mismo, donde estaba tumbada, me pasó por delante a la carrera algún animal con la piel ardiendo. Fue terrible.

—¿Qué pasó después?

—Todo sucedió tan deprisa… Y, de repente, descubrí a un hombre al otro lado de la calle. La luz era tan intensa que no me cupo la menor duda: era el mismo que me había adelantado minutos antes. Además, llevaba un maletín en la mano.

—¿Lo llevaba ya cuando lo dejaste pasar?

—Sí. Se me olvidó decirlo. Parecía uno de esos maletines que llevaban antes los médicos.

Linda sabía perfectamente cómo eran.

—¿Qué sucedió después?

—Le grité que me ayudase.

—¿Estabas herida?

—Bueno, eso pensé. El estallido y esa luz tan intensa…, fue horrible.

—¿Y te ayudó?

—No. Simplemente, me miró y se dio media vuelta.

—¿Adónde se dirigió?

—A la plaza.

—¿Lo habías visto con anterioridad?

—No, nunca.

—¿Podrías describirlo?

—Era alto y fuerte. Además, estaba calvo, o, al menos, llevaba el pelo al rape.

—¿Cómo iba vestido?

—Llevaba un chaquetón azul marino, pantalones oscuros y en los zapatos ya me había fijado cuando me extrañó que caminase de forma tan silenciosa. Eran marrones y tenían una gruesa suela de goma, pero no eran zapatillas de deporte.

—¿Recuerdas algo más?

—Pues sí, que gritó algo.

—¿A quién le gritó?

—No lo sé.

—¿Y qué fue lo que gritó?

—Algo así como «Dios lo exige»[[13]](#footnote-13).

—¿Dios lo exige?

—Estoy segura de que la primera palabra era «Dios». Además creo que dijo «exige», pero sonó como si lo hubiese pronunciado en otro idioma.

—¿Podrías imitarlo?

—Pues sonó algo así como krevet.

—¿Krevet?

—Sí, como en danés. O más bien noruego. Sí, tiene que ser eso. El que pronunció aquellas palabras y prendió fuego a la tienda hablaba noruego.

Linda sintió que se le aceleraba el pulso. «Tiene que tratarse del mismo noruego», concluyó. «Si no estamos ante una conspiración maquinada por una serie de personas procedentes todas ellas de Noruega, claro, pero eso no parece verosímil.»

—¿Dijo algo más?

—No.

—¿Cómo te llamas?

—Amy Lindberg.

Linda rebuscó en sus bolsillos hasta hallar un bolígrafo y se anotó el nombre y el número de teléfono en la muñeca.

Después estrechó la mano de la joven.

—Gracias por escucharme —dijo Amy Lindberg antes de marcharse hacia el centro de Ystad.

«Es decir, que existe un hombre llamado Torgeir Langaas», reflexionó Linda. «Y ese hombre se mueve en torno a mí como una misteriosa sombra.»

Comprobó que los trabajos de extinción habían entrado en una nueva fase; los movimientos eran más lentos, lo que confirmaba que el incendio no tardaría en quedar controlado. Vio a su padre hablando con el jefe de bomberos. Cuando se volvió hacia donde ella se encontraba, Linda se agachó, pese a que era imposible que él la distinguiese en la oscuridad. Stefan Lindman apareció caminando al lado de la joven a la que ella había visto llorando junto a la tienda en llamas. «Stefan Lindman sabe tratar con mujeres desoladas», se dijo. «Pero yo no suelo llorar; lo dejé cuando me hice mayor.» Los siguió con la mirada y vio que Stefan llevaba a la joven hasta un coche de policía y cruzaba con ella unas palabras antes de abrirle la puerta para que entrase.

No dejaba de darle vueltas a la información obtenida de su conversación con Amy Lindberg. «Gud krevet. Dios lo exige… Pero ¿qué exige Dios? ¿Que se destruya una tienda de animales, que unas criaturas indefensas sucumban entre tormentos y padecimientos? Primero fueron los cisnes», recordó. «Después, aquel ternero de una finca camino de Malmö; en ese caso fue un solo animal, y murió carbonizado. Y ahora una tienda de animales. Ha sido la misma persona, no hay duda. Alguien que, después de incendiarla, se marchó de allí con una calma absoluta, sin prisas, después de gritar que aquello era Gud krevet… Así que hay un noruego involucrado en todo este asunto», insistió. «Animales muertos, una mujer asesinada, padres resucitados y la desaparición de mi amiga, de la que no hay ni rastro.» Miró hacia el lugar delimitado por los cordones policiales con la absurda esperanza de ver aparecer por allí a Anna. Después se acercó a Stefan, que la miró sorprendido.

—¿Qué haces tú aquí?

—Pertenezco al grupo de los curiosos. Pero necesito hablar con alguien.

—¿Sobre qué?

—Sobre el incendio.

Stefan reflexionó unos segundos.

—Pensaba irme a casa a comer. Si quieres, ven.

Tenía el coche aparcada junto al hotel Continental y, desde allí, partieron en dirección oeste. Vivía en uno de los bloques de pisos que se alzaban, sin orden ni concierto aparentes, en una zona que quedaba entre unos chalés y una central de reciclado de papel.

Stefan vivía en el bloque del centro, el número 4. El cristal de la puerta de entrada al edificio estaba roto, y alguien lo había reparado provisionalmente con un cartón que alguien, a su vez, había intentado arrancar. Linda leyó lo que habían escrito con rotulador en las paredes. «TU VIDA ESTÁ EN VENTA. LLAMA A LA TELE Y CUÉNTALA.»

—¿Te has fijado? Medito sobre ello a diario —le aseguró Lindman—. Un texto que merece reflexión.

De uno de los pisos más bajos les llegó la risa histérica de una mujer. Stefan Lindman vivía en la última planta. En la puerta de su apartamento aparecía fijado un banderín de color negro y amarillo donde se leía «IF ELFSBORG». Linda creyó recordar que se trataba de un equipo de fútbol. Bajo el banderín, colgaba un papel medio arrancado con su nombre.

Lindman abrió la puerta y le ofreció una percha para que colgase su cazadora. Entraron luego en la sala de estar, donde había escasos muebles, dispersos, como si hubieran dejado al azar su disposición.

—En realidad, poco puedo ofrecerte —confesó—. Agua, una cerveza… Aquí no tengo casi nada, es un apartamento provisional.

—¿Y adónde piensas mudarte? ¿A Knickarp, dijiste?

—Sí, estoy arreglándome allí una casa. Tiene un jardín grande, y seguro que me sentiré muy a gusto.

—Pues yo vivo con mi padre —reveló Linda—. Pero cuento los días que me faltan para mudarme de allí.

—Tú tienes un buen padre.

Sorprendida, Linda lo miró llena de curiosidad.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho, ni más ni menos. Que tienes un buen padre. El mío no lo fue.

Linda vio sobre la mesa, junto con otros banderines de los mismos colores que el que colgaba de la puerta, unos periódicos. Echó mano de uno de ellos y comprobó que era el diario Borås Tidning.

—Te aseguro que no siento la menor nostalgia —sostuvo Stefan Lindman—. Pero me gusta estar informado de todo aquello que ya no tengo que soportar.

—Me imagino que fue muy duro, ¿no?

—Sí, bueno. Sentí que necesitaba alejarme de allí cuando comprendí que iba a sobrevivir al cáncer.

—Pero ¿por qué Ystad?

—Verás, yo tengo la idea de que vivir en una ciudad fronteriza es algo muy especial. Y Escania es una zona fronteriza. El resto de Suecia queda tras de ti. Lo siento, no sé explicarlo mejor. En cualquier caso, aquí estoy.

Guardó silencio. Linda no sabía qué decir. De pronto, él se levantó del sofá.

—Bueno, iré a buscar cerveza y unos bocadillos.

Cuando volvió, traía dos vasos. Linda no comió nada.

En cambio, le contó cómo se encontró por casualidad junto a Amy Lindberg en el lugar del incendio y le refrió su conversación. Él la escuchó atento, sin hacer preguntas, y sólo alzó la mano en una ocasión, pidiendo que se detuviera un instante, para cambiar de lugar una lámpara de pie cuya luz le molestaba. Una cortina se agitó de repente, y Linda comprendió que empezaba a soplar viento; el cielo estaba encapotado. Él siguió su mirada hacia la cortina.

—Me temo que habrá tormenta. Me duele la sien. Lo heredé de mi madre: cuando le dolía la sien, significaba que se avecinaba una tormenta. ¿Sabes?, tengo un amigo que se llama Giuseppe Larsson y que es policía en Östersund.

—Sí, ya lo has mencionado en alguna ocasión —lo interrumpió Linda.

—Pues él asegura que, cada vez que se avecina una tormenta, siente un deseo irrefrenable de tomarse un arenque con un chupito. Aunque, si he de serte sincero, creo que no es verdad.

—Sin embargo, lo que yo digo sí lo es.

El asintió.

—Perdona, no quería interrumpir.

—No te preocupes. Es que temo perder la concentración y olvidar detalles.

Linda prosiguió, remontándose a lo que tal vez fuese el principio de todo: el hecho de que Anna creyese haber visto a su padre en una calle de Malmö. En medio de toda aquella historia, planeaba la sombra de un noruego que tal vez se llamase Torgeir Langaas.

—Alguien está matando animales —concluyó ella—. Alguien brutal y osado, si es que merece ese calificativo un desquiciado. Además, alguien mata a una persona, la descuartiza. Y Anna no aparece.

—Comprendo que estés preocupada —convino él—. No sólo por el fantasma amenazador de alguien que tal vez sea el padre de Anna, sino también por la aparición de otra persona, además desconocida, que va por ahí diciendo Gud krevet. Es posible que no siempre lo diga de modo que podamos oírlo. Pero está dicho. Por otra parte, te has enterado de que tu amiga Anna es muy religiosa. Hay otras piezas en este rompecabezas… Aunque quizá no sea un verdadero rompecabezas, tal vez sólo lo parezca. Por ejemplo, la crueldad que revelan dos manos amputadas y colocadas en actitud orante, como si pidiesen perdón. Francamente, lo que acabas de contarme y lo que yo mismo he visto apuntan a una dimensión religiosa que tal vez hasta el momento no hayamos tenido en cuenta.

Dicho esto, apuró la cerveza que quedaba en el vaso. Los truenos ya se oían a lo lejos.

—Eso es por Bornholm —aseguró Linda—. Es allí donde suele tronar más.

—Pero tenemos viento del este, lo que significa que la tormenta viene hacia aquí.

—¿Qué opinas de lo que te he contado?

—Que es cierto. Y que es algo que afectará profundamente a la investigación.

—¿A cuál de ellas?

—La del caso de Birgitta Medberg. Hasta ahora, tu amiga sólo ha constituido un caso de vigilancia, pero supongo que esa circunstancia cambiará de aquí en adelante.

—¿Significa eso que debo asustarme?

Él movió la cabeza despacio.

—No lo sé. Me sentaré a escribir todo lo que me has dicho. Quizá sería provechoso que tú también lo hicieras. Mañana por la mañana se lo llevaré a los colegas.

Linda se estremeció.

—Mi padre se pondrá furioso cuando sepa que te lo he contado a ti antes que a él.

—Bueno, siempre puedes excusarte diciendo que él estaba muy ocupado con el incendio.

—Él no para de repetir que, si se trata de mí, nunca está ocupado.

Stefan le ayudó a ponerse la cazadora. Linda volvió a sentir que aquel hombre le gustaba. Y notó que las manos de él se posaban cautas sobre sus hombros.

Linda volvió al apartamento de la calle de Mariagatan. Su padre la esperaba sentado a la mesa de la cocina. Tan pronto como vio su rostro, comprendió que estaba enfadado. «¡Joder con Stefan! Ni siquiera ha esperado a que yo llegase a casa para llamar a mi padre», maldijo.

Se sentó frente a él y apoyó las manos sobre la mesa.

—Si estás pensando en ponerme de vuelta y media, me voy a la cama. No, mejor, me voy de aquí. Puedo dormir en el coche.

—Podrías haber hablado conmigo, ¿no te parece? Tu forma de proceder denota falta de confianza en mí. Una gran falta de confianza.

—¡Por Dios santo!, si tú estabas ocupado con lo de los animales muertos… ¡Todo el edificio estaba en llamas!

—No deberías haber hablado con esa joven. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no es asunto tuyo? ¡Si ni siquiera te has incorporado aún al trabajo!

Linda extendió el brazo, retiró el puño del jersey y le mostró el número de teléfono de Amy Lindberg.

—¿Estás contento? Bien, entonces, me voy a la cama.

—A mí me parece lamentable que no me respetes lo suficiente como para actuar a mis espaldas.

—¿A tus espaldas? — le preguntó Linda, atónita—. Pero ¿qué dices?

—Me has entendido perfectamente.

Linda barrió la mesa con el brazo de modo que el salero y el jarrón con flores mustias cayeron al suelo. Estaba furiosa, su padre había ido demasiado lejos. Se precipitó hacia el recibidor, echó mano de su cazadora y se marchó. «Lo odio», se dijo mientras rebuscaba en sus bolsillos las llaves del coche de Anna. «Odio sus sermones absurdos. No pienso dormir en este apartamento ni una noche más.»

Ya en el coche, intentó calmarse. «Cree que enseguida me entrarán remordimientos. Y seguirá ahí sentado, esperando, seguro de que voy a volver, seguro de que Linda Caroline sólo ha estallado en un acceso de ira que no tardará en lamentar.»

—Pero no volveré —declaró en voz alta—. Iré a pasar la noche en casa de Zebran.

Sin embargo, cuando estaba a punto de poner el motor en marcha, cambió de opinión. Zebran querría hablar, hacerle preguntas, saber cosas… Y no podría soportarlo. De modo que se puso en marcha rumbo al apartamento de Anna. Ya podía su padre seguir aguardándola sentado a la mesa de la cocina hasta el final de los tiempos.

Metió la llave en la cerradura, la giró y abrió la puerta.

Y allí, en el recibidor, estaba Anna, que la miraba con una sonrisa.

32

—No conozco a nadie como tú, capaz de venir a visitarme a medianoche como un ladrón. ¿Acaso te despertaste y, sin más ni más, pensaste que había vuelto? — preguntó Anna en tono jovial.

A Linda, perpleja, se le cayeron las llaves al suelo.

—No entiendo nada. ¿De verdad que eres tú?

—En persona.

—¿Se supone que debo estar contenta o aliviada?

Anna frunció el entrecejo.

—¿Y por qué habías de estar aliviada?

—No te imaginas lo preocupada que he estado.

Anna alzó los brazos, dándose por vencida.

—Me declaro culpable. ¿Quieres que te pida perdón o prefieres que te cuente lo ocurrido?

—No tienes que hacer ni lo uno ni lo otro. Basta con que estés aquí.

Las dos amigas entraron en la sala de estar. Pese a que a Linda, perpleja, le costaba creer que todo aquello fuese verdad y que Anna acabara de sentarse en la sala, alguna porción de su conciencia registró que el cuadrito de la mariposa seguía sin estar allí.

—He venido porque acabo de tener una discusión con mi padre y, como tú no estabas, pensé que podría dormir en tu sofá.

—Bien, puedes dormir en mi sofá, aunque ya haya vuelto.

—Estoy cansada. Cansada y enojada. Mi padre y yo somos como dos gallos que pelean en el gallinero. Como si no hubiese lugar para los dos, nos pisamos el terreno y empezamos a discutir. Lo cierto es que estábamos hablando de ti.

—¿De mí?

Linda extendió la mano para rozar el brazo desnudo de Anna. Su amiga llevaba un albornoz al que, por alguna razón, le habían cortado las mangas. La piel de Anna estaba fría. No le cabía la menor duda de que era Anna y no alguien que hubiese tomado prestado su cuerpo. La piel de Anna siempre estaba fría. Linda lo recordaba bien de la época en que, en varias ocasiones y con la sensación de acceder a territorio prohibido, se entretenían en jugar a los muertos. Linda siempre estaba caliente y sudaba; en cambio Anna estaba siempre fría. Tanto que, asustadas, terminaron por abandonar aquel juego. Linda recordaba que fue también la época en que resolvió la gran cuestión de la Muerte. ¿Qué primaba en ella, la atracción o el terror? Desde el día en que dejaron aquel juego, la muerte había sido para Linda algo que siempre acompañaba al ser humano, como un gas inodoro, extraño, amenazante, siempre presente.

—Tienes que comprender que he estado muy preocupada —reiteró Linda—. No es normal que desaparezcas y que no estés en casa cuando habíamos acordado vernos.

—Nada ha sido normal. Yo creí haber visto a mi padre, ¿lo recuerdas? Lo había visto a través de una ventana. Mi padre había vuelto.

La joven se interrumpió y se miró las manos. «Ha regresado en el mismo estado en que desapareció», constató Linda. «Está tranquila, ni rastro de desasosiego, todo es como antes. Sospecho que, los días que ha estado ausente, podrían eliminarse de su vida sin que se notase lo más mínimo.»

—¿Qué ha ocurrido? — quiso saber Linda.

—Pues que fui a buscarlo. Por supuesto que no había olvidado que teníamos una cita, pero, por una vez, fallé. Creí que lo comprenderías. Había visto a mi padre a través de la ventana de un hotel de Malmö. Y sentí que tenía que encontrarlo. Estaba tan nerviosa…, temblaba y no podía ni conducir, así que tomé el tren a Malmö y me lancé en su busca. No te imaginas lo que supuso deambular por las calles de la ciudad, buscándolo con todos mis sentidos alerta, convencida de que su olor, su voz, tenía que haber dejado rastro en algún lugar. Caminaba despacio, como si fuese un explorador solitario de una caballería que aguardaba en algún lugar, detrás de mí. Estaba convencida de que encontraría el camino correcto hacia mi meta: mi padre.

»Tardé varias horas en recorrer la distancia que separaba la estación del hotel ante el que lo había visto. Cuando entré en el vestíbulo, vi que una señora muy obesa dormitaba en el sillón. Me puse furiosa. Me había quitado el sitio; no podía concebir que alguien se sentase en aquel sillón desde el que yo había visto a mi padre y él me había visto a mí. De modo que me acerqué y desperté a la señora, que roncaba. La mujer se sobresaltó. Le dije que tenía que irse porque no tardarían en cambiar los muebles por otros. Ella obedeció. Aún no consigo explicarme cómo pudo creer que yo perteneciese al personal del hotel, enfundada como iba en un impermeable mojado y con el pelo húmedo y revuelto. Me senté, pues, en el sillón y me puse a mirar por la ventana. Pero ni rastro de mi padre. Sin embargo, pensé que, si me quedaba allí el tiempo suficiente, él volvería a pasar.

Anna se interrumpió para ir al baño. A lo lejos se oía la tormenta. Al cabo de unos minutos, la joven regresó dispuesta a continuar:

—De modo que me quedé allí sentada. Cuando las recepcionistas empezaron a observarme con suspicacia, pedí una habitación en la que, no obstante, intentaba pasar el menor tiempo posible. Para ocultar que lo único que hacía era esperar allí sentada a que alguien apareciese al otro lado de la ventana, compré un diario y fingí que anotaba cosas en él de vez en cuando. El segundo día, la señora obesa volvió al hotel. Supongo que estuvo espiándome y pensó que me había descubierto. Le había robado su asiento aduciendo la excusa de que iban a cambiar los muebles. Y eso fue lo que me espetó, precisamente: «Me has robado el sitio». Estaba tan indignada que temí que perdiese el equilibrio y se cayese. Pensé que a nadie se le ocurre mentir diciendo que está sentado en un lugar con la esperanza de ver a un padre que lleva desaparecido más de veinte años; uno puede mentir sobre casi todo, pero no sobre algo así. Y la mujer me creyó. No había el menor indicio de duda en su expresión. Así que se sentó en otro sillón y me aseguró que le encantaría hacerme compañía mientras esperaba. Fue terrible. No paraba de hablar y me contó que su marido participaba en un encuentro sobre sombreros de caballero. Puedes reírte. Desde luego, a mí no me hizo la menor gracia, porque es tal y como te lo cuento: me describió con todo lujo de detalles cómo un puñado de hombres anodinos se reunían en una angosta sala de conferencias para llegar a un acuerdo acerca del tipo de sombrero por el que apostarían para la siguiente temporada. La mujer no cesaba de parlotear, como si oficiara una delirante misa dedicada a un desconocido dios de los sombreros. Me entraron ganas de estrangularla allí mismo. Pero, al final, sus palabras parecían pasar por encima de mí como un olor al que uno deja de prestar atención. Después vino a recogerla su marido. Estaba tan gordo como ella, y llevaba un sombrero de ala ancha, seguramente muy caro. La mujer y yo ni siquiera nos habíamos presentado. Y cuando estaba a punto de marcharse, le dijo a su marido: «Esta joven señorita está esperando a su padre. Lleva mucho tiempo esperándolo». «¿Cuánto tiempo?», preguntó entonces el marido mientras se quitaba el hermoso sombrero. «Casi veinticinco años», respondió ella. El hombre me miró, pensativo y como intentando clasificarme, pero, ante todo, lleno de respeto. Por un instante, el vestíbulo del hotel, con sus superficies brillantes y frías, con aquel olor a detergente demasiado concentrado, se convirtió en un templo. Entonces, el hombre me dijo: «Uno no puede esperar demasiado tiempo». Dicho esto, volvió a encasquetarse el sombrero y los dos salieron del hotel. Pensé que todo aquello había sido absurdo y, por eso mismo, perfectamente verosímil.

»Permanecí en el sillón durante cuarenta y ocho horas. De vez en cuando, subía a mi habitación para dormir un rato. Había allí unas botellitas de licor y bolsas de cacahuetes. Creo que, durante aquellas horas, no comí ni bebí otra cosa. Después empecé a pensar que tal vez mi padre no tenía la menor intención de volver a pasar ante aquella ventana, de modo que me fui del hotel, aunque conservé la habitación. Mi búsqueda no seguía ningún plan. Caminé por los parques, por los canales, por los muelles del puerto. Mi padre se marchó un día para buscar una libertad que Henrietta y yo no podíamos brindarle, por eso pensé que debía buscarlo en lugares abiertos. En varias ocasiones creí haberlo reencontrado. Me mareaba y me veía obligada a apoyarme en la fachada de una casa o en un árbol. Pero no era él, siempre era otra persona, y, al pensar en eso, toda la añoranza que había sufrido durante años se transformó de repente en ira. Allí estaba yo, echándolo de menos, mientras él seguía humillándome, apareciendo primero para luego volver a marcharse. Ni que decir tiene que empecé a dudar. ¿Cómo podía estar tan segura de que era él? De hecho, todo indicaba lo contrario. Recorrí todos los parques de Malmö. No paraba de llover, y yo me debatía entre la duda y la certeza absoluta de que fue a él a quien vi. Los dos últimos días dormí durante el día y, por la noche, salía a buscarlo. Varias veces creí vislumbrarlo entre las sombras. La última noche fui al parque Pilsdammsparken. Eran las tres de la madrugada y un grito surgió de mi garganta: «¡Papá!, ¿dónde estás?». Pero nadie contestó. Permanecí en el parque hasta el amanecer. Ya no me cupo la menor duda: acababa de superar la prueba definitiva con respecto a mi padre. Me había adentrado en la bruma de la ilusión de que, contra todo pronóstico, él se presentaría ante mí; pero volví a salir a la luz con la convicción de que mi padre no existía. Bueno, tal vez sí, tal vez no esté muerto. Pero para mí, a partir de ahora, no sería más que un espejismo al que yo, de vez en cuando, podría recurrir para soñar. Mi padre había dejado de ser una persona viva, alguien a quien esperar, alguien con quien enfadarse siquiera. Por fin había desaparecido por completo. Todo cambió para mí esa mañana en aquel parque. Durante veinticuatro años deseé que no hubiese desaparecido. Ahora, después de creer que había vuelto, comprendí que se había marchado para no volver nunca más.

La tormenta avanzaba hacia el oeste. Anna enmudeció y volvió a mirarse los dedos. A Linda se le ocurrió pensar que tal vez se los contase para comprobar que no le faltaba ninguno. Trató de imaginar cómo habría sido su vida si su padre hubiera desaparecido. Pero no podía concebirlo. Él estaría siempre ahí, como una gran sombra agazapada, unas veces cálida, otras fría; una sombra que la rondaba siempre, observando sus movimientos. De repente, le sobrevino la duda de si no habría cometido el mayor error de su vida al seguir los pasos de su padre y hacerse policía. «Terminará hundiéndome con su amabilidad, su comprensión y todo ese amor, que debería entregar a otra mujer en lugar de a su hija.» No obstante, desechó aquellos pensamientos convencida de que estaba siendo injusta no sólo con su padre, sino también consigo misma.

Anna alzó la mirada.

—Bueno, ya pasó todo —concluyó—. Mi padre ha quedado como un reflejo en el cristal de una ventana. No está, y no vendrá nunca. Así que puedo retomar mis estudios. Pero dejemos de hablar de mí. Siento haberte tenido preocupada.

Linda se preguntó si sabía algo del asesinato de Birgitta Medberg. Aquélla era, en efecto, una pregunta para la que aún no tenía respuesta: ¿qué relación unía a Anna con Birgitta Medberg? ¿Y con Vigsten, el músico de Copenhague? ¿Figuraría el nombre de Torgeir Langaas en alguno de sus diarios? «Debería haberlos leído todos», se lamentó Linda. «No hay mayor diferencia entre leer una página de un libro secreto y leer mil. Es como romper uno de aquellos sellos que mi padre se empecinaba en poner a los regalos de Navidad cuando yo era niña. Si rompías sólo uno, todo estaba perdido.»

Algo la atormentaba aún; un resquicio de la angustia pasada persistía en su interior. Sin embargo, optó por dejar las preguntas para después.

—Fui a ver a tu madre —comentó—. No parecía preocupada. Yo deduje que sabía dónde estabas, pero que no quería contármelo.

—Bueno, la verdad es que a ella no le conté que creí haber visto a mi padre.

Linda recordó lo que le había dicho Henrietta: que Anna siempre creía haber visto a su padre. «¿Quién está mintiendo?» Decidió que, por el momento, aquella cuestión carecía de importancia.

—Por cierto, ayer fui a ver a mi madre —le contó Linda—. Se me ocurrió darle una sorpresa. Y desde luego que lo fue.

—¡Vaya! ¿Se alegró de verte?

—Pues no mucho. Me la encontré desnuda en la cocina a plena luz del día, bebiendo directamente de la botella.

—¿Y tú no sabías que tenía problemas con el alcohol?

—En realidad, aún no sé si los tiene o no. Supongo que cualquiera puede tomarse unos tragos a mediodía alguna vez.

—Supongo que sí —convino Anna—. Bueno, yo creo que necesito dormir un poco. Voy a prepararte el sofá.

—No, déjalo, me voy a casa. Ahora que sé que estás bien, puedo dormir tranquilamente en mi cama. Aunque lo más probable es que, por la mañana, mi padre y yo nos enzarcemos en otra discusión.

Linda se levantó y se encaminó al vestíbulo. Anna se quedó en el umbral de la puerta de la sala de estar. La tormenta había pasado de largo.

—Acabo de caer en la cuenta de que no te he contado el final del viaje —observó Anna—. Lo que sucedió esa mañana, cuando decidí que mi padre no volvería jamás y que la persona a la que vi era otro hombre. Resulta que me dirigí a la estación para tomar el tren de regreso a Ystad. Mientras esperaba, me tomé un café y, de repente, alguien se sentó a mi mesa. No puedes figurarte quién.

—Pues no… No puede ser… ¿La mujer obesa del hotel?

—Exacto. Su marido estaba a unos metros, vigilando un baúl anticuado. Recuerdo que pensé que seguramente contenía misteriosos sombreros que pronto estarían de moda. Su gruesa esposa estaba sudorosa y llevaba las mejillas encendidas por el calor. Cuando lo miré, el hombre se quitó el sombrero. Era como si ellos dos y yo formásemos parte de una conspiración secreta. La mujer se inclinó hacia mí y me preguntó si lo había encontrado. Al principio, no comprendí a quién se refería. Estaba cansada y acababa de deshacerme de la figura de mi padre: lo había introducido en el cañón y había disparado apuntando hacia el olvido. Pero no quise entristecerla, así que le dije que sí, que lo había encontrado y que todo había ido bien. Se le llenaron los ojos de lágrimas, ¿sabes? Después, se levantó y me preguntó: «¿Puedo contárselo a mi marido? Volvemos a casa hoy mismo, a Halmstad. Nosotros recordaremos toda la vida el haber conocido a una joven que reencontró a su padre después de tantos años». La mujer fue hasta donde estaban su marido y el baúl. Los vi hablando de algo, pero no oí lo que decían, claro. Y ya estaba a punto de levantarme para ir al andén cuando la mujer volvió a la mesa. «Ni siquiera sé cómo te llamas», me dijo. «Anna», le contesté. Después me marché sin mirar atrás. Y eso es todo. Y ahora, tú estás aquí…

—Sí, y volveré mañana —prometió Linda—. Y haremos lo que no pudimos hacer la semana pasada.

Acordaron que se verían hacia las doce del mediodía. Linda le devolvió las llaves del coche.

—Lo tomé prestado. Para buscarte. Mañana te llenaré el depósito.

—No, no es necesario. No deberías pagar por haberte preocupado por mí.

Linda se marchó a casa. Lloviznaba, pero no había ni rastro de la tormenta y el viento había cesado. Sentía el perfume de la lluvia en el asfalto. Linda se detuvo y respiró hondo para que el aire llenase sus pulmones. «Todo está bien», se tranquilizó. «Yo estaba equivocada: no había pasado nada.»

Aquel pequeño resquicio de inquietud había desaparecido. Aunque no del todo. Pensó en lo que le había dicho Anna: «…pero no era él; siempre era otra persona».

33

Linda despertó de un sobresalto. El estor colgaba torcido y un rayo del sol lanzaba destellos desde un tejado del otro lado de la calle hasta su mesilla de noche. Extendió el brazo y expuso la mano al rayo de sol. «¿Cómo comienza un día?», se preguntó. Siempre había tenido la sensación de que, justo antes de despertar, tenía un sueño que le advertía que ya empezaba el día. A lo largo de los años, le había divertido imaginar cómo era el tránsito entre la noche y el día. «Cuando el alba y la oscuridad llegan a un acuerdo sobre quién es el vencedor», solía pensar hacía algunos años. Había expresado esos pensamientos sobre el papel, y comprendió que eran lo más poético que jamás llegaría a escribir. Sin embargo, el día también podía presentarse como cuando, tras haber estado luchando toda la noche, abrimos por fin una puerta. En efecto, Linda tenía muchos símiles para aquel tránsito.

Se sentó en la cama y recordó que Anna había vuelto. Contuvo la respiración durante un instante para asegurarse de que no lo había soñado. No: había visto a Anna en su apartamento, y llevaba puesto aquel albornoz sin mangas. Volvió a echarse y se desperezó. Alzó el brazo, de modo que el sol le bañara de nuevo la mano. «Pronto llegará el otoño», se dijo. «Mi vida está ahora llena de instantes inminentes. El primero en orden cronológico y el más importante: sólo quedan cinco días para que pueda cambiar este uniforme invisible por uno real. Después, mi nuevo apartamento; mi padre y yo dejaremos de agobiamos el uno al otro. Y pronto llegará el otoño, y con él la primera mañana de escarcha, las primeras heladas.» Contempló su mano a la luz del sol. «Sí, muchas cosas sucederán antes de que hiele…», se dijo. «¿Será correcto también decir “antes que hiele”?»

Se levantó cuando oyó a su padre en el cuarto de baño y se echó a reír. No conocía a nadie capaz de armar tanto alboroto como él en el cuarto de baño. Era como si luchase a brazo partido con el jabón, los grifos y las toallas. Se puso la bata y fue a la cocina. Eran las siete de la mañana. Pensó en llamar a Zebran para contarle que Anna había vuelto, pero cambió de opinión. Su hijo tenía un sueño inquieto y ella se pondría hecha un basilisco si la despertaba cuando por fin había logrado dormirse. «Stefan Lindman», recordó, «también debería llamarlo a él. Aunque eso puede contárselo el tigre que hay en el cuarto de baño.»

Su padre entró en la cocina secándose el cabello.

—Te pido disculpas por lo de anoche —se excusó. Y, sin aguardar respuesta, se le acercó y agachó la cabeza—. ¿Puedes decirme si estoy empezando a quedarme calvo?

Linda le pasó los dedos por el cabello aún mojado, a la altura de la nuca.

—Pues parece que hay un pequeño calvero ahí.

—¡Joder! ¡Yo no quiero quedarme calvo!

—Papá, el abuelo estaba completamente calvo. Es de familia. Si te cortas el pelo al rape, parecerás un oficial norteamericano.

—¡Pero yo no quiero parecer un oficial norteamericano!

—Anna ha vuelto.

Su padre había empezado a llenar una cacerola de agua, pero se detuvo.

—¿Anna Westin?

—No conozco a ninguna otra Anna que haya estado desaparecida. Ayer, cuando me enfadé contigo y me marché, decidí ir a dormir a su casa. Y allí me la encontré.

—¿Qué le había pasado?

—Nada. Que fue a Malmö y se alojó en un hotel dispuesta a buscar a su padre.

—¿Y lo encontró?

—No. Al final comprendió que todo habían sido figuraciones suyas. Y entonces decidió volver. Eso fue ayer.

Él se sentó a la mesa.

—Quieres decir que pasa unos días en Malmö buscando a su padre y que se aloja en un hotel y que no se lo cuenta a nadie, ni a ti, ni a su madre, ni a nadie. ¿Lo he entendido bien?

—Sí.

—¿Tienes algún motivo para no creer lo que dice?

—En realidad, no.

—¿Qué significa «en realidad, no»? ¿Sí o no?

—No.

Kurt Wallander siguió llenando la cacerola de agua.

—O sea, que yo tenía razón. No había pasado nada.

—Pero te olvidas de que el nombre de Birgitta Medberg estaba en su diario. Y también el de ese hombre llamado Vigsten. No sé qué te contó Stefan Lindman ayer, cuando te llamó para chivarse.

—No llamó para chivarse. Además, fue bastante prolijo. Es otro Martinson: le encantan las exposiciones claras y extensas. Mañana, a más tardar, le pediré a Anna que venga a la comisaría para hablar con ella. Puedes decírselo, si quieres. Pero no le hagas ninguna pregunta sobre Birgitta Medberg. Nada de investigar por tu cuenta, ¿entendido?

—Hablas como un policía prepotente —observó Linda.

Él la miró sorprendido.

—Yo soy policía, ya lo sabes. Y me han acusado de muchas cosas en mi vida, pero jamás de ser prepotente.

Desayunaron en silencio, leyendo cada uno una sección del Ystads Allehanda. Cuando dieron las siete y media, él se levantó para salir, pero cambió de idea y volvió a sentarse.

—El otro día… mencionaste algo —comenzó vacilante.

Linda supo enseguida a qué se refería. Le divertía verlo en una situación embarazosa.

—¿Eso de que no conocía a nadie que necesitase follar tanto como tú?

—¿Qué querías decir exactamente?

—¿Y tú qué crees? ¿Acaso da pie a muchas interpretaciones?

—Pues quiero que sepas que mi vida sexual es cosa mía.

—¡Pero si no tienes ninguna!

—Aun así, es cosa mía.

—Será cosa tuya mantener una vida sexual inexistente. Pero yo creo que no es bueno que estés siempre solo. Cada semana que pasas sin follar engordas algún kilo. Toda esa grasa que vas arrastrando por ahí es como un gran cartel luminoso que reza: «Ahí va un hombre muy necesitado de sexo».

—Baja la voz, no tienes por qué gritar.

—¿Y quién va a oírme?

Él volvió a levantarse muy aprisa, como si hubiese decidido huir.

—Bueno, olvídalo. Tengo que irme.

Ella lo siguió con la mirada mientras él enjuagaba su taza. «¿Estaré siendo demasiado dura con él?», se preguntó. «Pero si no se lo digo yo, ¿quién se lo dirá?»

Linda acompañó a su padre hasta el recibidor.

—¿Es correcto decir «antes que hiele», o debe decirse «antes de que hiele»?

—Creo que es lo mismo, ¿no?

—A mí me parece que uno es correcto y otro no.

—Entonces, medítalo y, cuando llegue a casa, me lo cuentas. — Dicho esto, cerró la puerta de golpe.

Linda empezó a pensar en Gertrud, la mujer con la que su abuelo había estado casado los últimos años de su vida. Ahora Gertrud vivía con su hermana Elvira, que había sido profesora de sueco. Linda pensó que lo del hielo sería una buena excusa para llamar a Gertrud. De hecho, aún hablaban de vez en cuando, aunque casi siempre era Linda quien llamaba. Sabía que las dos hermanas solían madrugar y que a las cinco de la mañana ya estaban desayunando. Así que buscó su número en la agenda. Respondió Gertrud, tan animada como de costumbre. Linda se había preguntado en numerosas ocasiones cómo había podido vivir junto a una persona tan introvertida y colérica como su abuelo.

—¿Ya eres policía? — quiso saber Gertrud.

—No, aún no. Empezaré el lunes.

—Doy por hecho que tendrás cuidado.

—Yo siempre tengo cuidado.

—Y espero que te hayas cortado el pelo.

—¿Y por qué iba a cortarme el pelo?

—Para que nadie pueda tirarte de él.

—No tienes de qué preocuparte.

—Bueno, cuando una es mayor, tiene que entretenerse en algo. Y cuando no queda otra cosa, siempre puedes invertir el tiempo en estar preocupada. Elvira y yo solemos regalarnos pequeños motivos de preocupación todos los días. Eso nos anima.

—Verás, en realidad, quería hablar con Elvira. Tengo una pregunta que hacerle.

—¿Cómo está tu padre?

—Como siempre.

—¿Cómo le va con la mujer de Letonia?

—¿Te refieres a Baiba? Aquello se terminó hace ya tiempo. ¿No lo sabías?

—Es que con Kurt, como mucho, hablo una vez al año. Y nunca sobre su vida privada.

—Él no tiene vida privada. Ése es el problema.

—Espera, voy a llamar a Elvira.

La hermana de Gertrud acudió al teléfono y Linda pensó que las voces de las dos hermanas eran tan parecidas que podían confundirse.

—Dime, ¿es correcto decir «antes que hiele», o es mejor «antes de que hiele»?

—«Antes de que hiele» —contestó Elvira sin vacilar—. Pero ¿por qué me lo preguntas?

—Pues esta mañana me desperté pensando que no tardaría en llegar el otoño. Y las heladas, la primera escarcha.

—Sí, sí, yo diría que lo correcto es «antes de que hiele».

—Pues gracias por la información.

—Nosotras pensábamos salir hoy a recoger grosellas. Tienes razón. El otoño, la escarcha y las heladas pronto estarán aquí. Y el otoño es más agradable si tienes grosellas.

Tras la conversación, Linda recogió la cocina. Ya se había duchado y vestido cuando sonó el teléfono, que le trajo nuevamente la voz de Elvira.

—Lo he consultado, para estar segura, y resulta que estaba equivocada. Es tan correcto lo uno como lo otro. He hablado con una buena amiga que era catedrática de Lingüística y tiene, a su vez, contactos en la Academia Sueca. Resulta que no es incorrecto decir «antes que hiele». En fin, la verdad, habría jurado que no debía decirse así. Bueno, sólo era eso, así que me vuelvo a mis grosellas.

—Muchas gracias.

A las diez, Linda llamó a Anna.

—Sólo quería asegurarme de que no lo había soñado.

—Ahora comprendo que mi ausencia os llenó de preocupación. He hablado con Zebran y ya sabe que estoy aquí.

—¿Y con tu madre?

—Con ella sólo hablo cuando tengo ganas. ¿Vendrás a las doce?

—Sí, sí. Seré puntual, como siempre.

Concluida la conversación, Linda quedó pensativa, con el auricular en la mano.

El pequeño residuo de inquietud, ese vago desasosiego, seguía allí. «Debe de ser un mensaje», se dijo. «Un residuo de inquietud que siento en mi cuerpo y que quiere decirme algo. Es como en un sueño, cuando los mensajeros vienen a caballo a traernos notas secretas que siempre tratan de uno mismo, pese a que tal vez uno esté soñando con otra persona. Anna ha vuelto. No está herida y todo parece normal. Pero yo sigo preguntándome por qué aparecían esos dos nombres en su diario: Birgitta Medberg y Vigsten. Hay, además, una tercera persona, un noruego llamado Torgeir Langaas. Sí, aún quedan preguntas por responder. Sólo me tranquilizaré cuando dé con las respuestas.»

Salió al balcón y se sentó. El aire era fresco después de la amenaza de tormenta de la noche anterior. Había leído en el periódico que, en Rydsgård, una lluvia torrencial había reventado el alcantarillado. En el suelo del balcón yacía una mariposa muerta. Eso le recordó que tenía que preguntarle a Anna por el cuadro con la mariposa.

Apoyó las piernas sobre la barandilla del balcón. «Sólo cinco días», se repitió. «Después, esta extraña espera habrá terminado.»

No supo de dónde le vino la idea. Pero volvió a entrar y llamó al servicio de información telefónica. El hotel por cuyo número preguntaba pertenecía en la actualidad al consorcio Scandickoncernen. Desde el servicio de información le pasaron la llamada, que atendió una jovial voz masculina que le habló en sueco con acento danés.

—Quisiera hablar con una persona que se hospeda en el hotel. Su nombre es Anna Westin.

—Un momento, por favor.

«Es fácil mentir una vez», se dijo. «El siguiente paso será más difícil de dar.»

La voz jovial volvió al auricular.

—Lo siento, pero no tenemos ningún huésped con ese nombre.

—Vaya, entonces tal vez se haya marchado ya. Sé que se ha hospedado ahí recientemente.

—¿Anna Westin?

—Sí.

—Un momento.

El joven volvió casi de inmediato.

—No hemos tenido ningún huésped con ese nombre durante las dos últimas semanas. ¿Está segura del nombre?

—Sí, es una amiga mía. Su apellido se escribe con uve doble.

—Veamos… Wagner, Wiktor, sí, con uve doble, Wemer, Williamsson, Wallander…

Linda se aferró al auricular.

—¿Perdón? ¿Cuál era el último nombre?

—¿Williamsson?

—No, Wallander.

—Creí que estaba interesada en alguien llamado Westin. — La voz sonaba cada vez menos jovial.

—Su marido se apellida Wallander. Tal vez reservaron la habitación a su nombre.

—Un momento, voy a mirar.

«No es posible», se dijo Linda. «Esto no está pasando.»

—Pues lo siento, pero tampoco. Me consta que sólo se alojó una mujer.

Linda estaba perpleja.

—¿Oiga? ¿Sigue ahí?

—Supongo que su nombre era Linda, ¿no?

—Exacto. Siento no poder ayudarle más. Tal vez su amiga se hospedó en otro hotel de Malmö. Además, tenemos nuestro propio y excelente hotel en Lund.

—Gracias.

Linda colgó el auricular de un golpe decidido. Su sorpresa inicial se había convertido en ira. Pensó que debía hablar de inmediato con su padre y no seguir investigando por sí misma. «Ahora lo único que me interesa es saber por qué ha utilizado mi nombre para alojarse en un hotel de Malmö y buscar a su padre.»

Arrancó un trozo de papel de un bloc que había sobre la mesa de la cocina y tachó la palabra «espárragos» que su padre había anotado. «¡Pero si mi padre no come espárragos!», refunfuñó. Ahora bien, cuando se disponía a anotar todo lo sucedido desde que Anna desapareciera para buscar a su padre, resultó que no supo qué escribir. De modo que se puso a dibujar una mariposa que coloreó de azul. La tinta del bolígrafo se agotó y fue a buscar otro. La primera ala era azul, y la segunda quedó de color negro. «Esta mariposa no existe», se dijo. «Al igual que el padre de Anna. En cambio, los animales que mueren carbonizados, la mujer descuartizada en la cabaña, el hombre que me atacó en Copenhague, todo eso sí que es bien real.»

A las once, decidió dar un paseo hasta el puerto. Caminó hasta el extremo del muelle y se sentó sobre un noray. Intentó buscar una explicación al hecho de que Anna hubiese utilizado otro nombre. Lo importante no era, desde luego, que hubiese empleado precisamente el suyo; podía haber elegido el de Zebran o un nombre inventado. Lo importante era que Anna había ido a buscar a su padre bajo un nombre falso.

Una oca muerta flotaba en las aguas turbias del puerto, junto al muelle de piedra. Cuando por fin Linda se levantó, no había dado aún con la explicación que buscaba. «Tiene que haber un motivo, sólo que no doy con él.»

A las doce en punto, llamó a la puerta del apartamento de Anna. La preocupación de los días pasados había desaparecido. Ahora sólo estaba en guardia.

34

Torgeir Langaas abrió los ojos. Cada mañana se sorprendía ante el hecho de seguir vivo. Cuando despertaba, se le ofrecían siempre dos imágenes que se confundían en una sola. Se veía a sí mismo con sus propios ojos y, al mismo tiempo, con los ojos del otro, de aquel que, tiempo atrás, lo sacó de las calles, de las drogas y del alcohol, y lo llevó por un camino que conducía a un paraíso lejano pero no por ello inalcanzable. Allí lo había conducido su largo viaje, a una acera, cubierto de su propio vómito, apestando y extinguida toda esperanza de, un día, verse libre de tantas sustancias tóxicas, un viaje que, de ser el consentido heredero de una de las mayores compañías navieras de Noruega, lo había convertido en un despojo alcoholizado y narcotizado perdido en las calles de Cleveland. Y allí habría terminado el viaje: una muerte en cualquier callejón y, después, un entierro para menesterosos a cargo del estado de Ohio.

Ahora yacía despierto en aquella habitación de soltero cuya existencia Vigsten había olvidado, en el apartamento de la calle de Nedergade. Desde un extremo del apartamento le llegaba el sonido monótono del hombre que, todos los miércoles, acudía a afinar el piano de cola. Torgeir Langaas tenía suficiente oído como para saber que el afinador tan sólo necesitaba hacer pequeños ajustes. Y se imaginaba cómo el viejo Vigsten, inmóvil en la silla que había junto a la ventana, seguía con atención cada movimiento del afinador. Torgeir Langaas se estiró en la cama. La tarde anterior todo había transcurrido según sus planes. La tienda de animales había sido pasto de las llamas, ni un solo hámster había sobrevivido. Erik había insistido en ello: era crucial que no fracasasen en este último sacrificio animal. Erik siempre volvía sobre lo mismo, Dios no consentía el menor error. El hombre al que había creado a su imagen no podía permitirse la menor negligencia. Debía prepararse para su ascenso a la gloria que Dios reservaba a sus elegidos, aquellos que regresarían para volver a poblar la Tierra cuando hubiese triunfado el gran despertar de la fe.

Torgeir Langaas hacía cada mañana lo que Erik le había enseñado. Torgeir era el primer discípulo, y el más importante; durante un tiempo, seguiría siendo la principal herramienta de Erik. Todas las mañanas, Torgeir debía repetir el juramento que se había prestado a sí mismo, a Erik y al propio Dios. «Es mi deber diario, en obediencia a Dios y a su Maestro, acatar las órdenes que recibo y no dudar en llevar a cabo las acciones que se me exigen para que los hombres comprendan lo que les sobrevendrá si abandonan a Dios. Tan sólo retornando a Dios y escuchando la palabra que su único y verdadero profeta divulgará por el mundo, puede mantenerse viva la esperanza de salvación: la esperanza de contarse un día entre aquellos que regresarán cuando se haya producido el gran cambio.»

Permaneció en la cama con las manos entrecruzadas, murmurando los versículos de la carta de Judas que Erik le había enseñado: «El Señor, después de salvar a su pueblo de la tierra de Egipto, destruyó a aquellos que no creían». «Puedes transformar cualquier habitación en una catedral», solía decirle Erik. «El templo está en tu interior y a tu alrededor.» Susurró su juramento, cerró los ojos y se tapó con la manta hasta la barbilla. El afinador tocaba la misma nota, muy aguda, una y otra vez. «El templo está en tu interior y a tu alrededor.» Esas palabras le habían dado la idea de procurarse un nuevo tipo de escondites. No tenían por qué ser siempre cabañas en el bosque o casas como la que había detrás de la iglesia de Lestarp. También podía buscarse un hogar donde esconderse sin que el propietario supiese siquiera de su existencia. Recordó a su propio abuelo, que, durante sus últimos años, había vivido solo en su casa de Fecunden, pese a que estaba algo desquiciado y se había vuelto desmemoriado. En una ocasión, una de las hermanas de Torgeir vivió en su casa durante una semana sin que el anciano se percatase de nada. Torgeir le comentó su idea a Erik, y éste le dijo que lo probara, siempre y cuando eso no pusiera en peligro ninguno de sus grandes planes. Frans Vigsten había surgido como caído del cielo, y Torgeir llegó a pensar que tal vez el mismo Erik lo había puesto en su camino. Cierto día, Torgeir había acudido a un café de Nyhavn, simplemente para observar a los clientes que había en el local, bebiendo y charlando, y para demostrarse a sí mismo que podía resistir cualquier tentación. Y Frans Vigsten estaba allí sentado, tomándose una copa de vino. De repente, el hombre se levantó, se acercó a Torgeir y le preguntó:

—¿Podría usted decirme dónde estoy?

Torgeir comprendió enseguida que el anciano no estaba ebrio, sino que tenía algún trastorno mental.

—En un café de Nyhavn.

El hombre se hundió en la silla que había frente a Torgeir, donde permaneció largo rato, antes de preguntar de nuevo:

—¿Y dónde está eso?

—¿Nyhavn? Está en Copenhague.

—Verá, es que he olvidado dónde vivo. — El hombre sacó de la cartera un trozo de papel con la dirección de la calle de Nedergade, pero Frans Vigsten era incapaz de recordar que vivía allí—. Me ocurre de vez en cuando y luego se pasa —explicó el anciano—. Bien, tal vez sea allí donde vivo, donde tengo mi piano de cola y recibo a mis alumnos.

Torgeir lo acompañó fuera del bar, detuvo un taxi que pasaba y fue con él hasta la calle de Nedergade. En el tablón del portal, en efecto, había una placa con el nombre de Vigsten. Torgeir lo acompañó arriba. Cuando Frans Vigsten entró en el apartamento, reconoció que era su hogar por el olor a cerrado.

—Sí, aquí vivo —afirmó—. Así huele mi vestíbulo.

Se adentró en la espaciosa vivienda y pareció olvidar por completo a Torgeir Langaas. Antes de marcharse, Torgeir buscó hasta dar con una copia de las llaves. Unos días después, se instaló en una habitación de una sola cama que nadie parecía utilizar. Frans Vigsten no se había dado cuenta de que alojaba en su casa a un hombre que aguardaba instrucciones sobre el momento en que accedería a un estado superior. En una única ocasión se toparon el uno con el otro en el apartamento. En los ojos de Frans Vigsten leyó con claridad que el recuerdo de aquel encuentro en el bar se había desvanecido hacía ya tiempo. Vigsten creyó que era uno de sus alumnos. Torgeir Langaas le dijo que no había ido a recibir clases de piano, sino para purgar los radiadores. Frans Vigsten se olvidó de su presencia tan pronto como le hubo dado la espalda.

Torgeir Langaas observó sus manos. Eran grandes, robustas. Pero lo más importante era que ya no le temblaban. Habían pasado muchos años desde que lo sacaran del fango, y desde entonces no había probado ni una gota de alcohol ni drogas de ningún tipo. Recordaba muy vagamente el difícil periodo en que luchó por regresar a la vida. Fueron largos días en que sufrió grotescas alucinaciones: hormigas que le picaban bajo la piel, lagartos de rostro amenazador que se arrastraban por el papel de las paredes… Y, durante todo ese tiempo, Erik estuvo junto a él, sujetándolo. Torgeir sabía que, sin su ayuda, jamás lo habría conseguido. Gracias a Erik y a la fe que éste le había ofrecido había recuperado la fuerza que necesitaba para vivir.

Se sentó en la cama y apoyó la espalda contra la pared. El afinador de pianos no tardaría en acabar, Frans Vigsten lo acompañaría hasta el vestíbulo y, aun antes de cerrar la puerta a sus espaldas, ya habría olvidado que el hombre había estado allí.

«La fuerza», reflexionó para sí. «Toda esa fuerza es mía. Yo espero en mis escondites hasta que recibo las órdenes oportunas. Las ejecuto y regreso a la invisibilidad. Erik nunca sabe dónde me encuentro exactamente, pero yo puedo oír su voz en mi interior cuando él me necesita. Siempre sé cuándo quiere que me ponga en contacto con él.

”Erik me ha infundido una gran fuerza…», recapacitó. «Y, sin embargo, aún tengo una pequeña debilidad de la que no he podido liberarme.» Torgeir ocultaba un secreto que no le había contado a Erik, y eso le provocaba remordimientos. Erik, el profeta, había hablado con total sinceridad, sin esconder nada sobre sí mismo, al hombre que halló en el arroyo, y otro tanto había exigido a su futuro discípulo. De modo que, cuando Erik le preguntó si ya estaba liberado de todas sus debilidades y si le había desvelado ya todos sus secretos, él contestó que sí. Pero no era cierto. Un eslabón lo unía todavía a su vida anterior. Había retrasado el asunto que tenía pendiente hasta el máximo. Pero aquella mañana, cuando despertó, supo que no podía aplazarlo por más tiempo. El incendio en la tienda de animales de la víspera era el último paso previo a su ascensión a un nivel más elevado. No podía esperar más. Si Erik no lo descubría, sería Dios quien arrojara su ira contra él. Esa ira podía recaer también sobre Erik, y la sola idea se le hacía insoportable.

Dejó de oír al afinador. Torgeir aguardó hasta que oyó que se cerraba la puerta de la casa. Inmediatamente después, Vigsten comenzó a tocar, según oyó, una mazurca de Chopin. Estaba seguro de que Frans Vigsten la interpretaba sin mirar siquiera de reojo la partitura. En su gran perturbación, la música resplandecía en toda su intensidad. Torgeir Langaas pensó que Erik tenía razón: Dios había creado la música como la mayor tentación para el espíritu. Sólo cuando la música moría, el ser humano estaba preparado para la vida que esperaba más allá del tiempo que a todos se les había otorgado en la vida terrenal. Torgeir escuchaba. Recordaba vagamente una ocasión en que, de niño, lo llevaron a un concierto de piano en el aula magna de la Universidad de Oslo. Precisamente aquella mazurca fue la última de las dos piezas que interpretaron fuera de programa. También recordaba la primera, que había sido la Marcha turca de Mozart. Había asistido al concierto con su padre, quien, una vez concluido, le preguntó si había oído en su vida algo más hermoso. «Es grande el poder de la música», se dijo. «Dios es un exquisito creador de tentaciones. Un día, se alzará una montaña compuesta de mil pianos a la que se prenderá fuego. Las cuerdas estallarán y las notas enmudecerán para siempre.»

Se levantó y se vistió. Por la ventana vio que hacía viento y que estaba nublado. Salió del apartamento tras dudar un instante si debía ponerse la cazadora de piel o el abrigo; al final se decidió por la cazadora. Llevaba en los bolsillos las plumas de paloma y de cisne que había ido recogiendo de las calles por las que caminaba. «Quizás esta manía de recoger plumas también sea una debilidad», consideró. «Pero, en todo caso, se trata de una debilidad que Dios puede perdonarme.» Ya en la calle, tuvo la suerte de llegar a tiempo de tomar el autobús. Se bajó en la plaza de Rådhuspladsen y puso rumbo a los jardines de Hovedbanegården, donde compró un diario de Escania. La noticia de la tienda de animales incendiada ocupaba la primera página. Entrevistaban a un policía de Ystad: «… tan sólo una persona enferma puede hacer algo así. Un enfermo con rasgos de sadismo».

Erik le había enseñado a conservar la calma, ocurriera lo que ocurriese. Sin embargo, que la gente tachara sus acciones de sádicas lo indignaba. Arrugó el diario y lo arrojó a una papelera. Como penitencia por la debilidad que suponía sucumbir a la indignación, le dio cincuenta coronas a un borracho que mendigaba en la calle. El hombre lo miró atónito. «Un día volveré y acabaré contigo», se prometió Torgeir Langaas. «En el nombre de Jesús, en el nombre de toda la cristiandad, te aplastaré la cara de un solo puñetazo. Tu sangre mezclada con la tierra será la alfombra roja que nos conduzca al paraíso.»

Eran las diez de la mañana. Se sentó a desayunar en la cafetería situada junto al vestíbulo de la estación del ferrocarril. Erik le había dicho que aquél sería un día tranquilo. Lo único que debía hacer era permanecer en alguno de sus escondites, y esperar. «Quién sabe si Erik no está al tanto de todo», se preguntó. «Tal vez me haya descubierto y pretenda comprobar si tengo la fuerza suficiente para liberarme de esta última debilidad.»

Antes de ello, se dijo que debía deshacerse de otro lazo que lo unía al pasado, una última posesión. Apartó la bandeja del desayuno y sacó del bolsillo un alfiler de diamantes. La historia de ese alfiler era como un cuento en el que nadie creía. Nadie, a excepción de Erik. Éste, tras escuchar su historia, le había dicho: «Las personas mueren por los diamantes. Sacrifican sus vidas en las minas para encontrarlos. Matan para, injustamente, arrebatarles a otros lo que ellos mismos no fueron capaces de hallar. Los diamantes vuelven a las personas avariciosas, falsas. Quedan anestesiadas por la belleza y no ven que la intención de Dios, cuando creó los diamantes, era mostrarle al hombre que la dureza y la belleza van unidas».

Cuando su tío Oluf Bessum le regaló a Torgeir el alfiler de diamantes, le contó la historia de cómo había llegado a sus manos, una historia extraordinaria y verídica. Oluf Bessum aseguraba que dejó de beber cuando cumplió treinta años, dejó de corretear detrás de las mujeres cuando cumplió los cincuenta, y de mentir cuando cumplió los setenta. Cuando le contó a Torgeir la historia del alfiler, tenía ochenta y cuatro. Durante algunos años, a principios de la década de los treinta, cuando Oluf era aún muy joven, estuvo trabajando como cazador de ballenas y como aprendiz de marino en Ciudad del Cabo, desde donde, tras dejar el servicio, marchó hacia el norte, en ocasiones a pie, otras veces en tren o parando carros tirados por caballos, viajando por aquella África donde no existían caminos, sólo el infinito. En Johannesburgo, lo atropelló un coche que pertenecía a la gran empresa de minas de diamantes De Brees, y en él iba Ernest Oppenheimer. Oluf fue ingresado en una clínica privada y después pasó su convalecencia en una de las grandes fincas de la familia Oppenheimer. Ernest Oppenheimer mostró interés por el joven cazador de ballenas noruego y le ofreció la posibilidad de trabajar en su empresa. Oluf deseaba continuar su viaje hacia el infinito, pero decidió quedarse por un tiempo.

Una brumosa y húmeda mañana de septiembre de 1933, dos meses después del accidente, Oluf acompañó a Ernest Oppenheimer a un pequeño aeropuerto situado a las afueras de Johannesburgo para despedir a Michael, sobrino de Ernest. El joven debía volar a Rodesia del Norte para inspeccionar algunas de las minas de la familia. El avión despegó, describió un círculo sobre el aeropuerto y ponía ya rumbo al norte cuando se produjo la catástrofe. Oluf nunca supo si se debió a un golpe de viento o a un fallo del motor. El aparato perdió velocidad y se estrelló contra el suelo. Tanto el piloto, el capitán Cochrane-Patrick, como Michael murieron en el acto. Oluf comprendió que no debía seguir molestando a la familia: el dolor se había instalado en la vida de Ernest Oppenheimer, para quien Michael había sido como un hijo. Ernest Oppenheimer le regaló aquel alfiler de diamantes cuando Oluf se despidió para proseguir su viaje. Y, cuando él llegó a viejo, se lo regaló a Torgeir. Éste aún no se explicaba que no lo hubiese perdido o que no se lo hubiesen robado en todos aquellos años en que se había arrastrado por el fango.

Reflexivo, arañó la superficie de la mesa con el alfiler. Había llegado el momento de deshacerse de aquella última propiedad. Dejó la cafetería y echó un vistazo a su alrededor en el gran vestíbulo de la estación. El borracho de antes dormía ahora, sentado en una de las butacas.

Torgeir se acercó a él y, sin que nadie lo viese, le metió el alfiler de diamantes en un bolsillo. Ya sólo le quedaba liberarse del último rastro de debilidad. «Dios siempre hace bien sus planes», resolvió. «Dios y su siervo Erik no son unos soñadores. Erik me ha explicado que la vida, el hombre, todo está organizado y previsto hasta el último detalle. Y por eso me ha concedido este día para liberarme de mi debilidad y prepararme.»

Sylvi Rasmussen había llegado a Dinamarca a principios de los años noventa, en un barco que dejó su carga de refugiados ilegales en la costa oeste de Jutlandia. Para entonces, llevaba a sus espaldas un largo y, a veces, pavoroso viaje desde Bulgaria, donde había nacido. En efecto, había viajado en camiones, en remolques de tractor e, incluso, durante cuarenta y ocho horas, encerrada en un contenedor donde a punto estuvo de morir asfixiada. En aquella época, su nombre aún no era Sylvi Rasmussen, sino Nina Barovska. Para pagar el viaje había contraído una deuda y, cuando por fin arribó a aquella playa desierta de Jutlandia, dos hombres la esperaban. La llevaron a un apartamento de Aarhus, donde la violaron y golpearon repetidamente durante una semana, hasta que, hundida y maltrecha, la condujeron a otro apartamento, éste en Copenhague, en el que, estrechamente vigilada, la obligaban a prostituirse. Al cabo de un mes, intentó huir. Pero los dos hombres le cortaron los dos meñiques y la amenazaron con un castigo aun peor si trataba de escapar por segunda vez. De modo que no volvió a intentarlo. Para soportar todo aquel horror, comenzó a consumir drogas, con la esperanza de que su vida no se prolongara demasiado.

Un buen día, un hombre llamado Torgeir Langaas se presentó en el apartamento y solicitó sus servicios. El hombre volvió en otras ocasiones y se convirtió en uno de sus escasos clientes fijos. De vez en cuando, ella intentaba hablar con él; sólo deseaba otorgar a esos breves encuentros cierto calor humano. Pero él solía negar con un gesto, acompañado de un murmullo casi inaudible. Pese a que ese cliente era amable y nunca la maltrataba, ella, cuando el hombre se marchaba, sentía escalofríos. Percibía en él, en su cliente más fiel y considerado, una amenaza indefinida, algo que infundía espanto. Sus grandes manos la tocaban con delicadeza. Y, pese a todo, le inspiraba miedo.

Eran las once cuando llamó a la puerta y entró en el apartamento. Solía visitarla por las mañanas. Puesto que deseaba ahorrarle el instante de terror, la conciencia de que iba a morir aquella misma mañana de primeros de septiembre, la atacó por detrás, cuando se dirigían al dormitorio. Con sus manos gigantescas, le agarró la frente y la nuca, y le dio un tirón. El cuello se quebró. Después la tendió en la cama, la desnudó e intentó disponerlo todo de modo que pareciera un crimen sexual. Miró a su alrededor y se dijo que Sylvi habría merecido un destino mejor. De haber sido otras las circunstancias, la habría llevado consigo al paraíso. Pero era Erik quien decidía: los discípulos no podían tener debilidades. Él ya no las tenía. La mujer, el deseo, había desaparecido.

Salió del apartamento. Estaba preparado. Erik lo esperaba, Dios lo esperaba.

35

Linda recordaba la descripción que su abuelo le había hecho en una ocasión de una persona molesta. Para él, todas las personas, en el fondo, lo eran, aunque en la mayoría de las ocasiones uno podía evitar que entrasen en su vida. Sin embargo, resultaba imposible verse libre por completo de la presencia de Las Personas Molestas, con mayúscula. Para su abuelo, las personas más molestas eran aquellas que se presentaban en el taller y opinaban sobre sus cuadros. Algunas incluso pensaban que constituían para él una fuente de inspiración cuando le proponían que pintara el sol del ocaso un tanto más elevado sobre el paisaje, para así equilibrar el conjunto. O que pintara un pequeño zorro que, tendido a la izquierda, a lo lejos, observase cómo el urogallo coronaba el sendero bañado en rojizos destellos de sol.

—No pienso alzar ningún sol —respondía él una y otra vez, hasta que sus visitantes desistían.

Él nunca se molestaba en argumentar por qué; de todos modos, las personas molestas nunca escuchaban. Solían andar siempre reprobando, soberbias, convencidas de que él debía agradecerles sus absurdas propuestas.

—Las crías de zorro no se dedican a observar urogallos —replicaba—. Pueden intentar comérselos o, lo más probable, pueden esconderse de ellos. Pero jamás los observan.

Existía, no obstante, un grupo de personas a las que su abuelo se veía obligado a escuchar, lo que las convertía en las más molestas de todas. Eran los Caballeros de Seda, los compradores que acudían en sus relucientes cochazos americanos para comprar sus cuadros por cuatro cuartos antes de desaparecer en el eterno círculo de mercados suecos que se trasladaban, según las estaciones del año, de norte a sur y vuelta a empezar. Ellos podían aparecer y comentarle que, en su opinión, las damas medio desnudas, algo oscuras de piel, pero no demasiado oscuras, se pondrían de moda precisamente aquel año. En otra oportunidad, le sugirieron que un sol matutino era preferible a un sol vespertino. Entonces él se dejó caer con una pregunta:

—¿Por qué había de ser más aceptado el sol matutino precisamente este año?

No había respuestas ni argumentos, tan sólo las abultadas y pesadas carteras de aquellas personas molestas. La subsistencia de toda la familia peligraba si el fajo de billetes no salía de allí antes de que cargasen el coche de cuadros, con o sin urogallo.

—Nadie puede evitar por completo la presencia de los molestos —solía decir su abuelo—. Son como anguilas: si intentas mantenerlos a raya, se escabullen. Además, como las anguilas, sólo se mueven en la oscuridad. Eso no significa que las personas molestas, si seguimos con la comparación con las anguilas, sólo estén en movimiento durante la noche; al contrario, suelen aparecer por la mañana, muy temprano, con sus absurdas propuestas. Pero su oscuridad es otra, es la oscuridad que llevan en su interior y que les impide ver el daño que ocasionan cuando se inmiscuyen en lo que hacen los demás. Yo nunca me he entrometido en lo que hacen otros.

Las últimas palabras constituían la gran mentira de la vida de su abuelo. Una mentira con la que él había muerto, ignorante de que, durante toda su vida y con más frecuencia que la mayoría de las personas, se había entrometido en las decisiones, los sueños y los quehaceres de otras personas. Y en su caso no era cuestión de dónde colocar una cría de zorro o de si poner un sol de atardecer o de amanecer, sino más bien de una manipulación constante destinada a obligar a sus dos hijos a cumplir su voluntad.

El recuerdo de las personas molestas le sobrevino justo cuando estaba a punto de llamar a la puerta del apartamento de Anna. Se quedó inmóvil, con el dedo a unos centímetros del timbre, con el recuerdo congelado de cómo su abuelo, sentado con su taza de café, siempre sucia, le hablaba de algún desgraciado que había tenido la mala suerte de cruzar la puerta de su taller. «Y Anna, ¿será también una de esas personas molestas?», se preguntó. «Ha alterado mi vida, sólo me ha traído preocupaciones. Y, encima, no acaba de comprender el lío que ha organizado.»

Cuando por fin llamó a la puerta, Anna le abrió con una sonrisa. Vestía una camisa blanca y unos pantalones oscuros, e iba descalza. Se había recogido el pelo en un improvisado rodete a la altura de la nuca. Linda había decidido no posponer el asunto; cuanto más tiempo transcurriese, más difícil le resultaría abordarlo. De modo que dejó la cazadora sobre una silla y confesó sin preámbulos:

—Hay algo que quiero contarte: has de saber que leí las últimas páginas de tu diario. Sólo para ver si encontraba en ellas alguna explicación a tu desaparición.

Anna se sobresaltó.

—¡Ah! Era eso… Cuando lo abrí, creí reconocer como un olor ajeno.

—Lo siento. Pero estaba preocupada. Sólo leí las últimas páginas, nada más —mintió Linda.

«Mentimos para que lo que no es del todo cierto suene perfectamente verosímil», concluyó. «Pero es posible que Anna se dé cuenta. A partir de ahora, el diario siempre se interpondrá entre nosotras. Ella siempre se preguntará qué leí y qué no llegué a leer.»

Las dos amigas entraron en la sala de estar. Anna se quedó de pie junto a la ventana, de espaldas a Linda.

Y, en aquel preciso momento, Linda tomó conciencia de que, en realidad, no conocía a Anna en absoluto. «Los niños se conocen de un modo muy especial», reflexionó. «No llegan a ningún acuerdo, como los adultos, y no sienten confianza mutua, pero tampoco desconfianza. En ocasiones, la amistad entre dos niños se interrumpe de forma brutal, y pueden convertirse en enemigos con la misma rapidez con que se convierten en amigos del alma.» Linda comprendió que la amistad que las había unido durante la infancia y la adolescencia se había roto definitivamente. El intento de construir una nueva casa sobre los cimientos de la vieja había fracasado. Ella no tenía la menor idea de quién era Anna. Contemplaba su espalda como la de un enemigo que se le hubiese aparecido de improviso.

Linda decidió arrojarle, simbólicamente, un guante.

—Hay una pregunta a la que deberías contestarme.

Anna no se dio la vuelta y Linda aguardó un instante el deseado movimiento que, no obstante, no se produjo.

—Detesto hablar con la espalda de la gente.

Anna seguía sin reaccionar. «Decididamente, es una Persona Molesta», resolvió Linda. «¿Qué habría hecho mi abuelo con este ejemplar? Seguro que no habría intentado atrapar la anguila, sino que la habría arrojado al fuego y la habría dejado retorcerse entre las llamas hasta morir. Cuando las personas molestas traspasan los límites, no hay compasión para ellas.»

—¿Por qué te alojaste en el hotel de Malmö con mi nombre?

Linda intentaba interpretar los menores movimientos de aquella espalda al tiempo que se enjugaba el sudor del cuello. «Ésta es mi maldición», se había dicho ya durante el primer mes en la Escuela Superior de Policía. «Hay policías que ríen fácilmente y policías que lloran a las primeras de cambio. Y yo seré la primera policía que suda.»

Anna se echó a reír y se dio la vuelta. Linda trató ahora de interpretar esa risa: ¿expresaba un sentimiento auténtico o fingido?

—¿Cómo lo has averiguado?

—Llamé para preguntar por ti y… Dime por qué lo hiciste.

—No lo sé… Pero ¿qué preguntaste?

—Eso no es tan difícil de adivinar —replicó Linda.

—Tú eres mejor que yo adivinando.

—Pregunté por Anna Westin, y si estaba alojada allí o si lo había estado. No habían tenido a ningún huésped apellidado Westin, pero sí Wallander. Dime, ¿por qué lo hiciste?

—¿Qué me dirías si te confesara que, en el fondo, no sé por qué se me ocurrió utilizar tu nombre? Tal vez porque tenía miedo de que mi padre se escondiese si descubría que yo me había alojado en ese hotel: recuerda que nos vimos precisamente a través de una de sus ventanas. Me has pedido que sea franca, y lo soy: no sé por qué di tu nombre.

En ese momento sonó el teléfono, pero Anna no parecía dispuesta a responder. Aguardaron hasta que saltó el contestador automático. Era la voz cantarina de Zebran, que, según dijo, no llamaba por ningún motivo en particular.

—Me encantan las personas que no llaman por ningún motivo en particular, pero que lo hacen con tanta energía y buen humor —admitió Anna.

Linda no respondió. En aquellos momentos, Zebran no le preocupaba en absoluto.

—En tu diario había escrito un nombre. El de Birgitta Medberg. ¿Sabes qué le ha sucedido?

—No.

—¿No has leído los periódicos?

—No, he estado buscando a mi padre.

—Pues ha sido asesinada.

—Pero ¿por qué?

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Se trata de un asesinato aún sin resolver. La policía ignora quién es el asesino. Y querrán entrevistarse contigo para saber de qué conocías a Birgitta Medberg.

Anna movió abatida la cabeza.

—Pero ¿qué ocurrió exactamente? ¿Quién querría hacerle daño?

Linda resolvió no revelar ninguno de los aspectos macabros del crimen, pero sí le contó dónde había tenido lugar el asesinato. La reacción de Anna parecía sincera.

—¿Cuándo sucedió?

—Hace unos días.

—¿Me interrogará tu padre?

—Es posible. Aunque en la investigación trabajan muchos agentes.

Anna volvió a menear la cabeza, se apartó de la ventana y fue a sentarse en una silla.

—¿De qué la conocías? — quiso saber Linda.

Anna la miró, repentinamente indignada.

—¿Es esto un interrogatorio?

—No, simple curiosidad.

—Solíamos montar a caballo juntas. Ya no recuerdo cuándo fue la primera vez que nos vimos…, alguien tenía dos caballos noruegos que necesitaban entrenar, y nosotras solíamos cabalgarlos. La verdad, no puedo decir que la conociese bien. En realidad, no la conocía en absoluto. No era muy habladora. Sé que se dedicaba a cartografiar viejos senderos abandonados y antiguas vías de peregrinos. Además, compartíamos el interés por las mariposas. Es cuanto sé. En una ocasión, no hace mucho, me escribió una carta en la que me proponía que comprásemos un caballo a medias. Pero nunca le respondí.

Linda se afanaba por descubrir el menor indicio de mentira en lo que le contaba Anna, pero sin éxito. «No soy quién para seguir con esto. Mi trabajo consistirá en ir en un coche patrulla recogiendo borrachos que no pueden cuidar de sí mismos. Mi padre es quien tiene que hablar con Anna, no yo. Pero eso de la mariposa…, el espacio vacío en la pared…»

Anna siguió el trayecto de su mirada, leyó su pensamiento y contestó antes de que Linda hubiese formulado su pregunta.

—Me llevé la mariposa para regalársela a mi padre, si lograba dar con él. Cuando comprendí que todo habían sido figuraciones mías, la arrojé al canal.

«Quizá sea verdad», consideró Linda, «o quizá mienta con tanta habilidad que me resulte imposible distinguirlo.»

Volvió a sonar el teléfono, y, en esta ocasión, fue la voz de Ann-Britt Höglund la que se dejó oír cuando saltó el contestador. Anna lanzó una mirada de interrogación a Linda, que asintió con un gesto.

Anna atendió la llamada. La conversación fue breve, y las respuestas de Anna, parcas. Cuando hubo concluido, colgó el auricular y miró nuevamente a Linda.

—Quieren que me presente en la comisaría ahora mismo —explicó.

Linda se levantó.

—Entonces, será mejor que vayas.

—Me gustaría que me acompañaras.

—¿Por qué?

—Me sentiría más tranquila.

Linda vaciló.

—No estoy segura de que sea apropiado.

—La agente que acaba de llamar me ha dicho que no soy sospechosa de nada. Lo único que quieren es hablar conmigo, sólo eso. Y tú eres mi amiga, además de policía.

—Puedo ir contigo hasta allí, pero no creo que me dejen entrar en la sala.

Ann-Britt Höglund salió a recibir a Anna a la recepción. Al ver a Linda, la miró contrariada. «No le caigo bien», sentenció Linda. «Seguro que es de esa clase de mujeres que prefieren hombres jóvenes con aros en las orejas y opiniones modernas.» Linda se percató de que Ann-Britt Höglund había empezado a ganar peso. «Dentro de nada, te aparecerán mollas», le auguró satisfecha. «Francamente, no sé qué vio mi padre en ti hace unos años, cuando se te declaró.»

—Quiero que Linda esté presente —advirtió Anna.

—No sé si será posible —observó Ann-Britt Höglund—. ¿Por qué?

—Es que no quisiera complicar más las cosas —insistió Anna—. Lo único que quiero es que esté presente, nada más.

«Vaya», exclamó Linda para sí. «Justo lo que necesitamos ahora: más problemas.»

Ann-Britt Höglund se encogió de hombros y miró a Linda.

—Pues tendrás que hablar con tu padre y preguntarle si puedes estar presente —señaló—. Está en la sala de reuniones pequeña, la segunda puerta de este pasillo.

Ann-Britt Höglund les dejó.

—¿Trabajarás aquí, en la comisaría? — preguntó Anna.

—¡Qué va! Mi sitio será más bien el garaje y el asiento delantero de los coches.

La puerta de la sala de reuniones estaba entreabierta. Linda vio a su padre balanceándose en la silla, con una taza de café en la mano. «Hará pedazos la silla», pronosticó Linda. «¿Todos los policías acaban engordando? Si es así, creo que no duraré mucho.» Abrió la puerta y él no pareció sorprendido al verla aparecer en compañía de Anna, a la que saludó con un apretón de manos.

—Quiero que Linda esté presente —declaró Anna.

—Sí, claro, no hay ningún problema. — Kurt Wallander echó una ojeada al pasillo—. ¿Dónde está Ann-Britt?

—Creo que no quería participar —explicó Linda antes de sentarse ante uno de los extremos de la mesa, tan lejos de su padre como pudo.

Aquel día, Linda aprendió algunas cosas decisivas sobre el trabajo policial. Su padre y Anna impartieron la lección. Su padre lo hizo al dirigir la conversación de forma casi imperceptible, llevando a Anna al terreno que le interesaba. En ningún momento formuló preguntas directas, sino que se dedicó a seguir sus razonamientos y a asentir a sus respuestas, por más contradictorias que fuesen, mientras, paralelamente, él iba configurando su propia interpretación. Daba la sensación de disponer de todo el tiempo del mundo, y en ningún momento permitió que Anna se le escabullese. Linda estableció un símil: Anna era como la anguila, cuyo deslizarse él dirigía, con paciencia y metódicamente, hacia la red que, finalmente, la abocaría a la trampa de la que no podría escapar.

Anna, a su vez, contribuyó con sus mentiras. Linda y su padre se percataron de que no se atenía a la verdad. Parecía esforzarse por mentir lo menos posible, pero sin lograrlo. En una única ocasión, cuando Anna se agachó a recoger un bolígrafo que se había caído al suelo, ella y su padre intercambiaron una mirada elocuente.

Después, cuando todo hubo terminado y Anna se marchó a su casa, Linda se sentó a la mesa de la cocina, ya en el apartamento de Mariagatan, e intentó transcribir la conversación como si de un diálogo teatral se tratase. Recordó que, mientras hablaba con Anna, su padre tenía un bloc de notas ante sí y de vez en cuando escribía algo en él; sin embargo, la mayor parte de la información la memorizaba. Años atrás, su padre le había contado que eso de anotar sólo lo imprescindible había empezado más bien por indolencia, como un mal hábito, que se había convertido en costumbre; a aquellas alturas, su padre ya sabía qué partes de una conversación debía anotar para después recordar la totalidad de la misma. Aquello sólo afectaba, claro está, a las entrevistas informales y no a los interrogatorios, en los que siempre utilizaban una grabadora que recogía, además, la hora exacta del inicio y el fin del interrogatorio.

¿Qué había dicho Anna?… Linda empezó a escribir y poco a poco fue surgiendo el diálogo.

KW: Gracias por venir. Comprenderás que me alegro de que estés sana y salva. Linda ha estado muy preocupada. Y yo también.

AW: Supongo que no es necesario que cuente a quién creí ver en una calle de Malmö…

KW: No, no es preciso que lo hagas. ¿Quieres algo de beber?

AW: Un zumo, por favor.

KW: Me temo que no tenemos. Tiene que ser café, té o agua.

AW: Entonces nada, gracias.

«Paciente y metódico», se dijo Linda. «Todo el tiempo del mundo.»

KW: ¿Qué sabes de la muerte de Birgitta Medberg?

AW: Linda me ha contado que la han asesinado. Es horrible. Incomprensible. Y también sé que habéis encontrado su nombre en mi diario.

KW: Nosotros no lo hemos encontrado. Linda lo vio cuando intentaba averiguar qué te habría sucedido.

AW: Comprenderás que no me gusta que me lean el diario.

KW: Lo entiendo. Pero el nombre de Birgitta Medberg figura en él, ¿no es así?

AW: Sí.

KW: Estamos intentando establecer el tipo de relación que tenía con las personas de su entorno. De modo que, en estos momentos, mis colegas están manteniendo con otras personas, y en otras salas, la misma conversación que tú y yo mantenemos aquí y ahora.

AW: Solíamos salir juntas a montar unos caballos noruegos. El dueño de los caballos se llama Jörlander. Vive en una finca algo apartada, cerca de Charlottenlund. Por cierto, que fue malabarista. Tiene un problema en las piernas que le impide montar, así que nosotras montábamos sus caballos para que entrenasen un poco.

KW: ¿Cuándo conociste a Birgitta Medberg?

AW: Hace siete años y tres meses.

KW: ¿Cómo es posible que lo recuerdes con tanta exactitud?

AW: Porque he estado reflexionando. Me figuré que me lo preguntarías.

KW: ¿Cómo os conocisteis?

AW: Pues casi a lomos del caballo. Ella se había enterado por su lado de que Jörlander buscaba quien montase sus caballos. Y yo por el mío. Montábamos tres veces por semana. En ocasiones, dos. Hablábamos de los animales, casi nunca de otro tema.

KW: ¿No iniciasteis una relación con independencia de esos encuentros?

AW: Si he de ser sincera, a mí me parecía bastante aburrida. Salvo por lo de las mariposas.

KW: ¿A qué te refieres?

AW: Un día, mientras cabalgábamos, descubrimos que a las dos nos apasionaban las mariposas. Y entonces surgió otro tema de conversación.

KW: ¿Alguna vez te comentó si tenía miedo de algo?

AW: Bueno, tenía miedo de cruzar con los caballos por una carretera con tráfico.

KW: ¿Aparte de eso?

AW: No, no me comentó nada.

KW: ¿La acompañó alguien alguna vez?

AW: No, siempre venía sola, en su Vespa.

KW: Es decir, que no teníais ningún otro contacto, salvo las salidas a caballo, ¿cierto?

AW: Sí. Aunque ella me escribió una carta en una ocasión.

«Un pequeño temblor», recordó Linda mientras escribía, «un pequeño seísmo que nadie percibe. Pero aquí tropezó. Oculta algo sobre su relación con Birgitta Medberg, pero ¿el qué?» Recordó la cabaña y notó que el cuello empezaba a sudarle de inmediato.

KW: ¿Cuándo la viste por última vez?

AW: Hace dos semanas.

KW: ¿Qué hicisteis?

AW: Pero, ¡por Dios!, ¿cuántas veces tendré que repetirlo?

KW: Ninguna más. Sólo quería asegurarme de que todo es correcto. Por cierto, ¿qué pasó mientras estabas en Malmö buscando a tu padre?

AW:¿Cómo?

KW: ¿Quién montó tu caballo? ¿Con quién montaba Birgitta Medberg?

AW: Jörlander tenía algunas sustitutas. Unas chicas a las que, por lo general, prefería no recurrir; las tenía por si sucedía algún imprevisto. Alguna de ellas debió de sustituirme. Pregúntale a él.

KW: Sí, claro, eso haremos. ¿Recuerdas si la última vez estaba distinta en algún sentido?

AW: ¿Quién? ¿Alguna de las chicas?

KW: No, más bien me refiero a la última vez que viste a Birgitta Medberg.

AW: Estaba como siempre.

KW: ¿Recuerdas de qué hablasteis entonces?

AW: Ya he dicho varias veces que no hablábamos demasiado. De caballos, del tiempo, de mariposas, principalmente. Nada más.

Linda recordó que, precisamente en aquel momento, su padre cambió de posición en la silla, por sorpresa, como para avisarle a Anna de que no diese por supuesto que podía burlarse de aquel policía.

KW: En tu diario aparece otro nombre. Vigsten, calle de Nedergade. En Copenhague.

Anna, atónita, había lanzado una mirada llena de encono a Linda, que no le había mencionado ese otro nombre. «Esa mirada ha sentenciado nuestra amistad», concluyó Linda. «Si es que no estaba ya acabada.»

AW: Vaya, al parecer, alguien ha estado leyendo mi diario más a fondo de lo que yo creía.

KW: Sí, bueno, así son las cosas. Vigsten. Un nombre.

AW: ¿Por qué es importante ese nombre?

KW: Yo no sé si es importante.

AW: ¿Acaso tiene algo que ver con Birgitta Medberg?

KW: Es posible.

AW: Es profesor de piano. Me dio clases durante una temporada. Y hemos mantenido el contacto desde entonces.

KW: ¿Eso es todo?

AW: Sí.

KW: ¿Recuerdas cuándo te dio clase?

AW: En 1997. En otoño.

KW: ¿Sólo entonces?

AW: Sí.

KW: ¿Puedo preguntarte por qué lo dejaste?

AW: Era demasiado mala.

KW: ¿Eso lo dijo él?

AW: Lo dije yo. Pero no se lo dije a él, claro, sino a mí misma.

KW: No debía de ser muy barato tener un profesor de piano en Copenhague. Entre viajes y demás…

AW: Bueno, cada uno elige en qué gastarse el dinero.

KW: Tú estudias medicina, ¿no es así?

AW: Sí.

KW: ¿Y qué tal va la cosa?

AW: ¿Qué cosa?

KW: Los estudios.

AW: Bueno, unas veces mejor que otras.

En este punto, su padre volvió a cambiar de posición, se inclinó sobre la mesa hacia Anna, siempre con la misma amabilidad, pero ahora más resuelto.

KW: Birgitta Medberg fue asesinada en el bosque de Rannesholm de un modo particularmente brutal. Alguien le cortó la cabeza y las manos. ¿Se te ocurre quién pudo hacerle algo así?

AW: No.

«Aquí, Anna seguía muy tranquila», recordó Linda, «tal vez demasiado. Tan tranquila como sólo puede estarlo quien ya sabe lo que vendrá después.» Pero no tardó en desechar su conclusión, quizá prematura.

KW: ¿Se te ocurre por qué motivos podrían haberla asesinado de ese modo?

AW: No.

Y, entonces, su padre concluyó rápidamente. Después de esa última respuesta de Anna, dejó caer las manos sobre la mesa.

KW: Bien, eso es todo. Gracias por venir. Ha sido muy útil.

AW: Me parece que no he sido de gran ayuda, ¿no?

KW: No lo creas. Gracias. Es posible que volvamos a llamarte.

Las acompañó hasta la recepción. Linda notó que Anna estaba tensa. ¿Qué sería lo que su amiga había dicho sin saberlo siquiera? «Mi padre no ha terminado la entrevista. Sigue interrogándola. Pero en la mente de Anna», adivinó. «Ahora sólo le queda esperar y ver qué ocurre.»

Linda apartó los papeles y se estiró, antes de marcar el número del móvil de su padre.

—Ahora no dispongo de mucho tiempo. Pero espero que te haya resultado enriquecedor.

—Desde luego. En mi opinión, Anna ha dicho algunas mentiras.

—Está claro que no dice toda la verdad. La cuestión es por qué. ¿Sabes lo que creo?

—No.

—Pues yo creo que es verdad que su padre ha vuelto. Pero, en fin, ya hablaremos de ello esta noche.

Kurt Wallander llegó a su casa de la calle de Mariagatan poco después de las siete. Linda había preparado la cena. Acababan de sentarse a la mesa, y él había empezado ya a comentarle por qué sospechaba que el padre de Anna había vuelto, cuando sonó el teléfono.

Tan pronto como su padre colgó el auricular, ella supo que algo grave había sucedido.

36

Se habían citado en un aparcamiento que se encontraba entre Malmö e Ystad. En alguna ocasión, durante sus años escolares, Erik Westin había leído un poema del que no recordaba más que dos palabras: «Dios disfrazado»[[14]](#footnote-14). Nunca olvidó aquellas dos palabras y, un día, en su último año en Cleveland, cuando empezó a comprender verdaderamente cuál era la misión que Dios le había asignado, vio con claridad que esas dos palabras le indicaban el camino que había que seguir. Los elegidos serían dioses disfrazados de personas. Erik Westin había grabado esas palabras en la mente de todos aquellos a quienes él había elegido para convertirlos en sus guerreros. «En esta guerra santa, ya nos hemos convertido en instrumentos divinos. Lucharemos disfrazados de hombres.» Y eligió un aparcamiento normal y corriente como escenario de su encuentro. En efecto, un aparcamiento también podía hacer las veces de catedral. El cálido aire de septiembre que ascendía de la tierra formaría las columnas que sostendrían aquel templo inmenso pero invisible.

Había acordado que se vería con ellos a las tres de la tarde. Debían ir vestidos de turistas polacos que viajaban a Suecia para hacer compras, ya solos, ya en grupo. Acudirían desde distintos puntos para recibir las últimas instrucciones de Erik, que contaría con la presencia y asistencia permanente de Torgeir Langaas.

Erik había vivido las últimas semanas en una caravana instalada en un camping de Höör. Después de dejar el apartamento que había tenido alquilado en Helsingborg, se compró una caravana de segunda mano, a buen precio, y su viejo Volvo la arrastró hasta el camping. Aparte de sus encuentros con Torgeir y de las misiones que habían llevado a cabo juntos, pasó todo el tiempo en la caravana, rezando y preparándose. Todas las mañanas miraba su rostro y se preguntaba si los ojos que le devolvía el pequeño espejo que tenía colgado de la pared eran los de un loco. Según él, nadie podía llegar a ser profeta, a menos que la humildad se contase entre sus virtudes. También debía ser fuerte, lo que implicaba atreverse a formularse las preguntas más comprometidas. Dios le había encomendado una gran misión, y él no vacilaría en llevarla a cabo, pero deseaba asegurarse de que su soberbia no lo traicionaría. Y los ojos que veía cada mañana en aquel espejo revelaban que él era el guía elegido. Nada había de locura en la tarea que tenían ante sí, pues todo estaba ya expresado en la Biblia. La ciénaga de interpretaciones erróneas que había inundado al cristianismo había dejado a Dios tan exhausto que Éste sólo esperaba la llegada de alguien que comprendiera lo que estaba sucediendo y se prestase a convertirse en el instrumento que, de una vez por todas, cambiaría el curso de los acontecimientos.

Erik Westin había pasado los días sentado en su caravana diciéndose que Dios era un ser pensante lógico. Dios era el gran matemático; de su conciencia procedería siempre el espíritu al que cada ser humano tenía derecho. «No existe más que un Dios», era el aserto con que comenzaba sus oraciones. «No existe más que un Dios y su único hijo, al que nosotros crucificamos. Esa cruz es nuestra única esperanza. Una cruz sencilla, de madera, no de oro ni de preciado mármol. La verdad se encuentra en la pobreza y en la sencillez. El gran vacío de nuestro interior sólo puede llenarse con la fuerza del Espíritu Santo, nunca con propiedades materiales y costosos objetos, por mucho que nos seduzcan con su atractivo resplandor.»

Las últimas semanas habían sido un tiempo de espera, de reunir fuerzas, de reflexión. Había mantenido largas conversaciones diarias con Dios. Durante aquella última temporada, también había recibido la confirmación de que había elegido el momento adecuado para regresar. Las personas a las que un día abandonó, no lo habían olvidado. Él había vuelto, y ellos comprendían por qué había estado fuera tanto tiempo, al igual que comprendían por qué había regresado. Cuando, en su día, todo hubiese concluido, él se retiraría del mundo y terminaría como había comenzado, confeccionando humildes sandalias. Tendría a su hija a su lado y todo se habría consumado.

Durante aquel periodo, también pensó con frecuencia en Jim Jones, el hombre que tiempo atrás lo había traicionado, el falso profeta que no había sido más que un ángel caído. Aún le sobrevenía una mezcla de ira y de desesperación cuando su memoria lo retrotraía a aquel tiempo en que perteneció a la comunidad de Jim. Recordaba la peregrinación desde Estados Unidos hasta Guyana, los primeros meses de felicidad y, después, la horrenda traición por la que todos se vieron abocados a suicidarse o a ser asesinados. En su pensamiento y en sus plegarias, siempre había un lugar para aquellos que habían perdido la vida en la selva. Un día se liberarían de todo el mal que Jim Jones les había infligido y serían elevados a lo más sublime, donde los aguardaban Dios y el paraíso.

El camping se extendía junto a un lago. Todas las tardes daba un paseo a su alrededor aspirando el perfume del musgo y de los árboles. En la superficie del lago veía, a veces, algunos cisnes que se deslizaban despaciosos hacia la otra orilla. «Todos los sacrificios son generadores de vida», se decía, «y nadie sabe quién sobrevivirá al sacrificio y quién sucumbirá.» Él había rescatado las ceremonias de inmolación de aquel tiempo remoto en que se originó el cristianismo. La vida y la muerte siempre van de la mano. Dios era lógico, sensato. Matar para permitir la vida era un trecho fundamental del camino hacia un estado en que el vacío que minaba el interior del hombre se desvanecía.

Una noche en que la tormenta agitó las aguas del lago, Erik Westin estaba despierto pensando en todas las religiones impías que habían surgido durante la prolongada decadencia del cristianismo. Éste se asemejaba a una inmensa embarcación que iba haciendo agua muy despacio, se decía. Un barco que se hundía. Todas aquellas doctrinas herejes eran los piratas: los judíos, los musulmanes, todos los que intentaban conquistar los corazones de los hombres y persuadirlos para que dirigiesen sus plegarias a dioses que no existían o para que negasen la existencia del verdadero Dios.

Pero ya había llegado la hora. Dios se le había revelado. Él era la llama que el fuego arrancó de las alas de los cisnes mientras éstos ardían, de los ojos del ternero y de todos los hámsters que habían sido liberados de sus jaulas. Las hogueras ardían. Había llegado la hora.

La mañana del día en que todos iban a reunirse en el aparcamiento, Erik Westin bajó hasta las oscuras aguas del lago, que aún conservaban algo del calor estival. Se lavó a conciencia, se cortó las uñas, se afeitó. Estaba solo en el camping, situado, además, en una zona bastante apartada. Una vez que hubo recibido la llamada de Torgeir, arrojó el móvil al agua. Después se vistió, metió la Biblia y el dinero en el coche y condujo hasta la carretera. Ya sólo le quedaba una cosa por hacer. Prendió fuego a la caravana y se marchó de allí.

Eran veintiséis en total, procedentes de distintos países, y todos llevaban una cruz invisible en el pecho, junto al corazón. Aparte de Erik Westin y de Torgeir Langaas, había diecisiete hombres y nueve mujeres. Los hombres eran de Uganda, Francia, Inglaterra, España, Hungría, Grecia, Italia y los Estados Unidos. Las mujeres eran en su mayoría americanas, salvo una canadiense y una británica, que había vivido en Dinamarca y había aprendido el idioma. No había entre ellos ningún matrimonio, ni tampoco se habían visto con anterioridad. Erik había establecido sus contactos mediante una red sagrada. A través de Torgeir Langaas, entró en contacto con Allison, la mujer canadiense. En una ocasión, Allison escribió un artículo en el periódico acerca de sus anhelos religiosos; el diario llegó a manos de Torgeir por azar, antes de que éste se hundiera en el lodo. Algo en aquel artículo lo hizo vibrar, de modo que arrancó la hoja y la guardó. Y Allison, cuando se convirtió en fiel discípula de Erik, propuso a su vez a un hombre que vivía en Maryland, en Estados Unidos.

A Erik le había llevado cuatro años congregar el sagrado núcleo del ejército cristiano al que pensaba conducir a la guerra. Había viajado por todas partes y se había reunido con aquellas personas, no sólo una vez, sino varias, y había seguido su desarrollo con sumo interés. Tal vez, pese a todo, hubiese aprendido algo valioso de Jim Jones: la capacidad de escrutar y conocer a las personas, de descubrir cuándo seguían albergando el menor atisbo de duda, aunque intentasen ocultarla o negarla. Erik Westin sabía cuándo una persona había atravesado el límite decisivo, cuándo se había liberado de su vida anterior y se entregaba por completo a su causa.

Ahora se verían por primera vez. Una fina lluvia caía sobre sus cabezas. Erik, sin bajar de su coche, frente al aparcamiento, observaba con unos prismáticos a los que iban llegando. Torgeir estaba allí para recibirlos. Les diría que ignoraba dónde se encontraba Erik. Él le había explicado a Torgeir que, mediante el secreto, las personas percibían mejor el aspecto sagrado de la misión a la que debían enfrentarse. Erik observó el aparcamiento con los prismáticos. Uno a uno, todos iban llegando: algunos en coche, otros a pie, un par de ellos en bicicleta, otros dos en moto, y unos cuantos surgieron a pie de un bosquecillo que se extendía más allá del aparcamiento, como si hubiesen vivido allí, tal vez en tiendas de campaña. Sólo llevaban consigo una pequeña mochila. Erik había sido muy claro al respecto. Nada de grandes bultos ni de ropas llamativas. Su ejército estaría constituido por dioses disfrazados en los que nadie debía reparar.

Orientó los prismáticos hacia el rostro de Torgeir Langaas, que estaba leyendo el plano informativo que había en el aparcamiento. Sin él, se decía, esto no habría sido posible. «Si no me hubiese topado con él en aquella sucia calle de Cleveland, si no hubiese logrado transformar el despojo humano y casi sin vida que era en un discípulo entregado e incondicional, yo aún no estaría listo para ordenar la marcha de mi ejército.» Aquella mañana, Torgeir lo había llamado para confirmarle que había ultimado los preparativos. Ya podían abrir el candado invisible y avanzar, en procesión, hacia el primer campo de batalla en que librarían su guerra.

Torgeir Langaas volvió el rostro hacia el lugar que habían acordado antes de pasarse dos veces el dedo índice por la nariz. Todo estaba listo. Erik guardó los prismáticos y echó a andar hacia el aparcamiento por una hondonada que le permitiría alcanzar la carretera sin que nadie lo viera. Se presentaría ante los que lo aguardaban como surgido de la nada. Cuando por fin apareció, cesó toda actividad, pero nadie pronunció palabra, tal y como habían acordado.

Torgeir Langaas había acudido a la cita en un camión cuya plataforma estaba cubierta con una lona. Cargaron las bicicletas y las dos motocicletas, dejaron los coches donde estaban y se acomodaron todos bajo la lona. Erik conducía, Torgeir iba en el asiento contiguo. Giraron a la derecha y pusieron rumbo a la playa de Mossby; estacionaron el camión, y todos descendieron y se dirigieron a la playa. Torgeir llevaba dos grandes cestas de comida. Se sentaron entre las dunas, muy cerca unos de otros, como un grupo de turistas a los que el frío hubiera sorprendido sin las prendas de abrigo adecuadas.

Antes de que empezasen a cenar, Erik pronunció las palabras necesarias:

—Dios exige nuestra presencia, Dios exige el combate.

Cenaron y, al terminar, se tumbaron, por orden de Erik, para descansar un rato. Torgeir y él bajaron hasta la orilla. Por última vez, repasaron lo que debía suceder. Un nubarrón oscureció de pronto el cielo.

—Tendremos «las tinieblas de la anguila», la oscuridad que queríamos —observó Torgeir Langaas.

—Tendremos lo que necesitamos, puesto que tenemos razón —sentenció Erik Westin.

Aguardaron en la playa hasta que anocheció del todo. Entonces, subieron de nuevo a la plataforma del camión. Eran las siete y media cuando Erik giró para salir a la carretera y puso rumbo al este, en dirección a Ystad. A las afueras de Svarte volvió a torcer, en esta ocasión hacia el norte; dejó atrás la autovía entre Malmö e Ystad y tomó después la carretera que, en dirección oeste, conducía hasta el castillo de Rannesholm. A dos kilómetros de Harup giró de nuevo para tomar una vía de servicio, se detuvo y apagó las luces. Torgeir se bajó del vehículo. Erik observó, por el espejo retrovisor, que dos de los estadounidenses, el ex peluquero Pieter Buchanan, de Nueva jersey, y el hombre para todo, Edison Lambert, de Des Moines, bajaban de la plataforma.

Erik Westin notó que se le aceleraba el pulso. ¿Y si algo salía mal? Enseguida lamentó haberse formulado esa pregunta. «No soy ningún loco», se recordó. «Confío en Dios, Él guía mis actos.» Puso en marcha el motor del camión y giró de nuevo para salir a la carretera, donde al poco lo adelantó una motocicleta y, algo después, otra más. Prosiguió hacia el norte, no sin antes echar una ojeada a la iglesia de Hurup, adonde ahora se dirigían Torgeir y los dos estadounidenses. A unos cinco kilómetros al norte de Hurup, giró a la izquierda, en dirección a Staffanstorp. Diez minutos más tarde, volvió a desviarse a la izquierda y detuvo el camión en la parte posterior de un cobertizo semiderruido que pertenecía a una finca abandonada. Salió del camión y les dijo a los que aún quedaban en la plataforma que bajasen.

Miró el reloj. Iban cumpliendo el horario según su plan. Avanzaron despacio, para evitar que alguien se cayese o quedase rezagado. Algunos de los que lo seguían no eran precisamente jóvenes, uno de ellos estaba enfermo y a la mujer de Inglaterra la habían operado de cáncer hacía tan sólo seis meses. De hecho, él había tenido sus dudas sobre si permitirle o no que los acompañase, pero le había preguntado a Dios, cuya respuesta fue que la mujer había sobrevivido a la enfermedad precisamente para poder llevar a cabo su misión. Llegaron a una carretera que conducía a la parte posterior de la iglesia de Frennestad. Se tanteó el bolsillo para comprobar que tenía la llave del portón. Hacía dos semanas, había probado la copia que Torgeir le había hecho: la cerradura ni siquiera chirrió cuando abrió la puerta. Al llegar al muro, se detuvieron. Sus seguidores permanecían en silencio, tan sólo se oía su respiración. «Una respiración tranquila», se dijo. «Ninguno está inquieto. Y la menos inquieta, la mujer que no tardará en morir.»

Volvió a mirar el reloj. Dentro de cuarenta y tres minutos, Torgeir, Buchanan y Lambert prenderían fuego a la iglesia de Hurup. Echaron a andar. La verja del muro de la iglesia se abrió sin hacer el menor ruido. Torgeir había engrasado las bisagras el día anterior. Avanzaban en una larga hilera por entre las lápidas ennegrecidas. Erik abrió el portalón. Hacía fresco en el interior de la iglesia. Alguien se estremeció de frío a su espalda. Encendió la linterna. Se sentaron en los bancos delanteros, tal y como se les había ordenado. Las últimas instrucciones enviadas por Erik incluían ciento veintitrés directrices detalladas que debían aprenderse de memoria. No le cabía la menor duda de que todos las habían memorizado.

Erik encendió unas velas que Torgeir había colocado ante el altar y deslizó el haz de luz de la linterna sobre los rostros de los que ocupaban el primer banco. En la penúltima fila, a la derecha, junto a la pila bautismal, estaba sentada Harriet Bolson, de Tulsa. Erik se detuvo unos segundos más en su rostro. La mujer estaba totalmente tranquila. «Los caminos de Dios son insondables», se dijo, «pero sólo para aquellos que no necesitan comprender.» Consultó el reloj una vez más. Era importante que todo coincidiese, el incendio en Hurup y lo que había de suceder allí, ante el altar de la iglesia de Frennestad. Volvió a observar a Harriet Bolson. Un rostro demacrado, pese a que no contaba más de treinta años. «El pecado que cometió ha dejado su huella», consideró en silencio. «El fuego, y sólo el fuego, podrá purificarla.» Apagó la linterna y se adentró en las sombras que reinaban detrás de la escalera por la que se ascendía al púlpito. Sacó de la mochila la soga que Torgeir había comprado en Copenhague y la dejó junto al altar. Una vez más, miró el reloj. Había llegado la hora. Se colocó delante del altar y les dio a todos la señal para que se pusieran de pie. Después, fue llamándolos uno a uno. Le dio un extremo de la soga al primero de ellos.

—Estamos encadenados sin remedio —declaró—. A partir de este momento, jamás volveremos a necesitar la soga. Nos une nuestra fidelidad a Dios y a nuestro cometido. No podemos seguir tolerando que nuestro mundo, el mundo cristiano, se hunda en un abismo cada vez más profundo. El mundo se purificará en el fuego, y debemos empezar por nosotros mismos.

Mientras pronunciaba las últimas palabras, se desplazó de modo imperceptible hasta quedar justo delante de Harriet Bolson. En el instante en que él puso la soga alrededor de su cuello, la mujer comprendió lo que iba a suceder. Fue como si desapareciese de su conciencia todo terror. No gritó, no opuso resistencia. Sus ojos se cerraron. Para Erik Westin, todos aquellos años de espera habían llegado a su fin.

La iglesia de Hurup empezó a arder a las nueve y cuarto. Cuando los coches de bomberos iban camino del incendio, recibieron el aviso de que también la iglesia de Frennestad estaba en llamas.

Ya habían recogido a Torgeir y a los dos estadounidenses. Torgeir se hizo cargo del volante y el camión desapareció, rumbo al siguiente escondite.

Erik Westin se detuvo en la oscuridad y trepó por una colina que se alzaba en las proximidades de la iglesia de Frennestad. Desde allí, contempló sentado cómo los bomberos se afanaban en vano por salvar el templo. Se preguntó si la policía tendría tiempo de entrar en la iglesia antes de que el techo se derrumbase.

Permaneció sentado en la oscuridad, contemplando el fuego. Pensó que, algún día, su hija estaría junto a él mientras las llamas ascendían.

37

Aquella noche dos iglesias de Escania ardieron hasta sus cimientos. El calor fue tan intenso que, al día siguiente, al alba, no quedaban más que dos carcasas carbonizadas. En la iglesia de Hurup, la torre se derrumbó. Los que se hallaban en las proximidades cuando se desplomaron las campanas, dijeron que aquel estruendo pareció un desesperado grito de socorro. Ambas iglesias estaban en la misma zona, en el interior de un hipotético triángulo formado por Staffanstorp, Anderstorp e Ystad.

El incendio de esas dos iglesias, sin embargo, no fue la única desgracia que les deparó la noche. En la de Frennestad, el guarda que vivía en la casa aneja al templo, que fue el primero en entrar para intentar salvar los valiosos candelabros de cobre que databan de la Edad Media, hizo un descubrimiento cuya imagen lo perseguiría, según comprendió enseguida, el resto de sus días. En efecto, delante del altar yacía una mujer de unos treinta años. La habían estrangulado. La soga que le rodeaba el cuello estaba tan apretada que la cabeza casi se había separado del tronco. El hombre salió de allí a la carrera, lanzando alaridos, y se desmayó tan pronto como hubo atravesado la puerta del templo en llamas.

El primer coche de bomberos, que venía de Staffanstorp, llegó a la iglesia minutos más tarde. En realidad, iban camino de Hurup cuando recibieron la contraorden. Ninguno de los bomberos comprendía lo que sucedía. ¿Había sido la primera una falsa alarma o, por el contrario, eran dos las iglesias que estaban ardiendo? El jefe de bomberos, Mats Olsson, un hombre de gran serenidad, halló al guarda de la iglesia ante la puerta. Él mismo se aventuró a entrar para comprobar si había alguien dentro. Cuando encontró a la mujer muerta ante el altar, tomó una decisión que la policía tendría que agradecerle más tarde. Lo lógico habría sido sacar el cadáver de la mujer antes de que la iglesia se viniera abajo. Pero Mats Olsson intuyó que sólo podía tratarse de un asesinato, por lo que la policía debía ver el cadáver, intacto, en el lugar en que se hallaba. Ni que decir tiene que también abrigó la sospecha de que el asesinato fuese obra del guarda, que yacía desvanecido ante la puerta de la iglesia y que, para entonces, empezaba a volver en sí.

Las dos alarmas se recibieron con un intervalo de escasos minutos, y en ese tiempo reinó tanta incertidumbre como desconcierto. Así, en el momento en que Kurt Wallander se levantó de la mesa, creía que saldría para Hurup, puesto que habían dado la voz de alarma de que allí habían encontrado el cadáver de una mujer ante el altar de la iglesia. Como había bebido vino con la cena, pidió que alguien fuese a recogerlo. Bajó, pues, a la calle, donde el coche de policía no tardó en aparecer.

Justo a la salida de Ystad, recibieron información de que, al parecer, se había producido una confusión. En efecto, se había producido un incendio en la iglesia de Hurup, pero no fue allí donde encontraron a la mujer muerta, sino en la de Frennestad. Martinson, que era el que conducía, empezó a rugir y a vociferarle al operador de la central de alarmas para intentar averiguar exactamente cuántas iglesias estaban ardiendo.

Kurt Wallander permaneció inmóvil y en silencio durante todo el trayecto. No sólo porque Martinson, como de costumbre, conducía bastante mal, sino porque iba pensando que aquello que él había presentido resultaba ahora cierto: los animales quemados no habían sido más que un preámbulo. «Locos», se decía, «seguidores de Satán, desquiciados.» Pero no acababa de convencerse. Mientras atravesaban en coche la oscuridad, empezó a intuir cierta lógica en todo lo que acontecía, sin poder aún explicar qué implicaba exactamente.

Ya en Frennestad, cuando frenaron junto a la iglesia en llamas, tenían una idea bastante clara de lo ocurrido. Dos iglesias habían empezado a arder casi al mismo tiempo. Además, en la de Frennestad, el cadáver de una mujer yacía delante del altar. Los dos hombres se dirigieron hacia Mats Olsson. Martinson y Mats Olsson tenían algún parentesco. En medio del desconcierto y del intenso calor que desprendía el fuego, Kurt Wallander oyó con asombro que ambos intercambiaban unos breves saludos para sus respectivas esposas. Después entraron en la iglesia. Martinson, como siempre, dejó que Kurt Wallander accediese primero al lugar del crimen. La mujer yacía, en efecto, ante el altar, con la soga al cuello. Kurt Wallander trató de retener la imagen que tenía ante sí. Algo le decía que todo aquello estaba amañado.

—¿Cuánto tiempo calculas que podemos seguir aquí?

—El techo no aguantará y terminará por derrumbarse.

—¿Cuándo?

—Pronto.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Diez minutos. Ni uno más. No me atrevo.

Kurt Wallander comprendió que los técnicos criminalistas no llegarían a tiempo. Alguien le tendió un casco, que él se colocó abstraído.

—Sal a ver si hay algún curioso con una cámara de fotos o de vídeo —ordenó a Martinson—. Si es así, confíscasela. Tenemos que documentar todo esto.

Martinson desapareció y él continuó observando el cadáver de la mujer. La soga, que era muy gruesa, se ceñía alrededor de su garganta en un lazo. Los cabos estaban extendidos a ambos lados del cuerpo. «Dos personas», concluyó. «Cada una tiraba de un lado. Como antiguamente, cuando se desmembraba a la gente atando manos y pies a varios caballos que tiraban en distintas direcciones.»

Echó un vistazo al techo. Las llamas ya lo atravesaban. A su alrededor, varias personas corrían de un lado a otro transportando diversos objetos que había en la iglesia. Un hombre de edad que apareció en pijama se esforzaba por sacar un hermoso sagrario antiguo. Había algo sobrecogedor en aquella situación, se decía. «Como si la gente comprendiese que está a punto de perder algo de lo que no quieren prescindir.»

En ese momento, Martinson volvió con una cámara de vídeo.

—¿Tienes idea de cómo usarla?

—Creo que sí —respondió Martinson.

—Entonces harás de fotógrafo. Primeros planos, detalles, desde todos los ángulos.

—Cinco minutos —anunció Mats Olsson—. Ni uno más.

Wallander se acuclilló junto a la mujer. Era rubia y guardaba cierto parecido con su hermana Kristina. «Una ejecución», resolvió. «Hace poco ardían animales. Ahora es una persona muerta en una iglesia en llamas.» ¿Qué era lo que había creído oír Amy Lindberg? ¿«Dios lo exige»?

Rebuscó rápidamente en los bolsillos de la mujer. No había nada. Miró a su alrededor, pero tampoco halló ningún bolso. Estaba a punto de abandonar la búsqueda cuando vio que llevaba una funda de plástico prendida a la blusa. En su interior había un trozo de papel con un nombre y una dirección escritos a mano: «Harriet Bolson, 5th Avenue, Tulsa».

Se levantó en el momento en que Mats Olsson apareció para advertirle:

—Se acabó el tiempo. Nos vamos de aquí.

Obligó a salir a todos los que aún estaban en el interior de la iglesia. También el cadáver de la mujer fue trasladado al exterior. Kurt Wallander se encargó personalmente de la cuerda. Los objetos que habían logrado recuperar fueron amontonados al otro lado de los cordones policiales. Una mujer mayor sostenía en la mano un candelabro ennegrecido por la tizne. Un buen número de personas se había congregado en el lugar. Algunas lloraban. Y cada vez acudían más.

Martinson llamó a Ystad.

—Hemos de localizar a una mujer de Tulsa, en Estados Unidos —avisó—. Buscad en todos los registros, locales, europeos, internacionales. Hay que darle máxima prioridad.

Linda, impaciente, apagó el televisor. Tomó las llaves del coche que su padre había dejado en una estantería de la sala de estar y echó a correr hacia el aparcamiento de la comisaría.

El coche estaba en un rincón del aparcamiento. Reconoció el coche que había junto al de su padre: era el de Ann-Britt Höglund. Se tanteó el bolsillo de la cazadora para comprobar que llevaba el abrecartas, pero no tenía planes de agujerear ningún neumático aquella noche. Había oído los nombres de Hurup y Frennestad. Abrió la puerta del coche y salió del aparcamiento. A la altura del depósito del agua, se detuvo y buscó un mapa en la guantera. Sabía dónde quedaba Frennestad, pero no Hurup. Lo encontró, apagó la luz y salió de la ciudad. A medio camino de Hörby, giró a la izquierda y, tras recorrer varios kilómetros, vio la iglesia de Hurup consumiéndose entre las llamas. Se acercó con el coche tanto como pudo, lo aparcó y subió a pie hasta la iglesia. Su padre no estaba allí. Sólo había agentes de seguridad ciudadana, y se le ocurrió pensar que, de haberse declarado el incendio unos días más tarde, quizás ella misma habría sido uno de los agentes que vigilaban los cordones policiales. Se les acercó y, tras identificarse, les preguntó si sabían dónde estaba su padre.

—Hay otra iglesia en llamas —le contestaron—. La de Frennestad. Y allí había un muerto.

—¿Qué ha pasado?

—Creo que podemos dar por supuesto que han sido provocados. No es normal que dos iglesias se incendien al mismo tiempo. No sabemos lo que ha ocurrido en la iglesia de Frennestad, pero allí, además, hay un cadáver.

Linda asintió y se marchó. De repente, un estruendo resonó a su espalda. Se dio la vuelta sobresaltada. El techo de la iglesia acababa de derrumbarse parcialmente y había caído en el interior. Salió del coche. Una lluvia de chispas se elevaba hacia el cielo nocturno. «¿A quién se le ocurre ir por ahí quemando iglesias?», se preguntó. Pero no supo darse ninguna respuesta, como tampoco se le ocurría quién era capaz de prender fuego a unos cisnes o de quemar una tienda de animales.

Volvió al coche y puso rumbo a Frennestad. Ya de lejos divisó el edificio en llamas. «Iglesias en llamas sólo se ven en las guerras», reflexionó. «Y mira por dónde, en Suecia, en este pacífico mes de septiembre, arden de dos en dos. ¿Acaso un país puede ser atacado por un enemigo invisible?» No tuvo fuerzas para seguir su vago razonamiento. El ascenso hasta la iglesia estaba bloqueado por diversos coches aparcados en distintos puntos de la carretera. Cuando vio a su padre a la luz de las llamas, se detuvo.

Estaba hablando con uno de los bomberos. Linda intentó ver lo que tenía en la mano. ¿Una manguera? Se escurrió entre los que se agolpaban ante los cordones policiales. Lo que su padre llevaba en la mano era, según pudo ver, una cuerda. Una soga.

Junto a ella había un hombre que, muy excitado, hablaba por el móvil. Linda prestó atención. Estaba describiéndole a alguien, a todas luces medio dormido, qué estaba pasando allí. Linda aguzó el oído cuando el hombre empezó a hablar del cadáver encontrado en la iglesia. «Una mujer. De Trosa, creo… ¿Que qué hacía aquí una mujer de Trosa? ¿Y cómo quieres que lo sepa yo? Al parecer, alguien oyó a uno de los policías dar la orden de búsqueda en los registros de una tal Harriet de Trosa.» Ahí se interrumpió la conversación.

—¿Hay algún muerto? — preguntó Linda.

La joven sabía que había dos situaciones en las que un sueco era capaz de romper su costumbre de aproximarse a alguien con la mayor reserva: cuando una tormenta de nieve ha sacudido a una gran ciudad o cuando se ha producido un accidente.

—Sí, al parecer, había alguien muerto delante del altar —informó el hombre.

—¿De Trosa?

—Bueno, eso he oído yo. Pero puede que esté confundido. De todos modos, digo yo, si uno aparece muerto en una iglesia por la noche, es porque lo han asesinado. Claro que también puede ser un suicidio. La gente está tan desquiciada en los tiempos que corren…

De repente, Linda se sintió como una hiena, como una mirona que disfrutaba con las desgracias ajenas.

Nyberg avanzó hacia la iglesia. Como de costumbre, parecía enojado. Pero su capacidad profesional inspiraba un gran respeto tanto a Wallander como a Martinson. A Nyberg le faltaba poco para la jubilación. Martinson, sobre todo, temía que no encontrasen a un sustituto con sus conocimientos y su paciencia.

—Creo que deberíais ver esto —dijo el técnico mientras les mostraba un pequeño colgante.

Kurt Wallander sacó sus gafas y, justo cuando iba a ponérselas, se partió una de las patillas. Lanzó una maldición, pero no tuvo más remedio que sostener la montura con la mano.

—Parece una huella de pie, o de zapato —opinó—. Un colgante en forma de huella.

—Lo llevaba en el cuello —informó Nyberg—. O lo había llevado. Cuando tiraron de la cuerda, la cadena debió de romperse. Lo tenía dentro de la blusa. Lo ha encontrado el médico forense.

Martinson se puso el colgante en la palma de la mano y se volvió para que las llamas lo iluminaran.

—Curioso motivo para una joya. Parece un zapato, sí.

—Puede ser una huella de zapato —propuso Nyberg—. Una suela. Yo vi una vez un colgante que representaba una zanahoria, con un diamante engarzado en lugar de las hojas. Se hacen joyas con las formas más variopintas. Y aquella zanahoria costaba cuatrocientas mil coronas, no creas.

—Bueno, lo importante es que esto puede ayudarnos a identificarla —observó Kurt Wallander.

Nyberg se marchó hacia un rincón del muro que rodeaba el cementerio y empezó a abroncar a un fotógrafo que tomaba instantáneas de la iglesia en llamas. Kurt Wallander y Martinson bajaron hasta los controles policiales.

Al ver a Linda, le hicieron señas para que se les acercase.

—¡Vaya! No has resistido las ganas de venir, ¿eh? Bien, pues ya que estás aquí, ven con nosotros.

—¿Cómo va todo? — quiso saber Linda.

—No sabemos qué estamos buscando —admitió Kurt Wallander-, pero sí que los dos incendios han sido provocados.

—Están buscando a la mujer en los registros, Harriet Bolson —informó Martinson—. Me llamarán en cuanto averigüen algo.

—Verás, yo no paro de darle vueltas a lo de la cuerda —intervino Kurt Wallander—. Y además, ¿por qué en una iglesia y por qué una mujer estadounidense? ¿Qué significa todo esto?

—Varias personas, tres como mínimo, pero probablemente más de tres, acuden a una iglesia por la noche —comenzó Martinson.

Kurt Wallander lo detuvo con un gesto.

—¿Por qué más de tres? Dos que asesinan y una que es asesinada. ¿No es suficiente?

—Sí, pero no podemos descartar que hubiera alguna más. O muchas más… Bien. Abren la puerta con la llave. Sólo existen dos copias: una en la casa del sacerdote, y la otra la tiene el guarda que se desmayó. Y las dos están donde tienen que estar. De modo que alguien ha utilizado una ganzúa bastante sofisticada… o un duplicado —siguió razonando Martinson—. Pudo tratarse de un grupo que ha elegido esta iglesia como el escenario de la ejecución de una mujer, Harriet Bolson. ¿Es culpable de algo? ¿Es una víctima religiosa? ¿Nos enfrentamos a los miembros de una secta satánica o a otro tipo de perturbados? Aún no tenemos respuesta a estas preguntas.

—Hay algo más —apuntó Kurt Wallander—. El papel que hallé con su nombre. ¿Por qué un simple papel? Más aún: ¿por qué sólo ese papel?

—Tal vez para que pudiésemos identificarla. Ese papel es un mensaje dirigido a nosotros.

—Hemos de verificar su identidad —observó Kurt Wallander—. Con sólo que haya ido una vez al dentista en este país, averiguaremos quién es.

—Estamos en ello.

Kurt Wallander notó que Martinson se había molestado.

—A ver, que no era mi intención machacarte a ti. Bueno, ¿qué dicen los otros distritos?

—Por ahora, nada.

—¿Tiene prioridad?

—Pedí ayuda a Estocolmo. Allí hay un auténtico monstruo malvado capaz de meter miedo y prisa a los colegas de todo el mundo.

—¿Quién es?

—¿No has oído hablar de Tobias Hjalmarsson?

—Puede ser. Con tal de que comprenda que ahora puede comportarse como un verdadero monstruo malvado…

—Esperemos —deseó Martinson—. Un detalle más: ¿quién ha visto alguna vez una joya con forma de suela de zapato o de sandalia? Dicho esto, movió la cabeza preocupado y se marchó de allí.

Linda contuvo la respiración. ¿Había oído bien?

—¿Qué ha dicho Martinson que habéis encontrado?

—Un papel con un nombre y una dirección.

—No, eso no.

—Ah, una joya.

—¿Que se parecía a qué?

—A una huella de zapato, una suela, algo así.

—No, no ha dicho eso. Lo ha comparado con otra cosa.

—Un zapato, pero ¿por qué lo preguntas?

Ella no se molestó en contestar.

—¿Qué clase de zapato?

—Una sandalia, tal vez.

Cada vez que una ráfaga de viento azotaba la iglesia en llamas, el fuego parecía retorcerse en extrañas contorsiones.

—Pues creo que debo recordarte que el padre de Anna se dedicaba a hacer sandalias antes de desaparecer. Sólo eso.

A su padre le llevó un instante atar cabos. Después, asintió despacio.

—Bien —la felicitó al fin—. Muy bien. Ése puede ser el punto de partida que tanto necesitamos. La cuestión es adónde nos conducirá.

38

Kurt Wallander intentó convencer a Linda de que se marchase a casa a dormir un rato, pero ella se negó. Quería quedarse. Había dormido unas horas en el asiento trasero de un coche de policía y él la había despertado al alba, dando unos toquecitos en la ventanilla. «Jamás ha aprendido a despertar a una persona con un mínimo de delicadeza», se dijo Linda. «O aporrea la ventanilla, o te golpea en el hombro con demasiada fuerza. Mi padre no despierta a la gente, más bien la arranca de raíz de sus sueños.»

Salió tiritando del coche. Hacía frío. Unos jirones de niebla flotaban sobre el campo. La iglesia había ardido ya por completo y sólo quedaban en pie las paredes carbonizadas; del techo derruido surgía aún una gruesa espiral de humo. Algunos observaban en silencio las reliquias rescatadas de su templo. Linda vio a un anciano que, muy despacio, limpiaba el hollín de una lápida del cementerio. Pensó que jamás olvidaría aquella imagen. La mayoría de los coches de bomberos habían desaparecido, y una pequeña unidad se encargaba de los trabajos posteriores a la extinción. Martinson no estaba allí. En cambio, Stefan Lindman había acudido al lugar del siniestro. El joven le tendió un vaso de plástico con café. Su padre, al otro lado del cordón policial, hablaba con un periodista.

—Este paisaje no se parece a nada de lo que había visto hasta ahora —comentó Stefan—. Ni a Västergötland ni a Härjedalen. Es como si Suecia terminase aquí, se adentrara en el mar y desapareciera. Y tanto barro, tanta niebla… Es muy curioso. Estoy intentando encontrar mi sitio en un paisaje que me es totalmente ajeno.

Linda murmuró una respuesta ininteligible. La niebla era niebla, y el barro, barro. ¿Qué tenía aquello de especial?

—¿Qué tal va lo de la identificación de la mujer? — preguntó.

—Aún esperamos la respuesta de Estados Unidos. Estamos seguros de que no era ciudadana sueca.

—¿Es posible que su identidad no se corresponda con la que indicaba el papel que llevaba prendido en la blusa?

—No. No hay motivos para pensar que quien la mató dejara una identificación falsa.

En ese momento vieron que Kurt Wallander se les acercaba desde el cordón policial mientras el periodista desaparecía pendiente abajo.

—He estado hablando con Lisa Holgersson —reveló—. Puesto que estás parcialmente relacionada con esta investigación, no hay inconveniente en que participes plenamente en ella. Será como tener una pelota que vaya botando a mi lado en todo momento.

Linda creyó percibir cierta ironía en el símil de su padre.

—Bueno, yo, al menos, aún puedo botar. Tú no —le contestó.

Stefan Lindman rompió a reír. Linda vio que su padre se había enojado, aunque logró dominarse.

—Procura no tener hijos —le recomendó al colega—. Ya ves cómo me va a mí.

Entonces apareció un coche que ascendía en dirección a la iglesia y los tres vieron bajar de él a Nyberg.

—Vaya, Nyberg recién duchado —advirtió Wallander-, listo para un nuevo día de tareas desagradables. Se jubilará pronto, pero yo creo que se morirá cuando se dé cuenta de que ya no puede pasarse los días cavando en el barro con el agua hasta las rodillas.

—¿Os habéis dado cuenta? — susurró Stefan Lindman—. Parece un perro. Va de un lado para otro, como olisqueándolo todo… Sólo le falta ponerse a cuatro patas.

Linda constató que tenía razón. Nyberg se movía verdaderamente como un animal.

El técnico despedía un intenso olor a loción para después del afeitado y no pareció notar la presencia de Linda. Los colegas intercambiaron entre dientes los consabidos saludos.

—¿Tenemos alguna idea de la posible causa del incendio? — quiso saber Kurt Wallander—. He estado hablando con Mats Olsson. Según él, las dos iglesias empezaron a arder en varios puntos al mismo tiempo. El guarda de la iglesia, que fue el primero en llegar, dice que le dio la impresión de que el fuego describía un círculo. Eso confirmaría que empezó a arder al mismo tiempo en muchos puntos.

—Pues yo no he encontrado nada —admitió Nyberg—. Pero no cabe duda de que ha sido provocado.

—Hay una diferencia —prosiguió Wallander—. El fuego de Hurup parece haber sido causado por una explosión: un vecino asegura que lo despertó una especie de sacudida, como si hubiese estallado una bomba. Así pues, es posible que los incendios hayan sido provocados de distinta manera, pero para que estallaran de forma simultánea.

—El modo de proceder es claro —intervino Stefan Lindman—. El incendio de la iglesia parece una maniobra para distraer la atención del asesinato.

—Pero ¿por qué en una iglesia? — preguntó Kurt Wallander—. ¿Por qué estrangular a una persona con una cuerda en una iglesia? — De repente, miró a Linda—. ¿Tú qué opinas? ¿Qué te dice a ti todo esto?

Ella notó que se sonrojaba. La pregunta la había pillado desprevenida.

—Bueno, la elección de una iglesia significará algo, claro —respondió una pizca insegura—. Y estrangular a alguien con una cuerda parece una tortura, un castigo… También me hace sospechar un motivo religioso: amputarle las manos a alguien, lapidarlo, enterrarlo vivo… ¿Por qué no asfixiarlo con una cuerda?

Antes de que nadie tuviese oportunidad de comentar nada, sonó el móvil de Stefan Lindman. Tras escuchar un instante, se lo pasó a Kurt Wallander, que prestó atención a lo que le decían.

—Ha empezado a llegar información de Estados Unidos —explicó tras cortar la comunicación—. Nos vamos a Ystad.

—¿Me necesitáis allí? — preguntó Nyberg.

—No lo sé. Si es así, te llamaré —respondió Kurt Wallander antes de dirigirse a Linda-: Pero tú te vienes con nosotros. A menos que quieras irte a casa a descansar, claro.

—Eso no tendrías ni que preguntármelo —replicó ella.

—Era por ser considerado.

—Ya, pero podrías verme como policía en lugar de como tu hija.

De camino a Ystad, los tres permanecieron en silencio, tanto por falta de sueño como por miedo a decir alguna inconveniencia que incomodase a los demás.

Una vez que hubieron aparcado ante la comisaría de Ystad, Kurt Wallander se marchó hacia la entrada de la fiscalía. Stefan Lindman alcanzó a Linda a la entrada de la comisaría.

—Recuerdo mi primer día como policía —comentó—. Entonces estaba en Borås. La noche anterior había salido de juerga con unos amigos. Lo primero que hice cuando crucé la puerta de la comisaría fue echar a correr hacia los servicios más próximos y vomitar. ¿Qué piensas hacer tú?

—Desde luego, eso no —aseguró Linda.

Ann-Britt Höglund estaba en la recepción. La mujer se empecinaba en saludar secamente a Linda, y ésta decidió que, a partir de ese momento, haría lo mismo.

La recepcionista tenía un mensaje para Linda: Lisa Holgersson quería hablar con ella.

—¿He hecho algo mal? — quiso saber Linda.

—Seguro que no —la tranquilizó Stefan Lindman antes de marcharse.

«Me gusta ese hombre», constató Linda para sí. «Cada día más.» Lisa Holgersson acababa de salir de su despacho cuando Linda enfilaba el pasillo.

—Kurt me lo ha explicado todo, así que puedes participar en la investigación. Es una curiosa coincidencia el que una de tus amigas esté implicada en este caso.

—Bueno, aún no lo sabemos —señaló Linda—. Puede que sea así, pero aún no lo sabemos —repitió.

La puerta de la sala de reuniones se cerró a las nueve. Linda se había sentado en la silla que su padre le había indicado. Stefan Lindman se acomodó a su lado. Miró a su padre, que, sentado ante uno de los extremos de la mesa, bebía agua mineral. Pensó que, en efecto, así se lo había imaginado ella siempre: solo ante la mesa, sediento, despeinado, dispuesto a comenzar un nuevo día con una compleja investigación criminal. Pero ella sabía que, puesto que se trataba de una imagen romántica, también era falsa, por lo que la desechó con un mohín.

Siempre había pensado que su padre era un buen policía, un investigador brillante, pero ahora que estaba sentada a la misma mesa que él, se percató de que poseía un gran repertorio de habilidades que ella ni siquiera sospechaba. Una de las que más la impresionaron fue su capacidad de retener en la memoria un gran número de datos, cuidadosamente situados en su contexto. Y mientras lo escuchaba, notó que en su interior cobraba forma una idea. En efecto, tuvo la sensación de que, por primera vez, comprendía por qué él nunca había tenido tiempo ni para Mona ni para ella. Simplemente, no había lugar. «Tengo que hablar de eso con él», decidió. «Cuando todos estos sucesos hayan quedado explicados y todo haya pasado, tenemos que hablar de por qué nos relegó a Mona y a mí.»

Al concluir la reunión, que había durado más de dos horas, Linda se quedó en la sala. Abrió una ventana y recapacitó sobre cuanto acababa de oír. Cuando su padre dejó sobre la mesa la botella de agua mineral y comenzó su síntesis, lo hizo partiendo de que se hallaban ante una situación muy poco definida: «Dos mujeres han sido asesinadas. Tal vez sea una osadía por mi parte excluir simplemente cualquier otra explicación y dar por supuesto que el responsable de las dos muertes es el mismo hombre. No existe evidencia alguna de conexión entre ellas, no tenemos ningún móvil, ni siquiera hemos detectado ninguna similitud. Birgitta Medberg fue asesinada en una cabaña oculta en un barranco, en el corazón del bosque de Rannesholm, y ahora hemos hallado a otra mujer, con toda probabilidad extranjera, estrangulada con una gruesa cuerda en el interior de una iglesia en llamas. Hasta el momento, los puntos de conexión entre ambas son más bien oscuros, ocasionales, tanto que es dudoso que puedan considerarse puntos de conexión. En las inmediaciones de este caso existe, además, otro suceso poco claro. Y ése es el motivo por el que Linda está hoy con nosotros».

Paulatinamente, como buscando, como si tuviese todas sus antenas extendidas en distintas direcciones simultáneamente, su padre fue avanzando a tientas a través del terreno constituido por todos los datos de que disponían, desde cisnes en llamas hasta manos amputadas. Le llevó una hora y doce minutos, sin pausas, sin repeticiones, llegar a una conclusión que, en realidad, no era más que un modo de decir: «No tenemos ni idea de qué ha sucedido. Tras las dos mujeres asesinadas, los animales carbonizados y las iglesias incendiadas, se oculta algo que desconocemos. Y tampoco sabemos si lo que hemos visto es el final o sólo el principio».

Cuando pronunció aquellas palabras, «sólo el principio», había transcurrido una hora y doce minutos, que él había pasado de pie. Entonces tomó asiento, antes de concluir:

—Aún seguimos a la espera de la información completa relativa a la mujer que, según los indicios, se llamaba Harriet Bolson. Mientras aguardamos, y antes de ceder la palabra a quien tenga algo que decir, no haré más que un comentario: hay un detalle que se repite una y otra vez. Tengo la impresión de que a esos animales no les prendió fuego un sádico que diera rienda suelta a sus deseos. Más bien me inclino a pensar que se trata de una especie de sacrificio basado en una lógica descabellada. Tenemos las manos amputadas de Birgitta Medberg y, por si fuera poco, una Biblia que alguien se ha dedicado a corregir y comentar. Y ahora nos enfrentamos a una especie de asesinato ritual en una iglesia. Además, hemos recibido información sobre el hombre que prendió fuego a la tienda de animales. Según la testigo, ese hombre gritó «Dios lo exige» o algo parecido. Todos estos datos parecen apuntar a una suerte de mensaje religioso. Tal vez estemos ante una secta; quizás ante unos locos que actúan de manera aislada, pero lo dudo. Se intuye algo parecido a una administración muy calculada de la brutalidad, y me da la sensación de que detrás de todo esto no se encuentra una sola persona. Pero ¿serán dos, serán mil? Lo ignoramos. Por ese motivo, me gustaría que nos tomásemos el tiempo necesario para una discusión sin ideas preconcebidas antes de seguir adelante. En cierto modo, creo que iremos más deprisa si nos detenemos unos minutos.

Sin embargo, no hubo lugar para el inicio de tal discusión. En efecto, la puerta de la sala de reuniones se abrió y dio paso a una joven que anunció que la policía estadounidense había empezado a enviar faxes sobre Harriet Bolson. Martinson se marchó para regresar al cabo de unos minutos blandiendo un montón de papeles, entre los que se incluía una foto, un tanto borrosa, de la mujer. Kurt Wallander sostuvo sus gafas rotas ante los ojos y asintió: era ella. La mujer muerta era, efectivamente, Harriet Bolson.

—Mi inglés deja mucho que desear —se lamentó Martinson al tiempo que tendía los documentos a Ann-Britt Höglund, que comenzó a leerlos enseguida.

Linda, que había echado mano de un bloc antes de entrar en la sala, empezó a tomar notas, sin saber muy bien por qué. Sentía que participaba en algo en lo que, en el fondo, no participaba. Sin embargo, intuía que su padre tenía reservada para ella una misión que, por diversas razones, no iba a desvelarle aún.

Ann-Britt Höglund constató que la policía estadounidense había efectuado un trabajo exhaustivo. No obstante, en aquel caso, probablemente no les había requerido demasiado esfuerzo, puesto que Harriet Bolson, o Harriet Jane Bolson, que era su nombre completo, figuraba en los registros policiales del país como Missing Person desde el 12 de enero de 1997, fecha en la que su hermana, Mary Jane Bolson, denunció su desaparición en la comisaría de policía del centro de Tulsa. Había intentado ponerse en contacto telefónico con su hermana durante más de una semana, sin éxito, de modo que tomó el coche y recorrió los trescientos kilómetros que separaban la ciudad donde vivía Mary Jane de la ciudad de Tulsa, donde su hermana residía y trabajaba como bibliotecaria y secretaria de un coleccionista de arte. Mary Jane fue a la casa de su hermana y la halló abandonada, y descubrió que hacía días que su hermana no acudía al trabajo. La mujer parecía haber desaparecido sin dejar rastro. Mary Jane y todos los amigos de Harriet la describían como una persona introvertida, pero cumplidora y amable, que no parecía tener problemas de narcóticos ni ningún otro lado oscuro que explicase su desaparición. Una vez puesta la denuncia de desaparición, la policía de Tulsa abrió una investigación, pero el hecho era que, durante los cuatro años transcurridos, no habían conseguido recabar un solo dato sobre lo acontecido. Ninguna pista, ni la menor señal de vida, nada.

—Un comisario de policía llamado Clark Richardson espera con impaciencia noticias nuestras que confirmen que la mujer que encontramos es, realmente, Harriet Jane. Ni que decir tiene que desea que lo mantengamos informado de lo que suceda.

—Pues no hay ningún problema, es ella —sostuvo Kurt Wallander—. No cabe la menor duda. ¿Seguro que no barajaron ninguna hipótesis sobre las causas de su desaparición?

Ann-Britt Höglund seguía estudiando los documentos.

—Harriet estaba soltera —continuó—. Tenía veintiséis años cuando desapareció. Ella y su hermana eran hijas de un pastor metodista de Cleveland, Ohio, calificado de «eminente» en la denuncia por desaparición. Una infancia feliz, ningún mal paso, estudios en diversas universidades, y un trabajo con el coleccionista de arte, un contrato y un buen sueldo. Llevaba una vida sencilla y ordenada, trabajaba los días laborables, y los domingos iba a la iglesia.

Dicho esto, Ann-Britt Höglund guardó silencio.

—¿Y eso es todo? — preguntó Kurt Wallander lleno de asombro.

—Eso es todo.

El inspector negó con un gesto.

—Tiene que haber algo más —aseguró—. Necesitamos toda la información que exista sobre ella. Ése será tu cometido. Hay que camelarse a Clark Richardson para que colabore todo lo que pueda. Intenta darle la sensación de que ésta es la más importante de todas las investigaciones que están desarrollándose en Suecia en estos momentos. Lo cual, por otra parte, puede ser cierto —añadió.

Siguió a aquel comentario una discusión abierta a la que Linda prestó la máxima atención. Transcurrida media hora, su padre dio unos golpecitos sobre la mesa con un lápiz, dando así por concluida la reunión. Todos fueron abandonando la sala hasta que, al final, no quedaron más que Linda y su padre.

—Quiero que me hagas un favor —afirmó—. Habla con Anna, sal con ella, pero sin hacer preguntas. Simplemente, intenta averiguar la verdadera razón de que el nombre de Birgitta Medberg figurase en su diario. Y el de ese tal Vigsten de Copenhague. Les he pedido a los colegas daneses que lo investiguen más a fondo.

—No, él no —advirtió Linda—. No es más que un pobre hombre ya senil. Pero había en su apartamento otra persona que no se dejó ver.

—Ya, pero eso no está demostrado —objetó su padre indignado—. ¿Has comprendido bien lo que quiero que hagas?

—Sí, he de fingir que no ha pasado nada —respondió Linda-, y, al mismo tiempo, tratar de obtener respuesta a preguntas importantes.

Él asintió antes de levantarse, dispuesto a salir.

—Estoy preocupado —confesó—. No entiendo nada de lo que está sucediendo. Y temo que lo que venga sea peor.

Dicho esto, la miró, le acarició la mejilla con mano rauda, casi tímida, y se marchó.

Aquel mismo día, Linda invitó a Anna y a Zebran a tomar algo en el café del puerto. Acababan de acomodarse en torno a la mesa cuando empezó a llover.

39

El niño, sentado en el suelo, jugaba en silencio con un cochecito que chirriaba, pues le faltaban las dos ruedas traseras. Linda lo observó un instante. Unas veces, cuando gritaba y reclamaba atención, se volvía insoportable, pero otras, como aquella tarde, se mostraba muy tranquilo, conduciendo su pequeño coche amarillo por secretas e invisibles carreteras.

El café estaba casi vacío a aquella hora. Un par de marinos daneses estaban sentados a una mesa examinando un mapa marítimo mientras la camarera bostezaba al otro lado de la barra.

—¿Por qué nunca hablamos de nuestras cosas, de cosas exclusivamente de mujeres? — soltó Zebran de repente.

—Adelante —la animó Linda-, de acuerdo.

—¿Y tú? — preguntó Zebran dirigiéndose a Anna—. ¿También tú quieres hablar de eso?

—Por supuesto.

Se hizo un silencio. Anna removía el té de su taza, Zebran se colocó una bolsita de tabaco de mascar bajo el labio superior y Linda dio un sorbo a su café.

—A veces me pregunto si no hay nada más en la vida. ¿A esto se reduce todo? — comenzó Zebran.

—¿Qué quieres decir? — la interpeló Linda.

—Pues lo que acabo de decir. ¿Qué ha sido de todos nuestros sueños?

—La verdad es que yo no recuerdo que tú soñases nunca con otra cosa que tener hijos —observó Anna—. Al menos, ése era tu mayor sueño.

—Cierto. Pero todo lo demás… Yo siempre fui una soñadora desmedida. No solía emborracharme como las demás cuando éramos adolescentes. Al menos, nunca tanto que acabase vomitando en algún seto y tuviese que quitarme de encima a los chicos que intentaran aprovechar la ocasión. Pero tampoco pensaba en mis sueños a la ligera. Podría decirse que me los bebía. ¡Dios santo!, yo iba a serlo todo: diseñadora de ropa, estrella de rock, comandante del jet más grande…

—Todavía no es demasiado tarde —opinó Linda.

Zebran apoyó la cara entre sus manos y afirmó mirándola a los ojos:

—Por supuesto que es demasiado tarde. Pero y tú, ¿de verdad soñabas con ser policía?

—Jamás. Yo quería dedicarme al tapizado de muebles. Un sueño que, por otra parte, no era especialmente excitante.

Zebran volvió la cabeza en dirección a Anna.

—¿Y tú?

—Yo quería encontrar un sentido.

—¿Y lo has encontrado?

—Sí.

—¡Ajá! ¿Cuál?

Anna negó con un gesto vehemente.

—Es imposible contarlo. Es algo que, o se lleva dentro, o no puede entenderse.

Linda pensó que Anna parecía en guardia. De vez en cuando, su amiga la miraba como diciendo: «Ya sé que estás intentando adivinarme el pensamiento». Pero Linda no acababa de estar segura.

Los dos marinos daneses se levantaron y abandonaron el café. Antes de marcharse, uno de ellos le dio al niño una palmadita en la cabeza.

—Él estuvo a punto de no llegar a existir —confesó Zebran.

Linda movió la cabeza sin comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Que estuve a punto de abortar. A veces me despierto a medianoche, empapada en un sudor frío…, porque sueño que aborto y que mi hijo desaparece.

—Pues yo creía que deseabas tenerlo.

—Y así era. ¡Pero estaba tan asustada! No me creía capaz de afrontarlo.

—Fue una suerte que no abortases —opinó Anna.

Tanto Zebran como Linda reaccionaron ante su tono de voz. Sonó severa, quizás incluso enfadada. Zebran atacó defendiéndose de inmediato.

—No sé si la palabra «suerte» es la más adecuada en este caso. Tal vez lo comprendas mejor cuando seas tú quien se quede embarazada.

—Yo estoy en contra del aborto —declaró Anna—. Simplemente.

—Bueno, que una mujer aborte no tiene por qué significar que está «a favor» del aborto —señaló Zebran con calma—. Puede haber otras razones.

—¿Como cuáles?

—Ser demasiado joven, estar enferma…

—Yo estoy en contra del aborto —reiteró Anna.

—Me alegro de haber tenido a mi hijo —confesó Zebran—. Pero no me arrepiento de haber abortado cuando tenía quince años.

Linda se quedó perpleja. Y, por lo que vio, también Anna, que, petrificada, clavaba la mirada en el rostro de Zebran.

—¿Por qué me miráis así? ¡Tenía quince años! ¿Qué habríais hecho vosotras?

—Seguramente, lo mismo que tú —admitió Linda.

—Pues yo no —rechazó Anna—. El aborto es pecado.

—Hija, pareces un cura.

—Digo lo que pienso.

Zebran se encogió de hombros.

—Yo creía que íbamos a hablar de nuestras cosas, de cosas que nos preocupaban. Pero si una no puede hablar del aborto con sus amigas, ¿con quién va a poder hablar?

Anna se levantó enseguida.

—Tengo que irme —aseguró—. Había olvidado que tenía que hacer algo.

Dicho esto, cruzó la puerta y se marchó. A Linda le extrañó que ni siquiera le dijese adiós al niño de Zebran.

—¿Qué le habrá pasado? — preguntó Zebran—. Qué raro. Es como si ella misma hubiese abortado alguna vez, pero no quisiera hablar de ello.

—Tal vez lo haya hecho —aventuró Linda—. En realidad, ¿qué sabemos de las personas que nos rodean? Creemos que las conocemos, pero la verdad casi siempre nos sorprende.

Zebran y Linda permanecieron en la cafetería mucho más tiempo del que habían previsto. El ambiente cambió tan pronto como Anna se hubo marchado, y las dos jóvenes estuvieron riendo y bromeando como si hubiesen vuelto a la adolescencia. Finalmente, Linda acompañó a Zebran a su casa, ante cuya puerta se despidieron.

—¿Qué crees que hará Anna ahora? — quiso saber Zebran—. ¿Crees que ya no querrá saber nada de nosotras?

—Supongo que comprenderá que su reacción ha sido algo extraña.

—No estoy segura —observó Zebran—. Pero espero que tengas razón.

Linda se marchó a casa y, una vez allí, se tumbó en la cama y cerró los ojos. Empezó a adormecerse. Las ideas iban y venían por su mente. Se vio de nuevo camino del lago desde el que alguien llamó a la policía para decir que había visto cisnes en llamas. De repente, se sobresaltó. En efecto, había oído decir a Martinson que iban a comprobar una llamada recibida en la central de alarmas. Todas las llamadas quedaban grabadas, lo que significaba que debían de tener archivada la llamada sobre los cisnes ardiendo. Linda no recordaba haber oído ningún comentario sobre cómo hablaba el hombre que llamó. Había un noruego llamado Torgeir Langaas. Amy Lindberg también había oído a alguien que hablaba danés, quizá noruego. Linda se levantó de la cama. «Si el hombre que llamó para avisar de lo de los cisnes hablaba con acento extranjero, sabremos que existe un nexo entre los animales quemados y el hombre que compró la casa situada detrás de la iglesia de Lestarp.»

Linda salió al balcón. Eran las diez de la noche. El aire era fresco. «Pronto será otoño», se dijo. «Pronto vendrán las heladas. Y la escarcha se resquebrajará bajo mis pies cuando, por fin, sea policía de verdad.» En ese momento, sonó el teléfono.

—Sólo quería avisarte de que no iré a cenar.

—¡Pero si son las diez de la noche! Yo he cenado hace horas.

—Bueno, me temo que tengo que quedarme unas horas más.

—¿Puedes dedicarme un momento?

—¿A qué te refieres?

—Había pensado acercarme a la comisaría.

—¿Es importante?

—Puede serlo.

—Bien, cinco minutos. No dispongo de más tiempo.

—Sólo necesito dos. Oye, ¿verdad que grabáis todas las conversaciones de las llamadas recibidas en la central de alarmas?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—¿Durante cuánto tiempo las guardáis?

—Por un año, pero ¿por qué lo preguntas?

—Te lo contaré cuando llegue.

Habían dado las once menos veinte cuando Linda entró en la comisaría. Su padre fue a buscarla a la recepción desierta y ambos se dirigieron a su despacho, que estaba lleno de humo.

—¿Quién ha estado aquí?

—Boman.

—¿Y quién es?

—El fiscal.

Linda recordó entonces a una mujer que había precedido en el cargo al actual fiscal.

—¿Qué fue de ella?

—¿De quién?

—De aquella de la que estuviste enamorado… La fiscala, o como quiera que se diga.

—Bueno, ha pasado ya mucho tiempo de eso. Hice el ridículo.

—Cuéntamelo.

—Uno debe reservarse para sí mismo los momentos más vergonzosos de su vida. Ahora hay otros fiscales. Boman es uno de ellos. Y yo soy el único que le permite fumar en el despacho.

—Pues aquí no se puede ni respirar.

La joven abrió la ventana. Una pequeña figura de porcelana que había sobre el alféizar cayó al suelo y se quebró.

—Vaya, lo siento —se disculpó al tiempo que recogía las piezas.

Linda creía recordar haberla visto en alguna ocasión, hacía ya mucho tiempo. La estatuilla representaba un toro a punto de embestir.

—Tal vez podamos pegarla, ¿no?

—Bueno, llevo años pensando en deshacerme de ella. La verdad, los recuerdos que me trae no son nada gratos.

—Ajá, ¿y qué recuerdos son ésos?

Él negó con un gesto.

—Ahora no, por favor… Bueno, ¿qué querías?

Linda le explicó el motivo de su visita mientras dejaba los trozos de la figura de porcelana sobre el escritorio.

—Pues tienes razón —admitió él una vez que ella hubo concluido.

Se levantó y le indicó que lo siguiese. Ya en el pasillo, se toparon con Stefan Lindman, que apareció con un montón de archivadores en las manos.

—Déjalos y vente con nosotros —ordenó Kurt Wallander.

Después se dirigieron al archivo donde guardaban las cintas. Kurt Wallander llamó a uno de los policías que se ocupaban de la central de alarmas.

—El día 21 de agosto, por la noche, un hombre llamó para informar de que había visto cisnes ardiendo en el lago de Marebosjön —comenzó Wallander.

—Ese día yo no estaba de servicio —atajó el agente tras consultar el libro de servicios que había en una estantería—. Aquella noche les tocó a Undersköld y Sundin.

—Pues llámalos.

El hombre meneó la cabeza.

—Undersköld está en Tailandia —dijo—. Y Sundin asiste en Alemania a un curso sobre control por satélite. Me temo que será difícil localizarlos.

—¿Y la cinta?

—Eso sí, puedo buscarla.

Con la cinta preparada, se sentaron en torno al reproductor. Entre un informe de una sospecha de robo de automóvil y un hombre ebrio que preguntaba si podían ayudarle a «localizar a su madre», estaba la llamada de los cisnes. Linda se llevó un sobresalto al oír la voz. El individuo intentaba hablar sueco sin acento. Pero sin éxito. Pusieron la cinta una y otra vez.

«Central de alarmas: Policía, dígame.

»El hombre: Sólo quiero informarles de que unos cisnes ardiendo están sobrevolando el lago de Marebosjön.

»Central de alarmas: ¿Cisnes ardiendo?

»El hombre: Sí.

»Central de alarmas: ¿Qué es lo que está ardiendo?

”El hombre: Cisnes ardiendo sobrevuelan el lago de Marebosjön.»

A eso se reducía la conversación. Kurt Wallander se quitó los auriculares y se los pasó a Stefan Lindman.

—Este hombre tiene acento. De eso no cabe duda. A mí me parece que suena a danés.

«O a noruego», se dijo Linda. «En realidad, ¿cuál es la diferencia?»

—Pues yo no sabría decir si el acento es danés —confesó Stefan Lindman mientras le pasaba los auriculares a Linda.

—La verdad es que pronuncia la palabra «ardiendo» de una forma extraña —observó ella cuando se hubo quitado los auriculares—. ¿Será danés o noruego? ¿O se dirá igual en las dos lenguas?

—Tenemos que averiguarlo —resolvió Kurt Wallander—. Pero he de decir que es una vergüenza que un futuro policía en prácticas haya tenido que recordamos lo de la cinta.

Salieron de la sala de archivos después de que Kurt Wallander hubiese dejado instrucciones para que la cinta estuviese disponible. Con Linda y Stefan pisándole los talones, el inspector encaminó sus pasos hacia el comedor, donde había unos agentes de tráfico en torno a una de las mesas y, en otra, dos técnicos criminalistas en compañía de Nyberg. Kurt Wallander se sirvió una taza de café y se sentó junto al teléfono.

—No sé por qué razón, siempre recuerdo de memoria este número de teléfono —comentó mientras marcaba.

Aguardó un instante con el auricular pegado a la oreja hasta que alguien respondió. La conversación no se prolongó demasiado. El inspector le pidió a la persona con la que hablaba que acudiese a la comisaría de inmediato.

Linda comprendió que el sujeto en cuestión no tenía muchas ganas de hacer lo que le pedían.

—Muy bien, en ese caso, enviaré un coche con las sirenas a todo volumen para que te recoja —amenazó Kurt Wallander—. Y les diré que te pongan las esposas, para que tus vecinos empiecen a preguntarse qué has hecho. — Dicho esto, colgó el auricular—. Christian Thomassen, segundo de a bordo de uno de los transbordadores de Polonia —aclaró—. Es alcohólico por temporadas, pero hemos tenido suerte, porque ahora anda a base de Antabús. Es noruego y podrá decirnos qué acento tiene el hombre de la grabación.

Diecisiete minutos más tarde atravesaba las puertas de la comisaría uno de los hombres más corpulentos que Linda había visto en su vida. Tenía unos pies enormes calzados en un par de gigantescas botas de goma. Medía cerca de dos metros de altura, la barba le llegaba al pecho y lucía un tatuaje en la calva. Cuando el hombre se sentó, Linda aprovechó para ponerse de pie y ver qué representaba el tatuaje. Comprobó que se trataba de una brújula. Christian Thomassen le sonrió.

—La aguja indica rumbo sur-sureste —explicó el hombre—. Con ese rumbo, las velas te conducen derecho a la puesta de sol. Cuando la muerte me alcance, no tendrá que dudar del rumbo.

—Ésta es mi hija —la presentó Kurt Wallander—. ¿Te acuerdas de ella?

—Quizá. La verdad es que no recuerdo a mucha gente. Aunque no me he ahogado en el alcohol, la mayoría de los recuerdos se han borrado de mi memoria.

El gigantesco marino le tendió la mano para saludarla. Linda temió que le aplastase la mano entre las suyas. No le pasó desapercibido el hecho de que el acento del hombre le recordaba, en cierto modo, al de la grabación.

—Bien, vamos allá —propuso Kurt Wallander—. Quiero que escuches una grabación.

Christian Thomassen escuchó con suma atención. Y pidió que le pasasen la cinta hasta cuatro veces. Cuando Stefan Lindman estaba a punto de rebobinar para ponerla una quinta vez, el hombre alzó la mano. Ya no hacía falta.

—Ese hombre es noruego —anunció—. No danés. Trataba de identificar la región noruega de la que proviene, pero no lo he conseguido. Lo más probable es que lleve mucho tiempo fuera del país.

—¿Quieres decir que lleva demasiado tiempo en Suecia y su acento es más sueco?

—No necesariamente.

—Pero estás seguro de que es noruego, ¿verdad?

—Sin la menor duda. Aunque llevo ya diecinueve años en Ystad y, de esos diecinueve, me he pasado borracho unos ocho, no he olvidado del todo mis orígenes.

—Bien, pues muchas gracias —concluyó Kurt Wallander—. ¿Quieres que te lleven a casa?

—No, voy en bicicleta —rechazó Christian Thomassen con una sonrisa—. Es algo que no puedo hacer cuando bebo, porque entonces me caigo y me rompo la crisma.

—Un hombre muy curioso —observó el padre de Linda cuando se hubieron quedado solos—. Christian Thomassen tiene una hermosa voz de bajo. Si no hubiera sido tan gandul y no hubiese bebido tanto, habría podido hacer carrera en la ópera. Sospecho que se habría hecho célebre como el más grande bajo del mundo. Al menos, desde el punto de vista puramente físico.

Ya en el despacho de Kurt Wallander, Stefan Lindman se quedó observando los restos de la figura de porcelana, pero no hizo ningún comentario.

—Un noruego —retomó Kurt Wallander—. En ese caso, ya sabemos que quien prendió fuego a los cisnes es el mismo sujeto que incendió la tienda de animales. Aunque, en cierto modo, ya lo sabíamos, claro. Y también fue él quien mató al ternero. La cuestión es si no será el mismo que se ocultaba en la cabaña cuando apareció Birgitta Medberg.

—¿Y la Biblia? — recordó Stefan.

Kurt Wallander negó con un gesto.

—No, la Biblia es sueca. Además, han logrado descifrar parte de lo que está escrito entre los versículos. Y todo está en sueco.

Todos guardaron silencio durante un rato. Linda aguardaba. Finalmente, Stefan Lindman movió la cabeza de un lado a otro, antes de asegurar:

—Tengo que ir a dormir algo. Ya no puedo ni pensar.

—Nos vemos mañana a las ocho —propuso Kurt Wallander.

Los pasos del agente se perdieron pasillo arriba. El padre de Linda bostezó.

—Tú también deberías dormir —afirmó Linda.

Kurt Wallander asintió al tiempo que extendía el brazo para alcanzar algunas de las piezas de la figura de porcelana.

—Tal vez lo mejor sea que se haya roto —comentó, titubeante—. Hace ya más de treinta años que la compré. Fue un verano en el que viajé a España con un amigo. Yo ya conocía a Mona y aquél fue mi último verano de libertad. Compramos un coche viejo y nos fuimos a España a la caza de hermosas Carmencitas. En realidad, habíamos pensado llegar hasta el sur del país, pero el coche se murió cerca de Barcelona. Creo que habíamos pagado por él unas quinientas coronas. Lo dejamos en un pueblo polvoriento y tomamos un autobús hasta Barcelona. De los catorce días siguientes no tengo más que vagos recuerdos. Y no creas, que le he preguntado a mi amigo, pero él se acuerda menos que yo, si cabe. Bebimos sin cesar, de la mañana a la noche. Aparte de algunas prostitutas, no recuerdo haber estado cerca de las bellas Carmencitas con las que soñábamos. Cuando el dinero empezó a agotarse, emprendimos el regreso a Suecia, en autostop. El toro lo compré justo antes de salir de España. Había pensado regalárselo a Mona cuando llegase a casa, pero estaba tan enfadada conmigo que no llegué a dárselo. Después, cuando nos separamos, lo encontré en un cajón y me lo traje al despacho. Y ahora se ha roto. Tal vez haya sido lo mejor.

Dicho esto, guardó silencio, aunque Linda tenía la sensación de que la historia no había tocado a su fin.

—El amigo con quien hice aquel viaje era Sten Widén —reveló Wallander—. El que ahora está muriéndose de cáncer. Y el toro se ha roto.

Linda no sabía qué decir, de modo que permaneció en silencio. Intentaba imaginarse a su padre con treinta años menos, justo antes de que ella naciese. «Seguro que entonces se reía más a menudo», se dijo Linda. «Gracias a Dios que yo no he salido tan lúgubre como él.»

Kurt Wallander se levantó.

—Tienes razón. Tenemos que dormir. Yo, al menos, tengo que dormir. Y ya es medianoche.

En ese momento, se oyeron unos toquecitos en la puerta. Un agente de la central de alarmas entró con un documento en la mano.

—Acaba de llegar esto —explicó al tiempo que entregaba un fax a Kurt Wallander—. Es de Copenhague, de un tal Knud Pedersen.

—Sí, lo conozco.

El policía se marchó y dejó al padre de Linda ojeando el fax. No obstante, volvió a sentarse para leerlo con más detenimiento. Linda detectó, por la expresión de su rostro, que se trataba de algo importante.

—Muy curioso —declaró al poco—. Knud Pedersen, al que conozco de hace tiempo, es un policía muy despierto. Resulta que acaba de cometerse un asesinato. Una prostituta, Sylvi Rasmussen, a la que han partido el cuello. Lo extraño es que tenía las manos entrelazadas, como si estuviese orando. No se las habían cortado. Pero Pedersen, que había leído acerca de nuestro caso, pensó que debía saberlo. — Dejó el fax sobre la mesa—. Otra vez Copenhague —señaló.

Linda estaba a punto de formular una pregunta cuando él alzó la mano para detenerla.

—Tenemos que dormir —le recordó—. Cuando los policías están cansados, suelen darles a sus perseguidos una ventaja innecesaria.

Así, abandonaron finalmente la comisaría. Kurt Wallander propuso que fueran dando un paseo.

—Hablemos de cualquier otra cosa —sugirió—. Algo que nos aclare las ideas.

Los dos caminaron en silencio, sin pronunciar una sola palabra, hasta la calle de Mariagatan.

40

Cada vez que veía a su hija, tenía la sensación de que, de repente, el suelo desaparecía bajo sus pies y él empezaba a caer y tardaba varios minutos en recobrar el equilibrio.

Las imágenes de su vida anterior cruzaban como rayos por su cerebro. Ya en Cleveland había considerado que su vida podía dividirse en tres fases, muy distintas entre sí. La primera fase era la vivida antes de la ruptura, cuando lo dejó todo atrás. Él solía llamar a aquella fase el periodo del Vacío, anterior a su encuentro con el ángel caído que él confundió con el mismo Dios. La segunda vida, el periodo del Ángel Caído, estaba formada por los años en que siguió a Jim Jones en su peregrinación hacia el paraíso que les aguardaba en la selva de Guyana. Fue una época en que una mentira disfrazada de verdad vino a sustituir al vacío. Después, siguió el tiempo en que ahora se encontraba, el periodo de la Verdad, que vería completado en breve. Dios lo había puesto a prueba y lo había hallado digno de restablecer la verdad.

A menudo, él se decía que los dos primeros periodos constituían una gran mentira. Se controlaba el pulso con frecuencia para comprobar que no se le alterase, con independencia de lo indignado que estuviese. «Al igual que un animal alado, tú has de poder desprender de tu cuerpo el odio, la mentira y la ira», le había dicho Dios en un sueño. Y, de hecho, tan sólo cuando veía a su hija volvía a ceder a la debilidad. Cuando la veía ante sí, veía también los demás rostros. Ante todo, el de Maria y su hija, que habían quedado allí, corrompiéndose en aquella ciénaga sofocante que el desquiciado de Jim Jones había elegido como paraíso. Sí, entonces añoraba ardientemente a los que habían muerto, además de experimentar cierto sentimiento de culpa por no haber logrado salvarlos.

«Dios exigió aquel sacrificio para probarme», se decía. En el rostro de su hija veía, asimismo, el de Sue-Mary, la mujer de Cleveland, y también el del anciano de Caracas que había guardado sus documentos. Veía las dos vidas que había dejado atrás y sólo sentía que el suelo volvía a extenderse bajo sus pies cuando todas aquellas imágenes abandonaban su mente. «Tus recuerdos serán como los trazos que deja un ave al cruzar el cielo en silencio», le había dicho Dios. «Los verás aparecer y desaparecer. Y no serán más que recuerdos.»

Se encontraba con su hija en distintos lugares y a distintas horas. Desde el día en que salió de su invisibilidad y dejó que ella lo viera, había tratado por todos los medios de que no desapareciese otra vez de su vida. A menudo, intentaba sorprenderla. En una ocasión, cuando hacía poco que se habían reencontrado, le lavó el coche. Además, le escribía a la dirección de Lund cuando quería concertar con ella una cita en el escondite que tenían detrás de la iglesia de Lestarp. A veces, iba al apartamento de su hija para hacer llamadas importantes, e incluso alguna noche se había quedado a dormir allí.

«Una vez la abandoné», se decía, «y ahora tengo que ser fuerte, para impedir que ella me abandone a mí.» Al principio contaba con la posibilidad de que ella se negase a seguirlo. De haber sido así, él habría vuelto a hacerse invisible. Pero ya después de los tres primeros encuentros, comprendió que podría convertirla en uno de los elegidos. Lo que terminó de convencerlo fue, ante todo, la extraordinaria casualidad de que su hija conociese a la mujer que Torgeir había asesinado cuando ésta descubrió uno de sus escondites. Entonces comprendió que su hija había estado esperándolo durante todos aquellos años en que él había permanecido ausente.

Ahora volvería a verla, en esta ocasión en su apartamento. Varias veces había entrado en él sin que ella lo supiese. Incluso llegó a dormir allí. Ella colocaba un macetero con flores en la ventana, como señal de que él podía entrar sin problemas. En varias ocasiones, no obstante, él simplemente había abierto la puerta con las llaves que ella le había prestado, sin molestarse en mirar si el macetero estaba o no en la ventana. Dios le avisaba de cuándo podía irrumpir en el mundo de su hija sin correr el menor riesgo. Él le había explicado lo importante que era que ella se comportase con normalidad ante sus amigas. «En la superficie, es como si nada hubiese ocurrido», le decía. «La fe irá creciendo en tu interior, hasta el día en que yo te diga que ya puedes dejarla salir de tu cuerpo.»

Siempre que se veían, él se comportaba con ella como Jim Jones le había enseñado; era lo único que, en su recuerdo, no estaba mancillado por la traición y el odio. Siempre había que prestar atención a la respiración de las personas. Ante todo, había que escuchar la de aquellos que eran nuevos y que tal vez aún no se hubiesen humillado por completo para poner su vida en manos de su guía.

Cuando entró en el apartamento, ella cayó de rodillas en el vestíbulo. Él posó la mano sobre su frente y le susurró las palabras que Dios exigía que ella escuchase. Al mismo tiempo, tanteó con la yema de los dedos hasta encontrar una vena en la que detectar el pulso de la joven: notó que estaba temblando, aunque parecía menos amedrentada que otras veces. Todo aquello que estaba cambiando la vida de su hija empezaba a convertirse en algo natural para ella. Él se arrodilló también frente a la joven.

—Estoy aquí —susurró él.

—Estoy aquí —respondió ella.

—¿Qué dice el Señor?

—El Señor exige mi presencia.

Le acarició la mejilla y, después, los dos se levantaron y fueron a la cocina. Ella había preparado el tipo de comida que él quería: ensalada, pan ácimo, dos trozos de carne. Él se puso a comer despacio, en silencio. Cuando hubo terminado, ella sacó un recipiente con agua, le lavó las manos y le sirvió una taza de té. Él la miró y le preguntó qué tal le había ido desde la última vez que hablaron. Mostraba siempre especial interés por sus amigas, sobre todo por la joven que anduvo buscándola.

No había hecho más que probar un sorbo de té y, al oír sus primeras palabras, supo enseguida que ella estaba nerviosa. La miró de nuevo, con una sonrisa, y le preguntó:

—¿Qué es lo que te atormenta?

—Nada.

Entonces, él le agarró la mano e introdujo dos de sus dedos en el té hirviendo. Ella se asustó, pero él le retuvo los dedos allí hasta que estuvo seguro de que le quedarían quemaduras. Ella empezó a llorar y, entonces, él levantó la mano.

—Dios exige la verdad —le advirtió—. Tú sabes que tengo razón cuando te digo que hay algo que te tiene preocupada. Y yo debo saber qué es.

Entonces ella le contó lo que Zebran había dicho cuando se vieron en la cafetería mientras el niño estaba jugando en el suelo.

Él notó que ella no estaba muy segura de haber hecho lo correcto, percibía aún indicios de debilidad, sus amigas seguían siendo importantes para ella. Sin embargo, se dijo que, en el fondo, aquello no tenía nada de extraordinario. Al contrario, resultaba sorprendente que le hubiese costado tan poco tiempo transformarla.

—Has hecho bien al contármelo —aseguró una vez que ella hubo concluido—. Y haces bien en mostrar que dudas. Dudar es prepararse para luchar por la verdad y no darla por supuesta. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí.

Él la observó largamente, escrutándola. «Es mi hija», se decía. «De mí ha heredado esa seriedad.»

Él se quedó un rato más, hablándole de su vida. Quería completar la gran laguna de todos aquellos años de ausencia. Jamás lograría convencerla de que lo siguiese si no conseguía que comprendiera que su desaparición se la había impuesto Dios. «Era mi desierto», le repetía una y otra vez. «Pero no fui enviado allí por treinta días, sino por veinticuatro años.»

Cuando se marchó del apartamento, estaba seguro de que ella seguiría sus pasos. Además, ella le había dado lo más importante de todo: la posibilidad de castigar a un pecador. Ya en la calle, se volvió a mirar y, al otro lado de la ventana de la cocina, vislumbró su rostro.

Torgeir lo aguardaba, tal y como habían acordado, en la oficina de Correos. Tenían la costumbre de elegir siempre para sus encuentros lugares públicos. La conversación fue breve. Antes de despedirse, Torgeir inclinó la cabeza ofreciéndole su frente. Él la rozó con la yema de sus dedos y comprobó que el pulso era normal. Aunque ya sabía que había sido un milagro de Dios, siempre se asombraba al comprobar que Torgeir había podido salvarse. El hombre tembloroso y desahuciado que había recogido de las calles de Cleveland se había convertido en su mejor organizador, en su primer discípulo.

Al atardecer de aquel mismo día volvieron a encontrarse, esta vez en el aparcamiento. Hacía una tarde apacible, pero el cielo estaba cubierto de nubes y cabía la posibilidad de que lloviese, ya entrada la noche. El camión había sido sustituido por un autobús que Torgeir había robado de una empresa de Malmö y al que había cambiado las placas de la matrícula. Pusieron rumbo al este, dejaron atrás Ystad y continuaron por carreteras comarcales en dirección a Kavestrand, ante cuya iglesia se detuvieron. El templo estaba situado en la cima de una colina y la vivienda más próxima se hallaba a cuatrocientos metros de allí, al otro lado de la carretera que conducía a Tomelilla. Nadie vería el autobús. Torgeir abrió el portón de la iglesia con la llave que tenía preparada. Tras encender las linternas, colocaron las escaleras extensibles y se subieron a ellas para cubrir con bolsas de plástico de color negro los ventanales que daban a la carretera. Después, encendieron las velas en torno al altar. Sus pasos eran quedos. El silencio, total.

Torgeir entró en la sacristía, donde él estaba preparándose, y le comunicó que todo estaba listo.

—Esta noche, los haré esperar —anunció Erik. Después le dio la soga a Torgeir—. Extiéndela rodeando el altar. La soga infunde temor, y el temor infunde fidelidad.

Torgeir lo dejó solo. Él se sentó a la mesa de la sacristía con una vela encendida ante sí. Cuando cerró los ojos, creyó estar de vuelta en la jungla. Jim Jones salía de su casa, la única en la que había instalado un generador que producía electricidad. Siempre bien peinado, los dientes blancos, la sonrisa como un corte recién practicado en su rostro… «Jim era un ángel hermoso», se decía. «Aunque un ángel caído, un ángel negro. No puedo negar que, en algunos de los momentos que compartí con él, fui totalmente feliz. Y tampoco puedo negar que lo que él me dio o, más bien, lo que yo soñé que me daría, es lo que ahora deseo dar a mis seguidores. He visto al ángel caído, y sé qué debo hacer.»

Cruzó los brazos sobre la mesa y descansó la cabeza en ellos. Los demás se irían sentando fuera; tendrían que esperarlo. La soga ante el círculo del altar era un recordatorio del temor que él les inspiraba. Si los caminos de Dios eran inescrutables, también debía serlo su maestro en la Tierra. Sabía que Torgeir no volvería a entrar. Y empezó a soñar, a caer lentamente en el sopor del sueño. Era como descender a lo más profundo, a un lugar en que el calor sofocante de la jungla atravesaba los fríos muros de piedra de la iglesia escaniana. Volvió a pensar en Maria y en la niña, y se durmió.

A las cuatro de la mañana despertó sobresaltado. Al principio, no supo dónde se encontraba. Se levantó; se notaba el cuerpo entumecido, los miembros rígidos por la incómoda postura. Tras unos minutos de espera, entró en la iglesia. Allí estaban todos, sentados en los primeros bancos, hirsutos, temerosos, expectantes. Se detuvo para observarlos un instante antes de que ellos pudiesen verlo. «Podría matarlos a todos», consideró para sí. «Podría pedirles que se cortasen las manos y que se devorasen a sí mismos. De hecho, aún tengo flaquezas. No sólo son flaquezas mis recuerdos, sino también mi incapacidad para confiar plenamente en mis seguidores. Me llenan de temor sus pensamientos, los pensamientos que no puedo controlar.» Se colocó ante el altar. Aquella noche les hablaría de las aves migratorias. Empezaría a hablarles de la gran misión que los aguardaba, el motivo por el que habían emprendido aquel largo viaje a Suecia. Aquella noche, él pronunciaría las primeras palabras de lo que se convertiría en el quinto evangelio.

Hizo un gesto de asentimiento a Torgeir para que abriese el sagrado cofre de madera y latón, que habían depositado en el suelo, junto a la soga enrollada. El cofre era antiguo y tenía las bisagras oxidadas. Torgeir fue repartiendo las máscaras de la muerte entre los presentes. Eran blancas, como las de un mimo, carentes de toda expresión de gozo o de dolor.

La idea de las máscaras se le había revelado un mediodía en que se hallaba junto a Sue-Mary, ésta ya en su lecho de muerte. Él observaba su rostro macilento. Ella dormía, la cabeza hundida en el almohadón. De repente, su rostro pareció transformarse en una máscara, un semblante blanco, petrificado. «Dios creó al hombre a su imagen y semejanza», pensó entonces, «pero nadie conoce el rostro de Dios. Nuestras vidas son su aliento, el aire que respiramos. Pero nadie conoce su semblante. De ahí que debamos llevar esta máscara blanca, para anularnos a nosotros mismos y elevarnos a Él, que nos ha creado.»

Los vio ponerse las máscaras y, como siempre que los veía ocultar sus rostros, le sobrevino una intensa sensación de fuerza, de poder. Torgeir fue el último en ponérsela. Él, el guía, era el único que no llevaba máscara.

Eso también lo había aprendido de Jim. Durante los primeros años sucedía que alguna de las mujeres que vivían con él, una de sus sirvientas, se acercaba hasta su choza a medianoche y lo despertaba para avisarle de que Jim deseaba hablar con él. Y él saltaba de la cama, medio dormido y algo atemorizado. Él le temía a Jim. Se sentía pequeño e insignificante en su presencia. Jim solía acomodarse en una hamaca que tenía en su porche, rodeada de mosquiteros. Y a su lado había una silla en la que se sentaba aquel al que llamaba. En la oscuridad, Jim empezaba a hablar de cuanto iba a ocurrir. Nadie osaba interrumpir sus monólogos, que solían prolongarse hasta el amanecer. Una de aquellas noches, al principio, cuando él aún amaba a Jim y estaba convencido de que tenía ante sí a un siervo de Dios, Jim le dijo que el maestro siempre debía estar algo apartado, y que los discípulos debían saber siempre dónde se encontraba el maestro. Y que éste era el único que no debía ocultarse.

Se colocó ante ellos. Había llegado el momento que tanto había esperado. Cruzó las manos y se presionó con el pulgar derecho las venas de la muñeca izquierda. Su pulso latía con normalidad. Todo estaba bajo control. «Llegará el día en que esta iglesia se convierta en un lugar de peregrinación», auguró para sí. «Los primeros cristianos, aquellos que murieron en las catacumbas de Roma, han regresado. La era de los ángeles caídos pertenece ya al pasado. Y ha vuelto a resucitar a la vida una religión que había estado adormecida, anestesiada por toda esa fe envenenada que se ha inyectado en las venas de la gente.»

Les habló de las aves migratorias. El hombre no tenía alas y, pese a todo, podía desplazarse recorriendo grandes distancias, como si volase. Habían permanecido apartados mucho tiempo unos de otros. Se habían visto obligados a pasar los inviernos en la gran oscuridad que se cernía sobre la Tierra. Pero la luz nunca había llegado a extinguirse por completo. Habían logrado mantener viva la llama en esa oscuridad, y allí, en el corazón más negro de la gruta, la verdad los esperaba. Ahora habían regresado. Ellos eran la primera bandada de pájaros que retornaban al hogar. Pronto los seguirían otros. El cielo se vería surcado de aves; y ya nada los detendría. El reino de Dios volvería a instaurarse en la Tierra. Tenían ante sí un tiempo de largas guerras santas. El reino de Dios había de construirse desde dentro. El primer paso consistía en desenmascarar a los traidores que se habían reunido en el templo; derribarían después todos esos templos impíos para, luego, empezar todo desde el principio. Sí, en breve se desatarían las guerras contra los falsos dioses que habitaban la Tierra. Había llegado la hora, ellos darían el primer paso, ya.

Aguardaron en la iglesia hasta el amanecer. Torgeir esperaba fuera del templo, «un solitario vigilante en aquellos últimos momentos de la vieja era», se decía él. Cuando los primeros rayos de luz despuntaron en el horizonte, Torgeir entró en la iglesia. Recogió las máscaras y volvió a colocarlas en el cofre.

El 8 de septiembre era el día que él había elegido. Y ello, también a causa de un sueño. En efecto, soñó que se encontraba en una fábrica abandonada cuyo suelo aparecía cubierto de agua de lluvia y de hojas secas. Un almanaque colgaba de una de las paredes y, cuando despertó, recordaba que la fecha que destacaba en el almanaque era el 8 de septiembre. Ese día, todo terminaría y todo comenzaría de nuevo.

A la luz del alba, observó sus semblantes pálidos, serenos. «Veo ojos que me ven», se dijo. «Y ven en mí lo que yo creí ver cuando me hallaba ante Jim Jones. La única diferencia es que yo soy, en verdad, quien digo ser. Yo soy el guía elegido.» Los escrutó, una vez más, pero no le pareció que ninguno de ellos abrigase la menor duda.

Dio un paso adelante y empezó a hablar.

—Ha llegado el momento de la ruptura. Las aves migratorias se han posado en tierra. Yo no había pensado que nos viésemos antes del día en que debéis llevar a cabo vuestra gran misión. Pero Dios me habló anoche y me dijo que era preciso realizar otro sacrificio. De modo que, la próxima vez que nos reunamos, otro pecador morirá. — Tomó la soga y la elevó sobre su cabeza—. Ya sabemos qué se nos exige —prosiguió—. Los libros antiguos nos lo han enseñado: ojo por ojo y diente por diente. Todo pecado conlleva su castigo. Aquel que mata, debe morir. No debemos albergar la menor duda. De acero es, en verdad, el aliento de Dios. Y Él reclama dureza de nosotros. Nosotros somos como las serpientes que despiertan tras el largo periodo de hibernación. Somos como las lagartijas que se apresuran entre las grietas de las rocas y cambian de color cuando sienten cerca la amenaza. Sólo con entrega, con dureza y con astucia podremos vencer el vacío que devora a los hombres. La gran oscuridad, el largo periodo de decadencia y de impotencia quedan, por fin, a nuestras espaldas.

Guardó silencio, consciente de que ellos lo comprendían. Fue caminando por delante de los bancos para pasar su mano sobre sus frentes rendidas. Con una seña, les indicó que se levantasen. Pronunciarían las palabras sagradas todos juntos. Él les había contado que le habían sido transmitidas durante una revelación. En realidad, ellos no tenían por qué conocer la verdad; él no tenía por qué contarles que se trataba de unas palabras que había leído en su juventud. ¿O tal vez las había soñado? Ya no lo sabía. Pero tampoco tenía importancia.

Y, liberados, nos elevaremos con el rumor de ingentes alas

para fundirnos con Él y llegar a ser luz de su luz sagrada.

Después, todos salieron de la iglesia, cerraron y se marcharon en el autobús. La mujer que acudía allí a limpiar por las tardes no notó que hubiese entrado nadie.

CUARTA PARTE

La decimotercera torre

41

A Linda la despertó el teléfono. Miró el despertador y comprobó que eran las seis menos cuarto.

Se oían ruidos en el cuarto de baño, de lo que dedujo que su padre ya se había levantado, pero supuso que no habría oído el teléfono, de modo que fue a la cocina y atendió ella misma la llamada, que le trajo una voz femenina que no reconocía.

—¿Es éste el número de un policía llamado Wallander?

—¿Quién pregunta?

—¿Es o no es éste su número?

La mujer hablaba con un distinguido y gutural acento escaniano. «No es una de las mujeres de la limpieza de la comisaría, desde luego», pensó Linda.

—No puede ponerse en este momento. ¿Quién lo llama?

—Soy Anita Tademan, del castillo de Rannesholm.

—¡Ah!, sí. Nos conocemos. Yo soy su hija.

—¿Cuándo podría hablar con él?

—En cuanto salga del cuarto de baño.

—Es importante.

Linda anotó su número de teléfono, colgó el auricular y fue a preparar café. Cuando su padre entró en la cocina, el agua empezaba a hervir. El hombre estaba tan absorto en sus pensamientos que ni siquiera se sorprendió al verla levantada tan temprano.

—Ha llamado Anita Tademan. Dijo que era importante.

Su padre echó un vistazo al reloj.

—Desde luego, tiene que serlo, para llamar a estas horas.

La joven marcó el número y le tendió el auricular.

Mientras hablaba con Anita Tademan, Linda rebuscó entre los armarios de la cocina hasta llegar a la conclusión de que no les quedaba ni un grano de café.

En ese momento, su padre terminó la conversación. Linda había oído que quedaban a una hora.

—¿Qué quería?

—Quiere verme.

—¿Para qué?

—Para contarme algo que le ha oído comentar a un pariente que vive en una de las fincas de Rannesholm. No quería contármelo por teléfono, prefiere que vaya al castillo. Supongo que no quería rebajarse a acudir a la comisaría. Pero le dije que no podía ser, como habrás oído.

—Pues no.

Él masculló una réplica y se puso a rebuscar en los armarios algún paquete de café.

—Se ha acabado —le adelantó Linda.

—¿Es que soy el único que tiene que pensar en si hay o no café en esta casa?

Linda se enojó.

—No tienes ni idea de lo contenta que estaré el día en que me mude de aquí. En realidad, no debería haber vuelto.

Kurt Wallander extendió los brazos a modo de disculpa.

—Sí, supongo que será lo mejor —admitió—. No es bueno que padres e hijos vivan tan cerca unos de otros. Pero ahora ni tú ni yo tenemos tiempo de discutir.

Tomaron té mientras hojeaban cada uno su parte del diario de la mañana. Ninguno de los dos podía concentrarse en la lectura.

—Quiero que vengas conmigo —aseguró el inspector—. Ve a vestirte. Quiero tenerte a mano.

Linda se dio una ducha y se vistió tan rápido como pudo, pero, cuando estuvo lista, su padre ya se había marchado y le había garabateado una nota en el periódico. Ella interpretó algo así como que tenía prisa. «Es tan impaciente como yo», se dijo.

Miró por la ventana. El termómetro indicaba aún la temperatura de la canícula, veintidós grados. Pero llovía. A buen paso, casi a la carrera, llegó a la comisaría. Pensó que era como cuando iba a la escuela: sentía la misma preocupación por no llegar tarde.

Su padre estaba hablando por teléfono y le indicó con un gesto que entrase en el despacho. Linda se sentó en la silla de las visitas. Los fragmentos de la figura de porcelana seguían sobre el escritorio. El policía colgó el auricular y se puso de pie.

—Ven.

Linda lo siguió hasta el despacho de Stefan Lindman. Ann-Britt Höglund estaba apoyada contra la pared con una taza de café en la mano. Por una vez, la mujer pareció advertir la presencia de Linda.

«Alguien ha debido de hablar con ella», concluyó Linda, «y no creo que haya sido mi padre. Tal vez Stefan Lindman.»

—¿Dónde está Martinson? — preguntó Ann-Britt Höglund.

—Acaba de llamar —respondió Kurt Wallander—. Uno de sus hijos está enfermo y llegará un poco más tarde. Pero hará algunas llamadas desde su casa para intentar averiguar algo más sobre la tal Sylvi Rasmussen.

—¿Quién? — quiso saber Ann-Britt Höglund.

—¿Por qué tenemos que estar aquí, tan apretujados? Vayamos a la sala de reuniones. Por cierto, ¿alguien sabe dónde está Nyberg?

—Sigue investigando lo de las iglesias.

—¿Y qué cree que va a encontrar allí?

Fue Ann-Britt Höglund quien hizo el último comentario. Linda intuía que ella era de los que se alegrarían el día en que Nyberg se jubilase. Se enfrascaron en una reunión en que repasaron toda la información obtenida hasta el momento. Cuando llevaban tres horas y diez minutos, alguien llamó a la puerta y anunció que Anita Tademan esperaba a Kurt Wallander. Linda se preguntó si debía tomar aquella interrupción como el fin natural de la reunión. Pero nadie se mostró descontento ni sorprendido cuando su padre se levantó. Cuando éste se marchaba, se detuvo junto a su silla.

—Ve con Anna, sigue hablando con ella, viéndola, escuchando lo que dice —le recordó.

—Es que no sé ni de qué hablar con ella. Terminará por descubrir que estoy vigilándola.

—Tú compórtate como siempre.

—¿No será mejor que vuelvas a hablar tú con ella?

—Por supuesto que sí, pero más adelante.

Linda se marchó de la comisaría. Ya en la calle, comprobó que la lluvia había remitido un poco. Un coche tocó el claxon tras ella, y tan cerca que la sobresaltó. Stefan Lindman frenó y abrió la puerta.

—Te llevo a casa, si quieres.

—Gracias.

El agente tenía música puesta. Era jazz.

—¿Te gusta la música? — preguntó Linda.

—Me encanta.

—¿El jazz?

—Lars Gullin. Saxofonista. Uno de los mejores músicos de jazz suecos de todos los tiempos. Murió muy joven.

—Jamás había oído su nombre. Además, este tipo de música no me gusta nada.

—Ya, pero en mi coche soy yo quien decide qué música suena.

Linda notó que se había sentido herido y lamentó sus palabras. «Ésa es otra herencia de mi padre», constató. «La capacidad de hacer comentarios torpes e insensibles.»

—¿Adónde vas? — preguntó con ánimo de suavizar las cosas.

Pero él contestó con parquedad, aún afectado.

—A Sjöbo. A un cerrajero.

—¿Te llevará mucho tiempo?

—No lo sé. ¿Por qué?

—Estaba pensando que podría acompañarte. Si no te importa, claro.

—Si crees que podrás soportar la música…

—A partir de este momento, adoro el jazz.

Y la tensión se disipó. Stefan Lindman se echó a reír y puso rumbo al norte. Conducía bastante deprisa. A Linda le entraron ganas de tocarlo, de pasarle la mano por el hombro o por la mejilla. Sintió un deseo que hacía tiempo no sentía. Una idea absurda le cruzó la mente: que podrían alquilar una habitación de hotel en Sjöbo. Pero lo más seguro era que allí no hubiese ningún hotel. Intentó desembarazarse de esa idea, que persistía en su cerebro. La lluvia golpeteaba el parabrisas. El saxofonista tocaba ahora unas notas chillonas y rápidas. Linda intentó percibirla melodía, pero no lo logró.

—Si vas a Sjöbo para ver a un cerrajero, tendrá algo que ver con la investigación, ¿no? Con alguna de ellas. En realidad, ¿cuántas investigaciones hay abiertas?

—Birgitta Medberg es una. Harriet Bolson, dos. La tienda de animales incendiada, tres. Y, además, están las iglesias, claro. Tu padre quiere incluirlas todas en una. Y el fiscal le ha dado el sí. Hasta nueva orden.

—¿Y el cerrajero?

—Se llama Håkan Holmberg. No creas que es un cerrajero normal y corriente, de los que se dedican a hacer copias vulgares. No, él hace llaves antiguas. Cuando oyó que la policía no sabía cómo habrían abierto las dos iglesias incendiadas, recordó que, hacía unos meses, había duplicado dos llaves que bien podían corresponder a sendos portones de iglesia. Y yo pienso averiguar qué más recuerda. Tiene el taller en el centro de Sjöbo. Martinson había oído hablar de él. Dicen que incluso ha ganado premios por la belleza de sus llaves. Además, es un hombre erudito y, al parecer, en verano imparte cursos de filosofía.

—¿En el taller?

—Bueno, creo que tiene un jardín. Martinson quería asistir a uno de esos cursos. Los alumnos pasan la mitad del tiempo en la herrería, y el resto lo dedican a discutir cuestiones filosóficas.

—Nada que me interese a mí, desde luego.

—Quizás a tu padre…

—Menos aún.

El ritmo de la música había cambiado para entonces: ahora se oía una balada lenta, y Linda reconoció enseguida la melodía que había echado en falta al principio. Mientras la escuchaba, no dejaba de pensar en el hotel en el que no se alojarían.

Ya en Sjöbo, se detuvieron ante una casa de ladrillo rojo. De una fachada lateral colgaba una gran llave, a modo de letrero.

—Tal vez sea mejor que no vaya contigo, ¿no crees?

—Si no me equivoco, tú ya has empezado a trabajar, ¿no?

De modo que entraron los dos. Un hombre los saludó con un gesto desde una fragua. Hacía calor en la herrería. El hombre sacó una pieza de hierro candente y comenzó a trabajarla.

—En cuanto termine esta llave estoy con vosotros —les aseguró—. El trabajo con una llave no puede interrumpirse bruscamente. Si se hace, se confiere al hierro una dosis de vacilación. Y la llave jamás será feliz en su cerradura.

Fascinados, contemplaron su trabajo. Finalmente, la llave estuvo lista en el yunque. Håkan Holmberg se enjugó el sudor de la frente y se lavó las manos. Después, los tres salieron a un patio interior donde había sillas y mesas, un termo y tazas de café. Se saludaron con un apretón de manos y Linda se sintió ridículamente orgullosa al oír que Stefan la presentaba como a una colega. Håkan Holmberg les sirvió café y se puso un viejo sombrero de paja sobre la cabeza. El hombre observó que Linda lanzaba una mirada curiosa al viejo sombrero.

—Es uno de los escasos robos que he cometido en mi vida —explicó—. Suelo viajar al extranjero todos los años. Hace ya algunos, viajé a Lombardía. Una tarde, me encontraba en las proximidades de Mantua, cuna del gran Virgilio y lugar donde pasé algunos días para honrar su memoria, cuando vi un espantapájaros en medio de una finca. Ignoro qué plantas o frutos se suponía que tenía que proteger de los pájaros. Me detuve y pensé que, por primera vez en mi vida, sentía deseos de cometer un delito. Sencillamente, deseaba convertirme en un cerrajero ladrón. De modo que me adentré a hurtadillas en la finca y le robé el sombrero al espantapájaros. A veces, por las noches, sueño que no era un espantapájaros, sino una persona real la que se erguía inmóvil en medio de los sembrados. Debió de apercibirse de que yo era una persona inofensiva y asustadiza que jamás volvería a robar nada en mi vida, y por eso me permitió, por compasión, que le robase el sombrero. Tal vez fuese un monje franciscano que, abandonado en aquella finca, aguardase con desesperación el momento de poder hacer una buena acción. En cualquier caso, aquel delito fue para mí una experiencia intensa y apabullante.

Linda miró de reojo a Stefan Lindman, al tiempo que se preguntaba si él sabría quién era Virgilio. En cuanto a Mantua, ¿dónde estaba? ¿Sería una región o una ciudad? Tenía que estar en Italia, se decía. Si Zebran hubiese estado con ellos, les habría dado la respuesta. Ella pasaba horas y horas delante de sus atlas.

—Háblanos de las llaves —lo animó Stefan Lindman.

—No hay mucho que contar, salvo que fue pura casualidad que yo prestase atención siquiera a las iglesias incendiadas.

—¿Y cómo no ibas a prestarles atención? — preguntó atónito Stefan Lindman—. Es un asunto que ha encabezado todas las noticias en los últimos días.

Håkan Holmberg se balanceó en su silla mientras sacaba una pipa del bolsillo superior del mono de color azul.

—Es posible, si uno no ve la televisión, ni escucha la radio, ni lee los periódicos —reveló una vez que hubo encendido la pipa—. Algunas personas se conceden unas semanas al año, semanas blancas, durante las cuales no consumen nada de alcohol. Seguro que es una costumbre sensata. Yo, por mi parte, he elegido pasar unas semanas al año, llámalas blancas o negras, en las que no dedico el menor interés a mi entorno. Después, cuando salgo de ese celibato informativo, la mayoría de las veces comprendo que no me he perdido gran cosa. Vivimos bajo un diluvio de desinformación, de rumores y de muy pocas noticias decisivas. Durante esas semanas, me dedico a buscar otro tipo de información: la que llevo en mi interior.

Linda se preguntó si Håkan Holmberg tenía intención de convertir cada respuesta suya en una clase magistral. Al mismo tiempo, no podía dejar de admitir que era un hombre que se expresaba muy bien, cosa que ella envidiaba: parecía que todas aquellas palabras surgían, con la mayor naturalidad, cuando él las necesitaba. Stefan Lindman no daba muestras de impaciencia.

—Decías que fue pura casualidad —retomó el agente.

—Así es. Uno de mis clientes vino a recoger la llave de un viejo cofre de marino que perteneció en su día a un buque del Almirantazgo británico, allá por el siglo XIX. Él me habló de los incendios y de que la policía sospechaba que se habían utilizado copias de llaves para las cerraduras de los portones. Y entonces recordé que, hacía algunos meses, yo había hecho precisamente dos copias de llaves que muy bien podían haber pertenecido a portones de iglesia. No creo poder asegurar que así fuese, pero lo sospeché.

—¿Por qué lo sospechó?

—Experiencia. No hay muchas llaves como las de las iglesias y, en la actualidad, hay pocas cerraduras y llaves de las de los antiguos maestros. Por ello decidí llamar a la policía.

—¿Quién te encargó las llaves?

—Un hombre que se presentó como Lukas.

—¿Eso es todo?

—Sí. Era muy educado. Tenía prisa y abonó por adelantado una cantidad importante.

Stefan Lindman sacó un paquete que llevaba en el bolsillo. Cuando lo abrió, dejó a la vista dos llaves. Håkan Holmberg las reconoció enseguida.

—Ésas son las llaves de las que hice copia. Después se levantó y entró en la herrería.

—Bueno, esto puede darnos alguna pista —celebró Stefan Lindman—. Es un hombre curioso, ciertamente, pero parece tener buena memoria y capacidad de observación.

Håkan Holmberg regresó con un registro de los antiguos, que hojeó hasta dar con la página que buscaba.

—El 12 de junio, sí, ese hombre llamado Lukas me dejó dos llaves. Me pidió las copias para el día 25, a más tardar. No disponía de mucho tiempo pues, en ese momento, yo tenía bastante trabajo pendiente. Pero pagaba bien. Incluso yo necesito dinero, tanto para que el negocio sea rentable como para viajar al extranjero una vez al año.

—¿Qué dirección dejó?

—Ninguna en absoluto.

—¿Y número de teléfono?

Håkan Holmberg le pasó el registro. Stefan Lindman sacó su móvil del bolsillo y marcó el número que había allí anotado. Permaneció a la escucha un instante y colgó.

—Una floristería de Bjärred —declaró—. Y podemos dar por supuesto que el tal Lukas nada tiene que ver con ella. ¿Qué ocurrió después?

Håkan Holmberg pasó algunas páginas del registro.

—Lo llevo como si de un cuaderno de bitácora se tratara —explicó—. La cerrajería no es un barco, pero el golpeteo del martillo contra el yunque recuerda al sonido de un motor. El día 25 de junio, el señor Lukas vino a recoger sus llaves y se marchó.

—¿Cómo pagó?

—Todo al contado.

—¿Le diste un recibo?

—Pues no. Pero sí anoté la cifra para mi propia contabilidad. Tengo por costumbre pagar todos mis impuestos, aunque, por supuesto, era una magnífica oportunidad para no hacerlo.

—¿Podrías describirnos a ese hombre?

—Alto, rubio, frente poco poblada. Amable, muy amable. Cuando dejó las llaves llevaba traje, al igual que cuando vino a recogerlas; aunque entonces era uno distinto.

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Desde el taller no veo la calle. Pero supongo que vino en coche.

Linda vio que Stefan Lindman se preparaba para la próxima pregunta. Ella intuía cuál sería.

—¿Puedes explicarnos cómo hablaba?

—Tenía acento.

—¿Qué tipo de acento?

—Escandinavo. No era finlandés y, desde luego, tampoco islandés. Es decir, o danés o noruego.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que no era islandés? Lo del finés lo entiendo, pero ¿el islandés? Yo ni siquiera sé cómo suena.

—Pero yo sí. Soy propietario de una maravillosa grabación de las sagas islandesas en lengua original, recitadas por un actor islandés, Pitur Einarson.

—¿Podrías decirnos algo más sobre ese hombre?

—Lo siento, pero creo que no.

—¿Te dijo él que eran llaves de iglesia?

—No, me dijo que eran las llaves del almacén de un castillo.

—¡Ajá! ¿De qué castillo?

Håkan Holmberg golpeó su pipa con el entrecejo fruncido.

—A decir verdad, creo que dijo el nombre, pero no lo recuerdo.

Aguardaron un instante, pero Håkan Holmberg terminó dándose por vencido.

—No sería el castillo de Rannesholm, ¿verdad? — preguntó Linda.

Una vez más, la pregunta se le escapó.

—Exacto —afirmó Håkan Holmberg—. Una vieja destilería del castillo de Rannesholm. Ahora lo recuerdo. Eso fue, exactamente, lo que dijo.

De pronto, Stefan Lindman pareció tener prisa. Apuró su taza de café y se puso de pie.

—Bien, pues muchas gracias. Ha sido una información muy valiosa.

—Cuando se trabaja con llaves, la vida se llena de sentido —aseguró Håkan Holmberg con una sonrisa—. Abrir y cerrar es la verdadera misión del hombre sobre la Tierra. Puñados de llaves tintinean a lo largo de la Historia. Y cada llave, cada cerradura, tiene también su propia historia. Ésta es una más.

El hombre los acompañó hasta la calle.

—¿Quién es Virgilio? — le preguntó entonces Linda.

—El modelo, el guía de Dante —explicó él—. Y, desde luego, un gran poeta. — Alzó el ajado sombrero a modo de despedida antes de desaparecer por la puerta mientras ellos dos volvían a subir al coche.

—En la mayoría de las ocasiones, uno se topa con personas asustadas, conmocionadas, enojadas… —comentó Stefan Lindman—. De vez en cuando aparece algún punto luminoso, como este hombre. Creo que lo incluiré en el archivo de personas a las que recordaré cuando sea viejo.

Salieron de Sjöbo. Linda vio el indicador de un pequeño hotel y soltó una risita. Él la miró, pero no hizo preguntas. En ese momento, sonó el móvil. El agente contestó, escuchó y, al acabar, pisó el acelerador.

—Tu padre ha estado hablando con Anita Tademan —comentó—. Al parecer, ha salido a la luz algún dato que puede ser importante.

—Tal vez sea mejor que no le digas que te he acompañado —sugirió Linda—. Él tenía previsto que yo me dedicase hoy a otro asunto.

—¿Qué asunto?

—Hablar con Anna.

—Tendrás tiempo de hacer las dos cosas.

Stefan Lindman la dejó en el centro de Ystad. Cuando llegó a casa de Anna, notó enseguida que algo había sucedido. Anna había estado llorando.

—Zebran ha desaparecido —le explicó—. El niño lloraba tanto y tan fuerte que los vecinos empezaron a extrañarse. Resultó que el niño estaba solo en casa, y de Zebran no había ni rastro.

Linda contuvo la respiración. El temor la asaltó como un dolor repentino. Supo enseguida que estaba muy cerca de una cruel verdad que debía haber intuido hacía tiempo.

Miró a Anna a los ojos. Y vio en ellos su propio miedo.

42

Para Linda, la situación era tan evidente como desconcertante. Zebran jamás habría dejado solo al niño, ni por negligencia ni por olvido. De modo que algo le había ocurrido. Pero ¿el qué? Y ella tenía que saberlo: lo tenía muy cerca, pero se le escapaba. Un contexto. Aquello que su padre repetía una y otra vez: había que buscar un contexto. Pero ella no lo encontraba.

Puesto que Anna parecía, si cabía, más desesperada que ella, Linda tomó las riendas de la situación. Empujó a Anna hasta la cocina, la sentó en una silla y le pidió que le contase otra vez todo lo que sabía. Pese a que Anna hablaba atropelladamente, a Linda no le costó mucho tiempo deducir lo que había sucedido.

La vecina que solía cuidar al niño lo había oído gritar a través de las delgadas paredes, y pensó que era extraño que el pequeño llorase tanto y con tal desconsuelo sin que Zebran interviniese. De modo que la telefoneó, sin obtener respuesta; después fue a llamar a la puerta, pero sólo una vez, pues, a aquellas alturas, no tenía ya la menor duda de que Zebran no estaba en casa. La mujer guardaba un juego de llaves del apartamento, de modo que abrió y halló que el pequeño estaba solo. Al verla, dejó de llorar.

La vecina, llamada Aina Rosberg, no notó nada extraño en el apartamento. Estaba desordenado, como de costumbre, pero nada más, siguió explicando Anna. Después, Aina Rosberg llamó a Titchka, una de las primas de Zebran, que no estaba en casa, y después a Anna. Así lo habían acordado Zebran y la vecina: si algo sucedía, la mujer debía llamar a su prima, en primer lugar, después a Anna.

—¿Cuánto hace de eso? — preguntó Linda cuando Anna hubo terminado.

—Hace dos horas.

—¿No te ha vuelto a llamar Aina Rosberg?

—La llamé yo. Pero Zebran sigue sin aparecer.

Linda reflexionó un instante. Lo que más deseaba en aquel momento era hablar con su padre pero, al mismo tiempo, sabía lo que él le diría: dos horas no era tiempo suficiente. Con total seguridad, habría una explicación, pero ¿por qué había desaparecido Zebran?

—Iremos allí —propuso Linda—. Quiero ver su apartamento.

Anna no opuso la menor objeción y, diez minutos más tarde, Aina Rosberg les abría la puerta del apartamento de Zebran.

—¿Adónde puede haber ido? — preguntó Aina Rosberg llena de preocupación—. Esto es impropio de ella. Además, ninguna madre se marcha y deja solo a su hijo. ¿Qué habría sido del pequeño si yo no lo hubiese oído?

—Seguro que no tarda en volver —la tranquilizó Linda—. Lo mejor sería que, hasta entonces, el pequeño se quedase contigo, si es posible.

—Por supuesto que puede quedarse —afirmó Aina Rosberg antes de volver a su apartamento.

Tan pronto como entró en el apartamento de Zebran, Linda percibió un olor extraño. Sintió que una mano helada se posaba sobre su corazón, y comprendió que algo grave había sucedido. Zebran no se había marchado de allí voluntariamente.

—¿Notas el olor? — preguntó Linda.

Anna negó con un gesto.

—Es un olor penetrante, agrio, como a vinagre.

—Pues yo no noto nada.

Anna se quedó en la sala de estar, y Linda fue a sentarse en la cocina. Desde donde estaba, a través de la puerta abierta, podía ver a su amiga, que, preocupada, no cesaba de pellizcarse los brazos. Linda intentó pensar con calma y con claridad. Se levantó y se colocó junto a la ventana para contemplar la calle. Intentó imaginarse a Zebran saliendo por el portal. ¿Hacia qué lado habría ido, hacia la derecha o hacia la izquierda? ¿Estaba sola? Linda vio la expendeduría de tabaco que había en la esquina de la acera opuesta y ante cuya puerta abierta fumaba un hombre bastante corpulento. Cuando venía un cliente, el hombre entraba y, al cabo de un instante, volvía a salir. Linda pensó que merecía la pena intentarlo.

Anna seguía sentada en el sofá, nerviosa. Linda le dio una palmadita en el brazo.

—Zebran no tardará en volver, ya verás —la consoló—. Seguro que no le ha pasado nada. Voy a bajar a la expendeduría de tabaco un momento, vuelvo enseguida.

El texto de un cartel fijado a la caja registradora daba a todos la bienvenida a la tienda de Jassar. Linda compró un chicle.

—Por cierto, en el bloque de enfrente vive una joven —comentó Linda—. Se llama Zeba, ¿la conoces?

—¿Zebran? Claro que sí. Siempre le doy alguna golosina a su hijo cuando pasan por aquí.

—¿Y la has visto hoy, por casualidad?

El hombre respondió sin pestañear.

—Sí, hace unas horas, a eso de las diez. Yo estaba colocando una banderola que se había caído. Creía que la había derribado el viento, pero, la verdad, no hace nada de viento…

—¿Iba sola? — lo interrumpió Linda.

—No, iba con un hombre.

El corazón de Linda empezó a palpitar con fuerza.

—¿Lo habías visto antes?

De repente, Jassar pareció preocupado y, en lugar de responder, comenzó a hacer preguntas él mismo.

—¿Por qué preguntas? ¿Quién eres tú?

—Tienes que haberme visto con Zebran. Soy amiga suya.

—¿Y por qué haces todas esas preguntas?

—Tengo que saberlo.

—Pero ¿ha pasado algo?

—No, nada. ¿Habías visto antes a ese hombre?

—No. Tenía un coche pequeño, y era un hombre alto. Al verlos, me quedé pensando que Zebran caminaba echada sobre él.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Que iba muy pegada a él, como si necesitase agarrarse para caminar.

—¿Podrías describirme al hombre?

—Era alto. Sólo eso. Llevaba sombrero y un abrigo largo.

—¿Sombrero?

—Sí, un sombrero gris. O azul. El abrigo era largo, también gris. O azul. Todo en él era gris o azul.

—¿El número de matrícula?

—No me fijé.

—¿Qué coche era?

—No lo sé. Pero ¿por qué haces tantas preguntas? ¿Te presentas en mi tienda así, sin más, y te pones a hacer preguntas como si fueras policía?

—Es que soy policía —confirmó Linda antes de abandonar la tienda.

Cuando volvió al apartamento, Anna seguía inmóvil, sentada en el sofá. Linda volvió a experimentar la sensación de que había algo que debía ver, comprender, presentir…, no sabía siquiera por qué verbo decidirse. Finalmente, se sentó junto a Anna.

—Tienes que estar en tu casa, por si llama Zebran. Yo iré a la comisaría para hablar con mi padre. Me llevas en el coche, ¿de acuerdo?

Anna agarró el brazo de Linda con tal fuerza que ésta se asustó. Sin embargo, la amiga la soltó con la misma rapidez con que se había aferrado a ella. Linda pensó que era una reacción muy extraña. O tal vez no la reacción, sino la vehemencia de la misma.

Cuando llegó a la recepción de la comisaría, alguien le dijo en voz alta que su padre estaba en la fiscalía, de modo que se encaminó al otro edificio. La puerta estaba cerrada con llave, pero una administrativa que la reconoció fue a abrirle.

—Supongo que estás buscando a tu padre, ¿no? Está en la sala pequeña.

La joven señaló el pasillo. Linda vio que la luz roja de una de las puertas estaba encendida y se sentó en la habitación contigua, una minúscula sala de espera. Las ideas se arremolinaban en su cabeza. Era incapaz de ordenarlas, de encadenarlas de un modo sistemático, lógico. Esperó más de diez minutos, hasta que Ann-Britt Höglund salió y la miró sorprendida. La agente se volvió hacia la sala de la que acababa de salir:

—Tienes una visita importante —exclamó antes de desaparecer.

Su padre salió en compañía de un fiscal muy joven. Kurt Wallander le presentó a su hija y el fiscal se marchó. Linda le señaló una de las sillas de la sala de espera y él se sentó. Ella le contó lo sucedido a toda prisa. Cuando terminó, Kurt se mantuvo en silencio un buen rato. Después le hizo algunas preguntas, principalmente en torno a las observaciones de Jassar, y volvió varias veces sobre el comentario de Jassar acerca de que Zebran iba pegada al hombre, como sujetándose a él.

—¿Suele Zebran pegarse a la gente cuando camina? — preguntó al cabo.

—No, más bien son los chicos los que se le pegan. Pero ella es dura y evita mostrar sus puntos flacos, aunque no tiene pocos.

—¿Cuál es tu explicación a lo ocurrido?

—Pues eso, que algo ha ocurrido.

—El hombre que salió con ella del portal se la llevó contra su voluntad, según tu opinión, ¿no es eso?

—No lo sé. Es posible.

—¿Por qué crees que no pidió ayuda?

Linda movió la cabeza, dudando. El propio Wallander respondió a la pregunta, al tiempo que se ponía de pie:

—Tal vez no pudiese gritar.

—¿Quieres decir que no iba pegada a él porque quería, sino porque la habían drogado? ¿Que si él no la hubiese sujetado, ella se habría caído al suelo?

—Exacto. Eso es lo que estoy pensando.

El inspector se dirigió a su despacho con tal rapidez que a Linda le costaba seguirlo. Por el camino, llamó a la puerta de Stefan Lindman, que estaba entreabierta. Asomaron la cabeza y vieron que el despacho estaba vacío. En ese momento, Martinson apareció por el pasillo con un gran oso de peluche.

—¿Qué es eso? — preguntó Wallander irritado.

—Un oso de peluche fabricado en Taiwán. Lleva una partida de anfetaminas en la barriga.

—Pues de eso que se encargue otro.

—Precisamente iba a pasárselo a Svartman —explicó Martinson sin ocultar que también él estaba irritado.

—Intenta convocar a todos los agentes que puedas para dentro de media hora.

Martinson continuó su camino. Lo primero que vio Linda al entrar en el despacho de su padre fue que las piezas de porcelana seguían sobre el escritorio.

—No pienso pegar el toro —adivinó él—. Pero creo que dejaré ahí los trozos hasta que este caso esté resuelto. — Dicho esto, se inclinó hacia ella con los codos apoyados en la mesa—. ¿No se te ocurrió preguntarle a Jassar si oyó hablar a aquel hombre?

—Lo olvidé.

Él le tendió el auricular.

—Llámalo.

—No sé el número de la expendeduría.

Su padre llamó entonces al servicio de información telefónica. Cuando le facilitaron el número, Linda pidió que llamaran directamente a la expendeduría. Jassar se puso al teléfono: resultó que no había oído hablar al hombre.

—Francamente, empiezo a estar bastante preocupado —confesó Jassar—. ¿Qué ha podido pasarle?

—Seguramente, nada —lo tranquilizó Linda—. Pero gracias por tu ayuda.

Ella devolvió el auricular a su padre.

—No dijo ni una palabra.

Su padre se balanceaba en silencio en la silla y se miraba las manos. Fuera, en el pasillo, se oía un rumor de voces que iban y venían.

—Esto no me gusta nada —admitió finalmente el inspector—. La vecina tiene razón, por supuesto. Nadie deja solo en un apartamento a un niño tan pequeño.

—Tengo un presentimiento —le reveló Linda—. Hay un detalle en el que debería caer, algo que tengo delante de mí pero que no veo. Existe una conexión que yo debería detectar, como tú sueles decir, pero la verdad es que no la encuentro.

Él la observó con interés.

—¿Es como si comprendieses qué ha sucedido y por qué? ¿Es eso?

Ella movió la cabeza con gesto vacilante.

—No, es más bien como si lo hubiese estado esperando. No sé cómo explicarlo, pero me siento como si no fuese Zebran la desaparecida, sino Anna, una vez más.

Kurt estuvo mirándola un buen rato, antes de pronunciarse.

—¿Podrías explicarte mejor?

—Pues no.

—En fin, os daremos unas horas, tanto a ti como a Zebran —resolvió—. Si ella no vuelve y tú no caes en la cuenta de qué es eso que sabes pero no acabas de ver, tendremos que actuar. Hasta entonces, prefiero que te quedes aquí.

Linda lo acompañó hasta la sala de reuniones. Una vez que estuvieron todos y hubieron cerrado la puerta, el inspector les puso al corriente de la desaparición de Zebran. La tensión se apoderó de la sala.

—Son demasiados desaparecidos —opinó Kurt Wallander—. Desaparecen, regresan, vuelven a desaparecer… Por alguna circunstancia fortuita, o por razones que aún se nos escapan, todo esto parece girar en torno a mi hija. Lo que, por supuesto, hace que todo este asunto me guste cada vez menos.

Dio un golpecito con el bolígrafo sobre la mesa para indicar un cambio de tema y pasó a contarles su conversación con Anita Tademan. Linda intentaba concentrarse, pero sin éxito. Se removió en la silla. Stefan Lindman le dirigió una leve sonrisa, que ella le devolvió antes de volver a prestar atención a lo que decía su padre.

—Anita Tademan no es precisamente una mujer amable. Antes al contrario, es un claro exponente de la más arrogante y engreída clase alta escaniana, que aún vive en castillos y haciendas de la zona. Pero hizo bien viniendo aquí, pues tenía información importante que transmitir. Un pariente suyo, que vive en los dominios de Rannesholm, ha visto últimamente gente merodeando cerca del bosque. Un grupo de, como mínimo, veinte personas. Aparecieron de forma tan repentina como se esfumaron. Podía tratarse de un grupo de turistas, pero su comportamiento, tan retraído, indica que podrían ser otra cosa.

—¿Como qué? — lo interrumpió Ann-Britt Höglund.

—No lo sabemos. Pero ya hemos descubierto un escondite en el bosque, un escondite en el que una mujer fue asesinada.

—Pero la cabaña no es tan espaciosa como para dar cobijo a veinte personas, ¿no crees?

—Soy consciente de ello. Aun así, esta información es relevante para el caso. Hemos estado seguros, al menos a partir del asesinato en la iglesia de Frennestad, de que los criminales son más de uno. Y ahora puede haber indicios de que sean bastantes más.

—A mí no me parece verosímil —objetó Martinson—. ¿Estás diciendo que nos enfrentamos a una banda de asesinos?

—Puede tratarse de una secta —apuntó Stefan Lindman.

—O de las dos cosas —completó Kurt Wallander—. O de algo que aún no se nos ha ocurrido. Incluso puede que nos hallemos ante una pista que nos haya confundido. Pero no sacaremos ninguna conclusión, al menos no por ahora. Ni siquiera una conclusión provisional. Continuaremos trabajando y, hasta nueva orden, dejaremos a un lado la información proporcionada por la señora Tademan.

Stefan Lindman refirió su encuentro con Håkan Holmberg y lo que el famoso cerrajero le había revelado sobre las llaves. Sin embargo, no mencionó la circunstancia de que Linda lo hubiese acompañado.

—Un hombre que habla sueco con acento —comentó Kurt Wallander—. Nuestro eslabón noruego. O nuestro eslabón noruego-danés. Aquí lo tenemos de nuevo. Bien, creo que podemos dar por sentado que se trataba de las llaves de las iglesias de Hurup y Frennestad.

—De hecho, ya lo sabemos —confirmó Nyberg—. Las hemos comparado.

El silencio inundó la sala.

—Veamos, un noruego encarga una copia de las llaves de dos iglesias —retomó Kurt Wallander—. Una mujer estadounidense muere estrangulada en una de las dos iglesias. ¿Quién la ha matado y por qué motivo? Ésas son las preguntas a las que debemos hallar respuesta. — Se volvió hacia Ann-Britt Höglund-: ¿Qué dicen los colegas daneses sobre el hombre llamado Vigsten?

—Es profesor de piano. Trabajó como director de ensayos del teatro Det Kongelige y fue, al parecer, muy bueno y admirado. Ahora, en cambio, vive en una especie de creciente nebulosa y cada día le cuesta más cuidar de sí mismo. Pero nadie tiene conocimiento de que viva acompañado de otra persona. Y menos aún, él mismo.

—¿Y Larsen?

—Se ratifica en su declaración.

Kurt Wallander lanzó una mirada furtiva a su hija, antes de proseguir.

—Bien, sigamos en Dinamarca. ¿Qué más tenemos sobre aquella mujer, Sylvi Rasmussen?

Martinson rebuscó entre sus papeles.

—Cuando llegó a Dinamarca como refugiada después de la revolución en los países del Este, se cambió su verdadero nombre por el de Sylvi Rasmussen. Después, adicción a las drogas, la calle…, en fin, la canción de siempre sobre cómo una mujer llega a la prostitución. Al parecer, tanto los clientes como sus amigos la apreciaban, todos tenían una buena opinión sobre su persona. No hay nada que llame la atención en su vida, salvo que toda ella fue una tragedia deplorable. — Martinson ojeó sus documentos antes de volver a dejarlos sobre la mesa—. Nadie tiene ni idea de quién pudo ser su último cliente, pero podemos dar por sentado que fue él quien la asesinó.

—¿No tenía una agenda en el apartamento?

—No. Pero en él han encontrado huellas de doce personas, y están tratando de identificarlas. Nos llamarán si descubren algo de interés.

Linda notó que la mente de su padre trabajaba a toda velocidad, y que éste se esforzaba por interpretar y descifrar toda la información que los demás iban aportando: no recopilaba los datos de forma pasiva, sino que trataba de detectar en ellos mensajes ocultos que podían pasárseles por alto.

—La mujer de la iglesia —intervino su padre—. Nos ha llegado información complementaria de nuestros más que solícitos colegas de Tulsa. El señor Richardson sigue superándose a sí mismo. De hecho, nos han llegado montones de faxes y de mensajes de correo electrónico. Pero es una lástima, nada de lo que contienen conduce a ninguna parte. De modo que seguimos sin saber cómo y por qué fue a morir estrangulada en una de nuestras iglesias.

Dicho esto, cedió la palabra. Linda era la única que no se pronunció a lo largo de toda la reunión. Media hora después, se tomaron una breve pausa para ventilar la habitación e ir por unos cafés. A Linda la dejaron de vigilante de las ventanas.

Una ráfaga de viento tiró al suelo algunos de los documentos daneses de Martinson. Cuando se agachó a recogerlos, descubrió en uno de ellos una fotografía de Sylvi Rasmussen. Linda observó su rostro atentamente. Había en sus ojos un atisbo de terror. Linda se estremeció al pensar en su trágico destino.

Estaba a punto de dejar los papeles en su lugar cuando le llamó la atención algo escrito en una de las páginas. Sylvi Rasmussen se había sometido, según el forense, a dos o tres abortos. Linda clavó la mirada en el documento mientras recordaba a los dos marinos daneses sentados a una mesa, al pequeño jugando en el suelo y a Zebran hablando de su aborto… Y pensó en la violenta reacción de Anna. Se quedó inmóvil, conteniendo la respiración, sin apartar la vista de la fotografía de Sylvi Rasmussen.

En ese momento, su padre entró en la sala.

—Creo que ya lo sé —le dijo Linda.

—¿Que sabes qué?

—Antes quisiera preguntar algo sobre la mujer de Tulsa.

—¿Qué pasa con la mujer de Tulsa?

Ella negó con un gesto al tiempo que señalaba la puerta.

—Prefiero que la cierres antes.

—Estamos en una reunión.

—Es que no puedo pensar si todos están aquí. Pero creo que tengo algo importante que decir.

Kurt Wallander la miró y comprendió que hablaba en serio; luego fue a cerrar la puerta.

43

Linda pensó que era la primera vez que su padre la tomaba en serio sin la menor sombra de duda, sin la menor reserva, al menos desde que ella había alcanzado la mayoría de edad. Cuando era niña, en los momentos más difíciles del matrimonio de sus padres, ella notó, del modo inconsciente pero seguro propio de un niño, que su padre la tomaba en serio. Después hubo una época en que él se convirtió para ella en el provocador hermano mayor que tal vez, en el fondo, añoraba tener. A este lapso de tiempo sucedió otro en que dominaron otras formas de relación, muy distintas entre sí, aunque todas de naturaleza compleja. De hecho, aún recordaba con horror las épocas en que él sentía celos de sus novios.

En dos ocasiones, como mínimo, había expulsado por la fuerza a sus inocentes pretendientes y, en otra ocasión, la estuvo espiando una noche en el puerto deportivo de Ystad.

Las ideas se arremolinaban en su mente. Su padre comprendió que hablaba en serio y asomó la cabeza al pasillo para avisar de que la reunión quedaba aplazada unos minutos. Alguien protestó, pero él cerró la puerta sin más.

Se sentaron en torno a la mesa, el uno frente al otro.

—¿Qué querías preguntar?

—¿Sabes si la mujer llamada Harriet Bolson abortó alguna vez? ¿O si Birgitta Medberg lo hizo? Si no me equivoco, la respuesta es «sí» para la mujer de Tulsa, y negativa para Birgitta Medberg.

En un primer momento, su padre frunció el entrecejo, porque no comprendía nada; después se impacientó. Finalmente, echó mano a los documentos que tenía ante sí y empezó a hojearlos con enojo creciente, antes de arrojar el archivador.

—Aquí no dice una sola palabra sobre ningún aborto.

—Pero ¿figura ahí toda la información sobre ella?

—Por supuesto que no. La descripción de la vida de una persona, por insignificante que haya sido, ocupa muchas más páginas que las que contiene ese archivador. Harriet Bolson no parece haber sido la persona más excitante del mundo, pero si tomó una decisión tan dramática como la de un aborto, nada hay sobre el particular en la información que Clark Richardson ha enviado desde Estados Unidos hasta el momento.

—¿Y Birgitta Medberg?

—Pues no lo sé. Pero en su caso no será muy difícil averiguarlo. Supongo que no hay más que llamar por teléfono a su desagradable hija. Aunque, claro, tal vez la gente no cuente a sus hijos ese tipo de cosas, ¿no? Que yo sepa, Mona no abortó jamás. Y tú, ¿sabes algo al respecto?

—No.

—¿Quieres decir que tú no sabes nada, o que no lo hizo?

—Mi madre no abortó nunca. De ser así, yo lo sabría.

—En fin, he de admitir que no entiendo nada. No veo por qué eso ha de ser tan importante.

Linda intentaba pensar con claridad. Cierto que podía estar en un error, pero, sin saber por qué, estaba convencida de que tenía razón.

—¿Podemos intentar averiguar si abortaron o no?

—Lo haré, cuando me hayas explicado por qué es tan importante.

Linda sintió que algo se quebraba en su interior. Empezó a llorar y a golpear fuertemente la mesa con los puños. Detestaba llorar en presencia de su padre y, en general, en presencia de cualquiera. La única persona ante la que podía llorar sin que ello la llenase de angustia era su abuelo.

—Les pediré que se informen debidamente —rectificó el padre al tiempo que se ponía de pie—. Pero cuando regrese, has de contarme por qué era tan importante como para retrasar la reunión. Estamos hablando de cadáveres de verdad; no se trata de ningún ejercicio de la Escuela Superior de Policía.

Linda tomó una bandejita de cristal que había sobre la mesa y la arrojó contra su padre de modo que lo alcanzó en la ceja. La sangre empezó a correr de inmediato y fue a gotear sobre el archivador que llevaba el nombre de Harriet Bolson en el lomo.

—Perdona, no era mi intención…

Kurt se presionó un puñado de servilletas de papel contra la herida.

—No soporto que te burles de mí.

Dicho esto, abandonó el despacho. Linda recogió los cristales rotos. Estaba tan furiosa que no cesaba de temblar. Sabía que su padre estaba que echaba chispas. Ninguno de los dos soportaba que lo humillaran. Pero ella no se arrepentía de nada.

Su padre tardó un cuarto de hora en volver. Llevaba una venda provisional en la frente y restos de sangre reseca en la mejilla. Linda estaba dispuesta a oírlo rugir, pero él se sentó en la silla sin chistar.

—¿Cómo estás? — preguntó ella.

Kurt obvió la pregunta.

—Ann-Britt Höglund ha llamado a Vanja Jorner, la hija de Birgitta Medberg. La mujer se puso fuera de sí al oír la pregunta y amenazó con llamar a los diarios vespertinos para contarles que somos unos policías pésimos que no hacemos nuestro trabajo. Pero Ann-Britt logró finalmente sacarle la información: con toda probabilidad, Birgitta Medberg no abortó deliberadamente en toda su vida.

—Sí, eso era lo que yo pensaba —murmuró Linda—. ¿Qué hay de la otra mujer, la de Tulsa?

—Ann-Britt Höglund está llamando ahora a Estados Unidos. No logramos ponernos de acuerdo sobre la hora que será allí, pero ha optado por llamar en lugar de enviar un fax, para que sea más rápido. — Dicho esto, se pasó la mano por la venda y añadió-: Ahora te toca a ti.

Linda habló despacio, no sólo para controlar su tono de voz, sino también para no saltarse ningún detalle importante.

—Veo ante mí a cinco mujeres. Tres de ellas están muertas, una de ellas ha desaparecido y la quinta estuvo desaparecida, pero regresó. De pronto, intuyo un contexto. Vosotros habéis creído en todo momento que Birgitta Medberg fue asesinada porque tomó el camino que no debía tomar. Sin embargo, ella no encaja en lo que yo creo que es, al menos, una explicación parcial de lo que está ocurriendo. Sylvi Rasmussen fue asesinada y, por los documentos recibidos de Copenhague, sabemos que abortó varias veces. Supongamos que la respuesta de Estados Unidos nos confirma que también Harriet Bolson lo hizo. Como es el caso, igualmente, de la cuarta persona, la que ahora está desaparecida, es decir, Zebran. Hace tan sólo un par de días, me contó que había abortado con apenas quince años. Y tal vez sea eso lo que une a estas mujeres.

Linda hizo una pausa que aprovechó para beber agua. Su padre tamborileaba con los dedos sobre la mesa con la mirada fija en la pared.

—Pues sigo sin entender adónde quieres ir a parar.

—No he terminado aún. Zebran no me lo contó sólo a mí. Anna Westin también estaba presente y la escuchó igual que yo, pero su reacción fue muy extraña. Pareció indignarse de un modo desmesurado. Ni yo ni Zebran entendimos nada. Anna se puso hecha una furia en cuanto tocamos el tema del aborto. Se levantó y se marchó. Después, cuando Anna comprendió que Zebran había desaparecido, se echó a llorar, temblaba y, en determinado momento, se agarró con fuerza de mi brazo. Y, pese a todo, a mí me dio la sensación de que no estaba asustada por Zebran, sino por sí misma.

Linda guardó silencio mientras su padre se tanteaba la frente vendada con los dedos.

—¿Qué quieres decir con eso de que parecía más asustada por sí misma?

—No lo sé.

—Tienes que intentar explicarte.

—Te lo digo como lo siento. Estoy segura e insegura a un tiempo.

—¿Cómo puede ser?

—Te digo que no lo sé.

Su padre miraba ausente la pared que ella tenía detrás. Linda sabía que eso sólo significaba que su padre estaba muy concentrado.

—Quiero que se lo cuentes a los demás —declaró al cabo.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque me pondré nerviosa. Puedo estar equivocada. Y quizá la mujer de Tulsa no haya abortado jamás en su vida.

—Tienes una hora para prepararte —le advirtió él al tiempo que se levantaba-, ni un minuto más. Yo se lo explicaré a los demás. — Dicho esto, salió de la sala y cerró la puerta tras de sí.

A Linda le dio la sensación de que sería incapaz de salir de aquella habitación. Como si él la hubiese encerrado, pero no con una llave, sino con el tiempo que le había concedido para prepararse: una hora, ni un minuto más. Intentó poner por escrito lo que pensaba en un bloc de notas. Para ello, había tomado uno que había sobre el escritorio. Cuando lo abrió, se quedó atónita mirando un dibujo bastante malo de una señora desnuda que se ofrecía en una pose bastante tentadora. Ante su asombro, descubrió que era el bloc de Martinson. «Pero ¿por qué me sorprendo?», se preguntó. «Todos los hombres que conozco dedican un tiempo incalculable a desnudar señoras en sueños.»

De modo que fue a buscar un bloc nuevo que había sobre el proyector, escribió en él el nombre de las cinco mujeres y rodeó el de Zebran con un círculo.

Habían pasado cuarenta y cinco minutos cuando la puerta se abrió y Linda quedó liberada de su prisión. Fue como si toda una legación encabezada por su padre se presentase con paso marcial. El inspector blandía en su mano unos documentos.

—Harriet Bolson abortó dos veces.

Con las gafas en la mano, las que tenían la patilla rota, leyó en voz alta:

«Lo cierto es que por aquí no solemos hablar ni fácil ni abiertamente de esos temas. De modo que tuve que ponerme serio, y así lo conseguí: sí señor, en efecto, esa mujer hizo dos veces lo que usted pregunta. Supongo que es importante, pero ¿por qué?».

Una vez leído el documento, se sentó. Los otros lo imitaron.

—La pregunta de Clark Richardson es, claro está, fundamental. ¿Por qué? Eso es lo que tenemos que averiguar. Así que, Linda, puedes exponer tu teoría.

Linda respiró hondo y logró explicar cuáles eran sus sospechas sin vacilar una sola vez. Cuando hubo concluido, su padre tomó el relevo.

—Es evidente que Linda ha dado con una pista que puede ser importante. Aún no estamos seguros, y seguiremos avanzando con cautela, puesto que el terreno es escurridizo. Pero creo que esto tiene cierto sentido, no podemos ignorarlo; incluso más sentido que nada de lo que hemos conseguido desenterrar hasta ahora.

En ese momento se abrió la puerta y Lisa Holgersson se escurrió hacia el interior de la sala y se sentó a la mesa. Kurt Wallander dejó caer el papel y alzó las manos como si se dispusiese a dirigir una orquesta.

—Creo que nos encontramos ante algo cuyo significado exacto desconocemos, pero que no por ello es menos real.

Se levantó y sacó un trípode con un gran bloc, en el que alguien había escrito «MÁS SUELDO, JODER». Aquello despertó cierto regocijo en la sala e incluso hizo reír a Lisa Holgersson. Kurt Wallander pasó la página y sonrió amable.

—Como ya sabéis, no me gusta que me interrumpan. Si tenéis que abuchearme, por favor, hacedlo cuando haya terminado.

—Yo me he traído tomates —bromeó Martinson—. Ann-Britt huevos podridos. En cuanto a los demás, tirarán a matar al pianista. Tu hija parece que ya ha apuntado al objetivo. Por cierto, que la sangre ha traspasado la venda. Pareces el general Döbeln en la batalla de Jutas[[15]](#footnote-15).

—¿Quién es ése? — quiso saber Stefan Lindman.

—Un hombre cuya misión era vigilar un puente en Finlandia —explicó Martinson—. ¿No aprendiste nada en la escuela?

—No, el que vigilaba el puente tenía otro nombre[[16]](#footnote-16) —observó Ann-Britt Höglund—. Yo lo estudié en la escuela. Era un escritor ruso.

—Finlandés —corrigió Linda para su propia sorpresa—. Se llamaba Sibelius.

—¡Joder! — exclamó Kurt Wallander.

Martinson se levantó de su asiento.

—Esto hay que aclararlo. Llamaré a mi hermano Albin, que es profesor de matemáticas —decidió antes de abandonar la sala.

—Creo que no se llamaba Sibelius —intervino Lisa Holgersson-, pero sí algo parecido.

Tras unos minutos, Martinson regresó a la sala.

—Se llamaba Topelius[[17]](#footnote-17) —informó—. Pero Döbeln, en la batalla de Jutas, llevaba una gran venda en la frente. Así que, en eso, tenía yo razón.

—Ya, pero no vigilaba ningún puente —murmuró Ann-Britt Höglund.

El silencio volvió a reinar en la sala.

Kurt Wallander trató entonces de sintetizar todo lo que sabían; tras su prolongada exposición, volvió a sentarse y declaró:

—En algún punto, hemos cometido un error. ¿Por qué no le pedimos al agente inmobiliario de Skurup, el que vendió la casa de Lestarp, que escuche la grabación con la llamada en que informaban de los cisnes ardiendo? Ese hombre tiene que acudir aquí lo antes posible. Arregladlo para que venga.

Martinson se levantó, dispuesto a salir una vez más. Stefan Lindman fue a abrir un poco una de las ventanas.

—¿Hemos preguntado a Noruega si tienen allí información sobre algún Torgeir Langaas? — preguntó Lisa Holgersson.

Kurt Wallander miró a Ann-Britt Höglund.

—Aún sin respuesta —aclaró la agente.

—Conclusiones —atajó Kurt Wallander al tiempo que, con una ojeada a su reloj, daba a entender que la reunión discurría hacia su fin—. Es demasiado pronto, pero no por ello menos necesario que avancemos en dos direcciones al mismo tiempo. Por un lado, puede que todo esté relacionado y, por otro, cabe considerar que nada guarde relación. Pero el punto de partida es la primera opción. Nos enfrentamos a personas que planean y llevan a cabo algo que, en apariencia, puede antojársenos una locura, pero que tal vez no lo sea para los autores. Sacrificios, incendios, asesinatos rituales. Estaba pensando en la Biblia que hemos encontrado y que alguien se ha dedicado a anotar. Es fácil pensar que se trata de un desquiciado, pero tal vez no lo sea tanto. Un plan con pies y cabeza, personas normales y corrientes, pero que se enfrentan a sus semejantes de un modo retorcido e incomprensiblemente brutal. Además, tengo la sensación de que hemos de darnos prisa. Las cosas suceden a un ritmo cada vez más rápido. Algo se está acelerando. Lo primero es dar con el paradero de Zebran. Y hablar con Anna Westin. — Se dirigió entonces a Linda-: Tú podrías ir a buscarla y mantener con ella una conversación amistosa pero seria. Todos estamos preocupados por la desaparición de Zebran.

—¿Quién cuida del niño? — preguntó Ann-Britt Höglund directamente a Linda y, para variar, sin arrogancia.

—Una vecina que se ocupa de él de vez en cuando.

Kurt Wallander aporreó la mesa con la palma de la mano en señal de que daba por concluida la reunión.

—Torgeir Langaas —recordó ya de pie—. Hay que meterles prisa a los colegas noruegos. Los demás nos dedicaremos a buscar a Zebran.

Linda fue a tomarse un café con su padre. Pasaron quince minutos sin que cruzasen una sola palabra. El tenso silencio se quebró cuando Svartman acudió a sentarse con ellos.

—Västerås ha encontrado huellas dactilares que coinciden con las de Eslöv. Puede que también haya huellas de neumático que coincidan. No entre Västerås y Eslöv, claro, sino entre Sölvesborg y Trelleborg. Pensé que querrías saberlo.

—Pues no, en absoluto. De hecho, ni siquiera sé de qué estás hablando.

Svartman pareció venirse abajo. En efecto, como vio Linda, su padre se comportaba de forma desconsiderada cuando estaba de mal humor. Ahora lo comprendía.

—La dinamita —le recordó Svartman—. Los robos.

—No puedo dedicarle ni un minuto a ese asunto. ¿No hay nadie más que pueda encargarse de ello?

—Yo estoy al cargo. Pero me dijiste que querías que te mantuviese informado.

—¿Eso dije? Pues lo había olvidado. Bueno, ahora ya sé que se está haciendo algo.

Svartman se levantó y se marchó.

—¿De qué estaba hablando?

—Tuvimos una serie de algo que parecían robos de dinamita organizados simultáneamente, hace cosa de un mes. Es la primera vez que se roba tal cantidad de explosivo en Suecia al mismo tiempo. Sólo eso.

Tras apurar el café, fueron al despacho de Wallander. Veinte minutos más tarde, Martinson llamaba a la puerta al tiempo que la abría sin esperar respuesta. Al ver allí a Linda, se sorprendió.

—Perdón.

—¿Qué pasa?

—Ture Magnusson ha venido a escuchar la grabación.

Linda vio a su padre saltar de la silla. Después, la agarró por el brazo y la arrastró consigo por el pasillo. Ture Magnusson parecía nervioso. Martinson fue a buscar la cinta y, puesto que Kurt Wallander recibió una llamada de Nyberg, con el que no tardó en empezar a discutir a causa de unas «huellas de frenazos traspapeladas», Linda tuvo que recibir al apurado agente inmobiliario.

—¿Habéis conseguido encontrar al noruego? — quiso saber el hombre.

—No.

—No estoy seguro de poder reconocer su voz.

—Tampoco es eso lo que te pedimos. Sólo queremos que lo intentes.

La llamada telefónica terminó en el mismo momento en que Martinson volvía con aire preocupado.

—La casete debió de quedarse aquí —observó—. En el archivo no está.

—¿A nadie se le ocurrió devolverla a su lugar? — preguntó Kurt Wallander irritado.

—A mí no —se disculpó Martinson.

Rebuscó en la estantería detrás de los reproductores. Linda observaba a su padre mientras éste asomaba la cabeza por la puerta de la central de alarmas.

—Se ha perdido una casete —rugió—. ¿Alguien puede echarnos una mano?

Ann-Britt Höglund se les unió en la búsqueda, pero nadie dio con la casete. Linda veía enrojecer a su padre por momentos. Pero, al final, no fue él quien explotó, sino Martinson.

—¿Cómo coño vamos a poder realizar nuestro trabajo si las casetes desaparecen como por arte de magia? — vociferó. Sostenía en la mano un manual de instrucciones de un reproductor de casetes que lanzó contra la pared.

Siguieron buscando la casete con la grabación. Parecía que todo el distrito policial de Ystad estaba entregado a la búsqueda de la casete desaparecida. Pero no apareció. Linda miró a su padre, que parecía cansado, tal vez incluso abatido, aunque ella sabía que no tardaría en recobrar las energías.

—En fin, lo sentimos mucho —se excusó ante Ture Magnusson—. Parece que la casete con la grabación ha desaparecido, así que no podemos ofrecerte ninguna voz sobre la que pronunciarte.

—¿Puedo presentar una propuesta? — preguntó Linda. Había dudado hasta el último segundo, pero, al final, se había decidido—. Creo que puedo imitar la voz del sujeto. Es un hombre, claro, pero puedo intentarlo.

Ann-Britt Höglund le dedicó una mirada displicente.

—¿Por qué crees que podrías hacer tal cosa?

Linda pensó que podía haberle ofrecido una prolija respuesta sobre cómo, por pura casualidad, en uno de sus primeros meses en la Escuela Superior de Policía, durante una fiesta con sus compañeros, se le ocurrió imitar a un conocido presentador de televisión. No era una actuación que tuviese preparada, pero lo hizo tan bien que sus compañeros quedaron impresionados. Después, ella misma pensó que había sido la suerte del principiante, pero cuando, ya a solas, intentó imitar otras voces, no tardó en darse cuenta de que poseía una inusitada capacidad para reproducirlas con exactitud. A veces fracasaba por completo, pero, en la mayoría de los casos, lo lograba.

—Puedo intentarlo —repitió—. No perdemos nada con ello.

Stefan Lindman, que había entrado en el despacho, asintió animándola.

—Bueno, ya que estamos aquí… —opinó vacilante Kurt Wallander al tiempo que señalaba a Ture Magnusson.

—Bien, date la vuelta. No has de ver a nadie, tan sólo escuchar. A la menor duda, nos lo dices.

Linda fraguó un plan. No iría directa al objetivo, sino que daría un rodeo.

—¿Quién recuerda lo que decía? — preguntó Stefan Lindman.

Martinson, que tenía muy buena memoria, repitió las palabras del sujeto. Linda sabía exactamente cómo proceder. Sería un ejercicio para todos los que se encontraban en el despacho, no sólo para Ture Magnusson.

Puso la voz grave y buscó el acento adecuado. Ture Magnusson negó con un gesto.

—No estoy seguro. Casi me inclino a decir que es la misma voz, pero sólo casi.

—Me gustaría hacerlo una vez más —dijo Linda—. No me ha salido del todo bien.

Nadie opuso objeción alguna y Linda se mantuvo, una vez más, en el límite del tono exacto. Ture Magnusson volvió a disentir con un gesto.

—No sé, no sé —admitió—. No podría jurarlo, la verdad.

—Una última vez —pidió Linda.

Ahora era el momento. Respiró hondo y repitió las palabras, decidida a imitar la voz con total exactitud. Para cuando ella hubo terminado, Ture Magnusson ya se había dado la vuelta.

—¡Sí! — exclamó—. Así sonaba su voz. Era él. Bueno, era su voz.

—Ya, bueno, al tercer intento —intervino Ann-Britt Höglund—. ¿Qué valor puede tener eso?

Linda no logró ocultar su satisfacción. Su padre, que en todo momento se había mostrado escéptico, lo notó enseguida.

—¿Por qué no la ha reconocido hasta el tercer intento? — preguntó.

—Porque modulé la voz de otro modo las dos primeras veces —explicó Linda—. Hasta el tercer intento, no imité verdaderamente la voz de la grabación.

—Pues yo no he notado ninguna diferencia —opinó reticente Ann-Britt Höglund.

—Hay muchos matices que pueden variar al imitar una voz —precisó Linda.

—¡Vaya, vaya! — exclamó Kurt Wallander al tiempo que se ponía de pie—. ¿Es eso cierto?

—Lo es.

El inspector miró fijamente a Ture Magnusson.

—¿Estás seguro?

—Eso creo.

—Bien, en ese caso, gracias.

Linda fue la única que le estrechó la mano a Ture Magnusson y lo acompañó hasta la recepción.

—Lo has hecho muy bien —lo felicitó—. Gracias por venir.

—¿Cómo puede nadie imitar una voz con tanta habilidad? — preguntó el agente inmobiliario—. Casi podía ver a ese hombre ante mí —le comentó antes de marcharse.

—Creo que ha llegado el momento de ir a buscar a Anna —sentenció Kurt Wallander.

Linda llamó a la puerta del apartamento de Anna, pero nadie acudió a abrir. Anna no estaba en casa. Linda permaneció unos minutos inmóvil en el rellano de la escalera. De repente, empezó a comprender por qué Anna había decidido desaparecer una vez más.

44

Aquella noche tuvo un sueño que recordó cuando despertó, al amanecer. Empezaba con un episodio de la época en que aún se dedicaba a confeccionar sandalias. En una ocasión, había visitado Malmö con Henrietta y Anna. Mientras Henrietta iba al dentista, él se dirigió al puerto con Anna. Una vez allí, escribieron en un papel un mensaje, lo metieron en una botella y lo lanzaron al mar. Y aquella noche soñó que la botella, con su mensaje, había vuelto. En el sueño, se vio a sí mismo junto al lago próximo al camping en el que él había vivido, retirado en su caravana. Él recuperaba la botella que le traían las aguas del lago y leía el mensaje que, junto con Anna, había lanzado hacía ya tantos años. Sin embargo, era incapaz de descifrar lo que había escrito. Las letras y las palabras le resultaban extrañas.

Después, de improviso, su sueño cambiaba de escenario. Ahora estaba sentado en la orilla de otro lago y, a través de unos prismáticos, observaba unos cisnes ardiendo. Cuando los cisnes cayeron en el agua como esferas carbonizadas, vio a través de las lentes a dos personas. Aquello lo sorprendió pues, en realidad, había sido Torgeir quien había visto en la orilla a Linda, la amiga de Anna, y a su padre. De modo que en el sueño, él había adoptado la identidad de Torgeir.

El sueño había sido muy claro. Entre él y Torgeir no mediaba ya distancia alguna. Cuando lo deseara, podía tomar la identidad de Torgeir sin que éste lo notase.

Torgeir debía recoger a Anna a primera hora de la tarde ante la pizzería de Sandskogen, por esas fechas cerrada a cal y canto. En un principio, Erik Westin había pensado ir a buscarla él mismo, para asegurarse de que la joven iba con ellos. Pero, tras pensarlo detenidamente, estimó que ella dependía ya de él hasta tal punto que no opondría la menor resistencia. Era imposible que ella supiese cuál era su plan. Tampoco sabía lo que le había ocurrido a Harriet Bolson, pues había dado a Torgeir órdenes tajantes de que no revelase el menor detalle al respecto. Así pues, la joven no tenía motivo alguno para desear escapar. Sólo lo inquietaba la intuición de la muchacha. Había llegado a la conclusión de que Anna poseía una intuición tan privilegiada como la suya. «Es mi hija», se decía. «Es cauta, atenta, y receptiva a lo que le dice su intuición»

Torgeir la recogería en el Saab azul que habían robado en un aparcamiento situado en las cercanías de Sturup. Unos días antes del robo, Torgeir había anotado una decena de números de matrícula y había llamado al registro de tráfico para preguntar por los propietarios. Después, averiguó sus números de teléfono, llamó casa por casa y, como una burla a su propio pasado, fingió ser un armador en busca de capital sueco para invertir en nuevos hoteles en los que se alojarían pasajeros de vuelos chárter. Eligió los dos coches cuyos propietarios se encontrarían fuera por motivos de trabajo por un periodo más largo de tiempo, así como el de un director de minas jubilado que pasaría en Tailandia tres semanas de vacaciones.

Erik Westin le había dado a Torgeir instrucciones precisas. Aunque no era muy verosímil, Anna podía haberse asustado al enterarse de la desaparición de Zebran. Existía entonces el riesgo de que Anna comentase algo con Linda, a la que Erik tenía por su más íntima amiga. Erik advirtió a Anna del peligro que entrañaba hablar con Linda, y después incluso le prohibió hablar con cualquier persona, salvo con él mismo. Aquello podía desorientarla, le había repetido una y otra vez, precisamente ahora que había vuelto al buen camino. Cierto, él había estado desaparecido durante muchos años, pero aun así, era ella el hijo pródigo de que habla la Biblia. Era ella quien había vuelto a casa, no él. Lo que ahora estaba ocurriendo era necesario, ella tenía un padre que debía pedir responsabilidades a la gente, a todos aquellos que habían abandonado a Dios y erigido templos en los que, llevados por su soberbia, se ensalzaban a sí mismos, en lugar de, con toda humildad, ensalzar a Dios. Erik había detectado el reflejo hechizado de sus ojos y sabía que, con un poco de tiempo, podría borrar todas las dudas que aún se escondían en su mente. Sin embargo, no disponía de todo el tiempo que eso requería. En aquel asunto, había cometido un error, lo reconocía. Debió haber buscado a su hija mucho antes, haberse mostrado ante ella mucho antes, y no haber esperado a aquel día, en la calle de Malmö. Pero tenía que encargarse también de todos los demás, de todos aquellos que abrirían las puertas a la hora y en el lugar que él había decidido.

Algún día, en el futuro, contaría cómo había sucedido todo, ésa sería su herencia. Sería el quinto evangelio. En él dejaría escrito cómo había fraguado su plan, después de horas, días y meses de reflexión. En realidad, había hecho creer a los demás que habían sido revelaciones. Fue una mentira necesaria para que estuviesen dispuestos a seguirlo. La voz y el espíritu de Dios constituían la confirmación última de que lo que iba a producirse era un sacrificio insoslayable gracias al cual gozarían de una vida eterna en el paraíso, al lado de Dios. «Viviréis en sus dominios», les decía. «Dios vive en un castillo construido no con muros, sino con un manto tejido con lana de las ovejas sagradas. Ese castillo tiene un ala que será vuestra morada.»

En sus prédicas, en sus «campañas divinas de convicción», hablaba siempre de lo que los aguardaba. El sacrificio no era más que una breve despedida, sólo eso. Su martirio era un privilegio en el que todos desearían participar en cuanto conocieran la verdad de la guerra contra la impiedad que él acababa de declarar.

La muerte de Harriet Bolson había sido su mayor prueba hasta el momento. Había ordenado a Torgeir que vigilase las reacciones de todos. Que lo informase si alguno empezaba a flaquear, a distanciarse o a venirse abajo. Él se había mantenido a distancia: como le había explicado a Torgeir, debía purificarse después de lo ocurrido. Tenía que estar solo, lavarse bien tres veces cada día y otras tres cada noche, afeitarse cada siete horas y permanecer horas y horas en silencio, hasta que se hubiese liberado por completo de las fuerzas malignas que se habían alojado en Harriet Bolson. Torgeir lo había llamado dos veces al día, desde diversos móviles robados, pero no había indicios de que nadie hubiese empezado a flaquear. Al contrario, Torgeir creía advertir una creciente impaciencia, como si no viesen la hora de proceder a su último sacrificio.

Él había hablado a conciencia con Torgeir antes de que éste partiese en busca de Anna. A la menor señal de que ella se negase a subir al coche, él debía obligarla. De ahí que hubiese elegido el apartado rincón de la pizzería. Clavó la mirada en Torgeir cuando le dijo que, si lo consideraba necesario, recurriera a la violencia. Torgeir vaciló, el temor y la inseguridad asomaron como un pobre destello en sus ojos. Erik Westin suavizó su voz y se inclinó hacia él al tiempo que posaba la mano sobre su hombro. ¿Por qué se inquietaba? ¿Acaso había establecido él alguna diferencia entre sus seguidores? ¿No lo había recogido a él del arroyo? ¿Por qué razón había de recibir su hija un trato distinto al de los demás? ¿No había creado Dios un mundo en el que todos eran iguales, un mundo que los hombres habían negado y destruido? ¿No era su deseo lograr que los hombres regresaran a ese mundo?

No dejó marchar a Torgeir hasta estar seguro de que éste no dudaría en utilizar la fuerza contra Anna si era necesario. Si todo iba como él esperaba, si su hija se mostraba digna de ello, la convertiría en su heredera. El nuevo reino de Dios en la Tierra no podía quedar abandonado, como había sucedido con anterioridad. Siempre tenía que haber un guía; y el propio Dios había dicho que su reino era hereditario.

Desde luego que él había sopesado la posibilidad de que Anna no fuese la persona adecuada. En tal caso, procuraría engendrar más hijos y elegir de entre ellos a aquel que, un día, lo sucedería.

A lo largo de aquellos últimos días anteriores a la realización del gran plan, tuvieron tres centros de operaciones. Erik había elegido para sí mismo un chalé en Sandhammaren, completamente aislado, propiedad de un capitán de marina jubilado que había ingresado en el hospital tras haberse fracturado el fémur. El otro era una finca abandonada que estaba en venta, a las afueras de Tomelilla, y el tercero, la casa que Torgeir había comprado detrás de la iglesia de Lestarp y que decidieron abandonar cuando la hija del policía empezó a mostrar excesivo interés en ella.

Erik ignoraba cómo Torgeir lograba localizar casas vacías y solitarias. Y Erik le demostraba así su confianza; sabía que no cometería ningún error.

Cuando Torgeir se marchó para ir a recoger a Anna, Erik Westin bajó al sótano. Pensó que Torgeir había evolucionado hasta convertirse en un excelente perro de presa cuando se trataba de encontrar buenos escondites, escondites que cumplían todos sus requisitos, siempre diferentes. Precisamente aquella casa disponía de un espacio bien insonorizado en el que una persona podía permanecer encerrada varios días. El viejo capitán había hecho construir su casa con gruesos muros y, en una de las habitaciones del sótano, había una puerta provista de un Pequeño ventanuco. Cuando Torgeir se la mostró, comentaron que esa habitación parecía una celda. No lograban explicarse para qué quería el capitán esa especie de celda privada en su propia casa. Torgeir sugirió que tal vez estuviese destinada a servir de refugio en caso de que estallara una guerra nuclear. Pero, en ese caso, ¿cómo explicar el ventanuco de la puerta?

Se detuvo a escuchar. Al principio, cuando pasaron los efectos del somnífero, la joven se puso a gritar y a golpear las paredes con los puños y a dar patadas hasta volcar el cubo que estaba destinado a hacer las veces de retrete. Cuando ya llevaba un buen rato en silencio, él se acercó con cautela para mirar por el ventanuco. La joven estaba sentada y encogida sobre la cama. En la mesa había agua, pan y embutidos que ella no había tocado siquiera, aunque él tampoco esperaba que lo hiciese.

Ahora, de nuevo en el sótano, todo parecía en calma. Él avanzó con sigilo por el pasillo y miró por el ventanuco. La muchacha, echada boca abajo en la cama, dormía. La observó largamente hasta estar seguro de que respiraba. Entonces, volvió a subir y se sentó en el porche, en espera de que llegaran Torgeir y Anna. Persistía un problema que no había logrado resolver. Pronto, muy pronto, se vería obligado a decidir qué haría con Henrietta. Hasta el momento, tanto Torgeir como Anna habían conseguido convencerla de que todo estaba en orden. Sin embargo, no había que confiar en la temperamental Henrietta. Si podía, le perdonaría la vida, pero, si era necesario, no dudaría en acabar con ella.

Sentado en el porche, contempló el mar. Hubo un tiempo en el que él amó a Henrietta. Aunque envuelto en un resplandor de irrealidad y tan lejano que, más que como algo que hubiese vivido él mismo, lo sentía como algo que le hubiesen contado, el amor nunca llegó a destruirse por completo. Fue al nacer Anna cuando experimentó el sentimiento de un gran amor, pero, pese a que amó a su hija desde el primer instante y nunca se cansaba de tenerla en sus brazos, de mirarla mientras dormía o jugaba, aquel amor contenía también un gran vacío. El vacío que, finalmente, lo obligó a romper con todo y abandonarlas a las dos. Cuando se marchó, tenía pensado no tardar demasiado en volver, quizá no más de un par de semanas, un mes como máximo. Pero, una vez en Malmö, comprendió que el viaje que acababa de emprender sería mucho más largo, tal vez incluso para siempre. Hubo un instante en que, en la estación de tren, casi dudó y sopesó la posibilidad de dar media vuelta. Pero no pudo. La vida tenía que consistir en algo más, en algo distinto de lo que había experimentado hasta entonces.

Rememoró aquellos años en que le parecía que había deambulado por el corazón del desierto. El primer paso había sido la huida, la atribulada peregrinación sin rumbo. Y precisamente entonces, cuando él tenía casi decidido abandonar, se cruzó en su camino el pastor Jim Jones. Fue como un oasis en el desierto. Al principio creyó que era un espejismo, después sintió cómo el agua de un manantial corría fresca por su garganta. Jim siempre hablaba del agua, era la más sagrada de todas las bebidas, más que el vino. Y después resultó que, pese a todo, había sido un espejismo.

Algunas personas caminaban por la orilla. Una de ellas paseaba a un perro; otra llevaba un niño sobre los hombros. «Todo lo que hago es por vosotros, sí», se dijo. «Por vosotros he reunido a todos aquellos que están dispuestos a convertirse en mártires. Lo he hecho por vuestra libertad, para llenar el vacío que lleváis en vuestro interior y que vosotros ni siquiera imagináis en toda su profundidad.»

Los paseantes desaparecieron. Contempló el agua. Una suave brisa procedente del sureste levantaba olas casi imperceptibles… Fue a la cocina por un vaso de agua. Aún faltaba una hora, como mínimo, para que Torgeir llegase con Anna. A lo lejos, en la línea del horizonte, creyó ver una embarcación. Hasta la llegada de Anna, pensaba resolver un problema bastante molesto cuyas consecuencias era incapaz de prever del todo. En la actualidad había muy pocos mártires cristianos, y apenas nadie los conocía. Durante la segunda guerra mundial, algunos sacerdotes dieron sus vidas por los demás en los campos de concentración; y sí, había hombres santos y mujeres santas. Pero el martirio, al igual que todo lo demás, ya no era algo preminentemente cristiano. Ahora, en efecto, eran los musulmanes los que no dudaban en llamar a los suyos para inmolarse. Él había estudiado cintas de vídeo en las que mostraban cómo se preparaban y en las que documentaban su decisión de morir como mártires. En otras palabras, se había dedicado a aprender cuanto tenían que enseñarle aquellos que practicaban la religión que él más odiaba en el mundo, la del mayor enemigo, aquel al que no pensaba otorgar ningún lugar en el Reino de Dios que estaba por venir. Sin duda, eso conllevaba un peligro: los hombres del mundo cristiano, o del mundo que, en su día, lo fue y que ahora volvería a serlo, atribuirían a los musulmanes la autoría de los dramáticos sucesos que estaban a punto de acontecer. Existía en esta confusión un aspecto positivo y otro negativo. El positivo era el hecho de que nacería así un odio renovado hacia los musulmanes; el negativo, que a los hombres les llevaría mucho tiempo comprender que los mártires cristianos habían vuelto. No se trataba de un pequeño movimiento religioso, no; no era un simple Maranata, sino una gran transformación que se perpetuaría hasta que se restableciese el Reino de Dios en la Tierra.

Se miró las manos. A veces, cuando pensaba en lo que le aguardaba, le temblaban. Pero ahora estaban serenas. «Durante un breve periodo de tiempo, me tomarán por un loco», se advertía. «Pero cuando los mártires empiecen a surgir en interminables filas, los hombres comprenderán que soy el apóstol de la razón que han estado esperando durante miles de años. Sin Jim Jones, no lo habría conseguido. De él aprendí a dominar mi debilidad, a no abrigar ningún temor cuando debo incitar a otros a morir por un objetivo superior. Aprendí que la libertad y la salvación sólo se consiguen con sangre, con la muerte, no existen otros caminos, y siempre tiene que haber alguien que vaya el primero.»

Siempre tiene que haber alguien que vaya el primero. Es lo que había hecho Jesús. Sin embargo, Dios lo abandonó, puesto que no llegó hasta donde debía. «Jesús tenía una debilidad», observó para sí. «Jesús carecía de la fortaleza que yo poseo. Lo que él dejó inacabado hemos de concluirlo nosotros. En el Reino de Dios en la Tierra todo debe estar supeditado a los mandamientos. En la Biblia se recogen todas las reglas que los hombres necesitan para vivir. Entraremos en una era de guerras santas, pero venceremos, puesto que el mundo cristiano cuenta con un arma poderosa que nadie puede vencer.»

Entornó los ojos y fijó la vista en el horizonte. El barco se deslizaba rumbo al oeste. El viento había amainado aun más. Miró el reloj. Torgeir no tardaría en llegar. El resto de aquel día y de la noche, lo dedicaría a su hija. Aún no había vencido la batalla por su voluntad. Aún le oponía resistencia. El que ella hubiese accedido a mentir sobre su relación con aquel hombre, Vigsten, el que había servido de huésped a Torgeir en Copenhague, había sido un gran paso adelante. Anna no había recibido una sola clase de piano en su vida, y sin embargo, todo indicaba que había conseguido convencer a los policías que la interrogaron. De nuevo se sintió enojado consigo mismo, había calculado mal el tiempo que necesitaba para ganarse a Anna. Pero ahora ya era demasiado tarde. No todo podía salir tal y como él lo había ideado. Lo fundamental era que el gran plan no se malograse.

La puerta de la casa se abrió. Aguzó el oído. Durante los años difíciles había dedicado gran parte de su tiempo a ejercitar todos sus sentidos. Su oído, su vista, su olfato, eran como cuchillos afilados que, invisibles, pendiesen de su cinturón. Prestó atención a los pasos. Unos más pesados, los de Torgeir; y otros más ligeros: Anna lo había acompañado. Torgeir no la arrastraba, sino que ella avanzaba a su propio ritmo. Concluyó que Torgeir no se había visto obligado a recurrir a la violencia.

Cuando los dos salieron al porche, Erik se levantó y abrazó a Anna. Notó que la muchacha estaba nerviosa, pero no le costó calmarla. En aquel sosiego, lograría domeñar también el último aliento de su voluntad, con el que aún se resistía. Le pidió que se sentase mientras él acompañaba a Torgeir hasta la puerta. Allí, los dos hombres conversaron brevemente en voz baja. Las palabras de Torgeir lo tranquilizaron. El material estaba a buen recaudo, los fieles aguardaban distribuidos en las dos casas. Nadie había dado muestras de otro sentimiento que el de la impaciencia.

—Están ansiosos —declaró Torgeir—. Ansiosos y deseosos.

—Nos acercamos a la quincuagésima hora. Dos días y dos horas faltan para que abandonemos nuestros escondites y podamos por fin perpetrar nuestro primer ataque.

—Ella estaba muy tranquila cuando fui a buscarla. Le puse la mano en la frente y su pulso era normal.

La ira surgió de improviso.

—¡Sólo yo, únicamente yo tengo derecho a poner la mano sobre la frente para controlar el pulso! Tú no, tú nunca.

Torgeir palideció.

—No debí hacerlo, lo siento.

—No. Pero hay algo que sí puedes hacer por mí para que lo olvide.

—¿Qué?

—La amiga de Anna, esa que muestra tanta curiosidad, tanto interés. Yo voy a hablar con Anna ahora mismo. Si esa joven sospecha algo, tiene que desaparecer.

Torgeir asintió.

—Supongo que sabes a quién me refiero, ¿verdad?

—Sí, la joven que es hija de un policía —confirmó Torgeir—. La que se llama Linda.

Le indicó a Torgeir que podía marcharse y regresó al porche atravesando la sala de estar con paso silencioso. Anna se había sentado en una silla que había junto a la pared del porche. «Es como yo», constató. «Siempre se sienta de modo que nadie pueda surgirle por la espalda.» Siguió observándola. Aunque la joven parecía tranquila, en algún rincón de su interior una duda la corroía. Era una actitud sensata: tan sólo aquellos que no reflexionaban desdeñaban sus propias dudas. Los puestos de vigilancia más importantes están siempre dentro de uno mismo, como ángeles de la guarda o como alarmas que advierten del peligro. Seguía observándola cuando, de repente, ella volvió el rostro hacia donde él se encontraba. Erik se apartó enseguida, ocultándose detrás de la puerta. ¿Lo habría visto? Lo inquietaba que su hija pudiese infundirle inseguridad de tantas maneras distintas. «Hay un sacrificio que no deseo hacer. Una inmolación que temo. Pero he de estar preparado para esa eventualidad. Ni siquiera mi hija puede caminar siempre libre. Nadie puede hacerlo, salvo yo.»

Salió al porche y se sentó frente a Anna. Ya se disponía a hablar con ella cuando sucedió lo inesperado. En realidad, era culpa del capitán de marina, y contra él dirigió su muda maldición: las paredes no eran tan gruesas como él había creído. Y un grito ascendió desde el sótano atravesando el suelo. Anna quedó petrificada. El grito se convirtió en un alarido, como el de un animal salvaje que, atrapado, aullase mientras roía el cemento para recuperar la libertad.

La voz de Zebran, el grito de Zebran. Anna clavó en él su mirada, en él, que era su padre pero también mucho más que eso. Él vio cómo se mordía el labio inferior con tal fuerza que empezó a sangrar.

Le esperaba una noche larga y complicada, Erik ya lo sabía. De repente, dudó: no sabía si Anna lo había abandonado o si, simplemente, el grito de Zebran la había descarriado por un instante.

45

Ante la puerta del apartamento de Anna, Linda pensaba en si debería abrirla de una patada. Pero ¿para qué? ¿Qué esperaba encontrar allí? Desde luego, no a Zebran, que era la única que le importaba en aquel momento. Porque comprendía lo que había sucedido, aunque no pudiese expresarlo con palabras. Empezó a transpirar un sudor frío. Rebuscó en sus bolsillos, pese a que sabía que no conservaba las llaves del apartamento de Anna; sólo tenía las del coche. «Pero ¿de qué me sirven?», se preguntó. «¿Adónde podría ir? Eso si el coche sigue aquí, claro.» Bajó al patio y vio el vehículo aparcado. Se esforzaba por pensar, pero el miedo le bloqueaba la mente. Primero había sido Anna la fuente de preocupación; después, ella regresó. Y ahora desaparecía Zebran, y temía por ella. De repente supo qué la desconcertaba. Se trataba de Anna. Al principio, sintió miedo por lo que hubiese podido sucederle; en cambio, ahora temía lo que Anna pudiese hacer.

Propinó una patada a una piedra con tanta fuerza que se hizo daño en el pie. «Todo esto son figuraciones mías», trató de calmarse. «¿Qué podría hacer Anna?» Echó a andar hacia la casa de Zebran pero, tras recorrer unos metros, se dio la vuelta y fue a buscar el coche de Anna. En otras circunstancias, habría dejado una nota avisando de que lo tomaba prestado, pero ahora no tenía tiempo que perder. De modo que se dirigió a la casa de Zebran a toda velocidad. La vecina estaba fuera con el pequeño, pero su hija, una adolescente, reconoció a Linda y le dio las llaves del apartamento de Zebran. Linda entró, cerró la puerta y volvió a inspirar aquel olor tan extraño. «¿Por qué a nadie se le ha ocurrido investigarlo?», se lamentó. «Tal vez sea algún somnífero.»

Linda se hallaba en el centro de la sala de estar. Se movía sin hacer el menor ruido, respiraba lentamente, como si quisiese engañar a las paredes y hacerles creer que estaban vacías. Y pensó: Alguien se presenta ante el apartamento. Zebran no suele echar la llave, de modo que ese alguien abre la puerta y entra. El niño está en casa y lo ve todo. Pero no habla, no puede contar lo sucedido. A Zebran le administran un somnífero y se la llevan; el pequeño empieza a llorar y a gritar, y la vecina entra en escena.

Linda echó un vistazo a su alrededor. «¿Cómo podría encontrar pistas?», se preguntó. «Lo único que veo es un apartamento vacío, y ese vacío nada me dice.» Se obligó a pensar hasta que consiguió, al menos, formular la que debería ser la pregunta más importante: ¿quién podía saber algo? El niño lo había visto todo, pero todavía no hablaba. En el entorno de Zebran nadie podía aportar información, de modo que debía acudir a Anna. ¿Quién había en su entorno? La respuesta era obvia: su madre, Henrietta, de la que ella ya había empezado a sospechar. ¿Qué había pensado la primera vez que la visitó? Que no decía la verdad, que sabía por qué había desaparecido Anna, y que por ese motivo no estaba preocupada.

En un arrebato de ira por no haber profundizado en lo que sospechó en su día, propinó una patada a una silla. Un vivo dolor en el pie vino a sumarse al que ya sentía. Salió del apartamento. Jassar estaba barriendo la acera ante su tienda.

—¿La has encontrado?

—No. ¿Recuerdas algo más?

Jassar lanzó un suspiro.

—Nada. Mi memoria no es muy buena, pero estoy seguro de que Zebran iba abrazada a ese hombre.

—No —replicó Linda, movida por la repentina necesidad de defender a Zebran—. No iba abrazada, iba anestesiada. A ti te pareció que se abrazaba a un hombre, pero estaba drogada.

Jassar la miró angustiado.

—Puede que tengas razón —admitió el hombre—. Pero ¿ocurren cosas así en una ciudad como Ystad?

Linda no oyó la última frase de Jassar: cruzaba ya la calle en dirección al coche, resuelta a ir a casa de Henrietta. Acababa de poner en marcha el motor cuando sonó el móvil. Era de la comisaría, pero no el número directo de su padre. Dudó un segundo antes de contestar: era Stefan Lindman. Se alegró al oír su voz.

—¿Dónde estás?

—En el coche.

—Tu padre me ha pedido que te llame. Se pregunta dónde te metes y dónde está tu amiga Anna Westin.

—No la he encontrado.

—¿Qué quieres decir?

—¿Y tú qué crees? Fui a su casa, pero no estaba. Intento adivinar dónde puede haberse metido. Cuando la encuentre, la llevaré a la comisaría.

«¿Por qué no le digo la verdad?», se preguntó. «¿Será algo que aprendí en casa, de unos padres que nunca decían toda la verdad, sino que siempre se andaban con rodeos?»

Como si él le hubiese leído el pensamiento, preguntó:

—¿Todo va bien?

—Aparte de que no he encontrado a Anna, sí, todo bien.

—¿Necesitas ayuda?

—No.

—Bueno, no ha sonado muy convincente. Recuerda que aún no eres policía.

—¿Cómo voy a olvidarlo si todo el mundo me lo recuerda constantemente? — estalló, y dio por terminada la conversación.

Apagó el móvil y lo arrojó al asiento del acompañante. Tras girar en una esquina, frenó el coche y volvió a encender el móvil. Después condujo en dirección a la casa de Henrietta. Había empezado a soplar un viento frío cuando salió del coche. Mientras caminaba, miró hacia el lugar en que había pisado el cepo. Más allá, en uno de los caminos que serpenteaban por entre las plantaciones y campos de Escania, un hombre quemaba rastrojos junto a un coche. Las rachas de viento iban desgajando el humo de la hoguera.

Linda notó que se acercaba el otoño. Esperaba ansiosa que llegaran las heladas. Entró en el jardín y llamó a la puerta. El perro empezó a ladrar. Linda respiró hondo y estiró los brazos, como preparándose para tomar la salida en una carrera. Henrietta le abrió la puerta y la recibió con una sonrisa. Linda se puso en guardia enseguida; le dio la sensación de que estaba esperándola o de que, al menos, no se sorprendía en absoluto. Observó además que iba maquillada, como si se hubiese arreglado para recibir a alguien o que quisiera ocultar su palidez.

—¡Vaya, no me lo esperaba! — exclamó Henrietta al tiempo que se hacía a un lado para dejarla pasar.

«Seguro que sí», ironizó Linda.

—Siempre eres bienvenida a esta casa. Entra y siéntate.

El perro la olisqueó un instante y fue después a tumbarse en su cesta. Linda oyó suspirar a alguien. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie más. Los suspiros parecían atravesar los gruesos muros de piedra. Enseguida apareció Henrietta con un termo de café y dos tazas.

—¿Qué es ese ruido? — quiso saber Linda—. Parecen suspiros.

—Sí, estaba escuchando una de mis primeras composiciones. Es de 1987, un concierto para cuatro voces suspirantes y percusión. ¡Fíjate, escucha!

La mujer dejó la bandeja sobre la mesa y alzó la mano. Linda escuchaba. Era un solo de una mujer que suspiraba.

—Ésa es Anna —aclaró Henrietta—. Conseguí convencerla de que colaborase porque sus suspiros son muy melódicos. Además, transmiten dolor y fragilidad de modo muy convincente. Cuando habla, siempre lo hace con un eco de vacilación, lo que nunca le ocurre cuando suspira.

Linda seguía escuchando. La idea de grabar suspiros para después componer algo que pudiera llamarse música le resultaba espeluznante. El estruendo de un tambor interrumpió sus pensamientos. Henrietta se acercó al reproductor y lo apagó. Las dos mujeres se sentaron. El perro había empezado a roncar y aquel sonido devolvió a Linda a la realidad.

—¿Sabes dónde está Anna?

Henrietta se miró las uñas antes de alzar la vista al rostro de Linda, que atisbó cierta inseguridad en su mirada. «Lo sabe», constató Linda. «Sabe dónde está y va a negarlo.»

—Es curioso —comenzó Henrietta—. Siempre me decepcionas: creo que vienes a verme a mí y luego resulta que lo que quieres es pedirme explicaciones de dónde está mi hija.

—¿Sabes dónde está?

—No.

—¿Cuándo fue la última vez que hablaste con ella?

—Me llamó ayer.

—¿Desde dónde?

—Desde su casa.

—¿No te llamó desde un móvil?

—No tiene móvil, supongo que ya lo sabes. Es de esa clase de personas que se resisten a la tentación de estar siempre localizables.

—Es decir, que estaba en casa, ¿no?

—¿Es esto un interrogatorio?

—Quiero saber dónde está Anna. Y quiero saber qué está haciendo.

—Pues lo siento, pero no sé dónde está mi hija. Tal vez en Lund, por sus estudios de medicina; como ya sabrás, estudia medicina.

«Me parece que no», replicó Linda para sus adentros. «Pero tal vez Henrietta no sepa que Anna ha abandonado sus estudios. Y yo podría dejarme caer con ese triunfo. Pero todavía no. Lo dejaré para más adelante.» Optó por tomar otro camino.

—Tú conoces a Zebran, ¿verdad?

—Te refieres a Zeba, ¿no?

—Bueno, nosotras la llamamos Zebran. Resulta que ha desaparecido. Igual que desapareció Anna.

Henrietta no se conmovió; su rostro, sin alterarse en absoluto, no dejó traslucir la menor emoción. Linda se sintió como si estuviese en el ring de boxeo y, de pronto, hubiese caído derribada por un golpe inesperado. Ya le había sucedido en la Escuela Superior de Policía: estaban boxeando y, de pronto, se vio en el suelo, sin saber cómo había ido a parar allí.

—Bueno, tal vez regrese, al igual que hizo Anna, ¿no crees?

En esa respuesta Linda intuyó, más que vio, una posibilidad, y la aprovechó para lanzarse con los puños en alto.

—¿Por qué no me dijiste la verdad? ¿Por qué no confesaste que sabías dónde estaba Anna?

Fue un golpe duro e hizo que pequeñas gotas de sudor surgiesen, como de la nada, de la frente de Henrietta.

—¿Estás diciendo que te mentí? Si es así, te ruego que te marches. No quiero tener en mi casa a gente así. Me envenenas; y así no podré trabajar y la música morirá.

—En efecto, estoy diciendo que mientes. Y no pienso marcharme de aquí hasta que no hayas contestado a mis preguntas. Tengo que saber dónde está Zebran. Creo que la amenaza un grave peligro. Y Anna, de algún modo, está implicada en todo esto. Tal vez tú también lo estés, aunque no sé hasta qué punto. Pero no me cabe la menor duda de que tú sabes más de lo que finges saber.

—Márchate de aquí ahora mismo. Yo no sé nada —gritó Henrietta, fuera de sí.

El perro se levantó raudo de la cesta y empezó a ladrar.

Henrietta se puso de pie, fue hasta una ventana, la abrió con gesto ausente y volvió a cerrarla de nuevo para, finalmente, dejarla entreabierta. Linda no sabía cómo continuar, pero tenía muy claro que, esta vez, no podía dejar que se le escabullese. Henrietta se calmó por fin y se dio media vuelta. No quedaba ni rastro de su amabilidad inicial.

—Siento haber perdido el control, pero no me gusta que me acusen de mentirosa. No sé dónde está Zebran. Tampoco entiendo por qué dices que Anna tiene algo que ver con su desaparición.

Linda comprendió que Henrietta estaba, en verdad, indignada. Y si no lo estaba, lo simulaba muy bien. No llegaba a gritar, pero su voz sonaba como un rugido, y no había vuelto a sentarse, sino que seguía de pie junto a la ventana.

—La noche en que pisé la trampa para zorros, ¿con quién estabas hablando?

—¡Vaya!, ¿así que me espiabas?

—Puedes llamarlo como quieras. ¿Por qué crees, si no, que estaba aquí? Quería saber por qué no me habías dicho la verdad cuando te pregunté por Anna.

—El hombre que estaba aquí conmigo había venido para hablar de una pieza musical.

—No —rechazó Linda forzándose a sí misma a darle un tono de serenidad a su respuesta—. Era otra persona.

—¿Una vez más me acusas de estar mintiendo?

—Sé que estás mintiendo.

—Yo siempre digo la verdad —aseguró Henrietta—. Sólo que a veces contesto con evasivas, pues deseo proteger mis secretos.

—Bien, tú lo llamas evasivas, yo lo llamo mentiras. Yo sé quién estuvo aquí.

—¿Ah, sí? — Henrietta volvía a hablar con voz chillona.

—Pues sí. O era el padre de Anna, o un hombre llamado Torgeir Langaas.

Henrietta dio un respingo.

—¿Torgeir Langaas? — bramó—. ¿O el padre de Anna? ¿Por qué iban a estar aquí? No conozco a ese tal Torgeir Langaas. Y el padre de Anna lleva veinticuatro años desaparecido. Debe de estar muerto y yo no creo en fantasmas. Torgeir Langaas, ¿qué nombre es ése? Te lo repito: no conozco a nadie con ese nombre y el padre de Anna está muerto, no existe, Anna tiene alucinaciones. Ella está en Lund y no tengo ni idea de adónde puede haber ido Zebran.

Henrietta se dirigió a la cocina y regresó con un vaso de agua. Después, retiró unas casetes que había sobre la silla situada frente a Linda y se sentó en ella. Linda se volvió para poder verle el rostro y comprobó que estaba sonriendo y, cuando empezó a hablar de nuevo, adoptó un tono suave, apacible, casi cauteloso.

—Lo siento, no era mi intención perder los nervios.

Linda la miró. Una alarma se disparó en su interior. Debía caer en la cuenta de algún detalle, pero no se le ocurría qué podía ser. Al mismo tiempo, comprendió que la conversación había fracasado. Lo único que había logrado era que Henrietta se cerrase en banda. «Aquí hacen falta policías expertos», se dijo al tiempo que se arrepentía de lo que acababa de hacer. Su padre, o quienquiera que interrogase a Henrietta la próxima vez, lo tendría más crudo para sonsacarle lo que la mujer, a todas luces, no deseaba contar.

—¿Hay algo más sobre lo que creas que estoy mintiendo?

—Verás, lo cierto es que no creo casi nada de lo que me dices. Pero no puedo impedir que me mientas. Sólo quiero que comprendas que he venido a verte porque estoy preocupada por Zebran, tengo miedo de que le ocurra algo.

—¿Y qué iba a ocurrirle?

Linda tomó la determinación de decirle la verdad.

—Creo que hay alguien, quizá varias personas, que están dedicándose a matar a mujeres que han abortado. Zebran abortó una vez. La mujer que murió en la iglesia lo había hecho también. Habrás oído hablar del caso, supongo.

Henrietta se quedó inmóvil, y Linda tomó su actitud por una confirmación.

—¿Y qué pinta Anna en todo ese asunto?

—No lo sé. Pero tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—De que alguien mate a Zebran y de que ocurra algo en lo que Anna esté implicada.

En ese momento, el rostro de Henrietta sufrió una pequeña alteración, fugaz, muy leve, pero que Linda percibió. Incapaz, no obstante, de interpretarla, pensó que ya no avanzaría más y se inclinó para tomar su cazadora, que había dejado en el suelo. Sobre la mesa que tenía a su lado había un espejo colgado en la pared. Linda echó una ojeada y entrevió el rostro de Henrietta, que no la miraba a ella, sino más allá, en dirección a la ventana entreabierta. Fue una mirada furtiva, que Henrietta rectificó enseguida para volver a posarla sobre Linda.

Mientras se incorporaba, con la cazadora en la mano, comprendió qué había estado mirando Henrietta. La ventana entreabierta.

Linda se puso de pie y empezó a ponerse la cazadora mientras se volvía hacia la ventana. No había nadie al otro lado, pero estaba segura de que lo había habido. Permaneció un segundo inmóvil, con un brazo en la manga de la cazadora. La voz chillona de Henrietta, la ventana que la mujer había abierto como por casualidad, las repeticiones del nombre que Linda había mencionado y la insistencia de Henrietta en que no conocía a nadie con ese nombre… Terminó de ponerse la cazadora sin atreverse a mirar a Henrietta a la cara, pues temía que ésta leyese el temor en su rostro.

Linda apretó el paso hacia la puerta y acarició al perro. Henrietta la había seguido.

—Siento no poder ayudarte.

—Sí que puedes —repuso Linda—. Pero has optado por no hacerlo.

Dicho esto, abrió la puerta y salió. Dobló la esquina de la casa, mirando a su alrededor. No vio a nadie. «Sin embargo, hay alguien», se dijo, «alguien que está viéndome a mí y, sobre todo, alguien que oyó lo que decía Henrietta. Y ella repitió mis palabras, de modo que quien estaba al otro lado de la ventana sabe ahora lo que yo sé, mis sospechas y mis temores.»

Se apresuró en dirección al coche. Tenía miedo, y no dejaba de pensar en que, una vez más, había actuado de forma errónea. En efecto, en el momento en que se agachó para acariciar al perro, en ese preciso momento tenía que haber empezado a interrogar a Henrietta en serio. Pero, en lugar de hacerlo, se había ido.

Se alejó de allí sin dejar de mirar por el espejo retrovisor. Veinte minutos más tarde, entraba en el aparcamiento de la comisaría. El viento soplaba ahora con fuerza. Encogida de frío, se apresuró en llegar a la puerta del edificio.

46

Cuando se disponía a abrir la puerta, resbaló y se partió el labio al caer de bruces contra el suelo. Durante un segundo estuvo a punto de perder el conocimiento, pero logró ponerse en pie y tranquilizó con un gesto a la recepcionista, que acudía en su ayuda. Vio que tenía la mano llena de sangre, y se dirigió a los servicios de los vestuarios. Se lavó la cara, aguardó hasta que el labio dejó de sangrar, y al volver a recepción se encontró con Stefan Lindman, que acababa de cruzar la puerta y la miraba divertido.

—La familia apaleada —se burló—. Tu padre asegura que se golpeó contra una puerta. ¿Qué te ha pasado a ti? ¿Ha sido la misma puerta? A ver, ¿cómo vamos a llamaros cuando nos confunda el mismo apellido, Moratón y Labiopartido?

Linda se echó a reír y, al instante, la herida del labio se abrió de nuevo, de modo que tuvo que volver a los servicios, de donde regresó con una toalla de papel. Después, cruzaron juntos las puertas de acceso al pasillo que conducía a los despachos.

—La verdad es que le tiré a la cara una bandejita de cristal, así que, en su caso, no fue ninguna puerta.

—La gente suele contar hazañas de pesca —comentó Stefan Lindman-, y cada vez que se cuenta una de esas hazañas, los peces van aumentando de tamaño. Creo que con las heridas pasa lo mismo: se empieza hablando de una puerta y se acaba describiendo un enfrentamiento apoteósico. Así que no veo por qué una bandejita lanzada de forma poco honrosa por una mujer no puede transformarse en una puerta…

Ya ante la puerta del despacho del inspector, se detuvieron.

—¿Dónde está Anna?

—Pues parece que ha vuelto a desaparecer. No he conseguido localizarla.

Stefan Lindman llamó a la puerta.

—Será mejor que entres y se lo cuentes.

Su padre estaba sentado con los pies sobre la mesa, mordisqueando el extremo de un lápiz y, al verla, la miró inquisitivo.

—¿No ibas a buscar a Anna?

—Sí, eso creía yo, pero no la he encontrado.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que oyes. Que no está en su casa.

Kurt Wallander no logró ocultar su impaciencia. Entonces se percató de que ella tenía el labio hinchado. Linda, que lo vio venir, se preparó.

—¿Qué te ha pasado?

—Me resbalé cuando venía a la comisaría.

Su padre meneó la cabeza… y se echó a reír. Su habitual humor cáustico solía inclinar a Linda a evitar su compañía, pero, si bien era cierto que se alegraba al verlo de buen humor, no lo era menos que le desagradaba su risa, que sonaba como un relincho, por si fuera poco, estentóreo. Si se hallaban en algún local y él empezaba a reír, todo el mundo se volvía.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia?

—Tu abuelo se resbalaba cada dos por tres. No sé cuántas veces lo vi tropezar con latas de pintura, marcos viejos y todos los desechos que solía acumular a su alrededor. Me consta que Gertrud intentaba por todos los medios abrirle vías de acceso en el taller, pero no tardaba ni un día en volver a tropezar y caerse.

—Vamos que, según tú, lo he heredado de él.

El inspector arrojó el lápiz sobre la mesa y puso los pies en el suelo.

—¿Has llamado a Lund, a sus compañeros de piso? En algún lugar estará, digo yo.

—Pero no donde nos sea fácil encontrarla, así que no vale la pena buscarla por teléfono.

—Pero la has llamado al móvil, ¿verdad?

—No tiene móvil.

Aquella respuesta despertó su interés.

—¿Y por qué no tiene móvil?

—Porque no quiere.

—¿No habrá alguna otra razón?

Linda comprendió enseguida que sus preguntas tenían un sentido, que no obedecían simplemente a la curiosidad. En efecto, hacía varias semanas, una noche en que se sentaron a cenar en el balcón, estuvieron hablando hasta tarde y comparando la época actual con la de diez o veinte años atrás. Él sostenía que las dos diferencias más significativas venían reflejadas por algo que había surgido y por algo que había desaparecido. Y le pidió a Linda que adivinase de qué se trataba. No le costó mucho deducir que lo que había surgido eran los teléfonos móviles; sin embargo, le resultó más difícil caer en la cuenta de cuál era la otra diferencia: que en la actualidad había muchos menos fumadores que antes.

—Todo el mundo tiene un móvil —prosiguió su padre-, sobre todo los jóvenes. Pero Anna Westin no. ¿Cómo te lo explicas? ¿Cómo lo explica ella?

—No lo sé. Según Henrietta, es porque no quiere estar localizable a todas horas.

Kurt Wallander reflexionó un instante.

—¿Estás segura de que eso es cierto? ¿No será más bien que sí tiene un móvil, pero te lo ha ocultado?

—Tú lo has dicho: si me lo ha ocultado, no puedo saber que tiene móvil.

—Eso es, sí.

El inspector se inclinó sobre el teléfono de su escritorio y marcó la extensión de Ann-Britt Höglund para pedirle que acudiese a su despacho. Medio minuto más tarde, la agente aparecía en la puerta. Linda pensó que parecía cansada y, además, desaliñada: iba despeinada y llevaba la camisa sucia. Le recordó a Vanja Jorner, con la única diferencia de que Ann-Britt Höglund no estaba tan obesa como la hija de Birgitta Medberg.

Linda oyó cómo su padre le pedía que investigase si existía algún número de móvil a nombre de Anna Westin, y se mostró irritado porque a ella no se le hubiese ocurrido.

Ann-Britt Höglund se marchó dispuesta a obedecer, no sin antes dedicarle a Linda una sonrisa que más parecía un mohín.

—No le gusto a esa mujer —declaró Linda.

—Si no recuerdo mal, ella tampoco te caía muy bien a ti. Yo creo que estáis en paz. Hasta en las comisarías pequeñas como ésta, no todo el mundo le cae bien a todo el mundo. — Su padre se levantó—. ¿Un café?

Los dos se dirigieron al comedor, donde el inspector no tardó en enzarzarse en una crispada discusión con Nyberg. Linda no consiguió comprender del todo el motivo. En éstas, entró Martinson blandiendo un papel.

—Ulrik Larsen —anunció-, el hombre que te asaltó para robarte en Copenhague.

—No —corrigió Linda—. No me atacó para robarme, sino para amenazarme y advertirme que no fuera por ahí preguntando por un hombre llamado Torgeir Langaas.

—Sí, eso era precisamente lo que iba a decir —afirmó Martinson—. Ulrik Larsen se ha retractado de su primera versión. El problema es que no ha ofrecido una nueva. Se niega a admitir que te amenazase, y sostiene que no conoce a nadie llamado Torgeir Langaas. Los colegas daneses están convencidos de que miente, pero no logran arrancarle la verdad.

—¿Y eso es todo?

—No exactamente, pero prefiero que Kurre escuche el resto.

—Pues que no te oiga llamarlo Kurre —lo previno Linda—. Detesta que lo llamen así.

—¿Crees que no lo sé? — preguntó Martinson—. Le gusta tanto como a mí cuando me llaman Marta.

—¿Y quién te llama Marta?

—Mi mujer, cuando se enfada conmigo.

La disputa que había estallado en un rincón del comedor tocó a su fin. Martinson le contó lo que ya le había revelado a Linda.

—Hay algo más —aseguró para terminar- y, ciertamente, de lo más extraño. Como es natural, los colegas daneses han buscado a conciencia el nombre de Ulrik Larsen en los registros. Y resulta que es todo lo contrario de un delincuente: treinta y siete años, aparentemente muy honrado, casado, con tres hijos y con una profesión que no es la primera en la que uno piensa cuando se enfrenta a personas que tienen problemas con la justicia.

—¿Ah, no? ¿Y a qué se dedica? — quiso saber Kurt Wallander.

—Es sacerdote.

Todos los colegas que se encontraban en el comedor clavaron en Martinson una mirada atónita.

—¡¿Sacerdote?! — exclamó Stefan Lindman—. ¿Qué clase de sacerdote? Yo creía que era toxicómano.

Martinson ojeó los papeles que sostenía en la mano.

—Al parecer, cuando lo detuvieron se hizo pasar por toxicómano, pero es sacerdote de la iglesia estatal danesa. Es pastor de una congregación de Gentofte. Creo que ha generado un buen alboroto en la prensa: un pastor sospechoso de robo y agresión…

Se hizo un gran silencio.

—Ahí lo tenemos otra vez —observó Kurt Wallander—. La religión, la iglesia. Ese Ulrik Larsen es importante. Alguien tiene que ir a Copenhague para colaborar con los colegas daneses. Quiero saber de qué modo encaja el pastor en toda esta confusión.

—Si es que encaja —puntualizó Stefan Lindman.

—Encaja, te lo digo yo. Sólo tenemos que averiguar cómo. Díselo a Ann-Britt.

En ese momento sonó el móvil de Martinson. Éste escuchó con atención y apuró el café de un trago.

—Bien, Noruega ha despertado —declaró—. Hemos recibido material sobre Torgeir Langaas.

—Estupendo. Lo estudiaremos aquí mismo —propuso Kurt Wallander.

Martinson regresó con varios documentos, entre ellos una reproducción bastante borrosa de una fotografía.

—Está tomada hace más de veinte años —leyó Martinson—. Es alto, más de uno noventa.

Todos se inclinaron sobre la desdibujada imagen. «¿Habré visto yo a este hombre con anterioridad?», se preguntó Linda. Pero no estaba segura.

—¿Qué dice? — preguntó Kurt Wallander.

Linda notó que la impaciencia de su padre crecía por minutos. «Le ocurre lo que a mí», constató Linda. «El desasosiego y la impaciencia van de la mano.»

—Encontraron a nuestro Langaas tan pronto como empezaron a buscar. La cosa tendría que haber ido más rápido, pero el responsable traspapeló nuestra petición, pese a que era urgente. En otras palabras, la policía de Oslo tiene los mismos problemas que nosotros: aquí desaparecen las grabaciones de las llamadas de alarma, y en Oslo, nuestra respetuosa solicitud. Pero al final acabó bien. Torgeir Langaas consta en sus archivos como un antiguo caso sujeto a vigilancia —sintetizó Martinson.

—¿Qué hizo? — quiso saber Kurt Wallander.

—No vas a creerme si te lo digo.

—¡A ver!

—Torgeir Langaas desapareció de Noruega sin dejar rastro hace diecinueve años.

Todos se miraron perplejos. Linda pensó que era como si las paredes mismas de la sala contuviesen la respiración. Miró a su padre, que se encogió en la silla, como preparándose para lanzarse a la carrera.

—¡Vaya, otro que desaparece! Todo en este caso parece girar en torno a las desapariciones.

—Y a los regresos —precisó Stefan Lindman.

—O resurrecciones —remató Kurt Wallander.

Martinson siguió leyendo, más despacio ahora, como si temiese que estallase alguna mina oculta entre las palabras: Torgeir Langaas era un rico heredero del propietario de una naviera. Y, de repente, desapareció. En un principio, nadie sospechó que hubiera cometido ningún delito, pues le había dejado una carta a su madre, Maigrim Langaas, en la que juraba y perjuraba que no sufría depresión y que no tenía la intención de suicidarse, pero que se marchaba porque, leo textualmente, así que disculpad mi noruego, «no lo soporto más».

—¿Y qué es lo que no podía soportar? — le interrumpió de nuevo Kurt Wallander.

A Linda le dio la sensación de que la impaciencia y el desasosiego revoloteaban ante las narices de su padre como un humo invisible.

—Eso no lo dice. Pero se marchó, tenía bastante dinero en varias cuentas, aquí y allá. Los padres pensaron que aquella pequeña rebelión no tardaría en pasar. ¿Quién es capaz, en realidad, de decir «no, gracias» a una gran fortuna? Llevaba ya dos años fuera cuando los padres denunciaron su desaparición. La razón que adujeron, según reza aquí, el 12 de enero de 1984, fecha en la que presentaron la denuncia, fue que había dejado de escribirles, que llevaba cuatro meses sin dar señales de vida y que había vaciado sus cuentas bancarias. Y ése es el último rastro que hay de Torgeir Langaas, hasta ahora. Adjuntan un comentario de un policía llamado Hovard Midtstuen que afirma que la madre de Torgeir Langaas murió el año pasado, pero que su padre aún vive. Sin embargo, y vuelvo a citar, «sus facultades físicas y mentales están muy mermadas, tras un ictus sufrido en mayo de este año». — Martinson dejó los papeles sobre la mesa—. Hay más información, pero esto es lo más importante.

Kurt Wallander alzó la mano.

—¿Dice desde qué lugar envió la última carta? ¿Y cuándo quedaron vacías sus cuentas definitivamente?

Martinson hojeó el montón de papeles, sin hallar nada al respecto. Kurt Wallander echó mano del teléfono.

—¿Cuál es el número de teléfono de ese tal Midtstuen?

El inspector fue marcando los números mientras Martinson los leía en voz alta. Todos aguardaron expectantes. Tras unos minutos, lo pasaron desde la centralita al despacho de Hovard Midtstuen. Kurt Wallander formuló sus dos preguntas, dio su número de teléfono y colgó.

—Dice que no le llevará más que unos minutos —aclaró-, de modo que esperaremos.

Hovard Midtstuen le devolvió la llamada diecinueve minutos más tarde. Entre tanto, nadie pronunció una sola palabra. Sólo sonó un móvil, el de Kurt Wallander, que al comprobar el número que aparecía en la pantalla, optó por no contestar. Linda tuvo la certeza, sin saber por qué, de que el número correspondía al teléfono de Nyberg. Cuando por fin sonó el teléfono, Kurt Wallander agarró el auricular y se apresuró a garabatear datos en un bloc. Tras darle las gracias al colega noruego, colgó con un sonoro golpe y gesto triunfal.

—¡Bien! — celebró—. Ahora parece que algo empieza a cuadrar.

Para demostrarlo, leyó en voz alta sus notas: la última carta de Torgeir Langaas tenía matasellos de Cleveland, Ohio, Estados Unidos, que también fue el lugar donde se pulió el dinero que le quedaba y canceló sus cuentas bancarias.

Dicho esto, dejó caer el bloc sobre la mesa. Varios de los presentes seguían sin comprender. ¿Qué era lo que cuadraba? Pero Linda sí lo entendió.

—La mujer que encontraron muerta en la iglesia de Frennestad procedía de Tulsa —les recordó-, pero había nacido en Cleveland, Ohio.

Un pesado silencio se hizo en la sala.

—De todas maneras, sigo sin entender qué ocurre —confesó Kurt Wallander—. Pero hay algo de lo que no me cabe la menor duda: la amiga de Linda, Zeba, o Zebran, como ellas la llaman, se encuentra en grave peligro. Y quizá también Anna Westin lo esté. — Hizo una pausa, antes de proseguir-: Incluso cabe la posibilidad de que sea Anna Westin quien constituya el peligro. Por eso ellas son ahora nuestra prioridad.

Habían dado las tres de la tarde. Linda, presa de un extraño temor, trató de concentrarse en Zebran y en Anna. Una idea rozó veloz su cerebro antes de desaparecer. Dentro de tres días, empezaría a trabajar como policía. Pero ¿sería capaz de ello si a Zebran o a Anna les ocurría algo? Por desgracia, no tenía respuesta para aquella pregunta.

47

La tarde en que Torgeir Langaas fue a recoger a Anna para, con los ojos vendados y tapones en los oídos, conducirla hasta el escondite de Sandhammaren, Erik Westin pensó en la prueba a la que Dios había sometido a Abraham.

Se había acomodado en el despacho del capitán de marina, una pequeña habitación, contigua a la cocina, que se asemejaba a un camarote, con una gran ventana circular enmarcada en bronce. La tenía entreabierta, para poder salir si algo inesperado ocurría. Lo inesperado siempre guardaba relación con el diablo. El diablo era tan real como el mismo Dios; le había llevado más de quince años de reflexión llegar a comprender que Dios no tenía sentido sin su opuesto. El diablo es la sombra de Dios, concluyó cuando hubo aprendido aquella verdad. En numerosas ocasiones había intentado provocar al diablo para que se le mostrase en sus sueños, pero en vano. Paulatinamente fue descubriendo que el rostro del diablo estaba en perpetua transformación. Versátil y habilidoso, utilizaba diversas máscaras a fin de adoptar todas las apariencias posibles. Representar al diablo como un animal con cuernos y rabo era uno de los errores cometidos por los cronistas y exegetas de la Biblia. El diablo era un ángel caído. Se había arrancado las alas, le crecieron brazos en su lugar y adoptó forma humana.

Erik Westin había rebuscado entre sus recuerdos y había concluido que el diablo se le había mostrado en múltiples ocasiones, a hurtadillas, durante sus sueños, sin que él lo advirtiera. Entonces comprendió por qué Dios nunca había querido hablar de ello con él. Él tenía que descubrir por sí mismo que el diablo era un actor que dominaba todos los papeles. De ahí que no pudiera protegerse por completo de lo inesperado. Ahora comprendía por qué Jim se había mostrado tan suspicaz los últimos meses que pasaron en Guyana. Jim no poseía la fuerza suficiente. Nunca logró convertir su miedo en la capacidad de protegerse. La ventana medio abierta del camarote del capitán Stenhammar era un recordatorio del ángel caído.

Abrió una Biblia que había encontrado en la biblioteca del capitán. Su primera Biblia la había extraviado Torgeir. Estaba en la cabaña donde, inopinadamente, se presentó aquella mujer que iba sola por el bosque. Erik se puso fuera de sí cuando supo que aquel ejemplar, que con tanto recelo le había prestado a Torgeir, había sido requisado por la policía. Sopesó si existiría la menor posibilidad de entrar en la comisaría y recuperarlo, pero resolvió que la empresa entrañaba demasiados riesgos.

No le fue fácil controlar la cólera que lo invadió ante la pérdida de aquella Biblia. No obstante, necesitaba a Torgeir para la gran misión que lo aguardaba: era el único de su ejército al que no podía reemplazar. Le explicó a Torgeir que la mujer que había llegado hasta él a través del bosque era las fuerzas mismas del mal, enmascaradas. El diablo es la sombra de Dios y, a veces, la sombra se desgaja y emprende su propio camino bajo un disfraz de ser humano, hombre o mujer, niño o anciano. Torgeir había hecho bien en matar a la mujer. Pese a todo, el diablo no moría, siempre lograba escabullirse de un cuerpo antes de que éste quedase exánime.

Dejó la Biblia sobre el hermoso escritorio de madera de sándalo, o tal vez de caoba, y leyó el pasaje en el que Dios ordena a Abraham que le quite la vida a su propio hijo, Isaac, y en el que se relata cómo después, cuando Abraham ya estaba preparado para ello, Dios lo libró de tener que inmolar a su hijo. Él se encontraba ahora en la misma situación que Abraham. ¿Qué debía hacer con su hija, si resultaba que ella no poseía la fuerza que él le suponía? Había pensado en ello durante mucho tiempo, hasta que su voz interior le indicó cuál era el camino que debía seguir. Tenía que estar preparado para llevar a cabo incluso el mayor de los sacrificios, y sólo el mismo Dios podía posponer o cancelar la orden.

Cuando Anna reconoció la voz de Zebran, él comprendió que Dios le pedía que se preparase para aquel suceso. Él podía interpretar todas las reacciones de Anna, pese a que su rostro sólo había manifestado un breve sobresalto que dio paso, de nuevo, a la inexpresividad. Al principio, la asaltó la duda: ¿habría oído mal?, ¿sería un animal o sería, en verdad, Zebran? La joven buscaba una respuesta convincente al tiempo que casi deseaba que se repitiese el grito. Lo que Erik no comprendía era por qué ella no le preguntó nada. Una simple pregunta, en absoluto inoportuna o innecesaria. Llegar a una casa extraña, conducida por un extraño, con los ojos vendados y tapones en los oídos para que le resulte imposible percibir nada del entorno. Salir a un porche y, de repente, oír un grito que ascendía taladrando el suelo… Pero Anna no formuló ninguna pregunta y él pensó que, posiblemente, el grito de Zebran había sido muy conveniente. En efecto, ya no había vuelta atrás. Pronto verían si Anna era digna de ser su hija. Estaban a 7 de septiembre. Pronto, muy pronto, sobrevendría lo que él llevaba más de quince años preparando. «No voy a hablar con ella», decidió. «Lo que he de hacer es adoctrinarla, igual que hice con el resto de mis seguidores.»

—Imagínate un altar —comenzó—. Podría ser esta mesa. Imagínate una iglesia, que puede ser este porche.

—¿Dónde estamos?

—En una casa que es también una iglesia.

—¿Por qué no me permitiste ver el camino?

—La ignorancia puede ser una forma de libertad.

Anna quería seguir preguntando, pero Erik alzó la mano y ella se estremeció, como si temiera que él fuese a golpearla. Erik empezó a hablarle de lo que estaba por venir y de lo que ya había pasado. Hablaba, como solía, al principio casi vacilante, con largas pausas, y después con creciente intensidad.

—El ejército que he creado aumenta día a día. Los grupúsculos que, en los inicios, se comportaban de forma indisciplinada crecerán hasta convertirse en batallones, los batallones en regimientos, y todos los antiguos baluartes, el auténtico rostro del cristianismo, volverán a restallar en la vanguardia de la humanidad. Buscamos la reconciliación que ha de darse entre Dios y los hombres, y ya ha llegado el momento. Dios me ha llamado y nadie puede desoír una llamada que viene directamente de Dios. El me exige que guíe a estos regimientos para, juntos, derribar los muros del vacío que invade a los hombres. Hubo un tiempo en el que creí que me vería obligado a llenar ese vacío con mi propia sangre. Ahora sé que Dios nos ha procurado mazos con los que destruir los muros que rodean nuestro espíritu. Y pronto vendrá el día y la hora de poner en práctica aquello para lo que nuestra fe ha sido concebida. El instante en que el cristianismo y el espíritu de Dios reinen en la Tierra. La salvación está dentro de nosotros, y nosotros aplastaremos con la mayor resolución toda resistencia, tanto los muros de nuestro interior como a todos los descarriados, todas las doctrinas perniciosas que mancillan la tierra. Sólo existe un Dios, y Él nos ha elegido para que seamos los primeros en atravesar las barricadas y convertirnos en mártires, si fuera preciso. Tenemos que mantenernos fuertes en nombre de la Humanidad, hemos de ahuyentar a las fuerzas oscuras hasta reducirlas al mutismo. Si alguna de estas fuerzas del mal adopta la apariencia de ser humano o de falso profeta y viene a imponerme condiciones, contestaré: «Espera a ver cuáles son las mías». Y así debe ser. La responsabilidad que el mismo Dios me ha asignado no puede cuestionarse. Siempre he soñado con una vida apacible, modesta y sencilla. Pero no eran ésos los designios que me estaban reservados. Y ahora, por fin, ha llegado el momento de abrir las esclusas y dejar que el agua purifique la tierra.

Bruscamente, guardó silencio para ver cómo reaccionaba ella. Sabía que el estado de indefensión era el más propicio para interpretar y adivinar el pensamiento de los demás.

—Hubo un tiempo en el que te dedicabas a hacer sandalias, a ser mi padre. Entonces llevabas una vida sencilla y modesta.

—Sí, pero me vi obligado a seguir mi vocación.

—Y me abandonaste a mí, a tu hija.

—Tuve que hacerlo. Pero nunca te abandoné en mi corazón. Y, además, he vuelto.

Erik la notaba tensa y, pese a todo, su reacción lo sorprendió, pues de improviso ella le gritó a la cara:

—¡He oído a Zebran! Sé que está aquí, en el sótano. Fue ella la que gritó. Y ella no ha hecho nada.

—Sabes muy bien lo que ha hecho. Tú misma me lo contaste.

—Pues me arrepiento de habértelo contado.

—Quien peca y mata a otro ser humano debe aceptar su castigo. No existe más que una justicia, la que hallamos en la Biblia.

—Zebran no ha matado a nadie. Sólo tenía quince años. ¿Cómo iba a hacerse cargo de un niño?

—No debió haberse expuesto a la tentación.

Pese a todo, no lograba calmarla, y sintió cómo una tumultuosa oleada de impaciencia avanzaba por su interior. «Es Henrietta», concluyó. «Anna se le parece demasiado y ha heredado todas sus debilidades.»

Decidió presionarla un poco más. Anna había comprendido cuanto él acababa de decirle. Ahora tenía que explicarle qué opciones tenía ella. Nada era infundado. Tampoco el desasosiego que en Anna provocaba la hija del policía. Ese desasosiego le permitiría a Erik probar la fortaleza de Anna, su capacidad para tomar decisiones y llevar a cabo las acciones que él le imponía.

—A Zebran no le ocurrirá nada —la tranquilizó.

—Entonces, ¿qué hace en el sótano?

—Está esperando tu resolución. Tu decisión.

Erik vio que Anna quedaba desconcertada. En silencio, dio gracias a la providencia, que, durante los años transcurridos en Cleveland, le había permitido estudiar la teoría y la práctica de la guerra. Siempre tenía libros de la historia de la guerra sobre el escritorio, pues, en efecto, había comprendido que contenían enseñanzas útiles también para un predicador. Así, en la conversación con su hija, sabía cómo transformar una posición neutral, o incluso defensiva, en una ofensiva inesperada. Ahora era ella la que estaba sitiada: la decisión más importante debía tomarla ella, no él.

—No te entiendo y estoy asustada.

Anna empezó a llorar convulsamente; le temblaba todo el cuerpo. Erik sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Recordó cómo, de niña, lloraba y cómo la consolaba él. Pero se obligó a reprimir todo sentimiento y le ordenó que se serenase.

—¿De qué tienes miedo?

—De ti.

—Tú sabes bien que yo te quiero. Y también quiero a Zebran. He venido para sentar las bases de la fusión del amor humano y el amor divino.

—¡No sé de qué hablas! — volvió a gritar Anna.

Ya se disponía a contestarle cuando, desde el sótano, les llegó un nuevo grito de socorro de Zebran. Anna saltó de la silla y gritó: «¡Ya voy!». Pero antes de que ella hubiese logrado salir del porche, Erik ya la había agarrado. Ella intentó zafarse, pero él era fuerte, no en vano se había entrenado en Cleveland. Como Anna se resistía, Erik la golpeó con fuerza, con la mano abierta. Una segunda vez, y una tercera. Anna cayó al suelo. Le sangraba la nariz. Torgeir abrió la puerta con cautela. Con un gesto, Erik le indicó que bajase al sótano; Torgeir lo comprendió y volvió a marcharse. Erik levantó a Anna y la obligó a sentarse en la silla. Empezó a acariciarle la frente con las yemas de los dedos. El pulso le latía acelerado. Después, se dio la vuelta y se tomó su propio pulso. Algo más alterado de lo normal, pero perceptible sólo para él mismo. Se sentó en su silla y aguardó. Pronto habría doblegado la voluntad de Anna, sus últimas resistencias estaban cediendo ya. Erik la tenía sitiada, la atacaba desde todas partes. Aguardó un poco más.

—No quiero golpearte —confesó al cabo—. Sólo hago lo que debo. En esta guerra que hemos de librar contra el vacío, no siempre nos será posible ser compasivos. Estoy rodeado de personas dispuestas a ofrecer sus vidas. Quizá yo también tenga que sacrificar la mía.

Anna no respondía.

—A Zebran no le ocurrirá nada —repitió—. Pero todo tiene su precio en esta vida.

Esta vez, ella lo miró con una mezcla de timidez y cólera. La sangre había empezado a secarse bajo su nariz. Erik le explicó lo que quería que hiciese y ella le clavó una mirada atónita, con los ojos desorbitados. Él cambió de silla y fue a sentarse en otra más cercana a la de ella. Anna se estremeció cuando él posó la mano sobre la suya, pero no la retiró.

—Te dejaré sola durante una hora. No voy a echar la llave de las puertas ni pienso cerrar las ventanas. Tampoco te vigilaré. Reflexiona sobre lo que te he dicho, toma una decisión. Sé que, si permites que Dios gobierne tu corazón y tu mente, tu decisión será la correcta. No olvides que yo te quiero.

Pensó que tal vez ella creyese que, durante ese tiempo, encontraría el modo de escapar de allí. Pero su hija tenía que aprender que sólo había un tiempo, y ese tiempo le pertenecía a Dios. Únicamente él podía determinar si un minuto iba a ser largo o breve. Después, se levantó, le pasó los dedos por la frente con gesto rápido, le trazó sobre ella la señal de la cruz y abandonó el porche sin hacer ruido.

Torgeir aguardaba en el pasillo.

—Con sólo verme, guardó silencio —explicó—. Ya no volverá a gritar.

Los dos salieron de la casa y atravesaron el jardín en dirección a un gran cobertizo que se había utilizado para guardar las artes de pesca. Se detuvieron ante la puerta.

—¿Todo listo?

—Todo listo —aseguró Torgeir.

Él señaló las cuatro tiendas que habían levantado junto al cobertizo y abrió una de ellas. Erik miró en el interior. Allí estaban las cajas, amontonadas unas sobre otras. Asintió y Torgeir cerró la tienda.

—¿Y los coches?

—Los que van a recorrer los trayectos más largos están ya en la carretera. Los demás están colocados donde habíamos acordado. Erik Westin miró su reloj. Durante los largos y, por lo general, oscuros años, con los molestos y pesados preparativos, el tiempo había transcurrido lento. Ahora, de pronto, todo se precipitaba. A partir de aquel momento, no podían permitirse ningún fallo.

—Ha llegado la hora de empezar la cuenta atrás —advirtió.

Dicho esto, echó una ojeada al cielo. Siempre que soñaba con aquel instante, imaginaba que el tiempo subrayaría el dramatismo de lo que iba a suceder. Sin embargo, el cielo de Sandhammaren aquel 7 de septiembre de 2001 aparecía despejado y apenas si soplaba el viento.

—¿Qué temperatura hace? — preguntó.

Torgeir miró su reloj que, además de cuentapasos y brújula, llevaba un termómetro incorporado.

—Ocho grados.

Entraron en el cobertizo, cuyas paredes aún estaban impregnadas del viejo olor a brea. Aquellos que lo aguardaban lo hacían sentados en bancos de madera no muy altos, dispuestos en semicírculo. Había pensado celebrar también aquel día la ceremonia de las máscaras blancas, pero, cuando entró, decidió esperar. Aún ignoraba si quien moriría sería Zebran o la hija del policía. Entonces utilizarían las máscaras. No debía desaprovechar el poco tiempo de que disponía. Dios no aceptaría que nadie se retrasase en el cumplimiento de su misión. No administrar bien el tiempo concedido era como negar que el tiempo era un don de Dios y que no podía interrumpirse, prolongarse ni abreviarse. Quienes tenían que realizar el trayecto más largo debían salir en breve. Habían calculado las horas que necesitaban. Lo habían estudiado todo de forma exhaustiva; habían hecho cuanto estaba en su mano, lo habían preparado todo y ya no podían hacer más. Pero allá fuera siempre acechaba el peligro: las fuerzas oscuras que pugnarían para impedirles que saliesen victoriosos.

Siguieron el ritual de la ceremonia que él había dado en llamar «La Determinación». Rezaron sus oraciones, meditaron en silencio durante los siete minutos sagrados y se sentaron después en semicírculo, todos de la mano. Acto seguido, predicó ante ellos y su sermón fue una réplica del que había dirigido a su hija hacía una hora.

Toca a su fin el tiempo que precede a la guerra sagrada. Nosotros continuamos allí donde ésta se abandonó, hace casi dos mil años. Tomamos el relevo en el punto en que la Iglesia se convirtió en lo que es, un recinto formado por muros en vez de una fe que libera a los hombres. Ha llegado la hora de dejar de otear las cuatro puntos cardinales en busca de señales que indaguen que el Día del Juicio está próximo. Ahora miramos nuestro interior y escuchamos la voz de Dios, que nos ha elegido para llevar a cabo su misión. Decimos que estamos preparados, gritamos que ya estamos dispuestos a cruzar los ríos que separan la era pretérita de la nueva. Toda esa falsedad, toda esa traición a lo que era el plan de Dios con nuestras vidas, quedará ahora erradicada, aniquilada, convertida en cenizas que caerán sobre la tierra. Lo que vemos a nuestro alrededor es la ruptura inminente. Hemos sido designados por Dios para allanar el camino del futuro. Nada tememos, estamos prestos a exponernos al mayor de las sacrificios. No dudaremos un instante cuando, por medio de la violencia, debamos confirmar que somos los enviados de Dios y no los de un falso emisario. No tardaremos en separarnos. Varios de nosotros nunca regresaremos. Y sólo nos reencontraremos cuando accedamos al otro mundo, a la eternidad, al paraíso. Lo más importante en estos momentos es que ninguno de nosotros sienta miedo, que todos sepamos qué se nos exige y que nos infundemos valor unos a otros.

Así terminó la ceremonia. Erik pensó que era como si aquel templo hubiese quedado convertido en una base militar. Torgeir dispuso una mesa, donde dejó un montón de sobres. Eran las últimas instrucciones, las últimas directrices de cómo debían comportarse. Los tres grupos que tenían ante sí el trayecto más largo saldrían en poco más de una hora, de modo que ellos no participarían en la última ceremonia, la última inmolación. El grupo que partiría en barco también debía marcharse en breve. Erik les entregó los sobres, les pasó los dedos sobre la frente y clavó en sus ojos su penetrante mirada. Todos ellos abandonaron el cobertizo sin pronunciar palabra. Fuera los esperaba Torgeir con las cajas y el equipamiento que debían llevar consigo. A las cinco menos cuarto en punto, esa tarde del 7 de septiembre, partieron los cuatro primeros grupos. Tres de ellos habían de dirigirse hacia el norte; el cuarto pondría rumbo al este, desde Sandhammaren.

Cuando perdieron de vista los coches, y los demás partieron hacia sus respectivos escondites, Erik quedó solo en el cobertizo. Permaneció sentado, inmóvil en la penumbra, con la gargantilla en la mano, la sandalia dorada que, para él, era ya tan importante como la cruz. ¿Se arrepentía de algo? Eso sería tanto como negar a Dios. Él no era más que un instrumento, si bien había gozado de la libertad para comprender que era un elegido, para abrazar ese designio y entregarse a él. Pensó en lo que lo distinguía de Jim. En los años que siguieron a la catástrofe en la selva, no había sido capaz de analizar y discernir todos los sentimientos encontrados que despertaban en él tanto la persona de Jim como la suya propia. Fue un tiempo en el que todo giraba en su interior, lo que le impedía por completo explicarse qué había sucedido en realidad. No había logrado entender la naturaleza de su relación con Jim. Después, gracias a la paciencia y a la ayuda de Sue-Mary, consiguió discernir la diferencia entre Jim y él; una diferencia muy simple pero, al mismo tiempo, indignante. El pastor Jim Jones había sido un traidor, una de las apariencias con que se mostraba el diablo, mientras que él era un hombre que buscaba la verdad y que había sido elegido por Dios para desatar una guerra necesaria contra un mundo del que Dios había sido relegado a templos sin vida, ceremonias sin vida, una fe que no era ya capaz de infundir en los hombres respeto y alegría por la vida.

Cerró los ojos y aspiró el olor a brea. De niño, pasó un verano en la isla de Öland, en casa de un familiar aficionado a la pesca. El recuerdo de aquel verano, uno de los más felices de su infancia, quedó por siempre envuelto en el olor a brea. Recordaba cómo, por las noches, salía furtivamente para cruzar a la carrera la clara noche estival y alcanzar la caseta donde las artes de pesca despedían un olor intensísimo y donde se sentaba simplemente para dejar que sus pulmones se llenasen del aroma a brea. Abrió los ojos. No había vuelta atrás, y tampoco lo deseaba. Había llegado la hora. Salió del cobertizo y dio un rodeo hasta la fachada principal de la casa. Al abrigo de un árbol, miró hacia el porche. Anna seguía allí, sentada en la misma silla donde él la había dejado. Intentó averiguar, por su postura, cuál había sido la decisión que había adoptado, pero los separaba una distancia demasiado grande.

Oyó un crujido a sus espaldas que lo sobresaltó. Era Torgeir.

—¿Por qué caminas a hurtadillas? — se encolerizó Erik.

—No era mi intención.

Erik le dio un guantazo justo debajo del ojo. Torgeir no se defendió e inclinó la cabeza. Erik le pasó fugazmente una mano por el cabello y entró en la casa. Sigiloso, alcanzó el porche hasta colocarse detrás de su hija. Anna sólo notó su presencia cuando él se inclinó sobre su cabeza y pudo sentir su aliento en la nuca. Se sentó frente a Anna y arrastró la silla para acercarse más a ella. Sus rodillas se tocaban.

—¿Has tomado alguna determinación?

—Haré lo que tú quieres.

Aunque él ya intuía que ésa sería la decisión de Anna, se sintió aliviado.

Se levantó y fue a buscar una pequeña bolsa de asas largas que había colgada en la pared. Sacó de ella un cuchillo de hoja delgada y muy afilada, que dejó con cuidado, como si se tratase de un cachorrillo, sobre las rodillas de Anna.

—En el instante en que te des cuenta de que ella conoce hechos de los que nada debería saber, se lo clavarás no una vez, sino tres, cuatro veces. Húndeselo en el pecho y, cuando saques el cuchillo, hazlo cortando hacia arriba. Después, llama a Torgeir y mantente apartada hasta que vayamos a buscarte. Tienes seis horas, ni un minuto más. Ya sabes que confío en ti. Y sabes que te quiero. ¿Quién te quiere más que yo?

Anna estaba a punto de decir algo, cuando cambió de idea. Erik adivinó que ella iba a responder «Henrietta».

—Dios —contestó Anna.

—Confío en ti —insistió Erik—. El amor de Dios y el mío son una misma cosa. Vivimos en una época en la que está naciendo un mundo nuevo. ¿Entiendes lo que te digo?

—Lo entiendo.

Su padre la miró fijamente, a lo más profundo de sus ojos. Aún no estaba totalmente seguro, pero se veía obligado a creer que estaba haciendo lo correcto.

Después, la acompañó hasta la puerta.

—Anna se marcha —le dijo a Torgeir.

Subieron a uno de los coches que había en el jardín. El propio Erik le puso la venda y comprobó que con ella no veía nada. Hecho esto, le colocó los tapones en los oídos.

—Da un rodeo —le susurró a Torgeir- para que no pueda calcular la distancia.

El coche se detuvo a las cinco y media. Torgeir le quitó los tapones y le dijo que, cuando él le quitase la venda, siguiese con los ojos cerrados y contase hasta cincuenta.

—Dios te ve —le advirtió—. Y no le gustaría nada que desobedecieras.

Después, le ayudó a bajar del coche. Anna contó hasta cincuenta y abrió los ojos. En un primer momento, no supo decir dónde estaba. Después cayó en la cuenta de que se encontraba en la calle de Mariagatan, ante el portal de Linda.

48

La tarde y la noche del 7 de septiembre, Linda vio, una vez más, cómo su padre intentaba reunir y ordenar todas las pistas para que cobraran cierta coherencia, a fin de diseñar un plan de actuación y, tal vez, salir del punto muerto en que se encontraban. Durante aquellas horas, llegó al convencimiento de que los elogios que su padre recibía de sus colegas y, de vez en cuando, también de los medios de comunicación —cuando no lo atacaban duramente por la actitud reacia que solía adoptar en las conferencias de prensa-, no eran en absoluto desmedidos. Comprendió que su padre no sólo había acumulado conocimiento y experiencia, sino que, además, poseía una gran fuerza de voluntad y la capacidad de inspirar y entusiasmar a sus colegas. Recordó algo acaecido en la Escuela Superior de Policía. El padre de uno de sus compañeros era entrenador del segundo equipo en la primera división de hockey sobre hielo. Linda acudió a un partido con su compañero y les permitieron entrar en los vestuarios antes del encuentro, durante las pausas y al finalizar el partido. El entrenador poseía esa cualidad que acababa de descubrir en su padre: sabía entusiasmar al equipo. Tras los dos primeros tiempos, el equipo iba perdiendo por cuatro goles, pero el entrenador los animó: no debían rendirse, no había que desmoralizarse…, hasta que, en el último tiempo, casi lograron darle la vuelta al marcador.

«¿Será capaz mi padre de darle la vuelta al marcador de este partido?», se preguntó. «¿Logrará encontrar a Zebran antes de que ocurra algo?» A lo largo de aquel día, se vio obligada, en varias ocasiones, a abandonar una reunión o una conferencia de prensa, a las que asistía como insignificante espectadora, para precipitarse a los servicios más próximos. El estómago siempre era su punto débil. El miedo le provocaba diarrea. Su padre, en cambio, tenía el estómago de acero. De hecho, en ocasiones, bromeaba asegurando que su estómago segregaba ácidos similares a los de la hiena, los más corrosivos del reino animal, que, no obstante, no le provocaban el menor malestar. El punto débil de su padre era, en cambio, la cabeza; si se veía sometido a una fuerte presión, la cefalea podía afectarle durante varios días y no desaparecía más que con ayuda de fuertes analgésicos que sólo se vendían con receta médica.

Linda tenía miedo, y era consciente de no ser la única. La calma y la concentración que imperaban en la comisaría tenían algo de irreal. Le habría gustado poder penetrar las mentes de los policías y de los técnicos que la rodeaban, pero no logró descubrir más que concentración y conciencia del objetivo que perseguían. Además, comprendió algo que nadie le había enseñado en la Escuela Superior de Policía: en ciertas situaciones, el principal cometido de un agente consistía en mantener su miedo bajo control. Si daba rienda suelta a este miedo, la concentración y sus empeños se transformaban en un caos.

Poco después de las cuatro, Linda vio a su padre ir y venir por el pasillo como un animal enjaulado, justo antes de una conferencia de prensa. Ordenaba a Martinson que se asomase constantemente a la sala para ver cuántos periodistas habían acudido y cuántas cámaras de televisión habían instalado. De vez en cuando, le pedía al colega que comprobase si este o aquel periodista en concreto se había presentado en la sala. Por su tono de voz, Linda adivinó que deseaba con todas sus fuerzas que no fuese así. Y, en efecto, iba y venía como un animal a la espera de que lo dejasen salir a la arena. Cuando Lisa Holgersson apareció y anunció que ya era hora de empezar, él se precipitó al interior de la sala: sólo le faltó rugir.

Linda siguió la conferencia de prensa, que duró media hora exacta, desde un lugar discreto junto a la puerta. En la pequeña tarima que había en uno de los extremos de la sala, estaban sentados Lisa Holgersson, Svartman y su padre, que estaba tan tenso que Linda temía que estallase en un ataque de ira si le hacían alguna de las preguntas a las que él no quería responder. Linda sabía por qué estaba tan nervioso: en opinión de su padre, podrían invertir el tiempo de la conferencia de prensa en algo más útil. Sin embargo Martinson, que estaba de pie junto a ella, le aseguró que las conferencias de prensa podían ser, pese a todo, de gran ayuda en una investigación. Lo que se difundía a través de los medios de comunicación podía dar pie a lo que, en muchos casos, resultaba lo más provechoso: información por parte del público.

Pero Linda se libró de ver a su padre perder el control. Dirigió la conferencia de prensa con una especie de «apagada» presencia; no era capaz de describir mejor la actitud que su padre adoptó sobre el pequeño estrado: una apagada gravedad a la que nadie osaba oponerse.

Sólo habló de Zebran. Distribuyeron fotografías de la joven y proyectaron una imagen de ella en la pared. ¿Dónde estaba? ¿Alguien la había visto? Aquello era lo más importante. El inspector evitó con gran habilidad verse arrastrado a dar largas y detalladas aclaraciones. Sus respuestas fueron concisas, rechazó las preguntas a las que no quería responder y se ciñó a lo estrictamente necesario.

—Hay circunstancias que aún no alcanzamos a entender —admitió para concluir-: las iglesias incendiadas, las dos mujeres asesinadas, los animales carbonizados… Ni siquiera sabemos si existe alguna relación entre estos hechos, pero no cabe duda de que la joven a la que buscamos corre peligro.

¿Peligro? ¿Qué clase de peligro? ¿Y de dónde, de quién provenía ese peligro? Sin duda, la policía podía ofrecerles algún dato más. Las preguntas insatisfechas de los periodistas cruzaban la sala como un zumbido. Linda vio cómo su padre alzaba ante sí un escudo invisible que le permitía rechazar las preguntas y hacerlas rebotar, sin respuesta, a los que las formulaban. Lisa Holgersson sólo intervino para moderar y dar el turno de palabra. Svartman le iba soplando a su padre los detalles que él, en ese momento, no recordaba con exactitud.

De repente, todo había terminado. Su padre se levantó, como si ya no lo aguantase más, asintió a modo de despedida y salió de la sala. Los periodistas siguieron lanzándole preguntas que él, simplemente, ignoró. Después, abandonó la comisaría sin decir una palabra.

—Es lo que suele hacer —explicó Martinson—. Sale a tomar el aire y a darse un paseo, como si fuese su propio perro. Se dará una vuelta y no tardará en regresar.

Veinte minutos más tarde, entraba por el pasillo como un tornado. En la mesa de la sala de reuniones había unas pizzas que habían encargado. Wallander acuciaba a todo el mundo para que se apresurasen a entrar, recriminó a voces a una secretaria por no haberle llevado los documentos que había pedido y cerró de un portazo. Stefan Lindman estaba sentado junto a Linda. El agente se inclinó para susurrarle al oído:

—Un buen día, créeme, echará la llave y la tirará. Y nosotros nos convertiremos en monolitos y, dentro de mil años, nos desenterrarán a todos.

Ann-Britt Höglund entró, sin resuello, después de su viaje relámpago a Copenhague.

—Estuve hablando con Ulrik Larsen —dijo al tiempo que le tendía a Linda una fotografía.

Ella reconoció enseguida al hombre que le había prohibido seguir buscando a Torgeir Langaas y que la había golpeado.

—El caso es que el sujeto se ha retractado de su primera versión —continuó—. Ahora ya no admite en absoluto haber tenido intención de cometer ningún robo. Además, niega rotundamente haber amenazado a Linda. Sin embargo, se resiste a dar una explicación. Al parecer, es un pastor bastante polémico. Sus sermones han ido adoptando un tono cada vez más sulfuroso últimamente.

Linda vio que su padre extendía el brazo para interrumpir a la colega:

—Eso es importante. ¿Cómo que «sulfuroso»? ¿Qué quiere decir «últimamente»?

Ann-Britt Höglund hojeó su bloc de notas.

—«Últimamente» lo entendí yo como este año. «Sulfuroso» quiere decir que empezó a hablar del Juicio Final, la decadencia de la cristiandad, la impiedad y el castigo que sufrirán los pecadores. Le han llamado la atención tanto desde su diócesis de Gentofte como desde el obispado, pero él se niega a suavizar el tono.

—Doy por sentado que le formulaste la más importante de todas las preguntas, ¿no?

Linda ignoraba cuál sería. Cuando oyó la respuesta de Ann-Britt Höglund, se sintió estúpida.

—¿Qué opina sobre el aborto? Pues lo cierto es que tuve la oportunidad de preguntársela a él directamente.

—¿Y la respuesta fue…?

—No hubo respuesta. Se negó a hablar de eso. Sin embargo, según pude averiguar, en algunos de sus sermones ha asegurado que el aborto es un crimen vergonzoso que merece el más duro castigo.

Cuando la agente hizo una síntesis de su visita, todos concluyeron que el pastor Ulrik Larsen tenía que estar implicado en el caso, pero ¿de qué modo?, ¿y en qué, concretamente? Aún era demasiado pronto para responder a estas cuestiones.

Cuando la colega se sentó, Nyberg abrió la puerta.

—Ha llegado el teólogo.

Linda echó una ojeada a su alrededor y comprendió en el acto que sólo su padre sabía a quién se refería Nyberg.

—Dile que pase.

Nyberg se marchó y Kurt Wallander pasó a hablarles de la persona a la que esperaban.

—Nyberg y yo nos hemos ocupado de aquella Biblia que dejaron en la cabaña donde fue asesinada Birgitta Medberg. Alguien se dedicó a hacer ciertas correcciones en los textos sagrados, particularmente en los Hechos de los Apóstoles, la Epístola a los Romanos, y en varios libros del Antiguo Testamento. Pero ¿cuál es la naturaleza de esas anotaciones?, ¿tienen alguna coherencia, apuntan todas a algo concreto? Hablamos con la brigada judicial de Estocolmo, pero ellos no contaban con ningún experto que pudiese ayudarnos, de modo que nos pusimos en contacto con el Departamento de Teología de la Universidad de Lund, y se ofreció a ayudarnos un profesor agregado llamado Hanke. Ésa es la persona a la que esperamos.

El agregado Hanke resultó ser, para sorpresa general, una joven de larga melena rubia y un rostro bastante atractivo que vestía pantalón negro de cuero y una camisa de escote generoso. Linda vio que su padre quedaba desconcertado. La joven rodeó la mesa, le estrechó la mano y fue a sentarse en una silla que habían colocado junto a la de Lisa Holgersson.

—Hola, soy Sofía Hanke —se presentó—. Soy profesora agregada y me doctoré en teología con una tesis sobre el cambio del paradigma cristiano en Suecia después de la segunda guerra mundial. — Abrió entonces un maletín que traía consigo y sacó la Biblia encontrada en la cabaña—. Ha sido una lectura fascinante —prosiguió—. He estado pegada durante horas a este volumen, provista de una buena lupa, hasta que he conseguido descifrar lo que hay escrito entre los renglones. Lo primero que quisiera decir es que estos añadidos manuscritos son obra de una sola persona. Y no porque la caligrafía, si es que puede hablarse de tal cosa con una letra minúscula, sea la misma, que lo es, sino más bien por el contenido. Desde luego, no sabría decir ni quién ni por qué lo escribió. Pero en todo ello subyace una lógica. — La joven doctora abrió un bloc de notas antes de proseguir-: Para ilustrar lo que acabo de decir y de qué trata todo esto, en mi opinión, he seleccionado un ejemplo del capítulo siete de la Epístola a los Romanos. — En este punto, se interrumpió y miró a su alrededor—. ¿Cuántos de vosotros conocéis los textos bíblicos? Tal vez no estén incluidos en la formación general del Cuerpo de Policía, ¿no?

La respuesta negativa fue general, a excepción de Nyberg, que los sorprendió a todos con su confesión:

—Yo leo un pasaje de la Biblia cada noche. Es un método infalible para dormirse enseguida.

Sus palabras fueron acogidas por los agentes con cierto regocijo, y, curiosamente, también Sofía Hanke apreció su comentario.

—Sí, te entiendo —aceptó—. Lo cierto es que preguntaba por curiosidad. En el capítulo siete de la Epístola a los Romanos, que trata sobre la inclinación pecaminosa del ser humano, se dice que «… no hago el bien que quiero, pero sí el mal que no quiero» y, entre las líneas impresas, corrigiendo el texto, entre otras cosas ha cambiado «el mal» por «el bien», con lo que su versión rezaría: «…, hago el mal que quiero y no hago el bien que no quiero». Evidentemente, es una tergiversación significativa. En efecto, una de las tesis fundamentales del cristianismo es precisamente que el ser humano desea hacer el bien, aunque siempre halla motivos para hacer el mal. Sin embargo, la versión corregida sostiene que el ser humano ni siquiera desea hacer el bien. Y ése es el espíritu que predomina en todas las enmiendas de los textos bíblicos. Quien los corrige intenta invertir los términos y buscar un nuevo significado. No cabe duda de que es fácil pensar que esto es obra de un desquiciado. Existen historias, probablemente ciertas, de personas que han estado internadas en hospitales psiquiátricos durante largos periodos estudiando y reescribiendo textos bíblicos. Sin embargo, yo no creo que esto lo haya escrito un loco. Se percibe una suerte de esforzada lógica en todas sus modificaciones. Podría decirse que quien ha añadido estos textos entre los renglones va en pos de una verdad oculta en la Biblia, una verdad que no es interpretable de forma inmediata por las palabras que, de hecho, la configuran. Pretende leer entre líneas. Al menos, así lo interpreto yo. — Sofía guardó silencio y miró a su alrededor—. Podría seguir hablando, pero tengo entendido que andáis cortos de tiempo, así que será mejor que vosotros mismos me hagáis preguntas.

—Has hablado de cierta «lógica» —intervino Kurt Wallander—. Pero ¿qué lógica puede haber en algo tan absurdo?

—Bueno, verás, no todo es absurdo. Hay fragmentos que son sencillos y claros. — La joven hojeó su bloc—. De hecho, el texto manuscrito no sólo aporta enmiendas o modificaciones —explicó—. Los textos son, a veces, totalmente nuevos, como esta anotación que hallé al margen: «Toda la sabiduría que me ha enseñado la vida se resume en estas palabras: aquel a quien Dios ama, halla la felicidad».

Linda vio que su padre empezaba a impacientarse.

—A ver, ¿por qué haría alguien una cosa así? ¿Por qué encontramos una Biblia en una cabaña donde una mujer ha sido brutalmente asesinada?

—Naturalmente, puede tratarse de fanatismo religioso —apuntó Sofía Hanke.

Él no dejó escapar la oportunidad de aprovechar ese filón.

—¿Sí?, explícate.

—Veamos, yo suelo hablar de la tradición de Lena «la Predicadora», una sirvienta que vivió, hace ya muchos años, en Östergötland; la mujer, que tenía revelaciones y empezó a predicar, acabó encerrada en un manicomio. Como ella, siempre ha habido fanáticos religiosos; unos optan por vivir como ermitaños, y otros intentan atraer a grupos de leales seguidores. La mayor parte de esos fanáticos son honrados y actúan de buena fe, convencidos de que siguen los designios de Dios. Por supuesto, también hay impostores que adoptan una fe religiosa «aparente» y que, por lo general, persiguen obtener dinero o favores sexuales de sus adeptos. En esos casos puede decirse, en verdad, que la religión es el instrumento, la trampa utilizada para cazar a las presas. Pero los impostores son minoría. En cambio, los fanáticos, por locos que estén o hayan estado, dan testimonio de su fe y creen fundar sus sectas con buena voluntad y honradez. Si cometen algún crimen, siempre encuentran un modo de defenderlo ante Dios, por lo general en virtud de ciertas interpretaciones de la Biblia…

—¿Hay algún ejemplo de ello en esa Biblia? — quiso saber Kurt Wallander.

—Eso es precisamente lo que he intentado explicar.

La conversación con Sofía Hanke se prolongó algo más, pero Linda intuyó que su padre tenía ya la mente ocupada en otros asuntos. Tampoco los textos manuscritos de la Biblia hallada en la cabaña de Rannesholm proporcionaron ninguna aclaración inmediata. ¿O quizá sí? Ella intentaba leerle el pensamiento, tal y como venía haciendo desde niña. Sin embargo, existía una clara diferencia entre estar a solas con él y, como ahora, rodeados de otras personas en una sala de reuniones de la comisaría.

Nyberg acompañó a Sofía Hanke hasta la salida. Lisa Holgersson abrió una ventana. Las cajas de pizza empezaron a vaciarse. Nyberg volvió tras haber despedido a la doctora en teología. La gente entraba y salía, hablaba por teléfono, iba a buscar tazas de café… Tan sólo Linda y su padre permanecían sentados a la mesa. Él la miró ausente antes de ensimismarse por completo.

«“Apagada” es, desde luego, la mejor palabra que he podido encontrar para describir su actitud. Pero ¿cómo me describiría él a mí? ¿Cómo es mi actitud?» Linda no halló respuesta a su pregunta.

De nuevo se reunieron en torno a la mesa, cerraron las ventanas y, al final, también la puerta. A Linda aquello le recordó el ambiente que precede a un concierto. De adolescente, su padre la llevó varias veces a algún concierto en Copenhague. En una ocasión, fueron a Helsingborg. El silencio desciende despacio sobre la sala mientras se espera la aparición del director. Después, cuando entra, el silencio no reina de inmediato, sino que va haciéndose lentamente, hasta que sobreviene la quietud.

Durante aquella larga reunión, Linda no intervino en ningún momento; tampoco se lo pidieron. Simplemente, permaneció sentada, asistiendo como una invitada. En un par de ocasiones, su padre le dirigió la mirada. Birgitta Medberg se había dedicado a cartografiar senderos abandonados; su padre, en cambio, era un hombre que buscaba caminos accesibles. Parecía estar dotado de una paciencia inagotable, pese a que su reloj interior lo acuciaba con su acelerado y estrepitoso tictac. Eso fue, precisamente, lo que dijo en una ocasión en que viajó a Estocolmo para ver a Linda y a algunos de sus compañeros de clase y les estuvo hablando de su trabajo. Cuando se encontraba sometido a una gran presión, en particular si sabía que alguien se hallaba en grave peligro, experimentaba la sensación de que un pequeño reloj incrustado en el lado izquierdo del pecho, aproximadamente a la altura del corazón, emitía su incesante tictac. De modo que dio muestras de una paciencia inagotable que sólo le fallaba cuando alguien se apartaba del objetivo: ¿dónde estaba Zebran? La reunión proseguía sin interrupciones, aunque de vez en cuando alguien hacía o recibía una llamada telefónica o salía para volver enseguida con algún documento o con fotografías que incorporaban de inmediato al material de trabajo.

—Esto es como un descenso por las aguas de un torrente —opinó Stefan Lindman hacia las ocho, cuando, por casualidad, sólo estaban en la sala él, Linda y su padre—. Hemos de atravesarlas sin volcar y, si alguno se cae por el camino, tenemos que ayudarle a volver a bordo.

Aquéllas fueron las únicas palabras que alguien le dirigió a ella personalmente en toda la tarde. Y ella, ¿intervino en algún momento? Por supuesto que no. Simplemente, asistió sentada ante la mesa como simple oyente y no como participante activa.

A las ocho y cuarto, Lisa Holgersson entró y cerró la puerta después de una pausa. Nada ni nadie debía perturbar el trabajo en que estaban enfrascados. Linda vio que su padre se quitaba la chaqueta, se arremangaba la camisa de color azul marino y se colocaba ante una página en blanco del gran bloc que colgaba en la pared. Después escribió en el centro de la hoja el nombre de Zebran y lo rodeó con un círculo.

—Veamos… Por el momento, vamos a olvidarnos de Birgitta Medberg —comenzó—. Sé que puede ser fatal pero, con lo que tenemos, no podemos establecer ninguna relación lógica entre ella y Harriet Bolson. Es posible que se trate del mismo asesino o asesinos, pero no lo sabemos. En cualquier caso, parto de la hipótesis de que ambos asesinatos obedecen a móviles distintos. Si dejamos a un lado a Birgitta Medberg, hasta nueva orden, comprobaremos que resulta mucho más fácil encontrar una conexión entre Zebran y Harriet Bolson: el aborto. Supongamos que nos enfrentamos a una serie de personas, ignoramos cuántas, que, por algún tipo de motivación religiosa, enjuician a mujeres que han abortado. Digo que lo «supongamos», puesto que no lo sabemos a ciencia cierta. Lo único de lo que tenemos certeza es de que han muerto varias personas y han prendido fuego a animales e iglesias. Todo ello apunta a una serie de acciones planeadas. Harriet Bolson fue conducida a la iglesia de Frennestad para, primero, ser asesinada, y después, calcinada. El incendio de la iglesia de Hurup se provocó para despistar, para generar desconcierto, objetivo que consiguieron por completo. A mí mismo me llevó un buen rato comprender que eran dos las iglesias que estaban en llamas. De modo que, quienquiera que sea el responsable de todo esto, es bastante habilidoso a la hora de pergeñar un plan. — Dicho esto, miró a los demás y fue a sentarse en su sitio—. También podría tratarse de una especie de ceremonia —prosiguió—. El fuego es un símbolo omnipresente. La quema de animales tal vez fuese algún tipo de sacrificio. Y Harriet Bolson fue ejecutada ante el altar en una especie de asesinato ritual. En torno a su garganta, hallamos un colgante en forma de sandalia…

Stefan Lindman lo interrumpió alzando la mano.

—También encontramos el papel con su nombre. Tal vez iba dirigido a nosotros… Pero, en ese caso, ¿por qué?

—No lo sé.

—¿No será que, pese a todo, se trata de un loco que intenta provocarnos para que le demos caza?

—Puede ser. Pero, en este momento, eso carece de importancia. Yo creo que estas personas tienen la intención de aplicar a Zebran el mismo castigo que a Harriet Bolson. — Un profundo silencio reinaba en la sala—. Y en ese punto nos encontramos ahora —concluyó—. No tenemos a ningún sospechoso, ningún móvil claro, ninguna dirección en que movernos. De modo que, a mi juicio, nos hemos estancado.

Nadie elevó la menor protesta.

Disolvieron la reunión y todos se marcharon, cada uno a sus asuntos. Linda, pese a que se sentía como un estorbo, no tenía la menor intención de marcharse de la comisaría. Dentro de tres días, el lunes 10 de septiembre, empezaría a trabajar en serio. Sin embargo, lo más importante en aquel momento era Zebran. Fue a los servicios y, cuando volvía, sonó su móvil. Era Anna.

—¿Dónde estás?

—En la comisaría.

—¿Ha vuelto Zebran? La he llamado a su casa, pero no contesta.

Linda se puso en guardia.

—No, aún sigue desaparecida.

—Estoy muy preocupada…

—Sí, yo también lo estoy.

Linda pensó que la voz de Anna sonaba totalmente sincera. Era imposible que pudiese fingir tan bien.

—Necesito hablar con alguien —confesó Anna.

—Lo siento, ahora no —se excusó Linda—. No puedo irme de aquí.

—¿Ni un momento? ¿Y si yo voy a la comisaría?

—No puedes andar por aquí así como así.

—Pero tú podrías salir unos minutos, ¿no?

—¿No puede esperar?

—Sí, claro —contestó, abatida. Linda se arrepintió al instante.

—Bueno, está bien, un momento.

—¡Gracias! Estaré ahí en diez minutos.

Linda atravesó el pasillo hasta llegar al despacho de su padre. De repente, todos habían desaparecido, de modo que tomó un folio y garabateó: «He salido a tomar el aire y a hablar con Anna. Vuelvo enseguida. Linda».

Fue a buscar su cazadora. El pasillo estaba desierto. Cuando salía, la única persona con la que se cruzó fue la mujer de la limpieza del turno de noche, que llegaba arrastrando su carrito. Los agentes de la central de alarmas estaban ocupados atendiendo llamadas telefónicas. Cuando pasó por recepción, nadie la vio.

La mujer de la limpieza, que se llamaba Lija y era oriunda de Letonia, solía comenzar su trabajo por el final del pasillo, donde se encontraban los despachos de los agentes del grupo de homicidios. Puesto que varias de las dependencias estaban ocupadas, empezó por limpiar el despacho de Kurt Wallander. Debajo de su silla había un montón de pequeñas notas que el inspector no había logrado encestar en la papelera. La mujer recogió todo lo que había esparcido por el suelo antes de abandonar el despacho.

49

Linda aguardaba a la puerta de la comisaría. Tenía frío y se arrebujó en la cazadora. Bajó hasta el pobremente iluminado aparcamiento, donde estaba el coche de su padre. Rebuscó en su bolsillo y comprobó que aún tenía una copia de la llave. Miró el reloj: ya habían pasado más de diez minutos y la calle seguía desierta. Tampoco se veían las luces de ningún coche. Para no quedarse helada, apretó el paso, cruzó la calle hasta el depósito de agua y volvió corriendo. ¿Por qué no venía Anna? Ya habían pasado cerca de quince minutos.

Se colocó ante la entrada de la comisaría y echó un vistazo a su alrededor. No se veía a nadie. En los edificios de enfrente, se recortaban sombras sobre las ventanas iluminadas. Volvió al aparcamiento y, de repente, una sensación desagradable la invadió. Se paró en seco, miró a su alrededor, aguzó el oído. El viento arrancaba un susurro de las copas de los árboles, como para impedirle oír nada más. Se dio la vuelta rápidamente al tiempo que se agachaba. Allí estaba Anna.

—¿Por qué te escondes? — le preguntó, enderezándose.

—Lo siento, no era mi intención asustarte.

—¿Por dónde has venido?

Anna señaló vagamente la entrada de la comisaría.

—No he oído tu coche —comentó Linda.

—Porque he venido a pie.

Linda estaba cada vez más alerta. Anna parecía tensa y mostraba una expresión aturdida a la par que atormentada.

—¿Qué es eso tan importante de lo que quieres hablar?

—Es sobre Zebran, quiero saber qué ocurre.

—Pero si ya hemos hablado de eso por teléfono…

Linda señaló hacia las ventanas de la comisaría, todas ellas iluminadas.

—¿Sabes cuánta gente está trabajando en estos momentos? — continuó—. Y lo único que tienen en la cabeza es encontrar a Zebran. Puedes creértelo o no, pero yo estoy participando en esta investigación, así que no tengo tiempo de quedarme aquí charlando contigo.

—Vaya, perdona. Ya me voy.

«Esto no es normal», reaccionó Linda. Todo su sistema de alarma interior se activó. Esa mirada de Arma, como desorientada, esa manera silenciosa de acercarse hasta donde ella estaba y esa pésima excusa para venir a molestarla… No, ahí había gato encerrado.

—No, tú no vas a ninguna parte —replicó Linda con firmeza—. Ya que has venido hasta aquí, al menos puedes decirme para qué.

—Pero si ya te lo he dicho.

—Si sabes dónde puede estar Zebran, tienes que decírmelo. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo?

—Yo no sé dónde está. Precisamente he venido para preguntar si la habéis encontrado o si tenéis alguna pista.

—Estás mintiendo.

La respuesta de Anna fue tan inesperada que Linda no tuvo tiempo de reaccionar. Fue como si su amiga hubiese sufrido una profunda metamorfosis. En efecto, al tiempo que le daba a Linda varios empujones en el pecho, gritó:

—¡Yo nunca miento! ¡Pero es que tú no comprendes lo que está pasando!

Dicho esto, se dio la vuelta y se marchó de allí. Linda permaneció muda, viendo cómo se alejaba. «Anna no ha sacado la mano derecha del bolsillo», observó. «De modo que lleva algo guardado allí. Algo a lo que intenta aferrarse, como un salvavidas en miniatura que puede llevarse en el bolsillo del abrigo. Pero ¿por qué se habrá enfadado?» Linda pensó que debería ir tras ella, pero Anna estaba ya muy lejos.

Dirigía ya sus pasos hacia la puerta de la comisaría cuando algo la hizo detenerse. Empezó a pensar a toda velocidad. No tendría que haber dejado irse a Anna. Si ella no había malinterpretado su actitud y ésta se comportaba, en efecto, de un modo desequilibrado y extraño, debería haberla hecho entrar en la comisaría y haberle pedido a alguien que hablase con ella. De hecho, le habían encomendado la tarea de mantenerse cerca de Anna, de modo que acababa de cometer un error y la había despedido demasiado a la ligera.

Linda intentaba tomar una decisión. Se debatía entre dos alternativas: volver a la comisaría o ir en busca de Anna. Al final, optó por la segunda y decidió tomar prestado el coche de su padre, pues así iría más rápido. Eligió el camino que suponía que Anna habría tomado, pero no la encontró. Retrocedió y volvió a hacer el mismo recorrido: ni rastro de ella. Regresó y tomó un camino alternativo, pero tampoco la halló. ¿Habría desaparecido una vez más? Linda llegó a la casa de su amiga y paró el coche. Había luz en las ventanas. Camino del portal vio una bicicleta. Las ruedas y el cuadro estaban mojados. Aunque no llovía, había charcos en las calles. Linda movió la cabeza, pensativa. Algo le advertía que no debía llamar a la puerta, de modo que se sentó en el coche y dio marcha atrás hasta que el vehículo quedó camuflado entre las sombras.

Necesitaba pedirle consejo a alguien, de modo que marcó el número del móvil de su padre, pero no respondía. Probó entonces con el de Stefan Lindman, que comunicaba, igual que el de Martinson, que fue el siguiente con el que lo intentó. Se disponía a probar de nuevo cuando un coche apareció por la calle y fue a detenerse justo ante el portal de Arma. Era un coche negro, quizá azul oscuro, que parecía un Saab. Se apagó la luz en el apartamento de Anna. Linda observaba, presa de la mayor tensión; las manos, que aún sostenían el móvil, empezaron a sudarle. Anna salió del portal y se sentó en el asiento trasero del misterioso coche, que partió enseguida. Linda los siguió sin dejar de marcar el número de su padre, que continuaba sin contestar. En la autovía de Österleden la adelantó un camión que iba a gran velocidad. Linda se mantuvo detrás del camión, aunque, de vez en cuando, se aproximaba al centro de la calzada para asegurarse de que el coche de color oscuro seguía delante. Al cabo de unos minutos, tomaron el desvío hacia Kåseberga.

Linda se mantenía a tanta distancia como podía del coche en el que viajaba Anna. Quiso volver a llamar, pero el móvil se le escurrió de la mano y fue a caer entre los asientos. Dejaron atrás el desvío que conducía al puerto de Kåseberga y continuaron en dirección este y, cuando llegaron a Sandhammaren, el coche que la precedía giró. La pilló por sorpresa, pues no había puesto el intermitente, de modo que no pudo girar a su vez. Linda prosiguió y se detuvo una vez que tuvo a su espalda tanto la pequeña colina como una pronunciada curva posterior. A la altura de una parada de autobús, dio media vuelta, pero no se atrevió a llegar hasta Sandhammaren.

Vio entonces un desvío secundario hacia la izquierda. Linda decidió tomar aquel camino, angosto y serpenteante, que desembocaba en una verja desplomada y una cosechadora oxidada. Se apeó del coche. El viento soplaba con más fuerza junto al mar. Buscó en el coche la linterna y el gorro de lana negra de su padre. Cuando se lo puso, tuvo la sensación de que la prenda la haría invisible. Sopesó la posibilidad de volver a llamar, pero, al ver que el móvil no tardaría en quedarse sin batería, se lo guardó en el bolsillo y empezó a caminar por donde había venido. Tan sólo unos cientos de metros la separaban del desvío principal hacia Sandhammaren. Avanzaba tan deprisa que empezó a sudar. El camino estaba a oscuras. Se detuvo y aguzó el oído, pero sólo se oía el viento y el rugido del mar.

Durante cuarenta y cinco minutos merodeó entre las casas que había dispersas por la zona y, a punto estaba de darse por vencida cuando, de pronto, descubrió el coche azul oscuro aparcado en medio de unos árboles. No había ninguna casa cerca. Volvió a aguzar el oído, pero todo estaba en silencio. Dirigió la linterna hacia el interior del coche, cubriéndola ligeramente con la mano, y, en el asiento trasero, donde Anna había ido sentada, había un pañuelo y unos tapones para los oídos. Se preguntó por qué estarían allí aquellos objetos al tiempo que enfocaba el haz de luz al suelo. Descubrió varios senderos que partían en distintos sentidos; uno de ellos, un sendero de arena con muchas huellas de pisadas, parecía el más transitado.

Se le ocurrió que debía llamar a su padre, pero cambió de idea cuando recordó que le quedaba poca batería, de modo que le envió un mensaje: «Estoy con Anna. Luego te llamo». Apagó la linterna y comenzó a seguir el sendero de arena. Le sorprendió comprobar que no sentía miedo, pese a que estaba contraviniendo la regla de oro que más veces había escuchado durante su formación policial: «No salgáis solos, no trabajéis nunca en solitario». Se detuvo, titubeante, y se preguntó si no debería volver. «Igual que mi padre», se dijo mientras la invadía la sorda sospecha de que, en última instancia, hacía todo aquello para demostrarle a su padre su valía.

De pronto, atisbó una luz entre los árboles y las dunas de la playa. Prestó atención, pero sólo se oía, como antes, el sonido del viento y del mar. Dio unos pasos en dirección a la luz y vio varias ventanas iluminadas. Se alzaba allí una casa solitaria. Volvió a encender la linterna, la cubrió a medias con la mano para difuminar la luz y empezó a acercarse con suma cautela. Apagó de nuevo la linterna cuando estuvo tan cerca que la luz de las ventanas iluminaba el suelo a sus pies. Una verja delimitaba el extenso jardín que rodeaba la casa. Pese a que no podía ver el mar, lo oía muy cerca. Se preguntó quién tendría una casa de aquellas características tan cerca de la playa y qué haría Anna en ella, si es que estaba allí. En ese momento, su móvil empezó a vibrar. Se sobresaltó y se le cayó la linterna al suelo. Se apresuró a responder. Era uno de sus compañeros de curso, Hans Rosqvist, que ahora trabajaba en Eskilstuna. No había hablado con él desde la fiesta de fin de curso.

—¿Llamo en mal momento? — preguntó el compañero.

Linda oyó música y el ruido de copas y botellas de fondo.

—Bueno, un poco —susurró ella—. Mejor llámame mañana, ahora estoy trabajando.

—Vaya, ¿no puedes hablar siquiera un momento?

—No. Nos llamamos mañana.

Cortó la comunicación y mantuvo el dedo en el botón de apagado del móvil, por si el compañero volvía a llamar. Aguardó dos minutos y, al ver que no llamaba, se guardó el móvil en el bolsillo. Saltó la verja con sumo cuidado. Ante la casa había varios coches aparcados, además de algunas tiendas de campaña instaladas sobre el césped.

A tan sólo unos metros de donde ella se encontraba, se abrió una ventana. Linda dio un brinco y se acuclilló. Detrás de una cortina, vio una sombra y oyó voces. Aguardó un instante y se arrastró hasta la ventana. Las voces callaron. Tenía la sensación de que unos ojos la vigilaban en la oscuridad. «Tengo que salir de aquí», se dijo con el corazón en un puño. «No debería estar aquí o, al menos, no sola.» En ese momento, se abrió una puerta y un haz de luz atravesó la negrura. Linda contuvo la respiración. Percibió el olor a humo de tabaco en el aire. «Alguien ha salido a fumar y tiene la puerta abierta», se dijo. Entre tanto, volvió a oír las voces a través de la ventana que habían dejado entreabierta.

El haz de luz desapareció y la puerta se cerró. Ahora podía oír las voces con mayor claridad. Le llevó varios minutos comprender que sólo hablaba una persona, un hombre, pero la inflexión de su voz era tan cambiante que Linda, al principio, creyó que eran varias. El hombre se expresaba con frases cortas, haciendo grandes pausas. Linda se esforzaba por oír en qué idioma hablaba, hasta que comprobó que lo hacía en inglés.

En un principio no entendía de qué hablaba. Lo que oía no era más que una masa amorfa de palabras ininteligibles. Parecía enumerar nombres de personas, de ciudades… Luleå, Västerås, Kalmar. Linda comprendió que eran algo así como instrucciones, algo que debía ocurrir en aquellos lugares a una hora y en una fecha que se repetía. Calculó mentalmente y concluyó que, lo que fuese a suceder en las ciudades mencionadas, se produciría en un plazo de veintiséis horas. El hombre hablaba con voz melódica, morosa, aunque, a veces, se volvía dura, casi chillona, para volver enseguida al tono suave.

Linda intentaba imaginarse al hombre. Tentada estuvo de ponerse de puntillas para ver el interior de la habitación, pero decidió no arriesgarse y se quedó en la incómoda posición que había adoptado desde el principio, agazapada junto a la fachada de la casa. De repente, la voz empezó a hablar de Dios. Linda sintió que se le encogía el estómago. Su padre ya lo había mencionado: cuanto estaba sucediendo tenía una dimensión religiosa.

No se le ocultaba que tenía pocas alternativas. Debía marcharse de allí y avisar a su padre y a sus colegas; por otro lado, tal vez en la comisaría hubiesen empezado a preguntarse dónde estaba. Sin embargo, no podía marcharse: la voz había empezado a hablar de Dios y de lo que iba a suceder dentro de veintiséis horas. ¿Qué mensaje ocultaban sus palabras? El hombre hablaba de la gracia sin límite que aguardaba a los mártires. ¿Quiénes eran los mártires? ¿Y qué era, exactamente, un mártir? Pensó que había demasiadas preguntas y que su cabeza no daba para más. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué les hablaba con voz tan suave?

No habría sabido decir cuánto tiempo estuvo escuchando hasta que comprendió de qué hablaba el hombre. Podía ser media hora o sólo unos minutos. La terrible verdad fue haciéndosele evidente muy despacio. Para entonces llevaba ya un rato sudando, pese a que el lugar en que se había apostado junto a la fachada de la casa era muy frío. «Aquí, en esta casa de Sandhammaren, están preparando un ataque horrendo, o mejor, no uno, sino trece ataques simultáneos; y algunas de las personas que deben iniciar ese ataque ya se han puesto en marcha.»

Linda oía las palabras que se repetían sin cesar: … colocar junto al altar y las torres. El hombre también hablaba de lo que iba a explotar, de los cimientos y las esquinas de lo que iba a explotar, en lo que insistía una y otra vez. Linda recordó entonces el enojo con que reaccionó su padre cuando alguien fue a informarlo de un robo de dinamita de proporciones inusitadas. ¿Estaría relacionado con lo que ella escuchaba a través de la ventana? De repente, el orador empezó a hablar de lo importante que era atacar los principales símbolos de los falsos profetas, y que por eso había elegido como objetivo las trece catedrales.

Linda no dejaba de sudar, muerta de frío al mismo tiempo. Tenía las piernas entumecidas y le dolían las rodillas. Era consciente de que debería marcharse lo antes posible. Cuanto acababa de oír, y que ahora sabía cierto, era tan aterrador que su entendimiento no alcanzaba a asimilarlo. «Estas cosas no ocurren aquí», se dijo, «sino en países lejanos, entre personas cuyo color de piel es distinto al nuestro, cuya fe es otra que la nuestra.»

Se levantó con sumo sigilo. Al otro lado de la ventana, la voz había enmudecido. Estaba a punto de marcharse cuando otra persona empezó a hablar. Linda quedó petrificada. La nueva voz dijo todo está listo, sólo eso, todo está listo, y hablaba en sueco, pero no como un nativo. Le pareció haber oído antes esa voz: sí, era la de la grabación de la central de alarmas. Estremecida, aguardó por si Torgeir Langaas añadía algo más, pero el silencio volvió a reinar en el interior de la casa. Linda avanzó agazapada y cauta hasta la valla, sin atreverse a encender la linterna, tropezando con árboles y piedras.

Al cabo de un rato comprendió que se había perdido. No era capaz de encontrar el sendero y se vio en medio de una zona de dunas. No importaba hacia dónde mirase, la única luz que veía era la procedente de las embarcaciones que navegaban por alta mar. Se quitó el gorro y lo guardó en el bolsillo, como si llevar la cabeza descubierta pudiese ayudarle a encontrar el camino. Intentaba orientarse a partir de su posición con respecto al mar y la dirección del viento. Volvió a sacar el gorro del bolsillo, se lo puso y echó a andar.

El tiempo era ahora el factor más importante. No podía seguir deambulando entre la negrura de las dunas. Tenía que llamar, pero al llevarse la mano al bolsillo para sacar el móvil, no lo encontró. Rebuscó por los demás bolsillos de la cazadora, sin resultado. «¡El gorro!», exclamó para sí. «El móvil debió de caerse cuando lo saqué del bolsillo. Se cayó en la arena y por eso no lo oí.» Volvió sobre sus pasos gateando, pero no encontró el teléfono. «Soy una incompetente», se recriminó. «Aquí estoy, gateando en la oscuridad sin saber siquiera dónde me encuentro.» Se obligó a recobrar la calma y de nuevo trató de orientarse. De vez en cuando se detenía y, rápidamente, hendía la oscuridad que la rodeaba con la luz de la linterna.

Por fin logró dar con el sendero por el que había venido. A la izquierda se alzaba la casa con las ventanas iluminadas. Se apartó de la luz tanto como pudo y echó a correr hacia el coche de color azul oscuro. Fue como un instante de liberación. Volvió a mirar el reloj: las once y cuarto. El tiempo había transcurrido en un soplo.

El brazo surgió de la oscuridad, por detrás, y le agarró con firmeza los dos brazos. Quedó inmovilizada por aquella fuerza demasiado poderosa. Sintió el aliento en su mejilla. El brazo la obligó a dar la vuelta. Alguien orientaba una linterna encendida hacia su rostro. El hombre no tuvo que decir nada: ella sabía que quien la observaba con aquella respiración tan pesada era Torgeir Langaas.

50

El alba, que se presentó con un triste tono grisáceo, avanzaba despaciosa. La venda que cubría los ojos de Linda dejaba entrar algo de luz. Comprendió que aquella larga noche empezaba a tocar a su fin. Pero ¿qué ocurriría ahora? El más hondo silencio reinaba a su alrededor. Por extraño que pudiese parecer, su estómago no parecía resentido. Fue una idea absurda que saltó en su interior como un vigilante diminuto cuando el poderoso brazo de Torgeir Langaas se cernió sobre ella. El vigilante gritó: Antes de que acabes conmigo, antes de que me liquides, tengo que ir al baño. Y si no hay baño aquí, en el bosque, déjame un minuto de intimidad. Me pondré en cuclillas en la arena, siempre llevo algo de papel higiénico en el bolsillo y después cubriré la mierda con arena, como un gato.

Pero, naturalmente, ella no dijo en voz alta nada de aquello. Había sentido la respiración de Torgeir Langaas, que le enfocó su linterna en los ojos. Después, el hombre le dio un empellón, le puso la venda en los ojos y la amarró con fuerza. Linda se golpeó la cabeza contra la puerta del coche cuando él la obligó a entrar. El miedo que experimentaba era tan desmedido que sólo podía compararse con el que sintió el día en que, a punto de dejarse caer desde aquel puente, vivió el sorprendente instante de comprender que ya no deseaba morir. No oía nada, salvo el viento y el bramido del mar.

¿Estaría Torgeir Langaas aún junto al coche? No lo sabía. Y tampoco cuánto tiempo había pasado cuando se abrieron las puertas delanteras. Sin embargo, sí pudo adivinar, por los movimientos del vehículo, que eran dos las personas que se sentaban en él, una al volante y la otra en el asiento contiguo. El coche salió a empellones, el conductor lo llevaba sin cuidado, nervioso, o quizá con prisa.

Intentó determinar adónde se dirigían. Salieron a la carretera asfaltada y torcieron a la izquierda, en dirección a Ystad. Le pareció incluso que atravesaban la ciudad pero, en algún punto del camino hacia Malmö, se perdió en el mapa que había estado trazando para sus adentros. El coche cambió de dirección varias veces, dejaron el asfalto por la gravilla y de nuevo volvieron al asfalto. El coche se detuvo, pero no se abrieron las puertas. Seguía imperando el más absoluto silencio. Fue incapaz de calcular cuánto tiempo estuvo allí sentada, pero la espera terminó cuando el gris amanecer se abría paso por entre los resquicios de la venda.

De repente, el silencio se quebró cuando se abrieron las puertas, alguien la sacó del coche de un tirón y empezó a conducirla por un camino, al principio de asfalto, luego de arena. La hicieron subir una escalera de piedra con cuatro peldaños de forma desigual, de lo que dedujo que se trataba de una escalera antigua. Después, quedó envuelta en un frío intenso, hueco. Comprendió enseguida que se encontraba en una iglesia. El pánico, que se había adormecido durante la larga espera, la atenazó de nuevo con toda su intensidad. Y en su mente se pintó aquello que, sin haberlo visto, le habían descrito: Harriet Bolson, estrangulada ante un altar con una soga.

Los pasos resonaban en el suelo de piedra. Una puerta se abrió y Linda tropezó con un bordillo. Entonces le quitaron la venda. La luz gris la cegó ligeramente antes de que pudiese distinguir la espalda de Torgeir Langaas, que salió y cerró la puerta tras de sí. Una lámpara iluminaba la sala, que era una sacristía en cuyas paredes colgaban óleos que retrataban a severos sacerdotes de tiempos pasados. Había ventanas, todas con los postigos cerrados. Linda echó una ojeada a su alrededor por si veía alguna puerta que diese a unos servicios, pero no era así. Su estómago y sus intestinos seguían tranquilos, pero estallaría si no podía ir a orinar pronto. Sobre una mesa había unas ánforas estrechas y alargadas. Pensó que Dios la perdonaría y utilizó una de ellas como orinal. Miró el reloj. Eran las siete menos cuarto del sábado 8 de septiembre. Sobre el tejado de la iglesia se oía el motor de un avión que iba a aterrizar en algún lugar cercano.

Se maldijo por haber perdido el móvil durante la noche. Allí, en la sacristía, no había ningún teléfono: rebuscó entre armarios y cajones, sin resultado. Después, fue comprobando las ventanas, cuyas hojas pudo abrir; no así los postigos, que estaban bien bloqueados. Volvió a rebuscar por toda la sacristía con la esperanza de encontrar alguna herramienta, pero fue en vano.

Entonces se abrió la puerta y entró un hombre. Linda lo reconoció enseguida. Estaba más delgado que en las fotografías que Anna le había mostrado, las que había guardado en sus cajones durante años. El hombre vestía de traje, con camisa azul marino abrochada hasta el cuello. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y tan largo que le cubría la nuca. Los ojos eran de color azul claro, igual que los de Anna. Ahora se veía con más claridad el gran parecido que Anna tenía con su padre. Él se detuvo en la sombra que la pared proyectaba junto a la puerta y la miró con una sonrisa.

—No has de tener miedo —aseguró amable al tiempo que se le acercaba con los brazos extendidos, como si quisiera mostrarle que no iba armado y que no pretendía agredirla.

En ese momento, al ver los brazos extendidos y las manos abiertas, una sospecha terrible cruzó la mente de Linda: Anna llevaba un arma en el bolsillo del abrigo. Por eso fue a la comisaría. Para matarme. Pero no fue capaz. Esta sola idea le produjo un temblor tal en las rodillas que a punto estuvo de caer. Erik Westin extendió la mano y le ayudó a sentarse.

—No has de tener miedo —reiteró el hombre—. Lamento haberte hecho esperar en el coche, y con los ojos vendados. Y también lo lamento, pero me veo obligado a retenerte aquí unas horas más; después, podrás marcharte.

—¿Dónde estoy?

—Ése es un dato que no puedo revelarte. Lo importante es que no te asustes y que respondas a una pregunta.

El tono de su voz seguía siendo afable y la sonrisa parecía sincera, lo que desconcertaba a Linda.

—Tengo que saber cuánto sabes tú —pidió Erik Westin.

—¿Sobre qué?

Él la observaba aún sonriente.

—No ha sido muy buena esa respuesta —dijo el hombre muy despacio—. Podría formular la pregunta de un modo más transparente, pero no tengo por qué, puesto que sabes perfectamente a qué me refiero. Anoche seguiste a Anna hasta una casa situada junto al mar.

Linda se decidió sobre la marcha. «La mayor parte de lo que le diga tiene que ser verdad, de lo contrario sabrá que le miento. No hay otra alternativa», se dijo mientras se sonaba la nariz para darse algo más de tiempo.

—En realidad, no llegué hasta ninguna casa. Encontré un coche aparcado en el bosque, pero es cierto que iba buscando a Anna.

Aunque el hombre parecía ausente, Linda intuyó que estaba sopesando su respuesta. Ahora reconoció su voz. Era, en efecto, el que había estado predicando ante aquella congregación invisible en la casa de la playa. Aunque su voz y todo su ser emanaban una gran paz, no debía olvidar lo que le había oído decir durante la noche.

Volvió a mirarla a los ojos.

—Así que no llegaste hasta una casa, ¿no es así?

—No.

—¿Por qué saliste tras Anna?

«No más mentiras», se advirtió Linda.

—Estoy preocupada por Zebran.

—¿Y quién es Zebran?

Ahora era él quien mentía, y ella tenía que fingir que no lo había notado.

—Es una amiga común que ha desaparecido.

—¿Y por qué había de saber Anna dónde se encuentra?

—Anna ha estado tan tensa últimamente…

Él asintió.

—Es posible que estés diciendo la verdad —admitió—. Llegado el momento, sabré si es así. — Se levantó, sin apartar sus ojos de los de ella—. ¿Tú crees en Dios?

«No», se dijo Linda, «pero yo sé la respuesta que deseas oír.»

—Creo en Dios.

—Bien. Pronto sabremos cuál es el valor de tu fe —auguró el hombre—. Tal y como dice la Biblia: «Pronto quedarán exterminados nuestros enemigos y a todos ellos los consumirá el fuego». — Se acercó a la puerta y la abrió, antes de dirigirse a Linda de nuevo-: Ya no tendrás que estar sola más tiempo.

Entonces entró Zebran y, detrás de ella, Anna. La puerta se cerró tras Erik Westin y se oyó el ruido que hizo una llave al girar en la cerradura. Linda clavó una mirada atónita en Zebran; después, miró a Anna.

—¿Qué se supone que estás haciendo?

—Lo que ha de hacerse.

La voz de Anna sonaba firme, aunque forzada y hostil.

—Está loca —sentenció Zebran, que se había dejado caer en una silla—. Totalmente loca.

—Sólo aquel que asesina a un niño inocente está loco. Es un crimen que debe castigarse.

Zebran saltó de la silla y agarró el brazo de Linda.

—Está loca —reiteró a gritos—. Dice que debo recibir un castigo porque aborté una vez.

—Déjame hablar con Anna —propuso Linda.

—¡No se puede hablar con un loco! — volvió a gritar Zebran.

—Bueno, yo no creo que esté loca —rechazó Linda tan sosegada como pudo.

Se colocó frente a Anna y la miró a los ojos al tiempo que intentaba desesperadamente ordenar sus pensamientos. ¿Por qué habría dejado Erik Westin a Anna con ellas en la misma habitación? ¿Habría un plan detrás del plan, un plan que escapaba a su entendimiento?

—No querrás decir que tienes algo que ver con todo esto, ¿verdad? — preguntó Linda.

—Mi padre ha vuelto. Y me ha infundido una esperanza que daba por perdida.

—¿Qué clase de esperanza?

—Que la vida tiene sentido, que Dios nos ha otorgado un sentido.

«Eso no es verdad», se dijo Linda, pues veía en los ojos de Anna lo mismo que en los de Zebran: el miedo. Anna se había vuelto un poco para tener la puerta a la vista. «Teme que se abra la puerta. Su padre la aterra.»

—¿Con qué te amenaza? — preguntó en voz baja, casi en un susurro.

—Él no me amenaza.

Anna también había empezado a susurrar. «Y eso sólo puede significar que me está prestando oídos», concluyó Linda, segura ya de que eso le brindaba una oportunidad.

—Mientes, Anna. Piensa que si dejas de mentir, las tres podríamos salir de ésta.

—No estoy mintiendo.

Disponían de poco tiempo, de modo que decidió no ponerse a discutir con Anna. Si su amiga se negaba a responder o si lo hacía con una mentira, no le quedaría más remedio que seguir adelante.

—Tú puedes creer en lo que quieras, pero no puedes hacerte cómplice de asesinato. ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo?

—Mi padre ha vuelto por mí. Nos espera una gran misión.

—Ya sé cuál es la misión de la que hablas. ¿De verdad quieres que siga muriendo gente, que sigan quemando iglesias?

Linda vio que Anna estaba a punto de venirse abajo; debía aprovecharlo y continuar.

—Y si ejecutan a Zebran, la imagen del rostro de su hijo no te abandonará nunca, como una acusación de la que nunca te verás libre. ¿Es eso lo que quieres?

En ese momento, se oyó el ruido de una llave al girar en la cerradura. Linda se asustó. Ya era demasiado tarde.

Pero un segundo antes de que la puerta se abriese, Anna se metió la mano en el bolsillo y le pasó un móvil a Linda. Erik Westin apareció en la puerta.

—¿Te has despedido? — preguntó.

—Sí, me he despedido —respondió Anna.

Erik Westin le rozó la frente con la yema de sus dedos y, después, se volvió a Zebran y a Linda.

—Aún queda un rato —anunció—. Poco más de una hora.

Zebran se lanzó de repente contra la puerta. Linda la agarró, la obligó a sentarse y la mantuvo así hasta que se hubo calmado.

—Tengo un teléfono —le susurró Linda para tranquilizarla—. Saldremos de ésta, con tal de que te quedes ahí sentada y te armes de paciencia.

—Van a matarme.

Linda le cubrió la boca con la mano.

—Si quieres que lo consiga, debes ayudarme guardando silencio.

Zebran obedeció. Linda temblaba de tal manera que marcó mal el número por dos veces. La señal de llamada sonaba una y otra vez, sin que su padre contestase. A punto ya de colgar, alguien descolgó el teléfono. Era su padre, que, al oír la voz de Linda, empezó a vociferar. ¿Dónde se había metido? ¿No comprendía lo preocupados que estaban todos?

—No tenemos tiempo —musitó ella—. Escúchame.

—¿Dónde estás?

—Cállate y escucha.

Linda le contó todo lo sucedido desde que salió de la comisaría después de haberle dejado una nota sobre la mesa del escritorio. Él la interrumpió.

—Pues yo no he visto ninguna nota, y eso que he estado allí toda la noche esperando a que llamases.

—Entonces, se habrá perdido. Pero escucha, no hay tiempo.

Kurt notó que Linda estaba a punto de echarse a llorar, de modo que no volvió a interrumpirla. Ella pudo contárselo todo. Oía la pesada respiración de su padre, como si cada nuevo dato que ella le daba suscitase en él una compleja pregunta para la que debía hallar respuesta o que le obligase a tomar una decisión crucial.

—¿Es cierto todo eso? — preguntó él.

—Totalmente. Oí todo lo que decían.

—En otras palabras, que están completamente locos —concluyó enfurecido.

—No. Se trata de algo muy distinto. Creen en lo que hacen, para ellos no es una locura.

—Ya, bueno. Sea como sea, daremos la alarma en todas las sedes episcopales —replicó crispado—. Creo que tenemos quince catedrales en el país.

—Ellos hablaban de trece —advirtió Linda—. Trece torres. La decimotercera será la última, y su caída significará el comienzo del gran proceso de purificación. Pero no me preguntes qué proceso es ése.

—A ver, entonces, ¿no sabes dónde estás?

—No. Estoy casi segura de que atravesamos Ystad, por las rotondas. Y no es posible que viajásemos tanto como para llegar a Malmö.

—¿En qué dirección, pues? ¿Norte, sur…?

—No lo sé.

—¿Notaste alguna otra cosa mientras ibais en el coche?

—Los pisos de la carretera variaban: asfalto, gravilla, a veces auténticos caminos de cabras.

—¿Sabes si pasasteis algún puente?

Linda hizo memoria.

—No lo creo

—¿Algún sonido?

Enseguida cayó en la cuenta. Los aviones. Los había oído varias veces.

—Sí, he estado oyendo motores de avión. Uno sonaba bastante cerca.

—¿A qué te refieres?

—A que sonaba como si estuviese a punto de aterrizar o como si acabase de despegar.

—Espera un instante —rogó su padre antes de gritar algo alejado del auricular.

—Vamos a mirar en un mapa —le dijo cuando regresó al teléfono—. Y ahora, ¿se oye algún avión?

—No.

—¿Dirías que sonaban como aviones grandes o pequeños?

—Sonaban como un jet. Como aviones grandes.

—Pues tiene que ser Sturup.

Linda oía papeleo y cómo su padre le pedía a alguien que llamase a la torre de control de Sturup.

—Bien, ya tenemos un mapa. ¿Oyes algo ahora?

—¿Quieres decir algún avión? No, nada.

—¿Podrías describir con más detalle en qué posición te encuentras tú en relación con el sonido de los aviones?

—Las torres, ¿están situadas al este o al oeste de las iglesias?

—¿Y cómo quieres que lo sepa yo?

El inspector llamó a Martinson, que le dio la respuesta.

—La torre está al oeste y el coro al este. Tiene algo que ver con la resurrección.

—Pues los aviones venían del sur. Si yo me sitúo mirando al este, los aviones venían desde el sur y volaban con rumbo norte. O quizá noroeste. Volaban casi justo encima de la iglesia.

Se oían rumores y crujido de papeles al otro lado de la línea telefónica. Linda sentía caer de su rostro las gotas de sudor. Zebran tenía la mirada perdida; se balanceaba apática con la cabeza entre las dos manos. Su padre volvió al auricular.

—Bien, ahora vas a hablar con un controlador aéreo de Sturup que se llama Janne Lundwall. Yo estaré escuchando vuestra conversación y es posible que os interrumpa. ¿Me has entendido?

—Sí, claro, no soy estúpida. Pero tenéis que datos prisa.

Kurt Wallander respondió con voz trémula.

—Lo sé. Pero no podemos hacer nada si no sabemos dónde estáis.

Janne Lundwall se puso al teléfono.

—Bueno, bueno. Veamos si podemos adivinar dónde estás —dijo el hombre en tono jovial—. ¿Se oye algún avión en este momento?

Linda se preguntó qué le habría dicho su padre a aquel controlador aéreo que, con aquel tono tan animado, no hacía sino acentuar su angustia.

—No oigo nada.

—Verás, esperamos la entrada de un aparato de la KLM dentro de cinco minutos. En cuanto lo oigas, avisas.

Los minutos pasaban con una parsimonia infinita pero, por fin, oyó el débil ronroneo del motor de un avión que se aproximaba.

—Ya lo oigo.

—¿Estás mirando al este?

—Sí. El avión viene por la derecha.

—Exacto. En cuanto esté justo sobre tu cabeza o exactamente delante de ti, avisas.

En ese momento, se oyó un ruido procedente del otro lado de la puerta. Linda cortó la comunicación, apagó el móvil y se lo guardó en el bolsillo. Era Torgeir Langaas, que entró y se quedó mirándolas sin decir nada. Después, se marchó sin haber pronunciado una sola palabra. Zebran seguía encogida en su rincón. Cuando el hombre se marchó y la puerta estuvo cerrada, Linda cayó en la cuenta de que, naturalmente, el avión ya había pasado.

Volvió a marcar el número de su padre, que respondió enojado. «Está tan asustado como yo», constató Linda. «Igual de asustado. Y tiene tan poca idea como yo misma de dónde me encuentro. Podemos hablar, pero no encontrarnos.»

—¿Qué ha pasado?

—Alguien entró en la sala. Torgeir Langaas. Tuve que apagar el móvil.

—¡Dios santo! Bueno, sigue hablando con Lundwall.

El siguiente avión aterrizaría dentro de cuatro minutos. Según Janne Lundwall, era un vuelo chárter procedente de Las Palmas, que traía catorce horas de retraso.

—Un montón de pasajeros serios y mosqueados están a punto de aterrizar —aseguró Lundwall satisfecho—. A veces es estupendo eso de estar totalmente aislado en la torre de control, la verdad. ¿Oyes algo?

Linda les dijo que empezaba a oír el avión.

—Bien, pues igual que antes. Avísame cuando lo oigas sobre tu cabeza o delante de ti.

El avión se acercaba, y el móvil empezó a pitar. Linda miró la pantalla y comprobó que la batería estaba casi agotada.

—El móvil está a punto de morirse —advirtió la joven.

—¡Tenemos que saber dónde estás! — gritó su padre.

«Demasiado tarde», pensó Linda mientras hablaba con el móvil y lo maldecía y le rogaba que le concediese unos segundos más. El avión estaba ya muy próximo, el móvil seguía pitando. Linda avisó cuando oyó el rugido del avión encima de su cabeza.

—Bien, pues ya te tenemos bien localizada —declaró Janne Lundwall—. Sólo una pregunta más…

Linda nunca supo qué quería preguntarle Lundwall. El móvil se apagó y lo escondió en uno de los armarios en los que colgaban sotanas y otras vestiduras talares. ¿Habría sido aquello suficiente para que pudiesen identificar la iglesia? Lo único que podía hacer era no perder la esperanza. Zebran la miró.

—Todo se arreglará —la tranquilizó Linda—. Ya saben dónde estamos.

Zebran no respondió. Con la mirada vidriosa, se aferró a la muñeca de Linda con tal fuerza que le clavó las uñas hasta hacerle sangre. «Las dos estamos aterradas», resolvió. «Pero al menos yo debo fingir que no lo estoy. Tengo que conseguir que Zebran mantenga la calma. Si sufre un acceso de pánico, quizá se acorte el plazo de espera. Pero, de espera ¿de qué?» Linda no tenía la menor idea. No obstante, si Anna le había contado a su padre que Zebran había abortado una vez, y si el aborto había sido la causa de la muerte de Harriet Bolson en la iglesia de Frennestad, era evidente lo que iba a ocurrir.

—Todo se arreglará —le susurró—. Ya están en camino.

Linda no supo determinar cuánto tiempo estuvieron esperando. Media hora, quizá más. Después, se oyó como un trueno que venía de ninguna parte. Era la puerta, que se abrió con violencia y dio paso a cinco hombres: tres de ellos agarraron a Zebran y los otros dos a Linda, y las sacaron de la sacristía. Todo sucedió tan deprisa que a Linda ni se le ocurrió ofrecer resistencia. Los brazos que la sujetaban eran recios. Zebran profirió un aullido prolongado. En la iglesia esperaban Erik y Torgeir Langaas. En el primer banco había sentadas dos mujeres y otro hombre. Anna también estaba allí, pero sentada algo más atrás. Linda intentaba que sus miradas se cruzasen, pero el rostro de Anna era como una máscara petrificada. ¿O tal vez llevase en verdad una máscara? Linda no podía verlo con claridad. Las personas que estaban sentadas en el primer banco sostenían en sus manos algo parecido a máscaras blancas.

Linda quedó paralizada de terror cuando vio la soga que Erik Westin tenía en la mano. «Va a matar a Zebran», auguró desesperada. «La matará a ella y luego me matará a mí, puesto que voy a ser testigo de lo que suceda y sé demasiado.» Zebran luchaba por liberarse como un animal atrapado.

Y, en aquel momento, se oyó de pronto un estruendo, como si las paredes se viniesen abajo. El portón de la iglesia se abrió de golpe, y cuatro de las ventanas de coloreadas vidrieras se quebraron a ambos lados de la iglesia. Linda oyó una voz que gritaba por un megáfono: era su padre, ningún otro, su padre, que rugía como si desconfiase de la capacidad del megáfono para aumentar el volumen de su voz. Y el más profundo silencio reinó en la iglesia.

Erik Westin se estremeció. Agarró a Anna y la puso ante sí, usándola como escudo. Ella intentaba zafarse de su zarpa. Erik le gritó que se calmase, pero ella no obedecía. De modo que la arrastró hasta la puerta de la iglesia. Ella volvió a intentar desembarazarse de él. Y estalló un disparo. Anna se estremeció y se desplomó al suelo. Erik Westin tenía el arma en la mano. El hombre clavó una mirada incrédula en el cuerpo de su hija. Después, se precipitó al exterior de la iglesia. Nadie se atrevió a detenerlo.

El padre de Linda, junto con un crecido número de policías armados, a la mayoría de los cuales Linda no conocía, entraron en tromba en la iglesia por las puertas laterales. Torgeir Langaas empezó a disparar. Linda arrastró a Zebran por entre dos hileras de bancos y las dos se arrojaron al suelo. Los disparos seguían. Linda no podía ver lo que ocurría. Después, todo quedó en silencio. Oyó la voz de Martinson que gritaba que un hombre había escapado por la puerta. «Seguro que es Torgeir Langaas», adivinó Linda.

De pronto, notó una mano sobre su hombro y se sobresaltó; tal vez incluso gritase sin darse cuenta. Pero era su padre.

—Tenéis que salir de aquí —afirmó el padre.

—¿Qué ha pasado con Anna?

Kurt Wallander no respondió y Linda comprendió que había muerto. Corrieron agachadas hacia la salida. En la distancia, vieron desaparecer por la carretera el coche de color azul oscuro. Dos coches de policía lo perseguían. Linda y Zebran se sentaron en el suelo, al otro lado del muro de la iglesia.

—Ya pasó todo —declaró Linda.

—Te equivocas —negó Zebran—. Tendré que vivir con esto el resto de mis días. Siempre sentiré la presión de algo que me aprieta la garganta.

De repente, volvieron a oír disparos, primero uno, después otros dos. Linda y Zebran se encogieron detrás del muro. Se oían voces, órdenes, coches que partían a toda velocidad con las sirenas aullando. Después, silencio.

Linda le dijo a Zebran que permaneciese sentada. Ella se levantó con mucho cuidado y miró por encima del muro. Había muchos policías alrededor de la iglesia, pero todos estaban quietos y en silencio. Linda pensó que era como mirar un cuadro. Entonces vio a su padre y se acercó hasta donde él se encontraba. Estaba pálido y la agarró del brazo con fuerza.

—Los dos han escapado —se lamentó—. Tanto Westin como Langaas. Tenemos que atraparlos.

Lo interrumpió alguien que le tendía un móvil. Él escuchó y se lo devolvió al agente sin decir una palabra.

—Un coche cargado de dinamita acaba de penetrar en la catedral de Lund. Ha hecho saltar las cadenas de hierro que había entre los pilares y se ha estrellado contra la torre oeste. En este momento, reina allí el caos más absoluto. Nadie sabe cuántos muertos hay. Pero parece que hemos logrado evitar los ataques contra las otras catedrales. Tenemos a veinte detenidos, hasta el momento.

—¿Por qué hacen esto? — preguntó Linda.

Él reflexionó largo rato, antes de contestar:

—Porque creían en Dios y lo amaban profundamente —respondió su padre—. Pero yo no creo que ese amor fuese correspondido.

Ambos volvieron a guardar silencio.

—¿Ha sido difícil dar con nuestro paradero? — quiso saber Linda—. En Escania hay muchas iglesias.

—En realidad, no tanto —aseguró el padre—. Lundwall, el controlador, nos dio la localización casi exacta de dónde te encontrabas. Teníamos dos iglesias entre las que elegir. Antes de proceder, miramos por una ventana.

Un nuevo silencio. Linda sabía que los dos estaban pensando lo mismo. ¿Qué habría ocurrido si ella no hubiese podido guiarlos correctamente?

—¿De quién era el móvil? — preguntó su padre.

—De Anna. Al final, cambió de idea.

Fueron caminando hasta el lugar donde se encontraba Zebran. Un coche negro apareció y se llevó a Anna.

—Yo no creo que le disparase a propósito. Creo que el arma se le disparó sin querer.

—Lo atraparemos —aseguró su padre—. Y entonces lo sabremos.

Zebran se levantó. Tenía tanto frío que temblaba casi entre convulsiones.

—Iré con ella —afirmó Linda—. Sé que he hecho casi todo mal.

—Bueno, estaré más tranquilo cuando te vea de uniforme y sepa que estás segura en un coche de policía que da vueltas y vueltas patrullando las calles de Ystad —observó su padre.

—Mi móvil está entre las dunas, en Sandhammaren.

—Enviaremos a alguien para que te llame. Quién sabe, tal vez la arena empiece a hablar.

Svartman, que estaba junto a su coche, abrió la puerta trasera y sacó una manta con la que cubrió a Zebran. Ella se arrebujó en el interior del coche, en un rincón.

—Me quedaré con ella —reiteró Linda.

—¿Cómo estás? — le preguntó Svartman.

—No lo sé. Lo único de lo que estoy segura es de que el lunes empiezo a trabajar.

—Déjalo para dentro de una semana —propuso su padre—. Tampoco hay tanta prisa.

Linda se sentó en el coche, y se marcharon de allí. Cuando partían, un avión sobrevoló sus cabezas camino del aeropuerto. Linda contempló el paisaje. Era como si el lodo de color marrón grisáceo absorbiese su mirada y le trajese el sueño que tanto necesitaba, más que ninguna otra cosa. Después, volvería a lo que se había convertido en una larga espera para poder empezar a trabajar. Pero ese nuevo plazo sería más corto. No tardaría ya mucho en poder arrojar el uniforme invisible. Pensó que debería preguntarle a Svartman si él creía que lograrían atrapar a Erik Westin y a Torgeir Langaas. Pero no dijo nada. En aquel momento, no deseaba saber nada en absoluto.

Después, no en aquel momento. Las heladas, el otoño y el invierno; ya tendría tiempo para pensar. Apoyó la cabeza sobre el hombro de Zebran y cerró los ojos. De repente, vio ante sí el rostro de Erik Westin en el último instante, cuando Anna se desplomó, muy despacio, sobre el suelo. Ahora comprendía la desesperación y la soledad infinita que se habían pintado en el rostro de Erik Westin. Eran las de un hombre que lo había perdido todo.

Volvió a observar el paisaje. El rostro de Erik Westin fue hundiéndose paulatinamente en el lodo gris.

Cuando el coche se detuvo en la calle de Mariagatan, Zebran ya llevaba un rato dormida. Linda la despertó con mimo.

—Ya hemos llegado, Zebran —le dijo—. Hemos llegado y estamos a salvo.

51

El lunes 10 de septiembre el día amaneció gris sobre Escania y el viento soplaba con fuerza. Linda sólo logró echar una cabezada de madrugada. Se despertó cuando su padre entró en el dormitorio y se sentó sobre el borde de la cama. «Así era cuando yo era niña», recordó. «Mi padre era el que solía sentarse en el borde de mi cama; casi nunca mi madre.»

Su padre le preguntó cómo había dormido y ella respondió con la verdad: mal. Y, cuando logró conciliar el sueño, éste no le trajo más que pesadillas.

La tarde anterior, Lisa Holgersson llamó para decirle a Linda que podía esperar un poco antes de empezar a trabajar en serio. Lisa Holgersson había propuesto un plazo de una semana, pero Linda se opuso. Ya no quería posponerlo más, pese a todo lo ocurrido. Finalmente, acordaron que se tomaría un día libre y que acudiría a la comisaría el martes por la mañana.

Su padre se puso de pie.

—Me voy ya. ¿Qué piensas hacer hoy?

—He quedado con Zebran. Necesita a alguien con quien hablar. Y yo también.

Linda pasó el día en compañía de Zebran. El teléfono no paraba de sonar: periodistas ávidos de noticias. Al final, decidieron refugiarse en el apartamento de Mariagatan. El pequeño se quedó con Aina Rosberg. Una y otra vez repasaban todo lo sucedido. Y, sobre todo, lo que le había sucedido a Anna. ¿Podían entenderlo ellas? ¿Había alguien que pudiese entenderlo?

—Se pasó la vida añorando a su padre —observó Linda—. Y cuando por fin apareció, ella se negó a creer que él no tuviese razón, hiciese lo que hiciese y dijese lo que dijese.

Zebran no se mostró muy habladora aquel lunes. Linda sabía qué pensaba: lo cerca que había estado de morir y hasta qué punto Anna, y no sólo su padre, era culpable.

Aquella tarde, muy temprano, el padre de Linda telefoneó para contarle que la madre de Anna había sufrido un ataque de nervios y que estaba ingresada en el hospital. Linda recordó los suspiros de Anna que Henrietta había incluido en una pieza musical. «Eso es lo que le ha quedado», se dijo. «Los suspiros de su hija muerta grabados en una casete.»

—Sobre su mesa había una carta —continuó el inspector—. En ella intenta explicarse. Según ella, no nos contó que Erik Westin había vuelto porque estaba aterrorizada. Él la había amenazado diciéndole que, si no mantenía la boca cerrada, Anna moriría, y ella también. No hay motivo alguno para sospechar que mienta. Pero, desde luego, debería haber intentado contarle a alguien lo que estaba sucediendo.

—¿Dice algo en la carta sobre mi última visita? — preguntó Linda.

—Así es. Torgeir Langaas estaba fuera de la casa. Y ella abrió la ventana para que él pudiese oír que no te revelaba nada.

—Es decir, que el padre de Anna utilizaba a Torgeir Langaas para asustar a la gente, ¿no?

—Bueno, Erik Westin conoce bien la naturaleza humana. Eso es algo que no debemos olvidar.

—¿Tenéis alguna pista de su paradero?

—Lo cierto es que deberíamos poder atraparlos en breve, pesa sobre ellos una orden internacional de busca y captura de máxima prioridad. Pero es posible que encuentren nuevos escondites. Y nuevos seguidores.

—Pero ¿quién puede seguir a unas personas que piensan que toda esta matanza es para alabanza de Dios?

—Habla de ello con Stefan Lindman. ¿Sabes que estuvo gravemente enfermo? Él me contó que, después de su enfermedad, dejó de creer en Dios y llegó a la conclusión de que lo que le sucede al ser humano viene determinado por otras fuerzas. Tal vez sea así, ¿no crees? Tal vez ellos seguían a Erik Westin y no a Dios.

—Tenéis que dar con ellos.

—Bueno, no podemos excluir la posibilidad de que se hayan suicidado. Pero, mientras no hallemos sus cuerpos, hemos de contar con que están vivos. Pueden disponer de más lugares donde esconderse, como el del bosque de Rannesholm. Nadie sabe cuántos escondites tenía preparados Torgeir Langaas, y nadie podrá decirlo con certeza hasta que los hayamos encontrado.

—Torgeir Langaas está desaparecido, y también Erik Westin. Pero la más desaparecida de todos es Anna.

Cuando terminaron la conversación, Linda y Zebran hablaron de la posibilidad de que Erik Westin estuviese formando una nueva secta. Ya sabían que había personas que estaban dispuestas a seguirlos. Una de ellas era el pastor Ulrik Larsen, que amenazó y atacó a Linda en Copenhague. Él era uno de los seguidores de Erik Westin, uno de los que aguardaban a ser llamados para una misión. Linda pensó en lo que había dicho su padre: no podrían estar seguros hasta que no atrapasen a Erik Westin. Un día, tal vez otro camión cargado de dinamita se estrellaría contra una catedral, al igual que había ocurrido en Lund. Llevaría mucho tiempo reconstruir la catedral destrozada.

Después, cuando Linda hubo dejado a Zebran en su casa, ya segura de que su amiga podía quedarse sola, fue a dar un paseo y se sentó en el embarcadero, en la cafetería del puerto. Hacía frío y soplaba el viento, pero ella encontró un sitio resguardado. Ignoraba si lo que sentía por Anna era añoranza o algo distinto. «Nunca llegamos a ser amigas de verdad», se dijo. «Nuestra verdadera amistad pertenecerá siempre a nuestra adolescencia.»

Cuando su padre llegó por la noche, le comunicó que habían encontrado a Torgeir Langaas. Su coche se había estrellado contra un árbol y todo apuntaba a que se trataba de un suicidio. Sin embargo, de Erik Westin seguían sin tener el menor rastro. Linda se preguntó si alguna vez llegaría a saber si el hombre a quien vio a la luz del sol ante la iglesia de Lestarp era Erik Westin. Y si sería él quien había estado husmeando en su coche. Eran preguntas que seguían sin respuesta.

Había una pregunta más que, no obstante, ella había logrado responder por sí misma. Las misteriosas palabras que leyó en el diario de Anna, «las bombas, los peligros»…, era tan sencillo, se dijo Linda, «mi padre, mi padre», para Anna no había nada más.

Linda y su padre estuvieron hablando hasta bien entrada la noche. La policía había empezado a reconstruir la vida de Erik Westin y halló una conexión con aquel pastor llamado Jim Jones y con su secta, que se entregó a la muerte en la selva de Guyana. Erik Westin era un ser extremadamente complejo cuya personalidad jamás podrían descifrar por completo. Pero, desde luego, no era un loco. La imagen que tenía de sí mismo y que se hacía patente en las «fotografías sagradas» que sus discípulos llevaban, era la de una persona humilde. Subyacía una lógica en su modo de pensar, por más que fuese una lógica retorcida y enferma. No era un loco, pero sí un fanático, dispuesto a hacer lo necesario para llevar a cabo aquello en lo que creía, dispuesto a sacrificar a seres humanos si lo consideraba preciso. Permitió que matasen a aquellos que amenazaban su gran plan y a quienes, según él, habían cometido crímenes que debían pagarse con la vida. Pero a todo buscaba respuesta en la Biblia. Ninguna acción debía acometerse sin antes haber encontrado una confirmación en los textos sagrados.

Erik Westin era un hombre desesperado que no creía ver más que maldad y decadencia a su alrededor. De este modo podían entenderlo, aunque nunca, claro está, justificar lo que hizo. A fin de evitar que aquello se repitiese, para que, en el futuro, pudiesen identificar con más facilidad a las personas dispuestas a estallar como bombas humanas, para evitar que aquello volviese a ocurrir, no debían cometer el error de calificar a Erik Westin como un loco. Pues no lo era, sostenía el padre de Linda.

En realidad, no había mucho más que decir. Todos aquellos que iban a llevar a cabo las bien planeadas explosiones en las catedrales esperaban una sentencia y la extradición a sus respectivos países, la policía de todo el mundo buscaba a Erik Westin y el otoño traería por fin las heladas y los vientos fríos del noreste.

Estaban a punto de irse a dormir cuando sonó el teléfono. Kurt escuchó en silencio e hizo unas preguntas. Cuando colgó, Linda no quiso preguntarle qué había sucedido. Vio que el llanto asomaba a los ojos de su padre, que le comunicó que Sten Widén acababa de fallecer. Quien llamaba era una de sus mujeres, tal vez la última con la que había compartido su vida. Ella le había prometido que llamaría a Kurt Wallander y le diría que todo había pasado ya y que «había ido bien».

—¿Qué ha querido decir con eso?

—Así solíamos hablar de la muerte Sten y yo, cuando éramos jóvenes. Como de algo a lo que había que enfrentarse, como una lucha. Aunque no hubiese más que un resultado posible, uno podía agotar a la muerte de modo que a ésta sólo le quedaran fuerzas para asestar una última estocada. Así acordamos que sería la muerte para nosotros, algo que tendríamos que superar y que debía «ir bien».

Linda se dio cuenta de que estaba muy triste.

—¿Quieres que hablemos de ello?

—No —negó su padre—. El dolor por la ausencia de Sten es algo que puedo sufrir yo solo.

Permanecieron sentados aún unos minutos, en silencio. Sin mediar palabra, su padre se fue a la cama. Tampoco durante la noche del martes Linda durmió mucho. La pasó pensando en todas aquellas personas que, en el nombre de Dios, estaban dispuestas a inmolarse y a dinamitar unas iglesias que odiaban. De lo que tanto su padre como Stefan Lindman le habían contado, y de lo que había leído en los periódicos, se deducía que aquellos hombres y mujeres no eran, en absoluto, unos monstruos. Su manera de comportarse era humilde. Aludían constantemente a la bondad de su empresa, que consistía en preparar, de una vez por todas, el camino hacia el verdadero Reino de Dios en la Tierra.

Podía esperar un día. Ni uno más. De modo que, la mañana del 11 de septiembre, una mañana fría y de mucho viento, se encaminó a la comisaría tras una noche que había dejado la huella de la primera helada. Se probó el uniforme y firmó la retirada del resto de su equipo. Después, estuvo hablando durante una hora con Martinson, que le entregó su primera hoja de servicio. Tenía libre el resto del día, pero no quería pasarlo sola en el apartamento de Mariagatan, de modo que se quedó en la comisaría.

Hacia las tres de la tarde, se sentó en el comedor a tomarse un café con Nyberg, que había ido a sentarse con ella por iniciativa propia, resuelto a mostrar su lado más amable. Tras unos minutos entró Martinson y, poco después, su padre. Martinson encendió el televisor.

—Parece que ha ocurrido algo en Estados Unidos —anunció Martinson.

—¿El qué? — preguntó Linda.

—No lo sé. Ahora lo veremos.

La imagen del reloj en la pantalla: una emisión especial de los servicios informativos. Cada vez acudían más agentes al comedor. Cuando la emisión comenzó por fin, la sala estaba casi llena.

Epílogo

Una chica en el tejado

La alarma se recibió en la comisaría poco después de las siete de la tarde del viernes 23 de noviembre. Linda, que aquella tarde patrullaba con el agente Ekman, recibió el aviso. Acababan de poner paz en una disputa familiar en Svarte y ya iban de regreso a Ystad. Una joven había trepado hasta el tejado de un bloque de pisos de alquiler cercano a la entrada oeste de la ciudad y amenazaba con saltar. Por si fuera poco, iba armada de una escopeta de perdigones. Quien dirigía la operación quería que acudieran rápidamente más coches al lugar. Ekman encendió las luces giratorias y pisó el acelerador.

Cuando llegaron, observaron que ya se habían congregado muchos curiosos en torno al edificio. Varios focos de gran potencia iluminaban a la chica, que, en efecto, estaba sentada sobre el tejado con una escopeta en la mano. Sundin, que era el responsable de hacer bajar a la chica, expuso a Ekman y a Linda la situación. Los servicios de salvamento habían llevado una escalera mecánica, pero la chica amenazó con saltar si la extendían hasta el tejado.

La situación estaba muy clara. La chica tenía dieciséis años y se llamaba Maria Larsson. Había recibido tratamiento hospitalario por problemas psíquicos en varias ocasiones. Vivía con su madre, que era alcohólica. Precisamente aquella tarde habían discutido por algo. Maria llamó a la puerta de un vecino y, en cuanto éste le abrió, ella se precipitó al interior del apartamento y echó mano de la escopeta y de los perdigones, pues sabía dónde los guardaba el hombre. Por supuesto, el inquilino del apartamento tendría que vérselas con las autoridades, ya que a todas luces no había custodiado debidamente el arma.

Pero ahora lo más urgente era salvar a Maria. En primer lugar, había amenazado con saltar, después con pegarse un tiro; luego, una vez más, con saltar y dispararle a quien intentase acercarse a ella. Su madre presentaba tal estado de embriaguez que no podían contar con su ayuda. Además, existía el riesgo de que empezase a gritarle a su hija, con lo que la induciría a cumplir sus amenazas.

Varios policías habían intentado ya hablar con la muchacha a través de una trampilla que había a unos veinte metros del lugar en que ella se encontraba, junto al canalón. En aquel preciso momento, un sacerdote se esforzaba por hacerla entrar en razón pero, al ver que la joven dirigía el arma contra él, el sacerdote se agachó enseguida. Todos se afanaban febrilmente por localizar a alguna amiga de Maria que pudiese hacerla desistir de su propósito. Nadie dudaba de que la joven estaba lo bastante desesperada como para cumplir sus amenazas.

Linda tomó prestados unos prismáticos y los dirigió hacia la chica. Desde el preciso instante en que recibió la alarma, pensó en la ocasión en que ella misma estuvo a punto de dejarse caer desde el puente. Cuando vio a Maria temblando sentada en el tejado, sus manos convulsas aferradas a la escopeta y su rostro cubierto de llanto helado, sintió que estaba viéndose a sí misma. A sus espaldas oía discutir a Sundin, a Ekman y al sacerdote. Todos estaban desorientados. Linda dejó los prismáticos y se volvió hacia los tres hombres.

—Deja que yo hable con ella —propuso la agente en prácticas.

Sundin sacudió la cabeza con expresión vacilante.

—Yo me vi en la misma situación hace ya tiempo. Además, es posible que a mí me escuche, puesto que no soy mucho mayor que ella.

—No puedo permitir que corras ese riesgo. Aún no estás preparada para saber qué conviene decir y qué no, en una situación de este tipo. Además, el arma está cargada y la chica parece desesperada, por lo que puede empezar a disparar en cualquier momento.

—Deja que lo intente —sugirió el anciano sacerdote con voz decidida.

—Yo estoy de acuerdo —intervino Ekman.

Sundin seguía dudando.

—¿No sería mejor, de todos modos, que antes llamases a tu padre para preguntarle?

Linda se puso fuera de sí.

—Él no tiene nada que ver con esto. Es asunto mío y sólo mío. Y de Maria Larsson.

Al final, Sundin cedió. Sin embargo, Linda no pudo subir al desván para pasar al tejado por la trampilla hasta que no se hubo equipado con un chaleco antibalas y un casco. Ella se dejó puesto el chaleco, pero se quitó el casco antes de asomar la cabeza por la trampilla. La chica había oído el entrechocar de las tejas y, cuando Linda miró hacia donde estaba la joven, comprobó que sostenía la escopeta con ambas manos, dispuesta a disparar. Linda se agachó.

—¡No te acerques! — gritó la chica—. Si lo haces, dispararé antes de saltar.

—Tranquila —respondió Linda—. Me quedaré aquí, no pienso moverme de donde estoy, pero ¿me dejarás que hable contigo?

—¿Y qué tienes que decirme tú?

—¿Por qué haces esto?

—Porque quiero morir.

—Sí, yo también deseé morir una vez. Eso es lo que quería contarte.

La chica no contestó. Linda aguardó un instante, antes de contarle su propia experiencia sobre la barandilla de un puente, qué la había empujado a hacer tal cosa y quién logró hacerla bajar de allí y desistir de su propósito.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? Mi historia terminará ahí abajo, en la calle. Vete de aquí y déjame en paz.

Linda, desconcertada, se preguntó qué hacer. Creía que su historia la haría recapacitar, pero ahora veía que había sido una ingenua. «He visto morir a Anna», recordó. «Pero más importante fue ver la alegría que sintió Zebran por seguir con vida.»

De modo que decidió seguir hablando con Maria.

—Quisiera darte una razón para vivir —le dijo.

—No hay ninguna.

—Dame el arma y ven aquí. Hazlo por mí.

—¡Pero si no me conoces!

—No, pero yo también me vi en una situación similar. Y te aseguro que aun hoy tengo pesadillas, a menudo, en las que de verdad me dejo caer desde el puente y me veo morir.

—Cuando estás muerta dejas de tener pesadillas. Yo no quiero vivir.

Así fueron avanzando y retrocediendo en la conversación. Tras un lapso de tiempo que Linda no fue capaz de determinar, puesto que el tiempo parecía haberse detenido tan pronto como asomó la cabeza por la trampilla, notó que la chica empezaba a interesarse de verdad por la conversación. Hablaba con voz más sosegada, menos estridente. Ya era un primer paso. Ahora empezaría a tenderle a Maria un salvavidas invisible. Pero nada dio por seguro hasta que la propia Linda, agotadas ya todas las palabras, empezó a llorar. Entonces capituló Maria.

—Quiero que apaguen los focos. No quiero ver a mi madre. Sólo quiero verte a ti. Y tampoco quiero bajar todavía.

Linda vaciló un instante. ¿No sería una trampa? ¿Habría decidido saltar cuando apagasen los focos?

—¿Y por qué no vienes conmigo ahora?

—Quiero estar a solas. Sólo serán diez minutos.

—¿Para qué?

—Para ver cómo me siento después de haber decidido que quiero seguir viva.

Linda bajó. Apagaron los focos y Sundin empezó a controlar el tiempo en su reloj. De repente, los dramáticos sucesos de los primeros días de septiembre le sobrevinieron con violenta vivacidad. Se había sentido profundamente aliviada cuando empezó a trabajar, y su nuevo apartamento la tenía tan ocupada que no había tenido ocasión de reflexionar sobre aquellos tremendos hechos. Lo más importante, pese a todo, había sido el tiempo compartido con Stefan Lindman. Habían empezado a salir en su tiempo libre y, poco a poco, a mediados de octubre, Linda comprendió que no era ella la única que se había enamorado. Ahora, mientras trataba de distinguir la figura de la chica que había decidido seguir viviendo, sintió que había llegado el momento de enterrar en el pasado cuanto había sucedido.

Linda pateaba el suelo para mantener el calor en los pies sin dejar de mirar al tejado. ¿Se habría arrepentido Maria? Sundin advirtió en un susurro que sólo quedaba un minuto. Por fin, cuando pasaron los diez minutos, acercaron la escalera mecánica a la fachada del edificio y dos bomberos ayudaron a Maria a bajar, mientras un tercero subía a recuperar el arma. Linda explicó a Sundin y a los demás cuál había sido su promesa, e insistió en cumplirla. Así que nadie, salvo ella misma, esperaba a Maria al pie del edificio. Linda la abrazó y, de pronto, las dos rompieron a llorar. Linda tenía la extraña sensación de que, en realidad, estaba abrazándose a sí misma. Y tal vez fuese así.

Ya había llegado la ambulancia y Linda acompañó a Maria hasta el vehículo y la vio partir. Se oyó un crujido bajo las ruedas. Esa noche había helado, ya estaban a bajo cero, y todo estaba cubierto de escarcha. Los policías, el sacerdote, los bomberos, todos se le acercaron para estrecharle la mano.

Linda y Ekman permanecieron allí hasta que los coches de bomberos, los policías, los cordones policiales y los curiosos desaparecieron. Entonces les llegó un nuevo aviso: se sospechaba que un conductor ebrio recorría la autovía de Österleden. Ekman puso el motor en marcha y partieron hacia allá. Linda maldijo para sus adentros. En realidad, lo que más deseaba era ir a la comisaría y tomarse un café.

Pero ya lo haría más tarde. Como todo lo demás. Se inclinó sobre Ekman para ver qué temperatura indicaba el termómetro.

Tres grados bajo cero. En Escania, el otoño moría para dejar paso al invierno.

Colofón

Hay una persona cuya contribución a esta novela ha sido decisiva. A petición suya, no mencionaré su nombre. Sólo diré que es una joven agente de policía que trabaja en una ciudad del centro de Suecia. Le expreso aquí mi gratitud por su paciencia y sus sabias observaciones.

Esto es una novela, lo que significa que me he tomado ciertas libertades. Así, me he permitido equipar la centralita de comunicaciones de la comisaría de Ystad con grabadoras en las que se registran todas las llamadas recibidas. Imagino que no tardarán en disponer de tal servicio en un futuro no muy lejano.

*Henning Mankell*

*Mayo de 2002*

1. [El personaje alude aquí a la obra teatral Prins Sorgfri (El príncipe Sinpenas), de Suzanne Osten y Per Lysander, que se estrenó en el teatro Unga Klara de Estocolmo en 1977. (N. de!a T)](#_Si__cuando_te_abriste_las_venas) [↑](#footnote-ref-1)
2. Gustav Eriksson Vasa (1496?—1560, regente de Suecia 1521—1523, rey de Suecia como Gustav I, 1523—1560). Primer rey de Suecia, artífice de la liberación de los estados suecos con respecto a Kristian II de Dinamarca, de la unificación político económica del reino y de la institución de la monarquía hereditaria en Suecia. Sentó las bases del comercio regular con Alemania y Holanda, propició la acogida del luteranismo y preparó a Suecia para el papel de gran potencia que ésta había de desempeñar tras su muerte. [(N. de la T)](#__Sabes___ultimamente_he_estado) [↑](#footnote-ref-2)
3. [Véase Henning Mankell, Los perros de Riga, Tusquets Editores, col. Andanzas 493, Barcelona, 2002. (N. del E.)](#_Estaba_sonando_con_algo_hermoso) [↑](#footnote-ref-3)
4. [Véase Henning Mankell, La falsa pista, Tusquets Editores, col. Andanzas 456, Barcelona, 2001. (N del E.)](#__Sabes___ultimamente_tengo_much) [↑](#footnote-ref-4)
5. [Véase Henning Mankell, La quinta mujer, Tusquets Editores, col. Andanzas 408, Barcelona, 2000. (N. del E.)](#_Pues__entre_otros__una_mujer_ll) [↑](#footnote-ref-5)
6. «Manzana», en sueco. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-6)
7. En sueco, «El Sombrero de mi Padre». (N. de la T) [↑](#footnote-ref-7)
8. En Suecia, el tuteo inmediato entre desconocidos es una práctica muy común. Mantenemos este rasgo en la traducción, aunque pueda resultar llamativo para el lector de habla hispana. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-8)
9. Svart y grön, en sueco, «negro» y «verde», respectivamente. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-9)
10. Véase Henning Mankell, La leona blanca, Tusquets Editores, col. Andanzas 507, Barcelona, 2003. (N. del E.) [↑](#footnote-ref-10)
11. (Sandviken, 1952) Popular compositor e intérprete sueco de música pop y rock, muy querido en su país. Cursó estudios superiores de música en Upsala y trabajó tanto en Estados Unidos como en varios países europeos. Comprometido con los ideales sociopolíticos del 68 francés, que suelen reflejar las letras de sus canciones, cosechó su primer gran éxito con la canción Sommaren är kort («Es corto el verano»), en 1972; ha participado en varios festivales de Eurovisión y suele describírselo como «parte del espíritu popular sueco». (N. de la T) [↑](#footnote-ref-11)
12. En noruego arcaizante, literalmente, «Dios lo exigió»; en noruego actual se diría krevde, como en sueco. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-12)
13. En sueco, Gud krävde. De ahí la confusión del personaje. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-13)
14. Se trata de una serie de nueve poemas de Hjalmar Gullberg (Malmö, 1898 — Svedala, 1961), recogidos bajo ese titulo, Förkladd gud, en los que, sirviéndose del mito del destierro de Apolo en la corte del rey Admeto, en Tesalia, el poeta explica su percepción de la presencia constante de lo divino en la vida cotidiana. Gullberg creció en un orfanato, cursó estudios de filología en Lund y perteneció al grupo de jóvenes poetas académicos suecos que visitaron Francia y Grecia. Espíritu inquieto y hombre erudito, tradujo a varios poetas griegos, clásicos y neogriegos, así como a Calderón, Moliere, García Lorca, Gabriela Mistral… Miembro de la Academia Sueca desde 1940, en 1958 se le diagnosticó miastenia y, tres años después, se suicidó ahogándose en el lago Yddingen, al norte de Svedala. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-14)
15. Se produce aquí una situación de gran comicidad, debido a la confusión de los protagonistas sobre el tema. En sueco, Döbeln vid Jutas, conocidísimo en la literatura escandinava como titulo de uno de los poemas de que consta la no menos célebre epopeya titulada Fänrik Ståls sägner (Las leyendas del alférez Stål), del gran poeta neoclásico finlandés en lengua sueca Johan Ludvig Runeberg (1804—1877). La obra, que le valió el título de poeta nacional, es de marcado carácter patriótico y está inspirada en la guerra que Suecia perdió (1808—1809) frente a Rusia por el dominio de Finlandia, que pasó a ser Gran Ducado Autónomo del zar. Éste ordenó, en 1828, la fundación de la Universidad de Helsinki, donde Runeberg fue profesor de latín. En una de las ilustraciones de Albert Edefeldt que contiene la edición de 1898 aparece, en efecto, el general sueco Von Döbeln tras la batalla librada en Jutas, saludando a sus soldados con una venda en la frente. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-15)
16. Cierto, fue Sven Duva, personaje ficticio de otro poema de la misma epopeya, el cual perdió la vida heroicamente mientras defendía en solitario el puente de Virta (Finlandia) para impedir el avance ruso. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-16)
17. Zacharias Topelius (1818—1898), escritor finlandés en lengua sueca, coetáneo de Runeberg y autor de cuentos, obras dramáticas y relatos de carácter épico también inspirados en la guerra de Finlandia, lo que «pretende» explicar la confusión de autoría. (N. de la T) [↑](#footnote-ref-17)